

MANUEL UGARTE

**LA NACION
LATINOAMERICANA**



Manuel Ugarte

LA NACIÓN
LATINOAMERICANA

BIBLIOTECA



AYACUCHO

Caracas

1987

PROLOGO

MANUEL BALDOMERO UGARTE pertenece a la sacrificada "generación argentina del 900", es decir, a ese núcleo de intelectuales nacidos entre 1874 y 1882 que conformaban al despuntar el siglo, una brillantísima "juventud dorada". Sus integrantes eran Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Ricardo Rojas, Macedonio Fernández, Alfredo L. Palacios, Alberto Ghirardo, Manuel Gálvez y el propio Ugarte. Habían nacido y crecido en ese tan curioso período de transición que cubre el último cuarto de siglo en la Argentina, cuando la vieja provincia latinoamericana parece hundirse para siempre, con sus gauchos y sus caudillos, sus costumbres austeras y su antiguo aroma español, sus sueños heroicos y su fraternidad latinoamericana. En su reemplazo, esos años ven brotar una Argentina cosmopolita, con aires europeizados, cuyo rostro sólo mira al Atlántico, ajena al destino del resto de las provincias hermanas, con una clase dominante derrochadora, de jacqué y galera de felpa, que soslaya el frío de los inviernos marchándose a disfrutar el verano parisino y un aparato cultural que difunde al día las últimas novedades de la cultura europea. Influenciados por esas dos Argentinas, la que parecía morir irremisiblemente y la que reclamaba el futuro con pretenciosa arrogancia, estos poetas, escritores, ensayistas, sufrieron en carne propia el drama del país y sus promisorias inteligencias, en vez de desarrollarse al cobijo de un clima favorable, se desgarraron tironeadas por dos mundos contradictorios. La tarea intelectual no fue entonces fructífera labor creativa, ni menos simple *divertimento* como en otros núcleos de pensadores, sino un penoso calvario frente al cual sólo cabía hincar la rodilla en tierra abandonando la cruz, trampear a los demás y a sí mismos con maniobras oportunistas o recorrerlo hasta el final costare lo que costare.

Hasta ellos llegaba la tradición democrática y hasta jacobina de un Manuel Dorrego o un Mariano Moreno y también la pueblada tumultuosa de la montonera mientras frente a ellos se alzaban las nuevas ideologías que recorrían Europa atizando el fuego de la Revolución: el socialismo, el anarquismo. A

su vez, detrás, en el pasado inmediato, percibían una nación en germen, una patria caliente que se estaba amasando en las guerras civiles y delante, sólo veían la sombra de los símbolos porque la Patria Grande había sido despedazada y las patrias chicas encadenadas colonialmente a las grandes potencias. La cuestión nacional y la cuestión social se enredaban en una compleja ecuación con que la Historia parecía complacerse en desafiarlos.

Ricardo Rojas clamará entonces por una "Restauración nacionalista", reivindicará "La Argentinidad" y buscando un vínculo de cohesión latinoamericana se desplazará al callejón sin salida del indigenismo en *Eurindia*. Una y otra vez las fuerzas dominantes de esa Argentina "granero del mundo" cerrarán el paso a sus ideas y una y otra vez se verá forzado a claudicar, elogiando a Sarmiento —él que de joven se vanagloriaba de su origen federal—, otorgándole sólo contenido moral a la gesta de San Martín —él, en cuyo "país de la selva" estaban vivos aún los ecos de la gran campaña libertadora— para terminar sus días en los bastiones reaccionarios enfrentando al pueblo jubiloso del 17 de Octubre.

Leopoldo Lugones también indagará desesperadamente la suerte de su patria pero, con igual fuerza, intentará enraizar en estas tierras ese socialismo que conmueve a la Europa de la segunda mitad del siglo XIX. Su militancia juvenil en el Partido Socialista va dirigida a lograr ese entronque: una patria cuya transformación no puede tener otro destino que el socialismo, una ideología socialista cuya única posibilidad de fructificar reside en impregnarse profundamente de las especificidades nacionales. La frustración de esa experiencia lo llevará al liberalismo reaccionario y luego al fascismo (de propagandista del presidente Quintana, liberal pro inglés, a redactor de los discursos del presidente Uriburu, corporativista admirador de los Estados Unidos). ¡Singualmente trágica fue la suerte del pobre Lugones! Fascista y anticlerical, enemigo de la inmigración pero partidario del desarrollo industrial, su suicidio resultó la confesión de que había fracasado en la búsqueda de su "Grande Argentina". También él, como Ricardo Rojas, desfiló en la vereda anti-popular pero, al igual que a éste lo rescatan parcialmente sus mejores libros, a Lugones lo protege del juicio lapidario de la izquierda infantil una obra literaria nacional, la reivindicación del "Martín Fierro". El libro de los paisajes, los Romances y esa dramática desesperación por encontrar una patria que le habían escamoteado.

También Alberto Ghirardo —amigo íntimo de Ugarte desde la adolescencia— intentó asumir las nuevas ideas del siglo sin dejar, por eso, de nutrir su literatura en la sangre y la carne de su propio pueblo. Anarquista desde joven, cultivó también los cuentos criollos y en sus obras de teatro reflejó la realidad nacional. También él, como Ugarte, denostó al monstruo devorador de pequeños países en *Yanquilandia bárbara*, pero las fuerzas a combatir eran tantas y tan poderosas que, en plena edad madura, optó por el exilio. Desde España o desde Chile, Ghirardo era ya apenas una sombra de aquel joven que tantas esperanzas hacía brotar en el novecientos. Y el poeta que hizo vibrar

a una generación con *Triunfos nuevos*, el implacable crítico de *Carne doliente* y *La tiranía del frac* murió solo, pobre y olvidado.

Macedonio Fernández y Manuel Gálvez también compartieron las mismas inquietudes. Después de una juvenil experiencia anárquica, Macedonio se retrajo y si bien no cesó de reivindicar lo nacional en su largo discurrir de décadas en hoteles y pensiones para el reducido grupo de discípulos, el humorismo se convirtió en su coraza contra esa sociedad hostil donde prevalecían los abogados de compañías inglesas y los estancieros entregadores. Su admiración por el obispo Berkeley, en el camino del solipsismo, constituye una respuesta, como el suicidio de Lugones, al orden semicolonial que aherró su pensamiento. Gálvez, por su parte, optó por reclutarse y crear en silencio. Abandonado el socialismo de su juventud, se aproximó a la Iglesia Católica y encontró en ella el respaldo suficiente para no sucumbir. Se convirtió en uno de sus "Hombres en soledad" y en ese ambiente intelectual árido donde sólo valían los que traducían a Proust o analizaban a Joyce desde todos los costados, Gálvez pudo dar prueba de la posibilidad de una literatura nacional. Si bien mediatizado por la atmósfera cultural en que debía respirar, si bien cayendo a menudo en posiciones aristocratizantes, logró dejar varias novelas y biografías realmente importantes.

También Alfredo Lorenzo Palacios —como Ricardo Rojas— era de extracción federal. Su padre, Aurelio Palacios, había militado en el Partido Blanco uruguayo y era, pues, un hijo de la patria vieja, aquellas de los gauchos levantados en ambas orillas del Plata contra las burguesías comerciales de Montevideo y Buenos Aires tan proclives siempre a abrazarse con los comerciantes ingleses. También Palacios —como Lugones, como Gálvez, como Macedonio, como Ghirardo— percibió desde joven la atracción de las banderas rojas a cuyo derredor debía nuclearse el proletariado para alcanzar su liberación. No es casualidad por ello que ingresase al Partido Socialista y que allí discutiese en favor de la patria, ni que fuera expulsado por su "nacionalismo criollo", ni que fundase luego un Partido Socialista "Argentino", ni que más tarde se convirtiese en el orientador de la Unión Latinoamericana. ¿Cómo no iba a saber el hijo de Aurelio Palacios —antimitrista, amigo de José Hernández y opositor a la Triple Alianza— que la América Latina era una sola patria? ¿Cómo no iba a saber Palacios que el socialismo debía tomar en consideración la cuestión nacional en los "pueblos desamparados" como el nuestro? Sin embargo, aquel joven socialista de ostentoso chaleco rojo de principios de siglo se transformó con el correr de los años en personaje respetado y aun querido por los grandes popes de la semicolonía, su nombre alternó demasiado con los apellidos permitidos en los grandes matutinos y finalmente, aquel que había iniciado la marcha tras una patria y un ideal socialista, coronó su "carrera" política con el cargo de embajador de uno de los gobiernos más antinacionales y antipopulares que tuvo la Argentina (1956).

Distinta era la extracción de José Ingenieros quien, incluso, no nació en la Argentina sino en Palermo, Italia. Sin embargo, intuyó siempre, aunque de

una manera confusa y a veces cayendo en gruesos errores, como el del imperialismo argentino en Sudamérica, que la reivindicación nacional era uno de los problemas claves en nuestra lucha política. El socialismo, a su vez, le venía desde la cuna pues su padre, Salvador Ingenieros, había sido uno de los dirigentes de la I Internacional. Desengañado del socialismo en 1902, Ingenieros abandonó la arena política y se sumergió de lleno en los congresos siquiátricos, en las salas de hospital, en sus libros. Pero pocos años antes de su temprana muerte entregó sus mejores esfuerzos a la Unión Latinoamericana, a la defensa de la Revolución Mexicana, al asesoramiento al caudillo de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto, a quien aconsejaba adoptar un "socialismo nacional" y al elogio de la Revolución Rusa en un teatro de Buenos Aires. Es decir, socialismo y latinoamericanismo. Tampoco Ingenieros vio colmados sus anhelos juveniles, ni los argentinos recibieron todo lo que su inteligencia podía dar. Aquí también las fuerzas predominantes en la superestructura ideológica, montadas sobre el final del siglo y cuya consolidación se expresó simbólicamente en 1904 en la llegada al poder de un abogado de una empresa británica, cortaron el vuelo del pensamiento de Ingenieros, lo embretaron en disciplinas menos peligrosas que la sociología y la política y lo silenciaron resueltamente en su último intento por gritar su verdad, en ese su canto del cisne cuando reivindicaba al unísono la bandera de la Unión Latinoamericana y del Socialismo Revolucionario.

Si se observa con detenimiento, todos estos representantes de la generación del 900, a pesar de las enormes presiones, los silencios y los acorralamientos, han logrado hacerse conocer en la Argentina y en América Latina desde hace años. De un modo u otro, esterilizándolos o deformándolos, tomando sus aspectos más baladíes o resaltando sus obras menos valiosas, han sido incorporados a los libros de enseñanza, los suplementos literarios, las antologías, las bibliotecas públicas, las sociedades de escritores, las aburridas conferencias de los sábados, los anaqueles de cualquier biblioteca con pretensiones. Sólo Manuel Ugarte ha corrido un destino diverso: un silencio total ha rodeado su vida y su obra durante décadas convirtiéndolo en un verdadero "maldito", en alguien absolutamente desconocido para el argentino medianamente culto que ambula por los pasillos de las Facultades. No es casualidad, por supuesto. La causa reside en que, de aquel brillante núcleo intelectual, sólo Ugarte consiguió dar respuesta al enigma con que los desafiaba la historia y fue luego leal a esa verdad hasta su muerte. Sólo él recogió la influencia nacional-latinoamericana que venía del pasado inmediato y la ensambló con las nuevas ideas socialistas que llegaban de Europa, articulando los dos problemas políticos centrales de la semicolonía Argentina y de toda la América Latina: cuestión social y cuestión nacional. No lo hizo de una manera total, tampoco con una consecuencia nítida, pero a través de toda su vida se continúa, como un hilo de oro, la presencia viva de esos dos planteos, la fusión de las dos banderas: la reconstrucción de la nación latinoamericana y la liberación social de sus masas trabajadoras. De ahí la singular actualidad del pensamiento de Ugarte y por ende su condena por parte de los grandes poderes

defensores del viejo orden. De ahí la utilidad de rescatar su pensamiento creador y analizar detenidamente las formulaciones de este solitario socialista en un país semicolonial —del Tercer Mundo, diríamos hoy— enfrentado ya al problema de la cuestión nacional cuando aún Lenin no ha escrito *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, ni Trotski ha dado a conocer su teoría de “la revolución permanente”.

En la época en que transcurre la infancia de Manuel Ugarte aún resuenan en la Argentina los ecos de la heroica gesta libertadora y unificadora que encabezaron San Martín y Bolívar, medio siglo atrás. La lucha común de las ex colonias contra el absolutismo español, cruzándose sus caudillos de una provincia a otra en medio de la batalla, se encuentra aún fresca en las conversaciones de los mayores a cuyo lado se modela el carácter y el pensamiento de la criatura. Más reciente aún, apenas una década atrás, está vivo el recuerdo de Felipe Varela, desde la cordillera de los Andes, convocando a la Unión Americana o la similar proclama insurreccional del entrerriano Ricardo López Jordán exaltando “la indisoluble y santa confraternidad americana”. Asimismo —como para certificar que no sólo los caudillos se consideraban latinoamericanos— ahí no más en el tiempo, Juan B. Alberdi había levantado su voz contra la guerra de la Triple Alianza, juzgándola “guerra civil” y había tomado partido por la causa de los blancos uruguayos, el pueblo paraguayo y los federales argentinos contra la *entente* de las burguesías portuarias del Plata y el Imperio del Brasil. Además, los hombres del 80, con los cuales dialogará el Ugarte adolescente, son consecuentes con la vieja tradición sanmartiniana: Carlos Guido y Spano, otro defensor del Paraguay destrozado, Eduardo Wilde, cuyo escepticismo no le impide sostener con entusiasmo que hay “que hacer de Sudamérica una sola nación”, José Hernández que designa habitualmente a la Argentina como “esta sección americana” e incluso el propio presidente Julio A. Roca quien, por esa época, da uno de los pocos ejemplos de latinoamericanismo oficial al rechazar las presiones belicistas contra Chile, intercambiar visitas con el presidente del Brasil y lanzar la Doctrina Drago para el conflicto venezolano. Es verdad que también resulta poderosa la influencia antilatinoamericana preconizada por los distintos órganos de difusión de la clase dominante, en especial, la escuela, la historia de Mitre con su odio a Bolívar y los grandes matutinos. Pero el joven Ugarte madura su pensamiento bajo la influencia de esa cultura nacional en germen que asoma ya en el *Martín Fierro* de José Hernández o en *La excursión a los indios ranqueles* de su conocido Lucio V. Mansilla, en la vertiente del nacionalismo democrático que tuvo sus exponentes en Moreno, Dorrego, Alberdi y los caudillos federales, especialmente los del noroeste como El Chacho y Varela. Su avidez por aprender, su sed de libros nuevos, de ideas distintas, es satisfecha gradualmente sin romper por eso los lazos con esa Argentina en ges-

tación que recién cuando él ha cumplido cinco años —en 1880— logra realmente su unificación al federalizarse Buenos Aires y convertirse en Capital. Por eso, cuando el joven poeta de 19 años, busca una bandera para su *Revista Literaria* la encuentra en una convocatoria al acercamiento de todos los jóvenes escritores de América Latina. Su primer paso en la literatura se convierte, pues, en su primera experiencia latinoamericana. José E. Rodó, en el mismo camino, le dirá entonces: “Grabemos como lema de nuestra divisa literaria esta síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: Por la unidad intelectual y moral hispanoamericana”.

Al tiempo que esa experiencia de la *Revista Literaria* lo acerca al resto de América Latina —colaboran desde Ricardo Palma hasta Rufino Blanco Fombona y desde José Santos Chocano hasta José E. Rodó— lo aleja de la influencia singularmente cosmopolita que va ganando a la mayoría de los jóvenes escritores argentinos. El fracaso de su *Revista* —resistida por el ambiente de Buenos Aires— resulta, desde el punto de vista latinoamericano, un verdadero triunfo. Y cuando poco después —huyendo de Buenos Aires “porque me faltaba oxígeno”— se instala en Europa, su conciencia latinoamericana se profundiza. “Desde París, ¿cómo hablar de una literatura hondureña o de una literatura costarricense?” pregunta. La lejanía lo acerca entonces y aquella realidad tan enorme que era difícil de divisar de cerca, resulta clara a los ojos, tomando distancia. La vieja broma de que un francés considera a Río de Janeiro capital de la Argentina, adquiere en cierto sentido veracidad porque desde París, las fronteras artificiales se disuelven, las divisiones políticas se esfuman y la Patria Grande va apareciendo como una unidad indiscutible desde Tierra del Fuego hasta el Río Grande. “Urgía interpretar por encima de las divergencias lugareñas, en una síntesis aplicable a todos, la nueva emoción. La distancia borraba las líneas secundarias, destacando lo esencial”. Cuanto más lejos de la Patria Chica más cerca de la Patria Grande. Quizá entonces analiza cuidadosamente esas influencias recibidas en su niñez y en su adolescencia, confusas y empalidecidas a veces, que su pensamiento no había logrado asimilar como verdades propias y que ahora vienen a reafirmarle su nueva convicción. Si Latinoamérica no es una sola patria, ¿qué significa ese oriental Artigas ejerciendo enorme influencia sobre varias provincias argentinas y teniendo por lugartenientes al entrerriano Ramírez y al santafesino López? Y junto a ellos, ¿qué papel desempeña ese chileno Carrera? ¿Qué sentido tiene entonces la gesta de San Martín al frente de un ejército que ha cortado vínculos de obediencia con el gobierno argentino, llevando como objetivo la independencia del Perú con ayuda chilena? ¿Quién es, pues, ese venezolano Bolívar, que se propone liberar a Cuba, que proyecta derrocar al emperador del Brasil y que lucha además por dar libertad a Ecuador y Perú, al frente de otro ejército latinoamericano en el cual militan soldados y oficiales argentinos? ¿Son acaso traidores a la Argentina José Hernández, Guido y Spano, Juan B. Alberdi, Olegario Andrade, y tantos otros que toman partido por el Paraguay en la Guerra de la Triple Alianza? E incluso, ¿traicionan a la patria,

esos pueblos enteros de nuestro noroeste que festejan la derrota argentina de Curupaytí en esa misma guerra?

Sus estudios de sociología e historia le otorgan ya las armas para preguntarse qué es una nación y para plantearse la gran disyuntiva: ¿Cada uno de los pequeños países latinoamericanos puede erigirse en una nación o la nación es la Patria Grande fragmentada a la que hay que reconstruir como tarea esencial? En esos años de fin de siglo el interrogante es formulado una y otra vez y la respuesta va resultando cada vez más satisfactoria, cada vez más sólida, abundante en argumentos ya irrefutables. El mismo idioma, la comunidad de territorio, un mismo origen colonizador, héroes comunes, viejos vínculos económicos ahora debilitados pero que pueden restablecerse, fundamentan su convicción de que la América Latina es una sola patria, convicción que ya no abandonará hasta su muerte. Por eso sostiene en 1901: "A todos estos países no los separa ningún antagonismo fundamental. Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos repúblicas más opuestas de la América Latina hay menos diferencia y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos estados de Austria. Nuestras divisiones son puramente políticas y por tanto convencionales. Los antagonismos, si los hay, datan apenas de algunos años y más que entre los pueblos son entre los gobiernos. De modo que no habría obstáculos serios para la fraternidad y coordinación de países que marchan por el mismo camino hacia el mismo ideal. . . Otras comarcas más opuestas y separadas por el tiempo y las costumbres se han reunido en bloques poderosos y durables. Bastaría recordar como se consumó hace pocos años la unidad de Alemania y de Italia".

Poco tiempo después insiste en otro artículo: "La primera medida de defensa sería el establecimiento de comunicaciones entre los diferentes países de la América Latina. Actualmente los grandes diarios nos dan, día a día, detalles a menudo insignificantes de lo que pasa en París, Londres o Viena y nos dejan, casi siempre, ignorar las evoluciones del espíritu en Quito, Bogotá o Méjico. Entre una noticia sobre la salud del emperador de Austria y otra sobre la renovación del ministerio en Ecuador, nuestro interés real reside naturalmente en la última. Estamos al cabo de la política europea, pero ignoramos el nombre del presidente de Guatemala. . ." Y este reproche lanzado en 1901 conserva todavía vigencia en 1976, no obstante los pasos que se han dado para consolidar una conciencia latinoamericana.

Ugarte retoma sí el ideal unificador que inspiró a Bolívar la reunión del Congreso de Panamá en 1824, granjeándose desde entonces la furiosa antipatía de los mitristas de Buenos Aires, discípulos del localista Rivadavia que torpedeó aquel Congreso. Mientras los argentinos de la nueva generación abandonan las últimas inquietudes latinoamericanas —sólo Palacios, Ingenieros y algunos pocos mantendrán de uno u otro modo la vieja bandera— Ugarte recuesta su pensamiento y sus esfuerzos en el trabajo paralelo de otros hombres de la Patria Grande que ansían continuar la lucha del libertador: las enseñanzas de Martí, las arengas de Vargas Vila, incluso el mismo Darío que

militó en el partido unionista de Nicaragua y muy especialmente, un gran amigo de Ugarte y defensor a ultranza de Bolívar: Rufino Blanco Fombona.

En 1903 ya revela en germen su proyecto de construir una entidad dirigida a estrechar vínculos latinoamericanos en pro de la reconstrucción de la Patria Grande: "Después de lo que vemos y leemos, será difícil que queden todavía gentes pacientes que hablen de la Federación de los Estados Sudamericanos, del ensueño de Bolívar, como de una fantasía revolucionaria... La iniciativa popular puede adelantarse en muchos casos a las autoridades. Nada sería más hermoso que crear bajo el nombre de Liga de la Solidaridad Hispanoamericana o Sociedad Bolívar una vasta agrupación de americanos conscientes que difundiesen la luz de su propaganda por las quince repúblicas. Esa poderosa Liga tendría por objeto debilitar lo que nos separa, robustecer lo que nos une y trabajar sin tregua por el acercamiento de nuestros países. ¿Es imposible acaso realizar ese proyecto?" Once años más tarde constituirá en Buenos Aires la Asociación Latinoamericana que realizará una intensa actividad durante tres años en favor de la unión de nuestros países. Y al promediar la década del veinte será también presidente honorario de la segunda entidad fundada en Buenos Aires con el mismo propósito: la Unión Latinoamericana.

La concepción de Latinoamérica como una sola nación fragmentada en un mosaico de países sin destino propio, la convicción de que esa Patria Grande debe ser reconstruida como condición indispensable para salir del atraso y la esclavitud, así como el planteo acerca de una cultura latinoamericana en formación con las especificidades de cada país, son desarrolladas por Ugarte en *El porvenir de la América Española*, *El destino de un continente*, *Mi campaña hispanoamericana*, *La Patria Grande* y *La reconstrucción de Hispanoamérica*, como así también en innumerable cantidad de artículos y conferencias y muy especialmente en los discursos populares pronunciados a lo largo de dos años de gira por las ciudades más importantes de América Latina, en aquella campaña inolvidable que movilizó a miles de manifestantes entre 1911 y 1913.

Ciclópea e incansable será su tarea: polemizará con los socialistas argentinos que desdeñan a la América morena y lo acusan de regresar de su campaña "empapado de barbarie", discutirá con los intelectuales exquisitos que preconizan el arte por el arte y se alienan en las obras importadas de Europa, señalará en los periódicos los peligros del "idioma invasor" así como la infiltración de un "alma distinta" a través del cinematógrafo, la obra teatral y el libro extranjero cuando se los recibe con mentalidad colonial, defenderá la tradición hispana —la de la España liberal y revolucionaria— frente a los adoradores del anglosajón, quebrará lanzas con los grandes diarios que exacerban localismos explotando minúsculos incidentes fronterizos, en fin, en todos los frentes de la lucha ideológica no cesará un instante, durante medio siglo, de defender todo aquello que concurra a disolver las fronteras artificiales y a dar un solo color al mapa latinoamericano. Sufrirá en esa lucha graves reveses, agudas decepciones y a veces desesperado, estará a punto de quebrar la pluma para siempre, pero el proyecto de la unión latinoamericana permanecerá incólume en lo más profundo de él mismo y logrará atravesar varias

décadas de combates desiguales, exilios y amargura, sin claudicar. Esa certeza de que la cuestión nacional latinoamericana constituye un problema principalísimo, generalmente ignorado por la mayor parte de los pseudoizquierdistas que vociferan en estas tierras, otorga al pensamiento de Ugarte una singularidad revolucionaria poco común, pues 75 años después de sus primeras inquietudes en este sentido, la cuestión continúa estando en el tapete de la historia y resulta ahora preocupación fundamental de los más lúcidos representantes del pensamiento latinoamericano.

Ugarte, partidario de explotar los recursos naturales y desarrollar intensamente las industrias, comprendió que no era posible un gran crecimiento de las fuerzas productivas en los estrechos marcos de cada uno de los veinte estados latinoamericanos. Su idea de la unificación —el gran mercado interno para la gran industria en desarrollo— se liga pues al propósito de rescatar a la América Latina del atraso económico en que se hallaba en 1900 —y aún se halla— y conducirla a un estado económico-social superior. Pero comprendió también que la posibilidad de esa unificación y de ese crecimiento estaba estrechamente ligada al logro de la liberación nacional. Para que la Patria fuese Grande debía ser Libre.

Inevitablemente, al abocarse al estudio de la unidad latinoamericana, se encontró con la intervención imperialista que había doblado la cerviz de todos los gobiernos de la patria balcanizada. La circunstancia de hallarse en Francia, en pleno período de rivalidades interimperialistas, le permitió la acumulación de datos acerca de la preponderancia inglesa y norteamericana en América Latina. Un viaje a Estados Unidos, en 1899, dio fundamento a sus inquietudes al par que varias denuncias de escritores latinoamericanos (*Ariel*, de Rodó, *Ante los bárbaros*, de Vargas Vila, *La Americanización del mundo*, de R. Blanco Fombona, *El destino de un continente*, de César Zumeta y *La ilusión americana*, de Pedro Prado), robustecieron su convicción de que las ex colonias españolas compartían otro rasgo que marcaba sus fisonomías: tenían un enemigo común, el imperialismo. La unificación resultaba entonces indispensable también por esta razón, ya que sólo podía detenerse el avance del vecino voraz, presentando un solo bloque de países que pudiera contrapesar su fuerza. El mencionado viaje por Estados Unidos, México y Cuba, le permitió a Ugarte bucear hondamente en el disímil destino de las colonias americanas: al norte del río Bravo, cohesión, unificación, desarrollo económico, soberanía e incluso expansión; al sur, balcanización, localismos, atraso, y subordinación colonial o semicolonial; al norte, desarrollo de las fuerzas productivas “hacia adentro”, prolongado hacia el interior; al sur, crecimiento tan solo de las ciudades-puertos “hacia afuera” y hundimiento de los pueblos interiores en una olla de desesperación y miseria. La historia enseñaba, pues,

que la unión en la nación se ligaba íntimamente con la soberanía nacional y con el progreso económico social,

También en este terreno, Ugarte da la pelea a partir de 1901 con su artículo "El peligro yanqui". Allí sostiene que "la política exterior de los Estados Unidos tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominación en zonas graduadas que se van ensanchando primero con la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas. Nadie ha olvidado que el territorio mexicano de Texas pasó a poder de los Estados Unidos después de una guerra injusta". Esta bandera antimperialista, enarbolada por primera vez a principios de siglo, será divisa de combate durante cinco décadas. Apenas durante dos o tres años —con motivo de la Política de Buena Vecindad de F. D. Roosevelt— Ugarte sosegará sus ataques al vecino del Norte, pero el resto de su vida entregará a esa causa sus mejores esfuerzos: recorriendo América Latina acusando al invasor, defendiendo a la Revolución Mexicana ante los ataques armados y las campañas internacionales de desprestigio, apoyando al APRA en su época antimperialista, constituyéndose en portavoz de Sandino en Europa, solidarizándose con Perón en la Argentina. Sus manifiestos publicados en todos los diarios latinoamericanos y europeos harán época y ya desde la Asociación Latinoamericana de Buenos Aires o desde la revista *Monde* en París, su palabra no cesará en favor de su América Latina escarnecida. La presión imperialista se agudizará a veces —especialmente durante las dos guerras mundiales— y cuando la mayoría de los intelectuales latinoamericanos se pliegan al bando aliado, en defensa de sus propios amos, Ugarte insiste tozudamente: "No tengamos vocación de tropa colonial. Iberoamérica para los iberoamericanos".

Su concepción antimperialista se ha forjado en las intervenciones norteamericanas en Centroamérica, especialmente en la guerra cubano-española, y hacia el imperialismo norteamericano enfila él preferentemente su artillería ideológica. Sin embargo, es erróneo imputarle desconocimiento del imperialismo inglés, al que visualiza ya en 1910 en *El porvenir de la América Española*. También en el diario *La Patria* publicado en Buenos Aires en 1916 Ugarte libra una dura campaña contra Inglaterra, condenando la acción anti-progresista cumplida por el ferrocarril británico y reiterando la necesidad de desarrollar industrias nacionales para poner fin a las importaciones en su mayoría inglesas. Más tarde continuará combatiendo contra ambos imperialismos o los castigará conjuntamente bajo el rótulo de "imperialismo anglosajón", aunque siempre considerará más peligroso al joven y avasallante imperialismo norteamericano "que constantemente presiona sobre México, nuestro rompecas, amenazando inundar todo el sur".

El pensamiento de Ugarte —en tanto tiene como pivotes centrales la unificación latinoamericana y la lucha contra el imperialismo— se emparenta con

el de otros ensayistas de su época: Vargas Vila, Blanco Fombona o José E. Rodó. Pero hay un rasgo muy singular que caracteriza su enfoque y que explica, en definitiva, el silenciamiento de sus ideas. Mientras el latinoamericanismo y el antimperialismo en Vargas Vila o Blanco Fombona se nutren de una concepción liberal, por momentos anárquica, con fuertes dosis de positivismo e incluso ribetes aristocratizantes y mientras en Rodó adquieren perfiles netamente reaccionarios al acantonarse en el espiritualismo de Ariel frente a “la brutalidad del maquinismo”, en Ugarte esas ideas aparecen vinculadas a una ideología avanzada: el socialismo. De allí la peligrosidad de su prédica que la clase dominante argentina percibió y su respuesta, colocando a Ugarte en el Index durante tantas décadas. Porque se podrá decir que hay épocas de su vida en que Ugarte abandona las reivindicaciones socialistas, se podrá argumentar también que su socialismo adopta generalmente un tono reformista, socialdemócrata, pero no se puede negar que Ugarte fue uno de los primeros —o quizás el primero en América Latina y en el Tercer Mundo— que intentó ensamblar liberación nacional (antimperialismo y unificación) con socialismo. En el 900, cuando muchos marxistas europeos pretendían justificar el colonialismo, cuando en la Argentina los socialistas consideraban traidor a quien se titulaba “patriota”, Ugarte armaba una mezcla explosiva combinando diversas dosis de socialismo y nacionalismo latinoamericano intentando hallar solución al grave dilema a que se hallaba enfrentado. Pero ¿de qué modo llega Ugarte al socialismo y cómo intenta armonizar con él esa conciencia latinoamericana y antimperialista que ha adquirido poco tiempo atrás?

Deslumbrado por los discursos de Jean Jaurès, Ugarte elige el camino del socialismo a principios de siglo: “Nacido en el seno de una clase que disfruta de todos los privilegios y domina a las demás, me he dado cuenta, en un momento de mi vida, de la guerra social que nos consume, de la injusticia que nos rodea, del crimen colectivo de la clase dominante y he dicho, rompiendo con todo lo que me podía retener: yo no me mancho las manos. Yo me voy con las víctimas”. En esta decisión no subyace tan sólo una motivación moral sino también la certeza de que el socialismo es una verdad científica, que su doctrina encierra las leyes del desenvolvimiento histórico de la humanidad: “Los socialistas de hoy no somos enfermos de sensibilidad, no somos dementes generosos, no somos iluminados y profetas que predicamos un ensueño que está en contradicción con la vida, sino hombres sanos, vigorosos y normales que han estudiado y leído mucho, que han desentrañado el mecanismo de las acciones humanas y conocen los remedios que corresponden a los males que nos aquejan... Vamos a probar primero que el socialismo es posible, segundo, que el socialismo es necesario”.

Habitual concurrente a las reuniones de la Casa del Pueblo de París, el escritor argentino se sumerge en el estudio de las nuevas ideas. Desde un punto de vista, ellas resultan, para él, el desarrollo y remate lógico de su liberalismo revolucionario que lo ha llevado a admirar a Robespierre y a los *sans-culottes*: libertad, igualdad y fraternidad, no restringidas al usufructo

exclusivo de la burguesía sino extensivas a toda la humanidad. Desde otra óptica, le revelan el trasfondo económico del mundo político, jurídico, cultural y religioso liberándolo de la chirle mitológica liberal. Si bien lee algunos textos clásicos, no cimenta su formación ideológica directamente en Marx y Engels, sino más bien en lecturas y conferencias de divulgación al uso de la socialdemocracia francesa de entonces. Así, su pensamiento se acostumbra al empleo de los principios fundamentales del marxismo, aunque sin caer jamás en estridencia ni petardismo alguno, al par que no se somete de manera incondicional ni a las citas de Marx y Engels ni a dogma alguno —ni de doctrina ni de método— sino que, paradójal consecuencia del Revisionismo reaccionario, intenta elaborar frente a cada problema una respuesta original, creadora. Mientras sus compañeros del Partido Socialista de la Argentina optan por la fácil solución de aferrarse al Manifiesto: “Los obreros no tienen patria”, escrito para países donde la cuestión nacional ya ha sido resuelta y no se hallan sujetos a la dominación imperialista, Ugarte, sin munirse siquiera de las armas que el mismo Marx le brindaba en sus escritos sobre Irlanda por ejemplo, sin poder valerse de los aportes que recién años más tarde harán Lenin y Trotski, intenta entroncar las reivindicaciones nacionales latinoamericanas con el socialismo. La historia lo coloca ante un difícil desafío y si bien no logra resolver plenamente la ecuación es cierto que sus aproximaciones resultan correctas. Marx no había comprendido a Bolívar y éste nada sabía de socialismo, pero ahora, en el cruce de dos caminos, alguien venía a enriquecer al socialismo intentando otorgarle una óptica latinoamericana y a reiterar el sueño de la Patria Grande levantado por el Libertador a través de una organización social superior.

Al convertirse al socialismo, Ugarte se pregunta si éste no resulta incompatible con su antimperialismo, con su nacionalismo latinoamericano. Si los obreros no tienen patria y el internacionalismo proletario es una de las banderas mayores de los socialistas, ¿cómo compaginar esa verdad con aquella otra descubierta poco antes, de la fragmentación de la nación latinoamericana y su vasallaje? Las respuestas se van abriendo paso: Si el socialismo es la bandera de justicia levantada por la clase oprimida al lanzarse al ataque contra la clase opresora, ¿qué incompatibilidad puede existir para que esa misma bandera sea levantada por los pueblos oprimidos contra los grandes imperios? Si el socialismo no sólo es el necesario resultado del desarrollo histórico, sino un ideal de justicia, ¿acaso habrá que abandonarlo para defender un mismo ideal de justicia, el de los pueblos explotados? Y en su primer artículo acerca del “Peligro yanqui”, ya demuestra la posibilidad de enlazar las banderas aparentemente contrapuestas: “Hasta los espíritus más elevados que no atribuyen gran importancia a las fronteras y sueñan con una completa reconciliación de los hombres, deben tender a combatir en la América Latina la influencia creciente de la América Sajona. Carlos Marx ha proclamado la confusión de los países y las razas, pero no el sometimiento de unas a otras”. En otras palabras, Marx ha predicado el internacionalismo pero cuando una gran nación se lanza a engullirse a una pequeña, el internacionalismo prole-

tario no puede justificar en modo alguno un silencio y una inacción cómplices. El nacionalismo tiene carácter reaccionario cuando resulta la expresión avasallante del capitalismo en función conquistadora de colonias, pero tiene un carácter progresivo en las colonias y semicolonias donde la reivindicación primaria es la liberación nacional. Asimismo, argumenta que los socialistas deben asumir decididamente la lucha antimperialista pues, al no hacerlo, favorecen la expansión imperialista lo que significa ayudar a consolidar al capitalismo como sistema mundial: "Asistir con indiferencia a la suplantación sería retrogradar en nuestra lenta marcha hacia la progresiva emancipación del hombre. El estado social que se combate ha alcanzado en los Estados Unidos mayor solidez y vigor que en otros países. La minoría dirigente tiene allí tendencias más exclusivistas y dominadoras que en ninguna otra parte. Con el feudalismo industrial que somete una provincia a la voluntad de un hombre, se nos exportaría además el prejuicio de las razas inferiores. Tendríamos hoteles para hombres de color y empresas capitalistas implacables. Hasta considerada desde este punto de vista puramente ideológico, la aventura sería perniciosa. Si la unificación de los hombres debe hacerse, que se haga por desmigajamiento y no por acumulación. Los grandes imperios son la negación de la libertad". Un año después, en 1902, retoma el asunto y afirma con mayor claridad: "En las épocas tumultuosas que se preparan, el imperialismo alcanzará su tensión extrema. Es lo propio de todos los sistemas que decaen: antes de morir, hacen un esfuerzo y muestran un vigor que, a veces, no tuvieron en sus mejores años. Pero este sistema condenado por los filósofos y destinado a desaparecer fatalmente, puede tener una agonía más o menos larga durante la cual pondrá en peligro quizá la homogeneidad de nuestro grupo etnológico. Y a pesar de los ideales internacionales que se afirman cada vez con mayor intensidad, fuerza será tratar de mantener las divisiones territoriales. Los renunciamientos serían nocivos a la buena causa porque sólo conseguirían acrecer la omnipotencia de las naciones absorbentes. Además, en las grandes transformaciones futuras, la justicia reconciliará primero a los ciudadanos dentro de la patria y después, a las patrias dentro de la humanidad". Luego agrega: "Los Estados Unidos continuarán siendo el único y verdadero peligro que amenaza a las repúblicas latinoamericanas. Y a medida que los años pasen iremos sintiendo más y más su realidad y su fatalismo. Dentro de veinte años, ninguna nación europea podrá oponerse al empuje de esa enorme confederación fuerte, emprendedora y brutal que va extendiendo los tentáculos de su industria y apoderándose del estómago universal hasta llegar a ser el exportador único de muchas cosas. . . Entre los peligros que la acechan, el mayor, el que sintetiza a todos los demás, es la extraordinaria fuerza de expansión de la gran República del Norte que como el Minotauro de los tiempos heroicos exige periódicamente un tributo en forma de pequeñas naciones que anexa a su monstruosa vitalidad". Tiempo después sostiene: "La derrota de los latinos en América marcaría un retroceso del ideal de solidaridad y un recrudecimiento del delirio capitalista que haría peligrar el triunfo de los más nobles propósitos. . . No es posible olvidar que, según previsiones

autorizadas, Norteamérica será quizá el último baluarte del régimen que decae. El egoísmo general tiene allí raíces más profundas que en ningún otro país. Por eso es doblemente justo defender esa demarcación de la raza. Al hacerlo, defendemos la bandera del porvenir, el ensueño de una época mejor, la razón de nuestra vida". Este "doblemente justo" de Ugarte revela, a principios de siglo, una enorme lucidez porque viene a anticipar que la revolución nacional en los países atrasados resulta progresiva no sólo porque significa el punto de partida de un proceso transformador en ese mundo atrasado y colonizado sino porque debilita al imperialismo reintroduciendo la crisis en el gran país capitalista y creando posibilidades socialistas, hasta ese momento neutralizadas por las jugosas rentas coloniales que moderan los antagonismos de clases.

Al convertirse al socialismo, Ugarte no abandona pues sus ideales latinoamericanos y antimperialistas. Por el contrario y paradójicamente, los consolida. Su noción acerca del imperialismo resulta ahora más correcta que la sostenida en general por luchadores antimperialistas de posiciones nacionaldemocráticas. Así, por ejemplo, no sólo contempla la posibilidad de las intervenciones militares tan comunes en Centro América, sino también la subordinación semicolonial. Ya en 1901 afirma que "no debemos imaginarnos el peligro yanqui como una agresión inmediata y brutal. . . sino como un trabajo de invasión comercial y moral que se irá acreciendo con conquistas sucesivas. . . Los asuntos públicos están en los grandes países en manos de una aristocracia del dinero formada por grandes especuladores que organizan trusts y exigen nuevas comarcas donde extender su actividad. De ahí el deseo de expansión. . ." Luego redondea esa concepción y sostiene: "No es indispensable anexar un país para usufructuar su savia. Los núcleos poderosos sólo necesitan a veces tocar botones invisibles, abrir y cerrar llaves secretas, para determinar a distancia sucesos fundamentales que anemian o coartan la prosperidad de los pequeños núcleos. La infiltración mental, económica o diplomática puede deslizarse suavemente sin ser advertida por aquellos mismos a quienes debe perjudicar porque los factores de desnacionalización no son ya como antes el misionero y el soldado sino las exportaciones, los empréstitos, las vías de comunicación, las tarifas aduaneras, las genuflexiones diplomáticas, las lecturas, las noticias y hasta los espectáculos".

Este entronque entre socialismo y nacionalismo latinoamericano le valdrá a Ugarte la maldición de la lúcida oligarquía argentina. Pero también el vituperio de sus compañeros de partido para quienes toda reivindicación nacional es motejada de "burguesa" y por ende, reaccionaria. Sin embargo, Ugarte diferencia claramente el significado que adquiere el nacionalismo en los países atrasados del que asume en aquellas grandes naciones europeas o en Estados Unidos. Así, por ejemplo, proclama la necesidad de una conciencia nacional latinoamericana, pero afirma en *El Tiempo* que los conservadores franceses como Barrès "al reclamar una conciencia nacional, están pidiendo un lazo de complicidades que ayude a subir la cuesta a los sectores reaccionarios". Asimismo, en la época en que reitera tozudamente la necesidad insoslayable de

un nacionalismo latinoamericano, lanza una fuerte andanada contra el nacionalismo francés: "El nacionalismo es el pasado en todo cuanto tiene de más inaceptable, de más oscuro, de más primitivo. Es el atavismo mental de la hora que ruge su sangriento egoísmo en santa ley, es la barbarie dorada de las monarquías, es la confiscación de la intelectualidad, es la tiranía del acero. De ahí que está en contradicción con las doctrinas de paz y de concordia de los nuevos partidos populares y de ahí que existe entre el nacionalismo y el socialismo un inextinguible estado de guerra que durará hasta que uno de ellos sea devorado por el otro".

Confusamente, de una manera aproximativa y con el lastre de su reformismo socialdemócrata, Ugarte alcanza así a sostener posiciones que, pese a su lenguaje cauto y moderado, lo colocan muy a la izquierda de sus compañeros socialistas de la Argentina y de muchos de la II Internacional. Respecto a estos últimos, mientras él condena desde los diarios parisinos toda aventura colonial y mantendrá hasta su muerte una dura campaña en favor de los países sojuzgados por los grandes imperios, abundan los socialdemócratas tipo Van Kol o Bernstein que intentan conciliar socialismo con colonialismo, como lo escucha sorprendido el propio Ugarte en los Congresos Socialistas de Amsterdam y Stuttgart. Del mismo modo, mientras sus compañeros argentinos de literatura petardista enfilarán su artillería contra los movimientos nacionales, colocándose de hecho como aliados de la clase dominante, Ugarte contemplará con mayor simpatía al irigoyenismo y se sumará al proceso de la revolución nacional peronista acompañando la experiencia de las masas trabajadoras. Por supuesto que no hay en él —un intelectual aislado— un claro planteo de apoyo a los movimientos nacionales manteniendo una independencia política y organizativa, ni una adscripción a la teoría de la revolución permanente de L. Trotski, pero también es cierto que este hombre que publica sus mejores páginas entre 1900 y 1910 se orienta precisamente en esa línea sobre la cual teorizarán luego Lenin y Trotski al sostener la progresividad histórica de las revoluciones nacionales en los países coloniales y semicoloniales y la obligación de los socialistas de apoyar críticamente esos procesos.

Curiosa situación la de este precursor que en la América Latina no industrializada y casi sin obreros, intenta desplegar, a comienzos del siglo, estas tres banderas: antimperialismo, unidad latinoamericana, socialismo. Con ellas ingresa al Partido Socialista de la Argentina fundado y dirigido por Juan B. Justo, creyendo hallar allí el instrumento político apto para luchar por ellas.

Nutrido en su base por artesanos extranjeros y en su dirección por pequeños burgueses acomodados de mentalidad liberal, este Partido reducirá su influencia a la ciudad de Buenos Aires y actuará, a lo largo de casi toda su historia, como ala izquierda del conservadorismo oponiéndose frontalmente

a los movimientos nacionales. Disfrazado de fraseología socialista, resulta una expresión conservadora de la política argentina a tal punto que decae y se escinde en varios grupos sin importancia precisamente en la época de desarrollo industrial con el cual se constituye la verdadera clase obrera en la Argentina. Ugarte dirime sus armas en ese partido e intenta vanamente reorientarlo dándole por eje de su política la cuestión nacional. Una polémica generada en el menosprecio con que el periódico partidario trata a Colombia, sirve de detonante para que salgan totalmente a luz las disidencias. Ugarte con su socialismo lindando el nacionalismo democrático, entiende que en esa Argentina de 1913 los socialistas no deben hacer política antimilitarista ni anticlerical, ni siquiera antiburguesa, en tanto no se trata de un país de desarrollo capitalista autónomo y donde, por ende, incumplidas las tareas nacional-democráticas, los militares, los sacerdotes e incluso los propietarios de medianos recursos son posibles integrantes de un frente nacional. La dirección del Partido Socialista que, por sobre todo se manifiesta "antinacionalista", disimula con fuegos de artificio del lenguaje clásico ("La religión es el opio de los pueblos", "El Ejército es el brazo armado de la burguesía") su oportunismo hacia la oligarquía y el imperialismo reiterado una y otra vez en la política práctica. El "nacionalista burgués" Ugarte se coloca en esta lid muy a la izquierda de los "socialistas científicos y ortodoxos" que años más tarde irán del brazo del embajador norteamericano enfrentando a la clase obrera argentina. Pero para el desarrollo del pensamiento ugartiano la polémica y su posterior expulsión de la organización alcanzan gran significado porque coinciden con la debacle de la socialdemocracia europea al desencadenarse la primera Gran Guerra. Decepcionado de sus compañeros argentinos y de los europeos, Ugarte abandona sus inquietudes socialistas y acantona su labor ideológica en el antimperialismo y la unidad latinoamericana. Una vez más se acerca, sin sospecharlo, al grupo más revolucionario del socialismo: durante la guerra, adopta una posición neutralista mientras los socialistas argentinos son aliadófilos y los europeos en su mayoría caen en el belicismo apoyando a sus respectivas patrias. Por supuesto que Ugarte no es Lenin en Zimmerwald, pero también es cierto que su neutralismo, mantenido contra viento y marea en una Buenos Aires furiosamente probritánica, resulta una posición muy avanzada en la semicolonía y tan peligrosa que lo conduce al exilio.

En sus largos años de destierro, profesa un nacionalismo democrático que acompaña a los principales acontecimientos populares de América Latina: la gestación y período progresista del APRA en Perú, la Revolución Mexicana, la lucha de Sandino en Nicaragua. A partir de 1927, en que viaja invitado a la URSS para los festejos del 10º Aniversario de la Revolución de Octubre, se reencuentra con el socialismo aunque sostenido ahora con menor intensidad que en sus años juveniles: "El fin de las oligarquías latinoamericanas", "La hora de la izquierda" y otros artículos de esa época muestran este desplazamiento que al regresar a la Argentina en 1935 lo lleva a reingresar al Partido Socialista. Otra vez intenta ensambalar en sus planteos la cuestión nacional y la cuestión social y nuevamente su propósito provoca su expulsión.

Estas idas y venidas de Ugarte en relación al socialismo, expresan dialécticamente las dos facetas de su ideología: por un lado, el permanente intento de dotar a su nacionalismo latinoamericano de un cuerpo de ideas revolucionarias que permita luchar exitosamente contra las fuerzas dominantes, como asimismo la búsqueda vaga y confusa de la clase social que podría acaudillar esa epopeya de la Federación Latinoamericana, esa clase que "nada tiene que perder" y cuyo empuje es indispensable para esa ciclópea tarea; por otro lado, las limitaciones de su formación socialdemócrata que lo desplazan una y otra vez hacia un nacionalismo democrático, popular, por supuesto más progresista que el seudosocialismo de Juan B. Justo, pero insuficiente para abrir una vertiente socialista en el movimiento nacional. De allí también la importancia que adquiere la adhesión de Ugarte al peronismo cuando la mayoría de los intelectuales liberales y de izquierda militan en la vereda antipopular, pero de ahí también la debilidad de esa adhesión que si pudo tener carácter crítico—Ugarte le insistió a Perón en la necesidad de desarrollar la industria pesada y renunció a su cargo condenando a la burocracia arribista que rodeaba al Presidente— careció, en cambio, de la capacidad para adquirir el nivel de una alternativa independiente, socialista y latinoamericana.

Con estas limitaciones, sin embargo, Ugarte dio una orientación en el buen camino, en medio del desconcierto y la confusión general. Sus libros, discursos, conferencias y artículos difundiendo los ideales bolivarianos dejaron una enseñanza a los latinos del continente y muy especialmente a los argentinos tan proclives a desnacionalizarse. Su batalla sin tregua contra el imperialismo también marcó un derrotero. Además, ahí quedó para que las nuevas generaciones lo desarrollasen y profundizasen su intento de ensamblar socialismo y nacionalismo latinoamericano, ese singular y visionario planteo que entroncó las revoluciones nacionales del mundo colonial con el socialismo anticipándose así a la forma que adquirirían las principales revoluciones de este siglo, donde ambas cuestiones —nacional y social— se han resuelto a través de un proceso ininterrumpido donde las tareas de ambos tipos se combinan e interrelacionan. Por esta audacia, el autor de una cuarentena de libros, el compañero de Barbusse, Gorki, Sinclair y Unamuno en la dirección de *Monde*, el estrecho colaborador de la Revolución Mexicana y de Sandino, el íntimo amigo de Darío, Neruo, Chocano y tanto otros de renombre mundial, el solitario precursor de la izquierda nacional latinoamericana, permaneció silenciado durante tantos años. Ahora, al revisar sus ideas, asombra su lucidez y al mismo tiempo lastima nuestro atraso pues los grandes problemas sobre los cuales él meditó largamente aún están allí, sin resolver. Las ideas de Ugarte se incorporan, pues, necesariamente al pensamiento de la Patria Grande en gestación y en ellas encontrarán seguramente las nuevas generaciones sugerencias y planteos hacia los cuales habrá que volver una y otra vez en la marcha hacia ese futuro luminoso que el pueblo latinoamericano busca desde 1810.

NORBERTO GALASSO

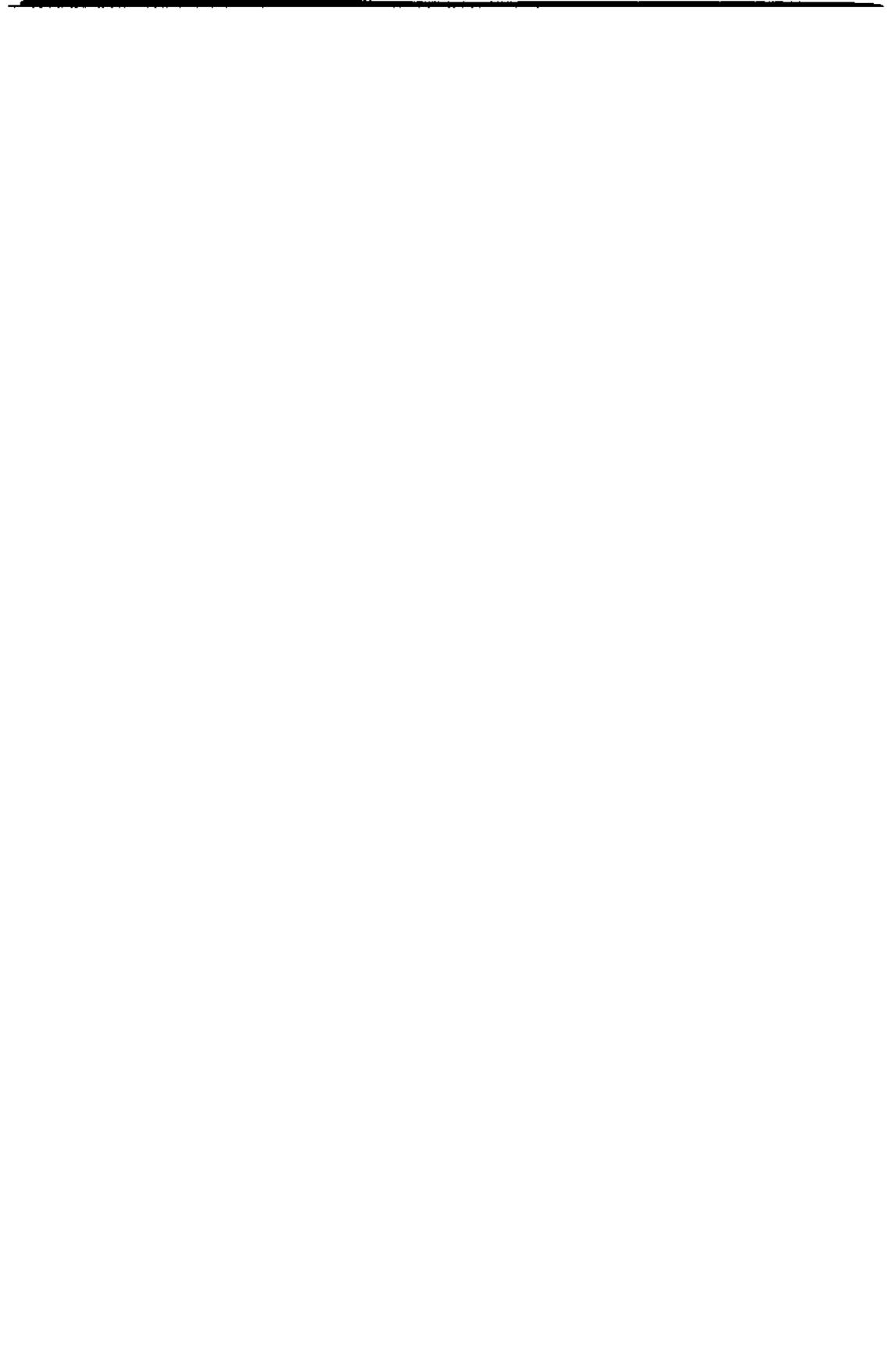
CRITERIO DE ESTA EDICION

LA PRESENTE selección de textos se ha realizado principalmente tomando por base los materiales del Archivo de Manuel Ugarte que se encuentran en el Archivo General de la Nación Argentina y comprenden más de veinte bibliotecas y carpetas con recortes periodísticos, correspondencia y borradores manuscritos, como así también la casi totalidad de libros de Ugarte y la colección del diario *La Patria* y la revista *Vida de hoy*. La documentación se completó revisando archivos privados de diarios de Buenos Aires y obras halladas en la Biblioteca Nacional.

El criterio adoptado ha sido separar los textos más representativos en varios capítulos en función de las cuestiones más importantes que ocuparon la atención de Ugarte durante toda su vida: unidad latinoamericana, antimperialismo, nacionalismo-democrático, socialismo y cultura nacional-latinoamericana. Dentro de cada uno de estos capítulos, la documentación se ha ordenado siguiendo un criterio cronológico de manera que el lector pueda observar, a través del tiempo, la continuidad y maduración del pensamiento de Ugarte en algunos temas —por ejemplo unidad latinoamericana—, como asimismo los matices y giros producidos en otras cuestiones —por ejemplo: socialismo—. En un sexto capítulo se incorporan textos autobiográficos.

En general se ha preferido la transcripción de textos completos y sólo en pocos casos y por considerar insoslayables su inclusión, se han insertado fragmentos de algunos de sus libros correspondientes a capítulos extensos cuya reproducción total resultaría reiterativa para el lector.

N. G.





**LA NACION
LATINOAMERICANA**

I

LA PATRIA GRANDE

“Pero, mi patria, ¿es acaso el barrio en que vivo, la casa en que me alojo, la habitación en que duermo? ¿No tenemos más bandera que la sombra del campanario? Yo conservo fervorosamente el culto del país en que he nacido, pero mi patria superior es el conjunto de ideas, de recuerdos, de costumbres, de orientaciones y de esperanzas que los hombres del mismo origen, nacidos de la misma revolución, articulan en el mismo continente, con ayuda de la misma lengua”.

(En Lima, 3 de mayo de 1913).

LA DEFENSA LATINA

(1901)

EN LA CRÓNICA anterior hablamos del peligro yanqui tratando de hacer tangible, con citas y comentarios, la manera de ver que predomina en Francia sobre tan grave asunto. Después de ese cuadro general, forzosamente sucinto y deficiente conviene quizás indicar cuáles serían los medios de que se puede disponer para contrarrestar la influencia invasora de la América inglesa. Los recientes sucesos que despertaron el interés de Europa, han dado nacimiento a centenares de artículos. De todos ellos se desprende la misma convicción pesimista. Algunos indican remedios inverosímiles que sólo conseguirían agravar el mal. Y la mayoría se esfuerza por disponer las cosas de una manera feliz para sus intereses nacionales. Nosotros sólo consideraremos el problema desde el punto de vista latinoamericano y trataremos de abarcar el conjunto.

La América española es susceptible de ser subdividida en tres zonas que podríamos delimitar aproximadamente: la del extremo sur (Uruguay, Argentina, Chile y Brasil) en pleno progreso e independiente de toda influencia extranjera; la del centro (Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela y Colombia), relativamente atrasada y roída por el clericalismo o la guerra civil y la del extremo norte (México, Guatemala, Honduras, Nicaragua, San Salvador y Costa Rica), sometida indirectamente a la influencia moral y material de los Estados Unidos.

Debido a la falta de ferrocarriles y telégrafos, los países latinoamericanos se han desarrollado tan independientemente los unos de los otros que a pesar de la identidad de origen y la comunidad de historia, no han podido sus- traerse a la ley científica de la adaptación al medio.

Hasta hace pocos años ni aún los más vecinos estaban en contacto directo. Cada pueblo se ha orientado a su modo. Hoy mismo nos unen con Europa maravillosas líneas de comunicación, pero entre nosotros estamos aislados. Sabemos lo que pasa en China, pero ignoramos lo que ocurre en nuestro propio continente. De aquí que las repúblicas nacidas de un mismo tronco, sean tan disímbolas. Cada una se ha desarrollado aislada, dentro de sus fronteras, multiplicándose por sí misma, sin recibir más influencia exterior que la que le venía de Europa en forma de emigración ávida de lucro. De suerte que muchas de esas sociedades abandonadas por los españoles en plena infancia, han seguido repitiendo los gestos del coloniaje, sin tratar de relacionarse entre ellas.

La independencia sólo se tradujo, para algunas, en un cambio de esclavitud porque pasaron de manos del virrey que era responsable ante el monarca, a las de una oligarquía ambiciosa que no es responsable ante nadie. De ahí los altibajos que se notan entre pueblos que tienen un punto de partida común. Los unos, favorecidos en cierto modo por la suerte (clima, geografía, gobierno, etc.) se han encaramado en grandes saltos hacia el progreso. Los otros, han quedado estacionarios y aquellos se han dejado ganar por la nación poderosa más vecina. Pero eso no quiere decir que carecen de la unidad moral indispensable para oponer un bloque de resistencia.

No los separa ningún antagonismo fundamental. El congreso hispanoamericano que se reunió hace un año en Madrid no resolvió ninguno de los problemas que nos interesan, pero tuvo, por lo menos, el mérito de exteriorizar la buena armonía que nos une. Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. Entre las dos repúblicas más opuestas de la América Latina, hay menos diferencia y menos hostilidad que entre dos provincias de España o dos estados de Austria. Nuestras divisiones son puramente políticas y por tanto convencionales. Los antagonismos, si los hay, datan apenas de algunos años y más que entre los pueblos, son entre los gobiernos. De modo que no habría obstáculo serio para la fraternidad y la coordinación de países que marchan por el mismo camino hacia el mismo ideal.

Las repúblicas que han alcanzado mayor grado de cultura serían los guías indicados en esta tentativa de orquestación latinoamericana. Olvidando, ante el peligro común, sus diferencias accidentales, formarían el primer núcleo alrededor del cual vendrían a agruparse sucesivamente las más pequeñas. Del acercamiento brotaría un tejido de mutuas simpatías, que irían acentuándose desde la *entente cordiale* hasta llegar quizá a una refundición que juntaría todos esos embriones dispersos en el molde de un organismo definitivo. Sólo los Estados Unidos del Sur pueden contrabalancear en fuerza a los del Norte. Y esa unificación no es un sueño imposible. Otras comarcas más opuestas y

más separadas por el tiempo y las costumbres, se han reunido en bloques poderosos y durables. Bastaría recordar como se consumó hace pocos años la unidad de Alemania y de Italia. La amenaza de la invasión extranjera se encargaría de desvanecer las prevenciones. Sólo puede inquietarnos el modo como se realizaría la unidad.

Los pueblos en general están aún tan confinados en su egoísmo, tan maniatados por las preocupaciones y los prejuicios de otras épocas, que casi siempre se resisten a hacer abandono de sus tradiciones y se niegan a fundirse en otro "todo" más ancho. De ahí que la unidad de los países ha sido realizada casi siempre por generales victoriosos que han violentado la voluntad de las fracciones y han impuesto la gran patria edificada con fragmentos. Nada más odioso que esa sacudida brusca en la que un hombre se erige en tutor de inmensas comarcas y con el noble fin de salvarlas, empieza por violar la libertad de los mismos cuya libertad defiende. En principio, no es justo que una unidad se sustituya a la muchedumbre y le imponga su manera de ver, aun cuando sea con el fin de darle la felicidad. Si justificásemos ese derecho superior del más inteligente o del más poderoso, dejaríamos la puerta abierta a todas las ambiciones y a todas las tiranías porque sería difícil especificar cuando se ejerce la tutela en beneficio de los demás y cuando en beneficio propio. Además, han pasado los tiempos en que la idea necesitaba ser subrayada por las armas. Si el acuerdo se estableciera, habría de ser por voluntad colectiva.

La inminencia del peligro y la evidencia de las ventajas que puede traer una unión, bastarían para amalgamar las porciones dispersas de humanidad, sin que intervenga esa violencia que todos —unos abiertamente y otros con atenuaciones— están hoy contestes en reprobar y combatir.

La unión de los pueblos americanos no sería, pues, una operación estratégica, sino un razonamiento. No se trata con esto de limitarla a esas frágiles declamaciones de fraternidad que son el romanticismo de la política. Pero a igual distancia de la declamación y del atentado, hay un terreno práctico de acción razonada que trataremos de delimitar.

Lo primero sería estar a cabo de lo que ocurre en todas las regiones de América. Los grandes diarios que nos dan día a día detalles, a menudo insignificantes, de lo que pasa en París, Londres o Viena, nos dejan casi siempre ignorar las evoluciones del espíritu en Quito, Bogotá o México. La vida europea nos interesa grandemente puesto que de ella vivimos y a ella debemos nuestros progresos materiales y morales pero no es juicioso descuidar tampoco la vida de nuestro continente. Entre una noticia sobre la salud del Emperador de Austria y otra sobre la renovación del ministerio en Ecuador, nuestro interés real reside naturalmente en la última. Es un contrasentido que las palpitaciones de la América Española lleguen a la América Española después de haber pasado por Europa o por Washington. Nuestra curiosidad no debe detenerse en el Perú o en el Brasil, debemos abarcar todo el continente. Estamos a cabo de la política europea, pero ignoramos el nombre del presidente de Guatemala y apenas sabemos cuáles son los partidos que se disputan

el poder en Venezuela. La indiferencia con que miramos cuanto se relaciona con los países menos afortunados de América es tan funesta como culpable. Un tratado de comercio entre Colombia y otra nación, tiene que interesarnos más que las aventuras de la reina de Servia.

Resignarse a que el reflejo de la vida de ciertas regiones nos llegue por intermedio de las agencias yanquis es confinarse en un papel subalterno y tender la cara al peligro.

El establecimiento de comunicaciones entre los diferentes países de la América Latina sería entonces la primera medida de defensa. Pero esas líneas para ser eficaces, habrían de ser construidas o administradas directamente por las repúblicas, utilizando diferentes capitales europeos de modo que se neutralicen. Los teóricos aconsejan evitar las ocasiones en que una empresa extranjera pueda monopolizar un servicio esencial para la vida de un Estado. Los capitales yanquis se verían naturalmente excluidos por completo. El ferrocarril intercontinental de Nueva York a Buenos Aires proyectado por una empresa norteamericana, sólo sería un gran canal de infiltración y el comienzo de nuestra pérdida. De llevarse a cabo, conviene que lo sea con recursos particulares de los Estados que atravesase y en caso de no bastar éstos, con capitales europeos. Pero en ningún caso podría admitirse que las vías de comunicación sean propiedad de empresas extranjeras y especialmente norteamericanas.

Apartadas del peligro, las vías telegráficas y ferroviarias en la América Española traerían beneficios incalculables. Las relaciones se harían cada vez más estrechas las fronteras perderán su carácter de murallas chinas y los diferentes pueblos puestos en contacto irán olvidando sus prevenciones para aprender a conocerse. No será ya un viaje extravagante ir de Montevideo a Caracas o a México. Habrá una ciudad central, Buenos Aires ciertamente, a la que afluirá la vida intelectual de otras naciones. Se establecerá un ir y volver de intereses y simpatías. Y de ese intercambio de gentes e ideas, de las comarcas comerciales que hacen nacer las líneas de comunicación, de la relativa comunidad de costumbres y de propósitos, nacerá al cabo de poco tiempo la necesidad de estrechar vínculos y precipitar acercamientos, hasta confundirnos en el porvenir como lo estuvimos en el pasado.

Pero, además de la unión y la solidaridad, la América Latina tiene, para defenderse de la infiltración yanqui, una serie de recursos que, combinados con destreza, pueden determinar una victoria. El más importante sería el contrapeso que los intereses europeos deben ejercer. Francia, Inglaterra, Alemania e Italia han empleado en las repúblicas del sur grandes capitales y han establecido inmensas corrientes de intercambio o de emigración. En caso de que los Estados Unidos pretendieran hacer sentir materialmente su hegemonía y comenzar en el sur la obra de infiltración que han consumado en el centro,

se encontrarían naturalmente detenidos por las naciones europeas que tratarán de defender las posiciones adquiridas. Este choque de ambiciones es la mejor garantía para los latinos de América.

Cediendo a egoísmos particulares y acariciando imposibles deseos de colonización en gran escala, los europeos se opondrán a toda tentativa de los Estados Unidos en América del Sur.

La Lanterne de París decía hace pocos días lo siguiente: "Conocemos demasiado las mediaciones americanas para tener confianza en ellas. Desde hace algún tiempo siempre acaban como la fábula de la ostra y de los dos litigantes. Es necesario impedir que la diplomacia de Washington recomience lo que hizo hace dos años en Cuba y lo que actualmente realiza en Filipinas. Bajo pretexto de protección a ciertos Estados los anexa. Y sería prudente calmar sus apetitos. Es necesario que la Europa intervenga en los conflictos que amenazan a la América Española". Se dirá que es defenderse de un peligro provocando otro. Pero si los europeos están de acuerdo para oponerse a las pretensiones de los Estados Unidos, no lo están para determinar hasta qué punto deben graduar las pretensiones propias.

Forman un bloque de oposición ante la amenaza americana, pero están divididos entre sí por antagonismos insalvables. Las ambiciones de Inglaterra se ven contrarrestadas por las de Francia y así sucesivamente. De modo que estaríamos defendidos contra los americanos por los europeos y contra los europeos, por los europeos mismos.

Además la verdadera amenaza no ha estado nunca en Europa, sino en la América del Norte. Las naciones del viejo continente hicieron hace un siglo algunos ensayos y el resultado lastimoso no puede alentarles a recomenzar ahora. Por otra parte, están separados por odios seculares y ni aun el aliciente de la conquista podría ponerlas fundamentalmente de acuerdo. Como peligro, no pueden inquietarnos, como defensa, son de una eficacia definitiva. Es un arma de reserva de la que no sería prudente echar mano en toda circunstancia, pero que en casos excepcionales puede cortar el nudo.

Apoyada en su unidad moral, en esta formidable fuerza exterior y en la simpatía de sangre de España y Portugal de quien descende, la América Latina puede oponer una resistencia invencible a todas las agresiones. La omnipotencia de los Estados Unidos desaparece ante una simple combinación de energías. La poderosa república del Norte presenta también sus grandes puntos vulnerables. La concentración de las fortunas y el aumento de los monopolios tienen que provocar en Estados Unidos, quizás antes que en Europa, esos grandes conflictos económicos que todos han previsto. Abarca un territorio demasiado extenso que como tantos otros de los tiempos antiguos y aun de los modernos, no puede ser de cohesión durable y trae sobre todo en su seno, como llaga de dónde saldrán muchos males para el porvenir, un antagonismo de razas, una lucha entre hombres blancos y hombres de color que, bien utilizada por un adversario inteligente, puede llegar a debilitarle mucho.

Por otra parte, en los países últimamente anexados queda un fermento de rebelión que con poco hacer, estallará, así que se presente una ocasión favorable. Sin contar con que el Japón, cuyos intereses en Filipinas son considerables, se dejaría llevar quizás fácilmente no a emitir pretensiones insostenibles pero sí a mostrar cierta hostilidad que, aunque velada, no dejará de inspirar recelos.

Esos elementos secundarios, acumulados sobre la base esencial de la unidad latinoamericana, bastarían en la opinión de muchos para constituir un poderoso sistema de defensa. Quizás todas las repúblicas no consentirían en adherirse a la tentativa salvadora. Hay algunas cuya descomposición está tan adelantada que envueltas en el vértigo del norte, no son libres de cambiar de orientación y de vida. Si no es posible atraerlas, fuerza será abandonarlas. Pero en todo caso, bastaría que el acuerdo se estableciese en la América del Sur, hasta el istmo.

Y aun en ese radio hay dificultades. Se trata de regiones que han vivido tan separadas y extranjeras las unas a las otras, que en los comienzos sería tarea imposible hacerles fraternizar en un sistema unificado.

Sólo puede prepararlas una larga época de elaboración tenaz, durante la cual la parte más ilustrada de cada una se entregue a una infatigable cruzada de propaganda. Sería ilusión suponer que hoy por hoy es realizable la coordinación más superficial entre estados que el abandono de tantos años y las ambiciones inmediatas han contribuido a hacer indiferentes u hostiles. De manera que sólo cabe preparar lo que se realizará después.

Preparación que se traducirá en congresos, enviados especiales, tratados comerciales, tribunales de arbitraje, cuerpo consular numeroso, etc.

De esa primera etapa no sería difícil pasar a otras a medida que el espíritu público fuera penetrándose, en todas partes, de la necesidad de la unión y palpara los beneficios que de ella se puede esperar.

Se fundarían diarios especiales, se multiplicarían las conferencias, habría intercambios entre comisiones destinadas a estudiar un punto u otro de la administración de los estados, se perfeccionaría el servicio internacional de correos, se organizarían viajes colectivos alrededor de América Latina con estudiantes delegados de cada facultad, se aumentaría el canje entre diarios de las diferentes capitales, se reduciría la naturalización a una simple declaración escrita y con líneas de comunicación cada vez más rápidas y más completas, con la propaganda cada vez más decidida y eficaz de todos los ciudadanos, industriales, cónsules, etc. no parece difícil conseguir al cabo de pocos años, un recrudescimiento de la fraternidad entre las diferentes naciones. De esos acercamientos, nacerán sentimientos fraternales y la buena cordialidad se robustecerá hasta permitir pensar en lazos más sólidos.

Se dirá, quizá, que tales suposiciones sólo son sueños de poeta. Pero es necesario recordar que las pocas relaciones de alma que existen hoy entre las diferentes repúblicas de América Latina, han sido establecidas por escritores que han simpatizado y se han escrito sin conocerse personalmente. Algunas revistas de la gente joven fueron en estos últimos tiempos el hogar fraternal donde se reunieron nombres de diferentes países. Se podría decir que los artistas han hecho hasta ahora por la unión un poco más que las autoridades y a ellos le corresponde seguir agitando sobre las fronteras la oliva de la paz. Sobre todo en el caso presente, porque del buen acuerdo entre todas las repúblicas, depende la salvación o la pérdida de los latinos del Nuevo Mundo.

(Fechado en París el 5 de octubre de 1901, publicado en el diario *El País* de Buenos Aires el 9 de noviembre de 1901).

*LA AMERICA DE ORIGEN ESPAÑOL ES UN HOMBRE Y
CADA REPUBLICA ES UNA PARTE DE EL*

(1910)

CONTEMPEMOS con la imaginación el mapa de América. Al norte bullen cien millones de anglosajones febriles e imperialistas, reunidos dentro de la armonía más perfecta en una nación única; al sur se agitan ochenta millones de hispanoamericanos de cultura y actividad desigual, divididos en veinte repúblicas que en muchos casos se ignoran o se combaten. Cada día que pasa marca un triunfo de los del norte. Cada día que pasa registra una derrota de los del sur. Es una avalancha que se precipita. Las ciudades fundadas por nuestra raza, con sus nombres españoles y con sus recuerdos de la conquista, de la colonia o de la libertad, van quedando paulatinamente del otro lado de la frontera en marcha. San Francisco, Los Angeles, Sacramento, Santa Fe, están diciendo a gritos del origen. El canal de Panamá y los últimos sucesos de Nicaragua, anuncian nuevos atentados. Nadie puede prever ante qué río o ante qué montaña se detendrá el avance de la nación que aspira a unificar el nuevo mundo bajo su bandera. Y la emancipación soñada, la resplandeciente hipótesis de la libertad de todas las colonias, va resultando un instrumento de dominación que precipita la pérdida de muchos.

Lejos de mí la fantasía de lamentar la independencencia de España. La historia no se llora, ni se modifica. Cuando depende de nosotros, se hace. Cuando nos viene de otras generaciones, se soporta y se corrige en la medida de nuestras fuerzas. El pesimismo es la enfermedad de los débiles, pero, ¿qué son nuestras repúblicas de uno o de seis millones de habitantes ante la masa enorme de la nación más productora, más audaz y más progresiva que existe hoy en el mundo? ¿Qué valen las vanas y prematuras divisiones que queremos multiplicar dentro de la América Española, ante el peligro seguro que entraña para todos el avance de un pueblo que, aun en los países que se hallan momentáneamente al abrigo a causa de la distancia, aun en ese extremo sur del cual nos enorgullecemos con razón, nos perjudica el porvenir y nos hiere en la marcha armónica de nuestro bloque moral?

Supongamos que la América de origen español es un hombre. Cada república es un miembro, una articulación, una parte de él. La Argentina es una mano. La América Central es un pie. Yo no digo que porque se corte un pie deje de funcionar la mano. Pero afirmo que después de la amputación el hombre se hallará menos ágil y que la mano misma, a pesar de no haber sido tocada, se sentirá disminuida con la ausencia de un miembro necesario para el equilibrio y la integridad del cuerpo. Una nación conquistadora nos puede ahogar sin contacto. Si le cortan al hombre el otro pie, si le apagan los ojos, si anulan sus recursos más eficaces, si lo reducen a un pobre tronco que se arrastra, ¿para qué servirá la mano indemne, sino para tenderla al transeúnte pidiendo la limosna de la libertad?

Entre las naciones existe también lo que podríamos llamar un proletariado. Para comprenderlo, basta recordar el caso de Polonia, desmembrada por los apetitos de las grandes potencias, basta recordar la guerra del Transvaal, durante la cual vimos caer al débil bajo la rodilla del poderoso y basta contemplar actualmente la situación de la India, donde 300 millones de hombres sufren, se debaten y mueren sin lograr sacudir el yugo de Inglaterra. La existencia de los pueblos, como la existencia de los individuos, está sembrada de odiosas injusticias. Así como en la vida nacional hay clases que poseen los medios de producción, en la vida internacional hay naciones que esgrimen los medios de dominación, es decir, la fuerza económica y militar que se sobrepone al derecho y nos convierte en vasallos.

Y como nosotros no podemos ser cómplices de los piratas de la humanidad, como por más urgentes que sean los problemas interiores no podemos olvidar las acechanzas que ponen en peligro la existencia de nuestro conjunto, como la libertad, que es el derecho de disponer de sí mismo, tiene que ser reconocida igualmente a los hombres y a las colectividades, entiendo que en nuestras preocupaciones debe entrar la resistencia a los potentados de adentro y a los potentados de afuera y que, si en el orden nacional combatimos a los que acumulan su fortuna con el sacrificio y con el hambre de los pobres, en el orden internacional tenemos que ser enemigos de los imperios que engordan con la esclavitud de las naciones indefensas.

Cuando el canal de Panamá entregue a la actividad norteamericana todo el comercio del Pacífico, cuando el ferrocarril intercontinental que debe atravesar la América Española de norte a sur derrame sobre aquellos territorios la producción, las costumbres y la lengua de una nación extraña, cuando los Estados Unidos se inclinen a recoger lo que hemos sembrado en tantos años de esfuerzo, entonces, recién entonces, sentiremos en toda su intensidad viviente la atracción salvadora de la raza, entonces, recién entonces, comprenderemos la solemnidad del instante por que atravesamos hoy. Las divisiones y las guerras civiles nos han imposibilitado en muchos puntos para desarrollar una acción verdaderamente fecunda y no somos ante el bloque anglosajón más que un hacinamiento desigual, donde existen maravillosos centros prósperos y lamentables llanuras abandonadas, que obedecen a las leyes y gobiernos distintos, en una confusión favorable a todas las hecatombes.

Pero los pueblos tienen que estar siempre a la altura de los conflictos que los cercan. La dificultad debe centuplicar el empuje. Y el peligro que evocamos en este día para romper con los engruimientos prematuros, el peligro que compromete, no sólo el porvenir de la América Española sino el desarrollo de la raza entera, cuyos destinos son solidarios, no es un peligro irremediable. En nuestras manos está evitarlo. En el fondo de la democracia existen las energías necesarias para rehacer el porvenir.

Yo no he creído nunca que nuestra raza sea menos capaz que las otras. Así como no hay clases superiores y clases inferiores, sino hombres que por su situación pecuniaria han podido instruirse y depurarse y hombres que no han tenido tiempo de pensar en ello, ocupados como están en la ruda lucha por la existencia; no hay tampoco razas superiores ni inferiores, sino grupos que por las circunstancias particulares en que se desarrollaron han alcanzado mayor volumen y grupos que, ceñidos por una atmósfera hostil, no han podido sacar a la superficie toda la savia que tienen dentro.

El hecho de que los norteamericanos cuya emancipación de Inglaterra coincide casi con la de las antiguas colonias españolas, hayan alcanzado en el mismo tiempo, en parecido territorio, y bajo idéntico régimen, el desarrollo inverosímil que contrasta con el desgano de buena parte de América, no se explica, a mi juicio, ni por la mezcla indígena, ni por los atavismos de raza que se complacen en invocar algunos, arrojando sobre los muertos la responsabilidad de los propios fracasos. La desigualdad que advertimos entre la mitad del Continente donde se habla inglés y la mitad donde se habla español, deriva de dos causas evidentes.

Primero, las divisiones. Mientras las colonias que se separaron de Inglaterra se unieron en un grupo estrecho y formaron una sola nación, los virreinos o capitanías generales que se alejaron de España, no sólo se organizaron separadamente, no sólo convirtieron en fronteras nacionales lo que eran simples divisiones administrativas, sino que las multiplicaron después, al influjo de los hombres pequeños que necesitaban patrias chicas para poder dominar. El contraste entre los dos grupos no puede ser más completo. Los cien millones de hombres que viven en las trece jurisdicciones coloniales que se independizaron de Inglaterra, tienen, desde el punto de vista nacional, una sola voluntad y un solo fin. Los ochenta millones que viven en las ocho jurisdicciones que se segregaron de España, forman veinte repúblicas distintas y tienen, por lo tanto, veinte voluntades y veinte fines antagónicos.

La segunda causa de esta desigualdad es la orientación filosófica y las costumbres políticas que han predominado en el grupo. Mientras los Estados Unidos adoptaban los principios filosóficos y las formas de civilización más recientes, las Repúblicas hispanoamericanas, desvanecido el empuje de los que determinaron la Independencia, volvieron a caer en lo que tanto habían reprochado a la Metrópoli. Aquí el autoritarismo, allá la teocracia, en todas partes hubo una ligadura que detuvo la libre circulación de la sangre. Una oligarquía temerosa y egoísta se apoderó de las riendas del gobierno en la mayor parte de los Estados. Y como un pueblo sólo puede desarrollarse inte-

gralmente dentro del libre pensamiento y dentro de la democracia, como sólo en las ideas modernas y en los actos emancipadores está el secreto de las grandes victorias colectivas, las Repúblicas hispanoamericanas, que no supieron vencer o moderar a tiempo su orientación errónea, se han dejado adelantar por la República anglosajona que, aligerada de todas las supersticiones, avanza resueltamente hacia el porvenir.

Pero repito que el hombre puede modificarlo todo. La vida depende de nosotros. Son nuestros músculos intelectuales y morales los que forman la historia. No avanzamos al azar en un carro sin riendas cuyos caballos, desbocados, nos arrastran a su capricho. Somos los dueños de nuestra acción colectiva. Nuestra voluntad es el eje del mundo en que nos movemos. Y, si existe bien arraigada la idea de evolucionar, si vemos hervir dentro de nosotros una sinceridad, una convicción y una fe profundas en el progreso, si nos sentimos levantados por una de esas grandes olas históricas que, al subir, se hielan, a veces, y se convierten en pedestal de una generación, no cabe duda de que podemos hacer brotar de nuevo, de nuestras propias entrañas, el ímpetu esplendoroso que no tuvo rival en otros tiempos.

[Fragmento de la conferencia titulada "Causas y consecuencias de la Revolución Americana", pronunciada en el Ayuntamiento de Barcelona el 25 de mayo de 1910. Incorporado luego por el propio Ugarte a su libro *Mi campaña hispanoamericana*, Edit. Cervantes, Barcelona, España, 1922].

LA AMERICA LATINA

(1910)

HE AQUÍ un territorio dos veces más grande que Europa, habitado por ochenta millones de hombres y dividido en veinte repúblicas, de las cuales la más pequeña tiene veinte mil kilómetros cuadrados y la más grande ocho millones.

Desde el punto de vista económico y moral, lo podemos dividir en tres zonas:

1) La del extremo Sur, que comprende Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, en plena prosperidad y libre de toda influencia norteamericana.

2) La del centro (Perú, Bolivia, Paraguay, Ecuador, Colombia y Venezuela), que goza de gran adelanto también, pero que trabajada en parte por las discordias y menos favorecida por la inmigración, sólo puede ofrecer una resistencia muy débil.

3) La zona del Norte, dentro de la cual advertimos dos subdivisiones: a) la república de México, que progresa al igual que las del primer grupo, pero que por ser limítrofe con los Estados Unidos se encuentra atada a su política y sometida en cierto modo a una vida de reflejo, y b) los seis Estados de la llamada América Central (Nicaragua, Honduras, Guatemala, San Salvador, Costa Rica y Panamá), que con las islas de Cuba y Santo Domingo, parecen particularmente expuestos a caer en la esfera de atracción de la América Anglosajona.

Si las comunicaciones entre estos grupos, más o menos indemnes, más o menos prósperos, no son a veces íntimas y estrechas y si algunos países se desarrollan sin más intercambio entre sí que media docena de noticias y cuatro frases de fraternidad, culpa es de la falta de comunicaciones y del ensimismamiento de los habitantes. Pero las analogías que los unen son indestructibles. La mejor prueba de ello es la sonrisa fácil con que los sudamericanos emigrados de una república se aclimatan a otra. Entre ellos existe lo que constituye el lazo primero de toda colectividad: el parecido. Con ligeros matices, el medio social, las costumbres, las inclinaciones, los sentimientos y los gustos son idénticos. En la Argentina, que empieza a ser un foco de atracción

para los países limítrofes, hay más de cincuenta mil sudamericanos de otras regiones que ocupan plazas de periodistas, empleados de administración, comisarios de policía, etc., y que se adaptan de tal suerte a la vida nacional que ni la opinión ni ellos mismos advierten una diferencia con los hijos del país. A veces, los vemos alcanzar altas posiciones sin que nadie levante una objeción, porque, en el fondo no pueden ser considerados como extranjeros. Algunas guerras sudamericanas han sido hijas de este intercambio flexible. Las revoluciones para derrocar a un gobierno fueron preparadas a menudo en la república vecina, provocando así susceptibilidades y choques que, en conclusión, no han sido entre dos pueblos, sino entre un presidente amenazado y el presidente que protegía a sus enemigos. Una prueba de ello es el entrelazamiento de alianzas entre partidos afines que se estrechan la mano, en la frontera, internacionalizando, por así decirlo, la política interior y creando en el territorio de habla española, por encima de la nacionalidad tangible, una nacionalidad moral mucho más amplia.

Sin embargo, estos Estados, que Bolívar y San Martín hicieron lo posible por unir y confederar desde los comienzos, se desarrollan independientemente, sin acuerdo y sin plan. Algunos de ellos son más vastos, más ricos, más emprendedores y han dejado muy atrás a los otros, creando grandes altibajos y contrastes que se pueden atribuir también, más que al clima, a la mayor inmigración. Porque esta última circunstancia parece ser al mismo tiempo el barómetro y el motor del triunfo en la América del Sur. Sea que los europeos sólo acuden a las comarcas que progresan, sea que el progreso surge como consecuencia de su llegada, sea que ambas cosas se combinan, el caso es que basta saber a cuánto asciende la inmigración anual para deducir el estado económico y la prosperidad de cada república. En determinadas regiones, los extranjeros equilibran casi en número a los naturales, sin que esto quiera decir que el adelanto sea obra exclusiva de ellos. En muchas ramas de la producción, los hijos del país defienden una primacía indiscutible. Además, ya hemos visto que en tierras de inmigración correntosa, donde se superponen las mareas humanas, nada es más difícil que determinar el límite entre éstos y aquéllos. Lo único que se puede afirmar es que así como los inmigrantes han dado nacimiento al tipo sudamericano de hoy, y así como contribuyen a fomentar el progreso son también los que se oponen con más energía a la infiltración norteamericana y los que crean entre las repúblicas el lazo más definitivo.

La enorme zona fraccionada se debilita en una confusión de esfuerzos contradictorios. Los países que disfrutaban de un alto desarrollo material son dentro de ella como miembros sanos en un cuerpo paralítico. Su empuje tiene que vencer la modorra de otros que forman parte de la misma confederación moral y que han retardado su evolución en los puntos estratégicos, haciendo posible la infiltración de la gran república. Porque aun admitiendo que la zona indemne rompa el pacto espiritual que la une al resto de la América Latina y se desinterese de lo que pasa en el Norte, resulta claro que para defender el porvenir para salvar el imperio de nuestra raza en la mitad del Nuevo Mundo, no basta que las cuatro o cinco repúblicas más prósperas se mantengan inacce-

sibles. Desde el punto de vista general, sería reducir de una manera monstruosa el radio de nuestra influencia, sin conseguir trazar por eso una demarcación definitiva. Y desde el punto de vista particular de cada Estado, las tierras sacrificadas así no resultarían más que un puente tendido al invasor, que se acercaría irradiando cada vez con mayor fuerza desde la frontera en marcha hasta transformarse en un gigantesco vecino absorbente. De suerte que los mismos países que han triunfado se hallan en cierto modo prisioneros de los que, al adelantarse con menos vigor, debilitan el conjunto y dan cierta verosimilitud a los vaticinios peores.

La política de "cada uno para sí" y el razonamiento primario que entretiene la credulidad de algunos gobiernos no resiste al análisis y es un error visible que, además del egoísmo que denuncia contiene males innúmeros. "Admitiendo que el peligro exista —declaran— para llegar hasta nosotros el coloso tendría que atravesar toda la América". Olvidan que si la situación geográfica logra ponernos, según la región, parcialmente al abrigo, que si la prosperidad económica puede, quizá, anular o detener el primer ataque, cada vez que una nueva comarca sucumbe, el conquistador está más cerca. Es un mar que viene ganando terreno. Por otra parte, las repúblicas triunfantes no pueden dejarse ahogar y arrinconar en el Sur. Todo indica que muy pronto serán entidades exportadoras que necesitarán mercados en el propio Continente. No es un sueño suponer que la Argentina, el Brasil y Chile resultarán en ciertos órdenes, los proveedores obligados de la zona que se extiende más allá del Ecuador. Además, ¿cómo suponer que el huracán se detendrá al llegar a nuestros límites? Nada más desconsolador que la política que espera a que los peligros le pongan la rodilla en la garganta para tratar de conjurarlos. El buen sentido más elemental nos dice que las grandes naciones sudamericanas, como las pequeñas, sólo pueden mantenerse de pie apoyándose las unas sobre las otras. La única defensa de los veinte hermanos contra las acechanzas de los hombres es la solidaridad.

Porque si salimos de la relatividad del Continente, vemos que nuestras repúblicas más prósperas, las que van a la cabeza y parecen enormes al lado de las demás, no son todavía más que entidades incompletas, menos pobladas que Rumania, con menos ferrocarriles que Australia y con menos escuelas que el Canadá. No discuto el porvenir. Pero no podemos imaginarnos a cubierto de todos los peligros en la etapa en que nos encontramos actualmente. Aun desde el punto de vista más favorable, somos inferiores a lo que la opinión cree. Una sola provincia rusa es más vasta que cualquiera de nuestros países, exceptuando el Brasil, y agrupando la población de las veinte naciones de la América Latina, sólo alcanzamos a reunir la quinta parte de la que tiene Inglaterra en sus colonias. Todo esto sin contar con que si nos faltan capitales para emprender las obras de la civilización y de la paz, nos faltarían con mayor razón para agotarnos en empresas desiguales y absurdas.

Claro está que quien escribe se halla lejos de cosquillear el amor propio que desata las hecatombes. Nacido en un siglo de razón, sólo ve en los choques sangrientos una prolongación lamentable de la barbarie primitiva. Pero el

hecho de reprobador la violencia no nos obliga a aceptarla con mansedumbre y mientras llega el imperio de la equidad, cada hombre es solidario de su conjunto en el triunfo, como en la derrota. De suerte que al estampar aquí algunas de esas verdades ásperas que, como los baños fríos, fortifican el temperamento y el carácter, sólo quiero contribuir a hacer ver la realidad, disipando los espejismos de vanidades prematuras y mal equilibradas.

Contemplemos el mapa de América. Lo que primero salta a los ojos es el contraste entre la unidad de los anglosajones reunidos con toda la autonomía que implica el régimen eminentemente federal, bajo una sola bandera, en una nación única y el desmigajamiento de los latinos, fraccionados en veinte naciones, unas veces indiferentes entre sí y otras hostiles. Ante la tela pintada que representa el Nuevo Mundo es imposible evitar la comparación. Si la América del Norte, después del empuje de 1776, hubiera sancionado la dispersión de sus fragmentos para formar repúblicas independientes, si Georgia, Maryland, Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Nueva Hampshire, Maine, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Pensilvania se hubieran erigido en naciones autónomas, ¿comprobaríamos el progreso inverosímil que es la distintiva de los yanquis? Lo que lo ha facilitado es la unión de las trece jurisdicciones coloniales que se separaron de Inglaterra, jurisdicciones que estaban lejos de presentar la homogeneidad que advertimos entre las que se separaron de España. Este es el punto de arranque de la superioridad anglosajona en el Nuevo Mundo. A pesar de la Guerra de Secesión, el interés supremo se sobrepuso en el Norte a las conveniencias regionales y un pueblo entero se lanzó al asalto de las cimas, mientras en el Sur subdividíamos el esfuerzo, deslumbrados por apetitos y libertades teóricas que nos tenían que adormecer.

[Capítulo del libro *El porvenir de América Latina*. Prometeo Editor. Valencia. España. Diciembre 1910].

LA PATRIA UNICA

(1910)

LOS LATINOAMERICANOS no pueden menos que decirse: "Al Norte, en comarcas inmensas, otra raza domina en todo el esplendor de su genio. Su fuerza se ensancha por minutos, su ambición no tiene límite. Es un mar que va cubriendo los llanos. México ha perdido varias provincias. Cuba se ahoga bajo un protectorado doloroso. Las aduanas de Santo Domingo no existen. El canal absorbe a la América Central. El dinero estrangula a las repúblicas más pequeñas. Y nadie sabe ante qué río o ante qué montaña se detendrá el avance del país cuya población creciente exige una expansión indefinida". Ya ha dejado sospechar el yanqui lo que puede hacer. Nada le impedirá disminuirnos si su felicidad lo exige. ¿Acaso esconde la esperanza de extender la dominación como un océano? ¿Cerraremos los ojos para no ver el porvenir? ¿Acurrucados en torno de vanidades pueriles, nos abandonaremos a la melancolía de ver subir la marea que debe sumergirnos? ¿Es inevitable la absorción de los latinos por los anglosajones? ¿Nos someteremos a la fatalidad? ¿Aceptaremos pasivamente el *land grabbing* y la política del *big stick*?* ¿En vez de unirnos para conjurar el derrumbe, continuaremos multiplicando nuestras discordias? ¿Sólo despertaremos al peligro cuando éste nos haya aplastado?

Un anglosajón declaraba hace poco que "a consecuencia del canal de Panamá, Centro América estará en breve, respecto a los Estados Unidos en el mismo caso en que desde hace algún tiempo se halla Cuba". De la invasión que avanza no culpemos a los demás, sino a nosotros mismos.

Lo que nos ha perjudicado hasta ahora ha sido la noción que tenemos de la nacionalidad. Las fronteras están más lejos de lo que suponen los que sólo atienden a mantener dominaciones efímeras, sin comprender que por sobre los intereses del grupo están los de la patria y por sobre los de la patria, los de la confederación moral que forman los latinos dentro del Continente.

*Política de Tierra usurpada y política del garrote.

M. Paul Leroy Baulieu ponía, para el mantenimiento de nuestra común independencia, tres condiciones: orden en el interior de los Estados, paz entre las repúblicas hermanas y relaciones económicas con Europa. Lo que más urge es establecer un leal acuerdo entre los partidos dentro de la nación y entre las naciones dentro de la América amenazada, para no seguir favoreciendo el ímpetu de los yanquis. Que sobre nuestras luchas flote algo así como una preocupación superior, como un espíritu de raza, como un patriotismo final que sea la resultante de todos los otros. Tengamos, por lo menos en lo que se refiere a la política internacional una patria única y sepamos defenderla de la manera más alta: con el sacrificio de las pasiones egoístas, subordinando los intereses de aldea a la salvación del conjunto.

El porvenir depende de nosotros. "El progreso se hará si queremos que se haga —decía Tarde— si tomamos conciencia de sus condiciones y de sus medios y si lo juzgamos subordinado a nuestro querer, a nuestro espíritu de sacrificio. Creer que se realizará solo, es hacerlo imposible". Así, de la salvación integral de América Latina, será la obra de nuestra perseverancia, de nuestro desinterés o no será.

Ya hemos visto que la coordinación de las repúblicas no es un sueño irrealizable. Italia se formó con provincias heterogéneas y Alemania reúne principados que se combatieron más de una vez. Nada se opone a un acercamiento de los países nacidos de la misma revolución y el mismo ideal. Supongamos que en una gran Asamblea latinoamericana, después de admitir la urgencia de acabar con las rivalidades que nos roen, se resuelve dar forma práctica al deseo de unión que está en la atmósfera. Imaginemos que se acuerda que cada una de las veinte repúblicas nombre delegados y que, sin rozar la administración interior, esos representantes se erigen en comisión de Relaciones Exteriores y asumen la dirección superior y la representación externa de la raza, de acuerdo con leyes generales discutidas en los Parlamentos respectivos. ¿Quién puede sentirse lastimado? El órgano centralizador que pondría nuestro orgullo y nuestra integridad territorial a cubierto de todas las ansias, lejos de disminuir la independencia de los países adherentes, la garantizaría en grado máximo porque al entorpecer las intervenciones dejaría a todos mayor reposo para realizar, dentro de los límites de cada Estado, los ideales de la democracia local.

Sólo se opondrían a la realización del proyecto las susceptibilidades minúsculas. Pero llegados a este punto, nada sería más fácil que calmarlas, concediendo a las naciones chicas una representación que equilibre el predominio de las otras y especificando que el comité funcionaría sucesivamente en cada una de las capitales, escalonadas por orden alfabético, número de habitantes o día en que proclamaron su independencia. En todo caso, los detalles no deben poner trabas al triunfo de una idea comprendida y adoptada por todos, especialmente en una circunstancia en que el hecho mismo de desear la alianza equivale a consentir los sacrificios sin los cuales ésta no puede ser posible.

La creación de un resorte supremo que coordine las pulsaciones de la raza y dé a nuestros ochenta millones de hombres la cohesión indispensable para afrontar las luchas futuras y presentar ante el extranjero un bloque, una voluntad y una fórmula, acabaría por disipar las incredulidades que entorpecen la transformación del proyecto en realidad. No nos dejemos convencer por los que llaman ensueño a todo lo que no ha sido vivido aún. El porvenir no es ilusión, sino vida inexpresada que espera el instante de surgir y que nosotros podemos traer a la superficie con una flexión de los músculos. Los pueblos necesitan para realizar sus destinos y para defender su vigor algo así como lo que mantiene la frescura de los lagos: un hilo de agua cristalina que trae los gérmenes vivificadores y un desagüe progresivo que se lleva los elementos inútiles. Sepamos olvidar lo que dio a nuestra tradición cuanto traía en sí, para favorecer el triunfo de las energías renovadoras que aguardan el momento de manifestarse. Y familiaricémonos con los imposibles. En la mayoría de los casos, éstos sólo son aparentes, porque el empuje es siempre superior a la resistencia cuando existe la voluntad de vencer.

Al acortar la distancia entre las repúblicas, defenderemos hasta en sus raíces el espíritu que nos anima. Porque no es sólo la independencia de un pueblo lo que hay que salvar; es una civilización que comienza a definirse. El alma de la raza reverdece en el Nuevo Mundo y los latinos de América experimentan el deber de salvaguardar lo que debe nacer de ellos; como los de Europa sienten la obligación de dar atmósfera a lo que puede ser, acaso, la prolongación brillante de una hegemonía. Extirpemos en ciertas regiones la opinión infantil de que el peligro no existe. Destruyamos, en otras, la creencia desconsoladora de que es irremediable. El ímpetu capaz de reconstruir el porvenir está paralizado por el optimismo hueco de los unos y el pesimismo resignado de los otros. Y recordemos a cada instante que los hombres que hicieron la independencia tendieron siempre a la unión, como Bolívar y San Martín. El desmigajamiento vino después, con las pasiones y los bandos. Pasadas las épocas de desorientación y de delirio —que quizá fueron necesarias porque conmovieron la conciencia continental a la manera del arado que destroza para preparar las cosechas futuras— es justo que vuelva a resurgir la tendencia de los fundadores de la patria. El empuje salvador forzará acaso los límites de lo que nos parece irrealizable y bajo la espuela del peligro, las primeras tentativas de concordia tendrán que tomar cuerpo hasta trocarse en la alianza que puede ser el primer paso hacia la confederación triunfal.

Desde el punto de vista moral formamos ya un bloque seguro. ¿Qué diferencia hay entre la literatura chilena y la uruguaya, entre la de Venezuela y la del Perú? Con leves matices, se advierte de Norte a Sur un solo espíritu. En lo que toca a las instituciones, ¿no hemos adoptado todos la república y no hacemos gala dentro de ella de las mismas cualidades y los mismos defectos? Y en lo que se refiere al idioma, que es el lazo esencial entre los grupos, ¿no conservamos el culto del que nos legó la madre patria? ¿No son en muchos casos comunes nuestros héroes? ¿No obedecemos al encontrar en Europa a un hispanoamericano nacido en la república más lejana de la nuestra

a algo así como un ímpetu oscuro que nos hace considerarlo como a un vecino de nuestra propia ciudad natal? ¿Y no circula igualmente por nuestras venas la sangre española y la savia americana que nos confunde bajo una denominación única?

Tengamos fe en el porvenir. Robustecida la noción de la grandeza de mañana por las ventajas crecientes que registra el orgullo nacional; vigorizado el ímpetu con ayuda de una certidumbre; ensanchados los horizontes ante la urgencia de cohesionar las patrias, América Latina puede aspirar a los triunfos más altos y más duraderos. Todo contribuye a hacer de ella una de las cimas del mundo. Su situación privilegiada, que le concede todos los climas desde el Ecuador hasta el mar austral; su prosperidad inverosímil, que la pone a la cabeza de las naciones exportadoras; su juventud viril, su cosmopolitismo generoso y su noble audacia la transforman en campo abierto a las promesas del sol. Si la prudencia la pone al abrigo de mortales intervenciones, se podrá decir que la especie ha ganado un campo de oro. Porque no se trata de alternar los egoísmos ni de impedir la tiranía anglosajona para imponer la nuestra, sino de mantener el libre juego de una nacionalidad, alimentada internacionalmente para abrir en el mundo, bajo el amparo de la civilización latina, una posibilidad de acción de todos los hombres.

Derribemos el obstáculo que se opone a la ascensión total. Nuestra América es hoy copia de esos juguetes que consisten en una infinidad de cajas concéntricas. Se rompe la primera y aparece la segunda; se destruye la segunda y surge la tercera, sin que tenga límite el fraccionamiento cada vez más artificioso que parece obra de maniáticos empeñados en pulverizar la vida. Ha llegado el momento de hacer síntesis. A la Argentina, al Brasil, a Chile y a México incumbe el deber de encabezar la cruzada. Su prestigio, su alta cultura y sus progresos capacitan a esos países para salvar la situación. Desde el punto de vista colectivo, la dispersión nos perjudica más que una derrota diaria. Desde el punto de vista particular, cada república se halla indefensa ante las amenazas del imperialismo. No hay que gesticular con el pensamiento en lo que dirán los contemporáneos, sino en lo que fallará el porvenir. Los mejores patriotas serán los que pospongan los patriotismos locales al patriotismo continental.

Lo que la Argentina dividida y anárquica de hace cincuenta años hizo para defenderse de un pueblo hermano como el Brasil, tenemos que hacerlo ahora en bloque con mayor razón para preservarnos de la arremetida de los yanquis. El canal de Panamá modifica las perspectivas del mundo y nuestras grandes ciudades del Sur, orientadas parcialmente hacia el idealismo práctico que predomina entre los anglosajones, tienen el deber de encabezar la cruzada, oponiendo la civilización victoriosa que florece en las costas del Atlántico a la avidez agresiva de los conquistadores nuevos.

[Capítulo de *El porvenir de la América Española*. Prometeo Editor. Valencia. España, diciembre de 1910].

BOLIVAR Y LA JUVENTUD

(1912)

SÓLO LOS PUEBLOS que son fieles a su pasado se imponen al porvenir. Por eso es que mi primer acto al llegar a Caracas fue un homenaje ante una tumba. No necesito pronunciar el nombre porque está en todos los labios. Al conjuro de su gesto ha florecido la independencia y la libertad desde el Orinoco hasta el istmo y desde Colombia hasta el Perú. . .

Y confieso que cuando mi mano temblorosa depositaba unas flores sobre la tumba del padre de nuestras nacionalidades, sentí como una iluminación interior. Porque para un americano de habla española que siente la atracción de los orígenes, que alimenta el orgullo de los laureles continentales y que, atraído por los múltiples lazos que nos unen, ve en la América Latina su Patria Grande su nacionalidad total, nada puede ser más emocionante que evocar en esta república la enorme cabalgata de victorias que surgió al conjuro del héroe del cual nos enorgullecemos todos.

Al salir a regar por América la libertad y la luz, al romper, en un movimiento genial, los límites de la patria chica para sentar las bases de la empresa más alta que recuerdan los anales de continente, Bolívar fue algo así como la adivinación y la encarnación del sentimiento colectivo que viene a traducirse ahora, un siglo más tarde, ante la amenaza invasora, en acercamiento entusiasta y en noble fraternidad.

El ímpetu que nos anima, el fuego que enciende las manifestaciones enormes que he visto en torno mío en México, en El Salvador y en todas las repúblicas que he visitado, la emoción que nos ha embargado aquí durante las últimas luchas, derivan fundamentalmente de las concepciones del ciclópeo defensor de la América libre, del hombre sobrenatural que sabía leer en el futuro y hacer que las montañas se abrieran ante sus ejércitos como las aguas del mar ante Jesucristo. Por eso es que si se realiza el proyecto de fundar en Caracas una agrupación destinada a defender el acercamiento latinoamericano, yo creo que ella podría ahorrarse el trabajo de formular un programa y de hacer una declaración de principios con sólo levantar, como suprema bandera, el nombre simbólico de "Sociedad Bolívar".

La juventud de Venezuela, que ha realizado una proeza más probando que por sobre todas las consideraciones está la dignidad nacional y el patriotismo de los pueblos, es la heredera legítima de las tradiciones de los héroes de la independencia. En medio de tantas contrariedades, me llevo la visión posible de una patria renovada, de un continente rehecho por los que empiezan a vivir. Y al encontrarme ahora aquí, fraternizando con los que sobrenadan triunfalmente en medio del naufragio de las generaciones, respirando el oxígeno de las cimas incontaminadas que se tiñen de reflejos rosados bajo la sonrisa de una aurora nacional, olvido todas las tristezas y todas las desilusiones del camino, porque veo que aquí hay elementos sobrados para realizar la obra de sacrificio y de austeridad que se impone a nuestros pueblos, obligados por una fatalidad de la historia a defender al propio tiempo la libertad y los límites, impelidos por la fuerza de las circunstancias a sanear, con el mismo gesto, la patria chica y a solidificar la grande.

Gracias por esta manifestación que me emociona intensamente en estos momentos en que me preparo a abandonar el país. Nada sería más triste que un adiós después de largas semanas de lucha, si no existiera entre nosotros y por encima de nosotros, la obra realizada y la decisión de continuarla hasta el fin. Pero, de cerca como de lejos, seguiremos en comunión constante confundiendo la propaganda con la acción en la gran batalla campal en favor de nuestros intereses paralelos, convencidos que de norte a sur de la América Latina debemos tener dos ideales: la prosperidad interior y la independencia nacional y debemos tener dos odios: las ambiciones personales y las intervenciones extranjeras, como tenemos dos puntos de apoyo: el recuerdo de nuestro pasado intangible y la esperanza de un porvenir triunfal.

Yo no soy el agitador, ni el demagogo que dicen algunos. Soy, por el contrario, un hombre sereno y amigo de la paz. Quisiera que todos los conflictos entre los pueblos se resolvieran en el orden y por la razón. Pero ante la agresión sistemática, ante la intriga perenne, ante la amenaza manifiesta, todos los atavismos se sublevan en mi corazón y digo que si un día llegara a pesar sobre nosotros una dominación directa, si naufragaran nuestras esperanzas, si nuestra bandera estuviera a punto de ser sustituida por otra, me lanzaría a las calles a predicar la guerra santa, la guerra brutal y sin cuartel, como la hicieron nuestros antepasados en las primeras épocas de América, porque en ninguna forma ni bajo ningún pretexto podemos aceptar la hipótesis de quedar en nuestros propios lares en calidad de raza sometida. Somos indios, somos españoles, somos latinos, somos negros, si queréis, pero somos lo que somos y no queremos ser otra cosa. Hay una incompatibilidad fundamental entre los dos grupos que conviven en América, hay una demarcación entre las dos civilizaciones. Amigos, siempre; súbditos, jamás.

Mi viaje obedece al deseo de contribuir a evitar esas tristes y supremas resoluciones. No debemos ir al sacrificio inútil, debemos prepararnos serenamente para oponer, dentro de la paz, el bloque de la solidaridad latina. Que el nombre de Bolívar sea nuestra bandera superior y que, en los conflictos

que se anuncian, sepamos reanudar la tradición de los que nos dieron la patria y el orgullo de lo que somos.

El progreso lento que algunos nos reprochan es preferible a la abdicación de la nacionalidad, como la pobreza es preferible a la deshonra. Que si, por imposible, el desamparo fuera tan grande que un día nos quedáramos desnudos, nos envolveríamos en nuestras banderas y seguiríamos atravesando la historia como los ejércitos de hace un siglo, privados de todo, pero iluminados por el sol de la libertad.

Los nuevos núcleos juveniles de América han soñado una campaña heroica: la reconstrucción de las autonomías nacionales, el reverdecimiento de la plenitud viril de nuestro continente, la afirmación definitiva en los siglos de la tradición hispana, aliada al empuje inmortal de Bolívar y San Martín. Por haber encabezado ese empuje me he encontrado rodeado de una ola de calumnias y de intrigas, nacidas de la zona de sombra donde se mueven los que lo sacrifican todo al éxito inmediato. En realidad, no se han ensañado contra mí, sino contra la idea de libertad sin compromisos, contra el empuje hacia la independencia, sin humillaciones, contra la aspiración hacia la autonomía sin cortapisas, contra el total afianzamiento de la personalidad de las naciones hispanas del nuevo mundo, libradas hoy, por la ambición y los apetitos a todos los azares y todas las desventuras.

Por eso sólo han conseguido provocar la reacción que denuncia esta enorme asamblea. Mientras existan juventudes como la que hoy saludo en este recinto, la América Latina será inmortal.

[Discurso pronunciado en la Asociación de Estudiantes de Caracas el 13 de octubre de 1912. Integra el libro *Mi campaña hispanoamericana*, Edit. Cervantes, Barcelona, 1922].

LA PATRIA GRANDE DEL PORVENIR

(1912)

El ideal de los hombres de la independencia.

HACE UN SIGLO, en época en que las comunicaciones eran incalculablemente más difíciles que hoy, los hombres de la independencia pasaban de una república a otra, determinando grandes empujes colectivos y soberbios ímpetus continentales, en nombre del ideal común que les empujaba a la independencia. ¿Cómo no hemos de ponernos en contacto en estos tiempos en que estamos tan cerca los unos de los otros, para defender en bloque, ante el peligro posible, la integridad nacional y la dignidad de nuestras banderas?

El movimiento que ha nacido simultáneamente, anónimamente, en todos los corazones, de norte a sur de la América Latina, no es más que un corolario obligado de nuestra historia, no es más que una manifestación de respeto ante nuestros padres, que si nos vieran resignados e inermes ante el peligro saldrían airados de sus tumbas a preguntarnos que habíamos hecho del legado que nos entregaron intacto, después de haber regado con su sangre las tres cuartas partes del continente.

El viaje que he emprendido no es en su esencia un acto personal, es la interpretación visible de la inquietud que nos devora, de la ansiedad que nos oprime a todos.

Empujado por la situación, he abandonado mi modesto retiro para correr de ciudad en ciudad, difundiendo la alarma. Siempre he creído que el escritor no puede dejar de ser un ciudadano y es como ciudadano que voy golpeando a todas las puertas para recordar la catástrofe que nos amenaza. No basta que cada cual esté dispuesto a defender su vivienda. Es necesario que conjuremos colectivamente el flagelo, que preservemos nuestro porvenir común, manteniendo nuestra lengua, afianzando nuestra autonomía, haciendo imposible la infiltración y trazando con nuestras voluntades un límite a la invasión de las aguas.

Mientras existan pueblos ardientemente patriotas como éste, la América Latina será inmortal. Colombia ha sido siempre entre nosotros un maestro de altivez y veo que no desmiente las nobles traiciones de esta tierra, donde, si tendemos el oído, todavía resuena en las montañas el paso imperioso del caballo de Bolívar.

Hace cuatro meses, cuando el ímpetu de la propaganda me llevó hasta el mismo campamento enemigo, hasta la tribuna de la Universidad de Columbia, en la propia ciudad de Nueva York, para gritar al pueblo yanqui los atentados de que somos víctimas, había una imagen que se alzaba constantemente en mi espíritu: la imagen de Colombia herida por la injusticia, inmovilizada por la fuerza, pero siempre orgullosa y valiente, confiada en las revanchas del porvenir y en la suprema justicia de Dios. Desde que he pisado esta tierra he visto que no me había equivocado: lejos de inclinarse ante el fuerte y de temblar bajo la amenaza, el espíritu público ha reaccionado virilmente y la visión que me daba ayer confianza ante el adversario, resurge en este instante agigantada y ennoblecida. Ahora veo a Colombia erguida de nuevo sobre sus montañas como en tiempos de la epopeya, agitando su brazo mutilado como un supremo estandarte y llamando a la América toda a realizar la segunda independencia.

Secretamente, insensiblemente, las naciones que se formaron en los territorios que antes dominara España han ido pasando a una situación indecisa, y esta es la hora —hay que tener valor de decirlo, en esta encrucijada de la historia que saca a la superficie todos los instintos y los rencores viejos— esta es la hora, digo, en que los sueños de independencia de nuestros países están en peligro y hay que levantar la voz antes de que de todo ello sólo quede un recuerdo esfumado ante las hoscas realidades que nos atan económicamente a los grandes núcleos dueños del mercado mundial o políticamente a las naciones caudillos que dominan el escenario del mundo.

Los problemas de América no son las rencillas artificiales para saber cuál será la línea divisoria en el Río de la Plata; cómo se resolverá la situación de Tacna y Arica, en qué forma acabará el pleito entre Costa Rica y Nicaragua. Si ahondamos bien en esos conflictos vemos las manos que los manipulan y advertimos los grandes intereses en juego. En el pleito de Costa Rica y Nicaragua sólo está en tela de juicio la posesión total del golfo de Fonseca por los Estados Unidos; en la diferencia entre Chile y el Perú sólo asoma el deseo de tener en jaque la fuerza militar de Chile, único país sólido que rechaza en el Pacífico la ingerencia y la tutela; en la cuestión de las aguas del Río de la Plata, surge claramente el deseo de que el inmenso estuario se convierta en mar libre que sirva a las escuadras de Inglaterra y de Estados Unidos para dictar la ley en el sur del Continente.

La unión es para nosotros tan necesaria como la luz.

Bolívar quería el establecimiento de una Cámara o tribunal superior que nos sirviese dentro de la América Latina de consejo en los grandes conflictos, de fiel intérprete en los tratados públicos, de conciliador en nuestras diferencias y de punto de contacto en los peligros comunes. Los hombres dimi-

nutos de nuestros días, atenaceados por el miedo, no han sabido llevar a la práctica las concepciones gigantescas de nuestro gran padre común. Pero en el terreno moral, en el orden superior en que se mueven los espíritus, ese organismo existe, mantenido por la fuerza incontrarrestable que se llama juventud.

Por eso somos invulnerables, porque tratamos de continuar la tradición de un pasado glorioso; y todas las medidas que se puedan tomar contra nosotros no impedirán que florezca en nuestros corazones el espíritu inmortal de nuestra raza, no impedirán que sigamos sintiendo en nuestras venas la palpitación tumultuosa de la sangre de los héroes que constituyeron nuestras nacionalidades.

Los estudiantes son los depositarios del porvenir. La misma injusticia con que algunos os atacan, prueba la gran fuerza moral que reside en vosotros. Hecha flor en vuestras almas está la visión sublime del futuro. Y la historia de un pueblo será tanto más gloriosa cuanto mayor sea la influencia de que vosotros dispongáis dentro de él. Pero el esfuerzo no debe ser la obra de un pasajero entusiasmo, sino el resultado de una convicción durable.

Recordemos que en nuestras tierras hay hombres para los cuales las ideas de solidaridad latina resultan peligrosas e inusitadas, recordemos que la patria sólo puede vivir por nuestra vigilancia y por nuestra inquietud heroica, porque tenemos que sostenerla como una cúpula, con nuestro esfuerzo infatigable y recordemos, en fin, que las verdaderas banderas son las que llevamos dentro y que por encima de las fronteras de nuestra patria directa está hoy, como hace un siglo, la América Latina dentro de la cual comulgamos todos, la Patria Grande del porvenir.

[Discurso pronunciado en Bogotá, Colombia, el 2 de diciembre de 1912. Incorporado por el propio Ugarte a su libro *Mi campaña hispanoamericana*, Editorial Cervantes, Barcelona, España, 1922].

ACTA DE FUNDACION DE LA ASOCIACION
LATINOAMERICANA

(1914)

DADO que la conflagración mexicana ha contribuido a poner en evidencia los propósitos y los procedimientos de la política imperialista,

dado el encadenamiento de esos sucesos con los que se desarrollan actualmente y los que algún tiempo atrás tuvieron por teatro a Cuba, Puerto Rico, Colombia y Nicaragua,

y dada la inadmisible ambición que lleva a los Estados Unidos a desarrollar un plan de predominio y hegemonía en el golfo de México y en el resto de América,

EL COMITE PRO MEXICO, sin perder de vista la cuestión mexicana RESUELVE habilitarse para encarar el problema en toda su amplitud, TRANSFORMANDOSE, bajo el nombre de

ASOCIACION LATINOAMERICANA,

en un organismo permanente capacitado para hacer sentir su acción en todo momento.

Buenos Aires, junio 1914.

[Redactado y firmado por su Presidente y Fundador, Manuel Ugarte. Archivo General de la Nación Argentina].

CONTRA LA INTERVENCION EN MEXICO

A LA JUVENTUD Y AL PUEBLO

(1914)

LA ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA invita a la juventud y al pueblo al mitin que tendrá lugar el domingo 22 del corriente a las 3 de la tarde en la plaza del Congreso.

La opinión argentina, respetuosa de la autonomía de todos los países, no puede aprobar con su silencio una intervención que lastima las susceptibilidades de la república mexicana ni cubrir con su presencia las maniobras del imperialismo norteamericano. Consecuentes con la tradicional abstención de la Argentina en asuntos de esta índole, queremos protestar contra toda aventura que lleve al país a una intervención armada, negación de nuestra amistad por México y procedente peligroso para todos los pueblos del Continente.

¡QUEREMOS A LA AMERICA LÁTINA UNIDA!

¡RESPECTAMOS TODAS LAS SOBERANIAS COMO QUEREMOS QUE SE RESPETE LA NUESTRA!²

[Volante de la Asociación Latinoamericana invitando a un acto para el 22 de junio de 1914 cuyo orador de fondo es su presidente Manuel Ugarte. Redactado por el propio Ugarte. Archivo General de la Nación Argentina].

EL EJEMPLO DE MEXICO

(1914)

IMAGINEMOS una ciudad minada secretamente por la peste. Se han producido diversos casos en los arrabales. Aquí y allá han caído numerosas víctimas poco conocidas. Sin embargo, nadie se ha inquietado. La muerte ronda en silencio por las calles y se codea impunemente con los transeúntes. Una indiferencia apática y culpable inmoviliza la voluntad de todos.

Pero estalla un caso en pleno centro, se enferma una persona de figuración y el ambiente se transforma. La alarma cunde hasta los límites, se emociona la opinión pública, se toman medidas de defensa y todos los que hasta ayer ignoraban el flagelo se conciertan y se agrupan para ahogar el peligro común.

Algo análogo ha ocurrido en estas últimas semanas en la América Latina.

El imperialismo yanqui, la ambición desmedida de los Estados Unidos, la racha invasora del Norte, había hecho sentir sus latigazos en varias regiones del Continente. Cuba había sido maniatada con las cadenas de la enmienda Platt. Santo Domingo gemía viendo sus aduanas en poder de la gran república. Colombia se enclaustraba en su orgullo después de haber perdido el istmo de Panamá. Nicaragua protestaba contra un gobierno que la entregaba, esclava, a los pies del invasor. La injusticia y el crimen segaban las esperanzas de ciertas repúblicas. La insolencia del fuerte humillaba las banderas de admirables pueblos hermanos. Pero nadie se movía en América.

Unos por indiferencia, otros por egoísmo, otros por ignorancia, todos continuaban ensimismados o se encogían de hombros. Se hubiera dicho que un siglo había bastado para romper los lazos de sangre y de historia entre los núcleos que se lanzaron juntos a la Independencia. Parecía que los trasatlánticos y los ferrocarriles nos había alejado en vez de acercarnos, haciéndonos perder toda noción de solidaridad fraterna.

Mas surge al fin el caso de México. Se produce el atentado contra una nación que no tiene 300.000 habitantes como Nicaragua sino quince millones, se violan los derechos de una república que se cuenta entre las más impor-

tantes de nuestro propio grupo y se desencadena en todas partes la protesta airada, en la cual entra por mucho el instinto de conservación.

Ya no cabe duda. El peligro está ahí, claro, tangible. De nada valen los sofismas panamericanos, ni las prédicas capciosas de los emisarios sutiles que han sorprendido tantas veces nuestra aldeana buena fe. Toda la sangre latinoamericana se rebela contra la injuria, contra la acechanza, contra las mismas ignorancias u olvidos que nos han llevado a callar tantas veces mientras el gladiador yanqui estrangulaba en la sombra a los países pequeños cuyos débiles pulmones, cuya falta de personalidad o de medios de protesta les impedían lanzar su anatema y su maldición a los cuatro vientos del mundo.

Desde este punto de vista y a pesar del dolor que nos causan los sufrimientos del pueblo hermano, tenemos que felicitarnos de lo que está ocurriendo en México. Ha cundido la voz de alarma, se ha hecho carne en el alma de las muchedumbres, ha repercutido en todos los ámbitos de la América Hispana y ya no habrá poder humano —ni interés, ni miedo, ni olvido— que vuelva a encauzar la política de nuestras naciones por la senda brumosa de abdicación y de egoísmo que nos ha llevado, dispersos e incautos, a girar como satélites alrededor de la bandera estrellada.

El ejemplo de México, sean cuales sean las incidencias o los resultados del conflicto actual, quedará grabado en nuestra memoria y la conciencia latinoamericana, siempre despierta, permanecerá al acecho de los acontecimientos, dispuesta a hacer caer sobre los agresores el peso formidable de su desaprobación. El pueblo heroico que hoy se debate bajo la arremetida bélica y diplomática de los Estados Unidos —arremetida acaso más peligrosa la segunda que la primera, porque aviva con la intriga la hoguera de la guerra civil— habrá sido el personaje notorio que al ser herido por la peste denuncia el peligro y salva a la ciudad.

Reunidos y atentos como estamos alrededor del conflicto, no nos contentemos con crisar los puños de indignación ante la abominable injusticia. Trabajemos para el porvenir, defendámonos defendiendo a los demás y en estos momentos trágicos sentemos las bases de la futura solidaridad latinoamericana.

[Publicado en *Revista Americana*, Buenos Aires, julio de 1914].

LA PAZ EN AMERICA

(1919)

SEÑOR PRESIDENTE de la Federación Universitaria Argentina:

Leo en los diarios la feliz resolución que ha tomado la Federación Universitaria en lo que se refiere a la paz en América y me permito enviar a usted y por intermedio de usted a todos los estudiantes argentinos, las más entusiastas felicitaciones.

Las dificultades que existen entre Chile, Perú y Bolivia pueden ser discutidas y resueltas al margen de violencias inútiles, dentro de la fraternidad hispanoamericana, en un ambiente de deferencia y respeto. Provocar nuevas guerras sería ofrecer a los extraños fácil oportunidad de censura y hasta propicia ocasión para intervenciones contrarias a nuestra dignidad continental. Lo que nuestra América necesita es paz, trabajo y cordura; paz, para establecer la vida; trabajo, para valorizar la riqueza y cordura, para prever el porvenir. Una desavenencia como la que nos amenaza, destruiría cuanto somos y cuanto podemos ser, cuanto ha realizado cada República aisladamente y cuanto pueden alcanzar mañana todas en conjunto.

La guerra mundial que acaba de extinguirse no ha hecho más que descontentos y debiera alejar a la humanidad de la violencia por muchos siglos. Nuestra tendencia a imitar no puede ser tan incurable que nos lleve a pretender tener también una hecatombe para competir con Europa, en civilización. Durante un momento de locura universal, nuestra superioridad ha consistido precisamente en abstenernos de arrojar leña a la hoguera en que se consumía la prosperidad del mundo. Los que en Europa nos llaman "salvajes" tuvieron que reconocer, aunque fuera tácitamente, que fuimos, por lo menos en un instante, más sensatos que ellos.

Pero si nos lanzamos a nuestra vez al precipicio, no tendremos siquiera la excusa que pudo ser en su tiempo el contagio del desequilibrio general y seremos, para la Historia, los aturridos y los empecinados que ven descarrilar el convoy que les precede y siguen por el mismo viaducto, presas de una fatalidad suicida.

El verdadero problema de América no es el de saber quién extenderá más sus límites a costa del vecino, cosa que sólo puede dar por resultado una ampliación en el mapa, dado que se trata de países de suyo tan vastos, tan poco poblados y tan sobrados de riquezas no valorizadas aún; el verdadero problema de América no es el de destruir, sino el de crear realmente las nacionalidades en sus fundamentos económicos, diplomáticos y culturales, emancipando a las patrias jóvenes de sujeciones y apoyos molestos y coordinando la acción superior de ellas para que puedan tener mañana una voz propia y una actitud independiente en los debates del mundo.

Mantener la discordia, con cualquier pretexto que sea, es olvidar lo grande por lo pequeño y prolongar la debilidad en que nos encontramos todos ante las potencias imperialistas. Por eso es digna de encomio la actitud de una juventud que levanta, en medio de las pasiones, una amplia bandera de paz, bajo la cual puede cobijarse el derecho y la dignidad de todos y a cuya sombra se ensancha nuestro propio patriotismo argentino, manifestando una inquietud solidaria ante el porvenir de los pueblos hermanos.

[Carta de Ugarte a la Federación Universitaria Argentina, 1919. Reproducido en *La Patria Grande*, Editorial Internacional (Berlín-Madrid), 1922].

LA REVOLUCION HISPANOAMERICANA

(1922)

LA CONMOCIÓN de 1810 ha sido interpretada en forma contraria a la realidad de los hechos, primero por el carácter desmigajado que se ha querido dar a lo que fue un solo movimiento y segundo por las consecuencias que se han pretendido sacar de él. No hubo una revolución en la Gran Colombia, una revolución en México, una revolución en la Argentina, etc., sino un levantamiento general de las colonias de América, simultáneo, con ligeras variantes, en todos los virreinos; y no hubo separación fundamental de España sino disyunción de jurisdicciones y creación de nuevas soberanías.

La efervescencia de la lucha separatista, las pasiones nacidas de la batalla y las naturales limitaciones localistas que debían surgir en un campo tan vasto, no pueden cuajar en historia superior sobreponiéndose a comprobaciones experimentales que nacen del examen sereno de los acontecimientos. Parece inútil recurrir a las citas para establecer que los diversos estallidos revolucionarios se enlazaron entre sí, obedeciendo a una concepción general, que los héroes fueron en muchos casos comunes a varios pueblos y que hubo una fervorosa comunicación y correspondencia entre las más apartadas regiones, estrechamente solidarias dentro y fuera de la lucha.

Por otra parte, América renunció a la dominación política de España, pero no a la composición étnica de sus clases directoras, a las inspiraciones morales, a las costumbres, a cuanto caracteriza y sitúa a los pueblos. Decir que a una hora determinada y al golpe de una varilla mágica, por la simple virtud de un pergamino firmado en un Cabildo por varias docenas de patriotas se cortaron los hilos que unían a la Metrópoli con las tierras descubiertas y civilizadas por ella durante tres siglos, es una paradoja que seguiría siendo paradoja hasta en el caso de que los autores, directores y usufructuarios de la revolución hubieran sido exclusivamente los indígenas, primitivos dueños de aquellos territorios, porque hasta ellos se hallaban influenciados y retenidos moralmente por los hábitos y las ideas de los últimos dominadores. Como los revolucionarios fueron en su casi totalidad hombres de raza blanca o mesti-

zos en los cuales predominaba la sangre ibera, el error es tan evidente que se hace innecesario subrayarlo.

La de 1810 no fue una revolución de aztecas o de patagones que reivindicaban el derecho de gobernarse con exclusión del invasor, sino un movimiento encabezado por los invasores mismos que concretaban acaso inconscientemente, en un hecho final, todas las rebeldías, las codicias y las insubordinaciones de los guerreros conquistadores y los mandatarios arrogantes, que después de afirmar la dominación con su esfuerzo y el peligro de sus vidas, soportaban de mal grado la autoridad y las decisiones del poder central. A este instinto levantisco e indisciplinado del español de la conquista, se unieron poderosos intereses económicos, factores culturales y acaso apoyos indirectos —ignorados por los ejecutores y los teóricos de la insurrección— de naciones interesadas en extender su comercio y su influencia por encima de las vallas que oponía España.

Enfocado en esta forma el movimiento de 1810, comprendemos que el pensamiento superior de sus autores tendía a la misma unidad suprema y a la misma autonomía absoluta dentro de la fidelidad a los antecedentes y al idioma, que el movimiento de emancipación que algunos años antes había segregado de Inglaterra a las colonias de origen anglosajón.

Al margen de la lógica surgieron después veinte repúblicas, fruto de la épica anarquía que empezó desterrando a los iniciadores del separatismo y acabó sacrificando los ideales que lo determinaron; y de acuerdo con la natural evolución humana se creó un tipo nuevo que es hoy, con respecto al español, lo que el norteamericano es con respecto al inglés.

Ni Bolívar ni San Martín concibieron el imposible de dar a la América Española un gobierno único. Sin tener en cuenta la diversidad de las zonas, bastaban las distancias y la dificultad de comunicaciones para imponer la necesidad de organismos locales, según el desarrollo y las características de cada región; pero todo esto dentro de una confederación superior que diera alma, personería y poder a aquella masa que de otra suerte, en medio de las inevitables avideces de la vida internacional, tenía que volver a quedar —como si no hubiera aprendido nada en tres siglos— en la misma dispersión en que se hallaron los mexicanos cuando llegó Hernán Cortés.

Que la América derivada de España tuviera una sola fisonomía y una sola voz en las cosas internacionales y en los asuntos de interés vital, fue el sueño de los grandes caudillos de los primeros tiempos de la insurrección; y este sentido que podríamos llamar global de la revolución americana no obedecía al instinto de defender la revolución misma contra la resistencia o la posible vuelta ofensiva de España, sino a una visión que salvaba lo inmediato y se extendía hasta el más lejano porvenir.

Pero la nueva entidad que surgía a la luz del mundo traía dentro de sí el germen de dos atavismos de anarquía, el que fluye de su ascendencia española agigantada en el carácter de los rudos conquistadores ambiciosos y el que prolonga la eterna pugna entre las tribus indias de América, cuyos odios y divisiones hicieron posible la conquista. Eran dos herencias de emulación mal

entendida y de individualismo disolvente que se enlazaban alrededor de la cuna de un pueblo nuevo, cuya inexperiencia y falta de preparación debía llevar al paroxismo esos defectos, corregidos hoy, sólo en algunas zonas, con ayuda de inmigraciones posteriores.

Así surgió, por encima de las mismas jurisdicciones coloniales trazadas por España y al azar, a veces, de las rencillas de lugartenientes y caudillos, un profuso mosaico de repúblicas autónomas, cuya creación no obedecían en muchos casos ni a razones políticas, ni a causas geográficas. Fue lo que podríamos llamar la época feudal de nuestra América, porque tales entidades se crearon al conjuero de la fiera y del espíritu dominador de algunos hombres. No se consultó en muchos casos ni la posibilidad de vivir que llegarían a tener esos núcleos desde el punto de vista de la producción o la riqueza, como no se tuvo en cuenta las probabilidades que podían tener de durar, dada su pequeñez y su desamparo en medio de los mares.

Y estos no hubieran sido los peores yerros. Lo que en realidad comprometía la suerte de esos pueblos, que han seguido viviendo como los pedazos cortados de un cuerpo, con una vida espasmódica, era la imposibilidad de darles un ideal.

En lo que se refiere a la historia, podemos hacer en América una crónica especial de los diversos focos donde se inició el separatismo, desarticulando un poco los movimientos, como si en una batalla nos limitásemos a referir lo que realizó un cuerpo de ejército; y así cabe hablar del separatismo de la Gran Colombia, del Río de la Plata, del Alto Perú, de México o de la América Central. Pero tendremos que forzar mucho los hechos, si dentro de esas divisiones queremos crear otras y atribuir a cada una su historia particular. Los episodios locales que se pueden evocar sólo alcanzan a tener antecedentes y finalidad, enlazándolos con los de la nación vecina y coordinándolos con los movimientos generales de una zona, zona que a su vez ha vibrado con el ritmo de una conmoción continental. Y si es ardua tarea improvisar una historia especial para cada una de estas demarcaciones artificiosas, cuanto más difícil aún es hacer surgir, de esa historia y de esa vida, un ideal particular y un derrotero propio para el futuro. La América Española unida, pudo tener el fin de prolongar y superiorizar en el Nuevo Mundo la civilización ibérica y la influencia de la latinidad, como la América anglosajona hacía triunfar en el norte la tradición ensanchada de la civilización inglesa, pero la América Española fraccionada en naciones de trescientos mil habitantes, sólo podía ser presa de las ambiciones de grupos expeditivos, fascinados por el poder.

Sin una raíz en el pasado, sin un punto de mira en el porvenir, sin más ejemplo, tradición o esperanza que la conquista del mando esos núcleos perdieron de vista cuanto constituyó la virtud inicial de un movimiento para hacerse profesionalmente revoltosos.

Claro está que al hablar así del conjunto, pongo de relieve en las zonas quietadas o renovadas por fuertes corrientes inmigratorias, la excepción y el triunfo de algunas repúblicas que parecen desmentir estos asertos con su maravilloso desarrollo. Pero ellas mismas se resienten de la desmembración

inicial y de la forma en que han tenido que desenvolverse, atendiendo a la vez a las presiones exteriores y a la acechanza de los hermanos vecinos, dentro del desconcierto que caracteriza la política continental. Y la impresión se acentúa cuando advertimos que esos mismos países, lejos de sanear sus finanzas, siguen solicitando préstamos, lejos de explotar sus riquezas, las ceden a las compañías extranjeras, lejos de extender su irradiación por América, se recluyen en localismos infecundos, como si la rápida elevación les impidiese pensar en el porvenir.

En la fácil tarea de adularnos a nosotros mismos, fomentando errores peligrosos, hemos empleado muchas de las cualidades que debimos poner al servicio de la observación y el mejoramiento de la vida americana. La sana divergencia patriótica que revela debilidades y deficiencias, no para exhibirlas sino precisamente para hacerlas desaparecer, puede levantar en los comienzos un revuelo hostil en el seno de países poco acostumbrados a la autocrítica y estragados por la lisonja, pero quien recapacite serenamente, verá en la inquieta vigilancia y en el examen severo de los factores que nos debilitan, una forma de patriotismo más útil que en la ciega aceptación y el obstinado cultivo de todo lo malo que nos rodea.

Los errores de América están desgraciadamente subrayados por hechos dolorosos cuya autenticidad nadie puede discutir. Las provincias perdidas por México en 1848, la desmembración de Colombia, el protectorado en Cuba, la ocupación de Puerto Rico y Santo Domingo, las injerencias que perturban la vida de la América Central —para hablar sólo de lo más conocido— no son fracasos imputables exclusivamente al imperialismo. Para que todo ello haya podido producirse, ha sido necesaria una continuidad de imprudencias fatales, de olvidos sistemáticos, de impericias lamentables y de torpezas endémicas que prepararon el ambiente de descrédito, dentro del cual los atentados pudieron consumarse, sin riesgo ni protesta, en medio del sometimiento de los lastimados y el silencio de la opinión universal.

No hay que buscar en la debilidad una explicación. Las debilidades sólo empiezan cuando el espíritu desmaya o se resigna. La existencia de Suiza o de Bélgica prueba que los pueblos pequeños pueden perdurar si los vivifica y los sostiene la previsión y la inquietud constante de su destino. Nuestra América no ha sufrido esos golpes porque es débil los ha sufrido porque no supo intervenir a tiempo para evitar las causas que los determinaron y porque no atinó a corregir dentro de su propio seno los vicios que debían hacerlos fatales. La falta de preparación en los hombres de gobierno, las revoluciones interminables, el desbarajuste de la hacienda, el descuido para explotar las riquezas naturales, la ingenua facilidad con que se otorgan concesiones al extranjero, las infecundas rivalidades con las repúblicas limítrofes y el desconocimiento de lo que puede ser la política internacional fueron factores más eficaces en el desastre que la avidez del conquistador.

Modificando una fórmula consagrada, podríamos decir que para los pueblos "prever es vivir". Y los nuestros no han previsto nunca, deslumbrados por

las luchas internas o las rivalidades minúsculas con los hermanos establecidos del otro lado de una frontera en la mayor parte de los casos artificial.

Las mismas repúblicas del extremo sur, aparentemente ilesas en medio del auge de sus negocios y su vida europea, se dejan marear por la facilidad de su propia vida, olvidando dosificar el cosmopolitismo, postergando las alianzas necesarias con sus vecinos inmediatos y absteniéndose de ejercer en el resto del Continente la acción moral a que las invita su destino. La tendencia de algunos argentinos, chilenos o brasileños a no considerar a sus países como parte de la América Española y a creer que su futuro es independiente de la suerte de ésta, acusa un error histórico y geográfico que conviene rectificar, porque aunque estemos ligados a Europa por las lecturas y los viajes, en el terreno de las realidades políticas nuestra acción tendrá que desarrollarse en el Continente, si, como es de esperar, intensificamos mañana las industrias y exportamos productos manufacturados a los pueblos vecinos, y si como es de temer, nos vemos obligados a resistir a las influencias preponderantes que se anuncian.

Los errores no son los mismos en las diversas zonas de la América Española, pero sí lo es la desatención ante los fenómenos que pueden amenazar la vida de mañana, así como la falta de orientación superior en lo que se refiere al porvenir.

Todos comprenden la hora difícil en que nos hallamos y la mejor prueba de ello es que ningún político puede creer hoy posible la realización de un congreso hispanoamericano, no ya a causa del distanciamiento entre ciertas repúblicas, sino como consecuencia del veto, inexpresado pero tácitamente impuesto, por los Estados Unidos contra todas las expansiones de cordialidad a las cuales no sean ellos asociados como factor dirigente. Esto reviste la importancia de una limitación de nuestra autonomía. A medida que el tiempo pasa, las dificultades se harán más tangibles, porque por grande que sea el desenvolvimiento de algunas de nuestras repúblicas, nunca alcanzará la progresión de la gran nación del norte y la distancia que nos separa de ella irá acentuándose por minutos.

[Fragmento del "Prefacio" a *Mi campaña hispanoamericana*, escrito en Niza, en enero de 1922 y editado por Editorial Cervantes, de Barcelona].

NADA MAS PELIGROSO QUE UNA REVOLUCION A MEDIAS

(1930)

LA CAÍDA del dictador Leguía tiene enorme importancia y ha de resonar en América como anuncio lúgubre para muchos gobiernos.

Pero si aspiramos a cambiar fundamentalmente las cosas, no hay que creer que basta derribar al déspota para que la injusticia acabe. Recordemos las palabras del filósofo: "Si la tiranía existe no es porque alguien la representa; alguien la representa porque existe". Hay que velar sobre lo que viene cuando el usurpador se va.

Los hombres no son más que incidentes. Lo único que importa son las ideas. No perseguimos una venganza ni una ambición, sino una obra. Lo que urge es reaccionar contra las malas costumbres políticas, contra los errores endémicos, contra la absurda organización de nuestras repúblicas, si es que hemos de llamar "organización" al dominio de una oligarquía o de una plutocracia que nunca tuvo más visión de la patria que sus conveniencias.

Nada más peligroso que una revolución a medias. La juventud debe velar para que el sacrificio no sea estéril y no se reduzca todo a la satisfacción aparente. Hay que afrontar al fin nuestros grandes problemas. En el orden interior: la justicia social, la situación del indio, la división de la tierra; en el orden exterior: la defensa contra el imperialismo, la organización de la economía nacional, la aspiración hacia la Patria Grande. Hay que organizar a la América Latina en favor de la América Latina misma y no, como ahora, en favor de los inútiles del terruño y de los piratas de afuera.

Esto hará sonreír a los hombres de Estado a la antigua usanza que en cien años de gobierno no han sabido hacer de nuestra América más que el mosaico hipotecado y doliente que nos van a entregar ahora. Pero esa es la política del porvenir, pese al egoísmo de los privilegiados.

Que la juventud vele para que el esfuerzo no se malogre, para que la oportunidad no se pierda. Lo que empuja hoy a nuestro continente es un fervor análogo al que determinó el separatismo. Es, en realidad, la Segunda Independencia lo que vamos a hacer. Ayer Bolivia, hoy el Perú, mañana las otras

repúblicas, se inicia el levantamiento de toda América contra las oligarquías que la devoran, contra el extranjero que la oprime.

Que la juventud se apodere del timón y dirija la barca. Si no lo hace, se habrá perdido, acaso, para nuestras repúblicas, la última posibilidad de vivir plenamente independientes.

[Manifiesto lanzado desde Niza, con motivo del derrocamiento del dictador peruano Leguía y escrito a solicitud del APRA. Publicado en agosto de 1930 se reprodujo en la revista *Claridad* de Buenos Aires, el 11 de octubre de 1930].

LA SALVACION DE NUESTRA AMERICA

(1930)

NUESTRA AMÉRICA, fraccionada y mal dirigida, entregada comercialmente al extranjero, resbala por el camino de las concesiones y de las deudas hacia un protectorado, más o menos evidente, según las zonas. Los Estados Unidos van extendiendo gradualmente su radio de acción con ayuda de métodos imperialistas que ora se basan en irradiación económica, ora recurren al soborno o a la imposición, aprovechando siempre las desavenencias locales de nuestros pueblos o el loco afán de gobernar de nuestros políticos.

Veinte repúblicas que ocupan los territorios más ricos del Nuevo Mundo y que reúnen cien millones de habitantes se encorvan bajo una hegemonía que nada puede disimular.

Yo he creído siempre que esas veinte repúblicas tienen, no sólo el derecho sino la posibilidad de desarrollarse de una manera autónoma, salvando con su porvenir y su personalidad, las prolongaciones hispanas y los derechos de nuestra civilización en América.

El vasallaje actual, la inferioridad presente, provienen de causas interiores sobre todo. El remedio a nuestros males está en nuestras propias manos.

Hay que sacudir, ante todo, la dominación de las oligarquías aliadas al extranjero, atadas a un absurdo sentimiento de casta, que sólo han gobernado para sus egoísmos, sin la menor preocupación por los problemas vitales del Continente, sin la idea más vaga de las necesidades urgentes de la colectividad.

Es de la incapacidad de esas clases dirigentes, cuando no de la infidencia de ellas, de donde ha sacado el invasor los primeros elementos para asentar su dominación, en zonas donde los gobiernos centralistas y ensimismados abandonaron las riquezas, mantuvieron el analfabetismo, ignoraron los más elementales preceptos de la economía política y abrieron, como en los pueblos dormidos del Asia o del Africa, de par en par, las puertas a la irrupción de los extranjeros.

El problema de la salvación nacional (empleo la palabra en un amplio sentido que abarca a todas las repúblicas hispanas del Nuevo Mundo) es, ante todo, un problema de política interior.

Sólo de una renovación de hombres y de principios directores podemos esperar la reacción de salud, de probidad, de sensatez, que puede redimirnos. Y tienen que ser las juventudes incontaminadas y las masas populares, sacrificadas hasta hoy, las que se substituyan a los arcaísmos en descomposición, a las miserias doradas, a los errores que nos devoran.

La obra que las circunstancias exigen de la América Hispana no la han de realizar los que la trajeron a la situación en que se encuentra. Hemos llegado al límite de las faltas que se pueden cometer. Un paso más equivaldría al suicidio.

Hombres nuevos, métodos nuevos, eso es lo que necesitamos. Hay que determinar un movimiento análogo al que levantó al Japón hace algunas décadas o al que acaba de renovar los engranajes nacionales de Turquía. Lo que aprovecha el conquistador es, ante todo, la politiquería palaciega, el hervor infecundo que nos entreda en debates subalternos mientras la colectividad rueda al abismo. Para que podamos sacar a la superficie con manos propias las riquezas de nuestras tierras, para que demos razones de esperanza y de acción a nuestras muchedumbres indígenas sacrificadas, para que restablezcamos el equilibrio de nuestras autonomías, para que nos impongamos por el esfuerzo y la dignidad al respeto del mundo, es necesario vencer ante todo a los que han entrelazado sus intereses con los del invasor, ya sea desde el punto de vista económico, ya desde el punto de vista político.

Toda campaña en favor de la autonomía hispanoamericana será inútil si no empieza por atacar dentro de las propias fronteras a los derrotistas que aconsejan la genuflexión ante el extranjero, a los políticos más o menos sostenidos por la influencia norteamericana y a los especuladores sin patria que anteponen su medro personal al interés común.

Si este esfuerzo no se realiza, si no saneamos, si no recreamos la Patria, en una segunda independencia, nuestro destino es la sujeción y la servidumbre, no ya a cincuenta años de distancia, sino a treinta, a veinte. Los acontecimientos se precipitan en tal forma que casi podemos decir que estamos envueltos en la atmósfera de la catástrofe que se avecina.³

[Escrito en Niza, en 1930, publicado en diversos diarios latinoamericanos durante ese año. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

EL NUEVO CONGRESO PANAMERICANO Y LA JUVENTUD

(1933)

DENTRO de pocas semanas se reunirá en Montevideo una asamblea más, dentro de la serie interminable que prolonga y agrava la hegemonía continental de los Estados Unidos. Un nuevo congreso de ratones presididos por un gato.

Las generaciones que suben, penetradas de altos ideales, no han de conceder gran importancia a este simulacro de deliberación conjunta. Hasta los desplantes de ruidosa independencia, que no han de faltar, tienen que caer en el vacío porque todos sabemos que no son más que ardides para dar a la opinión satisfacciones aparentes y ocultar la sujeción fundamental.

Mientras la América Latina esté gobernada por políticos profesionales cuya única función consiste en defender los privilegios abusivos de la oligarquía local y en preservar los intereses absorbentes de los imperialismos extranjeros, ninguna evolución puede ser posible. Se multiplicarán los espejismos, pero, en su esencia, la sujeción se agravará.

Nuestras repúblicas no pueden ser salvadas por los que las vienen empujando hasta el borde del abismo. Sólo con ayuda de hombres nuevos y de ideas nuevas reconquistaremos la independencia, crearemos una verdadera nación y realizaremos el porvenir.

[Manifiesto lanzado desde París, en noviembre de 1933, con motivo de la VII Conferencia Panamericana, a realizarse en Montevideo. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

AMERICA LATINA POR ENCIMA DE TODO

(1939)

EN EL LIBRO que el lector tiene en sus manos, cuyo título *La Patria Grande*, subraya el sentido general de un intento, selecciono las páginas más significativas entre los innumerables estudios, artículos y manifiestos lanzados al azar de la lucha sostenida durante veinte años alrededor de un ideal. Indispensables para apreciar la trayectoria del esfuerzo, estas hojas dispersas forman un volumen coherente, cobran unidad al calor del pensamiento central y dan, en cierto modo, término a la dilucidación de un problema que me preparo, sin embargo, a examinar, bajo otra faz, en un libro en preparación, cuyo título puedo adelantar desde ahora, *La reconstrucción de América*.

Aunque algunos comentarios se refieren exclusivamente a una república, se aplican, en realidad, a todas las naciones del continente y aunque otros tengan en vista a todo el continente, se ajustan, con poco esfuerzo, a la situación particular de cada país. Porque, con variantes graduales y a través de perspectivas diferentes, se pueden comprobar idénticos fenómenos, parecidos dilemas, análogas inclinaciones y armónicas finalidades en las diferentes repúblicas, que, a pesar de su aislamiento, obedecen al ritmo de sus atavismos y de su situación en el mundo, dentro de una gravitación y una cosmología independiente de la distancia y de las mismas desavenencias accidentales.

Para las nuevas generaciones latinoamericanas, ajenas a las ambiciones directas del poder, preocupadas por el porvenir de nuestro grupo y exaltadas por un ideal de resistencia a las influencias extrañas, la expresión "Patria Grande" tiene dos significados. Geográficamente, sirve para designar el conjunto de todas las repúblicas de tradición y civilización ibérica. Desde el punto de vista cultural, evoca, dentro de cada una de las divisiones actuales, la elevación de propósitos y la preocupación ampliamente nacionalista.

Si deseamos conquistar para nuestro núcleo la más alta situación posible, tenemos que perseguir los dos empeños a la vez. La patria grande en el mapa sólo será un resultado de la Patria Grande en la vida cívica. Lejos de asomar antinomia, se afirma compenetración y paralelismo entre el empuje que nos

lleva a perseguir la estabilización de nuestras nacionalidades inmediatas y el que nos inclina al estrecho enlace entre los pueblos afines.

Combatir en cada país la visión limitada, difundiendo un espíritu ágil que nos vigorice y nos levante hasta la cúspide de las más atrevidas esperanzas y ampliar al mismo tiempo la concepción de la nacionalidad integral, abarcando hasta los límites del Nuevo Mundo de habla hispana, en una superiorización de perspectivas políticas y raciales, no es, en realidad, más que mostrarse fiel a la tradición de los iniciadores de la independencia, que no fueron ensimismados parlamentarios o gobernantes prolijos, atentos sólo a predominar localmente sobre otras facciones, sino caudillos de la grandeza general, deseosos de sumar fuerzas paralelas, para culminar en una entidad poderosa, capaz de hacer sentir su acción en el mundo.

Por encima de la política adoptada en la mayoría de nuestras repúblicas, la presencia espiritual de Bolívar y San Martín se hace sentir en el alma de la juventud y en la conciencia del pueblo, provocando reservas ante la imprevisión que, en el orden interno, nos recluye en una ebullición constante y nos induce, en el orden internacional, a las rivalidades más peligrosas.

El problema primordial de la América Latina no es el de saber quiénes son los hombres que han de gobernar o cuáles son las regiones que han de ejercer vano predominio, sino el de crear las fuerzas vivientes que valoricen la riqueza y el de asegurarnos la posesión integral y durable de nuestro suelo.

En el campo nacional como en el dominio internacional, urge reaccionar contra los localismos individuales y geográficos. No hay que perseguir la política que favorece el encumbramiento de las personas o de las pequeñas entidades, ni la que ofrece el triunfo a una generación, ni la que anuncia el auge dentro de un radio limitado sino la que, sobre el dolor de nuestros propios sacrificios, asegure el triunfo y la perdurabilidad de la patria.

Nacido en la Argentina, he pensado siempre que mi república, engrandecida en el orden económico por el esfuerzo creador, estaba destinada a magnificarse espiritualmente en América, iniciando desde el Sur una política de coordinación con las repúblicas hermanas. Este libro es reflejo de esa preocupación, a la vez nacional y continental. Hacer que cada una de las naciones hispanoamericanas desarrolle su esfuerzo máximo para elevarse y facilitar la colaboración de todas al calor de un recuerdo y bajo la urgencia de una necesidad tomando como punto de apoyo la zona menos amenazada, me ha parecido el propósito más alto que podían perseguir las nuevas generaciones en marcha hacia la democracia verdadera y hacia la patria final.

Las ideas avanzadas que me han reprochado algunos, el socialismo que, en horas en que la acción se sobrepone al pensamiento, me llevó a militar directamente en las agrupaciones de ese credo, no fueron más que aspectos accidentales o complementarios dentro de esta vasta y profunda inquietud de la patria en formación que, para lograr campo y aire, tenía que evadirse de los egoísmos del nacimiento, de las supervivencias coloniales. En la perspectiva de mis preocupaciones, apareció siempre en primer término el fervor de los destinos de la nación en su conjunto durable e histórico. Así llegué hasta con-

siderar en algunos momentos como secundarias las teorías o los sistemas que se podían emplear para alcanzar el fin superior. El ideal fue: la América Latina por encima de todo, pero la América Latina grande por la amplitud de sus concepciones, por la elevación de su vida cívica, por la convicción de su unidad.

Para las nuevas generaciones que se levantan gloriosamente con el presentimiento de las realizaciones del porvenir se abre una época de fecunda acción y de grandes responsabilidades. Está en juego la orientación, el derrotero, el destino mismo del conjunto hispano. Y es la juventud la que en último resorte debe imponer el rumbo. Sobre ella recae, pues, la misión peligrosa y magnífica de servir de proa en medio de los acontecimientos y en medio de las ideas, de acuerdo con las tres fuerzas que la definen: el desinterés, la audacia y el idealismo.

Nuestras tierras de América esperan el advenimiento de una reconstrucción social, nacional y continental que les dé forma y jerarquía, libertándolas en todos los órdenes de los viejos errores políticos y de las supervivencias coloniales, para hacerlas entrar en las nuevas rutas que se abren a la humanidad.

Así, muy nacional y muy moderna, en la realidad de su ser, no en el sonambulismo de las ideas heredadas, podrá realizar la juventud la obra que las necesidades y las esperanzas actuales imponen a los grupos que quieren perdurar y superarse. Al margen del cálculo, de la timidez y del odio, ha de ser esa juventud la fuerza incontaminada que purifica y eleva, sacando inspiraciones de su propia iniciativa, de su propio resplandor.

[Fragmento del prólogo a la segunda edición de *La Patria Grande*, Viña del Mar, Chile, mayo de 1939).

ESTADO SOCIAL DE IBEROAMERICA

(1940)

1. *Imitación.*

ACLIMATADOS en beligerancias de reflejo, nuestros países han interpretado hasta ahora como desafinación las tentativas para pensar por cuenta propia. Se habituaron a tomar ideológicamente partido dentro de la vida de los demás y a trasladar fórmulas. Toda tendencia a suscitar inspiraciones o expresiones originales desentona o parece prematura. Entra por mucho en ello la supervivencia de hábitos coloniales, así como la gravitación de irrupciones cosmopolitas posteriores a la independencia. Factores divergentes entre sí, desde luego; pero concordantes, en el sentido de retardar la aparición de lo que puede llegar a ser la modalidad y el genio nativo.

En el curso de esta guerra, como en el curso de la guerra de 1914, ha sido fácil comprobarlo. Las mismas directivas falsas que entorpecieron, desde el punto de vista histórico y social, el crecimiento de la fauna y la flora que corresponde a la geografía humana y a la realidad de las tierras nuevas, hicieron imposible también una concepción iberoamericana de nuestros intereses y una adecuación de nuestro espíritu a las necesidades que impone el trascendental suceso.

Por eso resulta complicada la tarea. Hay que buscar las causas por encima de los efectos. Hay que poner toda una evolución histórica en tela de juicio. Hay que examinar los resortes de nuevo, como si la vida empezara otra vez.

La guerra actual ayuda en ese sentido a comprender los errores que Iberoamérica cometió y hemos de aprovechar la circunstancia para alcanzar una idea de nuestro estado social.

Siempre he pensado que la más alta expresión del patriotismo no consiste en aplaudir los males o en esconderlos, sino en perseguir, con ayuda de la crítica serena y bien fundamentada, el mejoramiento colectivo. La nacionalidad se elevará, más que con la adulación, con el examen, con el diario es-

fuerzo de creación que puede dar nacimiento a una concepción clara de nuestro estado y nuestras necesidades.

Prisionera de una engañosa tradición, la actividad de Iberoamérica ha reposado, hasta ahora, sobre la memoria. Frente a los problemas que se presentaban, en vez de estudiar los hechos o los métodos posibles, se inclinó a buscar ejemplos. Lejos de inquirir: ¿qué es lo que conviene hacer?, se preguntó siempre: ¿qué es lo que hicieron otros?

Este sistema —absolutamente contrario al que favoreció en Estados Unidos el florecimiento de una vida poderosa y original— ha dado por resultado el adormecimiento de los pueblos en una atmósfera de imitación. En el orden político, económico, social, el ideal invariable ha consistido en trasplantar lo que existía en otras naciones, en otras ciudades, en otras almas.

Así ha nacido una civilización sin sinceridad y sin raíces, un adelanto convencional, basado en las formas exteriores, más que en los resortes íntimos, que no brotaba del medio y no estaba ligado a él. Como resultado, hemos visto más progreso aparente que beneficios reales.

Desde la Constitución de las diversas repúblicas hasta la construcción de las viviendas, se encuentra la inspiración de lo que florecía en otras zonas. No se tuvo en cuenta la personalidad, la correspondencia necesaria entre las expresiones y el medio. Se admitió como normal un destino de imitadores. Todo fue transvasado y transportado de la escena grande a la pequeña.

La evolución de los pueblos obedece, sin embargo, a una lógica. Los hombres del Norte, de cabellos lacios, en comarcas donde sopla el viento en ráfagas poderosas, se meten el sombrero hasta las orejas. Los del trópico, de cabello a menudo indócil, donde el calor arrecia, suelen llevarlo en la mano o ponérselo en la coronilla. Lo único fundamentalmente ridículo es el calco inoportuno, en contradicción con la realidad del ambiente. Resulta tan innecesario levantarse el borde del pantalón en ciudades donde llueve rara vez, como ponerse un casco colonial en Noruega o construir techos inclinados de pizarra en naciones donde la nieve es desconocida.

Trasportada al campo diplomático, político, económico, esta tendencia ha dado como resultado la falta de enlace entre las instituciones y las costumbres, entre los sistemas y las necesidades, entre las teorías y el estado social, haciendo trabajar en falso las energías nacionales.

La experiencia de los otros pueblos sólo es preciosa si se utiliza teniendo en cuenta las particularidades locales. Sólo de una revisión, de un reajuste, de una reorganización de nuestras repúblicas, se puede esperar la futura consolidación de la vida iberoamericana.

2. *Rivalidades locales.*

Me refiero al conjunto del Continente, sin designar una región o un caso determinado. Lejos de los episodios, concreto observaciones generales para de-

letrear, en un momento particularmente grave de nuestra vida, los fenómenos colectivos.

Así podemos decir, sin tener en vista ningún caso preciso de ayer o de hoy, que las guerras entre repúblicas iberoamericanas fueron obra, en la mayor parte de los casos, de una visión inexacta. En el Nuevo Mundo la guerra carece de justificación por tres razones:

a) la expansión territorial no puede ser una condición de bienestar para naciones que no han concluido aún de explorar su propio territorio y que no tienen a veces más que dos habitantes por kilómetro cuadrado.

b) no existen incompatibilidades irreductibles entre estados surgidos de la misma composición, que hablan la misma lengua,

c) nuestras colectividades, que luchan con dificultades económicas, no mejorarán su situación contrayendo nuevas deudas.

Hay que tener en cuenta también que esos caprichosos desacuerdos de frontera suelen favorecer intereses extraños, antagónicos entre sí, que pueden encontrar cómodo combatirse, sin riesgo, por intermedio de otros. La competencia entre Inglaterra y Estados Unidos se ha manifestado a menudo en esa forma.

En general, las guerras de Iberoamérica han tenido carácter de guerras civiles, porque desde el punto de vista del interés nacional carecieron de finalidad práctica y de contenido real.

Hay algo ficticio en el choque de dos grupos de hombres que, en comarcas inmensas, renuncian a valorizar los tesoros que poseen, para codiciar los del vecino. En un continente donde los dones de la naturaleza se hallan casi intactos, no puede hacerse sentir la urgencia de buscar la abundancia del otro lado de la frontera. Hasta se podría decir que los únicos beneficios de la discordia los recojerán los intermediarios que proveen, a menudo simultáneamente, de armas y de créditos a los dos bandos.

Se sacrifican hombres, se dilapidan millones, pero, calmada la exaltación, es difícil definir la finalidad del sacrificio. Sólo ha quedado como resultado de esas guerras el debilitamiento, el malestar, la crisis, tanto de un lado como del otro y una creciente sujeción a la influencia inglesa o norteamericana.

3. *Gobierno y oposición.*

Al considerar el estado social de Iberoamérica, una de las cosas que sorprenden es que, a pesar de la tendencia generalizada a mandar, nuestras comarcas carecen precisamente de una noción clara de lo que es autoridad.

La predisposición a dar órdenes no ha sido siempre acompañada por la facultad de hacerse obedecer. Muchos gobiernos expeditivos, muchos pequeños dictadores fueron sacrificados y reemplazados en Iberoamérica por otros, sin que la fuerza, vencida poco después por la fuerza, engendrara la disciplina.

El fenómeno no es resultado de una fatalidad que condene a estos pueblos al desorden perpetuo. Sólo las costumbres y las modalidades locales de la vida política explican el sostenido descontento y la eterna inestabilidad.

En las patrias en formación, el individuo ha predominado sobre el cuerpo nacional y los intereses pequeños se han sobrepuesto a los grandes. La preocupación de las necesidades públicas quedó en segundo término, cuando no en último. La acción tendió a fines egoístas, limitando el programa a la preeminencia efímera.

El autoritarismo es durable y creador cuando se pone al servicio de un alto ideal, pero los gobiernos imperiosos, en Iberoamérica, rara vez persiguieron un fin superior. Se limitaron a servir la avidez de riqueza o de mando de los hombres. Y las fórmulas severas, desprovistas de un contenido que las justificase, desmoralizaron a la opinión por la ausencia de finalidad.

El individualismo excesivo, la autoadmiraación, el instinto dominador de los grupos exigüos, resultan impotentes cuando se trata de reunir voluntades activas. La tiranía no basta para imponer el orden. El orden es el resultado de un equilibrio encaminado a la solidificación del Estado, es decir, al mayor auge del bienestar colectivo. Los métodos coercitivos sólo cobran valor cuando se hallan al servicio de una obra útil.

Salta a la vista que entre nosotros, tomando las palabras en su significado verdadero, la idea de nación no ha entrado por mucho en los cálculos de la política. Lo que ha imperado, en la mayor parte de los casos, ha sido el deseo de desalojar al rival, la defensa de las posiciones adquiridas, el odio entre los clanes, el sectarismo de una ideología, las preocupaciones subalternas, en suma.

En el orden económico, los privilegios de ciertos grupos poderosos inmovilizaron a las fuerzas nacionales y retardaron las medidas favorables a la prosperidad común. En el orden político, los personalismos sin personalidad mantuvieron a las diferentes repúblicas en la impotencia y la desorganización. Si observamos fríamente, vemos que los males derivan de la concepción falsa que sacrificó la colectividad al individuo y de la ausencia de programas de interés general.

En el curso de estas reflexiones no hay que ver la intención de desaprobación a los que gobiernan para favorecer a los que aspiran a gobernar. Unos y otros se parecen. Hace un siglo que los partidos alternan en el poder, sin que nada cambie en torno. Hasta se podría decir —si cabe la sonrisa— que estamos acostumbrados a ver que los ángeles de la oposición, en lucha con los demonios del gobierno, se convierten, al llegar al poder, en demonios auténticos, mientras que sus adversarios, al caer, recobran las alas, milagrosamente.

Dominando el conjunto de los movimientos en las diversas regiones, comprendemos la inconsistencia de la controversia interminable. Sin poner ahora, en tela de juicio a los hombres —oposición y gobierno— sabemos que sembraron el descontento cuando estuvieron arriba y buscaron la popularidad demagógica cuando estuvieron abajo. Guiados por la ideología o por la ambición escueta, cegados por apetitos individuales o por postulados abstractos,

descuidaron sistemáticamente la tarea fundamental de valorizar el patrimonio y de resolver los problemas esenciales.

Desdeñando toda iniciativa creadora, siempre se levantó una idea sin cuerpo frente a otra idea sin cuerpo. Agitación estéril. Una pala de albañil sólo tiene el valor que le da el plan que la guía. Se puede favorecer la evolución con fórmulas retardatarias. Se la puede detener con procedimientos modernos. El sufragio universal, en sus ritos más puros, es susceptible de consolidar un régimen de excepción. Una medida arbitraria puede restablecer el equilibrio y la justicia. Lo esencial no es el vaso, sino el contenido.

Cuando nuestras repúblicas dejen de lado las palabras para atenerse a las realidades, comprenden el mal de la política. Sobre todo de la política como se practicó entre nosotros. Con sus etiquetas variadas y sus juegos sangrientos desvió a los estados en formación de sus verdaderos destinos, impidiendo la utilización de los recursos de la colectividad por la colectividad misma.

La inclinación a la discordia y la ambición individual corrieron y se eternizaron, subyacentes, sin cambiar nada. Hasta cuando la ideología fue idealista, no correspondió a las necesidades particulares de nuestro estado social. Gobierno y oposición giraron en falso, dentro de una vana efervescencia, al margen de los verdaderos intereses iberoamericanos.

4. *La independencia.*

Llegando así a la esencia de los fenómenos, descubrimos también que a raíz de la independencia se planteó para ciertos grupos dirigentes el problema de perdurar y de conservar privilegios y para las naciones que, como Inglaterra y Estados Unidos favorecieron esa independencia y estaban al acecho, el de conquistar o ensanchar ventajas comerciales.

La masa de la población que creyó en los postulados separatistas vio fracasar muchas esperanzas. A una metrópoli política se substituyó una metrópoli económica, y a la clase dominante de la madre patria, la del propio terruño, aliada del imperialismo extraño. No asomó la igualdad soñada en el orden interior, ni en el orden exterior la autonomía presentida. Lo comprobamos desde un punto de vista objetivo, en estricto terreno sociológico y al margen de toda doctrina política, lamentando que sean tan duras las verdades.

Conquistada la independencia nominal, las oligarquías se apoyaron en las fuerzas de captación y éstas encontraron aliados en aquellas, obstaculizando unas a sabiendas y otras sin percatarse de ello, queremos suponerlo, la estructuración del Estado. El caudillismo y las impacencias políticas utilizaron después, en el curso de un siglo, el malestar y la protesta de la mayoría sacrificada que, pese a la orgía de revoluciones, sólo fue inferior o inepta en proporción a las injusticias y despojos que sobre ella gravitaron.

Desde antes de que aparecieran las doctrinas que ahora se imponen en el mundo, he sido nacionalista en nuestra América porque tuve, sin preparación especial, la intuición del derrotero. Y ese ha sido acaso el punto de partida de mi desacuerdo básico con los grupos dirigentes desde que emprendí en 1910, con ayuda del libro y de la conferencia, la campaña que he mantenido hasta hoy contra la influencia asfixiante de Inglaterra y de Estados Unidos.

Escribo en plena atmósfera de sinceridad, sin contemporizar con ninguna fuerza, sin calcular ventajas ni evitar riesgos, sin desarticularme para alcanzar aprobaciones. Me basta con la estimación de los que pueden comprenderme y con la certidumbre de que sirvo a los míos, en una hora difícil en que tantos sólo atienden a salvar sus posiciones.

La vida iberoamericana está enferma de esa deformación que consiste en escribir con dedicatorias mentales, rehuyendo lo que disgusta a este sector, acentuando lo que se cotiza en aquel, evitando lo que puede perjudicar, girando sin tregua alrededor del "me conviene", que excluye toda independencia y altivez. Parece que la mente fuera haciendo zigzag en el campo minado de los intereses dominantes para obtener el producto ambiguo que alcanza el beneplácito y facilita la carrera. De aquí la inconsistencia de los resultados.

Lo debemos, en buena parte, a la falsa democracia, reducida a ser a menudo entre nosotros, socorrido lugar común al servicio de los profesionales de la política. Nada se parece menos a la democracia, es decir, a una organización equitativa que respeta y utiliza todos los valores, que la ebullición papelera y electoral de los partidos de Iberoamérica.

En realidad, la democracia sólo fue representada conscientemente por nosotros, los descontentos, los disidentes; los sacrificados que, en vez de buscar el medro personal, el auge político, hemos observado austeramente las necesidades colectivas, hemos luchado en favor de ellas, sacrificando nuestro porvenir.

A los males de la democracia en el mundo, males que se han puesto en evidencia hasta en los pueblos mejor dotados para practicarla, Iberoamérica añadió los males que nacían de una masa sin preparación para comprender el sistema y de un personal político a menudo inescrupuloso.

Así se desarrolló, durante más de un siglo, la independencia, bajo muchos aspectos, ficticia, de las repúblicas nacidas del separatismo de 1810.

5. *Estado semicolonial.*

Unas veces a consecuencia del arcaico ambiente colonial, otras debido a la dispersión cosmopolita, los que trajeron una intuición del futuro o una tendencia a plasmar la nacionalidad fueron siempre desatendidos mientras prosperaba la ambición subalterna. Todo ello fruto, en última instancia, de una causa central: la emancipación incompleta. Nuestras repúblicas crecieron a la sombra de fuerzas interesadas en retardar su desarrollo.

Inglaterra y Estados Unidos no han entregado nunca, ni han permitido conocer a fondo, su civilización a los pueblos que consiguieron mediatizar.

Lo comprobamos en todas las regiones, con las naturales variantes que impone la raza, la geografía y el estado social.

Los métodos imperialistas de esas potencias evitan y ahogan cuanto puede favorecer la elevación de otros. Sólo transmiten y difunden lo que juzgan susceptible de facilitar la preeminencia que desean perpetuar.

Crean hombres sólidos y sanos con ayuda de los deportes para que den el mayor rendimiento posible como auxiliares de la explotación. Divulgan ciertas formas materiales de progreso y de bienestar para suscitar necesidades susceptibles de aumentar el consumo que llenarán con su producción de automóviles, calefones, radios, etc. Pero nunca auspician una cultura verdadera, capaz de ser punto de partida de una civilización. Es más, siempre se oponen a ella porque esa cultura podría dar lugar, naturalmente, al desarrollo de un cuerpo completo, a la estructuración de un verdadero Estado. De ahí la educación de juegos florales, puramente literaria, sin base sociológica, sin nociones de filosofía de la historia, sin panorama de economía mundial, que se ha difundido entre nosotros.

Lo peor del imperialismo inglés, así como del norteamericano, no consiste en que se lleva lo más valioso de las riquezas del país sino en que arrasa los valores morales, estableciendo una prima a la inferioridad y al renunciamiento de los hombres. Para llenar cualquier función, hay que someterse o abdicar. Así van prosperando los menos aptos y los menos dignos y así se va afianzando, irremediabilmente, la inferioridad para el porvenir.

El estado semicolonial puede tener apariencias de formal autonomía. Los signos exteriores de la nacionalidad se exhiben abundantemente. Hay aparatosas elecciones. Las cancillerías maniobran como si realmente estuvieran dirigiendo algo. Pero lo esencial se halla en manos de los grandes organismos de captación. Prisioneros de rotaciones secretas, los políticos optan por ignorar o resignarse.

Así vemos que tierras privilegiadas y hombres bien dotados fueron mantenidos durante más de un siglo por debajo del nivel que pudieron alcanzar. Ni las repúblicas consiguieron adquirir músculos de nación, ni los habitantes, vivaces y excepcionalmente intuitivos, lograron el desarrollo superior a que tienen derecho. Todo fue aplazado, atenuado y disgregado para perpetuar la neblina que favorece los planes de los invasores.

6. *Realidad económica.*

Como las situaciones ficticias se desmoronan universalmente, hay en el mundo una sublevación de naciones proletarias. Los pueblos menos favorecidos se levantan contra los que lo acaparan todo. Siempre tuvieron los grandes

cambios de la historia, en medio de la inevitable destrucción, ese punto de partida y esa fuerza propulsora.

Las repúblicas de Iberoamérica son también, en su esfera, naciones proletarias. No por ser fabulosamente ricas, dejan de ser proletarias. Son ricas por la fuerza de producción que llevan en sí. Pero trabajan para otros y dentro del sistema plutocrático, la fecundidad y la abundancia sólo benefician al capitalismo internacional.

Las minas, los cereales, el ganado, el petróleo, cuanto Iberoamérica derrama por los poros de sus territorios ubérrimos, está regulado por las grandes corporaciones financieras de Londres o de Nueva York. Somos países por donde la riqueza pasa; ricos para los demás, pobres para sí mismos.

Como la idea de gobernar fue sinónimo de alcanzar preeminencia sobre el hombre o el partido contrario, nunca se estableció en Iberoamérica un plan nacional para explotar las riquezas, ni un sistema sensato de administración, ni un andamiaje coherente para realizar la patria. Si algo surgió fue por casualidad al azar de la improvisación. En cambio, lo que debía favorecer la transfusión de sangre al extranjero fue organizado magistralmente. Los políticos jugaron con palabras de colores mientras la realidad, la esencia de la nacionalidad, pasaba a manos de los grandes sindicatos o a manos de los acaparadores que en el orden individual presionan al pequeño productor y en el orden nacional anemian al país.

Allí donde se descubrió una fuente de riqueza surgió, al mismo tiempo, un sindicato inglés o norteamericano para explotarla. El estaño de Bolivia pudo hacer la fortuna fabulosa de un hombre y la prosperidad de una compañía, pero no equilibró las finanzas de la república de cuyo suelo se extrae. El petróleo que brota en cantidades fabulosas en ciertas regiones sólo deja el salario mísero que cobran los obreros. Cuando éstos se niegan a seguir trabajando, los aviones de la Columbian Petroleum Company los bombardean, sin que el gobierno del país se entere del atentado que se realiza dentro de su territorio contra los habitantes del país. El 95% del café que se consume en el fondo se produce en Iberoamérica y es paradójal que los organismos que fijan los precios y regulan la producción se hallen fuera de nuestras fronteras. La Argentina y el Uruguay, grandes productores de carnes, exportan ese producto por medio de frigoríficos y flotas extranjeras. La economía de nuestras naciones parece organizada por dementes, en un delirio suicida que los lleva a la inmolación y al renunciamento. Si a esto se llama república, democracia, libertad y civilización, será porque no nos hallamos de acuerdo sobre lo que estos términos significan.

A esto hay que añadir constelaciones de empréstitos que rara vez se emplean en obras remuneradoras y que exprimen las posibilidades de cada república, con la circunstancia curiosa de que a cada uno de esos empréstitos, la prensa le dedica comentarios ditirámicos considerando como un triunfo la nueva hipoteca que grava el porvenir del país.

¿Cómo han correspondido los imperialismos de Londres y de Nueva York a esta entrega global de los recursos nacionales? En una carta dirigida a los

señores Harris, Fox y Mac Callum, dirigentes de los sindicatos ingleses en la Argentina, dice Raúl Scalabrini Ortiz (diario *Reconquista*, de Buenos Aires, 15 de noviembre 1939): "Para consolidar y estabilizar la hegemonía británica han creado ustedes ese ámbito de relajación moral en que hasta avergüenza ser honrado y patriota. Ustedes son los provocadores de esa atmósfera de ignominia que llevó al suicidio a hombres de la talla de Lisandro de la Torre y Leopoldo Lugones, que hubieran dado honra a cualquier país de la tierra. Son ustedes los que alejan de las posiciones públicas a los ciudadanos probos y a los estadistas solamente preocupados del bienestar público. Un dirigente moral es para ustedes un escollo, una resistencia que irrita hasta la insolencia. Ustedes quieren que los comandos estén en manos de amoraes o de ineptos. Ustedes impiden que las industrias prosperen, porque la industria crea riqueza, fuerza y unidad y porque perjudica a la industria británica y al comercio de importación. Las provincias que no producen nada de lo que ustedes necesitan caen en la miseria sin esperanza..."

Ateniéndonos siempre a la Argentina, que es la república más próspera, escribe un argentino de Salta a la revista *Ahora* de Buenos Aires: "Me da vergüenza ver cómo en nuestra patria, tan grande y tan rica, nos encontramos en una miseria espantosa. Aquí el trabajador no come lo que necesita porque los sueldos que se pagan no permiten el consumo de carne, ni poca ni mucha. Apenas si nos es posible comer las tripas y los desperdicios. Por eso, nuestra raza es cada vez más débil y llegará un momento en que la nuestra será una patria de tuberculosos". Tan grave acusación podría ser puesta en duda si no establecieran las estadísticas que el 50% de los conscriptos de ciertas regiones son inutilizables para el servicio militar a causa de la desnutrición.

Inglaterra y Estados Unidos usufructúan o distribuyen todas las riquezas de la América Latina. Controlan hasta la respiración de nuestras repúblicas. ¿Es esa asfixia la que vamos a defender interviniendo en la guerra?

7. *Nuestras culpas.*

Los males que nos aquejan derivan de cierta falta de adecuación al medio que hizo suponer la existencia de patrias ya hechas, cuando todavía no las habíamos construido y del engaño suicida que llevó a cada individuo a pretender medrar en detrimento del cuerpo de que formaba parte. Esto último ha de aplicarse no sólo a la política interior, dentro de cada república, sino a la acción coordinada que pudo desarrollar el conjunto para preservar su autonomía. Y ambos errores fluyen de una sobreestimación de nuestro poder y nuestras posibilidades.

Por eso hemos de venir a una apreciación, a la vez más modesta y más alta, que será más eficaz cuanto más exacta.

Con las diferencias que impone la geografía, la densidad de población y el desarrollo económico, todos los estados de Iberoamérica sienten una herida o una amenaza. Basta recordar los territorios perdidos (México, las Malvinas, Belice, Puerto Rico...), la mano de oro de los empréstitos (que cuando llega la oportunidad se convierte en mano de acero de las intervenciones) y la dependencia económica que se pone hoy más que nunca de manifiesto con motivo de la guerra. Todo ello debió aconsejar desde los comienzos a las veinte repúblicas que aisladamente son débiles, una política conjunta de coordinación para preservar su porvenir colectivamente. Esa fue la tesis que, cuando todavía era tiempo, sostuve entre 1911 y 1914 multiplicando libros y conferencias. Pero en cada cancillería había un canciller genial que aspiraba a pasar a la historia en detrimento de la república vecina. Las pequeñas intrigas, las guerras y conflictos irrazonados dentro de Iberoamérica facilitaron la acción de los imperialismos invasores. Fue la falta de visión superior para abarcar los destinos colectivos, el origen de una de nuestras más claras debilidades, ya que en vez de formar un bloque frente a los invasores, los erigimos en árbitros de nuestros destinos.

Si el gobierno autónomo sobrevive a la autonomía, es decir, a la razón que lo hizo nacer, mueve sus engranajes en el vacío y sólo es útil para los que se cobijan a su sombra.

La tendencia individualista creó, a sabiendas o inconscientemente, un ambiente de mistificación. El ansia inmoderada de parecer, la avidez de disfrutar ventajas inmediatas, el vértigo de las falsas preeminencias, abrió el camino a seres interesados, simuladores o pusilánimes. Todo fin ajeno a la satisfacción inmediata pareció lírica ingenuidad. El hombre más respetado fue el que más prosperaba. El más hábil, el que más pronto alcanzó situaciones. Por un espejismo doloroso se identificó el bien con lo que a cada cual convenía. La patria fue la dominación para el político, el latifundio para el gran terrateniente, el privilegio, el negocio, la embajada, el empleo, la mísera pitanza individual. Se oía decir "no soy un Cristo", con sonrisa que pretendía marcar inteligencia y desdén por los que se sacrifican. "La vida es corta y hay que aprovecharla". En la embriaguez de la fiesta, cada cual perseguía su ventaja, su ambición, su vanidad y así avanzaba el navío, sin que nadie se preocupase del peligro que podía alcanzar a todos.

Sólo puede ser fuerte un grupo nacional cuando cada uno de sus componentes adquiere la certidumbre de que los individualismos divergentes preparan la derrota y cuando dejando de lado lo teórico, lo convencional y lo pequeño, cada cual se sacrifica y afronta la obra que exigen las circunstancias.

A estos errores hay que añadir los que nacieron de una concepción falsa y declamatoria que nada tiene que ver con el gobierno de los pueblos. Con ayuda de frases sonoras como "necesitamos brazos", "que vengan capitales", "América para la humanidad", etc. se abrieron las puertas a todas las avidedeces. Las naciones se han hecho y se harán siempre alrededor de particularidades que concentran y no alrededor de generalidades que dispersan. Una patria no es un ejército de salvación abierto a los desheredados sino un con-

glomerado sujeto a imposiciones de preservación vital que lo llevan a cuidar más lo propio que lo ajeno, más lo práctico que lo teórico. No es posible crear nacionalidades sin nacionalidad. Nuestro punto de partida está en el cruce de caminos de la América autóctona con la conquista ibérica. Esa es la realidad nacional. En cuanto a la realidad espiritual, no puede ser otra que el idioma castellano y la cultura hispana que se sobrepuso. Las nacionalidades en formación no podían ni pueden, desde luego, desarrollarse sin la ayuda de técnicos, sin el apoyo de créditos, sin un espíritu universal. Pero ha de ser en la medida y en el límite de lo compatible con el mantenimiento de sus características, buenas o malas, dentro de su esencia inicial.

Esta inconsistencia, esta vida al día, en fachada, sin reservas de profundidad, inspirada toda en una concepción existista dio por resultado la eliminación sistemática de los valores reales que pudieran aportar una contribución eficaz a la obra en construcción. La mediocridad, la incapacidad, empuñó la dirección en todos los sectores, favorecida no sólo por la influencia extranjera interesada en evitar andamiajes serios, sino por el fermento envidioso disfrazado de democracia que arrasó jerarquías mentales y morales para nivelar en el beatífico cero que no hace sombra a nadie.

Con la crueldad saludable del cirujano hemos de remediar estas fallas si queremos seguir viviendo.

[Escrito en Viña del Mar, Chile, en 1940. Inédito.
Archivo General de la Nación Argentina].

EL NATIVO NO HIZO LA PATRIA

(1950)

Nos vemos en la necesidad de admitir que las colonias españolas, al emanciparse, no defendieron su autonomía, ni afianzaron la armonía interior, ni valorizaron sus recursos, ni alcanzaron conciencia del papel que les tocaba desempeñar. Se entorpeció, por encima de todo, la facultad de crear. Pese a la independencia aparente, toda iniciativa y todo esfuerzo siguió ajustándose a fórmulas importadas. Cuanto vivificó la tierra nueva continuó siendo accionado desde lejos. Cada empresa próspera dejó sus beneficios fuera de la colectividad. No se hizo sentir uno de esos movimientos unánimes que renuevan el espíritu y le permiten adueñarse de lo que le rodea.

Ferrocarriles, minas, tranvías, teléfonos, petróleo, cuanto debió ser nuestro, cayó en poder de empresas de otro país. Los productos naturales fueron acaparados y vendidos por sindicatos extraños que se quedaron con el mejor beneficio. La tierra misma empezó a ser, en algunas regiones, propiedad de formidables consorcios que obtuvieron concesiones exorbitantes. Y aun en los grandes centros, donde la vida adquirió ritmo acelerado y progresista, los resortes esenciales quedaron en poder del extranjero. Hasta llegar a la situación actual, en que cada vez que descolgamos un receptor, subimos a un tranvía o encendemos una luz dejamos caer una moneda en fabulosos rasca-cielos distantes.

El nativo no hizo la patria. La dejó hacer por otros. Pero expió su desidia, porque la patria, hecha por otros, se le escapó de entre las manos.

Ya no se celebra el 12 de Octubre sino el 14 de abril. La producción literaria de Iberoamérica se juzga y se premia en Nueva York. Hasta empiezan a llegar misioneros católicos que hablan inglés y proceden de Estados Unidos. Todos los caminos del continente de habla hispana parecen conducir hacia Washing-

ton. . . Porque si Inglaterra se fortaleció en detrimento de España, los Estados Unidos han venido después a fortalecerse en detrimento de Inglaterra, completando, al agravar nuestro sacrificio, la evolución inevitable de su propia raza.

Inglaterra trató de aprovechar su hora. Cuando perdió sus colonias en el Norte, buscó una revancha en el Sur. Primero intentó desembarcar en el Río de la Plata en 1806 y 1807. Después apoyó el separatismo de las colonias españolas, deseosa de substituir a la antigua metrópoli, por lo menos, desde el punto de vista comercial. El origen de nuestra emancipación no hay que buscarlo, pese a los textos, en las dificultades de la monarquía española batida por Napoleón sino en el instinto de desquite de un perdedor que trata de compensar sus reveses ganando nuevas factorías.

Tanto Inglaterra como los hombres de nuestra emancipación se limitaron pues a hacer el juego de rigor. Lo único que sorprende es que los que encabezaron el movimiento separatista iberoamericano no tomaran las precauciones que tomaron los Estados Unidos, ayudados, en condiciones análogas, por Francia. Al desatender esta precaución, nuestro movimiento cobró un carácter esencialmente verbal, preceptivo y hasta ingenuo, puesto que olvidó realidades económicas que otros más sagaces no dejaron de aprovechar.

En medio de esta brega alrededor de posibilidades futuras que Inglaterra trataba de captar para resarcirse de la pérdida de sus colonias del Norte, apareció como factor nuevo, el crecimiento inesperado de los Estados Unidos.

Los treinta años de ventaja en la independencia que nos llevan, les permitieron asistir con discernimiento y cálculo al balbuceo de las naciones del Sur. Así se opusieron a que Bolívar llevase la independencia hasta las Antillas y así favorecieron entre nosotros el desmigajamiento que ellos evitaron, no sólo al constituirse sino más tarde, al estallar la guerra de secesión. La ley eterna de todo conjunto que acecha o teme a otro es hacer lo posible por fraccionarlo. Así facilita su acción. Hay también de esta sutileza millares de ejemplos en la historia y sería vano recordarlos.

Podemos ir descifrando de esta suerte a través de rápidas evocaciones las causas de la desigualdad en la evolución para llegar hasta el hueso de lo que aspiramos a definir.

Las antiguas colonias españolas surgieron a la vida cercadas por dos acechanzas contra las cuales no supieron precaverse. La acechanza de Inglaterra en los comienzos, y en seguida, la presión de los Estados Unidos que desalojó gradualmente a la primera en beneficio propio.

Como consecuencia lógica los trece estados, con una extensión de un millón de kilómetros cuadrados que constituyeron el primer núcleo de las colonias inglesas emancipadas, quintuplicaron y más que quintuplicaron su territorio extendiéndolo desde el Atlántico hasta el Pacífico para ejercer acción preeminente por el Caribe hasta más allá del Ecuador. Como consecuencia igualmente inevitable, Inglaterra se sintió empujada hacia el extremo sur, donde, apoyada en las Malvinas, consiguió seguir ejerciendo la irradiación

excluyente que frenó o supervigiló el desarrollo de estas zonas, hasta que se produjo la revolución de 1943 y Perón dio a la Argentina vida nueva.

Los dos colosos, rivales a ratos, pero en último resorte solidarios, pesaron así sobre Iberoamérica, cuyo error capital consistió en olvidar la existencia milenaria del imperialismo y en desconocer las condiciones modernas del mundo que exigían nuevas formas de pensamiento y de acción. Estos errores nos impidieron colocarnos desde el primer momento dentro de la realidad del continente y dentro del momento porque atravesaba la evolución humana.

Ha llegado el momento de recapacitar. Hasta ahora hemos hecho lo que convenía a los extraños. Hemos sido lo que otros querían. Empecemos a ser y a pensar de acuerdo con nuestras necesidades. Este libro aspira a servir de modesta contribución para estudiar, con ayuda de los antecedentes, lo que conviene a nuestro estado. Razonemos al margen de todo lirismo. Al margen de todo apasionamiento. Al margen de la misma guerra reciente y de la que asoma. Sólo debe preocuparnos el destino de nuestra América. Es evidente que los anglosajones hicieron lo que convenía para la prosperidad de su conjunto y desde su punto de vista procedieron lógicamente. Pero salta a los ojos también que nosotros, desde nuestro punto de vista Iberoamericano, no hemos intentado hasta ahora nada de lo que se imponía para contrarrestar esa acción.

El momento ha llegado. No hay que dejarlo pasar.

[Manuscritos de Ugarte encontrados después de su muerte, en base a los cuales se preparó su libro póstumo *La reconstrucción de Hispanoamérica*. Fechados en noviembre de 1950, la edición de Editorial Coyoacán, Buenos Aires, corresponde a diciembre de 1961].

¹No debe sorprender esta incomprensión de Manuel Ugarte, en 1901, acerca de la acción ejercida por el imperialismo inglés en el sur de América Latina, especialmente en la Argentina y Uruguay, convertidas en verdaderas "Granjas" de su "Graciosa Majestad". Nadie advertía, por entonces, esa sutil dominación lograda merced a la penetración económica, sin desembarcos prepotentes de marinos, al uso yanqui y que, por el contrario, toleraba el mantenimiento de los signos formales de la soberanía.

Recién la crisis mundial del año 29 pondrá al desnudo, por ejemplo, el sometimiento ejercido por Inglaterra sobre la Argentina y el mecanismo de subordinación semicolonial será recién denunciado por Raúl Scalabrini Ortiz en 1934.

Sin embargo, también en este terreno, Ugarte revela su lucidez porque ya en *El porvenir de la América Española* incluye a Inglaterra como ejerciendo predominio sobre el sur de la América Latina. Luego, en *La Patria* denuncia a los ferrocarriles británicos como factor retardatario del progreso; y al liberalismo económico, como traba al desarrollo de las fuerzas productivas. Asimismo, la denuncia de Ugarte acerca del carácter reaccionario que asume en las semicolonias "la división internacional del trabajo" y su convicción de que los pueblos que no industrializan sus recursos naturales están condenados al vasallaje y la miseria, se convierten en argumentos poderosos contra el predominio británico. Finalmente, en 1940, como podrá leerse, se refiere ya más definitivamente a la "influencia asfixiante de Estados Unidos y de Inglaterra" sobre América Latina.

²El Comité Pro México se funda en Buenos Aires por iniciativa de Ugarte con motivo del bombardeo al puerto de Veracruz, México, producido el 21 de abril de 1914 por la escuadra norteamericana comandada por el contralmirante Fletcher y posterior desembarco de "marines" sobre dicha ciudad.

³Como puede observarse en este artículo, Ugarte analiza con mayor precisión la subordinación latinoamericana al identificar más tajantemente a las oligarquías nativas, como cómplices del imperialismo, ahondando así su concepción de años anteriores en la cual esa responsabilidad aparece, a veces, difusamente considerada.

II

ESTADOS UNIDOS Y LA AMERICA LATINA

“No es indispensable anexar un país para usufructuar su savia. Los núcleos poderosos sólo necesitan a veces tocar botones invisibles, abrir y cerrar llaves secretas, para determinar, a distancia, sucesos fundamentales que anemian o coartan la prosperidad de los pequeños núcleos. La infiltración mental, económica o diplomática puede deslizarse suavemente sin ser advertida por aquellos a quienes debe perjudicar, porque los factores de desnacionalización no son ya, como antes, el misionero y el soldado, sino las exportaciones, los empréstitos, las vías de comunicación, las tarifas aduaneras, las genuflexiones diplomáticas, las lecturas, las noticias y hasta los espectáculos”.

(De *La Patria Grande*, 1924).

EL PELIGRO YANQUI

(1901)

HAY OPTIMISTAS que se niegan a admitir la posibilidad de un choque de intereses entre la América anglosajona y la latina. Según ellos, las repúblicas sudamericanas no tienen nada que temer y a pesar de lo ocurrido en Cuba, persisten en afirmar que los Estados Unidos son la mejor garantía de nuestra independencia. El carácter latino que por ser demasiado entusiasta y violento, sólo percibe a menudo lo inmediato, no cree más que en los peligros inminentes y se desinteresa de los relativamente lejanos, olvidando que en el estado actual las naciones están obligadas a observarse sin reposo porque todas preparan, aun a siglos de distancia, su destino. Pero sea lo que fuese, es curioso conocer la opinión de los europeos sobre este asunto.

Los diarios de Francia, por lo pronto, no ven el porvenir con tanta confianza. *Le Matin* decía días pasados, a propósito de la anunciada intervención en el conflicto de Venezuela con Colombia: "Los ciudadanos de la América del Norte tienen en el rico arsenal de su lenguaje una palabra de la cual se sirven frecuentemente no sólo en sus conversaciones particulares, sino también en las diplomáticas; es la palabra *grabbing* que sólo puede ser traducida por 'expoliación' ". No sería imposible que este asunto se terminara por un *land grabbing* y que aquí o allá, hubiera un territorio usurpado. Es quizás por eso que Alemania, Francia y otras naciones siguen con tanta atención los sucesos que se desarrollan alrededor del istmo. Suponen que los Estados Unidos sólo esperan un pretexto para intervenir en esa región soñando renovar lo que hicieron en México. Basta un poco de memoria para convencerse de que su política tiende a hacer de la América Latina una dependencia y extender su dominación en zonas graduadas que se van ensanchando, primero, con la fuerza comercial, después con la política y por último con las armas. Nadie ha olvidado que el territorio mexicano de Texas pasó a poder de los Estados Unidos después de una guerra injusta. A las provincias de Chihuahua y Sonora les cabrá dentro de poco la misma suerte y si alguna duda quedara aún sobre tales proyectos se encargaría de desvanecerla el ar-

título publicado hace pocos días en el *New York Herald* de París. Entre otras declaraciones hace la siguiente: "Una nación de ochenta millones de habitantes no puede admitir que su supremacía en América sea impunemente comprometida. Sus intereses económicos y políticos deben ser defendidos, aún contra los consejos de una diplomacia de ruleta. Los Estados Unidos pueden emprender la obra de pacificación con la confianza absoluta de que es el derecho innato de la raza anglosajona. Deben imponer la paz al territorio sobre el cual tienen una autoridad moral y proteger sus intereses económicos y políticos a la vez contra la anarquía y contra toda inmiscusión europea".

Sin caer en el alarmismo, se puede analizar una situación que presenta peligros innegables. El escritor venezolano César Zumeta lo decía en un folleto, un tanto exagerado y meridional, pero exacto en el fondo: "Sólo una gran energía y una perseverancia ejemplar puede salvar a la América del Sur de un protectorado norteamericano". Quizás fuera esto un poco más difícil de lo que algunos creen, pero aún cuando fuera imposible es juicioso tratar de contrarrestar la influencia creciente de la gran república norteamericana, poniendo obstáculos en su marcha hacia el sur, porque si aguardamos a que la amenaza esté en la frontera, ya no será tiempo de evitarla. El razonamiento infantil de que para llegar hasta nosotros tendría el coloso que atravesar toda la América, es un sofisticado engaño que además del egoísmo regional que denuncia, contiene otros males. Si vemos que las repúblicas hermanas van cayendo lenta y paulatinamente bajo la dominación o influencia de una nación poderosa, ¿aguardaremos para defendernos que la agresión sea personal? ¿Cómo suponer que la invasión se detendrá al llegar a nuestras fronteras? La prudencia más elemental aconsejaría hacer causa común con el primer atacado. Somos débiles y sólo podemos mantenernos apoyándonos los unos sobre los otros. La única defensa de los quince gemelos contra la rapacidad de los hombres, es la solidaridad.

Sobre todo en el caso presente del que hay que desechar toda hipótesis de lucha armada. Las conquistas modernas difieren de las antiguas, en que sólo se sancionan por medio de las armas cuando ya están realizadas económica o políticamente. Toda usurpación material viene precedida y preparada por un largo período de infiltración o hegemonía industrial capitalista o de costumbres que roe la armadura nacional, al propio tiempo que aumenta el prestigio del futuro invasor. De suerte que, cuando el país que busca la expansión, se decide a apropiarse de una manera oficial de una región que ya domina moral y efectivamente, sólo tiene que pretextar la protección de sus intereses económicos (como en Texas o en Cuba) para consagrar su triunfo por medio de una ocupación militar en un país que ya está preparado para recibirle. Por eso que al hablar del peligro yanqui no debemos imaginarnos una agresión inmediata y brutal que sería hoy por hoy imposible, sino un trabajo paulatino de invasión comercial y moral que se iría acreciendo con las conquistas sucesivas y que irradiará, cada vez con mayor intensidad, desde la frontera en marcha hacia nosotros. Nuestra situación geográfica, en el extre-

mo sur del continente, nos pone momentáneamente al abrigo, pero cada vez que una nueva región cae en poder del conquistador, le tenemos más cerca. Es un mar que viene ganando terreno. La América Central es actualmente un frágil rompeolas. De no organizarse diques y obras de defensa, acabará por sumergirnos.

Los que han viajado por la América del Norte saben que en Nueva York se habla abiertamente de unificar la América bajo la bandera de Washington. No es que el pueblo de los Estados Unidos abrigue malos sentimientos contra los americanos de otro origen, sino que el partido que gobierna se ha hecho una plataforma del "imperialismo". De haber triunfado Bryan,¹ no tendríamos quizá que lamentar el protectorado de Cuba, ni las masacres de Filipinas. Pero los asuntos públicos están en manos de una aristocracia del dinero formada por grandes especuladores que organizan *trusts* y exigen nuevas comarcas donde extender su actividad. De ahí el deseo de expansión. Según ellos, es un crimen que nuestras riquezas naturales permanezcan inexploradas a causa de la pereza y falta de iniciativa que nos suponen. Juzgan de toda la América Latina por lo que han podido observar de Guatemala o en Honduras.² Se atribuyen cierto derecho fraternal de protección que disimula la conquista. Y no hay probabilidad que tal política cambie, o tal partido sea suplantado por otro, porque a fuerza de dominar y triunfar se ha arraigado en el país esa manera de ver hasta el punto de darle su fisonomía y convertirse en su bandera. El conflicto entre Venezuela y Colombia, que ha sido fomentado, según los diarios de París y Londres, por los Estados Unidos, es una prueba. El telégrafo nos anuncia diariamente que la América del Norte está dispuesta a intervenir para proteger sus intereses y asegurar la libre circulación alrededor del istmo, basándose en viejos tratados que le abandonan cierto rol equívoco de vigilancia y de arbitraje. ¿Se prepara la reedición de lo que ocurrió en Cuba, Filipinas y Hawai? La maniobra es conocida. Consiste en espolear las querellas de partido o las rebeliones naturales y provocar grandes luchas o disturbios que les permitan intervenir después, con el fin aparente de restablecer el orden en países que tienen fama de ingobernables. La política interior de algunos estados de Centroamérica parece hoy dirigida indirectamente por el gobierno de Washington. La falta de capitales y de audacia industrial ha hecho que las minas, las grandes empresas agrícolas y los ferrocarriles caigan en manos de empresas yanquis. Ese es quizá el origen del protectorado oculto que aquella nación ejerce. Cuando un gobernante quiere sacudir la tutela, como el gral. Castro en Venezuela o el presidente Heroux en Santo Domingo, nunca falta una revolución más o menos espontánea que lo derroca o una guerra exterior que pone en peligro su jerarquía. Hasta la política de México que por ser uno de los estados más importantes de la América Latina parecería a cubierto de tales inmiscusio-

nes, recibe su inspiración del norte. Sólo el extremo sur del continente está ileso. Y aun en nuestra región, donde los intereses industriales y comerciales de Europa hacen imposible un acaparamiento, han ensayado los Estados Unidos una manera de debilitarnos. Utilizando la viveza de carácter y la susceptibilidad nativas han creado o fomentado una atmósfera de mutua desconfianza u hostilidad que paraliza nuestro empuje. La guerra peruano-chilena y el antagonismo entre la Argentina y Chile son quizá el producto de una hábil política subterránea dirigida a impedir una solidaridad y una entente que pudieran echar por tierra los ambiciosos planes de expansión. Y como esta suposición parece aventurada es justo apoyarla con algunos datos precisos.

Hace poco más de un año apareció un folleto que hizo alguna sensación. Trataba de la cuestión peruano-chilena y traía la firma de un peruano de origen yanqui, el señor Garland. Merece ser recordado porque arroja alguna luz sobre la política de los Estados Unidos. La idea fundamental del panfleto era que el Perú, amenazado por Chile y expuesto a perder una nueva porción de territorio, debía buscar el apoyo de la República del Norte. Y más grave aún que esta primera afirmación, eran los motivos que daba para enunciarla. Después de mencionar la protección indirecta prestada por los Estados Unidos al Perú durante la guerra del Pacífico, recordaba que aquella nación ha resuelto "no permitir conquistas en suelo americano". (El derecho de conquista es un atentado pero lo es tanto cuando lo emplean los Estados Unidos, como cuando lo emplea Chile y mal puede resolver no permitir conquistas una nación que acaba de realizar algunas). En otros párrafos hacía el señor Garland un cuadro terrible de los grandes imperios que se acumulan en Europa y aseguraba que dentro de poco, la independencia de América del Sur estaría amenazada, insinuando que sólo podía salvarla el apoyo de los Estados Unidos. (Así se nos ofusca con un peligro falso mientras nos escamotean el verdadero).

Todo el esfuerzo del señor Garland tendía a espolear el resentimiento de los peruanos, recordándoles la indemnización y asegurándoles que la conquista continuaría comiéndoles territorios hasta borrarlos del mapa. Y para convencerlos les pintaba el interés que los yanquis se toman por nuestra libertad y les ponderaba las grandes instituciones democráticas que rigen a aquel pueblo.

Para imponer respeto añadía: "Los Estados Unidos, con sus sesenta y cinco millones de habitantes y su inmenso poder comercial y político, acrecentado considerablemente después de su guerra con España, son ahora el árbitro de los destinos americanos". Y después de proclamar que "es hacia Washington hacia donde debemos dirigir las miradas", citaba las ocasiones en que la América del Norte ha defendido a los países del sur contra las agresiones de Europa.

El folleto del señor Garland fue una prueba del extravío a que pueden llevarnos las querellas internacionales. También es cierto que siendo el autor del panfleto de origen norteamericano, no es de extrañar que tratase de conciliar los intereses de su patria con los de la segunda. Pero, en conjunto, su

trabajo ofrece una prueba de la peligrosa hegemonía que los Estados Unidos quieren agravar y el deseo de hacer pie en territorio sudamericano, para ocupar, a favor de un desacuerdo entre dos repúblicas, un punto cualquiera que serviría de base de operaciones.

Por otra parte, en junio del año pasado se publicó en un diario bonaerense un artículo fechado en Chile, de un corresponsal especial que después de examinar el problema peruano-chileno y de halagar a la Argentina haciéndole entrever las ventajas que de él podría sacar, hablaba de guerra entre Chile y Estados Unidos y de protectorado de esta nación sobre el Perú. "La América del Norte —decía el articulista— aceptará la zona que el Perú le ofrezca y el protectorado que solicita, desde que uno y otro no causan gasto de sangre ni de dinero, desde que más necesitan una estación carbonera y un campo de ensayos industriales y comerciales en Sud América que cualquier colonia en Asia". Chile, a pesar de que Perú y Bolivia "no caben en uno de sus zapatos" conoce la opinión de uno de los almirantes americanos que declaró que "la mitad de la escuadra empleada en Cuba tendría para tres horas en acabar con la vencedora de Huascar".

Esta correspondencia era quizá lo que se llama en Francia un globo de ensayo destinado a explorar las corrientes de la atmósfera. Pero de todos modos es un síntoma. Quizá hay algunos sudamericanos sinceros que desalentados por las continuas reyertas y las luchas interiores, soñarían en normalizar nuestra vida facilitando la realización de un protectorado decoroso. Pero es incomprensible que, a pesar de los desengaños recientes, sigan creyendo en la primera interpretación de la doctrina de Monroe. Y está de más decir que juegan con armas muy peligrosas. Nuestros enemigos de mañana no serán Chile ni el Brasil, ni ninguna nación sudamericana, sino los Estados Unidos. Hace pocos días decía Charles Boss en *Le Rappel*: "Vamos a asistir a la reducción de las repúblicas latinas del sur en regiones sometidas al protectorado de Washington. La América del Norte va a encargarse de hacer de policía en la América Central, va a examinar la situación y no lo dudemos va a descubrir que el derecho está del lado de Colombia, cuyos intereses tomará en sus manos y colocará a Colombia 'bajo su protección' ". Paul Adam sostenía al día siguiente en *Le Journal*: "Los yanquis acechan esperando el momento para la intervención. Es la amenaza. Un poco de tiempo más y los acorazados del tío Jonathan desembarcarán las milicias de la Unión sobre esos territorios empapados en sangre latina. La suerte de estas repúblicas es ser conquistadas por las fuerzas del norte". El poder comercial de los Estados Unidos es tan formidable que hasta las mismas naciones europeas se saben amenazadas por él. Un solo *trust*, la Standard Oil acaba de hacerse dueño de cuatro empresas de ferrocarriles en México sobre cinco y de todas las líneas de vapores y gran parte de las minas. Cuando un buen número de las riquezas de un país están en manos de una empresa extranjera, la autonomía nacional se debilita. Y de la dominación comercial a la dominación completa, sólo hay la distancia de un pretexto.

Lejos de buscar o tolerar la injerencia de los Estados Unidos en nuestras

querellas regionales, correspondería evitarlas y combatirlas, formando con todas las repúblicas igualmente amenazadas una masa impenetrable a sus pretensiones. Sería un cálculo infantil suponer que la desaparición o la derrota de uno o varios países sudamericanos podría favorecer a los demás. Por la brecha abierta se desbordaría la invasión como un mar que rompe las vallas.

Hasta los espíritus elevados que no atribuyen gran importancia a las fronteras y sueñan una completa reconciliación de los hombres deben tender a combatir en la América Latina la influencia creciente de la sajona. Karl Marx ha proclamado la confusión de los países y las razas, pero no el sometimiento de unas a otras. Además, asistir a la suplantación con indiferencia sería retrogradar en nuestra lenta marcha hacia la progresiva emancipación del hombre. El estado social que se combate ha alcanzado en los Estados Unidos mayor solidez y vigor que en otros países. La minoría dirigente tiene allí tendencias más exclusivistas y dominadoras que en ninguna otra parte. Con el feudalismo industrial que somete una provincia a la voluntad de un hombre, se nos exportaría además, el prejuicio de las "razas inferiores". Tendríamos hoteles para hombres de color y empresas capitalistas implacables. Hasta considerada desde este punto de vista puramente ideológico, la aventura sería pernicioso. Si la unificación de los hombres debe hacerse, que se haga por desmigajamiento y no por acumulación. Los grandes imperios son la negación de la libertad.

Vista desde Francia, la situación de las dos Américas es ésa. Pero la prosperidad invasora de los Estados Unidos no es un peligro irremediable. Y en la opinión de muchos la América Latina puede defenderse. En otro artículo trataremos de decir cómo.

[Escrito en París el 18 de septiembre de 1901, publicado en *El País* de Buenos Aires, el 19 de octubre de 1901. Biblioteca Nacional de la República Argentina].

LOS PUEBLOS DEL SUR ANTE EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

(1912)

MI MÁS VIVO deseo, mi aspiración más honda, hubiera sido poder hablar aquí en inglés, para ser comprendido por el mayor número posible de personas. Desgraciadamente, me veo obligado a decir mis argumentos y a exponer mis ideas en nuestro buen español sonoro y quijotesco, que se presta, por otra parte, a maravilla para semejantes aventuras. Para los oyentes que sólo entienden inglés se ha hecho traducir e imprimir la conferencia en los folletos que todos han tenido oportunidad de reclamar a la entrada y cada cual puede seguir en ellos las gradaciones de la doctrina que vamos a desarrollar. Además, es bueno también que los latinoamericanos confirmen su nacionalidad, defendiendo su lengua y rompiendo con la debilidad que les ha llevado hasta ahora a inclinarse y a someterse a los idiomas extranjeros, desdiciendo injustamente uno de sus más valiosos patrimonios.

De más está decir que esto no significa que yo venga a hablar aquí como adversario de un pueblo. Vengo a hablar como adversario de una política. El solo hecho de haberme presentado a gritar mis verdades desde tan enorme Metrópoli, indica que tengo amplia confianza y completa fe en el buen sentido y en la honradez fundamental de este admirable país que, ocupado en su labor productora y benéfica, no sabe el uso que se está haciendo de su fuerza en las comarcas limítrofes, no sabe que está levantando las más agrias antipatías en el resto del Nuevo Mundo, no sabe la injusticia que se está cometiendo en su nombre, no sabe, en fin, que sin que él lo sospeche, por obra de los políticos expeditivos y ambiciosos, se está abriendo en América una era de hostilidad, un antagonismo inextinguible, cuyas consecuencias tendrán que perjudicarnos a todos.

La paz y el buen acuerdo entre los pueblos sólo pueden estar basados sobre la justicia y donde no hay equidad, no existe nunca el orden, ni la amistad durable. Si yo vengo a hablar aquí contra el mal del imperialismo, no es para desafiar vanamente a la opinión; es porque acaricio el deseo de contribuir a desvanecer los antagonismos, es porque abrigo la esperanza de ver a

toda América fraternamente unida en el futuro como lo estuvo en las épocas de la independencia, cuando, sin distinciones de lengua ni de origen, las colonias que descendían de Inglaterra como las que se segregaban de España y de Portugal, las de procedencia anglosajona como las de filiación latina, se lanzaban en bloque a la conquista de su personalidad.

Tal es el sentido superior del viaje que vengo realizando a través de América. En el curso de él he tenido ocasión de decir muchas veces que no soy un adversario de los Estados Unidos. Quiero y admiro a esta gran nación, pero por encima de todas las simpatías está la legítima defensa de mi nacionalidad; y el norteamericano, tan patriota siempre, no puede asombrarse de que nosotros seamos patriotas también y tengamos el culto inextinguible de nuestras banderas. Los hombres que defienden, contra la inundación y contra el viento, su hogar, sus creencias y la cuna de sus hijos, acaban por hacerse simpáticos hasta a la misma tempestad. Y lo que nosotros estamos haciendo es lo que los norteamericanos harían en un caso análogo, si sintieran que peligraba su autonomía. Por eso han de ver nuestra cruzada con interés. Los pueblos, como los hombres fuertes, quieren hallar más bien un adversario que lo mire cara a cara, que viles traidores que tiemblan y se humillan.

Desde hace seis meses recorro las repúblicas latinas, sin mandato de ningún gobierno, sin subvenciones de ninguna firma social, por mi propia cuenta y riesgo; y este viaje que empezó siendo viaje de estudio, va resultando como una emanación de la conciencia colectiva, porque traduce y concreta en un gesto de vigilancia y de protesta, la sorda inquietud que nos conmueve a todos, desde la frontera norte de México hasta el estrecho de Magallanes. Se trata de un fenómeno que tiene que hacer reflexionar a ciertos políticos. He pasado por Cuba, Santo Domingo, México, San Salvador, Honduras y Costa Rica y sin ser orador, sin tener una representación dentro de la política internacional, careciendo de todas las condiciones para arrastrar a las multitudes, me he visto levantado en todas partes por grandes olas de pueblos que se arremolinaban espontáneamente en torno mío, porque encontraban en mi actitud un reflejo de sus preocupaciones más íntimas. El movimiento ha tomado proporciones especiales. En cada capital ha quedado uno o varios centros de defensa latinoamericana que están relacionados entre sí y en muchos de ellos se han celebrado después de mi partida mítines de protesta contra los atropellos de que son víctimas ciertos grupos de América. Es un clamor colectivo que se levanta de norte a sur de las tierras de origen hispano. Es el anuncio de un problema vital que habrá que resolver dentro de muy pocos años. Por eso es que he creído que debía venir al foco mismo de donde parte la amenaza, no en son de guerra, sino serenamente, para decir: "Aquí la cuestión, examinémosla".

Cuando hace más de un siglo cundió la idea separatista, el Nuevo Mundo estaba dividido por la raza, por la religión y por las costumbres en dos porciones muy fáciles de delimitar. Al norte, las colonias inglesas; al sur, los países donde dominaban España y Portugal. Eran dos mundos que reflejaban dos direcciones diferentes de la civilización europea. Al norte, los que pro-

longaban la cultura anglo-sajona; al sur, los que eran producto del pensamiento latino. No vamos a hacer ahora un estudio de los caracteres que revistió la lucha en las dos regiones. Baste recordar que el imperio colonial inglés se conglomeró en una sola nacionalidad y que el imperio colonial español se subdividió en veinte nacionalidades distintas, creando así el desequilibrio que debía dar margen a la situación de hoy. Lo que importa establecer es que durante los primeros tiempos, en lo que podríamos llamar años principistas de las primeras décadas del siglo XIX, los dos grupos se mantuvieron dentro de la fraternidad y el respeto que convenía entre colectividades que aspiraban a desarrollarse al margen de los procedimientos de Europa, depurando las concepciones del mundo viejo, renunciando a la injusticia que da a ciertos pueblos un derecho superior sobre otros y reaccionando, en suma, contra los errores que habían dado lugar precisamente a la ruptura y la emancipación. Fue en esas épocas de austeridad y de lógica, cuando aprendimos los hispanoamericanos a admirar a Norteamérica. El hábito de equidad de que apareció animada la joven nación nos inspiró la simpatía más desbordante y más sincera. Cuando los Estados Unidos obtuvieron de España la venta de la Florida y de Francia la cesión de la Luisiana no vimos en este engrandecimiento formidable más que el justo deseo de borrar los vestigios de la dominación de Europa. Nos inclinábamos ante el hermano mayor y nos enorgullecíamos de sus triunfos. Pero las víctimas de ayer tienen a menudo una tendencia a transformarse en verdugos. Y los súbditos emancipados, los colonos libres, una vez fortalecidos, olvidaron las declaraciones severas de sus héroes y empezaron a abusar, a su vez, de la fuerza. La anexión de los territorios mexicanos en 1845 y 1848 fue la revelación de una política que debía extenderse después de una manera lamentable. Sin embargo, como una novia fiel que trata de excusar y de disimular con laboriosos silogismos las inconsecuencias y las faltas que su prometido comete contra ella misma, la América Latina hubiera seguido enamorada de los Estados Unidos si lo que juzgó excepción no se hubiera transformado en sistema. Pero las heridas y las injurias se multiplicaron. Un espectro de dominación y de despojo empezó a flotar sobre nuestros países indefensos. Varios pueblos sucumbieron. Y la injusticia se ha acentuado de tal suerte, en los últimos tiempos, que, rotos ya los vínculos de antes, nos volvemos hoy hacia los Estados Unidos para gritarles: "Las mismas injusticias que la metrópoli cometió con vosotros, las estáis cometiendo ahora con nosotros, que no tenemos más defecto que el que vosotros teníais ayer: el ser débiles".

No quiero preguntar lo que dirían Washington, Jefferson o Lincoln si se levantaran hoy de sus tumbas ante las dos hazañas más recientes del imperialismo.

El empréstito de Nicaragua es, quizá, la más monstruosa de las negociaciones que se han intentado jamás en el mundo. Ese país está a punto de entregar sus aduanas sin recibir nada a cambio, porque el dinero que le prestan queda en manos de los mismos prestamistas. ¿Qué diríamos de un particular que, pidiendo mercancías a un comisionista europeo, celebrara un contrato de empréstito con el mismo comisionista y dejara el producto en poder de éste y le

pagara crecidos intereses, al mismo tiempo que le enviara grandes cantidades de café, cuyo producto en venta fuera bastante para pagar las mercancías perdidas? Ni uno solo de los presentes se atrevería a proponer en el orden personal un contrato semejante, porque hay principios superiores de pudor que limitan hasta la usura y el despojo. Sin embargo, lo que ningún ciudadano osaría intentar aisladamente, se está haciendo en Nicaragua en nombre de todo un pueblo y al amparo de los pliegues de una bandera tradicional de libertad.

Se me dirá que la culpa la tiene el gobierno que acepta, pero así como, según las leyes, ningún hombre puede venderse y la moral civil considera como nulo cualquier contrato en este sentido, tampoco es admisible que una nación —mal representada por un gobierno que no quiero calificar— comprometa vergonzosamente su soberanía. Para que el derecho superior de control que los Estados Unidos se atribuyen, se justifique en cierto modo, es necesario que esté basado sobre un sentimiento de responsabilidad, de honradez y de cultura superior, es necesario que contenga lecciones constantes de equidad y de alta justicia. Si sólo se trata de abusar de las inexperiencias, si lo único que se persigue es explotar los desfallecimientos de algunos hombres y la debilidad de ciertos pueblos, dígase claramente y no se disfrace con colores de redención y de evangelismo lo que no es más que un nuevo desborde de apetitos dentro del imperialismo internacional.

Bien sé que un gran pueblo como los Estados Unidos no puede ser responsable de estos actos. Esa política interpretará la manera de ver de ciertas potencias financieras, traducirá el orgullo de determinados *parvenus* de la nacionalidad que quieren mostrar su fuerza como los enriquecidos muestran sus brillantes, pero no puede expresar, repito, porque sería una catástrofe nacional, el verdadero sentir colectivo de los nobles puritanos que, huyendo hace varios siglos de la barbarie civilizada de Europa, vinieron a estas tierras vírgenes, creyendo en la equidad y en la justicia de Dios.

Por eso es bueno que sepan estas cosas aquí. Nosotros admitimos que la civilización de los Estados Unidos se refleja sobre el resto de América, aceptamos la natural y benéfica influencia que deben ejercer, pero no toleramos que nuestros territorios sean un mundo sin control y sin ley, donde ciertos ciudadanos americanos se pueden permitir todo lo que la decencia y la moral reprueban dentro de su país natal.

El segundo hecho a que me he referido es más significativo aún.

Dentro de poco tiempo, el canal de Panamá habrá puesto en comunicación a los dos océanos y bajo la bandera de Norte América se habrá realizado una de las obras más colosales que ha intentado el hombre. Pero ese monumento de grandeza está edificado sobre una atrocidad, esa gloria nacional tiene una base de deslealtad.

No creo que haya memoria en la historia de las naciones de una injusticia tan ruda como la que se cometió en Colombia. Ante el atentado contra los derechos de un Estado nos hemos preguntado todos, de norte a sur de la América Latina: ¿son éstas las lecciones de civilización, de moralidad y de

rectitud que dan los Estados Unidos a los pueblos sobre los cuales se atribuyen un derecho de vigilancia paternal? Al violar descaradamente un tratado, nos enseñaron que los fuertes pueden faltar impunemente a su palabra; al pretender que el gobierno colombiano obligara a las cámaras a aprobar un compromiso, aconsejaron al Poder Ejecutivo que se levantara contra la constitución; al servirse de elementos infidentes para determinar la separación de la provincia, establecieron una prima en favor de las ambiciones y al tratar tan duramente a Colombia después del despojo, parecen probar, en fin, que la doctrina de Monroe, que en las primeras épocas pareció salvaguardia para toda América, se ha convertido en instrumento de tiranía y que ya no significa como antes: "Ningún país puede tener colonias en América", sino que significa: "La América Latina es nuestro feudo colonial".

¿Cómo asombrarse después de que volvamos los ojos hacia Europa o hacia el Japón, pidiendo el contrapeso y el equilibrio que la equidad de los Estados Unidos no nos quiere dar? ¿Cómo asombrarse de que toda la América Latina que, a pesar de sus divisiones es moralmente solidaria, se conmueva de norte a sur, aun en aquellas repúblicas que no han sido rozadas todavía? Ya he tenido ocasión de decir que cuando tenemos una enfermedad en una mano, no está enferma la mano, está enferma la persona, está enfermo todo el cuerpo. Y es contra ese mal de imperialismo que amenaza extenderse a todo el Continente, que traigo la protesta de la opinión general de nuestras repúblicas, convencido de que el norteamericano, que es justo y es perspicaz, comprenderá que sólo la equidad puede acercarnos de nuevo, porque el imperialismo podrá aterrorizar a nuestras autoridades, apoderarse de los resortes de nuestras administraciones y sobornar a los políticos venales, pero a los pueblos que reviven sus epopeyas heroicas, a los pueblos que sienten las diferencias que los separan del extranjero dominador, a los pueblos que no tienen acciones en las compañías financieras, ni intereses en el soborno y en la traición, a esos pueblos no los puede desarraigar ni corromper nunca nadie.

Habéis podido despreciar y desde ese punto de vista, tenéis plena razón, a los políticos ambiciosos que abundan en algunas de nuestras tierras, a los conspiradores que vienen a pedir el oro extranjero para arruinar a su patria con una nueva revolución, a los presidentes que sólo quieren ser mantenidos en sus puestos, a toda la espuma que no debe pasar a vuestros ojos como nuestra representación nacional. Desde ese punto de vista, repito, que tenéis mil veces razón; despreciadlos profundamente, ¡que nunca los despreciaréis tanto como nosotros! Pero a los pueblos que supieron conquistar su libertad después de luchas admirables, a los pueblos que no son responsables de sus malos gobiernos, a esos, no los podéis despreciar. No somos una raza vencida y dispersa; sentimos, a pesar de todo, la cohesión que da un pasado común, glorias paralelas y destinos idénticos. Tenemos un punto de partida y un fin en la historia, y nadie puede permitirse tratar a colectividades cultas que han producido patriotas como Bolívar y San Martín, del mismo modo como trataríais a las hordas del Cambodge o del Congo.

¿Qué es lo que se nos reprocha en suma? ¿Cuáles son los pretextos de

que se sirve el imperialismo para justificar su acción opresora? Los que más a menudo se invocan son nuestra incapacidad aparente para hacer valer la riqueza y nuestras revoluciones. Según ciertos apasionados es inadmisibile que permanezcan inexplorados ciertos tesoros y hay que poner coto, en nombre de la civilización, a la inquietud bélica de nuestra raza. Pero, ¿a qué se reducen estos dos argumentos si los examinamos serenamente?

Basta dirigir una ojeada sobre la América Latina para comprender que no está probada la incapacidad de que se nos acusa. La prosperidad inverosímil de la Argentina, del Brasil y de Chile indican que también somos capaces de crear enormes conjuntos prósperos y prueban que para el libre crecimiento de ellos, los Estados Unidos resultan un inconveniente; puesto que son las tierras donde no tienen ellos ninguna influencia, las que más vigorosamente han progresado y son las comarcas donde más estrecha vigilancia ejercen las que van quedando rezagadas en el movimiento general. Pero, aún admitiendo que la Argentina no fuera El Dorado moderno, que el Brasil no tuviera sus fabulosas exportaciones y que Chile no resultara uno de los pueblos más laboriosos del mundo, aceptando que nuestra América no produjera ni una planta de café, ni un grano de trigo, ¿sería ésta una razón para venir a despojarnos? ¿Qué dirían muchos de los que están aquí si teniendo depositada en el banco desde hace algún tiempo una suma de dinero, pretendiera un extraño, un vecino, un transeúnte, apoderarse de ese dinero, argumentando que como la suma está improductiva, el poseedor no tiene derecho a conservarla? Todos sabemos que ese procedimiento tiene un nombre y una penalidad en todos los códigos. Cada pueblo, como cada individuo, conserva el derecho de dirigir su vida y nadie puede invocar razones para obligarle a obrar en contradicción con sus gustos.

En cuanto al reproche de las revoluciones, es el más artero que se nos puede hacer. Se necesita audacia para formularlo, cuando es precisamente el imperialismo el que ha abierto en Nueva York y en Nueva Orleans una especie de bolsa de revoluciones, donde se especula con el desorden, con el hambre y con la ruina de muchos países hispanoamericanos. Porque, ¿qué son sino una especulación vergonzosa esos bonos de quinientos pesos que se negocian por cincuenta y dan a un partido en interés usurario los medios de subvertir el orden en una república, obligando a ésta no sólo a sufrir los perjuicios de la agitación, sino a pagar después multiplicados por diez, los gastos de la misma tempestad que la arrasa? Si queréis evitar las revoluciones, en vuestra mano está. Lejos de dar dinero y armas a los aventureros que vienen a solicitar vuestro apoyo, entregando a cambio del poder girones de sus banderas, dadles lecciones de moralidad y de rectitud, declarando que cada pueblo debe arreglar sus asuntos dentro de sus propias fronteras. Pero bien sabemos todos que las revoluciones han sido el mejor instrumento de la política imperialista. Con ayuda de ellas se ha extendido la influencia norteamericana por todo el Golfo de México. Cuando la revolución puede serles favorable, los imperialistas la provocan; cuando puede serles nociva, la hacen imposible. Tres hombres han querido oponerse en estos últimos tiempos al

imperialismo: Porfirio Díaz en México, Cíprano Castro en Venezuela y Santos Zelaya en Nicaragua. Los tres han sido derrotados por levantamientos alentados por los imperialistas de este país. No me digáis que eran tiranos que cayeron al peso de sus crímenes. Ningún político está tan desprestigiado como el que rige los destinos de Guatemala y sin embargo el imperialismo lo sostiene, porque es su mejor apoyo en Centroamérica.³ Algunas veces se ha llegado hasta a contribuir con soldados y armas para apoyar la revolución. Y yo me pregunto, yo pregunto a la opinión norteamericana si es justo que un gran pueblo, que ha contraído responsabilidades históricas, en vez de corregir el convulsionismo de los países vecinos permita que algunos de sus ciudadanos lo estén fomentando con todas sus fuerzas para poder decir al mundo: "¿No veis? ¡Sólo habrá aquí paz si dominamos nosotros!" ¿Es moral que un país que podía ser el educador de esas jóvenes democracias consienta en que se las esté corrompiendo y anarquizando como un mal curador que fomenta en su pupilo la embriaguez y los vicios para minar su naturaleza, empujarlo al cementerio y apoderarse de su fortuna?

No sólo es un crimen que está cometiendo el imperialismo contra toda idea de justicia, sino un atentado que está realizando contra el mismo país que quiere engrandecer. De seguir así acabará por provocar en toda la América Latina un movimiento formidable de reprobación. Es una política que tiene que llevarnos a organizar la resistencia, y todos saben que los pueblos débiles tienen un arma formidable para combatir a los pueblos fuertes: la abstención. ¿Queréis ponernos en la obligación de renovar en toda la América Latina lo que hizo hace poco el pueblo de Bogotá con la empresa norteamericana de Tranvías, que tuvo que vender y retirarse porque nadie subía en ellos? ¿Queréis que vuestras mercaderías sean boicoteadas en todas nuestras ciudades y que el inmenso mercado que vuestra vecindad os asegura, se os escape de las manos por seguir las inspiraciones de los imperialistas? Es indispensable que el pueblo americano sepa el alcance y las consecuencias de la política voraz que consiste en tragarlo todo y en enfermarse de indigestión.

Ya sabemos reflexionar y las razones que se invocan para justificar las intervenciones no engañan a nadie, porque con la misma lógica hubiera podido intervenir Europa en los Estados Unidos durante la guerra de Secesión que ensangrentó durante cuatro años la mitad del Continente, con la misma lógica podríamos intervenir hoy todos en los Estados Unidos por corrupción de la vida pública cuando las grandes compañías financieras alteran el sufragio por falta de seguridad individual, cuando los malhechores detienen un tren y despojan a los viajeros y por atentado contra la civilización y la cultura cuando las hordas de blancos asaltan las prisiones para quemar en la plaza pública a los negros que no han comparecido ante la justicia. Lo que se proyectó hace poco contra México y contra Cuba hubiera hecho correr en caso de realizarse, un estremecimiento de inquietud por toda la América nuestra. Si los soldados de Norteamérica hubieran invadido, aunque fuera temporalmente, cualquiera de esos dos países hermanos, se hubiera levantado en todas partes una unánime protesta popular. Y es para evitar los fatales antagonismos que he

querido decir aquí la verdad. No puedo creer que la gloria de este pueblo, sus nobles instituciones, sus altos ideales, la atmósfera superior que aquí se respira, se refleje en los países tutelados por él en forma de opresión, de injusticia y de corrupción sistemática, no puedo creer que se realice la paradoja de un gran conjunto puro y lleno de inspiraciones nobles, que crea con su solo contacto la desolación y la anarquía. Si el hecho se produce, es porque este pueblo ignora lo que se está haciendo en su nombre. Para que la política imperialista sea reprobada por él, bastará que la conozca.

Estamos en un momento difícil para la concordia y la fraternidad de América. La protesta está en todos los labios, de todas partes surge la indignación y la cólera contra la política que pretende anular nuestras nacionalidades. Se está creando entre la América Latina y la América anglosajona un ambiente de antagonismo y de repulsión. Nuestro mutuo buen sentido debe evitar la ruptura. Nadie pretende oponerse a lo que los Estados Unidos puedan esperar legítimamente. Contra lo que nos sublevamos es contra la tendencia a tratar-nos como raza subalterna y conquistable. Tenemos quizás en las venas unas gotas de sangre exótica, pero no nos consideramos disminuidos por ello y nos sentimos tan grandes como ustedes, o más grandes que ustedes, por el cerebro y el corazón. La mejor prueba de que merecemos justicia es que tenemos la concepción de lo que ella debe ser y venimos a reclamarla aquí creyendo que los altos sentimientos tienen que acompañar siempre la acción de los pueblos grandes. Pero entiéndase que no venimos a implorar indulgencia.

Ustedes son un gran pueblo, ustedes son la nación más próspera del mundo, ustedes son un milagro de la historia, pero ustedes no lograrán nunca, ni con la diplomacia, ni con los cañones, doblar la independencia, la rebeldía, el orgullo indomable, de nuestro gran conjunto, que está dispuesto a todos los sacrificios para preservar su autonomía en beneficio propio y en beneficio de la humanidad.

No quiero conocer la lucha en que estáis empeñados; debo y deseo ignorar las divisiones de vuestros partidos; pero en un momento en que se resuelve la orientación general de este gran país hago votos porque Dios ilumine vuestra conciencia y os aleje del imperialismo y de todas las catástrofes que representa. El sentimiento de la opinión Latinoamericana se puede condensar en una frase: Amigos, siempre; súbditos, jamás.

[Conferencia pronunciada en la Universidad de Columbia, de Nueva York, el 9 de julio de 1912. Traducida al inglés y publicada en folleto bajo el título de *The future of Latin America*. Imprenta Las Novedades; 26, City Hall Place, New York, 1912. Incorporada luego por el propio Ugarte a su libro *Mi campaña hispanoamericana*. Editorial Cervantes, Barcelona, España, año 1922].

CARTA ABIERTA AL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

(1913)

A LAS PUERTAS de una nueva presidencia y de un nuevo régimen que anuncia propósitos de justicia reparadora, vengo hoy a decir toda la verdad a un gran hombre y a un gran pueblo. Los gobernantes están, a veces, alejados de la opinión general por grupos interesados en influenciarlos para satisfacer sus intereses de dominación o de negocio; y es menester que suba hasta ellos, para restablecer el equilibrio, la voz de los que, sin ambiciones de dinero o de poder, sólo persiguen la equidad superior, que es el tesoro más alto de los siglos.

Ha llegado, señor, la hora de hacer justicia en el Nuevo Mundo; justicia para ciertas repúblicas hispanoamericanas, que desde hace muchos años sufren un odioso tratamiento; y justicia para los Estados Unidos, cuyas tradiciones están palideciendo al contacto de una política que no puede representar las aspiraciones de los descendientes de Lincoln y de Washington.

Acabo de recorrer toda la América Española; he observado con detenimiento la situación del continente; y como conozco la sensatez del pueblo americano como sé el respeto que tiene por los principios, abrigo la certidumbre de que para que cese la injusticia que nos agobia, me bastará con denunciarla.

Durante largos años, los Estados Unidos, que realizan dentro de sus fronteras la más alta expresión de la libertad en nuestro siglo, han estado defendiendo en nuestra América un espíritu que es la contradicción y la antítesis de sus principios y de sus leyes. Los particulares y las compañías financieras de esa nación, parecen haber venido a algunos territorios, especialmente a la América Central y a las costas del Caribe, para falsear los principios del derecho civil y para violar los preceptos del derecho internacional, llegando, a veces, hasta olvidar las reglas más elementales. Ciertas repúblicas van resultando un campo abierto a los malos instintos que no pueden manifestarse en los Estados Unidos de la Unión, combatidos como están por las responsabilidades penales y por la opinión pública. Faltar a la palabra empeñada, burlar los

contratos, amenazar, despojar a los individuos, introducir contrabandos, sobornar a las autoridades, empujar al desorden, han sido, según los casos, en varias de estas comarcas, cosas familiares para los que, por pertenecer a una gran nación, debían traer concepciones más altas de la responsabilidad individual.

Los gobiernos locales, a veces timoratos, no se han atrevido, en la mayor parte de las circunstancias, a perseguir a los delinquentes, amedrentados como están por el volumen de la América anglosajona o ligados como se hallan algunos por compromisos inconfesables; pero como consecuencia de tales procedimientos, los Estados Unidos se han convertido gradualmente en la nación más impopular entre nosotros. La hostilidad cunde entre las masas y en algunas regiones, el ciudadano norteamericano tiene que recurrir frecuentemente a la estratagema de ocultar su nacionalidad y de hacerse pasar por inglés, para escapar a la mala voluntad que le circunda.

Nuestros pueblos son hospitalarios y generosos, señor Presidente; en ellos existen innumerables compañías francesas, alemanas, inglesas, belgas y para todos los negociantes respetuosos de nuestras costumbres tenemos siempre la mano fraternalmente extendida. El hecho de que la hostilidad esté localizada contra el norteamericano, prueba que no se trata de una antipatía irrazonada y general hacia el extranjero, sino de un movimiento de reacción directa contra procedimientos especiales de que somos víctimas.

En los Estados Unidos no se saben estas cosas; y yo tengo la certidumbre de que cuando la situación sea conocida, levantará mayor oleaje de reprobación que entre nosotros.

Ustedes representan una civilización que nació de una selección; que substituyó, como punto de partida, el derecho moral a la fuerza bruta; que floreció al calor de nuevos ideales, como una reacción contra los viejos errores del mundo; y no sería lógico que cometieran con nosotros atentados tan dolorosos como los que Europa ha cometido en Asia o en Africa, porque al obrar así declararían que sus más grandes próceres se equivocaron al pretender fundar una nueva nación sobre la Justicia y proclamarían las bancarrotas del perfeccionamiento humano y de la voluntad de Dios.

Los hombres que violentan el sentir del país extranjero en que actúan; las empresas constructoras que aprovechan las franquicias que les concede un contrato para inundar fraudulentamente el mercado de productos diversos, perjudicando así a los comerciantes e importadores y los contratistas que, para no pagar los salarios atrasados a sus obreros, los intimidan y los persiguen, no pueden seguir pasando por los representantes del genio y de la civilización que trajeron al Nuevo Mundo los inmortales puritanos.

Así se ha abierto entre la América Latina y la América anglosajona una era de desconfianza que será perjudicial para todos. Los que ven con calma el conjunto de las cosas, saben que lo que ocurre es obra de individualidades aisladas. Un gran país penetrado de su alta misión histórica no puede ser responsable de estas duplicidades. Si un pueblo que ha subido tan alto empleara bajos procedimientos, se suicidaría ante la historia; y no es posible que una

gran fuerza renovadora del mundo y de la vida se atrofie y se anule antes de haber cumplido su misión. Pero los espíritus simplistas que sólo juzgan por lo que observan en torno, empiezan a creer que los Estados Unidos tienen dos nociones diferentes de la Justicia: una para ofrecerla a sus compatriotas y otra para aplicarla a los extranjeros; y que alimentan dos morales: una para el consumo nacional y otra para la exportación.

Además, nos sorprende y nos inquieta en la América Latina, el apoyo demasiado visible que a estos hombres (que a menudo no han nacido en Norteamérica, o que se han naturalizado con el único fin de hacerse proteger) les prestan siempre los representantes oficiales de los Estados Unidos. Basta que uno de ellos se diga perjudicado en sus intereses, para que los cónsules y los ministros lo sostengan y hasta para que sean requeridos los barcos y los soldados, sin averiguar antes los fundamentos de la queja, ni inquirir las razones que asisten a los unos y a los otros. Bien sé que todos los grandes pueblos tienen el deber de proteger la vida y la hacienda de sus nacionales en el extranjero, pero, por encima de ese deber, está un sentimiento de equidad suprema que prohíbe apoyar la injusticia y una altivez superior que impide hacer cómplice a la nación de los errores que cometen algunos de sus hijos.

El censurable expansionismo político que ha acompañado en estos últimos tiempos la legítima influencia comercial de los Estados Unidos, se ha valido, a menudo, de estos elementos para hacer surgir pretextos de avance o de intervención, como se ha servido también de la debilidad de ciertos gobernantes hispanoamericanos (o de la impaciencia de los que aspiraban a suplantarlos en el poder) para obtener en algunas repúblicas concesiones y ventajas que perjudican a los naturales o comprometen la autonomía del país.

El sistema ha podido favorecer momentáneamente el desarrollo de los negocios, la prosperidad de determinados grupos financieros o el empuje autoritario del pueblo protector, pero la responsabilidad de los Estados Unidos ha sufrido quizá tan rudo golpe como la independencia de esas repúblicas, porque al tomar nacionalmente la responsabilidad de los atentados cometidos por los particulares, al fomentar las malas pasiones, al abusar de su grandeza, los Estados Unidos se han disminuido ante nuestros ojos y han aparecido como fuerza de corrupción y no como punto de apoyo que nos ayude a perfeccionarnos.

La América del Norte tiene muchos millones de habitantes y la política expansionista sólo favorece a una ínfima parte de ellos; en cambio, la reprobación por los actos cometidos alcanza a la colectividad entera y resulta que lo que ganan en dinero algunos particulares, lo pierde en prestigio la enseña nacional. Antes os suponíamos fuertes y justos; ahora empezamos a creer que sólo sois fuertes. Y es por eso que se levanta la opinión, es por eso que hay una resistencia visible para confiar nuevos trabajos a las empresas de vuestro país. Tememos que se esconda en cada proposición un nuevo engaño. Además, la fuerza no basta para seducir y atraer a los pueblos, si no viene acompañada por la influencia moral.

Todo esto es lamentable, señor Presidente. Los Estados Unidos pueden ser

cada vez más grandes por su comercio y por la irradiación de su espíritu, sin humillar a nuestras nacionalidades, sin envenenar las luchas políticas o las rivalidades entre las repúblicas, sin perjudicarse ellos mismos. Al difundir de nuevo la confianza, harían renacer la corriente de fraternidad que en otros tiempos existió entre las dos Américas.

Por eso es que en estos momentos difíciles para el porvenir del Nuevo Mundo, en estos instantes históricos que pueden dar lugar a nuevas orientaciones de consecuencias incalculables, dejando de lado los agravios viejos y las cóleras justificadas, venimos, francamente, confiados en la nobleza del pueblo norteamericano, a hacer un llamamiento supremo a la justicia. La América Latina es solidaria; tenemos la homogeneidad que nos dan el pasado, la lengua, la religión, los destinos; por encima de nuestros patriotismos locales cultivamos un patriotismo superior y aun aquellas regiones que están lejos de sentir el peso de tan duros procedimientos, se hallan impresionadas más que por la amenaza material, por la injuria moral que ellos envuelven.

Deseamos que a Cuba se le quite el peso doloroso de la Enmienda Platt; deseamos que se devuelva a Nicaragua la posibilidad de disponer de su suerte dejando que el pueblo deponga, si lo juzga menester, a los que lo gobiernan apoyados en un ejército extranjero; deseamos que se resuelva la situación de Puerto Rico de acuerdo con el derecho y la humanidad, deseamos que se repare en lo posible la injusticia cometida con Colombia; deseamos que a Panamá, que hoy sufre las consecuencias de un pasajero extravío, se le conceda la dignidad de nación; deseamos que cese la presión que se ejerce en el puerto de Guayaquil; deseamos que se respete el archipiélago de Galápagos; deseamos que se conceda la libertad al heroico pueblo filipino; deseamos que México no vea siempre suspendida sobre su bandera la espada de Damocles de la intervención; deseamos que los desórdenes del Putumayo no sirvan de pretexto para habilidades diplomáticas; deseamos que las compañías que extralimitan su acción no se sientan apoyadas en sus injustas exigencias; deseamos que la república de Santo Domingo no sea ahogada por presiones injustificables; deseamos que los Estados Unidos se abstengan de intervenir oficiosamente en la política interior de nuestros países y que no continúen haciendo adquisiciones de puertos o bahías en el continente; deseamos que las medidas de sanidad no sirvan para disminuir la autonomía de las naciones del Pacífico; pedimos igualdad, pedimos respeto; pedimos en fin, que la bandera estrellada no se convierta en símbolo de opresión en el Nuevo Mundo.

No es posible que se diga, señor Presidente, que los norteamericanos han abandonado la coerción y los castigos corporales en la educación pública para emplear esos recursos atrasados en la educación política de nuestras nacionalidades; no es posible que vuestros ministros tengan en nuestras pequeñas ciudades la misión especial de amenazar; no es posible que los hombres pusilánimes que gobiernan en algunas débiles repúblicas sientan constantemente sobre sus espaldas el látigo del amo; no es posible que resulte que habiendo abolido en el siglo XIX la esclavitud para los hombres, la dejéis restablecer en el siglo XX para los pueblos.

No quiero insistir sobre el asunto, ni citar casos concretos, porque ésta no es una carta de lucha, sino un gesto de conciliación; pero nuestra América tiene grandes heridas abiertas que es necesario no enconar. Hemos sufrido mucho. Lo que sube ahora es un clamor de pueblos que no quieren desaparecer. Si se probara, como algunos dicen, que los Estados Unidos ceden al ensancharse a una necesidad superior, que es independiente de su deseo, nosotros tendríamos que obedecer, al defendernos, al legítimo instinto de perdurar. No ignoro que vosotros sois fuertes y que podríais ahogar muchas rebeliones, pero insisto en que por encima de la fuerza material está la fuerza moral. Un boxeador puede abofetear al niño que regresa de la escuela y el niño no logra evitar ni devolver los golpes. Pero esto no establece un derecho, ni asegura la impunidad del agresor. Hay un poder supremo que se llama la reprobación general; y así como los niños están defendidos en las calles contra los atletas por la opinión pública, los pueblos están defendidos en la historia por la justicia suprema y por los principios superiores de la humanidad.

Nosotros queremos y respetamos a los Estados Unidos, admiramos a ese gran país que debe servirnos de modelo en muchas cosas, deseamos colaborar con él en la obra de descubrir y valorizar las riquezas del continente y es para evitar el distanciamiento y los conflictos que de seguro brotarían mañana, dado el insostenible estado de cosas, que nos presentamos lealmente, sin orgullo y sin humildad, conscientes de nuestro derecho, ante el hombre que por la voluntad popular ha sido puesto al frente de una gran nación. No pedimos favores: reivindicamos lo que es nuestro, lo que conquistaron nuestros padres, lo que todos los pueblos están dispuestos a defender en cualquier forma: el honor y la dignidad. No queremos que la doctrina de Monroe, mal interpretada, sirva para crear en América en beneficio de los Estados Unidos, ni en beneficio de nadie, nuevos Egiptos y nuevos Marruecos.

No admitimos que nuestros países vayan desapareciendo uno tras otro. Tenemos confianza en nuestro porvenir. La mejor prueba de que la América Latina no está incapacitada para la vida autónoma, es la prosperidad sorprendente de algunas repúblicas del Sur, casualmente aquellas que por su volumen y sus relaciones con Europa, se hallan a cubierto de una decisiva influencia norteamericana. Para que las regiones que hoy atraviesan dolorosas crisis entren, a su vez, en una era análoga, es necesario, señor Presidente, que las compañías financieras del Norte se abstengan de complicar nuestros asuntos, que los sindicatos de Nueva York y de Nueva Orleans renuncien a favorecer revoluciones y que los Estados Unidos reanuden noblemente la obra de acercamiento y de fraternidad que tan buenos resultados nos diera en los primeros años a los unos y a los otros.

Los hispanoamericanos han tomado conciencia de sus destinos: las querellas locales, por agrias que sean, no bastan para hacerles perder de vista sus intereses superiores: los países más sólidos, que ya han alcanzado próspera estabilidad, empiezan a sentir las responsabilidades históricas que sobre ellos pesan; y hay un movimiento visible, una agitación grave que no puede pasar inadvertida. Vuestra presidencia, señor, marcará un gran momento de la polí-

tica universal si de acuerdo con la situación, dais fin a la táctica absorbente para volver a la sana tradición de los orígenes. La América sólo estará unida, la América sólo será realmente "para los americanos", dando a esta palabra su amplia significación, cuando en el Norte se tenga en cuenta que existen dos variedades de americanos, y cuando, sin vanas tentativas de preeminencia, con escrupulosa equidad, se desarrollen independientemente los dos grupos en una atmósfera deferente y cordial.

Repito que hay una gran ansiedad en América, señor Presidente. El continente entero está pendiente de vuestros actos. Si la política cambia, la campaña que hemos emprendido cesará al instante y volveremos a ser los más entusiastas partidarios de esa gran nación. Si no cambia, surgirá una nueva causa de discordia entre los hombres y arreciará la agitación perjudicial para vuestro comercio, porque seguiremos defendiendo, cada vez con mayor energía nuestros territorios, como vosotros, colocados en parecida situación, hubierais defendido los vuestros, seguros de cumplir con un deber y de contar con las simpatías del mundo.

[Dirigida a Thomas Woodrow Wilson, electo presidente de los Estados Unidos, desde el Perú. Se publicó en la mayoría de diarios latinoamericanos. Está tomado de un volante fechado en Lima el 4/3/1913. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

LA DOCTRINA DE MONROE

(1919)

EL RESURGIMIENTO de esperanzas y reivindicaciones es, en la remoción de valores nacionales que caracteriza el momento actual, una consecuencia inmediata de la conflagración que se liquida. Las guerras se han parecido en todo tiempo a la erupción de un volcán; arrojada la lava y aquietado el cráter, quedan los fenómenos derivados, que llegan a veces a modificar en torno la composición geológica, la formación geográfica y hasta la atmósfera misma.

La sacudida mundial que ha determinado el derrumbamiento de algunas naciones y el ocaso de determinadas ideas, debe favorecer la situación de otros países y el nacimiento de tendencias hasta ahora desconocidas, dentro de una nueva cosmología de la política internacional; y hemos de prepararnos a asistir, no sólo en la zona directamente afectada por la guerra, sino en el mundo entero, a la aparición de corrientes o direcciones que no se habían manifestado aún.

Así vemos que se inicia en América en estos momentos una franca reacción contra un estado de cosas establecido desde el año 1820. La doctrina de Monroe, que excluye a Europa de los asuntos de América y deja a los Estados Unidos la fiscalización de la vida y el porvenir de veinte Repúblicas de habla hispana, empieza a encontrar impugnadores, no ya entre los internacionalistas independientes, sino entre los mismos jefes de Estado.

El presidente de México, general Carranza, declaró solemnemente en un documento público, que desconocía la doctrina y rechazaba sus beneficios —si es que encierra beneficios—, porque veía en ella una forma indirecta de protectorado y deseaba para el país que gobierna la plena y fundamental autonomía.

Tan enérgica manifestación reviste el carácter de una contradocctrina, puesto que opone a la concepción exclusivista y dominadora del célebre presidente norteamericano una manera de ver más amplia que abre de nuevo a todos los pueblos la posibilidad de extender su política universalmente.

Todo ello deriva de la lógica de las latitudes dentro de los nuevos fenómenos determinados por la guerra. No cabe duda de que si los Estados Unidos hacen oír su voz en los asuntos de Asia y Europa, Europa y Asia pueden hacer oír la suya en las cosas de América, porque en política internacional, como en ajedrez, no hay, en realidad, más principios que los que establece la convención del movimiento de las fichas, que deben tener acción equivalente dentro de la reciprocidad.

Aprovechando la circunstancia y adelantándose a una resolución que pudiera dar fuerza de ley a fórmulas parciales y desviadas de su primitiva significación, México inicia una reivindicación de derechos hispanoamericanos y llama la atención de las grandes naciones sobre el abandono o la condescendencia que las ha inducido a hacer sentir su acción en el Nuevo Mundo con ayuda de los Estados Unidos, delegando a menudo en éstos la defensa de sus intereses primordiales.

Hace pocos años, el Gobierno mexicano, en una nota dirigida a Inglaterra, dijo que no se avenía a discutir reclamaciones por intermedio de una tercera potencia y que teniendo Inglaterra representante ante el gobierno mexicano, debía tratar directamente la cuestión que le interesaba.

La entereza con que ese país ha venido encarando los asuntos internacionales en estos últimos tiempos, culmina ahora en una forma concreta, que será apoyada, en cuanto lo permite la situación en que se encuentran, por casi todos los gobiernos de la América Española y que alcanzará la aprobación unánime de los pueblos de nuestro origen. Al tomar esta iniciativa, desafiando las dificultades de orden externo e interno que se pueden prever como represalias, tratándose de un país limítrofe con la potencia cuya primacía se discute, la nación azteca ha realizado un acto histórico. La doctrina de Monroe es de tal importancia para los Estados Unidos, que aun en medio de las preocupaciones generales impuestas por la solución de la guerra, el Senado de Washington pareció no tener más objetivo que discutir la situación en que ese postulado quedaría en el futuro.

Para los hispanoamericanos, la doctrina Monroe es más importante aún. Pudo parecer en los comienzos fórmula adecuada para preservar a todo un continente de una posible vuelta ofensiva del colonialismo; pero se ha transformado en hilo conductor de un daño tan grave como el que se quería evitar. Juzgándola hoy por la gradación de sus aplicaciones y la virtud de sus resultados, no es posible dejar de ver en ella el instrumento de una dominación económica y política que sería fatal para la autonomía y el porvenir de las Repúblicas de habla española.

Si formulara el Japón en Oriente una doctrina parecida, si Inglaterra intentara imponer en Europa una fórmula análoga, nos parecería a todos una incongruencia. ¿Cómo no ha de serlo la pretensión que lleva a los Estados Unidos a erigirse en gerentes de la vida del Nuevo Mundo, a pesar de la diferencia de raza, idioma, religión y costumbres que los separa de los países de Sudamérica?

La protesta de México es una tentativa para rehacer el prestigio de nacionalidades disminuidas por injerencias incómodas; y como ella se aplica a la situación de veinte Repúblicas, como ella puede servir de bandera a la mitad de un continente contra la otra mitad, se puede decir, sea cual fuere el resultado de la comunicación que comentamos, que frente a la doctrina de Monroe ha surgido la doctrina de México. El hecho es de tal magnitud que basta llamar la atención sobre él para que todos comprendan la importancia que tiene dentro de la vida americana y dentro de la política internacional.

[Artículo publicado en *El Universal* de México, 1919. Reproducido en el libro *La Patria Grande*, Editora Internacional (Berlín-Madrid), año 1922].

POLITICA COLONIAL

(1922)

CUANDO LAS grandes naciones tienden sus brazos de conquista sobre los pueblos indefensos, siempre declaran que sólo aspiran a favorecer el desarrollo de las comarcas codiciadas.

Pero, en realidad, bien sabemos todos en qué consiste la civilización que se lleva a las colonias. Los progresos que se implantan sólo son útiles a menudo para la raza dominadora. Se enseña a leer a los indígenas, porque ello puede facilitar algunas de las tareas que el ocupante les impone. Pero la instrucción se limita siempre a lo superficialmente necesario. El maestro olvida cuanto puede contribuir a despertar un instinto de independencia. Los misioneros, laicos o religiosos, infunden la resignación. Los mercaderes, que en la mayor parte de los casos son los iniciadores de la empresa, engañan y explotan con productos de venta difícil en la metrópoli. La autoridad impone una legislación marcial. Y todo el esfuerzo del pueblo civilizador tiende a mantener en la sujeción a la raza vencida, para poder arrancarle más fácilmente la riqueza que devoran los funcionarios encargados de adormecerla. Si queremos saber en qué se traduce la civilización que ofrecen los conquistadores a los pueblos débiles, interroguemos, en Norte América, a las tribus dispersas que sobreviven a la catástrofe; consultemos, en Asia, a los habitantes de la India, diezmados por el hambre; oigamos a cuantos conocen la historia colonial del mundo.

Los que argumentan que en ciertos casos puede ser útil guiar y proteger a los pueblos jóvenes, dan forma al sofisma más peligroso. Nada sería más funesto que admitir, aunque sea transitoriamente, la superstición semicientífica de las razas inferiores. Se podría sacar de esa debilidad un argumento peligroso hasta para la misma libertad interna de los grandes pueblos. Si admitís que hay grupos nacionales que a causa de su civilización pueden aspirar a conducir ocasionalmente a los otros —dirían algunos— tendréis que reconocer que hay clases sociales dignas de guiar a las menos preparadas; y si en el orden internacional toleráis que un pueblo audaz se sustituya a la voluntad de un

pueblo inexperto, en el orden nacional tendréis que aceptar también la tutela de una clase dominante sobre la muchedumbre desorganizada.

Desde el comienzo de los siglos ha habido razas y clases sin derechos de ningún género, y éstas han sido explotadas por otras razas o clases más instruidas, más belicosas o más hábiles. No es posible combatir la injusticia de adentro sin condenar la de afuera o aplaudir la injusticia de afuera sin sancionar la de adentro.

[Del libro *La Patria Grande*, Editora Internacional, 1922].

EL LOBO Y LOS CORDEROS

(1923)

PARA ENCONTRAR el origen de mi convicción en lo que se refiere al peligro que el imperialismo norteamericano representa con respecto a los pueblos de habla española y portuguesa en el Nuevo Mundo, tendría que remontarme hasta el año 1900 cuando, apenas cumplidos los veinte años, hice el primer viaje a Nueva York.

En el fondo de mi memoria veo el barco holandés que ancló en el enorme puerto erizado de mástiles, ennegrecido por el humo. Las sirenas de los barcos aullaban en jauría alrededor de una gigantesca Libertad, señalando el mar con su brazo simbólico. Los rascacielos, desproporcionadamente erguidos sobre otros edificios de dimensiones ordinarias, las aceras atestadas de transeúntes apresurados, los ferrocarriles que huían en la altura a lo largo de las avenidas, las vidrieras de los almacenes donde naufragaban en océanos de luz los más diversos objetos, cuanto salta a los ojos del recién llegado en una primera visión apresurada y nerviosa, me hizo entrar al hotel con la alegría y el pánico de que me hallaba en el pueblo más exuberante de vida, más extraordinario de vigor que había visto nunca.

Yo llegaba directamente de Francia, después de dos años pasados en París y el viaje, que no obedecía a ninguna finalidad concreta, a ninguna idea preconcebida, era exclusivamente de turista curioso, de poeta errante que busca tierras nuevas y paisajes desconocidos. Después de publicar en París varios libros, sentí la curiosidad de conocer la vida y las costumbres del portentoso país que empezaba a asombrar al mundo y algunos artículos publicados en pequeñas revistas reflejaron, en su tiempo, mis primeras admiraciones.

Como viajero, llevaba dos puntos de arranque o de comparación: Buenos Aires, donde he nacido, y París, donde acababa de iniciar la carrera como escritor. Añadiré que mi cultura era exclusivamente literaria, ajena a toda sociología y a toda política internacional. Ignoraba el imperialismo, no me había detenido nunca a pensar cuáles pudieron ser las causas y las consecuencias de la guerra de los Estados Unidos con España y estaba lejos de adivinar

el drama silencioso y grave que se desarrolla en el Nuevo Mundo, partido en dos por el origen y el idioma. De suerte que no cabe imaginar antipatía, prejuicio u hostilidad previa. El pueblo norteamericano no era para mí, entonces, más que un gran maestro de vida superior y celebré sin reservas el inaudito esfuerzo desarrollado en poco más de un siglo. Las comprobaciones penosas para nuestro patriotismo hispanoamericano, las inducciones inquietantes para el porvenir, las pruebas de las intenciones que abriga el imperialismo en lo que respecta al resto del Continente, empezaron a nacer a mis ojos en el mismo territorio de los Estados Unidos.

Yo imaginaba ingenuamente que la ambición de esta gran nación se limitaba a levantar dentro de sus fronteras la más alta torre de poderío, deseo legítimo y encomiable de todos los pueblos y nunca había pasado por mi mente la idea de que ese esplendor nacional pudiera resultar peligroso para mi patria o para las naciones que, por la sangre y el origen, son hermanas de mi patria, dentro de la política del Continente. Al confesar esto, confieso que no me había detenido nunca a meditar sobre la marcha de los imperialismos en la historia. Pero leyendo un libro sobre la política del país, encontré un día citada la frase del senador Preston, en 1838: "La bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la Tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza".

La sorpresa fue tan grande, que vacilé. Aquello no era posible. Si un hombre de responsabilidad hubiera tenido la fantasía de pronunciar realmente esas palabras —me dije— nuestros países del Sur se habrían levantado en seguida, en una protesta unánime. Cuando tras el primer movimiento de incredulidad, recurrí a las fuentes pude comprobar a la vez dos hechos amargos: que la afirmación era exacta y que los políticos de la América Latina la habían dejado pasar en silencio, deslumbrados por sus miseras reyertas interiores, por sus pueriles pleitos de frontera, por su pequeña vida, en fin, generadora de la decadencia y del eclipse de nuestra situación en el Nuevo Mundo.

A partir de ese momento, dejando de lado las preocupaciones líricas, leí con especial interés cuanto se refería al asunto. ¿Era acaso posible dormir en la blanda literatura, cuando se ponía en tela de juicio el porvenir y la existencia misma de nuestro conjunto? Así aprendí que el territorio que ocupaban los Estados Unidos antes de la Independencia, estaba limitado al Oeste por una línea que iba desde Quebec hasta el Mississipi y que las antiguas colonias inglesas fueron trece, con una población de cuatro millones de hombres, en un área de un millón de kilómetros cuadrados. Luego me enteré de la significación del segundo Congreso de Filadelfia en 1775; de la campaña contra los indios, de la ocupación de La Florida, cedida por España en 1819 y de la vertiginosa marcha de la frontera Oeste hacia el Pacífico, anexando tierras y ciudades que llevan nombres españoles.

Estas nociones elementales que —dada la instrucción incompleta y sin plan, que es la característica de las escuelas sudamericanas— no había encontrado nunca a mi alcance, durante mis estudios de bachiller, aumentaron la curiosidad y la inquietud. En un diario leí un artículo en que se amenazaba

a México, recordando conminatoriamente cuatro fechas, cuya significación busqué en seguida. En un texto de historia descubrí que, en 1826, Henry Clay, secretario de Estado norteamericano, impidió que Bolívar llevara la revolución de la Independencia hasta Cuba. En un estudio sobre la segregación del virreinato de Nueva España, hallé rastros de la intervención de los Estados Unidos en el separatismo de algunas colonias, esbozando la política que después se acentuó en las Antillas. Más tarde, conocí las exigencias del general Wilkinson y empecé a tener la revelación, sin comprender aún todo su alcance, de la política sutil que indujo a dificultar la acción de España, explotando el conflicto entre Fernando VII y Bonaparte.

Todavía no se había publicado el formidable libro del escritor y diplomático mexicano don Isidro Fabela y no existía una historia general del imperialismo en el Continente.

Incompletas, sin conexión, al azar de lecturas sumarias que dirigió la casualidad en la desorientación de la primera juventud, fueron llegando así hasta el espíritu las primeras verdades basadas en hechos incontrovertibles que conocían todos los hombres ilustrados del mundo y que sólo los hispanoamericanos a quienes especialmente se referían, parecíamos ignorar, sumidos como estábamos y como seguimos estando en un letargo inexplicable.

Las interrogaciones se alinearon entonces las unas junto a las otras. ¿Cómo no surgió una protesta en toda la América de habla española, cuando los territorios mexicanos de Texas, California y Nueva México fueron anexados a los Estados Unidos? ¿Por qué razón no hubo en el Continente una sublevación de conciencias, cuando los que fomentaron el separatismo en Cuba en nombre de la libertad, invocando altos principios de justicia y argumentando el derecho de los pueblos a disponer de su suerte, impusieron la Enmienda Platt y la concesión de estaciones navales estratégicas en las costas de la isla? ¿Se concilia acaso, con la plena autonomía de nuestros países la existencia en Washington de una oficina de repúblicas hispanoamericanas, que tiene la organización de un Ministerio de Colonias? ¿No implica la doctrina de Monroe un protectorado?, etc. . . .

El mapa daba a las preguntas una significación especial. A un siglo de distancia, las trece colonias inglesas que tenían una población de cuatro millones de hombres y ocupaban un área de un millón de kilómetros cuadrados, se habían transformado en una enorme nación compuesta de cuarenta y cinco Estados, que reúnen una población de cien millones de habitantes y cubren un área de diez millones de kilómetros cuadrados, donde saltan a los ojos los nombres nuestros —Santa Fe, San Francisco, Los Angeles— como un reproche que viene desde el fondo de las épocas contra la incuria y el indiferentismo de una raza.

Lo que en realidad aparecía ante los ojos, superponiéndose a las líneas coloreadas de la carta geográfica, era el doloroso drama de un Continente, descubierto bajo la bandera de España, que fue la primera en flamear en los mares del Nuevo Mundo, ganado a la civilización con la inteligencia y con la sangre de los heroicos exploradores que hablaban la lengua castellana, fe-

cundado por nuestra religión, anexo un momento a la plenitud de nuestra gloria, sin rival entonces en el mundo y atacado después por influencias extrañas que hacían pie en él y se extendían omnipotentes, venciendo a los que primero llegaron y haciéndoles retroceder, no sólo en la posesión de la tierra, sino en la influencia moral, no sólo en el presente, sino en el porvenir.

Falta de destreza en las lides diplomáticas, ausencia de previsión y de orden, indisciplina a la vez y anquilosamiento, acaso lógica fatiga después de largas cabalgatas en los siglos, faltas, en fin, de la voluntad o del carácter, habían agrietado y disuelto el inmenso imperio, aislando a la antigua metrópoli hispana en los picachos de sus recuerdos y abandonando en pleno océano, a merced de las tempestades, a veinte repúblicas que no atinaban a encontrar rumbo, porque a los grandes patriotas de la independencia que tendieron siempre a la confederación, habían sucedido los caudillos o los gobernantes timoratos o ambiciosos que, después de multiplicar durante una generación las subdivisiones para crear feudos o jerarquías, se debatían, prisioneros de los errores pasados, en el sálvese quien pueda de una muchedumbre sin solidaridad.

Del sueño grandioso de los grandes hombres que encabezaron el levantamiento de las antiguas colonias, sólo quedaba un recuerdo lejano y un fracaso tangible: Bolívar en el Norte y San Martín en el Sur, habían iniciado vastas conglomeraciones que tendían a hacer de los antiguos virreinos un conjunto coherente, una nación vigorosa que, por su extensión y su población, hubiera podido aspirar a equilibrar en este siglo el peso de los Estados Unidos. Pero las rivalidades mezquinas, los estrechos localismos, las ambiciones violentas, la baja envidia, todos los instintos subalternos habían anulado la acción de esos próceres, multiplicando los desmigajamientos artificiosos y haciendo de la América Latina un imponente semillero de pequeñas repúblicas, algunas de las cuales tenían menos habitantes que un barrio de la ciudad de Nueva York.

Eran veintiséis millones de kilómetros cuadrados, escalonados desde el trópico hasta los hielos del Sur, con todos los cultivos, con las riquezas más inverosímiles y en esa enorme extensión vivían ochenta millones de hombres, indígenas unos y herederos de las civilizaciones más grandes que conoció la América antes de la Conquista; españoles otros de origen o mezclados entre sí, pero unificados todos, con el aporte de inmigraciones cuantiosas, en una masa única que hablaba la misma lengua, tenía la misma religión, vivía bajo las mismas costumbres y se sentía ligada por los mismos intereses. Sin embargo, en vez de formar una sola nación, como lo hicieron las colonias anglosajonas que se separaron de Inglaterra, estaban divididas en veinte países diferentes y a veces hostiles entre sí, sin que asomara la razón o la lógica de esas subdivisiones que sólo servían para sancionar el desamparo y la debilidad colectiva.

Contemplando el mapa se advertía que no se habían respetado ni las antiguas divisiones de virreinos, las únicas que hubieran podido justificar en cierto modo una organización fragmentaria del conjunto que reclamara y alcanzara simultáneamente la independencia. En el afán de multiplicar los cargos públicos para satisfacer la avidez de los que en muchos casos no tenían más

propósito que dominar y obtener satisfacciones personales, se habían trazado al capricho las fronteras sin buscar, las más de las veces, ni la precaria justificación de tradiciones locales, accidentes geográficos o intereses económicos especiales. Las patrias habían nacido a menudo de una sublevación militar o de una diferencia de amor propio entre dos hombres. Y lo que pudo ser una gran fuerza altiva que interviniera eficazmente en los debates del mundo defendiendo los intereses y las concepciones de un grupo realmente sólido, creado por la historia, estaba reducido a un doloroso clamorear de núcleos débiles que se combatían entre sí o se agotaban en revoluciones absurdas, sin fuerza material ni moral para merecer en conjunto el respeto de las grandes naciones.

Así fui aprendiendo, al par que la historia del imperialismo, nuestra propia historia hispanoamericana en la amplitud de sus consecuencias y en su filosofía final. Lo que había aprendido en la escuela, era una interpretación regional y mutilada del vasto movimiento que hace un siglo separó de España a las antiguas colonias, una crónica local donde predominaba la anécdota, sin que llegara a surgir de los hombres y de las fechas una concepción superior, un criterio analítico o una percepción clara de lo que el fenómeno significaba para América y para el mundo. Y con el conocimiento de la historia común, venía la amarga tristeza de comprender que nuestros males eran obra, más que de la avidez de los extraños, de nuestra incapacidad para la lucha, de nuestra falta de conocimiento de las leyes sociológicas, de nuestra visión estrecha y ensimismada, de nuestra dispersión y nuestro olvido de los intereses trascendentales.

Los Estados Unidos, al ensancharse, no obedecían, al fin y al cabo, más que a una necesidad de su propia salud, como los romanos de las grandes épocas, como los españoles bajo Carlos V, como los franceses en tiempo de Napoleón, como todos los pueblos rebosantes de savia, pero nosotros, al ignorar la amenaza, al no concertarnos para impedirla, dábamos prueba de una inferioridad que para los autoritarios y los deterministas casi justificaba el atentado.

Si cuando las colonias anglosajonas del Norte se separaron de Inglaterra, hubiera aspirado cada una de ellas a erigirse en nación independiente de las otras, si se hubieran desangrado en cien luchas civiles, si cada uno de esos grupos tuviera su diplomacia independiente, ¿se hallarían los Estados Unidos en la situación privilegiada en que se encuentran ahora? ¿Es posible escribir una historia del estado de Connecticut aisladamente de la historia de los Estados Unidos, ofreciendo a la juventud un ideal superior que cohesione y retenga? Si existieran severas aduanas entre los diferentes Estados de la Confederación Norteamericana, ¿sería posible pensar en el estupendo desarrollo comercial que comprobamos hoy? Desde los orígenes de su independencia, cuando estipularon que las tropas que acompañaban a Lafayette volverían después de contribuir a determinar la independencia americana a su país de origen sin intentar reconquistar el Canadá, que Francia acababa de perder por aquel tiempo; desde que hicieron fracasar el Congreso de Panamá, aun en medio del desconcierto producido por la Guerra de Secesión, los Estados Uni-

dos han desarrollado, dentro de una política de perspicacia y de defensa propia, un pensamiento central de solidaridad, de autonomía y de grandeza. Nuestras repúblicas hispanoamericanas, en cambio, que han aceptado a veces el apoyo de naciones extrañas a su conjunto para hacer la guerra a países hermanos limítrofes, que han llegado hasta requerir esa ayuda extranjera para las luchas intestinas, que han entregado la explotación de sus tesoros a empresas de captación económica, que creen aldeanamente en la buena fe de la política internacional y se ponen a la zaga del resbaloso panamericanismo, ¿no son en realidad naciones suicidas? ¿No son dignas descendientes de nuestra admirable y romántica España que, cegada por la espuma de sus infecundos debates internos ignoraba que al enajenar la Florida en 1819, firmaba, a pocas décadas de distancia, la irremediable pérdida de las Antillas?

Así razonaba el que escribe mientras recorría las calles de Nueva York en el deslumbramiento y la gloria de la portentosa metrópoli. Ciertas palabras de Bolívar, que había releído en esos días, zumbaban en los oídos: "Primero el suelo nativo que nada, él ha formado con sus elementos nuestro ser, nuestra vida no es otra cosa que la herencia de nuestro pobre país, allí se encuentran los testigos de nuestro nacimiento, los creadores de nuestra educación, los sepulcros de nuestros padres yacen allí y nos reclaman seguridad y reposo; todo nos recuerda un deber; todo nos excita sentimientos tiernos y memorias delicadas; allí fue el teatro de nuestra inocencia, de nuestros primeros amores, de nuestras primeras sensaciones y de cuanto nos ha formado".

El lírico párrafo estaba al diapasón de los fervores juveniles. "Sí —añadía yo, hablando conmigo mismo, mientras descendía por Broadway en el estruendo indescriptible de la colmena enorme— la patria antes que nada, todo el bienestar, todo el progreso, toda la riqueza, toda la civilización, no valen lo que vale el rincón modesto y tibio en que nacimos. Si los grandes ferrocarriles, las casas de treinta pisos, y la vida vertiginosa, la hemos de pagar al precio de nuestras autonomías, prefiero que perdure el atraso patriarcal de nuestros lejanos villorrios". Y en la imaginación surgía, junto a la monstruosa Babel de la desembocadura del Hudson, no la sombra de mi Buenos Aires natal, que ya era también por aquel tiempo una gran ciudad a la europea, sino el recuerdo de remotos caseríos semisalvajes que había tenido ocasión de visitar en América. En medio del mareante remolino del barrio de los negocios, donde hasta las piedras parecían trepidar con una actividad humana, los evocaba con especial satisfacción. Aquello podía ser absurdo, aquello podía ser incómodo, aquello podía ser la barbarie, pero aquello era mío.

A medida que crecía mi admiración por los Estados Unidos, a medida que sondeaba la poderosa grandeza de ese pueblo que indiscutiblemente eclipsaba cuantos progresos materiales había soñado yo en Europa, se afirmaban y acrecían mis temores. La bandera norteamericana ondeaba en las torres, balcones y vidrieras, aparecía en los avisos, en los libros, en los tranvías, reinaba en los escenarios de los teatros, en las páginas de los periódicos y hasta en los productos farmacéuticos, en un delirio de nacionalismo triunfante, como si se abriera una nidada de aguiluchos, dispuesta a transportar a los hechos las

previsiones de Mr. Stead en su libro *La americanización del mundo en el siglo XX*.

¡Cuán poderosos eran los Estados Unidos! Mi España tumultuosa y populachera, con sus grandes multitudes oleosas que invaden al atardecer las calles estrechas entre el rumor de los pregones y las charlas ruidosas de los grupos; mi buen París de los bulevares alegres, cubiertos de mesas rumoreantes en las grises divagaciones de los crepúsculos, mi Italia coloreada, evocadora y meridional, hecha de languideces y de rayos, de odios y de amores, toda la vieja latinidad, triunfadora en otras épocas, quedaba tan eclipsada, que en las interminables avenidas cortadas en todas las direcciones por locomotoras jadeantes que escupían humo sobre los vidrios y ensordecían al transeúnte con el fragor de sus ruedas, en las calles obstruidas de automóviles y transeúntes por donde se abría paso a veces, anunciada por una campana febril, la fuga infernal de los carros de los bomberos, tuve la sensación de haber salido de la órbita de mi destino para explorar edades desconocidas, en la vaga lontananza de épocas que no hubieran llegado aún.

Al mismo tiempo que mis admiraciones aumentaban mis desilusiones.

Oh, ¡el país de la democracia, del puritanismo y de la libertad! Los Estados Unidos eran grandes, poderosos, prósperos, asombrosamente adelantados, maestros supremos de energía y de vida creadora, sana y confortable, pero se desarrollaban en una atmósfera esencialmente práctica y orgullosa, y los principios resultaban casi siempre sacrificados a los intereses o a las supersticiones sociales. Bastaba ver la situación del negro en esa república igualitaria para comprender la insinceridad de las premisas proclamadas. Expulsado de las universidades, los hoteles, los cafés, los teatros, los tranvías, sólo parecía estar en su sitio cuando en nombre de la ley de Lynch le arrastraba la multitud por las calles. Y era que si en los Estados Unidos existe una élite superior capacitada para comprender todas las cosas, la masa ruda autoritaria, sólo tiene en vista la victoria final, como todos los grandes núcleos que han dominado en los siglos. Excepción hecha del grupo intelectual, la mentalidad del país, desde el punto de vista de las ideas generales, se resiente de la moral expeditiva del cowboy violento y vanidoso de sus músculos que civilizó el Far West arrasando a la vez la maleza y las razas aborígenes en una sola manotada de dominación y de orgullo. Se sienten superiores y dentro de la lógica final de la historia lo son en realidad, puesto que triunfan. Poco importa que para contestar a la burla sobre nuestras revoluciones, nuestras mezclas indígenas, nuestros gustos meridionales y nuestras preocupaciones literarias, forcemos al llegar a Nueva York una sonrisa para satirizar la tendencia yanqui a bautizar las malas acciones con nombres atrayentes, rejuveneciendo la ingenua habilidad del personaje de la novela francesa que llamaba besugo al conejo para ayunar sin dejar de comer carne, en Cuaresma. El hecho indestructible es que los Estados Unidos, sacrificando las doctrinas para preservar sus intereses, creen cumplir hasta con su deber, puesto que preparan la dominación mundial, para la cual se creen elegidos.

Un supremo desprecio por todo lo extranjero, especialmente por cuanto anuncia origen latino y una infatuación vivificante, un poco *parvenu*, pero sólidamente basada en patentes éxitos, da al carácter norteamericano cierta tosca y brutal tendencia a sobrepasar a otras razas, cierto exclusivismo diabólico que dobla y humilla al que llega. Más de una vez tuve que hacer una réplica severa o que interrumpir un diálogo para no oír apreciaciones injuriosas sobre la América Latina. Nosotros éramos los salvajes, los fenómenos ridículos, los degenerados para la opinión popular. En los núcleos cultos se evitaba cuanto podía ser personalmente molesto, pero nadie ocultaba su desdén olímpico por las "republiquetas de aventureros" que pululaban al sur de la Confederación Norteamericana. Los grandes diarios hablaban sin ambages de la necesidad de hacer sentir una "mano fuerte" en esas "madrigueras" y acabar con las asonadas y los desórdenes que interrumpían el sagrado *business* del tío Sam. Los políticos prodigaban en el Senado las más inverosímiles declaraciones, como si la Casa Blanca ejerciera realmente jurisdicción hasta el cabo de Hornos y no tuviera la más vaga noticia de la autonomía de nuestras repúblicas. Y estaba tan cargado el ambiente que en un gran mitin electoral, donde triunfaba en todo su esplendor el prestigio de la nueva democracia oí, entre aplausos, afirmaciones que preparaban la frase histórica que tantos comentarios levantó después: "Hemos empezado a tomar posesión del Continente".

¡Hemos empezado a tomar posesión del Continente! Un político notorio pudo lanzar esa afirmación en una asamblea pública y toda la América Latina calló. ¿Qué sopor, qué ceguera, qué perturbación mental inmovilizaba a nuestros pueblos en el carro despeñado que nos llevaba a todos al abismo? Los gobernantes hispanoamericanos, obsesionados por el pequeño círculo en el que viven, ceñidos por preocupaciones subalternas, sin visión general del Continente y del mundo, tienen de la diplomacia una concepción ingenua. No se atienen a los hechos sino a las palabras. Pero, ¿por qué no tomaban nota de aquellas palabras?

Así ha venido anemiándose durante un siglo la América Latina y así ha venido robusteciéndose la América inglesa al amparo del candor de los unos y de la suprema habilidad de los otros. Los Estados Unidos se han mostrado creadores en todos los órdenes y han tenido la ciencia de transformar leyes y procedimientos, principios y sistemas, desde la enseñanza hasta el periodismo, desde la agricultura hasta la edificación.

Un sabio desarrollo de la iniciativa y una tendencia experimental han dado a esa nación la capacidad necesaria para subvertir y perfeccionar lo conocido, sobrepasando cuanto existió en las civilizaciones que al principio imitaron. Sería vano suponer que estos progresos no han tenido un *pendant* en la diplomacia. La elevación material no ha sido un hecho aislado y mecánico sino el resultado de una mayor capacidad mental que se manifiesta en todos los resortes. A los edificios de cincuenta pisos, corresponden ideas de cincuenta pisos también.

De Nueva York por Chicago, Omaha y Salt Lake, llegué a San Francisco, donde, sea dicho al pasar, abundan los míster Pérez y míster González que,

después de haberse afeitado las barbas y el origen, hablan, con singular desdén, de sus ex hermanos del sur.

La prodigiosa fuerza de atracción y de asimilación de los Estados Unidos está basada, sobre todo, en las posibilidades (u oportunidades, como allí se les llama) de prosperidad y de acción que ese país ofrece a los individuos. La abundancia de empresas, el buen gobierno, los métodos nuevos, la multiforme flexibilidad de la vida y la prosperidad maravillosa, abren campo a todas las iniciativas. Alcanzado el éxito, este sería motivo suficiente para retener al recién llegado por agradecimiento y por orgullo, aunque no surgiera, dominándole, todo el contagio de la soberbia que está en la atmósfera. Algunos hispanoamericanos que emigran de repúblicas pequeñas, empujados por discordias políticas y logran labrarse una pasable situación en las urbes populosas del Norte, se desnacionalizan también, llevando la obcecación, en algunos casos, al extremo de encontrar explicables hasta los atentados cometidos contra su propio país. Suele ocurrir, en otro orden, que estudiantes muy jóvenes que partieron de nuestro seno para seguir una carrera en universidades de la Unión, se dejan marear por el ambiente nuevo o por las comodidades materiales que él ofrece y vuelven a su patria desdeñosos y altivos, proclamando en inglés la necesidad de inclinarse, auxiliares inconscientes de la misma fuerza que debe devorarlos. En esta blandura está acaso el peor síntoma de nuestra descomposición y de nuestra vulnerabilidad. Podemos admirar el progreso y la grandeza que ha llevado en un siglo de vida a ese país hasta las más altas cúspides, podemos ser partidarios de que las naciones hispanoamericanas cultiven con los Estados Unidos excelentes relaciones comerciales y diplomáticas, podemos desear ver aclimatadas en Hispanoamérica todas las superioridades de educación, orden, confort y prosperidad, pero ello ha de ser sin ceder un ápice de la autonomía de nuestras naciones, tratando de país a país, de potencia a potencia, sin abdicación ni sometimientos, salvaguardando distintivas, idiomas, altivez, bandera, presente y porvenir.

La América Latina, próspera y en pleno progreso en algunas repúblicas, retardada en su evolución en otras, tiene todo que aprender de los Estados Unidos y necesita la ayuda económica y técnica de ese gran pueblo. Pero, ¿es fuerza que para obtenerla renuncie a sus especiales posibilidades de desarrollo, a su personalidad claramente definida, a sus antecedentes imborrables, a la facultad de disponer de sí misma?

En este estado de espíritu, seguí por la costa hasta Los Angeles y San Diego. Desde la última de estas ciudades, por ferrocarril, llegué a la frontera de México, deseoso de conocer ese país que había sufrido tantas injusticias de parte de los Estados Unidos y que, limítrofe con ellos, en el extremo norte de la parte hispanoamericana, representa algo así como el común murallón y el rompeolas histórico que, desde hace un siglo soporta los aluviones y defiende a todo el Sur.

En la época en que se desarrollaba este primer viaje, del cual sólo hablo a manera de antecedente, se hallaba a la cabeza de la república el general don

Porfirio Díaz, rodeado de un grupo de hombres particularmente inclinados a contemporizar con el peligro, haciendo la *part du feu*.

Se extremaban por entonces en aquella república los métodos de mansedumbre, bondad y obsequiosidad que hoy siguen empleando la mayor parte de los países del Sur, sin advertir que cuanto más grande son las concesiones, más crecen las exigencias en un engranaje que acostumbra a un pueblo al sometimiento y engríe al otro fatalmente. Es la carretera que lleva a dos abismos, a la anulación total de la nacionalidad, determinada gradualmente por sucesivas abdicaciones o una última resistencia desesperada, que obliga a afrontar en peores condiciones el mismo conflicto que originariamente se deseaba evitar.

Desde la frontera surge viva y patente la oposición inconciliable entre los dos conjuntos. El anglosajón, duro, altivo, utilitario, en la infatuación de su éxito y de sus músculos, improvisa poblaciones, domina a la naturaleza, impone en todas partes el sello de su actividad y su ambición, auxiliado y servido como lo fueron los romanos de las grandes épocas por razas sometidas—indios, chinos, africanos— que recogen las migajas del festín, desempeñando tareas subalternas. Frente a él, el mexicano de pura descendencia española o mestizo, prolonga sus costumbres despreocupadas y acepta los presentes del suelo, fiel a tendencias contemplativas o soñadoras que le llevan a ser desinteresado, dadivoso y caballeresco, susceptible ante el igual, llano con el inferior, dentro de una vida un tanto patriarcal, donde el indio no está clasificado por su raza, sino como los demás hombres, por su ilustración y su cultura.

Los rastros de la tenaz, ininterrumpida infiltración, los encontramos, desde el puente sobre el río Bravo que separa los dos territorios, en todas las manifestaciones de la actividad, empresas, hoteles, transportes, como si la sombra de los Estados Unidos se proyectara fatalmente sobre las comarcas vecinas. El ferrocarril que me condujo por Chihuahua, Zacatecas, Aguas Calientes y Guanajuato, hasta la Capital, pertenecía por aquel tiempo a una empresa norteamericana y los revisores y empleados de todo género hablaban casi exclusivamente el inglés, con grave perjuicio para los viajeros que no podían hacerse entender en su propia tierra.

Algo de esto ha sido corregido después por la revolución mexicana de 1913, que, desde el punto de vista internacional, representa una reacción.

La política del Gral. Díaz estaba hecha, como dije, de genuflexiones que empezaban en los ferrocarriles del Norte y acababan en el arrendamiento de la Bahía de la Magdalena, pasando por los resortes más importantes del país. Era la hora en que los Estados Unidos desarrollaban la "penetración pacífica" y el "partido científico" de México empleaba la táctica de las "concesiones hábiles". Hasta que llegó el momento en que, por oportunista y conciliante que fuera, el Gobierno de México no pudo hacer más concesiones. La entrevista celebrada en El Paso entre el general Díaz y el presidente Taft, dio por resultado la ruptura silenciosa. Una negativa para reforzar la jurisdicción norteamericana en la Baja California, la protección prestada al presi-

dente de Nicaragua, don José Santos Zelaya, que escapó a las represalias en un cañonero mexicano y un hipotético Tratado secreto con el Japón, fueron las razones propaladas oficialmente. Acaso mediaron otras. El caso es que desde ese momento inició el viejo autócrata mexicano su tardía resistencia al imperialismo. Y por coincidencia singular desde ese día fue también posible la primera revolución, encabezada por don Francisco Madero.

Cuando llegué por primera vez a la capital de México, en 1901, era aquella una próspera ciudad de más de medio millón de habitantes, donde se respiraba un ambiente de cultura y bienestar. Recuerdo el derroche de lujo, las fiestas frecuentes, el progreso urbano y como nota especial y pintoresca, el pomposo desfile del presidente por la calle de Plateros, en una gran carroza seguida por un regimiento de aquella "guardia rural", tan típica y tan airosa que llenaba las funciones de la gendarmería en Francia o de la guardia civil en España, cuerpo selecto que con sus trajes de charro mejicano y sus briosos caballos enjaezados a la moda del país, daba una extraña sensación de bizarría.

Lo primero que se notaba al llegar, era la falta de libertad interior. No había más partido político que el que estaba en las alturas; no asomaba un solo diario de oposición, no se celebraba un mitin que no fuera para ensalzar al Gobierno inamovible que enlazaba sin accidente un período con otro, en la serena continuidad de una monarquía. El poder central tenía la destreza de atraer a los unos con prebendas y de amedrentar a los otros con sanciones, estableciendo en la apariencia una unanimidad adicta. Sin embargo, se adivinaba en la sombra, como contraposición al sometimiento, la rebelión desorientada que debía dar nacimiento a la anarquía futura.

Desde el punto de vista de la prosperidad, el país se hallaba aparentemente en excelentes condiciones. Grandes trabajos públicos, empresas poderosas, ferrocarriles en construcción, edificios monumentales sorprendían al viajero que había oído hablar en los Estados Unidos con tan irrevocable desdén del país vecino. Pero, horadando esa apariencia de desenvolvimiento financiero y auge nacional, se descubrían los hilos de oro que ponían en movimiento desde el extranjero todos los resortes. Económicamente el país estaba, en realidad, en poder de los Estados Unidos.

A los hombres políticos mexicanos que llevaban por entonces el timón del país, no tuve ocasión de conocerlos. Oí citar a un financiero, un general y un diplomático como personas aptas y perspicaces, pero es casi seguro que la política interior, el mantenimiento del régimen, la conservación de las situaciones adquiridas, nuestra bambolla oficial de siempre, retenían por completo su atención. El descuido y la falta de ideales han sido la distintiva de nuestros gobiernos. Y como en aquel tiempo no existían muchas de las causas tangibles de inquietud que hoy arremolinan los espíritus, el olvido tenía que ser más hondo y el sueño más completo.

En el pueblo, sin embargo, y especialmente entre la juventud existía un vivo resentimiento y una hostilidad marcada contra "el gringo". En el hotel, en el café, en el teatro, se advertía claramente el antagonismo que nacía, como nacen los grandes sentimientos colectivos, sin reflexión ni lógica, del recuerdo

confuso y de la instintiva adivinación. La manera despectiva y autoritaria de los turistas norteamericanos tenía su parte en el asunto, pero las grandes corrientes no nacen de incidentes individuales y callejeros. Había algo más grave que venía de año en año en la honda tradición verbal del pueblo que no lee periódicos ni forma parte de los corrillos en las ciudades, algo que era como un inextinguible rencor por la guerra abusiva y las expoliaciones de 1845 y 1846 algo que traducía la imborrable cólera de un conjunto valiente desarmado ante la injusticia, algo que parecía hacer revivir en los corazones el grito del último cadete de Chapultepec al rodar al abismo, ante la invasión triunfante, sin separarse de su bandera. El pueblo sabía que la mitad del territorio de su patria le había sido arrebatada por el país vecino, sentía la influencia creciente que ese mismo país venía ejerciendo sobre la tierra que aún le quedaba y adivinaba en el porvenir las nuevas agresiones que debían producirse. Una voz del pasado y una voz del porvenir murmuraban al oído del "pelao" perdido en la llanura y del adolescente que apenas entraba en la Universidad, que el extranjero invasor estaba siempre en las ciudades, si no en forma de soldados, en forma de empréstitos, en forma de intrigas diplomáticas, en forma de influencia a veces sobre los propios gobiernos y la eterna presencia de aquella sombra en el suelo ensangrentado y mutilado por ella, mantenía latente la irritación y la cólera a pesar de la prédica de los periódicos y las manifestaciones oficiales. No era fruto ese estado de una propaganda agitadora. Nadie hablaba en público del asunto. Pero en el mutismo y en la inacción, aislados los hombres los unos y los otros, de una manera simultánea, isócrona, surgía el mismo pensamiento contra el intruso que, después de haberles despojado de la tierra, les suplantaba en la riqueza; contra "el gringo" que abusaba de la superioridad de su poder y su maldicia, para explotarle en todas las ocasiones, para engañarles en todas las encrucijadas, para humillarles en todos los momentos con el refinamiento de crueldad, de parecer siempre inocente y hacer caer la culpa y la vergüenza sobre los mismos sacrificados.

Cuanto más humilde era la situación social, más diáfano parecía ese sentimiento, como si la incultura y la falta de intereses económicos y compromisos sociales acentuara, con la sinceridad, la libre expresión de una palpitación general; cuanto mayor era la juventud, se exteriorizaba la corriente con más ímpetu, como si a medida que transcurría el tiempo y se alejaban las épocas de sacrificio y de dolor, se afirmara más y más en las nuevas generaciones el rencor causado por la injusticia.

No se ha comprendido aún el alcance de esa brusca anexión de un territorio de dos millones de kilómetros cuadrados, que va del Golfo de México a la costa del Pacífico. Desde los apellidos de los primeros exploradores —Camillo, Alarcón, Coronado, Cabeza de Vaca— hasta los nombres de las ciudades —Los Angeles, San Francisco, Santa Bárbara— todo indica el franco origen hispano. Perteneían a México desde la independencia por la geografía, por el idioma, por la raza y no había la sombra de un litigio que pudiera justificar reclamaciones. Sin embargo, en un momento dado, se desencadenó la invasión, los ejércitos llegaron hasta la capital y México tuvo que firmar cuanto le exi-

gieron. No se alzó una voz en la humanidad para condenar el atentado. Los pueblos permanecieron impasibles. Los nobles humanitarios, que sin ser franceses han llorado la suerte de la Alsacia-Lorena, que sin ser poloneses se han conmovido ante los sufrimientos de Polonia, no tuvieron una palabra de simpatía para la víctima. El atentado se consumó en la sombra y el olvido cayó tan pronto sobre él que, cuando lo evocamos hoy, algunos llegan hasta ponerlo en duda.

Ha sido hasta ahora el destino de nuestra raza. El derecho, la justicia, la solidaridad, la clemencia, los generosos sentimientos de que blasonan los grandes pueblos, no han existido para la América Latina, donde se han llevado a cabo todos los atentados —violaciones de territorio, persecución de ciudadanos, mutilación de países, injerencia en los asuntos internos, coacciones, despojos, desembarcos abusivos— sin que el mundo se conmueva ni surjan voces compasivas; de tal suerte parece establecido que la integridad de nuestras patrias, la libertad de nuestros compatriotas, la posesión de nuestras riquezas, todo lo que constituye nuestra vida y nuestro patrimonio, deben estar a la merced de cuantas tropas persigan una aventura, de cuantos gobiernos quieran fomentar disturbios para deponer a los presidentes poco dóciles, de cuantas escuadras tengan el capricho de obligarnos a recibir sus visitas. Para nosotros no existe, cuando surge una dificultad con un país poderoso (y al decir poderoso me refiero no sólo a los Estados Unidos, sino a ciertas naciones de Europa), ni arbitraje, ni derecho internacional, ni consideración humana. Todos pueden hacer lo que mejor les plazca, sin responsabilidad ante los contemporáneos ni ante la historia. Desde que las antiguas colonias españolas dispersaron su esfuerzo, los gobiernos imperialistas no vieron en el confín del mar más que una debilidad. Así se instalaron los ingleses en las islas Malvinas o en la llamada Honduras Británica; así prosperó la expedición del archiduque Maximiliano; así nació Panamá; así se consumó la explotación de Texas, Arizona, California y Nuevo México. Estamos asimilados a ciertos pueblos del Extremo Oriente o del África Central, dentro del enorme proletariado de naciones débiles, a las cuales se presiona, se desangra, se diezma y se anula en nombre del Progreso y de la Civilización, y los atentados que se cometen contra nosotros no levantarán nunca un clamor de protesta, porque los labios del mundo están sellados por la complicidad o por el miedo.

Esta situación se echa de ver, especialmente, en el caso de México. Hábilmente preparada por una información engañosa que desacredita a ese país, y fiel a su áspero indiferentismo, que sólo se conmueve cuando ello puede ser útil para las tres o cuatro naciones-caudillos que se reparten el predominio del mundo, la opinión universal ha asistido impávida a los atropellos de que viene siendo víctima desde hace un siglo, y la única vez que Europa intentó detener el empuje imperialista, no fue para beneficiar al país dolorido, sino para imponer una nueva sangría en su propio beneficio, con la expedición austrofrancesa de 1864. Para no sucumbir, México hubiera tenido que defenderse solo contra las acechanzas de los demás y contra su propia inesperienza, sofocando la guerra civil, burlando los lazos que le tendían, mante-

niendo en jaque, después del desastre, a la misma fuerza que le había arrollado, sin apoyo de nadie ni de nada, ni aun de la América Latina, ni aun de las repúblicas hermanas del Sur, que tanto por solidaridad racial como por analogía de situación, debían hacer suyos los conflictos, por lo menos en la órbita de las representaciones diplomáticas.

Pero ¿estamos tan lejos de tener en la América Latina una noción exacta de nuestros intereses y nuestros destinos! En vano sabemos que la injusticia que a todos nos lastima es un resultado de nuestra propia dispersión. Se multiplican las divergencias para batirnos en detalle, y nosotros nos seguimos dejando burlar con la misma ingenuidad de los galos ante César, o de los indios ante Hernán Cortés, sin llegar a advertir la demarcación lógica y natural que nos distingue y nos sitúa en el Continente y en el mundo.

Así iban las reflexiones al embarcar de nuevo para Francia, después de haber pasado algunas semanas en aquella tierra, donde tantas pruebas quedaban de la grandeza colonial de España, donde tantos monumentos había dejado el esplendor de los Aztecas, donde se reunían dos pasados y estaba el vértice del porvenir. Mis veinte años entusiastas medían la magnitud de la obra a que parecían predestinadas las nuevas generaciones: trabajar en favor de un Continente moralmente unido hasta rehacer, por lo menos diplomáticamente, el conjunto homogéneo que soñaron los iniciadores de la independencia, reconquistar con ayuda de la unión el respeto y la seguridad de nuestros territorios, y hacer a cada república más fuerte y más próspera dentro de una coordinación superior, garantía suprema de las autonomías regionales.

Penetrado de ese propósito, y aprovechando la difusión que tiene en nuestra América una voz lanzada desde Europa, emprendí, al regresar a París, una campaña periodística que duró largos años, utilizando todas las tribunas: *El País*, de Buenos Aires, que dirigía por entonces el doctor Carlos Pellegrini, *La Epoca* de Madrid, diario conservador y gubernamental, que tenía positiva influencia en los círculos políticos; *La Revue Mondiale* de París que dirigía M. Jean Finot. Hablé de los engañosos Congresos Panamericanos, de la guerra comercial que hacía ganar a los Estados Unidos todos los mercados de América en detrimento de otras naciones, de la mentalidad latina de las repúblicas del Sur, de la acción de la intelectualidad francesa en nuestros países, de cuanto podía contribuir a sacudir la somnolencia de los grandes núcleos del Viejo Continente y a determinar una acción capaz de contrarrestar el avance del imperialismo. En *Paris Journal* que bajo la dirección de M. Gerault-Richard, era por entonces el diario mejor escrito y mejor leído, completé luego en una docena de editoriales la dilucidación del problema.

En Francia nadie rehuía la verdad. Los periódicos se referían constantemente al asunto y polemistas del prestigio de Paul Adam declaraban sin ambages: "Los yanquis acechan el minuto propicio para la intervención. Es la amenaza. Un poco de tiempo más y los acorazados del tío Jonathan desembarcarán las milicias de la Unión sobre esos territorios empapados de sangre latina. La suerte de esas repúblicas es ser conquistadas por las fuerzas del Norte". Esto lo decía el gran escritor en uno de sus prestigiosos artículos de

Le Journal a raíz de una "intervención amistosa". M. Charles Boss insistía, por su parte, en *Le Rappel*: "Vamos a asistir, porque en Europa somos impotentes para oponernos a ello, a la reducción de las repúblicas latinas del Sur y a su transformación en regiones sometidas al protectorado de Washington". Muchos altos espíritus como Mr. Jean Herbertte, corroboraban esta convicción, nacida de la observación imparcial. Sin embargo, en algunas de nuestras repúblicas se seguía poniendo en duda la realidad de la situación. ¡Singular miopía! Todos comprobaban en torno el atentado y clamaban contra él; el único que ni lo veía ni protestaba era la víctima. Y esta actitud era tanto más paradójica cuanto que en los Estados Unidos mismos se levantaban voces valientes contra el imperialismo y más de un norteamericano espectable discutía la actitud de su país con respecto a las repúblicas hispanoamericanas.

Movido por el deseo, si no de hacer compartir la convicción, de empujar por lo menos a discutir estos asuntos, escribí entonces *El porvenir de la América Latina* cuya primera edición apareció en 1910. No me corresponde decir cual fue la suerte de este volumen que Rubén Darío calificó en un artículo de "sensacional", ni recordar lo que sobre él se escribió en España y en América. Pero si Max Nordau dijo en *La Nación*, de Buenos Aires, que "El programa expuesto en ese libro era grandioso", si Enrique Ferri escribió: "yo también he planteado ese problema en una conferencia y he llegado a ideas completamente concordantes", si Francisco García Calderón declaró que yo "entregaba a América, presa de la anarquía, una idea directora", algunos diarios de ciertas repúblicas hispanoamericanas tacharon la obra de inexacta y alarmista. De nada valía que el *Evening Mail* de Nueva York declarase que el libro era "excelente, lógico y completo" o que el *New York Times* le dedicara una atención inusitada en un largo estudio con títulos a seis columnas. Cuando este último diario consultó sobre el asunto la opinión de "un diplomático argentino residente en Nueva York", éste contestó que "el autor era muy joven y que, por lo tanto, su modo de pensar no era el mismo que el de los argentinos viejos y de criterio maduro". Ante lo cual argüía maliciosamente el articulista: "Todo esto puede admitirse, pero el que los espíritus moderados piensen así, no implica que la juventud americana se deje influir por ellos más que por Ugarte que goza de gran popularidad en aquellos países".

El error que daba nacimiento en nuestra América a estas discrepancias de criterio, nacía de la concepción localista que tanto nos ha perjudicado. Cada república se consideraba —y se considera aún— totalmente desligada de la suerte de las demás y en vez de llevar su curiosidad y su inquietud más allá de sus fronteras inmediatas, dentro de la lógica geográfica, diplomática y económica de su destino, veía como extraños a sus preocupaciones los peligros que podían correr las otras. Se llegó hasta hacerme el reproche de interesarme demasiado por "países extranjeros". Olvidaban las palabras de José Enrique Rodó: "Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca, y provincia, regiones y comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella polí-

ticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral —el sueño de Bolívar— es aún sueño, cuya realización no verán quizá las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la expresión geográfica de Metternich antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria; era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia, una y personal, existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa que cuando tomó contorno y color en el mapa de las naciones”.

La necesidad, cada vez más clara, de contribuir a salvar el futuro de la América Latina, mediante una prédica que despertase en las almas ímpetus superiores y nobles idealismos, capaces de preparar a distancia, si no una unidad como la de Italia o como la de Alemania, por lo menos una coordinación de política internacional, llevó así al pacífico escritor a desertar de su mesa de trabajo para subir a las tribunas y tomar contacto directo con el público.

La primera conferencia sobre el asunto la dicté en España. El Ayuntamiento de Barcelona celebraba el centenario de la República Argentina el 25 de mayo de 1910 y fue en el histórico Salón de Ciento donde expuse las “Causas y consecuencias de la Revolución Americana”. Recuerdo el hecho porque representa el punto de partida de la campaña emprendida después por toda América.

He pensado siempre que España debe representar para nosotros lo que Inglaterra para los Estados Unidos: el antecedente, el honroso origen, la poderosa raíz de la cual fluye la savia primera del árbol. En medio de la desagregación política y en una etapa de cosmopolitismo inasimilado, para mantener el empuje y la hilación de nuestra historia, conviene no perder de vista ese glorioso punto de partida, esa espina dorsal de recuerdos.

En ese antecedente está el eje de la común historia en América. Por otra, hablar de la independencia de una de las repúblicas hispanoamericanas como si se tratara de un hecho exclusivo y regional, es dar prueba de limitación de juicio. Con la misma razón cada provincia, dentro de cada república, podría aspirar a tener una historia independiente, multiplicando las subdivisiones hasta el infinito. En movimientos de ese orden debemos llegar al fondo de las simultaneidades y las repercusiones, abarcando hasta los horizontes, viendo el fenómeno en toda su amplitud, comprendiendo, en fin, más que los hechos aislados, el ritmo de una vasta corriente. Las hojas caen y revolotean en la atmósfera, pero es el viento el que las lleva.

En esa conferencia sostuve que, como el levantamiento de las diversas colonias se produjo casi en la misma fecha, sólo era posible hablar de la independencia de cualquier república del Continente dentro de la orquestación general de las independencias hispanoamericanas. Añadí que, sin menguar la nobleza el heroísmo y la gloria, los diversos movimientos separatistas de 1810 en los cuales intervinieron, aunque sea oblicuamente, intereses o espe-

ranzas comerciales o políticas de Inglaterra y de los Estados Unidos, fueron en algunas comarcas prematuros, como lo prueba el hecho de que, aun en las regiones más prósperas, después de buscar monarcas extranjeros para gobernarlos, aceptamos reyecías ideológicas para dirigirnos, pidiendo siempre a otros lo que no era posible aún de nuestra propia sustancia.

Observando los fenómenos universales, vemos que la independencia política de los pueblos es consecuencia o corolario de diferenciaciones étnicas, capacidades comerciales u originalidades ideológicas preexistentes, y acaso estos factores no habían alcanzado todavía definitivo desarrollo en todas las zonas de nuestra América puesto que, infantilmente débiles, después de abandonar el seno materno, tuvieron que aceptar algunas nuevas repúblicas el biberón de otras naciones, desmintiendo en la realidad los mismos fines iniciales del movimiento insurreccional.

Sin embargo, más que de falta de madurez para la vida autónoma, adoleció nuestra América hace un siglo de falta de conocimiento de la política internacional, porque el fraccionarse en dieciocho repúblicas, después de hacer abortar el épico intento de Bolívar y San Martín, no supo prever ni la imposibilidad histórica de muchas de esas patrias exiguas, ni la precaria situación en que se hallarían algunas para desarrollarse, dentro de su esfera, con tan precarios elementos, ni las acechanzas de que debían ser víctimas todas en medio de los remolinos de la vida.

Por eso es que considerando los hechos en su amplia filosofía superior y no desde el punto de vista de las pequeñas vanidades, podemos afirmar que los resultados del separatismo no han sido en todas las zonas de la América Latina igualmente satisfactorios, y que si tenemos en algunas legítimas razones locales para enorgullecernos de él, en conjunto y en bloque, se traduce en el balance de las grandes liquidaciones históricas, en cuantiosas pérdidas para el idioma y la civilización hispana (Texas, Arizona, California, Nuevo México, Puerto Rico, Santo Domingo, etc.) en simple cambio para algunas comarcas de la soberanía directa de la nación madre por la soberanía indirecta de una nación extraña y, en general, para el conjunto, en un protectorado anglosajón, que tal es la esencia de la discutida doctrina de Monroe, por un lado y de la influencia poderosa de Inglaterra, por otro.

He tenido ocasión de declarar que escribir para el público no es imprimir lo que el público quiere leer, sino decir lo que nuestra sinceridad nos dicta o nos aconseja el interés supremo de la patria. Y es la patria mía, en su concreción directa que es la Argentina, y en su ampliación virtual que es la América Hispana, lo que he tratado de defender, arrojando todos los odios. El 14 de octubre de 1911 di una conferencia en La Sorbona.

Al encarar el problema de América desde el punto de vista de la latinidad, era mi propósito dar mayor amplitud a la tesonera prédica despertando el interés en países concordantes y haciendo un llamamiento a sus conveniencias materiales y morales.

Francia tiene cuantiosos intereses en América Latina, no sólo desde el punto de vista económico, sino desde el punto de vista intelectual. La difu-

sión de sus ideas y de su espíritu en las tierras nuevas, le ha creado una especie de imperio moral que ha visto siempre con descuido, pero que tendrá que considerar al fin con interés creciente. Ideales de la revolución, tendencias filosóficas, literatura, arte en general, y con todo ello, formas de vida, gustos, direcciones humanas, cuanto puede ser prolongación de un alma nacional, han dejado en las repúblicas hispanoamericanas tan profundas huellas y rastro tan fijo, que casi puede decirse que Francia convive con nosotros y que la anulación de nuestro ser autónomo y de nuestras características significaría para ella una gigantesca disminución de su reflejo en el mundo. Al llamarla en auxilio nuestro, no hacíamos, en realidad, más que incitarla a defender una parte de su patriotismo espiritual.

Nos hallábamos por aquel tiempo muy lejos de prever la guerra que debía desencadenarse tres años más tarde y era el momento en que Francia veía con disgusto el avance vertiginoso de la infiltración norteamericana en tierras que, sin ser infieles al origen, respondían culturalmente a su llamada y seguían sus inspiraciones. El trance difícil llevó después a la gran nación a no atender más que a su defensa. Pero por aquellos años, decía, Francia era acaso la nación de Europa que con más libertad censuraba la acción imperialista en América, y la campaña fue recibida con singular beneplácito. Mi asidua colaboración en diarios y revistas de París, la docena de volúmenes que había publicado y, sobre todo, la coincidencia de intereses que enlazaba nuestras reivindicaciones nacionalistas con tendencias y aspiraciones francesas, contribuyeron a dar a esta conferencia una resonancia inusitada en una capital habitualmente sorda para las cosas de América.

Quince días después partía yo con el fin de realizar la gira continental, de la cual hablaré en los capítulos siguientes. Quería entrar en contacto con cada una de las repúblicas cuya causa había defendido en bloque; conocerlas directamente, observar de cerca su verdadera situación y completar mi visión general de la tierra americana, recorriéndola en toda su extensión, desde Las Antillas y México hasta el Cabo de Hornos.

Las distintas zonas están tan dolorosamente aisladas entre sí, las informaciones que tenemos sobre ellas son tan deficientes, que un argentino habla con más propiedad de Corea que de Guatemala, y un paraguayo sabe más de Alaska que de Cuba. Mi propósito era romper con la tradicional apatía; vivir, aunque fuera por breve tiempo, en cada uno de esos países, para poder rectificar o ratificar según las observaciones hechas sobre el terreno, mi concepción de lo que era la Patria Grande. A este fin primordial, se unía el deseo de tratar personalmente a los gobernantes, a los hombres de negocios, a los escritores, a los publicistas, a los dirigentes del gobierno y de la opinión, a la juventud, en fin, cuya simpatía sentía latir a lo lejos y de la cual me llegaban ecos reconfortantes.

La América a la cual yo había dedicado mi esfuerzo desde la primera juventud, cuyos intereses políticos había defendido en todo momento, cuya literatura joven había reunido en conjunto en un volumen, con cuyos altos espíritus estaba en correspondencia, cuyas palpitaciones todas, sin que yo

hiciera diferencia entre una república y otra, llegaban en París hasta mi mesa de trabajo, era, sin embargo, todavía para mí, con excepción de la Argentina, donde había nacido y de México, donde había tenido la revelación del común problema, una zona geográficamente desconocida; y a través de las nociones adquiridas por referencias de libros y comunicaciones de todo orden, adivinaba yo vagamente líneas y detalles nuevos, ramificaciones complementarias, golpes de vista generales, color y atmósfera, cuanto escapa al texto o a la fotografía y sólo es posible comprender o abarcar en la visión directa.

Lo que más me interesaba descubrir era el estado de espíritu de la enorme zona y su disposición para la vida independiente, procediendo a lo que podríamos llamar un sondeaje del alma colectiva en los momentos difíciles que se anunciaban para el Nuevo Mundo. El hispanoamericano que se lanzaba así a recorrer un continente sin mandato de ningún gobierno, sin apoyo de ninguna institución, luchando por un ideal, sin más armas que su patriotismo y su desinterés, tenía que ser, naturalmente, para algunos, viajero poco grato y testigo molesto. Adivinaba las hostilidades acerbadas y las rudas luchas que me aguardaban, así como presentía los entusiasmos a que debía dar lugar el gesto entre las nuevas generaciones. Fue deliberadamente, con pleno conocimiento de causa, que emprendí el viaje difícil. Sobre la base del conocimiento que esta primera gira me permitió adquirir, se han acumulado después las notas recogidas en el constante estudio de las cuestiones de América y las observaciones acumuladas en viajes posteriores. Es un panorama lo que aspiro a reflejar en este libro, en un momento en que mientras empiezan a perfilarse las líneas de la nueva política mundial, los latinoamericanos nos preguntamos: "¿Cuál será la ubicación de nuestras repúblicas en los remolinos del futuro?"

[Capítulo I, del libro *El destino de un continente*. Editorial Mundo Latino. Madrid. España, 1923. Ediciones de la Patria Grande, Buenos Aires. Argentina, 1962].

MEXICO, NICARAGUA Y PANAMA

(1927)

LOS CONFLICTOS de México, Nicaragua y Panamá sólo son un conflicto. Es muy fácil de comprender esto si se considera que los tres tienen un mismo origen: el imperialismo yanqui.

Se trata de una raza fuerte, disciplinada, realmente joven y trabajadora que poco a poco, fatalmente, tenía que ir absorbiendo los fragmentos dispersos de otra raza más débil, desorganizada y que está constantemente sufriendo la convulsión de todas y de las más disparatadas anarquías. Ellos, en cambio, tienen una política previsora, una política de orden que usufructúa el desorden reinante en 20 pueblos incapaces. Lo que debemos hacer es coordinar nuestra acción como lo han hecho ellos, en vez de pelearnos por un poco más de terreno, cuando por todas partes nos está sobrando fértil y despoblado.

Todos protestamos ahora contra el imperialismo alzando nuestras voces. Queremos escandalizar al mundo y adoptamos hermosas pero inútiles actitudes de paladines. Pero el remedio no es ése: preguntémonos si acaso no incumbe a México una parte de la responsabilidad de lo que está ocurriendo ya que enajena sus zonas petrolíferas, si acaso a Panamá que vendió un pedazo de su suelo...

Nuestros gobiernos han obrado siempre con una impericia lamentable. Jamás estuvieron atentos a otra cosa que no fuera su vanidad o su interés y ahora, frente a estos hechos, se comprueba su bancarrota: la bancarrota de sus pobres cualidades y de su escasa honestidad.

Levantemos una voz de protesta contra el imperialismo de los yanquis, pero ellos son muy fuertes y tienen mucha confianza en sí para que se asusten de declaraciones. Contra quienes debemos levantarnos es contra las tiranías que son, para la América Latina, vergüenza tan grande como la cicatriz que en ellas puede dejar el imperialismo yanqui. Debemos gritar y obrar contra los oligarcas, contra los presidentes inconstitucionales y contra los partidos políticos para quienes los más grandes problemas sociales son esas pequeñeces que salen del egoísmo y del comercio ilegal. Debemos liquidar los errores

endémicos que tan malamente nos han hecho llegar a este período de la historia. Es necesario que dejemos de entregar a los yanquis las fuentes de riqueza y de seguir solicitando empréstitos que no reportan ninguna ventaja para la colectividad.

Nada debemos esperar de los hombres que desde nuestros gobiernos han metido a la América Latina en las fauces del dragón imperialista. No tienen ningún derecho a nuestra confianza y sería tontería seguir esperando de ellos. Muchos años de fracaso no acreditan a nadie para entregarle el mando en el momento más difícil. Necesitamos hombres y fórmulas nuevas y esto sólo lo encontraremos entre los hombres jóvenes, en los partidos avanzados que son los verdaderos y únicos defensores de la nacionalidad, en su esencia, en sus partes durables. La miopía de nuestras clases dirigentes ha fomentado el imperialismo. Durante veinte años estuvimos denunciando todo esto que ahora recién se ve y nos trataron de ilusos, de peligrosos. Ellos son los responsables.

La América Latina sólo podrá defenderse con la ayuda de gobiernos que estén a la altura del pueblo por su inteligencia y por su voluntad para el sacrificio. Los del sur aún no hemos sentido tan reciamente como los del norte y centro de América, la influencia maléfica del imperialismo y estamos todavía a tiempo de evitar muchas cosas. Lo que debemos hacer no es intervenir en el conflicto sino cambiar de política interior. Formarnos de una vez ya que aún no estamos formados y contemplar las cosas con un espíritu más libre, más valiente y sobre todo con un poco de inteligencia.

[Publicado en el diario *Crítica* de Buenos Aires, el 21/1/1927. Archivo General de la Nación Argentina].

MANIFIESTO A LA JUVENTUD LATINOAMERICANA

(1927)

TRES NOMBRES han resonado durante estos últimos meses en el corazón de la América Latina: México, Nicaragua, Panamá. En México, el imperialismo se afana por doblar la resistencia de un pueblo indómito que defiende su porvenir. En Nicaragua, el mismo imperialismo desembarca legiones conquistadoras. En Panamá, impone un tratado que compromete la independencia de la pequeña nación. Y como corolario lógico cunde entre la juventud, desde el río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, una crispación de solidaridad, traducida en la fórmula que lanzamos en 1912: ¡La América Latina para los latinoamericanos!

Por encima de los episodios de la lucha que se prolonga desde hace tantos años, hay que considerar los hechos desde el origen y en su significación virtual.

Los pueblos son grandes, más que cuando juzgan airadamente a los demás, cuando aquilatan severamente sus errores. Y en la nueva era que se abre, contra lo que con más vigor debemos levantarnos es contra aquellos de nuestros propios dirigentes que no supieron prever las consecuencias de sus complacencias, que no tuvieron una visión continental de nuestros destinos, que obsesionados por la patria chica y por los intereses de grupo, motejaron desdeñosamente de "poetas" a cuantos elevaron el espíritu hasta una concepción superior.

Parecerá monstruoso mañana a los que juzguen, pero fue considerada como signo de incapacidad para el gobierno toda tendencia hacia una política global. Cada hombre obedecía a sus ambiciones, cada grupo a sus propósitos partidistas, cada nación a sus odios minúsculos. La América Latina se devoraba a sí misma, como los galos en tiempo de César, o como los Aztecas cuando llegó Hernán Cortés. Y para los grupos predominantes resultaba inexperiencia, lirismo, suprema locura, cuanto tendiese a una política de solidaridad.

En esa orientación equivocada hay que buscar el origen de los atentados que hoy motiva nuestra protesta. Los primeros responsables son los hombres

o los núcleos que, guiados por una falsa conciencia de figuración, por apasionamientos de bando o por rencores regionalistas, enajenaron nuestras riquezas, sancionaron con su silencio los atentados contra el vecino, suscribieron el postulado protector de Monroe, y colaboraron con el imperialismo en los congresos panamericanos, mientras se agrandaba en la sombra el cáncer que debía poner en peligro la vitalidad común.

Las culpas que han originado la situación actual nacen de una visión inexacta o de una pequeñez de propósitos. Y esas son culpas exclusivas de los gobiernos. Nuestros pueblos fueron siempre grandes y generosos. Aunque se les mantuvo ignorantes de la verdadera situación, tienen el presentimiento de lo que tiene que ser el porvenir. Si no se opusieron con más ímpetu a la política nefasta, fue porque no se dejó llegar hasta ellos la verdad. Pero los dirigentes debían saber. Y la primera conclusión que podemos sacar de los acontecimientos actuales es que nos hallamos en presencia de la bancarrota de una política.

Hablo para toda la América Latina sin exceptuar las regiones hoy aparentemente indemnes; y hablo sin encono contra nadie, ni contra nada. Los hombres habrán sido malos o buenos. Lo que la evidencia dice, es que resultaron insuficientes. Rindiendo culto, más a las apariencias de la patria que a su realidad, creyeron que gobernar consiste en mantenerse en el poder, en multiplicar empréstitos, en sortear las dificultades al día. En sus diferentes encarnaciones —tiranos, oligarcas, presidentes ilegales—, se afanaron ante todo por mantener intereses de grupos o susceptibilidades locales sin sentido de continuidad dentro de la marcha de cada país, sin noción de enlace con las regiones limítrofes. Fue la imprevisión de ellos la que entregó en el orden interior, a las compañías extranjeras, sin equivalencia alguna, las minas, los monopolios, las concesiones y los empréstitos, que deben dar lugar más tarde a conflictos, tutelas, y desembarcos, haciendo patrias paráliticas que sólo pueden andar con muletas extranjeras. Fue su falta de adivinación de las necesidades futuras la que multiplicó entre las repúblicas hermanas los conflictos que después resuelve como árbitro el imperialismo devorador. No hay ejemplo de que una región tan rica, tan vasta, tan poblada, se haya dejado envolver con tan ingenua docilidad. Cuando algunos de nuestros diplomáticos nos hablan del coloso del Norte, confiesan una equivocación trágica. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando abandonaron a los bancos y a las compañías extranjeras cuanto representaba el desarrollo futuro del país. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando en un continente dividido por la raza, la lengua, y la vitalidad, desdeñaron todo concierto con los grupos igualmente amenazados y se pusieron a la zaga del organismo conquistador.

Es indispensable que la juventud intervenga en el gobierno de nuestras repúblicas, rodeando a hombres que comprendan el momento en que viven, a hombres que tengan la resolución suficiente para encararse con las realidades.

Se impone algo más todavía. El fracaso de la mayoría de los dirigentes anuncia la bancarrota de un sistema. Y es contra todo un orden de cosas que debemos levantarnos. Contra la plutocracia, que en más de una ocasión en-

trelezó intereses con los del invasor. Contra la politiquería, que hizo reverencia ante Washington para alcanzar el poder. Contra la descomposición que en nuestra propia casa facilita los planes del imperialismo. Nuestras patrias se desangran por todos los poros en beneficio de capitalistas extranjeros o de algunos privilegiados del terruño, sin dejar a la inmensa mayoría más que el sacrificio y la incertidumbre.

Al margen de los anacrónicos individualismos que entretuvieron durante cien años nuestra estéril inquietud hay que plantear al fin una política. Hay que empezar por crear una conciencia continental, y por desarrollar una acción que no se traduzca en declamaciones, sino en hechos.

El acercamiento cada vez mayor de nuestras repúblicas es un ideal posible, cuya realización debemos preparar mediante un programa de reformas constructoras dentro de cada uno de los Estados actuales. Entre esas reformas debe figurar, en primera línea, una disposición que otorgue, a cargo de reciprocidad, derechos y deberes de ciudadanía a los nativos de las repúblicas hermanas, con la limitación, si se quiere, por el momento, de la Primera Magistratura del país y los principales ministerios. Esto facilitará una trabazón de fraternidades. Es necesario reunir también una Comisión Superior Latinoamericana, encargada de estudiar, teniendo en cuenta las situaciones, un derrotero internacional común, una política financiera homogénea, un sistema educacional concordante. Su misión será aconsejar proyectos, aplicados después por los gobiernos respectivos. Hay que proceder sobre todo, sin dejar perder un minuto, dentro de nuestra familia latinoamericana, a la solución equitativa y pacífica de los pequeños conflictos de frontera que entorpecen la marcha armónica del conjunto y permiten injerencias fatales.

La hora es más difícil de lo que parece. No esperemos a estar bajo la locomotora para advertir el peligro. Nos hallamos ante un dilema: reaccionar o sucumbir.

La salvación de América exige energías nuevas. Y será sobre todo de las generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas eternamente sacrificadas. Una metamorfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el fondo para hacer al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud. Sería inadmisibles que mientras todo cambia, siguieran atadas nuestras repúblicas a los tiranos infecundos, a las oligarquías estériles, a los debates regionales y pequeños, a toda la rémora que ha detenido la fecunda circulación de nuestra sangre. Hay que inaugurar en todos los órdenes un empuje constructor. Porque la mejor resistencia al imperialismo consistirá en vivificar los territorios y las almas, haciendo fructificar los gérmenes sanos que existen en la más abstencionista o escéptica, en el fondo más aborigen, en los vastos aportes inmigratorios, en todos los sectores de una democracia mantenida hasta hoy en tutela, con unas u otras artes, por hombres, grupos o sistemas que acaparan el poder desde que nos separamos de España.

Ya he tenido ocasión de decir que el derecho no es hoy una ley moral infalible, sino una consecuencia variable de los factores económicos y de la

situación material de los pueblos. El imperialismo realiza su obra hostil; iniciemos nosotros la nuestra reparadora. Clamar contra atentados es un lógico desahogo y un santo deber. Pero hay que hacer sobre todo un esfuerzo para que los atentados no se puedan realizar. Y ese resultado no lo hemos de esperar de la generosidad ajena, sino de nuestra resolución de espíritu para aceptar soluciones apropiadas a los hechos a medida que estos se manifiestan.

Quien escribe estas líneas en la hora más grave porque ha atravesado nuestra América, no aprovechó nunca las circunstancias para buscar encubramientos o aclamaciones. Con razón o sin ella, por disentimientos con el partido al cual pertenecía, declinó en su país una candidatura a diputado y otra a senador. Con razón o sin ella, durante la guerra grande se lanzó a predicar la neutralidad contra un torrente que lo sepultó bajo su reprobación. Nunca hice lo que me convenía; siempre hice lo que consideré mi deber, afrontando la impopularidad y las represalias. Y al dirigirme como hoy a la juventud y al pueblo, no entiendo reclamar honores. Los hombres no son más que incidentes; lo único que vale son las ideas. Vengo a decir: hay que hacer esta política, aunque la hagan ustedes sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer y háganla pronto, porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas. Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república y a un acercamiento entre todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por las ideas. Hay que realizar la segunda independencia, renovando el Continente por la democracia y por la juventud.

Basta de concesiones abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolosos, de desórdenes endémicos y de pueriles pleitos fronterizos.

Que cada cual piense, más que en sí mismo, en la salvación del conjunto. Opongamos al imperialismo una política seria, una gestión financiera perspicaz una coordinación estrecha de nuestras repúblicas. Remontemos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán. Superioricemos nuestra vida. Salvemos la herencia de la latinidad en el Nuevo Mundo. Y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso. Sólo podemos confiar en el porvenir.

[Manifiesto lanzado en marzo de 1927, publicado en diversos diarios latinoamericanos. Se reproduce de *El tecolote*, Houston, Texas, de la 3ª semana de junio de 1927. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

SOLO SANDINO REPRESENTA A NICARAGUA

(1928)

EL PATRIOTISMO ha consistido a menudo, en ciertos países, en negar las realidades. Es patriota quien sostiene que la intervención extranjera no importa limitación de soberanía. Es patriota quien arguye que la nacionalidad queda intacta aunque se hallen las aduanas en poder de otro país. Es patriota quien cultiva la confianza jactanciosa de las naciones débiles. Así han creído algunos suprimir los peligros, negándose a mirarlos; así han disimulado las derrotas, no fingiendo verlas; así nos han traído hasta esta situación de vasallaje económico y político que los directores de la opinión en nuestras repúblicas no advirtieron nunca, no denunciaron y que pone hoy al borde del abismo la existencia autónoma de Centro y Sud América.

Rechazamos, a la vez, la politiquería que desquició nuestro porvenir y la disimulación, a veces interesada, que envenenó nuestra atmósfera. Queremos afrontar las realidades, por penosas que ellas sean, con los ojos puestos en la Patria Grande del futuro.

La crisis de Nicaragua deriva de tres factores evidentes: Primero la ambición de la plutocracia de los Estados Unidos, ansiosa de acentuar su irradiación imperialista. Segundo, la indiferencia de los gobiernos oligárquicos de la América nuestra, incapaces de comprender los problemas del Continente. Tercero, la exigüidad de visión de los políticos nicaragüenses, afanosos de llegar al poder aunque sean con desmedro de los intereses de la patria.

Esta comprobación bastaría para dictarnos una actitud frente al problema de Nicaragua.

Invadido como se halla gran parte del territorio de esa república por tropas extranjeras, imposibilitados como están para votar los elementos patriotas que forman en las guerrillas defensoras de la tierra natal, toda tentativa de elección resulta una injuria para la dignidad de ese pueblo.

Que la masa incontaminada de nuestras repúblicas no se deje engañar por una rivalidad de avidedes entre dos bandos tradicionalmente sujetos a la influencia de los Estados Unidos. No nos deslumbra el sofisma de unas elec-

ciones triplemente falseadas, por la presencia de tropas de desembarco, por el sometimiento de los dos grupos a los intereses del invasor y por el mutismo a que se hallan condenados los elementos más dignos de respeto. Fiscalizar esas elecciones o discutir sobre ellas, sería darles apariencias de legalidad y conceder jerarquía a minorías claudicantes que se disputan el poder amparadas por el enemigo nacional.

El caso de Nicaragua no se puede resolver electoralmente. No hay más que dos divisiones en aquel país: de un lado los que aceptan la dominación extranjera, del otro, los que la rechazan. Como estos últimos no pueden votar, no cabe engañar a la opinión con vanos simulacros.

No admitamos, pues, diferencia entre liberales y conservadores, y hagamos bloque contra los derrotistas, contra los Presidentes y los candidatos ungidos por la Casa Blanca, contra todas las encarnaciones que toma el mísero egoísmo de los caudillos subalternos.

El único que merece nuestra entusiasta adhesión es el general Sandino, porque el general Sandino representa, con sus heroicos guerrilleros, la reacción popular de nuestra América contra las oligarquías infidentes y la resistencia de nuestro conjunto contra el imperialismo anglosajón.

La sangre nuestra fue derrochada hasta ahora en luchas civiles estériles que sólo trajeron ventaja para los tiranos o para las oligarquías. La acometividad, el valor, el espíritu de sacrificio de nuestros pueblos, todo lo que tiene de grande el alma iberoamericana se malogró en agitaciones suicidas, que ora pusieron frente a frente a dos fracciones dentro del mismo país, ora devastaron a dos o más repúblicas limítrofes. Si fuera posible reunir en un haz de heroísmos todas las inmolaciones inútiles, habría fuerza para nivelar las montañas. Pero los hombres que tuvieron en sus manos ese tesoro popular, en vez de emplearlo en favor del bien común, lo malgastaron al servicio de sus egoísmos personales. Por la primera vez desde hace largas décadas corre esa sangre al margen de las ambiciones mezquinas y en beneficio de todos. Por eso estamos con Sandino, que al defender la libertad de su pueblo, presagia la redención continental.

[Escrito en Niza, en abril de 1928, fue publicado en julio de ese mismo año en *Amauta*, revista dirigida por José Carlos Mariátegui en Lima, Perú. Y reproducido en diversos periódicos latinoamericanos. Archivo General de la Nación Argentina].

CANALES INTEROCEANICOS: PANAMA, NICARAGUA

(1931)

MI QUERIDO García Monge:

Recibo su carta y desde luego, por pedírmelo usted, tan acreedor a nuestra admiración y afecto, voy a contestar a la encuesta. Pero he de contestar con franqueza meridiana porque, dado el giro que ha tomado la política imperialista en estos últimos tiempos, no cabe, al considerar tales asuntos, más que el silencio o la verdad.

Se ha gastado, hasta caer en desuso, el expediente conciliador de fingir no ver los propósitos y atenerse a la apariencia legal de las ilegalidades. Entre Nicaragua y los Estados Unidos no pudo haber tratado por dos razones:

a) porque Nicaragua está gobernada por un grupo que no representa el sentir de Nicaragua,

b) porque, hallándose ese grupo sostenido por los Estados Unidos no puede pactar con los Estados Unidos, más que lo que los Estados Unidos quieran.

Resulta vano buscar interpretaciones o prever conflictos alrededor de un convenio unilateral.

Hemos entrado en una época en que no cabe preguntarse en qué papel dorado de mentiras conviene envolver la abdicación. Hay que contemplar la ignominia en toda su purulencia, la ignominia de los que nos humillan y también la ignominia de nosotros, que soportamos la humillación. Podrá convenir a los Estados Unidos dar forma diplomática a la violencia y pagar 3.000.000 de dólares por anular una nacionalidad y afianzar el dominio interoceánico. Eso equivale a comprar la ciudad de Nueva York mediante un cajón de whisky. Pero no hemos de contribuir nosotros a prestar consistencia al expediente, tomándolo en serio y discutiendo alrededor de él.

Se habla de un nuevo tratado. ¿Entre quiénes se firmaría ese tratado? Nicaragua se halla ahora en manos de los mismos (poco importan las etiquetas) que la sacrificaron en 1914. Sólo tendría verosimilitud un tratado refrendado por Sandino, que está salvando con su resistencia, el honor de un Continente.

Pero a Sandino se le trata en los Estados Unidos de malhechor y nosotros lo dejamos injuriar a mansalva, prestando hasta nuestros periódicos para corear la difamación. Así triunfó siempre el imperialismo de todos nuestros valores, con el auxilio de las emulaciones lugareñas.

En el reino de la hipótesis, cabe propiciar la internacionalización del canal —y esta será, cuando se restablezca el ritmo de la vida, la solución más clara— pero en el estado actual, ¿de qué serviría la ilusoria co-participación de gobiernos que no tienen independencia ni fuerza para hacerse respetar? Europa nos abandonó, al aceptar la doctrina de Monroe en el tratado de Versalles. El Japón se agazapa en sus islas. ¿Cuáles serían las naciones capaces de establecer la equivalencia que da nacimiento al equilibrio? Porque la teórica igualdad de derechos sólo se hace efectiva cuando hay igualdad de iniciativa y de poder.

¿Pesimismo? No tal. Creo en nuestro porvenir, porque oigo el paso de la juventud que sube. Pero nuestra fuerza futura estará basada sobre la exactitud de visión. Los Estados Unidos serán dueños de estrangularnos, mientras nosotros nos dejemos estrangular. La presión existirá hasta que logremos sacudirla. El derecho nada tiene que ver en estas cosas. Pero esto lo saben ya las nuevas generaciones; y de ahí nace el hondo fervor combativo que empieza a transformar el ambiente de las repúblicas hispanas, al calor de ideales avanzados que son la negación del estancamiento, del privilegio y de la sumisión. Nuestra debilidad está hecha de inmovilidad. El día en que nos proponamos ser fuertes, lo seremos.

En cuanto a la conciliación, respeto todas las ilusiones, pero es el caso de preguntarse qué conciliación puede haber entre la víctima tendida en el suelo y el victimario que le sigue asestando golpes. Cuando dirigí, en marzo de 1913, una carta abierta al presidente Wilson, señalándole los atentados de aquella época y pidiéndole que la bandera estrellada no fuese símbolo de opresión en el Nuevo Mundo, yo creía aún en la posibilidad de una reacción. Hoy no lo creo. Nos encontramos en presencia de una política deliberadamente imperiosa, que continuará por encima de los hombres y de los partidos, hasta que tengamos la entereza de cerrarle el paso. Y eso es lo que la juventud se apresta a hacer, al empeñarse en transformar, ante todo, el andamiaje y la organización de la América Latina, porque fueron las ambiciones políticas y los intereses de casta los que engendraron el dolor actual.

Y conste que es un desahogo poder decir estas cosas. Si no contesté a la primera carta circular, que recibí hace algunos meses, fue porque comprendí que mis opiniones resultan impublicables para cualquier hoja que no tenga la tradición de libertad que hace el prestigio de *Repertorio Americano*.

Un apretón de manos muy cordial de su viejo amigo,

Manuel Ugarte.

[Escrito en Niza el 16 de julio de 1931 y publicado en *Repertorio Americano* de agosto de 1931. Archivo General de la Nación Argentina].

NUEVA EPOCA

(1940)

DARÁ prueba de escasa perspicacia quien juzgue que esta guerra es igual a las guerras más o menos recientes que ha conocido el mundo. Confesará falta de preparación y desconocimiento de las realidades quien se atenga a explicar las mudanzas de hoy con razonamientos o experiencias anteriores a los fenómenos actuales.

El fracaso de muchos políticos se debe a la obstinación con que quisieron resolver a destiempo las ecuaciones empleando fórmulas que habían perdido su virtud. Nos hallamos en presencia de una subversión fundamental del orden conocido, subversión que alcanza no sólo a los métodos y procedimientos sino a las inspiraciones, y a las finalidades.

Uno de los más claros signos de incompreensión reside en la terquedad con que tantos siguen aplicando el criterio de "es bueno" o "es malo", cuando sólo cabe emplear los términos "es necesario" o "es útil".

El preceptismo anquilosado encuentra todavía fuerza para crispase ante situaciones que no supo prever. Pero la lamentación, el asombro, la protesta, la intriga, no modifican los acontecimientos. La historia no se hizo nunca, en sus grandes virajes, sino con realidades imperiosas que se sobrepusieron a otras realidades enfermas o claudicantes.

Pese a las disquisiciones los pueblos siguen aplastándose y superponiéndose, sin cuidarse de la lamentación o el anatema, en una sucesión indefinida de preeminencias y caídas. Queda siempre a los rezagados el recurso de epilogar amargamente que las colectividades, como todo en la naturaleza, se desarrollan por encima del bien y del mal. Pero este juicio apresurado y temporal, que acaso se ajusta más a las simetrías limitadas del individuo que a los grandes panoramas raciales o históricos, resulta desmentido por el resultado y la filosofía final de los acontecimientos. Con los cambios siempre ha dado un paso hacia adelante la especie. El salto de una edad a otra puede efectuarse en forma de sacrificio que desorienta, pero el dolor del alumbramiento trae la promesa de la nueva vida.

La poderosa expansión militar es siempre resultante del desborde vital de un pueblo. De suerte que esa expresión violenta viene acompañada de fermentaciones creadoras, no sólo en las formas materiales de civilización sino en el orden pensante, puesto que no hubo nunca en los siglos un empuje bélico de proporciones superiores que no llevase en sí, como hélice animadora, su renovación ideológica y social.

En la actual transformación global del mundo, que socava los cimientos de imperios tradicionales y rompe viejos equilibrios, se abre para muchos pueblos sojuzgados la posibilidad de aprovechar el cambio de atmósfera. En la trágica curva, que estamos recorriendo a una velocidad que pasma, acaso no alcanzan algunos a percibir la perspectiva.

Por culpa de políticos ignorantes o venales nuestros países sólo tuvieron hasta hoy la organización que convino a las potencias que los explotan.

Ninguno alcanzó la estructura adecuada. Una reorganización política y moral del mundo puede ayudarnos a pensar nuevo, a vivir diferente, a volver a sacar a la superficie la verdadera nacionalidad que dormía.

Porque las grandes conmociones geológicas hacen surgir, a veces, islas en las antípodas.

Se ofrece a nuestra América una oportunidad. Se abre una época excepcional en que podemos lograr expresiones nuestras, vida propia.

Una nueva ordenación de la economía europea es susceptible de traer una nueva ordenación de la economía iberoamericana y de aliviarnos en lo material y en lo espiritual, de muchas gabelas opresoras.

En este sentido, Iberoamérica puede sacar ventaja del conflicto mundial, porque a medida que disminuya el poderío de Inglaterra y Estados Unidos aumentan nuestras posibilidades de autodeterminación.

[Manuscrito de Manuel Ugarte, escrito en Chile, en 1940. Inédito. Arch. Gral. de la Nación Argentina].

LOS FUNDAMENTOS VITALES

(1950)

AL REFERIRNOS al proceso de formación y a la independencia, hemos insinuado la parte esencial que tuvieron las ambiciones de otros pueblos. Después de los desembarcos fracasados en el Río de la Plata, Inglaterra continuó su tarea de captación en forma de propaganda separatista. Los Estados Unidos, que se habían adelantado un cuarto de siglo, a nuestra emancipación, creyeron poder aspirar a regir la marcha general del Continente. Si ambas naciones favorecieron nuestra autonomía, fue, como después se hizo en Cuba, para usufructuarla. Una concepción libresca de esa "libertad" que nunca supimos definir, consagró el salto virtual de un colonialismo a otro.

Dos grandes ingenuidades se han dicho en el curso de nuestra evolución. La primera "gobernar es poblar". ¡Como si se pudieran reclutar figurantes de la nacionalidad! La segunda, "necesitamos capitales". ¡Como si la riqueza no fuera capital!

Las regiones ubérrimas, el subsuelo rebosante de metales y combustibles, los bosques y los ríos, constituyen fabulosos veneros de abundancia y prosperidad. En vez de valorizar en provecho nuestra tan inaudita reserva, la hemos entregado gradualmente a especuladores extranjeros que sólo dejan en el país, cuando lo dejan, un pobre impuesto a la exportación y el vago residuo de salarios miserables.

Claro está que para hacer fructificar los dones de la naturaleza falta la técnica, la maquinaria y la movilización. Pero esta circunstancia no justifica el abandono. Con los empréstitos que nuestras repúblicas contrajeron y dilapidaron durante un siglo, se hubieran podido pagar cien veces los barcos, los ferrocarriles, las máquinas y los especialistas necesarios para poner en marcha la producción.

Y si eso no hubiera sido posible, nada se opuso, por lo menos, a que el Estado, obrando como un particular en caso análogo, se reservase su parte, asociándose al negocio de las compañías concesionarias.

Nuestros dirigentes cedieron, en cambio, minas, bosques, yacimientos, cuanto brindaba la tierra pródiga, sin contrapeso alguno, llegando hasta considerar las enajenaciones como factores de progreso y de civilización. Cuando contemplamos en conjunto el desastre, nos agarramos la cabeza y nos preguntamos cómo pudo ser posible que por canales secretos huyera a otras naciones el patrimonio nacional.

En todos los lugares donde se abrió una riqueza vemos hoy aparecer un sindicato, una corporación, una compañía que lleva nombre exótico y deja sus beneficios en Londres o en Nueva York. Los nativos —puesto que así nos llaman— sólo aparecen como empleados, capataces y obreros al servicio de los empresarios, o como figurones en los Directorios que nada dirigen, para alcanzar influencia política prestándose a colaborar en la disminución.

Después de entregar las materias primas y los recursos fundamentales, se enajenaron también los servicios públicos y los mecanismos que facilitan el funcionamiento de la actividad general. Teléfonos, cables, líneas de navegación, tranvías, seguros, fuerza motriz, ferrocarriles, pertenecieron a empresas extrañas y el iberoamericano tuvo la sensación, hay que repetirlo, de que cada vez que descolgaba el receptor, subía a un vagón o encendía una luz, dejaba caer una moneda en fabulosos rascacielos distantes.

La ciencia de los grandes técnicos de captación consistió, en unos casos, en inducirnos a regalarles la reserva que nos pertenece para vendernos después a precio elevadísimo sus productos y en otros casos, en erigirse en distribuidores, como ocurre con ciertas grandes compañías que se plantan a medio camino acaparando vastos sectores de la producción, para medrar sin esfuerzo regulando la distribución mundial.

En general, cuanto es fuente de abundancia funciona hoy fuera de nuestro alcance. Parecería que en cada república hay dos repúblicas: una aparente, que tiene presidente, bandera y Cámaras, pero cuyas funciones son de orden en cierto modo municipal, y otra secreta, pero decisiva, que pone en marcha realmente los grandes engranajes y acciona desde lejos las llaves de la abundancia o la ruina.

Omitimos cifras y referencias porque al contemplar tan amplio conjunto sólo cabe subrayar los rasgos salientes de una síntesis que abarca aspectos inmensos. El alarde de documentación es cosa fácil. Algo más arduo intentamos al extraer la médula de los acontecimientos. Abundan memorias, estudios y estadísticas al alcance de todos. No hay que hacer prolijas investigaciones para descubrir que cada una de nuestras repúblicas fue una empresa mal planteada. Ningún particular se atrevería a emprender un negocio corriente en las condiciones en que entre nosotros se creyó posible solidificar un estado. La falta de equilibrio entre las deudas, los gastos de explotación y los beneficios hizo fracasar toda autonomía económica. Pese al auge pasajero y al optimismo superficial, nos condenamos nosotros mismos a la dependencia, porque, en pugna con la lógica, el éxito estaba condicionado desde ciudades distantes y dejaba el mayor tanto por ciento fuera de las fronteras.

El dinero proporcionado por los empréstitos, lejos de producir, por lo menos, el interés que pagaba, fue en muchos casos destinado a llenar baches de presupuesto y no hizo más que aumentar el hueco sin fondo de la deuda pública.

Las concesiones se firmaron a perpetuidad bajo el antifaz de los rituales noventa años. Metales, petróleo, maderas, riquezas de todo orden, fueron entregadas a sindicatos que después procedieron como dueños, llegando hasta establecer en ciertas zonas, jurisdicción aparte, con jueces propios y policía.

Ninguno de los que intervinieron en estos manejos lograría puntualizar cuáles fueron las ventajas sólidas y durables que con ello obtuvieron, obtienen y obtendrán las repúblicas que así sacrificaron su porvenir. Ni recibieron una suma proporcionada, ni participaron en los beneficios. Sólo el ínfimo impuesto a la exportación que cuando existe nadie se atreve a aumentar y que el fraude reduce a sumas cada vez más flacas, suele moderar tímidamente esta fantástica transfusión de sangre que desde tiempo largo consienten nuestros débiles organismos en formación para favorecer a las metrópolis ahitas.

A la vez dadivosos y mendigos, derrochamos los tesoros para solicitar después empréstitos a los mismos que nos desangran. Hemos llegado hasta pagar a los técnicos que vienen a descubrir riquezas que después serán explotadas por compañías extrañas. En cuanto a los empréstitos se pudieron justificar en los orígenes los destinados a poner en movimiento la producción (manobra elemental que practican a diario en todas partes cuantos desean explotar un campo fértil o establecer una industria), pero resulta paradójal que primero se enajene sin provecho la riqueza inexplorada y después se pida a crédito lo indispensable para vivir. Sobre todo cuando se descubre que las fabulosas sumas que se adeudan sólo sirvieron para hacer frente a gastos de administración o para pagar la ornamentación vanidosa de las capitales. Porque en muchos casos se ha operado el proceso al revés y hemos tenido grandes ciudades antes de tener naciones.

Nunca sirvió el empréstito para explotar una mina, construir un ferrocarril, explotar el subsuelo, instalar un frigorífico o establecer líneas de navegación, es decir, para empresas remuneradoras y por lo tanto susceptibles de cubrir los intereses y amortizar el capital adeudado. En este sentido, podemos decir que nos azotó el peor de los oportunismos disolventes: el "después de mí, el diluvio" que consiste en pasarla bien, hipotecando el porvenir.

Sumemos a esto el despilfarro de las administraciones, la multiplicación del número de empleados a raíz de cada cambio gubernamental, las revoluciones o guerras que obligaron a comprar ávidamente, sin regateo, las armas anticuadas que nos querían vender, los gastos locos, en fin, que en tiempo normal resultaban desproporcionados, dada la capacidad del país, y que se convertían en gastos catastróficos a raíz de cada conmoción. Como ninguna de estas aventuras pagaba sus desplantes, es decir, como ninguna traía una compensación o una ventaja, puesto que casi siempre eran fruto de conveniencias o incitaciones de afuera, siempre se tradujeron en nuevas obligaciones que hacían

más hondo el despeñadero al borde del cual multiplicaba equilibrios la incipiente nacionalidad.

Sería vano subrayar las estériles competencias políticas que sólo se trajeron en monótona substitución de nombres, o insistir sobre el carácter de las guerras de frontera, visiblemente paradójales en países que no habían explorado su territorio y apenas tenían dos o tres habitantes por kilómetro cuadrado. No traían las primeras ninguna idea reformadora. Carecían las segundas de interés vital. La ambición de algunos y el epidérmico amor propio no eran razones suficientes para justificar el estrago. Con el agravante de que todos sabíamos en el fondo que del apasionamiento, del interés y del egoísmo ocasional sacaban siempre las influencias extrañas el doble provecho de reforzar cadenas económicas y de vender a buen precio el sobrante de sus pertrechos militares.

La balcanización y el desorden hizo olvidar a Iberoamérica su destino.

Es increíble, por ejemplo, que produciendo Iberoamérica, en conjunto, el noventa por ciento del café que se consume en el mundo, la distribución y cotización de ese producto se haga por otras manos y fuera de las fronteras, con la consiguiente pérdida del beneficio cuantioso que absorben los intermediarios.

Lo que decimos del café se puede aplicar a todos los renglones importantes de la producción.

La ganadería argentina se halla controlada por frigoríficos cuyos dividendos fantásticos denunció el senador Lisandro de la Torre, patriótica audacia que le llevó después al suicidio, porque entre nosotros siempre resulta fatal pronunciarse contra intereses extranjeros.

Nadie ignora que la producción bananera de Centro América depende exclusivamente de una compañía norteamericana que tiene flota poderosa y agentes en todas partes.

No caeré, ya lo dije, en enumeraciones minuciosas. La documentación es la peluca de los que no tienen nada que decir. Y en este libro tengo que decir muchas cosas, que a algunos parecerán herejías, pero que nacen de la convicción honrada. Quien busque detalles, lea a los escritores norteamericanos que hablaron con independencia, a Carleton Beals, a Scott Nearing, a Freeman, a Johnson, a J. Fred Rippey, a J. B. Bishop y a tantos otros yanquis que ofrecen la suprema garantía de ser ciudadanos del país contra cuya política nos elevamos.

Si se necesitan más pruebas de la situación caótica, bastará preguntarse cómo, siendo Iberoamérica un productor formidable de petróleo, ha llegado a ser racionada hasta para las elementales necesidades del transporte urbano o como, siendo proveedora irremplazable del cobre, el wolfram y de los víveres que las grandes naciones esperaban ávidamente para la guerra, no supo condicionar la exportación de los productos, y sacar en la hora oportuna provecho adecuado de lo que produce casi exclusivamente.

No formulo requisitoria. La función natural de los imperialismos es absorber. Trato de despertar la conciencia de nuestra América, poniendo de ma-

nifiesto sus errores para inducirla a renovarse y a adoptar rumbos propios, a favor de la enorme remoción de la generosidad de los demás, sino de la conducta nuestra, de la concepción que podemos llegar a tener sobre lo que es una patria y sobre la manera de servirla.

Por impericia o por ingenuidad —no podemos admitir que existan otras causas— los hombres que gobernaron en nuestras repúblicas cayeron en equivocaciones graves. El imperialismo no tuvo que esforzarse para burlarlos. Así recibe la república de Panamá por el arrendamiento de las quinientas millas cuadradas del canal menos de lo que ella misma paga a Panama Rail Road Co. Así celebró Inglaterra un tratado con Guatemala sobre Belice y tomó apresuradamente posesión de las ventajas obtenidas, omitiendo entregar la suma estipulada, que pese a las reclamaciones y al tiempo transcurrido, sigue adeudando. Así ocurrió con los millones de dólares del tratado Bryan-Chamorro. La responsabilidad cae más sobre los gobiernos iberoamericanos que sobre los organismos que sacan partido de la confusión y de la inexperiencia.

En tiempos en que los delegados de la Unión Soviética recorrían las repúblicas iberoamericanas documentándose sobre el imperialismo circulaba una lista —que sería fácil consultar— de los engranajes tentaculares que absorben la savia de nuestras tierras. Los nombres de Chile Cooper Cd, W. R. Grace, Standard Oil Co., Electric Bond and Share Co., International Telephon and Telegraph Co., Anaconda Co., United Fruit Co., Cerro de Pasco Cooper Corporation, etc., aparecen catalogados con el método minucioso de investigación y la aptitud para la organización que permitió a los rusos competir con los alemanes y vencerlos en la guerra.

Lo que los gobernantes de nuestros países no habían advertido lo vieron fácilmente los viajeros porque abarcaron el panorama de Iberoamérica. Con las filiales alineadas al pie de la empresa matriz se pone de manifiesto el enlace por encima de las fronteras, de unas compañías con otras y se abarca la operación de conjunto encaminada a dominar las fuentes de riqueza y las necesidades primordiales del continente.

La desventaja de nuestros políticos —y la única excusa que pueden invocar para explicar su falta de perspicacia— proviene del limitado campo de observación en que se encierran. Cada uno de ellos se atuvo a lo que veía dentro de las fronteras de su país. Para comprender realmente el fenómeno, hay que abarcar la amplitud de Iberoamérica. Los hechos se explican o se completan unos con otros. Al eslabonarse revelan su verdadero carácter. Diremos más. Sólo a favor del fraccionamiento localista pudo consumarse sin obstáculo la enorme operación envolvente. Como cada república sólo percibía un ángulo, ninguna tenía idea del alcance de los movimientos, ni discernía el peligro. Los estratagemas de la Libra y del Dólar realizaron así la maniobra más gigantesca de la economía mundial.

Los Estados Unidos declaran haber invertido en América Latina, según ciertas publicaciones, cerca de tres mil millones de dólares, en negocios de cobre, salitre, petróleo, azúcar, fruta, etc. Pero esas cifras representan el valor

de las inversiones que en los comienzos fueron modestísimas. Las empresas norteamericanas, al igual que las inglesas, pocas veces trajeron capital y cuando trajeron fue escaso. Trabajaron a base de créditos obtenidos en bancos locales y han recuperado ya ampliamente la modesta, cuando no ilusoria, cifra inicial. Hasta los empréstitos que no figuran en la suma anterior, quedaron a menudo en poder de los prestamistas, como resultado de otros empréstitos o en pago de material, a menudo defectuoso. De suerte que, en justicia, se puede decir que, pese a los cálculos que parecen encadenarnos hasta la eternidad, todo ha sido ya pagado con creces. Desde el punto de vista moral, la hipoteca fue levantada hace largos años.

Para evitar o remediar, en el futuro y en la medida de lo posible, estos desaciertos, la evolución iberoamericana se ha de basar en la posesión efectiva de los recursos nacionales. Hay que preparar el terreno en vista de vivir con lo propio y por el propio esfuerzo. Hay que sacar ventajas efectivas de la situación que nos permite abastecer a las naciones que en otros continentes no alcanzan a cubrir su consumo.

Hemos sido, y aún somos, en ciertos aspectos productores indispensables. Nunca supimos aprovechar, sin embargo, la oportunidad al punto de que cuando, en plena guerra, una sola nación acaparaba de golpe todo un sector de la producción, creíamos hacer un negocio memorable.

Lo que la desunión impide comprender, podemos lograrlo obrando de acuerdo. Es indispensable la coordinación de las repúblicas iberoamericanas y el estudio global de sus intereses para preservar, armonizar y graduar, frente al extranjero un programa de acción que redunde en beneficio del bienestar colectivo. Aisladamente, ninguna puede solucionar sus problemas fundamentales. Todo plan aunque sea concebido en vista de una sola región, debe surgir del conocimiento panorámico y de las posibilidades, las necesidades y la situación de toda América.

El observador se sorprende al descubrir que el intercambio entre nuestras repúblicas era más denso y frecuente hace treinta o cuarenta años que ahora y se maravilla más todavía al comprender que el retroceso es obra de la interposición de intereses extraños. En los comienzos, nuestros países tuvieron cierta noción de su destino. Al madurar, parecen desorientados.

Durante el período nacional, la delimitación de los virreinos obedecía por lo menos, a una concepción que tenía en cuenta la configuración de los territorios, la producción, el transporte posible y hasta la geografía humana y política anterior al descubrimiento. Estaba basada en ríos, zonas climáticas, facilidades de embarque, etc. que consultaban posibilidades de acción. Las demarcaciones de nuestras repúblicas actuales no responden siempre a ese fin.

Por eso es que, en general, los nacionalismos que llamaremos fragmentarios o locales no inquietaron nunca realmente a las potencias imperialistas. Por mucha que sea su justificación y su fervor patriótico, se mueven en órbitas esencialmente cerebrales, sin eficacia final en el terreno de las realizaciones. El escaso número de habitantes, los recursos incompletos, las reducidas po-

sibilidades de irradiación, no prestan a estas tentativas el volumen suficiente para poner en peligro la posición adquirida en el Continente.

A lo que se opuso siempre y se opone el imperialismo es a una coalición de intereses regionales, susceptible de cuajar en acción conjunta. Un simple acuerdo sobre tres o cuatro puntos esenciales bastaría para afianzar la emancipación básica de inmensas zonas que se completan las unas a las otras.

Si observamos lo que el imperialismo evita, tendremos la indicación de lo que nos conviene. El único nacionalismo viable sería el que, permitiéndonos hacer las cosas en grande y en forma completa, preserve a Iberoamérica de influencias colonizantes. Si los hombres de 1810 juzgaron que en el orden político la independencia del Río de la Plata era imposible sin asegurar la independencia del Perú, con más razón se ha de tener en cuenta en estas épocas de expansión y rapidez en las comunicaciones, la interdependencia en lo que se refiere a la evolución económica.

La convicción se hace más rotunda si consideramos que cualquier programa de liberación efectiva tiene que basarse sobre la creación en Iberoamérica de una industria pesada. Esta sólo es posible en estrecha conexión con otras formas de actividad y en vista de abastecer amplios conjuntos. Porque la industria pesada, sin la cual resulta ficticia, desde el punto de vista nacional, toda industria de transformación, ha de contar con amplias zonas productoras de sus elementos indispensables (carbón, petróleo, metales) y ha de hallarse respaldada por vastos territorios ganaderos, agrícolas, forestales, cuya población facilita el esfuerzo.

Mientras falte la industria pesada no podremos tener verdadero ejército, porque comprar armamentos equivale a moverse en la órbita de rotaciones extrañas. Sólo se obtienen cuando la finalidad perseguida favorece las intenciones de la nación que los facilita. Si no construimos locomotoras, tampoco existirán ferrocarriles de pura esencia nacional. Las exportaciones exigen por otra parte una flota. La industria pesada es indispensable, además, para asegurar el porvenir industrial, porque traer maquinaria del extranjero no significa más que cambiar la forma o el plano de la dependencia.

Por otra parte, la fachada no nos ha de engañar. No basta que las fábricas se instalen en nuestros territorios para que resulten nuestras realmente. Pueden representar, en ciertos casos, una habilidad de la industria extranjera para evitar fletes onerosos o recias tarifas de aduana. Pueden recibir los objetos a medio manufacturar. Porque es dudoso que el capitalismo que impone al mundo su producción nos provea de instrumentos para hacerle competencia renunciando a los beneficios que hasta ahora percibe y a clientela creciente en el porvenir. La creación de filiales con nombres adaptados a la región no es un comienzo de libertad sino una confirmación de tutela.

Casos recientes permiten observar cómo puede surgir una empresa en Iberoamérica. Un grupo oligarco-plutocrático se pone en contacto con una gran entidad en Inglaterra o de Estados Unidos, o lo que es más frecuente, la entidad extranjera busca en una de nuestras repúblicas al grupo que debe secundarlo. No falta el Banco, Sociedad de fomento o lo que sea de la repú-

blica en cuestión que facilite para el negocio 50 millones. La corporación extranjera se inscribe con veinte millones que resultarán nominales, después diremos por qué. El público de la república iberoamericana puede llegar a suscribir en acciones otros veinte millones. Son pues 90 millones de pesos que van a ser administrados por un extranjero, jefe invariable de la empresa. El primer acto de la nueva compañía consistirá en comprar maquinaria en Estados Unidos o en Inglaterra, maquinaria por la cual se pagarán 50 millones de pesos. De suerte que los 20 millones que suscribió la firma siempre quedarán fuera de Iberoamérica, más los 30 millones que salen para completar los 50, valor de la maquinaria, cuyo modelo ha sido a menudo sobrepasado en el país de origen por otros más recientes. La ganancia para los de afuera es siempre segura. Si hay albur, pesará sobre la república iberoamericana. Así suelen fundarse, con ostentosos nombres locales, algunas fábricas que nos dan la ilusión de tener industrias y que sólo constituyen nuevos canales de absorción.

Otra circunstancia hay que tener en cuenta. En los países densamente industrializados suele ocurrir que, a medida que la producción se multiplica disminuye el consumo, porque la máquina limita el número de obreros y el obrero sin trabajo cesa de ser comprador. Así nace para las naciones imperialistas, la necesidad de tener naciones vasallas que absorban el sobrante de producción al par que proveen de materias primas. Este "a b c" de la evolución moderna no puede dejar de estar presente en los espíritus.

Claro está que necesitamos consejo de otras naciones y trato frecuente con todos los países del mundo para que nos guíen y nos ayuden a adaptar. Ningún país nuevo puede desarrollarse sin el concurso de los demás. Con más razón todavía en la etapa inicial en que nos encontramos, pero esta verdad deja de serlo cuando, a la sombra de ella, se perpetúa bajo formas capciosas, la tendencia imperial.

Se ha dado entre nosotros, hasta ahora, más importancia a los aspectos exteriores que a la esencia misma de la prosperidad nacional. Empezando a construir la casa por el techo hemos sido jactanciosos antes de alcanzar las realidades que pueden excusar la jactancia. Urge una reacción para adquirir una apreciación más juiciosa de nuestro estado. Porque hasta la desgraciada tendencia a imitar decae en la elección de los modelos, dado que si ayer se inspiraba en las civilizaciones cumplidas (Francia, Inglaterra, Italia, Alemania) ahora se atiende, unilateralmente, a Estados Unidos.

En la vida de los pueblos hay que buscar más que la improvisación, el ritmo de equilibrio, el paso firme, la conquista durable. El mejor reloj no es aquel cuyas manecillas giran más rápidamente, sino el que da la hora exacta.

Las reformas aduaneras, el reajuste monetario y la revisión de tarifas e impuestos pueden ser punto de partida de un vasto plan a término, encaminado a movilizar las reservas de nuestros territorios. Este plan tendería a llenar, en la más amplia medida, nuestras necesidades urgentes, sin arrojar el café al mar, y sin quemar el trigo en las locomotoras, como ha solido hacerse bajo el régimen actual, estructurado según conveniencias extrañas. Dentro de

la elaboración misteriosa de la Historia, hay generaciones predestinadas. A las actuales les toca la obra de resolver lo que se ha estado eternizando en crisálida.

Se impone una especie de arqueo continental, un recuento de las riquezas enajenadas (con sus posibilidades de rescate) un inventario de cuanto escapó a las compañías extrañas, un balance, en fin, de lo que todavía nos pertenece o puede volver a nosotros. Por que en todos los órdenes, en todos los capítulos, en todos los engranajes, han de ser gradualmente reemplazados en el porvenir los organismos ajenos por fuerzas propias que aseguren a la nación la solidez a que tiene derecho.

La reorganización de las exportaciones, transportes, seguros, etc., aumentará el rendimiento que los productos dejan en nuestro suelo. La revisión de la deuda pública, dentro de nuevas formas que han de preocupar a los técnicos, contribuirá a apoyar la defensa, en cuanto ésta sea compatible con las conveniencias regionales. Todo debe concurrir a cerrar los innumerables agujeros por los cuales se escapa la prosperidad. Hay que detener el desangramiento para que el territorio, la riqueza y el trabajo nacional vuelvan a su verdadero destino que es el bienestar y la felicidad de los habitantes de la región. Hasta ahora no hemos hecho más que favorecer la abundancia y el engrandecimiento de otros.

El milagro de esta resurrección sólo se ha de lograr si tomamos realmente en manos propias la dirección superior, renunciando a la timidez que nos llevó a llamar a los extraños cada vez que había que trazar un camino, explotar una mina, lanzar un puente y forzando los límites del candor, cada vez que nos decidíamos a reorganizar las finanzas. La obra se ha de hacer con recursos, materiales y hombres nuevos, de acuerdo con un plan general de acción que consulte nuestras necesidades.

Nada hay en esto que pueda parecer superior a las fuerzas humanas. Desde la Turquía de Kemal hasta la Rusia de los zares muchas colectividades conocieron situaciones menos ventajosas y lograron reaccionar. A la sombra de mandatarios ensimismados y oligarquías epicúreas, con ayuda de empréstitos, monopolios y artes diversas, los organismos imperialistas se apoderaron de los resortes esenciales hasta asumir la dirección invisible de estas naciones y convertirlas en instrumento. Sin embargo, esas naciones lograron recuperarse. Los antecedentes no faltan. Iberoamérica puede también cambiar su ruta, aprovechando el actual desquiciamiento de los viejos equilibrios del mundo. Basta que una generación concentre su voluntad en el ideal.

Hasta ahora hemos sido como el adolescente deslumbrado, que dilapida sin tino la herencia recibida. Alrededor de su aturdimiento, todos medran. Aspiremos a ennoblecer el símil, reaccionando como algunos pródigos. Unos años de penitencia formarán el carácter. Bien los necesita nuestra América tan ampliamente servida por el destino y tan imprudente.

El ansia inmoderada de parecer, la avidez de disfrutar ventajas inmediatas, el vértigo de las falsas preeminencias, orientaron las energías hacia fines esencialmente personales, haciendo de los mejores espíritus seres interesados, si-

muladores, pusilánimes o pequeños. Cada cual trabajó ante todo para sí. Sólo resonaba una pregunta: ¿qué es lo que me conviene? Todo fin ajeno al provecho y la satisfacción inmediata pasó por lírica ingenuidad. El hombre más respetado fue el que más prosperaba. El político más inteligente el que alcanzó mejores situaciones. Se levantó en las almas un altar a lo efímero. Hasta en el arte, se confundió la gloria con el auge fugaz. ¿Y la Patria? Desde luego se habló mucho de la Patria. Pero, por un espejismo curioso, se identificaba a la Patria con lo que a cada uno convenía. La Patria era la dominación para el político, el latifundio para el terrateniente, el privilegio, el negocio, la embajada, el empleo, la mísera pitanza individual. Se oía decir "no soy un Cristo" con vanidosa sonrisa, que entendía marcar desdén por los soñadores. "La vida es corta, hay que aprovecharla", decían. En la embriaguez de la fiesta, cada cual perseguía su ventaja, su vanidad. Y así fue resbalando el navío hacia la zona de los naufragios, sin que nadie advirtiera la catástrofe que puede alcanzar a todos.

Si en nuestras repúblicas se equivocaron tan a menudo los hombres, si los políticos se mostraron tan poco diestros para prever las contingencias del porvenir, no fue, en general, porque una inteligencia limitada les impidiera percibir anticipadamente la trayectoria de los actos, la rotación de las consecuencias, o el resultado de los yerros iniciales. Fue porque, antes de pensadores patriotas o gobernantes, fueron competidores deseosos de aparecer en puesto principal, dentro de la pugna lugareña. Lejos de confesar sus verdades, de gritar sus críticas, de dar libre salida a la espontaneidad, se afanaron por parecer cautelosamente equidistantes y se dedicaron a lisonjear a los poderosos, dando por hecho lo que no se había intentado aún. Prisioneros de fórmulas inútiles, se ataron a las preocupaciones del día, sacrificando lo durable a lo efímero, el orgullo al éxito y como consecuencia lógica, el bien remoto al inmediato encumbramiento personal.

En la atmósfera de querellas personales y ambiciones de oligarquías que querían usufructuar la Patria antes de crearla, se anemiaron las reservas de vida. Pero no se ha de atribuir la agitación infecunda o el desarrollo precario a una capacidad restringida de la raza. Lo que faltó fue una dirección superior inspirada en altos propósitos colectivos, es decir, una concepción firme y heroica para utilizar los fundamentos vitales de Iberoamérica.

[De manuscritos encontrados a la muerte de Ugarte en base a los cuales se preparó *La reconstrucción de Hispanoamérica*. Fechados: Niza, noviembre de 1950. Publicado en Buenos Aires, en 1961 por Ediciones Coyoacán].

NOTAS

¹Se refiere al político demócrata James W. Bryan, quien durante la campaña electoral de 1889, a cuyos discursos asistió Ugarte, reclamaba el cese de la política imperialista. Años más tarde, Bryan se desempeñará en funciones diplomáticas representando a su país y olvidará sus arrestos antimperialistas del 900.

²El Ugarte juvenil, recién llegado al problema latinoamericano, comparte aún la imagen despectiva de Centroamérica difundida en Estados Unidos y en la Argentina. Poco después, comprobará la falsedad del aserto y se convertirá en defensor de estas sufridas provincias latinoamericanas.

³Se refiere al dictador guatemalteco Manuel Estrada Cabrera que dominó en su país por espacio de dos décadas.

III

NACIONALISMO Y DEMOCRACIA

“Si el nacionalismo es revolucionario, la revolución puede ser nacionalista sin comprometer ni disminuir la solidaridad mundial. Paralelamente al problema de la injusticia exterior, debemos enfocar el problema de la injusticia interior...”.

(De *El dolor de escribir*, 1932).

PROGRAMA¹

(1915)

LOS PUEBLOS necesitan razones de vivir y razones de morir; las razones de morir son las pasiones, las razones de vivir son los ideales.

A raíz de la revisión de valores determinada por la guerra, al hallarnos los argentinos ante nuestra verdadera situación, advertimos que en momentos en que Europa lanza sus muchedumbres al sacrificio, empieza a surgir aquí, en las conciencias, como movimiento instintivo de conservación, el deseo vehemente de suscitar al fin la nacionalidad completa.

“La Patria” nace para ponerse al servicio de ese empuje. Un país que sólo exporta materias primas y recibe del extranjero los productos manufacturados, será siempre un país que se halla en una etapa intermedia de su evolución. Y esa etapa conviene sobrepasarla lo más pronto posible, fomentando, de acuerdo con las enseñanzas que surgen del enorme conflicto actual, un gran soplo reparador de los errores conocidos, un sano nacionalismo inteligente que se haga sentir en todos los órdenes de la actividad argentina.

Algo nos grita en estos momentos en que todos los pueblos recapacitan sobre su destino, que hemos hecho en los últimos años demasiada política y demasiada especulación, que hemos vivido más de lo que esperábamos que de lo que teníamos, que falta todavía un esfuerzo análogo al que desarrollamos en las mejores épocas de nuestra historia.

Las fuerzas de que disponemos estarán al servicio de esa causa. Intérpretes de las aspiraciones de la enorme masa ajena a los partidos, propiciaremos ante todo el desarrollo de las industrias nacionales, fomentaremos el florecimiento de las iniciativas argentinas y ayudaremos todo empuje que tienda a revelar o desarrollar fuerzas propias, subrayando el nacionalismo político con el nacionalismo económico y haciendo que las iniciativas que nacen, evolucionan y quedan en el país sustituyan por fin a las fuerzas económicas que vienen del extranjero y vuelven a él, llevándose gran parte de nuestra riqueza.

En política internacional seremos partidarios de mantener relaciones cada vez más estrechas y fraternales con los países vecinos; nos opondremos, venga

de donde viniere, a todo acto de carácter imperialista que pueda lastimar los derechos de las repúblicas hermanas, y abogaremos por el mantenimiento del actual equilibrio entre los diferentes países proveedores, para evitar la influencia comercial preeminente, siempre perjudicial, de una sola bandera extranjera.

Estaremos en comunión y en contacto constante con la juventud estudiosa, eje, base y motor del porvenir, y abogaremos por las reformas educacionales que tiendan a acortar el término de los estudios, a escalonarlos en una forma logística, y a determinar una alta concepción, a la vez idealista y práctica, que haga de la escuela una cátedra de civismo y de carácter y capacite a los argentinos para encabezar y dirigir todas las fuerzas de la actividad nacional, reaccionando contra el prejuicio de ir a buscar especialistas del otro lado del océano.

Lucharemos porque se rodee de creciente afecto al extranjero arraigado y se le den toda clase de facilidades para continuar la acción fecunda que ha determinado buena parte de nuestro progreso actual, pero combatiremos los monopolios y los abusos de las compañías radicadas fuera del país, abusos que a menudo derivan, más que de la mala voluntad de aquéllas, de la incapacidad de las autoridades para controlarlas con la severidad debida.

[Programa del diario *La Patria*, expuesto en el N° 1 de *La Patria* del 24 de noviembre de 1915. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

INDUSTRIAS NACIONALES

(1915)

ALGUIEN ha venido hoy a verme y me ha dicho:

—Juzgue usted mismo, señor. Yo había fundado con mis ahorros y algunos pequeños capitales amigos una fábrica; pero fueron tales los impuestos y las trabas que me arruiné y tuve que renunciar a ser fabricante. Ahora vendo el mismo producto importado y gano el dinero que quiero. ¿Qué criterio económico es éste? Un argentino fracasa cuando elabora productos nacionales, cuando aumenta la riqueza común, cuando da ocupación a los obreros del país; y ese mismo argentino prospera cuando se pone al servicio de una fuerza económica extraña, cuando contribuye a que su país sea tributario, cuando alimenta a los obreros de Londres o de Nueva York. Confieso, señor, que no comprendo una palabra. Los programas financieros, ¿se harán en el manicomio?

La protesta no puede ser más justificada. Lo que ocurre entre nosotros con las industrias nacionales es algo paradójal.

En momentos en que los pueblos llegan hasta desencadenar guerras enormes para dominar los mercados mundiales y colocar el excedente de los productos de su industria, nosotros estamos sofocando y combatiendo la vida propia que surge en el país espontáneamente. En Europa y Norteamérica se rodea a la industria de cuidados; aquí se la hostiga.

Un extraño idealismo librecambista ha llevado a ciertos hombres públicos a ahogar, por teoricismo, los brotes que surgen al conjuro de la fuerte salud de nuestra tierra, olvidando que los pueblos que no manufacturan los productos nunca son pueblos verdaderamente ricos sino *pueblos por donde la riqueza pasa*, puesto que, lejos de quedar ésta en el país, tiene que ir al extranjero a cambio de lo indispensable para subsistir.

“Nuestra fortuna —dicen algunos— está en la tierra y como esa ha sido la fuente de prosperidad argentina, no debemos pensar en otra cosa”. Olvidan que hasta hace cincuenta años, los Estados Unidos fueron un país exclusivamente ganadero y agrícola, pero que su verdadera grandeza no empezó hasta

que, después de fabricar lo que necesitaban para su existencia, derramaron los frutos de su labor y de su inventiva sobre el mundo.

En la Argentina tenemos casi todas las materias primas y ahora, con el petróleo, hasta el combustible barato. ¿Por qué hemos de renunciar al deseo de igualar a otros pueblos, al orgullo de bastarnos, a la fabulosa prosperidad que nos espera? El grado de civilización, de capacidad económica, de eficacia activa de los países se mide por su aptitud para transformar los productos de la tierra. Los que sólo exportan materias primas son, en realidad, pueblos coloniales. Los que exportan objetos manufacturados son países preeminentes. Sin dejar de fomentar la ganadería y la agricultura, base de nuestra vida, podemos, para bien de todos, ensanchar gradualmente el radio de las actividades, hasta ser al fin un país completo, digno de su pasado y de su porvenir.

No nos dejemos detener por las observaciones primarias de los economistas, que sólo ven el momento en que se encuentran y la ventaja inmediata.

Los que arguyen que aumentará el precio de los artículos olvidan que, precisamente desde el punto de vista obrero, la industria resulta más necesaria. Abaratar las cosas en detrimento de la producción nacional, es ir contra una buena parte de aquellos a los cuales se trata de favorecer, puesto que se les quita el medio de ganar el pan en la fábrica. Disminuir el precio de los artículos y aumentar el número de los desocupados resulta un contrasentido. Interroguemos a los millares y millares de hombres que hoy pululan en las calles buscando empleo a causa de las malas direcciones de la política económica; preguntémosle qué es lo que elegirían: vivir más barato o tener con qué vivir. ¿De qué sirve al obrero que baje el precio de los artículos, si no obtiene con qué comprarlos?

El temor a la vida cara es uno de los prejuicios económicos más atrasados y lamentables. La vida es siempre tanto más cara cuanto más próspero y triunfante es un país. Todo se abarata, en cambio en las naciones estancadas y decadentes. La vida es barata en China y cara en los Estados Unidos. Pero como los salarios van en proporción con la suma de bienestar de que esos grupos disfrutan, la única diferencia es que unos pueblos viven en mayúscula y otros mueren en minúscula.

Todo esto, sin contar con que las colectividades tienen intereses superiores a las conveniencias de sus miembros. Ningún estadista merece crédito, si no sabe ver a cincuenta años de distancia. Y nosotros debemos encarar estos asuntos con los ojos puestos en la Argentina de 1980, en el fabuloso foco de riqueza, de abundancia y de felicidad, que puede ser esta tierra si abandonando la política de la casualidad, entramos de lleno en la vía experimental, estudiando lo que se ha hecho en otros casos y trazando verdaderos planes de engrandecimiento.

Pese a los intereses que habrá que herir irremediabilmente, la Argentina tendrá que ser cada vez más parca en sus importaciones y cada vez más abundante y magnífica en su producción industrial, en su irradiación sobre el mundo. Metales, maderas, cueros, lanas, productos de todo orden y todo género tendrán que ser trabajados y valorizados por la fuerza y el ingenio de nues-

tros compatriotas, hasta llegar, no sólo a suplantar a nuestros proveedores actuales, sino a competir con ellos fuera del país en uno de esos empujes poderosos y creadores de los grandes pueblos.

Aprovechando la situación especial que determina la guerra, debemos hacer, pues, lo posible para crear los resortes que nos faltan y no pasar de la importación europea a la importación norteamericana como un cuerpo muerto que no puede moverse por sí mismo y siempre tiene que estar empujado por alguien.

El país exige una política práctica. En vez de gastar millones de pesos para hacernos representar en la Exposición de San Francisco con simples fines de vanidad superficial, debimos hacer en nuestro país, con la modestia que impone la crisis mundial, una gran exposición general de productos industriales argentinos, para revelar a nuestro propio pueblo su capacidad, hacer que nuestras industrias puedan salir a la calle sin disfraz, destruir el prejuicio contra los productos nacionales y fomentar el desarrollo de las mejores fuerzas.

Basado en estas consideraciones, vengo a dar el grito de alarma. No se trata de teorías de proteccionismo o libre cambio. Se trata de una enfermedad que no puede prolongarse: el proteccionismo existe entre nosotros para la industria extranjera y el prohibicionismo, para la industria nacional. Si queremos favorecer, no sólo los intereses de los habitantes de nuestro territorio, sino las exigencias superiores de la patria; si deseamos trabajar para el presente y para el porvenir, tendremos que prestar atención a lo que descuidamos ahora. Se abre en el umbral del siglo un dilema: la Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos.

[Editorial del diario *La Patria*, del 29 de noviembre de 1915, diario dirigido por el propio Ugarte, Reproducido en *La Patria Grande*. Editora Internacional (Berlín-Madrid), 1922].

POLITICA EXTERIOR SOBERANA

(1915)

HACE MÁS de quince días que el vapor argentino "Mitre" fue capturado por un barco de guerra extranjero, en medio de la sorpresa de todos los argentinos que hasta ese momento creían firmemente en la amistad de Inglaterra.

Para calmar la indignación de la juventud, nuestra Cancillería declaró que la reclamación, entablada por la vía diplomática, tendría un rápido resultado satisfactorio. Y en nombre de la reserva que siempre se invoca en estas emergencias se impuso a la opinión pública un largo y doloroso silencio.

Los días siguen pasando y no hay síntoma alguno de que se acerque la esperada satisfacción, la modesta y elemental satisfacción con la cual estamos todos resueltos a contentarnos. Parece que el gobierno inglés sólo aspira a ganar tiempo, a diluir por cansancio los enojos y a establecer una vez por todas que, proteste quien proteste, su voluntad prima sobre los derechos de los neutrales.

Para acentuar su desdén por nuestra nacionalidad, ha repetido con ligeras variantes el hecho.

Lo ocurrido con el "Pampa", el "Camarones" y el "Frisia", mientras se da curso a la reclamación provocada por el atentado del "Mitre", indica cuáles son, claras y tangibles, las intenciones de aquel gobierno. No ha tomado siquiera en cuenta nuestra protesta diplomática. No ha dado el menor alcance a lo que tanto nos hiera. Y lejos de inclinarse a reparar en lo posible la ofensa inferida, sigue deteniendo barcos y pisoteando derechos, como si de la soberanía argentina que tan brillantemente cimentaron nuestros antepasados, no quedara actualmente más que un recuerdo diluido por el cosmopolitismo reinante.

El gobierno inglés parece no creer en la realidad del sentimiento nacional argentino, cuando tan resueltamente lo lastima; parece no admitir que nuestra bandera sea digna de respeto cuando tan desdeñosamente la pospone, parece no temer que nuestro pueblo sea como el de 1806 y 1807, cuando tan audazmente lo desafia.

Y nuestro gobierno, representante global de la Nación y guardián nato de su dignidad, está obligado a llamarlo a la realidad de los hechos. Tiene que hacer sentir de una manera o de otra, su influencia decisiva o no habrá cumplido con su deber.

[Editorial del diario *La Patria*, escrito por Ugarte, del 18 de diciembre de 1915. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

LA BANDERA Y EL HIMNO

(1916)

Cierta asociación acaba de formular una petición en el sentido de que se prohíba ejecutar el himno nacional y llevar la bandera argentina en las manifestaciones públicas. A pesar de las razones que se aducen y del pretendido "respeto hacia los símbolos nacionales", la simple enunciación de esta idea levantaría en cualquier país de Europa un inmediato clamor hostil.

Aquí vemos con indiferencia que en vez de la bandera nacional, ondee al viento una tela desteñida, unas veces gris, otras verde y otras completamente blanca; asistimos, sin inmutarnos, a la apología del antipatriotismo, permitiendo que se levanten tribunas desde las cuales se ridiculizan nuestras glorias y se abomina la idea de patria; leemos, sin indignación, que hay regiones de nuestro territorio donde niños nacidos en este suelo, y por lo tanto ciudadanos argentinos, no saben articular una palabra en el idioma nacional; y estamos tan adormecidos y dispersos, que esta nueva fantasía no nos conmueve.

Sin embargo, somos hijos de un país cosmopolita, donde la nacionalidad se viene acumulando con ayuda de aportes disímiles, y a veces contradictorios, que exigen un especial esfuerzo de conglomeración; y la lógica más elemental debiera decirnos que lo que aquí se impone antes que nada es difundir y afianzar el sentimiento nacionalista por medio del razonamiento, el color, el sonido, los recuerdos y cuanto concurre a mantener en el alma esa maravillosa emoción colectiva que se llama el patriotismo.

Así vemos, por ejemplo, que Norteamérica, país de inmigración como el nuestro y colocado por los hechos ante el mismo problema, lejos de hacer de la bandera y del himno un artículo de lujo, reservado a circunstancias y clases determinadas, entrega los símbolos y las concreciones de la nacionalidad a la masa popular, que al adoptarlas y al hacerlas suyas en todas las circunstancias de la vida, les da su verdadero alcance y su significación final.

La bandera norteamericana la vemos en el escenario de los teatros, en los artículos de comercio, hasta en los cigarrillos y en los pañuelos de manos.

Quien desembarca en Nueva York no halla otra cosa en las vidrieras, en los balcones de las casas, en los tranvías y en los carteles.

Lo mismo ocurría, antes de la guerra, en Alemania y en Francia. En Buenos Aires mismo, ciertos productos extranjeros usan en su propaganda, para atraer las simpatías de los connacionales, el símbolo del país de origen.

La bandera y el himno son, en realidad, la mirada y la voz de un conjunto nacional. Aquí se pretende que nuestra nacionalidad sea sorda y ciega, o, por lo menos, que sólo recupere el uso de esos sentidos en circunstancias especiales.

Si la fantástica petición que comentamos fuera aceptada, llegaríamos a sancionar inverosímiles paradojas. Las colectividades extranjeras residentes entre nosotros podrían desfilar libremente a la sombra de sus banderas, y los únicos que no podrían desplegar la suya serían los argentinos. El himno francés, es decir, La Marsellesa, resonaría en las calles cada vez que así lo quisieran los transeúntes, pero nos estaría vedado lanzar al aire las notas del himno argentino. La bandera roja, símbolo de los ensueños internacionalistas y de la negación de la patria, podría ser levantada en todas las plazas públicas y la bandera argentina, representación de nuestro núcleo independiente, no podría salir a la calle.

Parece inútil insistir sobre las consecuencias que crearía semejante estado de cosas. Si hay núcleos políticos que abusan de los signos nacionales, el buen sentido público se encargará de hacer justicia. Pero no pongamos en el comienzo de una nacionalidad que necesita como pocas ensancharse y afirmarse por la virtud de los símbolos, la traba incomprensible y peligrosa que nos proponen.

Lo que nuestra república cosmopolita y poco coherente exige, no es que se concrete la nacionalidad en un grupo dirigente, que en ciertos momentos ha estado lejos de ser la mejor expresión de nuestro conjunto, sino que se expanda y se difunda hasta invadir todos los cerebros y todos los corazones para amalgamarlos, no ya en un simple conglomerado material, sino en un conglomerado más completo y más alto, que dé a todos un punto de partida en el pasado y un punto de mira en el porvenir, sancionando la verdadera continuidad solidaria que ha sido el secreto de las más grandes fuerzas históricas.

[Publicado por Ugarte en *La Patria* del 22/1/1916.
Reproducido en el libro *La Patria Grande*, 1922].

PETROLEO

(1916)

HACE COMO cosa de tres años que aquel gran laborioso y gran patriota que se llamó Luis Huergo evacuando el informe que le encomendara el gobierno sobre explotación del petróleo de Comodoro Rivadavia, producía un sabio y minucioso informe cuyas conclusiones fundamentales eran:

1º Que la región petrolífera patagónica es incalculablemente rica, no sólo por la abundancia del mineral sino también por su calidad insuperable.

2º Que el escaso rendimiento hasta ahora obtenido se debe a ciertos manejos oscuros de empresas extranjeras empeñadas en acaparar toda la zona y a la falta de capitales para efectuar una explotación eficaz.

3º Que "para empezar" la explotación en forma racional y remuneradora, se necesitaban como mínimo, doce millones de pesos.

No había en el país opinión más autorizada en la materia que la de este descubridor de nuestra riqueza petrolera, propagandista entusiasta de la explotación oficial de esa industria destinada a producir una revolución económica en el país. Demostraba Huergo el rápido florecimiento que se operaría en otras industrias nacionales, hoy estancadas o muertas por la carestía del combustible que impone fletes exorbitantes.

La primera consecuencia de esa explotación sería un considerable abaratamiento de las tarifas ferroviarias permitiendo así la explotación de nuestras enormes riquezas mineras, forestales, frutícolas y sus múltiples derivados.

Sin embargo, la palabra del sabio, que apresuró el fin de su laboriosa existencia con el enorme trabajo realizado en el terreno y en el gabinete, fue casi ridiculizada por los poderes públicos. En efecto, el ministerio sólo solicitó cuatro millones para "iniciar" la explotación, y el Congreso, ofreció un máximo de dos millones.

El ingeniero Huergo, justamente indignado ante aquella inconcebible ignorancia que malograba su más noble anhelo de patriota y de hombre de ciencia, rehuyó la oferta manifestando que esa suma sólo serviría para engrosar los presupuestos de muchas oficinas inútiles donde un ejército de técnicos y

de empleados pretendían producir petróleo con papel y tinta, con notas, informes y trámites estériles.

Después de eso, varios ministros han visitado los pozos de Comodoro y han regresado encantados convencidos de la colosal importancia de esa industria inexplorada. Pero el entusiasmo nunca se tradujo en hechos, sea porque esas preocupaciones sobre el asunto no llegaron más allá, sea porque persisten las hostilidades que hicieron malograr la obra de Huergo. Recién ahora el gobierno se dispone a solicitar un crédito de quince millones de pesos para iniciar la explotación de aquel tesoro abandonado. ¿Prosperará el propósito?

Mucho tememos que las poderosas influencias extrañas a que hizo referencia el sabio, persistan todavía.

[Diario *La Patria*, 4/2/1916. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

LOS FERROCARRILES EN CONTRA DE NUESTRO PROGRESO INDUSTRIAL

(1916)

UNO DE LOS problemas que más nos interesa, fuera de toda duda, es el de la explotación de nuestros ferrocarriles por empresas de capital forastero, cuyos intereses, de conveniencias motivadas por su misma falta de arraigo y su origen, son fundamentalmente opuestos a los intereses de la república.

Quien no nos conozca y oiga decir que aquí las empresas ferroviarias no hacen cosa alguna, después de obtener sus utilidades, que perjudicarnos, no lo creería, por parecerle cosa inadmisibile. Sin embargo, es la realidad de lo que sucede, y no se trata de pequeñeces sino de cuantiosas riquezas que huyen del país y atrasos de todo género que gravitan directamente sobre nuestro progreso industrial. Atribúyase a lo que mejor se considere, de cualquier forma, se pensará en el gobierno, el gobierno que cuando posee para su explotación una finca férrea pierde dinero y se deja robar por medio mundo... el mismo gobierno que entrega a una empresa extranjera esas mismas líneas y sin mayor control permite y ampara un crecido número de irregularidades, de actitudes contraproducentes para la economía nacional.

Las empresas ferroviarias son todas extranjeras: capital inglés, sindicatos ingleses, empleados ingleses... El capital, especialmente el inglés y el yanqui, no sólo tienen campo abierto para todas sus especulaciones, buenas, regulares o peores, si no además de ser respetado, como merece, es obedecido con ciertos visos de servilismo poco honrosos por cierto.

Una línea férrea se explota entre nosotros de manera halagüeña. Lleva la empresa noventa y ocho probabilidades de obtener pingües ganancias contra dos de obtenerlas... regulares; de perder, ninguna. Línea alguna ha dado ni dará pérdidas. Y este dato merece ser tenido muy en cuenta al ocuparse de los ferrocarriles como origen de nuestra atrofia industrial.

Una empresa ferroviaria nos dará el servicio que juzgue oportuno ofrecernos, cobrando las tarifas que tenga la ocurrencia de fijar. El monopolio de las líneas de comunicación da un enorme margen para explotar al público, aun cuando el ministerio fije tarifas máximas. Las empresas saben lo que hacen.

No les falta un abogado a sueldo que esté emparentado con políticos de volumen o que sea él mismo empleado nacional futuro o pasado.

Recientemente se repitió el caso. El gobierno no pudo evitar que las empresas aumentaran las tarifas. Se discutió mucho y encontró justa oposición de parte del público el aumento del diez por ciento. La razón que dieron para obtener permiso del gobierno es de sobra conocida. No obtenían los sindicatos la utilidad que según sus contratos con accionistas y banqueros deben dar anualmente los capitales invertidos. No fue suficiente aducir en contra de tal pretensión la crisis que soportan todos, la escasez de dinero, la época anormal en que vivimos.

Los ferrocarriles deben conseguir sus dividendos aun cuando se sepa que ningún comerciante ganadero, agricultor, industrial, no llega actualmente a cubrir sus gastos.

El aumento se llevó a cabo. Un diez por ciento más a las tarifas que, repetimos eran caras, enormemente caras. (¿Debe influir ello en que nuestros compatriotas adinerados conozcan mejor Europa que el territorio nacional?)

Los jornales.

Pero las empresas no creyeron que esto bastaba. El diez por ciento ése no podía hacer ingresar a sus cajas suficientes utilidades. El precio que se cobra por cargas está ya suficientemente subido también. Tanto que dificulta el intercambio de productos provinciales con el beneplácito de la administración nacional. Se recurrió entonces al torniquete tantas veces usado. Exprimir al obrero y obtener una mínima economía a fuerza de dejar exhaustos los estómagos de los peones y sus familias. Se suprimieron en toda la extensión de las líneas, cuadrillas de trabajadores y con el razonamiento de que el ofrecimiento de brazos es superior en un cincuenta por ciento a la demanda, se resolvió pagar a los peones el mínimo jornal. Un peso treinta centavos diarios que a duras penas darán treinta pesos mensuales descontando domingos y feriados.

En tanto una sola empresa "El ferrocarril Buenos Aires al Pacífico", y bastará como ejemplo, desde el primero de enero al veintisiete de noviembre pasado, en menos de un año, ha tenido entradas por un total de un millón seiscientos ochenta y un mil libras esterlinas mientras que en igual tiempo del año anterior fueron un millón trescientos setenta y tres libras lo que presenta un aumento a favor del año corriente de trescientas ocho mil libras esterlinas. Este año es malo, de sobra lo sabemos.

Muchísimas más cifras podríamos traer aquí, si no estuviéramos seguros de que con un solo vistazo se convence cualquiera de que las empresas de capital extranjero no pierden nunca ni un centavo.

Otro ejemplo.

Ayer mismo leíamos unos telegramas de Entre Ríos quejosos del malísimo servicio del ferrocarril de aquella provincia. Se han reducido todos los servicios, al extremo de que entre Paraná y Bajada Grande, el principal puerto para embarque de cereales, se efectúan todos los trabajos con una sola máquina,

produciéndose así abarrotamiento que perjudica a los agricultores y casas acopiadoras.

Y un telegrama publicado inmediatamente después dice textualmente: “Las entradas de la empresa de ferrocarriles de Entre Ríos en la última semana batieron el récord, superando en 17.500 libras estrelinas la mayor entrada semanal habida hasta entonces”.

Los ferrocarriles, y repetimos que esto es importante, no pierden. Obtienen una compensación excelente a su trabajo y a su capital. Pero la nación se perjudica. Pagamos caros malos servicios, no hay nación donde los viajes por ferrocarril sean tan subidos de precio, pero tenemos además, el enorme flete que mata la industria que comienza, que cohíbe a infinidad de comerciantes en impulsar sus negocios en un sentido ampliamente nacional.

Volveremos a ocuparnos de este problema y hemos de probar con datos que los ferrocarriles prohíben el progreso del país.

[Editorial del diario *La Patria*, publicado en Buenos Aires, del día 12 de febrero de 1916. Archivo General de la Nación Argentina].

SOBRE LA NEUTRALIDAD

(1917)

(Declaraciones durante la 1ª Guerra Mundial)

A *El Universal* de México, el 30 de mayo de 1917:

“DEBE SABERSE de una vez por todas que no tengo en la guerra más partido que el que deriva de los intereses de mi América. Si los Estados Unidos se hubieran inclinado del lado de Alemania, yo hubiera estado contra Alemania. Si Alemania lastimara mañana en cualquier forma nuestra soberanía, yo lucharía contra ella. Pero en los momentos actuales, los intereses son paralelos y no habrá campaña que acalle mi expresión de verdad, porque si mi vida entera es garantía de honradez, también es garantía de firmeza”.

A *El Tarapacá*, de Chile, el 25 de julio de 1917:

“Hasta que los Estados Unidos se mantuvieron neutrales, nadie puso en tela de juicio en nuestros países la neutralidad. ¿Cómo se explicaría, qué excusa daríamos si empezáramos a discutirla ahora a raíz de la entrada de Estados Unidos en la guerra? No sería ésta la confirmación del sutil y secreto protectorado que ninguna nación latinoamericana puede aceptar honradamente. Para decidir nuestra actitud, no debemos levantar los ojos hacia el Norte, sino consultar nuestras propias necesidades y conveniencias. Es más: debemos aprovechar la circunstancia feliz para desligarnos del engañoso panamericanismo que ha hecho de las repúblicas libres fundadas por Bolívar, San Martín y O’Higgins, una anodina sucesión de ceros. La neutralidad es realmente indispensable. La América Latina debe permanecer irreductiblemente neutral, sobre todo desde el momento en que encima de ella se dejan sentir presiones incompatibles con su inalienable autonomía”.

A *El Universitario* de Santiago de Chile, el 14 de agosto de 1917:

“Los choques entre los pueblos han sido originados siempre por intereses

materiales de orden económico o territorial que han tomado la forma o apariencia de reivindicaciones de justicia o de instintos generosos, pero esta forma ostensible ha sido sólo la fachada con que se ha tratado de alcanzar la simpatía de los de afuera, ocultando los verdaderos móviles que llevaban a la acción. . . Que los Estados Unidos proclamen su respeto a las nacionalidades débiles y su apasionamiento por la justicia en los propios momentos en que pisotean la libertad y la autonomía de naciones ultradébiles como Santo Domingo, Haití y Nicaragua, en los propios momentos en que presionan abusivamente sobre México, me parece realmente una ironía y un sarcasmo”.

De La Patria Grande:

“Cuando estalló la guerra, fui hispanoamericano ante todo. Defendí la integridad de Bélgica porque vi en ella un símbolo de la situación de nuestras repúblicas. Pero no me dejé desviar por un drama dentro del cual nuestro continente sólo podía hacer papel de subordinado o de víctima, y lejos de creer, como muchos, que con la victoria de uno de los dos bandos se acabaría la injusticia en el mundo, me enclaustré en la neutralidad, renunciando a fáciles popularidades, para pensar sólo en nuestra situación después del conflicto. Algunos juzgaron, en el apasionamiento de aquellas horas, que porque los Estados Unidos intervenían en favor de los aliados, la política imperialista se purificaba retrospectivamente y olvidaron la situación de Nicaragua, el separatismo de Panamá, las invasiones a México, la agonía de Puerto Rico, cuanto nos hiere en nuestra propia carne. Yo no lo olvidé, porque sabía que mientras los imperialistas defendían en Europa la justicia y el derecho de los pueblos débiles, continuaban en América la política de dominación. Para subrayarla, el 15 de mayo de 1916, mientras la opinión mundial soñaba con una equidad permanente, desembarcaron tropas en Santo Domingo y arrasaron cuanto quedaba de la autonomía de aquel país. El acontecimiento pasó inadvertido en nuestros pueblos que olvidaban sus propias reivindicaciones para defender las de Europa. Pero con ese motivo, aprovechando una invitación de la Universidad de San Carlos salí, pocos meses después, para Las Antillas y México.

Atento sólo a los intereses de la América de habla hispana, continué en plena guerra mi prédica de 1900, de 1911, de 1913, de toda mi vida. A mí no me tocaba averiguar si el imperialismo estaba desarrollando en Europa una acción benéfica o no, lo que me concernía era la acción y el reflejo de esa política, en el Nuevo Mundo, y como todo continuaba siendo fatal para nuestras autonomías, combatí otra vez, sin cuidarme de problemas extraños, ya que los extraños se han cuidado en todo tiempo tan poco de nosotros”.

[Archivo General de la Nación Argentina].

EL PUEBLO Y LA VIOLENCIA

(1922)

EL ESTADO de sitio, las persecuciones, la arbitrariedad en todas sus formas, sólo sirven para vigorizar la acción de los partidos revolucionarios.

Hay cierta candidez en suponer que bastan unos cuantos decretos con firmas nerviosas al pie para contrarrestar los deseos de la masa popular y ahogar en germen sus aspiraciones. A una declaración de guerra se contesta con otra; y no es posible saber quién triunfará definitivamente si se encuentran en presencia dos fuerzas irreductibles.

La legalidad establecida es aceptada a condición de que mantenga los derechos que ella misma concede. Pero cuando el Poder los viola, rompe el tácito convenio y echa mano de armas nuevas y antojadizas; las víctimas se preguntan si la legalidad tiene dos caras: una para los de arriba y otra para los que, sin desearlo, los sostienen. Destruída la legalidad por los mismos que en ella se escudan, nada puede retener a los que la toleraron sin haber contribuido algunas veces a crearla. Si en los comienzos pudieron sentirse cohibidos por las artificiales leyes del duelo, recuperan con la ruptura todos sus recursos, y con ellos, el derecho de rechazar la agresión como convenga. Dentro del respeto mutuo todo puede ser discutido serenamente; fuera de él se desvanecen las equidistancias y sólo queda en presencia, de un lado, la tiranía recurriendo a todas las injusticias para perpetuarse; del otro, la libertad, que, como todo lo que tiene alas, busca su salvación en la altura.

La situación creada por recientes sucesos no puede ser más clara. Si el Poder, renunciando a los propósitos conciliantes, se deja llevar a persecuciones, la democracia se hará invulnerable, dentro de su energía serena. Ni el rigor, ni las dádivas, ni las concesiones parciales, ni las leyes restrictivas pueden modificar sus propósitos y su acción. Dispuesta a discutir pacíficamente y a aprovechar las buenas disposiciones para realizar reformas y atenuar injusticias cuando la oportunidad se presenta, pero decidida también a defender su organización por todos los medios contra los que pretenden destruirla— a igual distancia de lo arrebatos prematuros y de los desfallecimien-

tos culpables— es un bloque de piedra capaz de resistir a todo. Si el rayo la hiere, ella también sabe esgrimir el rayo!

Pero el valor no consiste en lanzarse a todas las empresas, sino en sobreponerse al ímpetu y saber medir cuáles son las que tienen probabilidades de éxito. Las provocaciones suelen ser un ardid para encender las cóleras y justificar hábiles represiones. El pueblo, consciente de sus responsabilidades y de sus destinos, debe saber evitar los lazos que le preparan, delimitar las fronteras entre su acción y la de ciertas agrupaciones y dar la sensación de un gran conjunto seguro de su verdad. En épocas normales todo lo espera de la eficacia de sus razones y sólo recurre a la agitación en último extremo para defender el ideal.

[Del libro *La Patria Grande*, Editorial Internacional (Berlín-Madrid), 1922].

LA DEMOCRACIA EN AMERICA ²

(1925)

PARA LAS nuevas generaciones, que, ajenas a los apasionamientos y a las incidencias de cada región, examinan las corrientes que después de la guerra han empezado a difundirse en la América Latina, nada es motivo de tanto desconcierto como la tendencia a transformar en teoría política aplicable a nuestras repúblicas la política accidental de algunas naciones de Europa.

Como el movimiento entraña un peligro innegable por la misma buena fe de los que lo propician; creyendo preservar los destinos colectivos, y como los fenómenos que se advierten en algunas zonas pueden ejercer influencia sobre las demás, conviene tener presentes los fundamentos alrededor de los cuales debe girar la vida de nuestra América.

Las sociedades han pasado gradualmente de la obediencia a la libre disposición de sí mismas, del oscurantismo a la libertad, con ayuda de una evolución laboriosa que fue transformando su propia esencia. La difusión de la cultura, la inquietud de las responsabilidades, acentuaron derechos y deberes, haciendo florecer un ideal, constantemente ampliado, de elevación y de felicidad humana. Estas conquistas dolorosas y difíciles, fruto de tragedias sangrientas y memorables inmolaciones, constituyen algo irrevocable; y todo lo que tienda a volver hacia lo ya dirimido, a interrumpir el ritmo del progreso, sólo conseguirá arremolinar las aguas peligrosamente.

Lo que es aplicable a todos los pueblos resulta más categórico en nuestras democracias nuevas.

Las naciones de Europa tienen, después de todo, un punto de partida feudal. El viejo fermento autoritario ha seguido palpitando a través de las concesiones de la monarquía, que para prolongar su existencia, tomó a veces engañosos ropajes constitucionales. Mirándolo bien, la brusca crispación de un residuo persistente sólo marca los estertores del sistema que no se resigna a morir.

Pero en América ocurre todo lo contrario. Nuestras patrias jóvenes brotaron de una rebelión contra la idea dinástica. Sus cimientos fueron edificados sobre principios y Constituciones republicanas.

Toda tendencia al predominio de una minoría o al auge de un gobierno fuerte equivale a incorporar elementos discordantes que contrarían la lógica de nuestra evolución.

Esto no significa negar que ha habido en el curso de la historia latinoamericana penosos momentos en que la ley escrita fue anulada por los caudillos. Pero estos recuerdos de luto y de miseria son los que con más fuerza se oponen a toda reacción. Si hay pueblos que deben estar escarmentados del autoritarismo, son los nuestros, que tan duramente lo lloraron en el pasado o tan amargamente lo soportan aún en ciertas regiones.

Las Repúblicas de la América Latina, democráticas por las leyes y por la composición nacional, no pueden tender a crear, a destiempo, privilegios anacrónicos, sino a perseguir la ampliación de las fórmulas libertadoras, afrontando cuantos desarrollos económicos y filosóficos conducen las hipótesis nuevas. Porque no es posible olvidar que el gobierno de un hombre, o el de una minoría —que ya han existido entre nosotros en forma de trampa o de imposición—, marcaron siempre en la geografía y en el tiempo, las zonas y los momentos de más hondo atraso y de mayor infelicidad colectiva.

Al margen de los teóricos, las incidencias de actualidad pueden ser usufructuadas por las oligarquías para robustecerse y por los veteranos de la reelección para perpetuarse, basándose éstos y aquéllas en la aparatosa necesidad de defender la salud de la patria. Conviene evitar que, bajo apariencias de interés común, recobren su vigor las fuerzas retrógradas que fueron vencidas en el origen del separatismo por las concepciones liberales, y en los debates internos por el sufragio universal.

Nadie podrá tacharme de antipatriota. Por defender el principio de patria y las bases que creo indispensables para su perdurabilidad, recorrí el continente y me distancié en la Argentina del partido que sintetiza mis ideales. Mi socialismo fue siempre moderado y nacionalista. Pero entiendo que nada puede ser tan nocivo para el progreso de nuestras Repúblicas como los Gobiernos de sorpresa y las hegemonías marciales erigidas en tribunal dosificador de la libertad.

Nuestra América ha de extraer de sí misma la vida espontánea y nueva a que la obliga su juventud.

Pero si juzgamos indispensable buscar modelos, imitemos, más bien, a Francia, donde está gobernando una coalición de fuerzas tendidas hacia el progreso; imitemos a Inglaterra que mantiene el juego normal de los partidos; imitemos a Alemania, que, a pesar de todas las dificultades tiene el oído atento a la voluntad popular; imitemos, en fin, a la triunfante América del Norte, donde ni en sueños ha llegado nadie a formular la idea de resucitar el pasado.

No cabe duda de que una de las consecuencias de la última conmoción ha sido fortificar los sentimientos nacionales. Pero esto, lejos de marcar una reacción anuncia un progreso. A medida que la nación se ha hecho democrática, la democracia se ha hecho nacional. Y los tronos caídos, la sustitución casi general de las antiguas casas reinantes por Repúblicas avanzadas, algunas

de las cuales van más allá de nuestras propias convicciones, está diciendo a voces que si la conflagración ha tenido una filosofía, es la que marca el advenimiento del pueblo, el triunfo del sufragio universal.

Fulminar contra el parlamentarismo, cuya falta de eficacia consterna a los partidarios del golpe de Estado, es partir de una base inconsistente. Claro está que el régimen parlamentario no es perfecto. ¿Pero lo fue acaso el absolutismo? ¿Lo fueron las dictaduras que escalonan en la historia sus eslabones de sangre? Los errores del parlamentarismo —que sintetiza la presencia constante en el Gobierno de la voluntad colectiva— son rectificadas siempre por la masa electora. ¿Quién rectificará, en cambio, los errores de los déspotas, que quedan invariablemente impunes y fueron a menudo punto de partida para empecinamientos y persecuciones que ahogaron a los pueblos bajo el silencio y el terror?

También se ha invocado injustamente la incapacidad de nuestras democracias, olvidando que dieron prueba, desde los orígenes, de especial clarividencia. Pero aún admitiendo que la democracia latinoamericana carezca de educación política, no se probará, como consecuencia de ello, que hayan alcanzado esa educación política los que aspiran a erigirse en tutores por derecho divino. Entre nosotros, los que han dejado siempre más que desear han sido los gobernantes. No es ensanchando sus atribuciones como aumentaremos sus capacidades. Y en lo que se refiere al pueblo, tan duramente juzgado por los censores, más fácil será lograr su perfeccionamiento con ayuda de la democracia, que está interesada en servirlo, que a la sombra de los dictadores, cuya preocupación eterna fue perpetuar la ignorancia para dominar.

En cuanto al bien supremo de la colectividad —que se invoca indeterminadamente, como si volvieran los sacrificios de los tiempos bárbaros y fuera necesario desarmar a los dioses adversos inmolando las libertades—, no hay razón atendible que haga depender la vitalidad de nuestros países de una mutilación de la voluntad popular.

Cuantos forman parte de un conjunto están interesados en su grandeza. Y lo que exige la prosperidad de nuestras libertades no es el Gobierno de unos pocos que demasiado se ha prolongado, con ayuda de los peores expedientes, sino la franca realización de lo que las Constituciones anunciaron, la sana igualdad que no ha llegado aún, y contra cuyo cercano advenimiento quieren levantarse las minorías para retardar la evolución inevitable.

La juventud debe pronunciarse contra todo lo arbitrario, contra todo lo que marque imposición personal o de núcleo, contra todo lo que falsee las inspiraciones y el punto de partida de nuestra vida institucional. La América Latina sólo se engrandecerá dentro del marco cada vez más moderno, cada vez más generoso de los debates a plena luz. Y cuanto tienda a cercenar las atribuciones de los Parlamentos, a reducir el campo de acción de la prensa, a limitar la espontaneidad de la palabra, a oprimir el pensamiento, a arrebatar, en fin, el cetro a las mayorías para depositarlo sobre una clase, una casta o un individuo, debe ser considerado como nocivo para la patria, para la raza y para la humanidad.

Desde el punto de vista de la evolución interior, como desde el punto de vista de las consecuencias internacionales, sería fatal para el Nuevo Mundo toda tentativa de cesarismo, civil o militar. La felicidad de cada entidad independiente, y la fraternidad entre todas ellas, depende de la fidelidad a los principios republicanos. Levantemos cada vez con mayor brío la bandera nacional. Defendamos de todo corazón a la patria. Pero no la defendamos con armas viejas y procedimientos contraproducentes, generadores de atraso, anarquía y disolución. Para defenderla bien, identifiquémosla con la felicidad de todos sus hijos, hagámosla cada vez más ágil; purifiquemos sus ideales, perfeccionemos sus instituciones, libertémosla de los egoísmos parasitarios. Así coincidirá con todas las fibras de la nación y levantará en peso a la colectividad entera, sin injusticias, sin odios, sin privilegios.

Las nuevas generaciones con el instinto seguro que las orienta, han optado por preservar los principios superiores, cuyos desarrollos futuros representan una esperanza en medio de errores que se prolongan. Ajenas a las corrientes efímeras salvaguardarán antecedentes y destinos, instituciones liberales y audacias luminosas, cuanto es nuestro pasado, cuanto será nuestro porvenir.

[Escrito en Niza, en 1925, publicado en *El Sol* de Madrid, el 12 de junio de 1925. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

LA CUESTION AGRARIA EN LA AMERICA LATINA

(1929)

Así COMO en el orden internacional hay para las repúblicas de la América Latina un problema superior a todos los otros —la defensa de las autonomías nacionales frente al imperialismo— en el orden interior se impone una reforma por encima de todas las reformas posibles: la que ha de dar por resultado la repartición de la tierra.

En comarcas tan vastas y tan poco pobladas que a veces sólo cuentan un habitante por kilómetro cuadrado, esta cuestión no hubiera debido plantearse siquiera si la dirección de los asuntos públicos estuviera en manos de hombres atentos a preparar los caminos del porvenir. Desgraciadamente, hemos sido gobernados hasta ahora por el privilegio, la rutina o la casualidad. El latifundio se ha mantenido o ha prosperado de una manera monstruosa. Hay hombres que poseen zonas inmensas, verdaderos estados dentro del Estado. Y un feudalismo sui géneris falsea las constituciones y los principios republicanos, aún en aquellos países que parecen más atentos a envanecerse de una legislación moderna.

Del inaudito acaparamiento de la tierra por algunos ha nacido una violenta desigualdad social y hasta una forma nueva de esclavitud: la esclavitud de los hombres que nacen, trabajan y mueren sometidos a un sistema dentro del cual la tierra, los víveres y cuanto existe pertenecen a un amo todopoderoso.

Hay lugares en la América Latina donde el déspota rural es dueño de las expendedurías y proveedor único de las muchedumbres que viven y trabajan en sus campos. Les paga con fichas que los miserables cambian por alimento y por alcohol. Les abre crédito para retenerlos. Los hijos heredan las deudas de los padres. Y de generación en generación, se prolonga la servidumbre.

Inmensas zonas en el Perú, Bolivia y hasta en el territorio argentino de Misiones, se obstinan aún en ese sistema criminal y anacrónico, dentro del cual los mismos funcionarios del estado —comisarios de policía, jueces de paz, etc.— se hallan estipendiados directa o indirectamente por el terrateniente local o por la compañía arrendataria.

Aun en aquellas zonas donde los procedimientos se han hecho menos rudos, la injusticia es flagrante y dolorosa. Las grandes propiedades rurales heredadas se han valorizado desproporcionadamente, dando lugar a fortunas cuantiosas y poniendo en manos de unos pocos la llave de la prosperidad nacional.

Por eso es que de norte a sur de la América Latina sube un clamor creciente en favor de la reforma agraria. La tierra, fuente suprema de riqueza en nuestras comarcas dedicadas a la ganadería, la agricultura, la explotación intensiva de los tesoros naturales del suelo y del subsuelo, no debe estar en manos de unos pocos que derrochan fastuosamente sus rentas en las grandes capitales. Algún derecho ha de tener sobre la tierra quien la cultiva, quien la hace fructificar. Un sentimiento nuevo de equidad y de reparación surge en las conciencias. La situación del indígena de la América Latina no puede continuar como hasta ahora. Aún aquellos que no se hallan lastimados directamente por el actual estado de cosas, se elevan contra la sinrazón evidente que las hizo nacer.

La reforma agraria tiene que ser el eje sobre el cual gire la política interior de nuestras repúblicas. Por encima de las luchas vanas entre la ambición de los políticos y de las declamaciones sobre ideas generales, hay que abordar resueltamente este problema vital. Cuanto se haga para ignorarlo o para aplazarlo, será inútil. Los fenómenos humanos no dependen de la voluntad individual. Es la voluntad individual la que se ajusta a los fenómenos humanos. Y sea cual sea la oposición que opongan ciertos elementos, la reforma agraria tendrá que hacerse.

[Publicado en la revista *Monde*, dirigida por Henry Barbusse, en París, el 6 de julio de 1929. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

EL FIN DE LAS OLIGARQUIAS LATINOAMERICANAS

(1931)

EN LUCHA con las Universidades, las organizaciones obreras, la prensa independiente y todo aquello que represente un reflejo de pensamiento o de conciencia libre, las dictaduras vacilantes como las de Machado en Cuba y de todos los autócratas latinoamericanos, tienen los días contados. Pero la prevista caída sólo resolverá el problema si ella conduce al fin de un régimen. Las repúblicas de origen español y portugués sufren una tiranía que sobrepasa las individualidades. En la Argentina, por ejemplo, quince familias poseen, ellas solas, 2.773.760 hectáreas, cuyo valor puede ser calculado en tres mil millones de francos. Los déspotas no se imponen sino como representantes de estas oligarquías que absorben la vitalidad nacional, bajo la protección alterada del imperialismo inglés o del imperialismo norteamericano que favorecen, sin saberlo o sabiéndolo demasiado, la funesta expansión económica.

Las subversiones operadas en el personal político, por más tumultuosas que hayan sido, no consiguieron nunca transformar el fondo de las cosas. Por encima de los sacudimientos y a través de los nombres, gastados o nuevos, se ha visto perpetuarse, con ligeros matices, desde los tiempos coloniales y a lo largo de la independencia, la misma dominación semiplutocrática, semi-feudal, de aquellos que se hacen la ilusión de encarnar a la nación, porque se identifican con el estado de cosas que los favorece.

La evolución económica ha sido, por este hecho, detenida en su punto de partida. El colonialismo se perpetúa a pesar de la autonomía nominal. Las repúblicas más prósperas no han hecho más que exportar los productos del suelo y comprar en el exterior los objetos manufacturados.³ Esto sin tener en vista el plan más elemental para el desarrollo y equilibrio de los intereses generales del país. A excepción de la agricultura y la ganadería —ya bien comprometidas por lo demás— todo ha sido abandonado a la iniciativa y a los capitales extranjeros.

Algunas exportaciones sólo dejan entre nosotros el precio de la mano de obra, pagada miserablemente. Las minas fabulosas de Bolivia y de Perú se

han vaciado por canales invisibles, sin que esas regiones se hayan beneficiado en forma alguna. Las repúblicas sudamericanas no son ricas, en realidad, más que para los sindicatos cosmopolitas a los cuales un grupo ínfimo de nativos acuerda para mantener su preeminencia, las concesiones más onerosas. Cada iniciativa de valorización es el resultado de la venta, a una compañía extranjera de una nueva parte del patrimonio nacional. Los ferrocarriles, el petróleo, la industria frigorífica que controla la exportación del ganado, los bancos, los seguros —en ciertos casos, las propias aduanas— todo ha sido librado al imperialismo anglosajón.

La inmensa masa de los ciudadanos trabaja para asegurar dividendos a los accionistas de Nueva York o de Londres, o para permitir llevar, a un grupo restringido, una vida fastuosa en los grandes centros de Europa.

Sólo su extraordinaria riqueza ha permitido a la América Latina resistir la intoxicación, neutralizada por la vitalidad del organismo. Pero habiendo el desbarajuste mundial precipitado los acontecimientos, los productos no se venden más, el cambio se desploma y una situación angustiosa pone en evidencia las taras de un sistema.

Es lo que ha determinado el despertar de las únicas fuerzas que el imperialismo no ha tocado: el pueblo y la juventud. Es así cómo las jóvenes generaciones, salidas en parte de los grupos privilegiados, se levantan contra la injusticia, adoptan (como sucede en la víspera de grandes transformaciones) ideas avanzadas y procuran rejuvenecer a las Universidades, convertidas en los mejores focos de renovación.

Sorprendidas por palabras inesperadas, las viejas oligarquías comprenden en cierto modo sus errores pero, incapaces de reaccionar miden sobre todo el peligro que corren ante una agitación que no es ya política sino social. Han recurrido ellas a dos sistemas clásicos: la opresión violenta y las concesiones engañosas.

En el primer caso se suprimen los diarios que molestan, se procura castigar las universidades rebeldes como las de Buenos Aires y La Plata, se reclutan milicias voluntarias encargadas de mantener "el orden", se fusila a los ciudadanos en las calles, como en La Habana, donde los estudiantes y obreros han debido cortar la corriente eléctrica y sumir a la ciudad en la oscuridad, para escapar a la persecución de la policía.

En el segundo caso, se intenta dar a la opinión aparentes satisfacciones. Los políticos son los mismos, pero a medida que las posibilidades se deslizan hacia la izquierda, se los ve teñirse de rojo. Como en España se pudo advertir el hundimiento inevitable de la monarquía, por la complacencia con que los antiguos cortesanos se atropellaban alrededor de una república que no existía, en América Latina se siente la inminencia de las nuevas horas, por la actitud artificialmente "liberal" de algunos conservadores de renombre.

Ni la fuerza, ni la astucia, parecen que puedan desviar, sin embargo, el impulso hacia la extrema izquierda. El se hace sentir desde la Argentina hasta México. El movimiento agrario y antimperialista inquieta a los gobiernos que se esfuerzan por echar máquina atrás, bajo la influencia de los Estados Unidos

y de las fuerzas del terror. Numerosos síntomas marcan el fin de un estado de cosas. Bajo la crisis económica, las oligarquías se disgregan, así como el pretorianismo y los vanos simulacros parlamentarios. La atmósfera se rarifica también para los políticos que cultivan la paradoja y aspiran a figurar en la vanguardia, sin cortar sus vínculos con el pasado. La acusación de extremismo no espanta más a nadie. Ante la depreciación de los productos, las deudas, la desocupación, el déficit —resultados del fracaso de los dirigentes— parece evidente que no se puede remediar la confusión en que América se debate, como no sea con la ayuda de los hombres nuevos y de las ideas nuevas.

[Publicado en *Monde*, revista política dirigida por Henry Barbusse en París, el 1º de agosto de 1931. Reproducido en *Polémica*, de Buenos Aires, el 19 de septiembre de 1931. Archivo General de la Nación Argentina].

NO SOY ALIADOFILO, NI GERMANOFILO: SOY IBEROAMERICANO

(1940/45)

APASIONAMIENTOS IRRAZONADOS

DENTRO DE algunos años, cuando se observe fríamente el panorama, será difícil explicar los apasionamientos unilaterales, los odios ciegos y las parcialidades estridentes que arrebataron a ciertos sectores de la opinión iberoamericana durante la guerra actual. Se extraviaron los espíritus en el campo ajeno y se alejaron hasta perder de vista su propia realidad. Conviene, pues, hacer un esfuerzo para contemplar serenamente la situación, teniendo en cuenta sobre todo los intereses de nuestra tierra.

Como si estuviesen frente a una competencia deportiva, donde los espectadores corean a sus favoritos, la pasión se derramó en clamores, sin darse cuenta de que no se trata de un torneo. En el curso de los acontecimientos actuales no cabe gritar: "a mí me gusta esto" sino averiguar la mejor forma de salvaguardar la propia situación. No cabe optar, elegir o averiguar si esto es más justo que aquello, preocupación, por otra parte, poco frecuente en política internacional. Se trata de abarcar los horizontes y develar en medio de la tormenta sobre la suerte, no del navío ajeno, sino del navío en que navegamos.

Desde los comienzos del conflicto, cuando me preguntaban "¿es usted aliadófilo o germanófilo?" he contestado siempre: "Soy iberoamericano".

Porque si interviene el buen sentido es evidente que debemos dar preferencia a lo propio, es decir, a nuestra situación y a las consecuencias que de esa situación pueden derivar en medio de una confrontación de fuerzas superiores a nuestro volumen nacional, a la órbita de nuestros intereses y a las materiales posibilidades de intervención.

Pero la enfermedad del continente ha consistido en confundir los planos en que se mueven las cosas y en cultivar el sentimentalismo cuando se impone la reflexión.

En vez de ver en el choque una crisis resolutive de la trágica rivalidad entre dos potencias que se disputan el primer puesto en el mundo, Iberoamé-

rica se dejó enardecer por consideraciones de ética y de política interior que le inyectaba uno de los bandos en lucha.

El recuerdo de la guerra de 1914, que levantó parecidas llamaradas y dio lugar a tantas decepciones, no bastó para mantener la serenidad. A un cuarto de siglo de distancia, los mismos hombres, en las mismas circunstancias, cayeron en los mismos errores, arrebatados por la prédica tendenciosa de las agencias.

A los que nos mantuvimos, durante la otra guerra, neutrales, es decir, como hoy, básicamente nacionalistas, no podía sorprender la nerviosidad que se difundió de nuevo. Ya habíamos conocido "el terror". Se repetían los fenómenos. En 1940, como en 1914, no fue posible ser persona decente si no se gritaba en favor de Inglaterra y de Estados Unidos. Toda divergencia marcaba culpabilidad, soborno, ignominia. Bastaba el silencio para invalidar a un hombre. Dentro del conflicto, un bando representaba la libertad, la cultura, la civilización y el otro sintetizaba la tiranía, la crueldad, la barbarie.

Tan ingenua simplificación de los problemas mundiales podría dar una idea inexacta de la solvencia intelectual de nuestras repúblicas. Conviene puntualizar que dominó especialmente en los círculos espumosos de las capitales o en la prensa comercializada y que buena parte de la juventud y de la masa, alcanzó, instintivamente, una concepción a la vez más universal y más nacional.

Yo no tengo razones para defender a Alemania. Pero tampoco las tengo para defender a Inglaterra o a Estados Unidos. Lo que ha de determinar mi opinión es el interés de mi América, entendiendo por "mi América" el conjunto de los países de origen hispano.

Desde principios de este siglo, antes de la guerra, he consagrado mi vida a combatir las fuerzas extrañas que han obstaculizado el desarrollo de nuestras repúblicas. Así he hablado y he escrito sin descanso contra el imperialismo inglés y contra el imperialismo norteamericano, como lo hubiera hecho contra el imperialismo alemán si se hubiera manifestado en este continente. Y entiéndase que al censurar a Inglaterra y a Estados Unidos no me baso en las actitudes que adoptaron en estos o en aquellos conflictos mundiales, sino en la acción que ejercieron directamente sobre nosotros. El punto de mira no fue el odio, la conveniencia o la razón ajena, sino los problemas y el porvenir de la entidad superior que formamos los iberoamericanos.

¿Quiénes son los que se han atravesado en nuestro camino desde los orígenes?

Hago el balance de la vida del continente y encuentro la agresión de Inglaterra desde los tiempos remotos en que los galeones de España eran atacados por piratas que solían convertirse después en gobernadores. Rememoro los desembarcos de soldados ingleses en Buenos Aires, pocos años antes de la independencia. Compruebo la ocupación de Belice, perteneciente a Guatemala. Pienso en las islas Malvinas... Pasando a Estados Unidos, no puedo dejar de tener presente que arrebataron a México la mitad de su territorio. Tampoco cabe olvidar las palabras del senador Preston: "La bandera estrellada flotará hasta el cabo de Hornos, único límite que reconoce la ambición de nuestra

raza". Hasta el momento actual en que nos piden bases navales en nuestras costas, esa acción no se ha detenido un momento. Nicaragua, Cuba, Panamá, Puerto Rico...

Lo que voy a añadir ahora parecerá a algunos un despropósito, pero expresa una verdad que todos pueden comprobar: Alemania no nos dio nunca, en cambio, motivo de queja. Se halla tan saturado el ambiente que hasta cuesta trabajo hacer admitir esta verdad, pero la mejor prueba de que es una verdad innegable es que la propaganda tendenciosa no ha podido invocar un solo caso en que Alemania haya realizado algo contra nosotros y tiene que limitarse a impresionarnos con lo que Alemania podría hacer en el futuro, si llega a triunfar.

Así nos invitan a abrir de par en par las puertas a los peligros que conocemos, para prevenir peligros que no se han manifestado aún.

Esto sería suficiente para invitar a la reflexión.

EMOCIONES IMPORTADAS

Volviendo a la realidad y a la guerra en sí, basta preguntarnos, para medir la parcialidad que enrarece el ambiente, si la indignación por el avance de las tropas alemanas en Europa se hubiera manifestado en el caso de que los aliados se internaran victoriosos en territorio alemán.

Si solo resulta malo lo que va contra ciertas predilecciones, daremos la sensación de un continente supeditado a una influencia, inclinado a vivir de reflejo, sin que asome el juicio propio que lógicamente ha de sobreponerse a la propaganda para crear, de acuerdo con las conveniencias locales, una opinión autónoma. Este es, justamente, el momento de revelar la personalidad de Iberoamérica.

Al aceptar la versión tendenciosa y al entregarnos a ella, aparecemos como gente mal informada que ignora los expedientes a que recurren las naciones en lucha. Parecemos, además, no tener noticia de la ebullición que llevó en todos los tiempos a todos los pueblos a expandirse o a contraerse según las alternativas de su vitalidad. Los imperios se acumularon y se disolvieron siempre sin más regulador que la fuerza, superada al cabo de cierto tiempo por otra fuerza. Ninguno se formó por medios pacíficos y legales.

Cuando un canciller ingenuo declara que la Argentina no reconoce conquistas, se expone a que le pregunten si tan encomiable decisión se extiende hasta la conquista de América por los españoles, de los cuales somos, más o menos, descendientes. Creer que la violencia se inaugura en este siglo, es confesar completo desconocimiento de la historia.

Ninguna nación se impuso por la violencia en tan vastos territorios como Inglaterra, que simboliza ahora, para algunos, la legalidad. Basta abrir un mapa para contemplar el mayor imperio conocido. Trescientos millones de

hindúes, en favor de los cuales clama Gandhi en vano, la mitad del Africa, Gibraltar, islas innumerables pobladas por enormes muchedumbres trabajan y sufren para que los ingleses mantengan un standard superior de vida. Esas zonas no han merecido la protesta de los sentimentales.

En cuanto a Estados Unidos, vemos que pocas veces se ha ensanchado una nación con tanta rapidez, seguridad y de manera tan implacable. En siglo y medio quintuplicaron la extensión de su territorio, absorbiendo y anexando la Florida, la Luisiana, Nuevo México, Texas, Panamá, Puerto Rico, etc.

Sorprende en este caso también que no se haya encendido el fervor puritano o la cólera justiciera en favor de pueblos débiles que son del mismo origen. Porque la indignación de ahora subraya, por contraste, que nunca estallaron apasionamientos análogos cuando se cometieron atentados contra las naciones hermanas de América.

La emoción por la suerte de Polonia o de Finlandia trae a la memoria el silencio frente a la ocupación de Belice, las Guayanas o las Malvinas, y si estos parecieran hechos antiguos, de la ocupación recientísima de la isla de Curazao, frente a las costas de Venezuela, realizada en el curso de la guerra actual. Nadie alzó la voz tampoco cuando Roosevelt se adueñó de Panamá, ni cuando los Estados Unidos quitaron a México las provincias del norte ni cuando fue sacrificado Sandino en Nicaragua.

Por curiosa anomalía, parece que el sagrado derecho que tienen las colectividades a disponer de su suerte es un postulado de exclusiva aplicación en Europa, y hasta dentro de Europa, un privilegio de las zonas donde no se perjudica a los intereses de Gran Bretaña. Porque la campaña en favor de los irlandeses nunca halló eco tampoco entre nosotros.

Es lo que debe hacernos reflexionar.

Cuando se trata de defender a ciertas naciones lejanas con las cuales no tenemos trato ni conocimiento, surge un torrente de reconvenciones caudalosas. Cuando es lo nuestro lo que está en tela de juicio, reina el silencio más absoluto. ¿Importamos del extranjero las emociones? ¿Razonamos por delegación?

EL PROBLEMA

Aquí se toca el hueso del problema.

La estruendosa parcialidad en medio de esta guerra que no nos atañe en sus finalidades ni en su desarrollo, puesto que se libra en zona lejanas y sin herirnos directamente, sólo puede responder a maniobras del bando al cual favorece.

Los supervisores de la vida iberoamericana, en la nerviosidad de la lucha, se quitan la careta, pierden la flexibilidad cautelosa de los tiempos normales y nos revelan nuestra situación.

Inglaterra busca la adhesión cerrada que no alcanzó en sus propios dominios y los Estados Unidos aspiran al monopolio comercial. Lo que Inglaterra quiere impedir en Iberoamérica no es la implantación de un régimen totalitario, sino la competencia a su comercio. Lo que los Estados Unidos se afanan por preservar no son las instituciones democráticas sino su predominio. Aunque tan poderosas naciones se aprestan a defendernos en la misma forma como defendieron a Checoslovaquia, Polonia, Finlandia, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, Iberoamérica, que tiene el cuerpo marcado por los latigazos de la protección, recuerda las parábolas de los circos, impregnadas a menudo de amarga filosofía.

El payaso aparece, maltratando, como de costumbre, al Tony y el jefe de pista interviene: —¿Por qué le pega?

A lo cual contesta con enojo el payaso: —Nadie tiene derecho a intervenir en favor de este hombre. Usted no debe acercarse. Yo lo defiendo...

Y sigue dándole golpes...

Así como en los ejércitos hay tropas coloniales que luchan por algo que no les concierne, ¿habrá también, en el terreno de la opinión mundial, tropas coloniales del pensamiento que sostienen causas ajenas y van hasta contra sus propios intereses, dado que al aumentar el poder de aquellos a quienes sirven aumentan la propia sujeción?

FRANCIA

Todos hemos tenido, y tenemos, profunda simpatía y gran admiración por Francia. No es éste el momento de investigar si estaban en lo cierto los políticos franceses que propiciaron una alianza de Francia con Alemania para ir contra Inglaterra, o si acertaron mejor los que, uniéndose a Inglaterra, declararon la guerra a Alemania para llegar a la situación actual. He vivido en París en los años en que se planteaba formalmente el dilema: ¿con Inglaterra o con Alemania? y he asistido a la perplejidad frente al interrogante vital.

Bastaría esa divergencia de pareceres para establecer que Francia ha sido en la lucha una fuerza complementaria, un factor concurrente y que la causa del choque, la incompatibilidad fundamental, reside en la pugna entre dos grandes potencias industriales y exportadoras que compiten en los mercados del mundo y aspiran a desalojarse mutuamente. En 1940, como en 1914, sólo se enfrentaron en realidad, por un lado Inglaterra, acostumbrada a dominar todos los mares y por el otro, Alemania, en pleno crecimiento y ansiosa de conquistar su puesto al sol.

Las dos guerras nacieron de la oposición entre una fuerza deseosa de perpetuar su hegemonía y una fuerza empeñada en abrirse paso para imperar a su vez. De un lado, las posiciones adquiridas, del otro, la inquebrantable renovación del mundo.

El *camouflage* ideológico y sentimental no logra borrar la línea que delimita los dos campos.

Pero para desorientar a la opinión y reclutar adeptos, en 1940, como en 1914, se explotaron hasta la inverosimilitud las simpatías que Francia despertó en el mundo y especialmente en Iberoamérica.

Francia fue la niña bonita presentada en todas las posiciones para atraer y conmover. Se jugó esa carta hasta el punto de que cuando las tropas alemanas pasaron la frontera, el voto más íntimo fue ver a París devastado por el bombardeo para capitalizar la reacción instintiva de los espectadores. Francia resultó, en suma, la careta idealista de Inglaterra, el escrúpulo romántico que detenía la opinión de muchos.

Descartada ahora Francia de la lucha, desaparece el motivo de inhibición. Es más. Si hemos de ser fieles a la tendencia francófila, no podemos menos que comprobar que Inglaterra al volverse contra la antigua aliada, dio prueba de su ingratitud. Porque Francia se lanzó líricamente a una guerra en la cual lo podía perder todo, sin llevar una finalidad precisa, fascinada por la diplomacia inglesa que deshojaba margaritas de democracia, cultura y civilización. Veamos lo que representan, siempre desde nuestro punto de vista, esos tres tópicos de propaganda tan insistentemente utilizados para movilizar los espíritus en Iberoamérica.

DEMOCRACIA

Sabemos por la enseñanza de la historia que los pueblos al gravitar sobre otros pueblos defienden la expansión de su vitalidad, pero no con las formas temporales de gobierno que han podido darse. Si estas son invocadas, sólo será con el fin de ocultar o favorecer la ambición.

Nadie conoce las intenciones de Alemania en el futuro. Pero parece aventurada la afirmación categórica de que desea difundir su sistema de gobierno. Equivaldría a suponer que tiene interés en generalizar el uso de las armas que le dieron la victoria.

Si el totalitarismo ha favorecido la potencialidad de Alemania y si la democracia ha preparado la debilidad de sus adversarios, no es presumible que Alemania esté impaciente por incubar rivales, comunicándoles el secreto de su fortaleza. Parece más verosímil que preferirá reservarse la exclusividad de los engranajes que le permitieron dominar. Si algo llega a imponer fragmentariamente será para asegurar la duración de gobiernos con los cuales pueda tratar. Pero no ha de querer transvasar la eficacia y el vigor que puede volverse un día contra ella.

Las opiniones apresuradas parten en este punto como en otros de una concepción básicamente errónea. El más claro indicio de que no se hace la guerra

para imponer ideologías, es la marcha paralela y armónica de Alemania con Rusia, a pesar de las divergencias de orientación.

Existen planos diferentes y jerarquías superpuestas. La política interior no logra nunca ser base para una política internacional, ni puede desarrollarse sin tener en cuenta la amenaza de afuera. La política internacional, en cambio, más flexible y más alta, se sirve de la política interior o la ignora, porque va más lejos y tiene acción duradera. Prueba de ello es que puede existir una política internacional sin política interior, pero no alcanza a afirmarse nunca una política interior sin que la respalde una política internacional.

Todo esto es tan elemental que asombra la persistencia con que en la interpretación de los sucesos se da siempre al factor secundario más importancia que al factor esencial.

Al decir que defiende la democracia y al transformar esa afirmación en aparente objetivo de la lucha, Inglaterra no hace más que entregar al mundo una vieja bandera lírica mientras consulta las estadísticas de sus exportaciones y las compara con las de su rival. Hay una verdad primaria que no debemos olvidar: nunca se hizo en la historia una guerra por motivos ideológicos, pero siempre se dio a la guerra una apariencia espiritual.

Los que mareados por las palabras creen en Iberoamérica que se trata de una pugna entre instituciones antagónicas, entre teorías filosóficas, entre el día y la noche, entre Dios y Satán, confiesan su desconocimiento de la filosofía política y se dejan deslumbrar por apariencias.

Olvidan, además, que si la democracia —alcanzada sólo por algunos pueblos privilegiados— constituye, en tiempos de paz, una de las más nobles aspiraciones de la especie, en tiempos de guerra resulta uno de los más eficaces procedimientos de suicidio. Si en estos últimos años la democracia pudo ser definida como el sueño loco de Europa, no podría ser llamada entre nosotros, desde la independencia, ¿la hipocresía de Iberoamérica?

Esta crisis nos abre los ojos.

¿Dónde hemos realizado la democracia? ¿En qué ha consistido? ¿Pueden decirnos sus partidarios en qué momento trabajaron realmente para acercarse a ella?

Ha llegado la hora de abandonar ilusiones, porque si algunos países de Europa renuncian a la democracia después de haberla experimentado, nosotros corremos el riesgo de defenderla sin haberla conocido nunca.

El indígena, asociado teóricamente desde los orígenes a la esperanza de la patria, sigue viviendo, con excepción de Guatemala y México, como un ilota. A pesar de constituir la mayoría, nada ha hecho por él la democracia. En cambio, el pequeño grupo que bajo todas las etiquetas dominó siempre no ha sido desalojado ni fundido hasta ahora en el cuerpo de la nación. A pesar de ser la minoría, sigue imponiéndose dentro de la democracia. La teoría no ha favorecido tampoco la revelación de los verdaderos valores del país.

¿Qué defenderíamos nosotros al defender la democracia? ¿El derecho de seguir entregando las minas, los saltos de agua, los monopolios y las riquezas esenciales del país a los sindicatos de Nueva York y de Londres? ¿El privi-

legio de abandonar los beneficios que deja esa transfusión de sangre a un centenar de familias que componen la oligarquía, a otro centenar de firmas comerciales que integran la plutocracia y al turbulento batallón de políticos que suelen ser abogados de las compañías yanquis de petróleo o de los ferrocarriles ingleses?

Hay que afrontar, repito, la realidad. Si la democracia es hoy en el mundo un cadáver que se está velando desde hace varios años, entre nosotros es el cadáver de una ilusión que no se logró alcanzar.

Sin entregarnos a directivas extrañas, dentro de nuestro ambiente y con ayuda de nuestros medios, hemos de responder a la hora experimental en que entramos, distinguiendo la realidad de la ficción.

LIBERTAD

Otra de las razones que se invocan para que apoyemos a Inglaterra es la defensa de la libertad.

Nadie nos dice si la palabra ha de entenderse en lo que atañe a las relaciones del individuo con sus compatriotas o a la iniciativa autónoma del conjunto de cada nación. Aunque de antemano sabemos que nada fue, entre nosotros, más arriesgado que pensar por cuenta propia y aunque todo gesto nacional estuvo supeditado a influencias extrañas, conviene buscar lo que pueda tener de exacto el concepto.

¿En qué ha consistido la libertad en Iberoamérica?

No es fácil establecerlo con precisión, si abandonamos las generalidades para concretar hechos.

Desde el punto de vista interior la libertad fue un principio que los políticos exaltaban desde la oposición y que ahogaban al llegar al poder. Un tablero de ajedrez sobre el cual empujaban la pieza de sus ambiciones, que a menudo acababan en el mate de los fusilamientos.

Para los fundadores de la Patria —Bolívar, San Martín, O'Higgins, Morazán— la libertad se tradujo en sacrificio. Los que esforzándose por seguir sus huellas, trataron más tarde de favorecer a nuestros países, corrieron parecida suerte. Se suicidó Balmaceda, que intentó la organización nacional en Chile, como se suicidó Lisandro de la Torre que denunció, en la Argentina, los abusos de los frigoríficos extranjeros.

Hasta los teóricos inofensivos se vieron obligados, si investigamos bien, a pasar la frontera. La muerte mísera de José Enrique Rodó en Italia más que obra de la casualidad, fue consecuencia de su libro *Ariel*.

Por haber emprendido hace treinta años una campaña en favor de la independencia integral de Iberoamérica quien escribe estas líneas se halla condenado al ostracismo.

En realidad, cuantos se basaron en la libertad para levantar un ideal o defender una doctrina, soñando estructurar el Estado o desligarlo de influencias extrañas, fueron anulados implacablemente. Cuantos contrariaron la influencia omnipotente de Inglaterra o de Estados Unidos no pudieron ser nada en Iberoamérica. Ni siquiera lograron editar un libro contra el imperialismo. *La ilusión americana* del escritor brasileño Eduardo Prado fue retirado, por orden superior, de las librerías.

Cuando hay sombras que se interponen y deciden, cuando los resortes esenciales están en manos de un poder invisible que hunde o levanta, según sea la oposición o la complacencia para colaborar con él, no puede existir libertad.

La única libertad de que realmente hemos disfrutado ha sido la libertad de no ser. Nunca la libertad de ser.

Tuvimos la libertad de emprender guerras inútiles con naciones limítrofes para favorecer a los fabricantes de armamentos, la libertad de arrojar al mar el café o de quemar el trigo en las locomotoras para mantener el beneficio de los intermediarios, la libertad de multiplicar las agitaciones políticas que entretienen credulidades locales mientras nos desangra la metrópoli del Hudson o del Támesis.

Pero esa no es la libertad de servir nuestros intereses. Es la libertad de servir los intereses de otros. Si Inglaterra y Estados Unidos se afanan por defender la libertad en nuestras naciones será para prolongar el sistema que nos entrega a su conveniencia, remachando las cadenas de la autonomía nominal. Será porque temen que desaparecida la libertad, volvamos a ser libres.

CIVILIZACION

Al culto de las palabras, aceptadas sin examen en su vaga sonoridad, tiene que suceder una tendencia investigadora que nos lleve a aquilatar lo que contienen. Con párrafos que terminaban en "igualdad" y "constitución" entretuvieron los políticos iberoamericanos al pueblo durante más de un siglo sin lograr remediar con ello el hambre o la servidumbre. Entre protestas de patriotismo se enajenaron las mejores riquezas de la patria. No correspondió siempre el vocablo a la realidad. Por eso, ha de hacernos reflexionar también el entusiasmo con que nos empujan a defender la civilización.

Sabemos que civilización significa adelanto intelectual y moral, cultura, estado superior de los pueblos. ¿Quién puede estar contra ella?

Para construir nuestras patrias, nosotros hemos sacado elementos de civilización de todas las grandes naciones. Por eso no se alcanza a ver como hemos de defender ahora la civilización atacando a naciones que nos han favorecido con su enseñanza o con su ejemplo.

No es razonable admitir que la civilización —conquista común de las colectividades adelantadas— pueda ser invocada como argumento para hosti-

lizar arbitrariamente a determinados representantes de esa misma civilización.

En el bando contrario a Inglaterra está Alemania cuyo aporte es enorme en la industria, la ciencia, el arte y la filosofía. Está también Italia, cuna de la latinidad y de la cultura en el Mediterráneo. Está virtualmente España, origen y raíz de nuestras repúblicas de Iberoamérica.

Es difícil admitir que Alemania, Italia y España sintetizan la barbarie y que la civilización, considerada hasta ahora como europea, resulte un secreto exclusivo de las islas británicas.

Cada vez que se debilita una preeminencia política no se derrumba una civilización. Si cae Inglaterra, caerá una fuerza preeminente, pero la cultura, el conjunto de conocimientos o de conquistas espirituales que el hombre ha acumulado a lo largo de los siglos seguirá siendo, con ella o sin ella, el haber común de la humanidad.

La plutocracia británica, el sistema supercapitalista, la conjunción de circunstancias que otorgaron a ese pueblo de 40 millones de habitantes el privilegio de gobernar a 400 millones de súbditos no establece en ninguna forma una condición esencial para la elevación de la especie.

Numerosos imperios cayeron en los siglos y el mundo siguió adelante, con más fuerza a veces, porque al renovarse se vigorizaba. Muchos sistemas políticos fueron desplazados por fórmulas que temporalmente resultaban más adecuadas dentro de la evolución sin término de los grupos humanos.

Cuando estalló la Revolución Francesa y empezaron a rodar las monarquías, muchos creyeron también como ahora que llegaba el fin del mundo. El hombre continuó, sin embargo, su trayectoria, hacia la superación. Y lo que ahora puede parecer a algunos indispensable para que la civilización subsista, es precisamente lo que hace un siglo y medio, a juicio de los timoratos de entonces, debía hacerla zozobrar.

LA QUINTA COLUMNA

Esta expresión, nacida durante la guerra civil española, designó como todos sabemos, al grupo emboscado en el seno del bando rojo para favorecer a los nacionalistas.

Pero si la quinta columna se hallaba integrada en Madrid por franquistas que preparaban la llegada de su caudillo y si por extensión, esas palabras, señalan a los elementos divergentes que trabajan dentro de uno de los grupos por la victoria del grupo contrario, nos damos cuenta en seguida de que nada tiene que ver con nosotros.

De acuerdo con el significado admitido puede haber una quinta columna inglesa en Alemania y en Italia y una quinta columna germana en Inglaterra. Pero siendo las repúblicas iberoamericanas neutrales, no se comprende como

existiría en ellas algo parecido, dado que toda quinta columna presupone una beligerancia del conjunto dentro del cual se produce.

Entre nosotros, desde luego, hay grupos que usando de sus prerrogativas simpatizan con uno o con otro de los bandos que luchan en Europa. Pero sólo aceptando la identificación de nuestras repúblicas con uno de esos beligerantes, sólo presuponiendo una absoluta fusión política y moral con él, se podría establecer que los simpatizantes de la tendencia contraria constituyen una quinta columna, es decir, un núcleo cuya divergencia resulta peligrosa dentro de la colectividad.

Hay iberoamericanos que simpatizan con Inglaterra. Hay otros que simpatizan con Alemania. Ambas actitudes son lícitas y respetables, porque tanto derecho tienen éstos, como aquéllos.

En cuanto a los extranjeros que habitan en nuestras repúblicas es natural que los ingleses deseen el triunfo de Inglaterra y que los alemanes quieran el triunfo de Alemania. Los primeros, como los segundos, cumplen con su deber trabajando en favor de su país de origen siempre que no comprometan la tranquilidad del que los hospeda.

Por nuestra parte, los iberoamericanos hemos de velar por los intereses iberoamericanos, porque, por definición, somos neutrales.

En esta fábula de la quinta columna sólo ha de inquietarnos que se ponga en circulación la fórmula, girando en blanco sobre nuestra actitud futura y considerándonos como vagones atados a otras locomotoras. No hay que dejar que sirva de pretexto para imponer una manera de ver o para perseguir a los que tienen preferencias contrarias a los intereses de determinada nación. Si esto se llegara a comprobar, el verdadero peligro vendría de los que, jugando con las palabras, tratan de embanderarnos a la fuerza. La quinta columna sería entonces para nosotros la intriga procedente del extranjero que nos empuja a hacer lo que conviene a otros.

En vez de repetir por pereza o por costumbre lo que nos sugieren, tratemos de ver a través de las intenciones para llegar a crear una verdadera conciencia iberoamericana. En medio de tantos males, esta guerra puede tener la virtud de revelarnos nuestro verdadero estado y de abrirnos los ojos para abarcar la obra que urge realizar.

En vez de medir las contingencias a que se hallan sometidos los demás, pensemos en los problemas propios que tan bruscamente asoman y se perfilan al resplandor de los acontecimientos actuales.

[Escrito por Ugarte en Chile durante la segunda guerra mundial. Inédito. Archivo General de la Nación].

¹Para valorizar debidamente este "Programa", así como los restantes textos de este capítulo, debe tenerse en cuenta lo siguiente:

Las ideas que prevalecen en esa Argentina de 1915 —que son las de la clase dominante— se pueden rotular como liberalismo oligárquico y expresan los intereses de la oligarquía porteña (estancieros bonaerenses y burguesía comercial de Buenos Aires) y del imperialismo inglés. Ese liberalismo oligárquico propugna la división internacional del trabajo (Argentina la granja, Inglaterra el taller) con la consiguiente libertad de importación y exportación, de entrada y salida de capitales y significa la justificación ideológica de la Argentina Agraria dependiente del Imperio. En función de esa estructura semicolonial se sostiene como mitos inatacables: a) la inconveniencia de tarifas aduaneras protectoras porque crean "industrias artificiales", defendiendo así los intereses de los fabricantes extranjeros y los importadores nativos y asegurando la existencia de una desocupación permanente, b) la necesidad imprescindible de la moneda sana o sea una política monetaria deflacionaria que impida la formación de un mercado interno propio que a su vez pueda generar el desarrollo de industrias, c) el destino exclusivamente agrario de la Argentina en razón del cual no interesa descubrir si posee recursos minerales ni posibilidades hidroeléctricas, d) el condigno desprecio por todo tipo de enseñanza técnica y en general por todo sistema educativo que tienda a revelar la realidad nacional, e) el predominio de una cultura extranjerizante, simple remedo de la europea, que desarraigue las mentalidades respecto del país y su pasado, quebrando su continuidad histórica, f) un complejo de inferioridad nacional, publicitado a los efectos de que los argentinos no pretendan llevar a cabo las actividades que tan "eficientemente" desempeña el capital extranjero, g) un destino europeizado, de potencia blanca y civilizada, que el país debe buscar dando la espalda al resto de América Latina y acercándose a Europa.

A partir de estas pautas el imperialismo y la oligarquía introdujeron reproductores ingleses y trazaron los ferrocarriles en abanico hacia el puerto de Buenos Aires, construyeron en su punta los frigoríficos, instalaron compañías de servicios públicos, contrataron empréstitos y proclamaron a la faz de la tierra que estaba constituido "el granero del mundo". Se vivían los principios del siglo, el intento nacional del roquismo había fracasado y el mitrista Quintana, abogado de compañías inglesas, asumía la presidencia. El poverro de las provincias —los hijos de los viejos montoneros— y los inmigrantes, tanto en el campo como en las ciudades, que quedaban marginados de esta estructura, configuraron una alianza con Yrigoyen a la cabeza, que enfrentó al régimen con la bandera del sufragio libre. Sin embargo, la ideología del radicalismo —elaborada bajo la presión oligárquica y expresión de clases sociales que pedían su lugar bajo el sol, pero no llevaban el propósito de romper el sistema semicolonial— resultó sumamente ambigua y no postuló la quiebra de la dependencia ni el desarrollo de las fuerzas productivas. La ideología del radicalismo puede definirse como nacionalismo agrario, expresión de las clases medias en ascenso, que reclamaban la coparticipación de la renta agraria, pero que no planteaban el desarrollo industrial, ni la explotación de los recursos naturales, ni la nacionalización de las compañías extranjeras, ni el reemplazo de la cultura vigente por una cultura nacional. Apenas hubo vagos atisbos en estos terrenos, pero la inexistencia o debilidad de una burguesía nacional condujo el empleo de meros paliativos (alza del salario real, leyes protectoras del trabajo, intentos de crear la marina mercante y controlar las empresas inglesas, defensa del petróleo, política exterior independiente).

Frente al liberalismo oligárquico y al nacionalismo agrario, existía en ese año 1915, una ideología que expresaba aparentemente los intereses de la clase obrera: la del Partido Socialista. No era así, sin embargo. Ni ella era socialista, ni había tal clase obrera. En la semicolonía sin industrias, sólo existía un proletariado artesanal —que en gran medida apoyaba por entonces a los anarquistas— y sólo parte de ese sector social, junto a sectores de clase media urbana, se expresaban en el curioso engendro que dirigía Juan B. Justo, cuyas postulaciones estaban mucho más lejos de cuestionar al sistema que las del nacionalismo agrario de Yrigoyen. El socialismo justista recubrió con fraseología izquierdista los anhelos de pequeño burgueses fuertemente influidos por el liberalismo oligárquico y así se constituyó en el ala izquierda del sistema. Al igual que el liberalismo oligárquico: a) sostuvo la división internacional del trabajo y el libre cambio (con el argumento del “internacionalismo proletario”), b) propugnó como ejemplo a Australia y Nueva Zelanda oponiéndose pertinazmente a las tarifas aduaneras protectoras de la industria (con el argumento de que el producto importado era más barato y no encarecía la vida del obrero, de ese mismo obrero al cual condenaban, al impedir el desarrollo de industrias dentro del país, a la desocupación), c) propició una educación enciclopedista y desarraigada de la realidad argentina, compartiendo la historia y la cultura oficial (bajo la advocación de Sarmiento y la concepción universalista que deducían, erróneamente en una semicolonía, del internacionalismo proletario), d) atacó los intentos estatales por desplazar a las empresas extranjeras (aduciendo que la administración estatal no era eficiente, se caracterizaba por vicios y corruptelas y llegando a diferenciar entre un “capitalismo sano y eficiente”, el de las empresas extranjeras y un “Capitalismo incapaz” el nacional), e) rechazó toda política nacional manifestando absoluta indiferencia frente a los atropellos imperialistas, porque, en definitiva, todos los hombres somos hermanos y llegando incluso a justificar, como factor de “civilización y progreso”, las invasiones imperialistas sobre los pequeños países. (No resultará extraño entonces que ese partido se haya alineado junto a la oligarquía y contra los dos movimientos nacionales más importantes de este siglo en la Argentina, irigoyenismo y peronismo, en los años de batallas cruciales: 1930, 1945, 1955).

Así, pues, si entendemos por izquierda aquella posición históricamente más progresiva que enfrenta al orden conservador y tiende a modificar las relaciones de producción provocando un avance social resulta que el partido de Justo sólo está a la izquierda de la oligarquía, coincidiendo con ella en muchos de sus postulados. El radicalismo, por su parte, se coloca de frente al régimen como movimiento nacional que disputa el poder a la clase dominante, aunque tampoco plantea transformaciones de fondo. Y en este espectro político, el programa nacional-democrático de Ugarte se ubica, a su vez, a la izquierda del radicalismo, en el campo antimperialista, de modo que su programa, que defiende públicamente a la propiedad privada, tiene paradójicamente un significado —para la Argentina de 1915— peligrosamente revolucionario al cuestionar la estructura semicolonial del país. Al proponer tarifas aduaneras, créditos a la industria, explotación de los recursos naturales y lucha contra los monopolios extranjeros, Ugarte ataca en sus raíces la estructura agraria dependiente. Y al sostener la necesidad de una cultura nacional, golpea duramente a la superestructura cultural creada por el imperialismo como reaseguro del colonijaje.

El nacionalismo democrático, antimperialista e industrialista con connotaciones socializantes, sostenido por Ugarte, resulta de esta manera el programa más avanzado para esa Argentina agraria que carece prácticamente de proletariado y en la cual, recién cuarenta años después, el nacionalismo democrático mostrará sus limitaciones, al par que la historia crea condiciones para un socialismo nacional.

²Este es uno de los tantos artículos publicados por Ugarte en esa época del veintitanos para refutar el auge de ideas cesaristas, totalitarias, nacidas como consecuencia del desprestigio de las prácticas democráticas en América Latina y de los vientos que soplan ya desde Europa y que tuvieron su mayor resonancia en el discurso en el cual Leopoldo Lugones proclamó, en Lima, “la hora de la espada”.

³Obsérvese como Ugarte replantea el elogio de sus primeros artículos respecto a los países del sur de América Latina, a quienes juzgaba antes “en franco progreso y prosperidad” y de los cuales afirma ahora que aún ellos “no han hecho más que exportar materias primas e importar artículos manufacturados”, revelando así la situación semicolonial en que se encuentran.

IV
SOCIALISMO Y NACION
LATINOAMERICANA

"Yo creo que en los momentos porque atravesamos, el socialismo tiene que ser nacional...".

(En El Salvador, 4/4/1912).

LAS IDEAS DEL SIGLO

(1903)

COMPAÑEROS:

De más está que diga cuánto me satisface ver reunidas aquí a personas de opiniones tan diversas. Es una prueba de que empezamos a comprender que los hombres pueden pensar de distinto modo sin tener que volverse la espalda. Y me regocijo doblemente de ello, porque en las luchas pacíficas del porvenir, en los torneos de razón en que vamos a entrar, no serán nuestras armas las del odio, sino las de la mansedumbre y la bondad.

Después de una larga ausencia, he vuelto al continente en que nací, sin pretensiones, sin huecas vanidades, como un hijo aventurero y curioso que regresa al hogar y refiere a la familia reunida alrededor de la lámpara lo que ha visto y ha sentido en sus largas peregrinaciones por el mundo y lo que cree haber podido adivinar en los horizontes del porvenir.

No traigo pretensiones de conferenciante, ni de orador, no soy más que un simple hombre de buena voluntad que ha leído, que ha comparado, que ha sabido quizá comprender algunas de las cosas que ha visto y que, con toda sinceridad, viene a decir lo que él cree ser la verdad.

Esta conferencia no será, pues, una exposición dogmática llena de afirmaciones decisivas, sino una simple conversación familiar, en la cual trataré de decir con claridad y sin vanas fórmulas retóricas mi opinión sobre algunos de los problemas que hoy agitan la conciencia universal. Mis palabras, mesuradas y corteses, no podrán herir la convicción de nadie. Diré mis ideas sin inútiles intransigencias, sin impetuosidades contraproducentes, seguro de que sólo traen la tranquila afirmación de la verdad, el obstinado esfuerzo de las ideas y que conseguirán vencer los obstáculos más de costumbre que de convicción que impiden el florecimiento de una sociedad más justa.

Pero así como me dispongo a emplear todas las precauciones y a poner en juego todos los recursos para evitar el choque directo con los que piensan de otro modo, así como anuncio que combatiré, con deferencia y cortesía, sin

recurrir a palabras hirientes, la tesis contraria, confieso también que, seguro de mi razón, penetrado de la justicia de lo que sostengo, no esconderé nada, no dejaré nada por decir y presentaré en conjunto todo mi pensamiento sobre la cuestión, sin hipócritas atenuaciones y sin eufemismos ridículos convencido de que, hasta los mismos adversarios, preferirán esta franqueza a la emboscada que les podría tender un hábil juglar de paradojas.

La verdad debe alzarse fría, serena e inmovible en medio de todos los apetitos y todas las sollicitaciones, como algo ajeno al odio, a la vergüenza, a la ambición y al miedo.

Quizá me verá obligado a ocupar la atención de mis auditores un poco más de lo que hubiera deseado, pero, así como son desagradables las ampliaciones retóricas, son funestas las abreviaciones precipitadas que dejan lugar muy a menudo a malentendidos lamentables. Por eso se me perdonará, estoy seguro, la extensión de esta conferencia que, por otra parte, será extremadamente concisa y sobria de detalles. Para estar más seguro de decir exactamente mi pensamiento y nada más que mi pensamiento, la he escrito y espero que se me perdonará lo que pierde la actitud en brillantez, en virtud de lo que gana en vigor la idea.

Y como el mejor medio de conciliarse la voluntad de un auditorio es no desearlo demasiado, abandonemos los preámbulos y entremos lealmente en materia.

Las sociedades no son una cosa estancada y perenne que subsiste y se prolonga sin transición a través de los tiempos. Son, por el contrario, un organismo movable, en perpetua evolución, en eterna gestación de vida. ¿Cómo hemos de pretender que una agrupación de hombres se momifique en una forma determinada, cuando todo en la naturaleza palpita y se mueve? Si los árboles, los mares y hasta los continentes se ven transformados y revueltos por modificaciones y conmociones, si todo cuanto existe sobre el planeta, hasta el planeta mismo, es una reunión de átomos que se transforman sin tregua, si sólo hay vida a condición de que haya movimiento ¿cómo hemos de pretender que los hombres, que son los reyes del universo, los productos más vivientes, por así decirlo, de su vida, deban permanecer inmóviles en medio de la general renovación, atados a las fórmulas de sus antepasados y condenados a volver a vivir y a seguir viviendo eternamente lo que ya vivieron otros?

La ley que condenara a la especie a esa inacción, a esa muerte espiritual, sería una ley injusta entre todas.

Pero esa ley no existe.

Mil y mil pruebas nos da la historia de que las sociedades se transforman sin descanso. Consideremos el camino recorrido desde las primeras tribus salvajes y nómades que se arrastraron sobre la tierra, hasta los hombres de hoy. El feudalismo, la teocracia, la monarquía constitucional y la república no son más que las etapas de un gran espíritu en marcha hacia la luz, que se va arrancando gradualmente grandes girones de animalidad, trabajando por el deseo de la perfección.

Pero, ¿para qué recorrer el sumario de la historia?

Cada uno de esos momentos ha sido un estado transitorio que ha dado nacimiento a formas nuevas. Detrás de cada una de esas situaciones y por así decirlo, detrás de cada uno de esos gestos de la especie, se formaban o se acumulaban gestos inéditos que debían realizarse después. ¿Cómo suponer que hoy hemos llegado a la meta? ¿Cómo afirmar que no existe ni puede existir nada más allá de lo que vemos?

¿Cómo pensar que nos hallamos en la cúspide de la historia, que no nos queda nada que descubrir, que somos perfectos y que toda nueva tentativa de mejoramiento es un sueño imposible?

Con la misma lógica, hubiéramos podido detener a la prole en cada una de las etapas que hemos indicado, con la misma argumentación, hubiéramos podido negar el adelanto y el esfuerzo de veinte siglos.

En todas las épocas y en todas las regiones han existido hombres tímidos o perezosos, que se han declarado satisfechos del resultado obtenido, han tratado de hacer de su cansancio una ley común, han pretendido marcar el límite de la audacia humana y han tratado de poner ante las muchedumbres una barrera de imposibles. Todos los que pretendían ir más allá, eran como dementes. De dementes fueron motejados los que bajo el feudalismo soñaban la monarquía constitucional, de dementes fueron acusados bajo la monarquía constitucional quienes entreveían la república.

Pero la humanidad trae en sus flancos tanta savia acumulada, tanto vigor invencible, que siempre ha rebasado por sobre los límites que pretendían imponerle y ha continuado, tenaz e imperturbable, su maravillosa ascensión. Si la ascensión hubiera concluido, estaríamos ya en las cumbres en que no existe el mal. Pero queda aún mucho que hacer. . .

La sociedad en que vivimos es esencialmente imperfecta. Y fuerza es empuñar de nuevo el báculo y reanudar la ascensión por los caminos oscuros y desiguales de la montaña abrupta, en cuya cresta luminosa creemos entrever la justicia.

El estado social de América me parece ser tan deficiente o más que el de Europa.

Nadie se atreverá a sostener que vivimos en el mejor de los mundos, nadie se arriesgará a afirmar que todo está perfectamente dispuesto. Por el contrario, todos convienen en que nuestra organización deja algo que desear. Porque a menos de tener un corazón de bronce, ningún hombre puede mirar con desdén el dolor de sus semejantes.

Cuando nos dicen que hay seres que, mediante un salario miserable, trabajen doce horas en las entrañas de la tierra y agonizan y sufren, para extraer el carbón que pone en movimiento nuestras máquinas y alimenta el vientre rojo de nuestras cocinas, cuando sabemos que el hambre, vencedora de todos los escrúpulos, obliga a una legión de madres infelices a abandonar su prole, a dejar de alimentar personalmente a sus propios hijos para ir a engordar con su sangre los hijos de los favorecidos por la suerte; cuando sabemos que la inmensa mayoría de los hombres, vive, sufre, trabaja, da la savia toda de

su cuerpo y de su espíritu para que una pequeñísima minoría pueda gozar y triunfar en la abundancia, cuando comprendemos que mil atávicas supersticiones filosóficas, políticas y sociales retienen a la casi totalidad de los seres humanos en un estado inferior, atados a cosas cuyo valor es convencional y ficticio, rellenos de vanidades, de odios, de desconfianzas, y de ambiciones absurdas, cuando constatamos que en pleno siglo XX hay todavía gentes que perecen de hambre y de frío, mujeres desamparadas y afligidas que van a la cárcel por haber robado un pan para alimentar a sus pequeños y niños abandonados y llorosos que vagan sin hogar, a la ventura, solicitados por todas las tentaciones del crimen, cuando palpamos el montón de miseria, de lodo, de lágrimas y de injusticia que ha amontonado en torno nuestro el egoísmo colectivo, es imposible contener un grito de indignación y dejar de formular una protesta.

No, no, la sociedad no estará bien organizada mientras haya gentes que sufren, carezcan de lo indispensable y vendan su vigor por un mendrugo; la sociedad no estará bien organizada mientras existan todas las trabas que hoy impiden el libre desenvolvimiento del ser humano, mientras la mujer sea una esclava y el obrero una bestia de labor; la sociedad no estará bien organizada mientras junto a la privación de los unos, se alce la abundancia de los otros; la sociedad no estará bien organizada mientras unos sufren para que otros gocen, mientras unos ayunen para que otros se atosiguen de manjares, mientras las gentes estén divididas en dos clases: una que vive para divertirse y otra para trabajar, una que no crea nada y disfruta de todo, y una que crea todo y no disfruta de nada.

Cada época trae una mentalidad, que es el producto compuesto, la resultante prevista de las realizaciones alcanzadas y las aspiraciones nuevas.

Entre lo consumado, entre lo que todos aceptan y lo hipotético, lo que algunos imaginan, se forma una zona neutral de ideas, alimentada por las concesiones de los retardatarios y las timideces o las habilidades de los amigos de la evolución. No es la reacción, ni es la revolución. Es el punto de equilibrio momentáneo de la balanza social. Es la media luz, el lugar de *entente* que dice el límite de lo que la resistencia puede abandonar y de lo que el ataque puede pretender.

Esta zona en litigio va cambiando de derecha a izquierda, a medida que la civilización gana terreno y la ciencia se difunde.

La del siglo XVI no es la misma que la del siglo XVIII. Tratemos de saber cuál es la de hoy.

Nadie negará que hay un conjunto de ideas, de aspiraciones, de hábitos y de certidumbres, que difundidas en los libros, en la vida privada, en las conversaciones y en las conciencias, acaban por formar lo que podríamos llamar la atmósfera del siglo. Y nadie negará que lo que hoy respiramos es el deseo de solidaridad y de justicia.

Hace cincuenta años, nadie hubiera creído posibles muchas de las leyes de protección obrera, muchas de las medidas de solidaridad social que han votado algunos parlamentos de Europa. Las "Ideas del siglo" se imponen cada vez

con mayor vigor, como la resultante obligada, como el *aboutissement* final de nuestras agitaciones y nuestras luchas. La sociedad presente, por prisionera que sea de su egoísmo, por atada que esté a sus prevenciones, tiene que ir aceptando los ángulos más salientes de la doctrina nueva.

Pero, ¿qué es la doctrina nueva? ¿Cuáles son las ideas del siglo? ¿Cómo se definen las perspectivas de la época?

Ya hemos dejado atrás el humanitarismo, la caridad y todos los derivados y paliativos imaginados para prolongar un estado de cosas a todas luces injusto. Nuestra generación, enamorada de la exactitud, hija de la ciencia y admiradora del método, no puede resignarse a repetir abstracciones y a seguir jugando con las palabras. Los lirismos y las frases multicolores pudieron ser eficaces en una época de transición, en un período de incertidumbre, cuando apenas se dibujaban las grandes líneas de la mentalidad de hoy.

Actualmente sólo marcan una era preparatoria, un prólogo de la propaganda, prólogo un tanto declamatorio y superficial, debemos confesarlo. Y de toda esa espuma fácil, de toda esa verbosidad comunicativa, no queda más que el recuerdo confuso de una gran anarquía intelectual, de una portentosa desorientación de los hombres.

Pero a esos tanteos ha sucedido un empuje vigoroso que sabe de dónde arranca y a dónde va, un método de evolución que es el producto y la obra de una escuela sociológica que, como un gran río que recibe millares de afluentes, se ha ido hinchando y robusteciendo con el esfuerzo intelectual de muchos hombres que han estudiado la composición de las sociedades y han extraído su esencia.

Los socialistas de hoy no son enfermos de sensibilidad, no son dementes generosos, no son iluminados y profetas que predicán un ensueño que está en contradicción con la vida, sino hombres sanos, vigorosos y normales que han estudiado y leído mucho, que han desentrañado el mecanismo de las acciones humanas y conocen los remedios que corresponden a los males que nos aquejan.

No puede extrañarnos que, como el primer astrónomo que descubrió el movimiento de la tierra, como el primer marino que imaginó un mundo nuevo, como el primer médico que sostuvo la circulación de la sangre, encuentren en el ambiente estancado una resistencia que sólo lograrán vencer con perseverancia, continuando sin tregua la afirmación de su verdad.

Es natural que tropiecen con la hostilidad del medio, porque sus doctrinas traen el germen de una renovación social, porque sus esfuerzos libertadores, a pesar de la generosidad y la imparcialidad que los anima, parecen herir de frente las prerrogativas de un grupo de hombres y lastimar los intereses de una casta.

Pero todo cambio en la organización de las naciones ha traído consigo una crisis que, si ha perjudicado a algunos, ha favorecido y ha llenado las aspiraciones de la inmensa mayoría.

Y admitiendo que no fuera posible transformar el mundo sin violencia para

algunos, valiera más que sacrificásemos el exceso de felicidad de los menos en beneficio del necesario mejoramiento de la situación de los más.

Pero el socialismo no es una doctrina de odio y de represalias, no es la insurrección vengativa y sangrienta, no es el incendio y la matanza, como algunos enemigos de mala fe lo han insinuado, abusando de la credulidad general.

El socialismo es, por el contrario, la vuelta a la sociedad normal y sana, la sustitución del desorden actual por un régimen de solidaridad, el fin de las feroces guerras individuales en que nos agotamos y la refundición de la vida en beneficio de todos.

Porque el socialismo no pretende invertir los factores de hoy y establecer una dominación al revés, sino equilibrar y nivelar a los hombres, en cuanto lo permiten las diferencias en las aptitudes.

Y, a sangre fría, sin apasionamientos de ningún género, con la sola preocupación de la verdad, nosotros pretendemos que el socialismo haría la felicidad no sólo de aquellos de cuyo trabajo vivimos hoy, sino también de toda la especie, sin distinción de rango, porque de tal suerte está ligado el hombre con el medio, que sólo puede estar libre y gozoso a condición de que todos lo estén en torno suyo.

El socialismo no es el despojo, no es el infantil reparto que nos reprochan algunos. Es un cambio en el sistema de vida, una modificación en la máquina social que puede operarse quizá sin violencia, gradualmente, por las etapas casi insensibles de la evolución.

La transformación de la sociedad capitalista en sociedad colectiva o comunista y la abolición de la guerra y el salariado, no pueden asustar ya a nadie. Todos los hombres de buena fe y sano corazón se muestran inclinados a ello. A cada instante oigo decir en torno mío: "Pero yo también soy socialista sin saberlo porque yo también deseo el fin de las guerras, yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también hago votos porque haya menos desigualdad entre las fortunas, yo también soy socialista sin saberlo porque yo también espero para la humanidad mejores destinos".

Pero entonces, si la aspiración es casi general, ¿qué es lo que origina la resistencia al socialismo? ¿Cuál es la causa de la oposición que se le hace? La causa es ante todo la pereza, que nos lleva a acurrucarnos en lo que existe, para evitar la tortura de seguir pensando.

La causa es también la pusilanimidad del hombre, el temor que le inspira toda forma nueva.

La causa es por fin y sobre todo la errónea convicción que tienen los humanos de que es imposible realizar los sueños en la vida.

Y ese error es el que ha paralizado el empuje de la especie, es la valla que nos ha impedido saltar hasta el imposible y realizar todas las quimeras, porque las quimeras sólo son verdades en gestación, botones de porvenir, rayos que todavía no ha conseguido dominar el hombre. . .

Nada es imposible para un ser cuya energía inteligente ha captado las fuer-

zas desconocidas, ha dominado la cólera de los mares, ha horadado las entrañas del planeta y ha extendido su imperio sobre la creación.

Cuando algunos irresolutos nos dicen: "El hombre es imperfecto, la naturaleza ha creado las desigualdades, el socialismo es un bello sueño, pero es un sueño imposible", nosotros afirmamos que esos hombres faltan a su misión noble y grandiosa.

Porque el hombre no debe sentirse intimidado ante ninguno de los problemas que se le presentan. ¿De qué nos serviría haber leído a Rousseau, Voltaire y Diderot si cuando nos encontramos ante algo difícil, no sabemos decir: examinemos?

El hombre es un ser que se mejorará sin tregua, que marchará de escalón en escalón hacia la luz, que se despojará todos los días de un atavismo, que dará a su cerebro cada vez mayor alcance, que avanzará, que triunfará, que se hará al fin extrahumano y que en la cima de las cúspides, de pie sobre los límites, devorado todavía por sus ansias de perfección, soñará nuevas hazañas para elevarse hasta el infinito. Nadie puede poner trabas a su desenvolvimiento. Es una fuerza incontrarrestable que va arrollando todo cuanto se opone a su ascensión, que va erigiéndose en dominadora de cuanto le rodea y que, dueña del tiempo y del espacio en los lejanos triunfos de la especie, en las remotas realizaciones del ideal, se apoderará de la creación y la convertirá en su esclava. . . "El socialismo es un imposible", dicen los tímidos.

Nosotros esperamos poder probar:

1º que el socialismo es posible.

2º que es necesario.

Y dejando de lado otros poderosos argumentos de orden metafísico o económico nos limitaremos a basarnos en lo existente, a aprovechar las razones de los ejemplos que nos ofrece la misma sociedad de hoy.

Si el socialismo no fuese posible, no lo encontraríamos ya en germen en la sociedad actual. ¿Qué son las cooperativas, qué las sociedades anónimas, qué los ferrocarriles del Estado, qué los *trust*, sino aplicaciones parciales de la doctrina que defendemos?

¿Y qué son las leyes dictadas recientemente en Europa, leyes que limitan las horas de trabajo, leyes que aseguran en parte la vejez del obrero, leyes que crean cajas de retiros, leyes que ponen trabas a la suprema omnipotencia de los patronos, sino comienzos y embriones del socialismo?

Poco a poco y de una manera insensible, la clase dominante va abandonando su vieja concepción individualista de "libertad de trabajo" y empieza a reconocer al Estado el derecho de inmiscuirse en las relaciones entre capitalistas y asalariados, el derecho de reglamentar las condiciones de la producción.

Cada una de esas medidas, es una restricción al derecho de propiedad, tal como lo entendían aquellos rígidos economistas del siglo pasado para quienes el Estado debía cruzarse de brazos y dejar hacer, olvidando que el contrato de trabajo no es en resolución un contrato libre, puesto que el obrero lo firma bajo la presión del hambre, urgido a menudo por la voz lastimera de sus pequeños que necesitan alimentarse.

Después de estudiar el procedimiento del servicio de correos, de los ferrocarriles nacionales, de ciertos monopolios que existen en algunas naciones de Europa es imposible negar que el socialismo tiene ya átomos y núcleos en la sociedad presente, y después de considerar y pesar los decretos de algunos gobiernos, las medidas de determinados parlamentos, el espíritu todo de la legislación contemporánea, resulta pueril negar que esos átomos y esos núcleos tienden a desarrollarse y a invadir todo el sistema.

¿Qué nos impediría en verdad extender el monopolio que hoy ejerce el Estado sobre todas las comunicaciones postales y telegráficas y algunas ferrocarrileras a otras esferas de la actividad nacional?

Si la sal es monopolio del Estado en algunos países de Europa, ¿por qué no pueden serlo también el azúcar, el pan y otros productos de universal consumo?

La libertad de comercio, tal como la entendieron los economistas de que hablábamos, sufre tanto con la prohibición de hacer comercio individual con un producto, como la prohibición de hacerlo con varios.

Si ya se ha admitido que ningún particular puede en ciertas regiones manufacturar o expender el tabaco, tenemos el derecho de pensar que esa medida puede hacerse extensiva a otras industrias.

Si ya se ha sancionado que los ferrocarriles, los correos y los telégrafos pueden ser propiedad de la nación, tenemos el derecho de decir que también pueden serlo las minas, los molinos, y las fábricas.

Y si todos admiten que esas industrias esenciales para la marcha de la colectividad no necesitan para su perfecto funcionamiento el acicate de la competencia, tenemos el derecho de afirmar que tampoco lo necesitan las otras.

El servicio de correos no está mal organizado. Aunque no existiera la prohibición del Estado, ninguna empresa particular conseguiría establecer otro capaz de competir con él. Sin embargo, el servicio de correos es un servicio comunista. Es propiedad de todos y no es propiedad de ninguno. El capitalista ha desaparecido de él y sólo queda el esfuerzo solidario de la colectividad, manifestado por medio de los mandatarios del pueblo, es decir, del Estado.

¿Cómo no puede ser posible, repito, convertir en servicios nacionales, de manera análoga al correo, muchas de las industrias individuales que se practican hoy desordenadamente el mal de todos? Para darnos una idea aproximada de la diferencia que puede haber entre el pan, la carne, etc. vendidos por particulares y esos mismos productos administrados por la colectividad organizada, imaginemos los servicios postales en manos de una o varias empresas capitalistas.

¿Nos ofrecerían la seguridad, la estabilidad en los precios y la regularidad en las comunicaciones que nos garantiza el gobierno central?

Pero los enemigos del socialismo afirman que estos monopolios de correos, telégrafos, ferrocarriles, etc. —monopolios que actualmente aprueban sin reservas y que hasta defenderían, si los supieran en peligro— son nocivos,

impracticables y atentatorios a la libertad, así que se aplican a otras industrias.

¿Por qué?

Esos razonadores reñidos con la lógica, nos recuerdan la aventura de cierto señor que se curaba con un medicamento de su invención los granos que le salían en el lado derecho de la cara, pero que se indignaba ante la idea de aplicar la misma medicina a los que le salían en el lado izquierdo.

Tengamos una sonrisa para estas ingenuidades y tratemos de ser lógicos con nosotros mismos.

¿Quién se atreverá a afirmar que es indispensable que el capital sea individual para que prospere una empresa? Mil hechos vendrían a desmentirle, si así lo hiciera.

Los trabajos públicos, cada vez más importantes, los caminos, los puentes, los canales, los astilleros y muchas fábricas de armas, están ahí, para afirmar que una industria, un trabajo, un esfuerzo cualquiera, puede ser coronado por el éxito, aunque no sea propiedad y obra de un capitalista.

Por el contrario, parece evidente que será más perfecto y útil, cuando se haga sin interés de ganancia, con el solo fin de llenar una necesidad común que cuando la necesidad común sirva de pretexto para satisfacer la sed de lucro de un particular ambicioso.

Este prejuicio de que el capitalista es indispensable es uno de los más difíciles de desarraigar pero será desarraigado también al fin, como los otros, porque ninguna inteligencia sana puede negarse a admitir la razón, cuando ésta se presenta con una claridad que no deja lugar a duda.

Si se nos demuestra que un arado, contando el precio de la materia prima, el interés proporcionado a lo que se pagó por los útiles que sirvieron para su fabricación, lo que se empleó en instalar la fábrica, el precio de la mano de obra y el transporte a la ciudad en que se vende, cuesta 50 pesos, ¿por qué razón hemos de pagar por él 150? ¿Para que el capitalista o los accionistas tengan carruaje? ¿Para que el depositario o el intermediario viva en la holgura? Si esa fábrica fuese nacional y vendiese ella misma sus productos, si el comprador no tuviese que pagar ni el interés del capitalista, ni la comisión al vendedor, tendríamos el arado por la tercera parte del precio. Y no sólo conseguiríamos abaratar así el artículo, sino también mejorar las condiciones de vida del obrero, estableciendo una especie de balanza y dando al trabajador el precio íntegro de su trabajo como se practica, en cierto modo, en esa admirable manufactura de vidrios de Albi, que fundada hace algunos años a raíz de una huelga, está hoy en pleno florecimiento.

Lo cierto es que, como ya nos sentimos capaces de organizar socialmente la producción, nadie podrá impedir que se nacionalice el capital.

Si hay precedentes en la organización nacional de los servicios públicos, los hay también en la expropiación de las fortunas.

¿Qué son sino expropiaciones parciales esos impuestos extraordinarios que imponen los gobiernos en tiempos de guerra?

Si la nación, en un momento de peligro, se cree con derecho a pedir a los pudientes una contribución suplementaria para defender una parte del terri-

torio, en la guerra social de todos los días, ¿no tendremos también derecho nosotros a pedir a aquellos que tienen más de lo necesario una parte de lo que les sobra para defender el cuerpo mismo de la nación, la clase laboriosa que le da vida?

El impuesto sobre la renta, que no es el socialismo integral, pero que es una etapa que lo prepara, puede ser aplicado desde este instante sin que sufra la colectividad ningún tropiezo.

Porque aunque somos hombres de revolución por nuestros propósitos es necesario que seamos, si queremos merecer la confianza general, hombres de estado por nuestra previsión y nuestra prudencia.

Lejos de librarnos a la imaginación y de tomar nuestros deseos por realidades debemos estudiar las condiciones del medio y no proponer, ni prohibir más que aquellas medidas que de antemano sabemos realizables.

Y el impuesto progresivo sobre la renta, que limitaría las fortunas y reglamentaría las herencias, que no es más que un comienzo de restitución a la nación de los bienes que a ella le pertenecen, se nos presenta hoy como una medida práctica que ningún economista serio puede tachar de fantasía.

Y si el impuesto progresivo sobre la renta, tal y como lo predicán hoy los partidos avanzados de Europa, es una de esas medidas que hacen antesalas, que luchan mucho antes de vencer, pero que todos reconocen realizable, ¿cómo no ha de ser posible, una vez aceptada por los parlamentos, robustecerla, darle mayor alcance, llevarla a su máximo de desarrollo y convertirla, de ley de limitación en verdadera ley de expropiación, serena y grande, capaz de dar pie a la realización metódica de un régimen igualitario y justo, digno de la futura perfección del hombre?

El *trust* es ya un colectivismo fragmentario y oligárquico; ensanchémoslo y tendremos el socialismo. El impuesto sobre la renta es una expropiación tímida y parcial: sistematiquémosla y tendremos el colectivismo.

¿Por qué no ha de ser posible hacer en beneficio de todos, lo que se hace en beneficio de algunos?

¿Por qué no ha de ser posible agravar el impuesto, hasta reducir la fortuna a sus límites naturales?

La naturaleza produce lo suficiente para llenar las necesidades de todos.

Si hay quienes agonizan en la miseria, no es porque falte con que alimentarlos sino porque una criminal retención de los productos en manos de una minoría de traficantes así lo determina, sino porque hay hombres que, más por inconsciencia que por maldad, trafican con el hambre de sus semejantes.

¿Cómo sostener aún que el socialismo no es posible?

¿Por qué no es posible?

¿Porque atenta al dogma sagrado de la propiedad?

Pero, ¿qué es propiedad?

Propiedad fueron los vasallos para el noble, propiedad es el esclavo para el negrero, propiedad es la Rusia para el zar.

Y aún limitándonos a la propiedad más difundida hoy que es la de la tierra, a la propiedad que los códigos defienden con triple valla de prohibiciones,

basta preguntarnos cuál fue su origen para convencernos de que es tan injusta como las demás.

¿Qué otra cosa se opone al socialismo? ¿La legalidad establecida? Pero, ¿qué es la legalidad establecida sino la violencia sistematizada, sino el producto momentáneamente estable de una revolución transitoria?

Lo que pudo hacer creer a algunos hombres de buena fe que el socialismo es imposible fue la idea pueril de que nos proponemos pasar de la sociedad actual a una sociedad perfecta sin etapas y sin transición, por medio de una portentosa transformación imposible.

Pero cuando oyen confesar que la revolución social se consumará gradualmente, humanamente, sin golpes de teatro y sin maravillas, esa prevención se desvanece y caen todos al fin en la cuenta de que aquellos pretendidos soñadores ilusos, son simples hombres prácticos que si ven un poco más allá del momento actual, no pierden por eso la noción clara de las realidades.

Pero ¿para qué obstinarse en destruir una a una todas las objeciones que se nos hacen, cuando en el fondo de todas ellas encontramos el mismo sofisma y el mismo error voluntario, con el cual tratan nuestros enemigos de indisponernos con ese público sincero y bien intencionado que, si conociera la doctrina, estaría en masa con nosotros?

Si el socialismo no fuese posible, el gobierno francés no hubiera llamado a un socialista a formar parte en una combinación ministerial que duró mucho más de lo que algunos preveían, si el socialismo no fuese posible, no sería hoy un socialista como Jaurès vicepresidente de la Cámara de Diputados de Francia, si el socialismo no fuese posible no hubieran alcanzado los socialistas alemanes cerca de tres millones de votos en las últimas elecciones, si el socialismo no fuese posible ni Zola, ni Ferri, ni Lombroso, ni De Amicis, ni Tolstoi, ni Anatole France lo defenderían en sus obras... Pero, ¿cómo no ha de ser posible el bien? ¿Cómo no ha de ser posible la justicia?

Sería calumniar a la humanidad, juzgarla atada para siempre a la maldad y al crimen.

Pero el socialismo no sólo es posible: es necesario.

Esa clase social que no ha hecho más que cambiar de nombre en la historia y que se llamó sierva primero, después plebeya y por fin proletaria, comienza a salir de su letargo y se agita y bulle, amenazando con una de esas conmociones que se tragan a veces toda una sociedad.

¿Qué obstinación incomprensible puede empujar a los poderosos a irritar y a llevar al paroxismo con su indiferencia las rebeliones de los desheredados? ¿Tienen acaso algún interés en provocar levantamientos cuya importancia es imposible calcular, cuyo desenlace es muy difícil de predecir, cuyas consecuencias serían desastrosas?

¿Están seguros, por ventura, de que esa clase, pasiva y resignada, no se arremolinará un día y no los ahogará a todos en la justa inundación de sus cóleras? ¿Qué sería de esta bamboleante organización social, si las clases laboriosas cedieran a sus rencores acumulados y se lanzaran al fin sobre las minorías privilegiadas, como un aluvión de fuerzas ebrias?...

O lo que es más simple, más humano y más inminente que nada, ¿qué sería de los privilegiados si esa multitud de asalariados que pone en movimiento todos los resortes de nuestra vida, que acciona nuestras fábricas y nuestros ferrocarriles, que siembra nuestros campos, que da vida fuego y calor a todo lo que nos rodea, se cruzara simultáneamente de brazos y los dejara inmóviles y atontados, en medio de las ciudades yertas y los campos mudos, probándonos con su abstención que todo depende de ella y que vivimos de su savia?

La prudencia más elemental aconseja a los dueños de la situación evitar los choques directos, hacer concesiones y entrar en la corriente del socialismo. Porque el socialismo es como una gran nube, todavía imprecisa, que puede anunciar una lluvia bienhechora o una pavorosa tempestad.

Todo depende de la resistencia que encuentre en la atmósfera. No sean temerarios y no desencadenen ellos mismos la tragedia en que deben perecer.

Ese peligro está mucho más cerca de lo que algunos creen.

Nuestra sociedad no puede moverse dentro de las viejas fórmulas. Todo anuncia que hemos llegado a una de esas encrucijadas de la historia en que surge un gran remolino de vida nueva y en que la sociedad cambia de estructura. Las colectividades mudan de piel. El planeta parece estar preparado para cambiar el aspecto de su superficie.

¿Bastará nuestro silencio obstinado y nuestra fingida indiferencia para detener esa evolución, para poner trabas a la realización de un fenómeno físico cuyo secreto está en las entrañas de la naturaleza, en perpetuo trabajo de renovación, en eterna gestación de vida?

Los hombres de hoy, obligados más de una vez a ahogar sus ascos en las cargas a la bayoneta de la gloria, comprenden que ha llegado el momento de tomar posición: de decidirse.

Poco importan los sacrificios, poco importa el desprestigio pasajero que cae sobre el que, en medio del acatamiento común, del adormecimiento general, de la universal apatía, rompe con los prejuicios de su educación y de su clase y se alza, en plena luz de verdad, para investigar el horizonte y ver hacia qué punta se puede conducir la barca de la humanidad, la barca desamparada y rota, dirigida por pilotos ciegos, que marchan contra la corriente, y oponen a la tempestad invencible, la proa fácil con una inconsciencia singular.

Oh, prudentes conservadores, ¡cuán revolucionarios sois a pesar vuestro! ¡Con qué sostenida obstinación os empeñáis en robustecer y dar volumen al mar que debe sumergiros!

Sois los mejores apóstoles de las ideas nuevas, los más eficaces defensores de la transformación inevitable, porque sólo vuestra terquedad, sólo vuestra hostilidad contra la democracia, han podido dar incremento —en tan pocos años— al movimiento evolucionista. Sin vosotros, la obra sólo hubiera fructificado más tarde.

La habéis hecho madurar a cintarajos de injusticia.

Y cada vez que un nuevo atropello se añade a la serie de los ya cometidos, cada vez que hincáis con más fuerza las espuelas en los flancos del potro que creéis haber dominado para siempre, acercáis más y más el instante en que

la bestia maltratada sacudirá su infortunio. No os quejéis después de las consecuencias de la caída.

Nadie puede prever cómo se consuman las sacudidas de la historia. De lo que pueda ocurrir, seréis los únicos responsables. El acatamiento tiene sus límites y cuando rompe las vallas no hay nada que pueda detener el ímpetu de los torrentes.

La verdadera prudencia consiste en darse cuenta de las cosas. Cerrar los ojos, no es evitar el peligro. Un socialismo escalonado puede evitar a las colectividades la confusión y el pánico de una sacudida. El socialismo es el eje del siglo, porque sólo él está a igual distancia del egoísmo de los que poseen y de los arrebatos irreflexivos de los que desean.

El socialismo es necesario, porque sólo él nos puede dar el equilibrio internacional, la paz interior y la felicidad colectiva. Y además de los males que puede evitarnos, nos puede proporcionar muy grandes goces.

Porque todos hemos sentido alguna vez una tristeza infinita ante los baños miserables que salen de las fábricas, todos hemos sufrido ante el dolor de los demás y todos hemos deseado curar las llagas y remediar las tristezas. No hay hombres fundamentalmente malos. Cada cual tiene su resplandor en el alma.

Pero estos son argumentos humanitarios y yo creo que los hombres, llegados a su mayor edad, no deben ser conducidos ya por el sentimiento sino por la razón.

El socialismo es necesario porque es el único medio de contrarrestar la influencia de los *trusts*. Llegará, dentro de poco, un momento en que todos los pequeños capitales y hasta los medianos, serán absorbidos por esos monstruos devoradores de oro, llegará un instante, dada la creciente condensación que observamos en todas las industrias, en que la inmensas fábricas acabarán con la pequeña producción y con los manufactureros modestos. Para defenderse de esa centralización, de esa unificación de las fuerzas del país en manos de sindicatos omnipotentes será indispensable recurrir a las fórmulas colectivistas y oponer al *trust* de los particulares el *trust* del Estado.

El capitalismo es un monstruo que se devorará a sí mismo. Muchos de los que hoy lo defienden todavía, serán mañana sus víctimas. Las grandes fortunas se alimentan a expensas de las pequeñas. Y llegará un día en que esa portentosa acumulación de capitales, paralizará la acción de los gobiernos. Entonces los rutinarios hombres de estado, que nos motejan hoy de ilusos, tendrán que recurrir al socialismo para defender a la nación de la tiranía de un grupo de hombres.

El socialismo es necesario, en fin, porque es como la resultante y el término de la historia. Del comunismo político, que es el sufragio universal, tenemos que pasar al comunismo económico, que es el socialismo, decía Jaurès en un artículo célebre. La evolución tiende a llevar el poder, el gobierno, en una palabra, de los menos a los más, de la aristocracia a las democracias cada vez más amplias y más abiertas.

Y siendo hoy el dinero una manera de aristocracia, está dentro de las previsiones de la historia que ella empiece a extenderse, de la minoría a la mayoría, del pequeño número de poseedores al número mayor de olvidados y miserables.

El socialismo es necesario porque es el triunfo de la vida.

El indispensable iniciar en América lo que se llama en Alemania una *real politik*, es decir, una política de reformas inmediatas y tangibles. Después de precisar, en cierto modo, el pensamiento actual de esa democracia que dominará en las ciudades apacibles del porvenir, después de estudiar el organismo social y darnos cuenta de sus necesidades y de sus tendencias dominantes, fuerza será entrar de lleno en un terreno de evolución, de avance hacia una posible felicidad común.

Si todos convienen en que nuestra organización es deficiente, ¿cómo motejar de amigo del desorden a todo aquel que trata de empujar una reforma, o de facilitar un cambio que, en su sentir, debe redundar en beneficio de todos? Que no se diga que al comprobar ciertas corrientes y ciertas aspiraciones modernas, tenemos el propósito de provocar la discordia. No fomentamos peligros, los comprobamos. Nadie hará llover diciendo que llueva. Es porque comprendemos que ha llegado el momento de obrar, de salir de la apatía que nos mata, que nos permitimos apuntar ciertas ideas y romper con determinados convencionalismos, que sólo han servido para adormecer nuestra acción durante largos años.

Hay que tener la audacia de afrontar todas las situaciones.

¿Qué importan las injurias? Si un hombre no sabe sobrellevarlas con desdén, no es digno del triunfo. Y además, se lucha por ideas, por doctrinas, por concepciones. Sólo los golpes que dan sobre esas concepciones, esas doctrinas y esas ideas, pueden entristecernos.

Los que dan sobre el hombre no pueden inquietarnos. ¿Qué importa que el brazo caiga destrozado y sangriento si se ha salvado la obra?

Si los hombres que han consumado hasta ahora las revoluciones necesitaban ambiciones, los que consumirán las de mañana necesitarán virtudes.

La política útil no será una política de declamaciones y de gritos roncoss, pero tampoco será una política de inmovilidad y de atraso. A igual distancia de las incitaciones a la revuelta, y de los crueles conservatismos, existe un terreno matizado que es el que conviene a nuestro esfuerzo.

Es evidente que hay que acabar con el estado de guerra que hoy reina entre los hombres.

Vivimos en una sociedad donde hasta el aire se vende.

Porque, ¿qué es, sino una venta, esos impuestos vergonzosos que gravan en ciertas regiones las puertas y ventanas y sólo permiten a los ricos el lujo de respirar a plenos pulmones?

Hay que transformar el régimen o mejor dicho, hay que realizar todas las promesas que el régimen hizo concebir, porque el lema de la República: Libertad, Igualdad, Fraternidad, contiene todo el programa del socialismo.

Por otra parte, tenemos que evitar el culto a los prejuicios. Hemos acabado con los reyes, pero no con los fantasmas de que los reyes se servían para contenernos.

Seguimos teniendo miedo de muchas cosas. Luchemos contra todo lo que significa atraso, oscurantismo, superstición.

Nuestras ideas no pueden asombrar a nadie. Ya Zenón y Platón en la antigüedad habían honrado el trabajo, despreciado la voluptuosidad, predicado la comunidad de bienes, combatido los fanatismos, abolido las patrias y defendido la fraternidad universal.

De todo esto, tratemos de hacer entrar en la vida actual, lo que la vida actual está preparada para recibir.

No exageremos la dosis, pero no pequemos tampoco por timidez.

Hagamos una campaña de reformas, ya que no es posible hacer una campaña de soluciones.

Tratemos de modificar y atenuar, ya que no es posible transformar y resolver.

Pero marchemos con paso firme, y no nos dejemos intimidar por nada.

Los partidos políticos en Sud América no tienen, por ahora —y no es quizá culpa de ellos, sino del ambiente— ni programas ni principios, ni razón de ser. Son simples agrupaciones heterogéneas, en que las simpatías personales suplen a todos los razonamientos.

Sólo el partido socialista puede declarar de dónde viene a dónde va. Por eso debe ser el partido de los jóvenes. Que cada cual diga, como D'Annunzio encarándose con los dueños de la situación: "Ustedes son la inmovilidad y la muerte, el pueblo es la vida. . . Yo me voy con la vida".

Porque juventud y porvenir son sinónimos en nuestro pensamiento.

Ambas palabras representan lo irrealizado, la esperanza, la poesía.

Ambas significan un empuje que está en contradicción con lo existente. Creer en la perfectibilidad humana, es una manera de ser joven. Tengamos confianza en nuestro propio esfuerzo. Y guardemos la convicción de que los tiempos futuros nos reservan felicidades morales verdaderas.

En el desvanecimiento de los odios, en el deshielo del mal, cuando sobre la tierra redimida y libertada por el sol rojo de nuestros triunfos, comiencen a destacarse sobre horizontes en flor, los minaretes ideales de las ciudades apacibles y tentadoras, cuando el hombre, aligerado de sus prejuicios seculares, de sus egoísmos torvos y sus enfermizas desconfianzas pasee los ojos en rededor y comprenda al fin la lección de la naturaleza, cuando dentro de cada uno de nosotros broten jardines de simpatía hacia todo lo que vive y sea la mirada cariño, la palabra ternura y el gesto fraternidad, cuando todo

lo que palpita vibre en el ritmo de la armonía universal, entonces, recién entonces, empezará a realizarse el porvenir.

Pero mientras llegan esos tiempos de luz, tratemos de practicar la justicia y la mansedumbre, esas dos alas del hombre, que nos permiten salvar los límites de la vida y entrar en la eternidad.

Seamos socialistas.

[Conferencia pronunciada en septiembre de 1903, en el teatro "Operai Italiani" de Buenos Aires. Editada en folleto a fines de 1903 por el Centro Socialista de la Circunscripción 20ª de la ciudad de Buenos Aires].

LUCHA DE CLASES Y HUMANITARISMO

(1904)

AL DOCTOR ADOLFO SALDÍAS

Muy distinguido doctor y querido amigo:

Leo su carta fresca y brillante, como suya, y admiro la flexibilidad de su inteligencia, abierta a todo lo que palpita y lo que vive. Sin embargo, no estoy de acuerdo con usted en todos los puntos y aunque no cabe una tentativa de polémica en las cuatro líneas de una respuesta amistosa, quiero precisar mi manera de ver en lo que se refiere a la lucha de clases, que es la base y la razón de ser de nuestro partido.

Como Magnaud, usted ha sabido dictar fallos generosos y revolucionarios por su mansedumbre, como todos los hombres que no han hecho del egoísmo el pedestal de su vida, usted se siente inclinado a atenuar la injusticia de las desigualdades de fortuna y a imaginar nuevas fórmulas de concordia social.

Pero esa tendencia, honrosa y digna de todo aplauso, no es más que una variante del humanitarismo de Hugo.

Nosotros vamos mucho más lejos.

No nos contentamos con atacar los males más visibles, descubrimos las fuentes y tratamos de llevar la equidad igualitaria hasta los orígenes.

Como socialistas, creemos que, si no hay antagonismo entre el capital y el trabajo, porque son dos cosas que se completan, lo hay y muy grave, entre la clase social que produce la riqueza y la clase social que de ella disfruta. De ahí que entendamos que comprobar ciertos conflictos no es sembrar la discordia y dividir a la sociedad en dos campos intransigentes, sino "situar" el problema, hacerlo tangible y empujarlo hacia soluciones prácticas.

Bien sabe usted que el odio está desterrado de nuestro ideal. Nuestro propósito es implantar entre los hombres la solidaridad y la concordia, poner punto a la guerra civil de todas las horas, reconciliar a la prole y dar a cada cual, dentro de una sociedad refundida, la mayor suma de felicidad y libertad posibles.

No ignoro que, según algunos, en el estado presente, nuestro ideal apaciguador, toma, en ciertos casos, un matiz guerrero. Para los tímidos, la huelga misma es un acto de coerción. Sin embargo, no es difícil descubrir que esa crispación transitoria de las energías proletarias, esa *mise en demeure* ocasional de los explotados, no es más que una consecuencia lógica, una sanción legítima de la tiranía sistemática e incansable que ejercen los favorecidos por la suerte.

La brusca cesación del trabajo no es un ardid del obrero para imponer una voluntad más o menos justificada, sino un recurso para atenuar o contener momentáneamente la imposición diaria y envilecedora de que es víctima. Cruzarse de brazos no es atacar. Al desertar de los talleres, el obrero no provoca, responde a la provocación del que le emplea, retirándose con dignidad de la casa. Y es de advertir que al hacerlo, no llama en su ayuda, como los patronos, a los batallones de gendarmes.

El ideal armonizador del socialismo no se desmiente en ninguna circunstancia. Condenamos la guerra, la pena de muerte y en general todo abuso de la fuerza. Perseguimos una coordinación más sabia de las voluntades. Somos pacifistas, colectiva y personalmente. Pero de ahí a soportar la injusticia sin protesta, media un abismo. Decir que los obreros que se resisten a la tiranía patronal y hacen una huelga tumultuosa y rompen algunos vidrios provocan la discordia en la sociedad, es como afirmar que delinque el reo al defenderse cuando lo arrastran a la guillotina.

Al crisar los puños y afirmarse para no avanzar, no hace el desgraciado más que movimientos perfectamente humanos y legítimos. La provocación constante, a verdadera excitación a la guerra civil, está en la insolente tranquilidad con que los potentados se atiborran de riqueza, mientras los productores de esa riqueza llevan una vida oscura de privaciones. Ellos son los que suscitan agrios antagonismos en la sociedad y los que hacen fatal e ineludible esa lucha de clases que durará hasta que, por la fuerza combinada de las cosas, se vean los capitalistas obligados a desarmar y a fundirse en una nueva humanidad sin privilegios.

Ya ve usted, mi querido doctor, como no nos aplicamos a dividir la sociedad, sino a unificarla sobre una base de justicia. No somos empresarios de guerra civil, como dicen algunos, sino buenos filósofos altruistas, empeñados en hacer de nuestra pobre jaula de fieras un universo habitable. Usted, que es bueno y que es perspicaz, no ha podido dejar de sospecharlo.

[Carta al vicegobernador de la provincia de Buenos Aires. Dr. Adolfo Saldías, 1904 reproducida en *El arte y la democracia*, F. Sampere y Cía Editores, España, 1906].

LA REPRESENTACION OBRERA

(1906)

MUY ESTIMADO COMPAÑERO:

Agradezco profundamente el honor que me hace el Centro Socialista de la Circunscripción 20ª al elegirme como candidato para las próximas elecciones legislativas y aprecio en lo que vale la nueva prueba de estimación que me dan los correligionarios. Enemigo de la injusticia social, estoy dispuesto a ser útil al proletariado en todas las circunstancias, pero por razones que voy a exponer sucintamente, me veo obligado a rogar a ustedes que renuncien a sostener mi candidatura.

Cuando un hombre nacido dentro de la burguesía se percibe de que son abusivos los privilegios de su clase, y comprendiendo los dolores de la masa popular, va hacia ella, atraído por un gran ideal de reparación y de concordia igualitario, debe hacerlo como simple soldado y no como jefe.

Al renunciar a los beneficios que le procura una organización social caprichosa, renuncia también al privilegio de gobernar y vuelve a entrar en las filas.

Si conservase, aunque de una manera indirecta, sus prerrogativas de clase y siguiese siendo director en el nuevo medio elegido por él, los malintencionados podrían hacerle el reproche de que su conversión no fue leal y de que la consumó con el fin ambicioso de apoderarse de una fuerza inexplorada y abrirse ruta al abrigo de la competencia.

Además, los obreros deben defenderse de la excesiva bondad que les mueve a colmar de favores a los recién llegados y a seguir confiando sistemáticamente la dirección de sus asuntos a hombres nacidos fuera de su clase social cuando ya tienen ellos la reparación y la responsabilidad necesarios para conocer sus exigencias y traducirlas.

El socialismo sería una ficción si, bajo otro nombre y con modificaciones de lenguaje, el poder y la influencia siguieran en manos de una minoría y si, con pretexto de aptitud, continuaran presidiendo los mismos.

Claro está que se hallan más preparados para gobernar los que han gobernado siempre, pero si el proletariado abraza el propósito irreductible de emanciparse, sólo lo conseguirá afrontando al fin la responsabilidad de conducir sus propios asuntos.

Bien sé que hay hombres valiosos por su habilidad y su resolución y desde aquí aplaudo y sostengo sus candidaturas. Pero al lado de estos intelectuales, deben figurar algunos proletarios, iniciando así su aprendizaje político.

Mi deseo sería que nuestra circunscripción fuese representada en la Cámara por un obrero que, sencillamente, con la fresca audacia de la sinceridad, revelase a los pudientes, los sufrimientos y las aspiraciones de sus compañeros.

Los desertores de la burguesía no deben ser el lujo del partido, sino sus servidores más humildes, y yo tengo placer y orgullo en ceder el puesto de honor a uno de esos héroes de la labor diaria.

Como escritor y como ciudadano, he dicho cuanto he podido en favor de la causa que creo justa, pero cumplir con un deber no es hacerse acreedor a una recompensa.

Cuando haya una dificultad que vencer, una opinión que dar, una fatiga, un conflicto, acuérdense ustedes de mí, pero olvidenme en los honores.

Convencido de que el escritor debe ser un ciudadano, continuaré difundiendo en mis crónicas, en mis libros, en mi labor tenaz de publicista y de poeta, nuestro alto programa de transformación social y difundiendo las verdades que deben hacer de nuestra vida torpe el alegre jardín de todos los sueños. Aunque pueda parecer ambicioso, sólo aspiro a una alta recompensa: ver en torno menos desigualdad y menos injusticias dolorosas.

Sea usted, mi estimado compañero, el intérprete de mis sentimientos de fraternidad social y diga a los amigos de la circunscripción que les acompañe en sus luchas y que dispongan de mí en cuanto pueda serles útil.

[Renuncia candidatura a diputado para las elecciones a realizarse en Buenos Aires en 1906. Reproducida en *El arte y la democracia*. F. Sempere y Cía. Editores, España, 1906].

SOCIALISMO Y PATRIA

(1908)

LAS RESOLUCIONES del Congreso de Stuttgart, forzosamente vagas puesto que tienen que aplicarse igualmente a caracteres y países muy diversos, no han podido aplacar en Francia las discusiones y las polémicas que suscita la pretendida incompatibilidad entre el socialismo y la patria.

¿Debemos ser antipatriotas? Yo, por mi parte, creo que no.

Las declaraciones fundamentales de la Internacional Socialista establecen —y ese deseo está vivo dentro de nuestras conciencias— la necesidad de perseguir con la completa reconciliación de los hombres, la abolición de las fronteras y el fin de las demarcaciones de nación o de raza. Pero al lado del ideal lejano, existe, a pesar de nuestros esfuerzos, la realidad de las épocas en que vivimos y los atavismos de los grupos que no han llegado a su completa evolución y conservan en el pensamiento o en la sangre muchas partículas de los antepasados. Si un pueblo se siente agredido, ¿debe doblar la cerviz?

No planteo un problema de orgullo, sino una cuestión de bienestar. A consecuencia de la incomunicación en que han vivido los hombres durante largos siglos, los entendimientos y las conciencias no se han desarrollado paralelamente. Cada grupo se ha conducido a su modo, sufriendo corrientes locales y dando lugar a diferenciaciones de cerebro y de ideal. ¿Debemos ahogar nuestra manera de ver para plegarnos a la del vecino? Porque si en nuestra América las fronteras marcan o separan muy poco, ligados como estamos por un mismo origen y una misma historia, en Europa no ocurre lo mismo. Hay profundas antinomias de cultura entre ciertos pueblos. Y nosotros tenemos que abarcar el problema de una manera universal.

Atados como estamos a una labor práctica y tangible de renovación y de resurgimiento, no podemos ignorar las realidades que nos sitian.

Además, somos hombres como los demás y lejos de vivir suspendidos en la atmósfera, ajenos al tiempo y al espacio, echamos raíces en el lugar y en la época en que se desarrolla nuestra actividad y tomamos apego a las cosas que nos rodean, a las visiones familiares, a la continuidad y a la loca-

lización de nuestro esfuerzo. En vano ensayaremos sobreponernos con la razón a los impulsos irreflexivos de nuestra naturaleza. La realidad se opondrá a la ciencia aprendida y sin dejar de concebir las más altas acciones nos sentiremos sujetos a los impulsos de nuestro ser.

Si no concebimos la patria —porque sería un anacronismo— bajo la forma ruda de los hombres de ayer, la imaginamos como un conjunto de costumbres, de cualidades, de defectos que riman con nuestro organismo interior y coinciden con las tendencias personales. Hay cierta complicidad en la educación, en las corrientes internas, en los procedimientos, en la lengua, en mil cosas disímbolas y a veces indefinibles. Y esa complicidad es la que anuda a los hombres y los amasa en montones diversos.

Pero, entonces, dirá alguno, ¿debemos respetar el patriotismo? Entendámonos.

Yo también soy enemigo del patriotismo brutal y egoísta que arrastra a las multitudes a la frontera para sojuzgar a otros pueblos y extender dominaciones injustas a la sombra de una bandera ensangrentada; yo también soy enemigo del patriotismo orgulloso que consiste en considerarnos superiores a los otros grupos, en admirar los propios vicios y en desdeñar lo que viene del extranjero; yo también soy enemigo del patriotismo ancestral, del de las supervivencias bárbaras, del que equivale al instinto de tribu o de rebaño. Pero hay otro patriotismo superior, más conforme con los ideales modernos y con la conciencia contemporánea. Y ese patriotismo es el que nos hace defender contra las intervenciones extranjeras, la autonomía de la ciudad, de la provincia, del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho de vivir y gobernarnos como mejor nos parezca. Y en ese punto todos los socialistas tienen que estar de acuerdo para simpatizar con el Transvaal cuando se encabrita bajo la arremetida de Inglaterra, para aprobar a los árabes cuando se debaten por rechazar la invasión de Francia, para admirar a la Polonia cuando, después del reparto, tiende a reunir sus fragmentos en un grito admirable de dignidad y para defender a la América Latina si el imperialismo anglosajón se desencadena mañana sobre ella. Todos los socialistas tienen que estar de acuerdo, porque si alguno admitiera en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande, justificaría en el orden social la sumisión del proletariado al capitalista, la opresión de los poderosos sobre los que no pueden defenderse.

Por eso es que cabe decir que el socialismo y la patria no son enemigos, si entendemos por patria el derecho que tienen todos los núcleos sociales a vivir a su manera y a disponer de su suerte; y por socialismo el anhelo de realizar entre los ciudadanos de cada país la equidad y la armonía que implantaremos después entre las naciones.

[Artículo publicado el 2 de julio de 1908 en el periódico *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista de la República Argentina. Reproducido en *Manuel Ugarte y el Partido Socialista, documentos recopilados por un argentino*. Unión Editorial Hispano-Americana, 1914].

CUESTION SOCIAL Y CUESTION NACIONAL

(1912)

LA MEJOR manera de expresar la emoción con que contesto al saludo de los artesanos de esta ciudad, consiste acaso en apretar las ideas y en condensarlo todo en una palabra: ¡mis amigos! Los obreros, como la juventud estudiantil, conservan el culto admirable de la sinceridad y nada puede ser más agradable para quien no tiene más mérito que la franqueza y la honradez, que encontrarse rodeado por los que han sabido seguir cultivando en el corazón un fresco arroyo de aguas limpias.

Me he enorgullecido siempre de ser un amigo de los obreros. Los he defendido con la pluma en mis libros, los he apoyado con mi palabra en las luchas tumultuosas de Buenos Aires y los he representado en Europa, donde he sido durante diez años, delegado del Partido Socialista de mi país. De manera que al hallarme ante esta Asamblea, donde palpita el trabajo y la fuerza creadora de la nación, experimento una vez más el íntimo goce de no haber aceptado nunca delegaciones de los Gobiernos y de poder hablar en voz muy alta, en comunión completa con los que no están contaminados.

Los errores de estas democracias —hablo en bloque de toda nuestra América—; la agitación tan febril como estéril de los núcleos personalistas donde los partidos y los jefes se derrocan y se destruyen, arrebatados en un vértigo de apetitos y de impacencias; el monótono horror de las revoluciones interminables que nada traen, que nada cambian, que nada mejoran, que sólo sirven casi siempre para substituir un hombre a otro hombre y para limitar la evolución y el desarrollo de los elementos verdaderamente libres del país; la desesperante inacción de los mandatarios que se limitan a defenderse del bando enemigo, sin intentar una reforma, un progreso, algo que redunde en bien de la colectividad; los vicios, en fin de nuestra política criolla, sobrada de literatura, pero avara de realizaciones tangibles, han difundido en la clase obrera una desilusión profunda, un hondo descorazonamiento que se traduce a veces en internacionalismo, en irritación, y en desinterés por las cosas del patrio suelo.

No apruebo el triste resultado, pero comprendo muy bien el proceso de estas catástrofes interiores. El trabajador, que se inclina diariamente bajo el peso de su labor, sin oír una voz de aliento ni vislumbrar un cambio; el artesano, a quien sólo alcanzan los perjuicios de la agitación, sin que los beneficios lleguen nunca, el humilde creador de riqueza que sigue produciendo mientras otros desbaratan el patrimonio común, acaba por preguntarse si la patria invocada a cada instante por los de arriba, no es también una simple y vana palabra como la "Constitución", la "ley", el "derecho" y todos los fantasmas de que se sirven los políticos. Pero la reflexión tiene que sobreponerse siempre a estas rebeliones excesivas.

A pesar de todas las delincuencias, la patria existe, porque en el hombre hay una personalidad material y una personalidad moral. Si el ser humano no tuviera más que estómago, su patria estaría donde mejor pudiera alimentarse. Pero la historia prueba que en todos los órdenes los humanos han sentido siempre necesidades más altas. Más que un aumento de salario el obrero pide a menudo buen trato, higiene y consideración. Lo impalpable, lo que se dirige al espíritu, al amor propio, a la dignidad, cobra así a sus ojos tanta importancia como lo que toca a su bolsillo. Y esto que comprobamos en la vida individual, existe en la vida nacional también. Para que un pueblo sea feliz, no basta que lo veamos próspero. Los grandes conjuntos, como los individuos, tienen necesidades orales que son tan premiosas como las necesidades materiales. Decir "venga el cambio y el progreso, aunque se hunda la bandera", es concebir el imposible de una vida fragmentaria y parcial, donde sólo subsisten las funciones físicas. Porque la bandera no es un símbolo caprichoso, no es una simple combinación de colores, no es un trozo de tela recortada, es la representación concisa y visible de las costumbres, de las aspiraciones y de las esperanzas de un grupo, la materialización, por así decirlo, del alma colectiva, de lo que nos distingue, de lo que nos sitúa, de nuestras cualidades, de nuestros defectos, de nuestra atmósfera local, del conjunto de circunstancias y de detalles que hacen posible nuestra vida, de tal manera que entre sus pliegues que flotan al viento, parece que hubiera siempre un pedazo de nuestro corazón. La libertad nacional que la bandera representa no es una expresión romántica, sino una realidad tangible, que garantiza el funcionamiento autónomo de cada uno de nosotros en lo que respecta al idioma, a las tradiciones, a la concepción de la existencia, a la familia, a la idiosincrasia de todo lo que constituye la personalidad moral, hasta el punto de que la disminución o el fracaso del grupo de que formamos parte, determina una disminución y un fracaso personal de cada uno de los individuos que lo componen porque, al tener que inclinarse ante los extraños, al someterse a otra lengua, a otras costumbres y a métodos distintos, al admitir en la propia casa a un intruso que viene a dirigirnos, cada hombre sufre en sus propios intereses y en su propio ser una derrota equivalente a la que sufrió la Nación y la bandera.

Es en este sentido que debemos ser altiva y profundamente patriotas, a pesar de los errores de los jefes, los vicios de las costumbres políticas y el

desorden lamentable de nuestra vida nacional. Nuestras democracias activas y bien intencionadas tratarán de remediar en el porvenir estos errores, la voluntad general se sobrepondrá finalmente al interés de algunos. Lo que importa ante todo, es mantener la posibilidad de vivir de acuerdo con nuestro carácter y con nuestros orígenes, defender nuestras características e impedir la catástrofe nacional y personal que significaría para todos la dominación de un pueblo extraño que al superponer su orgullo al nuestro, nos colocaría, desde el punto de vista social y político, en la situación miserable de los esclavos.

En momentos en que el imperialismo se desencadena sobre nuestras repúblicas como una tempestad, en estos instantes en que está en juego, con el porvenir de la América Latina, la vida intelectual y moral de todos nosotros, debemos acentuar más que nunca la tendencia nacional, no en lo que ella pueda tener de localista, sino en lo que exhibe de concordante y de salvador para las naciones que prolongan en el Nuevo Mundo, la tradición latina.

Si no queremos ser mañana la raza sojuzgada que se inclina medrosamente bajo la voz de mando de un conquistador audaz, tenemos que preservar colectivamente, nacionalmente, continentalmente, el gran conjunto común de ideas, de tradiciones y de vida propia, fortificando cada vez más el sentimiento que nos une, para poder realizar en el porvenir, entre nosotros y de acuerdo con nuestro espíritu, la democracia total que será la patria grande de mañana.

Tengamos el valor y la conciencia de la situación y desarrollemos, dentro de nuestro ambiente, dispuestos a defendernos, el orgullo de lo que somos y la esperanza de lo que podemos ser.

Yo creo que en los momentos por que atravesamos el socialismo tiene que ser nacional. El internacionalismo es un ideal tan hermoso como distante que está en su verdadero plano en el fondo de los horizontes. Hacer de él un fin inmediato, sería tan irreal, tan caprichoso y tan imposible como si un artista al pintar una marina quisiera colocar en último término la embarcación y en primer término la línea en que el cielo y la tierra parecen tocarse. Debemos concurrir a los Congresos internacionales, debemos cultivar estrechas relaciones con los que en otras tierras persiguen las mismas finalidades, debemos solidarizarnos con todos los que en el mundo luchan contra la injusticia y el error, pero, si somos sensatos, no subvertiremos nunca las épocas para evolucionar con la fantasía en siglos que todavía no nos pertenecen.

Vosotros habéis sido la fuerza determinante de la transformación que se ha operado en América. Si existe en algunas regiones el sufragio libre, si hay república, si gozamos de ciertas prerrogativas, a vosotros, los obreros, lo debemos principalmente. Tenemos que seguir saneando lo que existe, pero sin dejar de hacer al mismo tiempo de nuestra obra de transformación económica, una gran obra política de honradez, de limpieza y de justicia en el Continente. Así como la tarea interior de simple democracia no nos ha alejado de vuestras reivindicaciones sino que por el contrario os ha acercado a ellas, el esfuerzo de equidad a que yo os invito ahora tampoco os alejará, antes bien,

porque es en las naciones más prósperas y más firmes donde mejor se acentúa la igualdad social.

Los grandes ideales están subordinados a la hora y al ambiente. Ustedes afirman, me decía uno de los hombres más importantes de Cuba, que no hemos defendido bien el legado de la civilización latina, pero, ¿qué han hecho ustedes para alentarnos, para apoyarnos, para indicarnos que no estábamos solos? Este reproche tiene que llegar al alma del pueblo, que es el que mejor siente la solidaridad.

Seamos avanzados, pero seamos hijos de nuestro Continente. Cuentan los historiadores que cuando Bolívar realizaba la proeza magnífica de atravesar los Andes, el ejército era detenido frecuentemente por torrentes hinchados por las lluvias y que los infantes sólo podían cruzarlos entrelazando los brazos y formando apretadas filas para resistir a la fuerza de las aguas. Seamos hoy nacionalmente como los hombres de los tiempos de la independencia y en medio de las dificultades de la hora actual hagamos una cadena con nuestras repúblicas y entrelacemos nuestras banderas y nuestros corazones para vencer las dificultades del siglo.

Repito que pocas manifestaciones podían ser tan halagüeñas como las que trae hasta mi tienda de peregrino las nobles palpitaciones y el fervor sano del trabajo redentor.

He sido siempre un amigo de los obreros. Desde mi más lejana juventud, desde las épocas en que niño casi sentía el deseo de renovar y enaltecer la vida, he ido hacia el pueblo sin ideas preconcebidas, arrojándolo todo a la hoguera de la sinceridad, quemando los intereses y los ídolos y la mejor recompensa es poder decir al fin de la jornada, simple ciudadano como he querido mantenerme siempre: he entregado a la democracia mi nombre de escritor, cuanto era y podía ser y no le he pedido, en cambio, más que su apoyo para defender la integridad de la patria.

[Discurso pronunciado en la Federación Obrera, de San Salvador, el 4 de abril de 1912. Incorporado luego por Ugarte a su libro *Mi campaña hispanoamericana*, Editorial Cervantes, Barcelona, España, 1922].

POLEMICA CON "LA VANGUARDIA"

(1913)

EL PELIGRO del primer error no está en el error mismo, sino en el encadenamiento de errores en que cae el que se obstina en defenderlos.

Después de haber publicado, a propósito de la independencia de Colombia un suelto tan inoportuno que fue modificado al día siguiente, me pusieron ustedes en el caso de recurrir al comité del partido para conseguir insertar una correcta rectificación; y obligados ahora por ese comité a dar a luz el escrito, lo rodean de comentarios que lógicamente tienen que dar lugar a lo que voy a exponer en estas líneas.

Desde mi llegada he visto con pena que un grupo pequeño, que no representa, a mi juicio, más que una minoría imperiosa, empieza a esgrimir contra los correligionarios la misma violencia inútil que ha empleado contra los miembros de los demás partidos, y aunque el caso pueda ser doloroso, hay que levantar la voz en nombre de la serena energía de los que están seguros de su razón.

En vez de dar prueba de flexibilidad de espíritu, rectificando las palabras injustas que había lanzado contra Colombia, el diario las agrava ahora, tratando de oponer las estadísticas al conocimiento directo de las cosas que tiene quien acaba de visitar aquel país. "Colombia está en un estado lamentable de atraso, Colombia está en la barbarie", declara el articulista, y yo, después de protestar cortésmente contra esas aseveraciones, me pregunto, primero, si es ésta la mejor manera de fomentar la fraternidad entre dos países; segundo, si dentro de la amistad y el buen gusto, es el aniversario de la independencia de un pueblo el momento más indicado para discutir su civilización.

Hay sentimientos superiores de cultura que no debemos olvidar y como no tendemos a rebajar el nivel de la vida, sino a enaltecerlo, conviene poner siempre los ojos, al margen de los sectarismos y las intolerancias, en cúspides cada vez más puras.

Nada más inusitado que el tono del artículo que me veo obligado a contradecir. Después de argumentar despectivamente que en ningún departamento

colombiano priva el número de los que saben leer sobre el de los que no saben, olvidando que en Rusia, Francia y España hay regiones en ese caso, sin que ello pueda ser una razón para ofenderlas, el articulista establece que Bogotá, que cuenta hoy 120.000 habitantes, no tiene obras de salubridad, dando así, retrospectivamente, patente de inferioridad definitiva al Buenos Aires de 200.000 habitantes que tampoco las tuvo. "Este cuadro sombrío —llega a decir el periodista— no solamente es el retrato de Colombia, sino el de todas las repúblicas latinoamericanas", envolviendo en la misma reprobación a Chile, al Brasil, al Uruguay y a la Argentina. Para calificar a México añade que en ese país un movimiento gremial fue ahogado en sangre, dejando en la sombra los ruidosos sucesos análogos ocurridos en Milán, Barcelona, Chicago, etc., y evoca cierta vaga protesta de un vecindario contra la construcción del primer ferrocarril, protesta que no puede tener un significado concluyente porque contra el primer ferrocarril se elevaron voces en todas partes, hasta en la misma Francia, donde un eminente hombre público lo bautizó con el nombre de "infantil juguete".

La descortesía que encierran estas palabras contra los países hermanos me llena de sorpresa, porque ninguna necesidad la reclamaba. En momentos en que de esos pueblos lastimados llegan voces angustiadas pidiendo ayuda, es poco generoso agobiarlos bajo el peso de un inmerecido desdén. Y a nadie puede parecer mal que salga a defenderlos desinteresadamente quien los conoce, quien no puede aspirar en ellos a ningún papel político, quien los quiere porque ha comprendido la simpatía natural de esas colectividades que hoy, como hace un siglo, sufren y esperan con nosotros.

Ignoro si en el artículo a que aludo asoma el eterno antipatriotismo, llaga más o menos oculta de la agrupación. No puedo dejarme llevar mar afuera hacia esas penumbras ideológicas. En una reunión del comité ejecutivo en que se me dijo (textual) que "una carne con cuero era preferible a la bandera", contesté que la independencia argentina, y la de América, no se había hecho con una carne con cuero clavada en la punta de una lanza, sino con nuestros colores gloriosos y respetados, ante los cuales me inclino.

Supongo que ésta no puede ser, sin embargo, una causa para que me maltrate un diario a cuya deferencia creía ser acreedor. Lo que hay en el fondo, y aquí se me permitirá que con mi franqueza y mi resolución de siempre, llegue a la raíz de las cosas, es el deseo de que abandone el campo y me aleje del partido. Pero a pesar de las habilidades que se multiplican, a pesar de la misma actitud de ese diario que se equivocó extrañamente al anunciar, cuando volví de Chile, la hora de mi llegada, impidiendo así que los amigos fueran a recibirme, soy hostil a las divisiones y permaneceré dentro de la agrupación a pesar de todo, convencido de que he sido y puedo ser para ella mucho más útil que otros.

He venido al socialismo hecho ya, trayéndole mi nombre de escritor, sin pedirle nada en cambio, llegando a renunciar a las situaciones que me ofrecía, mientras otros, a veces con bagaje precario, se hacían una plataforma del grupo y llegaban a situaciones que sin él no hubieran alcanzado nunca.

He hecho, pagado de mi peculio, un viaje desinteresado y lírico que algunos de los que me hostilizan no se hubieran resuelto a realizar por los gastos que ocasiona y los peligros que entraña. Y la ofuscación singular en que han caído algunos hombres, creyendo haber creado doctrina cuando no han hecho más que trasladar en prosa lineal, lo que desde hace varios años se viene publicando en Europa, no puede impedirles comprender que, hasta desde el punto de vista de los intereses personales, el socialismo no es para mí la tabla que me sostiene. Puedo flotar con mis propios medios, pero mi convicción me ha llevado hacia esa corriente filosófica y en ella quiero mantenerme, sin compromisos, sin intrigas, sin vanas exageraciones, preservando la integridad de mi carácter.

En caso de que por no plegarme a ciertas teorías, que juzgo nocivas para la nacionalidad, me censurase, cosa que no lo creo, la mayoría de mis correccionistas, me distanciaría en las horas de triunfo de lo que contribuí a crear en las horas difíciles, pero no renunciaría por ello a la plenitud de mis ideales. Un congreso podría separarme del partido, pero no expulsar el socialismo de mi corazón. Llegado el caso, continuaría trabajando aisladamente en favor del pueblo y de la democracia, ansiando hacer entrar, gradualmente y serenamente, cada vez más justicia y más verdad en la vida.

El lunes salgo para Montevideo y no podré contestar a lo que es de prever después de esta carta; pero mi causa queda en buenas manos, porque queda en manos de la opinión pública, hasta la cual no llegan las pequeñeces de los hombres, y de la masa sana del partido, que me ha visto siempre desinteresado y leal.

[De *Manuel Ugarte y el Partido Socialista*, pág. 36. Unión Editorial Hispano Argentina, 1914].

MANIFIESTO ¹

(1913)

CUANDO un hombre ha militado en un grupo político durante más de una década y se ve de pronto en la necesidad de separarse de él, contrae ante sus conciudadanos el compromiso de exponer las razones que le imponen esa actitud. Voy a cumplir con ese deber, sin animosidad y lo más brevemente posible, para que todos puedan conocer el origen y el carácter de la renuncia que presenté hace algunos días de miembro del partido socialista.

Ninguna decisión pudo ser más dolorosa para mí, porque al romper los lazos que me ligan a la agrupación a cuyo engrandecimiento he contribuido con el desinterés más absoluto durante toda mi juventud, desgarraba, en el fondo del corazón, algunas de las mejores ilusiones. Pero, el silencio, en ciertos casos, es una complicidad. La esperanza de que el equilibrio y los métodos serenos acabarían por sobreponerse a las inspiraciones tumultuosas de cierto núcleo, me retuvo dentro del partido, a pesar de todas las desafinaciones, durante largos años. Obligado por la disciplina a acallar mi censura ante determinados procedimientos, hice sentir, sin embargo, con la abstención en los debates y la ausencia en las representaciones, que no me consideraba solidario de tendencias que juzgo nocivas al país. Alejado así de la vida activa, aceché desde Europa el momento favorable para intentar una intervención eficaz en el sentido de atenuar las asperezas y hacer posible una fuerza renovadora y vivificante dentro de las líneas claras que el buen sentido y la lógica impiden salvar. Como lo declaré al adherirme al partido, soy un evolucionista, y es basándome en esa tendencia conciliante que he querido reaccionar desde mi regreso a Buenos Aires contra los desbordes de fondo y de forma que han dado a nuestro socialismo un matiz tan especial. Después de comprobar con pena que mis esfuerzos han sido vanos, debo retirarme. Pérdida del todo la esperanza de impedir el error, reivindico por lo menos el derecho de no asociarme a él.

Como protesta contra los hechos consumados y en previsión de lo que comprendí que debía producirse después, decliné (como ya había declinado

antes una candidatura a diputado) la candidatura a senador que me brindó el partido socialista. No fue vana exhibición de desinterés, porque la austeridad democrática no consiste en rehusar sistemáticamente todos los puestos, sino en abstenerse de aceptarlos cuando se lastima la integridad de los principios. Fue un acto elemental de prudencia. El orgullo de ocupar un sillón en la alta cámara, en medio de hombres representativos, a los cuales respeto, no me ofuscó hasta el punto de impedirme ver el dilema que me acechaba: ser inconsecuente con mis ideas o serlo con el partido que me favorecía con su designación. Una vez en el parlamento hubiera tenido que burlar la confianza que en mí depositaba el grupo que me hacía candidato, desarrollando una acción completamente extraña a sus preferencias; o hubiera tenido que ahogar mis convicciones personales para defender soluciones excesivas que considero contrarias al mismo fin humanitario que se persigue.

Había además una cuestión de responsabilidad. Aceptar, era declararme colaborador en actos y propósitos que repruebo, contribuyendo a mantener una confusión penosa. No cabe, a mi juicio, recibir investiduras de un partido con el cual disintimos, porque el solo hecho de figurar como candidato patrocinado por él indica que nos solidarizamos en el pasado y en el presente con su programa y sus procedimientos. Cuando asoma una divergencia o se advierte una incompatibilidad, lo pertinente es abstenerse hasta hacer prevalecer la personal manera de ver las cosas, o separarse, delimitando el campo mental en que aspiramos a movernos.

Las disonancias que he comprobado han sido tantas, que sólo voy a dejar constancia de algunas.

Desde el punto de vista de la táctica, yo he creído siempre, por ejemplo, que no debemos ir al parlamento para poner obstáculos a la obra común, sino para colaborar en ella, y que en cada diputado que no comparte nuestras opiniones, no debemos ver a un enemigo, sino un representante de otras corrientes que, existiendo en el país y reflejándose en la cámara tienen que moderar con nuestro asentamiento o sin él, la rapidez de nuestra propia corriente.

Entiendo, además, que un grupo político no puede ser una entidad flotante donde cada elector hace entrar a su capricho las reivindicaciones que más le sugestionan, sino el rígido marco que encuadra las aspiraciones bien definidas de una parte de la nación, y que los programas de doble fondo, hechos para atraer simultáneamente a los tímidos simpatizantes y a los sectarios extremos, así como la acción parlamentaria que se traduce en inútiles violencias de forma con las cuales se pretende ocultar la pobreza de los resultados obtenidos, no son procedimientos propios de una agrupación seria, máxime si ésta se anuncia como fuerza renovadora destinada a depurarlo todo. Pienso, por otra parte, que en política interior como en política internacional, hay que dejar de lado lo que se desea para hacer lo que se puede y que urge deponer las teorías complicadas y las máximas imperiosas para encarnarnos buena y llanamente con la vida, porque si bien nuestra evolución política debe hacerse teniendo en cuenta los antecedentes sociológicos de los demás países, en nin-

gún caso conviene forzar los acontecimientos para ajustarlos a reglas formuladas de acuerdo con necesidades y estados diferentes. Tengo, abreviando, la seguridad de que un partido no es una cosa estancada y rígida, sujeta a la tiránica voluntad de un pequeño círculo, sino un conjunto por el cual circula la sangre de la controversia preservando por igual el derecho de cada uno de los componentes; abrigo la certidumbre de que lejos de convertirse en "bureau de placement" de aspirantes a la diputación, debe predicar el desinterés, haciendo sentir que la acción personal del ciudadano es, a veces, tan eficaz como la de los mandatarios y que el leal soldado, para sacrificarse, no debe esperar a tener galones; y alimento, por fin, la convicción de que, renunciando a preocuparse solamente de las ciudades, donde es fácil reclutar votos, conviene tener, por encima de los efímeros intereses electorales, la visión general de los intereses comunes y supremos del país.

Estas divergencias de procedimiento serían leves si no estuvieran agravadas en forma inadmisiblemente por una honda incompatibilidad de pensamiento en lo que respecta al punto que considero más importante para el porvenir.

La tarea que las circunstancias exigen de los argentinos es inconciliable con la concepción de los actuales directores del partido socialista. Lejos de debilitar y disminuir la nacionalidad con ideologías y paradojas, debemos elevarla y desarrollarla, hacerla surgir cada vez más viviente, intensificar sus vibraciones, solemnizarla en las almas. Yo no puedo colaborar en lo que sería a mi juicio un suicidio nacional. Por encima de mis preferencias doctrinarias soy argentino; quiero el bien de la humanidad, en cuanto éste se enlaza con el bienestar de mi tierra; pero nunca sacrificaré un ápice de esos intereses a ideas generales o a preocupaciones extrañas. Es más: declaro que en un momento grave en que estuviera en juego la existencia de la patria, recurriría hasta a la ilegalidad y hasta a la injusticia para defender la salud y la perdurabilidad del grupo de que formo parte.

Cuando en el órgano oficial del partido socialista veo que "la patria, el patriotismo y la bandera son, para la clase que suda por el mendrugo diario, cuestiones respetables, pero secundarias"; cuando anoto que "por encima del amor a un solo pedazo de tierra debe privar el amor a la humanidad", y cuando descubro que "no nos importa que un pueblo subsista o no" (*La Vanguardia*, 1º de agosto de 1913), compruebo una separación fundamental de sentimientos, un franco antagonismo de propósitos que lejos de limitarse, como quieren dejar suponer algunos a las representaciones y a los símbolos, se extiende hasta la misma médula del principio de nacionalidad.

Bien sabemos todos que la patria no se hace con una afirmación obstinada, sino con una capacidad creciente; pero lo que el partido socialista disminuye con su actitud no es solamente la envoltura vistosa, sino la columna vertebral de la idea, porque así como al combatir las industrias, obsesionado por una concepción estrecha del bienestar obrero, compromete la elevación del país, al difundir la indiferencia y el renunciamento alrededor de la bandera, pone en peligro los futuros destinos de la nación.

Este extraño estado de espíritu se manifestó de una manera palpable cuando el partido socialista, a raíz de un grave conflicto obrero que se produjo antes del centenario, me pidió que, como delegado suyo ante el secretariado general de Bruselas, gestionara ante los partidos afines de Europa el *boycot* de los productos argentinos hasta obtener que los obreros de los pueblos de Francia, Italia, Bélgica, etc., se negaran a descargar los barcos procedentes de la Argentina y los obligaran a regresar al punto de partida con todas las exportaciones, riqueza y vida general del año. Sólo un incomprensible desamor por la patria y una limitación de juicio que oculta el encadenamiento de las cosas podía inspirar esa decisión extrema. Al desatender resueltamente la indicación, yo, que he sido siempre el más moderado de los socialistas, creí hacer un bien, no sólo al país, sino al mismo partido que la formulaba, porque no es posible olvidar impunemente los deberes elementales, y porque hay un lazo visible que tiene que llevar al obrero a desear que las exportaciones superen a las importaciones, dado que la prosperidad nacional es base de las prosperidades individuales. Todo éxito o fracaso del conjunto se refleja en bienestar o en privaciones sobre los componentes, y las crisis, como la epidemia, hace numerosas víctimas entre los que menos resistencia pueden ofrecer al flagelo.

Soy amigo del pueblo hasta el punto de haber sostenido que los diputados del partido socialista no deben ser literatos ni doctores, sino obreros que lleven al parlamento, ingenuas y palpitantes, sus legítimas reivindicaciones, pero, partidario de un socialismo basado, no en la lucha de clases, sino en la colaboración de éstas, no podía dejar de advertir el desastre nacional que, en el caso de ser acatada, debía desencadenar aquella orden, formulada en la sombra por un ensimismado y nervioso. Las cosas no son tan sencillas como a primera vista resultan; y el problema de los tiempos modernos, lejos de reducirse a las relaciones del capital con el trabajo, abarca también y muy especialmente el problema de las relaciones entre la producción de un país y la de otros países del globo.

Esta falta de visión superior y de solicitud por la prosperidad de la comarca en que actúa, ha hecho que el partido socialista hostilice hasta ahora todas las fuerzas vivas del país y confunda los intereses particulares con los nacionales en una misma reprobación incomprensible. Se dice colectivista y se niega a encarar las cosas desde un punto de vista colectivo. Quiere que se gobierne exclusivamente en favor de un grupo, aunque se anule el conjunto de que ese grupo forma parte. Y tiene el criterio de los tripulantes de proa de un buque que quisieran incendiar el resto del mismo, sin advertir que la proa aislada no puede seguir flotando, y que al destruir lo que juzgan inútil perecerían ellos también.

Creo firmemente que debemos dar satisfacción a las justas reivindicaciones del pueblo. Sin que nadie me pueda acusar de haberme improvisado con ello una fortuna o una situación, he sido y seguiré siendo siempre socialista, pero de una manera serena y razonable, como puede serlo un hombre que, además de *El Capital*, de Karl Marx ha leído las rectificaciones de Bernstein y

Kautsky y la obra considerable de los impugnadores de la escuela materialista y del determinismo histórico. Este eclecticismo dentro de la tendencia democrática me llevó a aceptar el programa mínimo del partido, haciendo reservas, naturalmente, sobre el capítulo que se refiere al ejército, de cuyo desarrollo y enaltecimiento soy partidario, y aclarando el sentido de las palabras en lo que puede ser interpretado como un ataque a determinadas creencias religiosas. Son salvedades que, desde luego, no tocan al fondo, porque los programas varían, como lo prueba el hecho de que el partido socialista, que en el artículo 8º pide la abolición de la ley de residencia, sólo persiga ahora su modificación, y como lo establece más claramente aún la circunstancia de que después de reclamar en el artículo 10º la supresión del senado, tenga hoy un representante que no ha propuesto la disolución de la alta cámara, como lo aconseja su plataforma electoral. Acepto, repito, el programa mínimo del partido socialista, pero no así los desarrollos y las prolongaciones que le quieren dar algunos. Para ello encuentro dos razones: primera, que sólo puede existir un proletariado feliz en una nación próspera, y segunda, que la preocupación de la justicia, por encomiable que sea no debe sobreponerse al instinto de la conservación general.

Tengamos el valor de decirlo. Lo necesario en la Argentina de hoy no es "socializar los medios de producción" —lejana utopía que si parece prematura en las naciones seculares de Europa, resulta más prematura aún en un país que no ha pasado por las etapas que, según los mismos teóricos, deben hacerla posible—; lo que se impone en la Argentina de hoy no es determinar catástrofes sociales, que nadie justificaría porque si bien entre nosotros, como en todas partes, hay muchas injusticias que corregir, no ha de ser tan dolorosa la situación en que aquí se halla el trabajador, cuando de todas partes acude, convencido de que al pisar nuestras playas mejorará su suerte. Lo que verdaderamente urge es reglamentar el trabajo, explotar y poner en circulación los productos naturales y extender la civilización hasta los más lejanos territorios. Hagamos reformas económicas, elevemos la vida del obrero, honremos su labor, combatamos los latifundios y las herencias colaterales, etc., que esas son medidas de utilidad nacional, y los mismos que momentáneamente resulten perjudicados por ellas comprenderán la necesidad superior que las determina, pero no hostilicemos ni la industria, ni el comercio, ni el capital creador. Esas fuerzas, indispensables por mucho tiempo, hacen fructificar los campos y las ciudades, y son la fuente del mismo bienestar obrero, porque, en resumen, ¿qué es lo que ha hecho acudir a las multitudes que hoy quintuplican la población argentina, sino la seguridad de poder emplear con ventaja su inventiva o sus músculos en las empresas creadas y sostenidas por el capital individual?

Yo sé a lo que me expongo al romper el silencio y al decir antes que nadie estas cosas; pero no he buscado nunca lo que me convenía, he hecho siempre lo que debía hacer. Al expresar ahora mi pensamiento, soy consecuente con la manera de razonar que en el congreso socialista internacional de Amsterdam me hizo dar mi voto como delegado argentino a la tendencia moderada de

Millebrand, Briand y Jaurès. La renovación que se espera no será obra de los caudillos de plaza pública, ni de los doctrinarios del cenáculo, sino de los serenos observadores que sepan auscultar y satisfacer las exigencias de la nación. Claro está que resulta mucho más fácil transportar literalmente las iniciativas o proyectos de Europa, que interrogar las necesidades especiales del propio país y coordinar las soluciones inéditas que deben remediarlas. Pero nosotros hemos sobrepasado la etapa de la imitación y podemos aspirar a crear vida propia, a pesar de la tendencia memorista que parece predominar entre algunos.

En la elaboración de las sociedades, el mundo está asistiendo a cada paso a la creación de fuerzas nuevas. La Argentina es una de las que hoy se anuncian con más ímpetu. A medida que se engrandecen, las naciones ensanchan la órbita de su acción. Hemos entrado a movernos en el campo de la política internacional y tenemos que estar preparados para las más lejanas ocurrencias, mirando por encima de los intereses egoístas las ineludibles necesidades del conjunto, no sólo en su estado actual, sino también en sus desarrollos posibles.

Siguiendo la evolución de los Estados Unidos, que fueron hasta 1860 una nación casi exclusivamente ganadera y agrícola y se transformaron después en gran potencia industrial, debemos aspirar a ser una nación completa manufacturando, con ayuda del descubrimiento del petróleo, los productos, llenando en la medida de lo posible, nuestras necesidades y tratando de irradiar fraternalmente sobre las naciones vecinas.

No basta poseer la riqueza, es necesario saber utilizarla y nosotros podemos hacer de Buenos Aires uno de los más inauditos focos de vida y de civilización que se hayan encendido jamás, si además de ser ricos, sabemos ser superiores por los ideales. Teniendo la conciencia de la nacionalidad y el ansia inextinguible de escalar todas las cúspides, el porvenir nos pertenece, porque los pueblos se encumbran, más que con sus recursos, con su deseo de subir, como los pájaros vuelan, más que con sus alas, con la voluntad que los anima.

Cuando los historiadores de mañana juzguen este momento especial de la política argentina, se asombrarán de que ciertas ideas disolventes y extrañas a nuestro conjunto hayan podido preocupar aunque sea por un momento la atención general. En todas partes hay socialismo y su presencia es hasta un síntoma feliz, porque sólo en los países que han entrado o empiezan a entrar en la era industrial se advierte ese fenómeno, pero en ninguna parte ha tomado el carácter de subversión fundamental y de antinacionalismo agudo que aquí afecta. Los socialistas norteamericanos son tan celosos de su origen que en los congresos internacionales, donde siempre tratan de imponer su idioma, ostentan la escarapela de su país, los franceses han declarado que en caso de guerra defensiva serán los primeros en tomar las armas, los alemanes votan, como todos sabemos, los créditos cuantiosos que exige el ejército más formidable de Europa y sólo aquí, donde la nacionalidad, por ser más nueva, necesita mayores entusiasmos unánimes para solidificarse, advertimos el resurgimiento de tendencias que sólo han defendido en estos últimos tiem-

pos, al margen de sus propios grupos, los dos retardatarios del movimiento social europeo: Julio Guesde en Francia y Domela Nieuwenhuis en Holanda.

En esta forma el movimiento socialista argentino es particularmente peligroso. Los hombres que lo conducen, halagados por un triunfo accidental, creen haber conquistado para realizar sus planes el apoyo definitivo de una enorme masa de opinión. Entiendo que con su violencia intransigente se preparan para un desengaño doloroso. El partido socialista no alcanza a sumar en la capital 2.000 adherentes inscritos en los comités. Las cuantiosas fuerzas independientes que se han sumado en las últimas elecciones a ese pequeño grupo y le han dado la victoria, miraban con simpatía la reacción que él encarnaba contra lo que todos censuramos, aplaudía el espíritu de reforma, de libre crítica y de contralor, pero no adoptaba, ni con mucho, los ideales extremos. La mayoría de los votantes ignoraban hasta la finalidad perseguida y los mismos exaltados que defienden la metamorfosis social han debido comprenderlo así puesto que en época de elecciones suavizan las palabras y se dedican a defender ideas aceptables por todos, dejando en la penumbra el verdadero programa.

Este es precisamente el método más inquietante, porque un partido que se presenta escondiendo su finalidad y hablando de mansas reformas democráticas cuando aspira a destruir lo existente, sorprende la buena fe de los electores y trae un factor de confusión y de equívoco a la vida pública del país. Más o menos atenuado por la habilidad personal o por las circunstancias, siempre será el hilo conductor del mismo propósito excesivo, mientras no declare perentoriamente que lo que persigue es una simple mejora de las condiciones de vida del obrero. Lo natural sería asumir en voz alta la responsabilidad de lo que se pretende. Aunque de antemano sepa el partido socialista que sus ideales, prematuros o inadmisibles, no alcanzarán el apoyo de la opinión pública, debe tener el valor de afrontar el fallo de la masa electora, sin recurrir a la sutileza, tanto más peligrosa cuanto más sonriente, de ir llevando mar afuera, con pretexto de contemplar los astros, a los que no quieren ahogarse por su propia voluntad. Los que intervienen en la vida política están siempre expuestos a encontrarse de pronto, por una sorpresa cualquiera, dueños del poder, y el público tiene derecho a saber de una manera clara y definida cuáles son, por encima de la crítica fácil de la oposición, las afirmaciones concretas que harían triunfar desde el gobierno. El pensamiento de los que ejercen o aspiran a ejercer una acción eficaz debe destacarse con nitidez, sin vanos subterfugios y sin equidistancias, rompiendo con todo para llegar a la verdad, y lo que yo he perseguido al agitar en diversas ocasiones la opinión sobre este asunto es que se especifique, de una manera segura e inteligible para todos si el partido persigue reformas democráticas, sin amenazar lo que nos rodea, o si sueña, a mayor o menor plazo, con la revolución social. Que tome una actitud, que vaya a las elecciones a cara descubierta y que después de haber desarrollado una acción parlamentaria estéril, no siga usufructuando la situación equívoca de ser para los de afuera el amable instrumento de evolución

de que hablaba Ferri y para los de adentro el bando iracundo de las reivindicaciones rojas.

La circunstancia de haber pedido luz y franqueza me ha indispuerto con los que, con vanos pretextos y empleando todas las armas me hostilizan desde que llegué al país, poniéndome en la obligación de separarme de ellos. En realidad lo que se ha querido rehuir es el debate ante el congreso del partido, porque no convenía poner ante los ojos de los afiliados y del público ciertas verdades que podían hacer reflexionar; pero antes de alejarme, cumplo con el deber de decir, en síntesis, las causas que me han obligado a recuperar mi libertad.

El partido socialista es enemigo del ejército; y yo creo que así como no se concibe un banco sin cerraduras, no puede existir un país próspero sin una fuerza respetada y honrada por todos, que garantice su desarrollo. El partido socialista es enemigo de la religión; y yo entiendo que sin perjuicio de estudiar las reformas implantadas en otros países, debemos respetar las creencias de la mayoría de los argentinos. El partido socialista es enemigo de la propiedad; y yo pretendo que, siendo aquí la propiedad, la recompensa y la sanción del trabajo, podemos perseguir su fraccionamiento y hacerla evolucionar de acuerdo con la ley, sin pretender en ninguna forma su abolición. El partido socialista es enemigo de la patria; y yo quiero a mi patria y a mi bandera.

Las teorías sólo se elevan y engrandecen a los pueblos a condición de no estar en pugna con las realidades y lo que los hombres políticos deben mirar por sobre todas las cosas es la realidad del momento histórico en que gesticulan. Por otra parte, el verdadero altruismo no consiste en imponer a todos tercamente la equidad parcial y momentánea que conciben algunos, sino en tratar de ver las cosas desde el punto de vista de cada uno de los ciudadanos, en tener tantas personalidades como situaciones o mentalidades existen y en hacer abstracción de sí mismo para expresar la síntesis del corazón del país. Al alejarme de la lucha, sin entrar en compromisos ni en intrigas, conservando la integridad de mi carácter, no abrigo el menaguado propósito de crear a mi vez una agrupación personalista, pero sí, como consecuencia de estas líneas y alrededor de las ideas aquí expuestas, se congrega un núcleo independiente, será un síntoma de reacción feliz y me consideraré en el deber de asumir hasta el fin la responsabilidad de mi actitud.

Sintiendo separarme de los modestos militantes a los cuales me une el lazo de la sinceridad, vuelvo por el momento a la literatura convencido de que al romper con el partido al cual he servido siempre y del cual no he aceptado ninguna delegación, cumplo con mi deber de argentino y de amigo de la democracia y seguro también de que, al pensar como pienso, soy más socialista que los que pretenden acaparar el título, porque en vez de buscar la realización de un imposible, persigo la grandeza de la colectividad.

[Publicado el 21/11/13 en los diarios de Buenos Aires. Reproducido en *Manuel Ugarte y el Partido Socialista. Documentos recopilados por un argentino*. Unión Editorial Hispano Argentina, 1914].

LA GUERRA, EL SOCIALISMO Y LAS NACIONES DEBILES²

(1916)

SI OBSERVAMOS el desarrollo mental de nuestra América desde la emancipación y lo relacionamos con las iniciativas intelectuales y morales de Europa, comprobaremos en seguida la refracción metódica de los acontecimientos que se desarrollan en el viejo continente, la repercusión gradual en forma de eco vivaz, o retardado, según los casos, de cuanto allá conmueve las almas, la correspondencia misteriosa que a pesar de estados y situaciones a veces diferentes, nos hace pasar, a meses o años de distancia, por las mismas zonas ideológicas que torcieron o metamorfosearon la vida del otro lado de los mares.

Compuesto en los orígenes el primer núcleo pensante por europeos inmigrados que vivían con la cara vuelta hacia el país natal, y alimentado después en sus prolongaciones por la lectura y el ejemplo de los países de Europa, nuestra existencia ha sufrido la ininterrumpida influencia de acontecimientos lejanos que, si rebotaban hace un siglo con gran atraso, debido a la dificultad de comunicaciones, han venido repercutiendo cada vez más inmediatamente, hasta resultar casi simultáneos, en estos tiempos en que la idea tarda pocas horas para hacer la circunvalación del mundo.

La Revolución Francesa, para determinar el levantamiento de 1810 tuvo que dar la vuelta por España, llegándonos en forma de reivindicación constitucional, después de horadar penosamente innumerables capas aisladoras que interponía la metrópoli entre sus colonias y el pensamiento del siglo; pero destruidas esas cortapisas, la refracción ha sido cada vez más directa y hemos ido recibiendo con celeridad creciente, al mismo tiempo que las modas, los trajes ideológicos, las inspiraciones mentales, los "actualismos" imperiosos que, llámense modernismo en literatura, materialismo en filosofía o colectivismo en el orden social, dan prueba de un raro isocronismo y de una extraña simultaneidad de palpitaciones.

El asunto Dreyfus, que tan hondamente agitó la opinión hace años, favoreció en Europa una subversión profunda y coincidió con el auge inesperado de las ideas avanzadas. Al contacto de los grupos revolucionarios y extremistas

con las élites intelectuales y sociales, nació el idealismo optimista, el pacifismo ferviente y el humanitarismo invasor, que parecía anunciar una nueva era de transformación mundial. Muy pocos se resistieron al contagio de esa atmósfera. Filósofos, dramaturgos, poetas y publicistas llevaban la rebelión a los periódicos, los escenarios y las bibliotecas, y aún aquellos que por pertenecer a clases privilegiadas tenían mucho que perder en la emergencia, se sintieron ganados por el hábito de reparación y de justicia que se adueñaba de las almas.

El socialismo adquirió así en el viejo mundo un prestigio y una difusión que hizo admitir como posible el advenimiento de la nueva sociedad entrevista por los teóricos, que levantaban con inducciones el andamiaje de una construcción perfecta. Los que antes escribían para un escaso número de iniciados, vieron de pronto ampliarse el número de los simpatizantes. Vigorosas mentalidades se plegaron al movimiento. Surgieron sabias organizaciones. Y enormes oleadas heterogéneas, dentro de las cuales fraternizaban con los obreros y los empleados, los intelectuales y los aristócratas, llevaron hasta los Congresos la lógica implacable de Bebel, el apóstrofe meridional de Ferri, la impetuosa arremetida de Vandervelde y la magnificencia esplendorosa de Jaurès.

De más está decir que, de acuerdo con lo que hemos comprobado, las chispas del incendio se comunicaron sin tardanza a nuestra América. Una gran capital cosmopolita como Buenos Aires, ofrecía el más propicio ambiente a todas las amplificaciones. En pocos años se improvisaron crecientes mayorías que interrumpieron de una manera feliz la somnolencia de nuestra vida cívica. Aprovechando saludables justas democráticas, el espíritu renovador se impuso, haciendo llegar hasta las alturas las reclamaciones elementales de las clases menos favorecidas, dando lugar a útiles controversias y abriendo una era de actividad y de fiscalización que, con todos sus excesos, con toda su acritud y su hojarasca electorista, tiene que ser considerada como una etapa brillante de la ascensión gradual de nuestro país.

Pero la voluntad de los filósofos no encadena la marcha de los acontecimientos. Nuevas reacciones y corrientes se abrieron paso en Europa, donde un instinto oscuro persistía en mantener a los pueblos en grupos desconfiados, los unos frente a los otros. El análisis estricto de las premisas colectivistas condujo, por otra parte, a los estudiosos más sinceros a confesar contradicciones, anacronismos e imposibilidades.

Marx no era infalible. Algunas de sus previsiones habían fallado abiertamente. Ante las imposibilidades materiales que se advertían al pretender realizar el ideal, asomó el "revisionismo" de Bernstein, Kautsky y Anseele, anuncio nebuloso y presagio amargo de que la piedra lanzada hacia el infinito había llegado a su máxima altura y empezaba a caer de nuevo, atraída por leyes ineludibles, hasta la terrestre realidad.

Otros fenómenos se advertían al mismo tiempo. Sin saber la causa, en todas las naciones parecía oírse como un redoble de tambores que venía del pasado. El pangermanismo y el paneslavismo acrecían su importancia y se extendían

victoriosamente. Los presupuestos de guerra subían de año en año. Terribles inventos y organizaciones formidables llevaban al paroxismo el poder ofensivo de los pueblos. La expansión comercial arrollaba las soberanías para imponer los productos. La expansión colonial destruía las independencias para ensanchar dominaciones. En la política interior surgían interrogantes nuevos. Y se hubiera dicho que una muralla de irremediables obstáculos, de barreras insalvables que estaban en la esencia misma de la humanidad, se oponía visiblemente a los ensueños y a las simplificaciones que declinaban.

El que estas líneas escribe fue en la Argentina el primero que, en noviembre de 1913, se hizo eco de estas inquietudes y renunció a una candidatura a senador, separándose del partido socialista por considerar, al punto que habían llegado las cosas, que el ejército era una entidad benemérita, que la religión no podía ser perseguida, que la propiedad debía ser respetada y que resultaba obligación honrar y engrandecer a la Patria. Reflejadas las mutaciones operadas en Europa, de los ensueños de principios de siglo, sólo quedaba en pie un amplio deseo de reformas supeditadas a las necesidades colectivas que debían privar siempre sobre los intereses individuales o gremiales. La realidad barría, aquí como allá, de la imaginación, las construcciones quiméricas. Al humanitarismo parcial se substituía la conciencia de las responsabilidades. La complejidad de los conflictos que, lejos de reducirse a las relaciones del capital con el trabajo, según las predicaciones de Marx, se complicaban inextricablemente, habían hecho ver, al fin, que las reformas obreras podían ser un capítulo, pero no todo un programa porque al problema de las relaciones entre los grupos dentro de la Nación se anteponía el problema de las relaciones entre las naciones dentro de la competencia universal.

Fue el momento en que el socialismo lejos de seguir creciendo, se inmovilizó y se amenguó entre nosotros como en el resto del mundo. Pero este nuevo estado de alma, derivado de comprobaciones recientes y de insospechadas inducciones que rompían los moldes ya helados de la vieja Internacional, no podía ser traducido en agrupación política, porque ningún acontecimiento mundial lo había concretado y hecho llegar hasta la masa. De aquí el silencio y la espera de los que en Europa y América vimos surgir de los Balcanes el primer hilo de humo, precursor de la pavorosa conflagración y de la consiguiente metamorfosis de doctrinas.

Dos años después, a raíz de un incidente parlamentario, surgió en el seno de nuestro partido socialista una nueva disgregación. Los descontentos organizaron un grupo. Pero desgraciadamente, no fue encauzada la tentativa por una percepción exacta de las corrientes que trabajaban la atmósfera y se formuló un programa en el cual, a pesar de todos las atenuantes, persistía en su esencia la concepción inicial. El colectivismo, que fúndese en Marx o en Rivadavia, resulta hoy una hipótesis disolvente; el antimilitarismo que aún admitiendo milicias ciudadanas es un anacronismo en estas épocas, el libre cambio que, aunque se halle limitado por excepciones, haría imposible nuestro desarrollo industrial; la antirreligiosidad que, en este país donde no existe el clericalismo, sólo consigue herir sentimientos respetables, no podía ser más

que una abstracción de biblioteca en momentos en que Europa, de donde recibimos todas las inspiraciones, veía resurgir la fe en las muchedumbres angustiadas, sentía reafirmarse el instinto de propiedad hasta lo indecible, hacía depender la vida de los pueblos de la preparación militar y devastaba mares y continentes para proteger la exportación de las riquezas vitales.

El fracaso que, a pesar de meritorios esfuerzos personales, sufrió esta tentativa, es un nuevo indicio de que a raíz de la guerra la humanidad retrocede buscando puntos de apoyo en el pasado. No es un socialismo más o menos agresivo el que declina, son todos los cerebralismos que pueden restar vigor a los pueblos empeñados en la tarea superior de preservar su existencia. La evolución de Hervé, convertido de antipatriota en *chauviniste*, la resolución con que los partidos socialistas de todos los países beligerantes tomaron parte en los ministerios de defensa nacional y el unánime levantamiento de las muchedumbres en armas, tenían que reflejarse aquí, porque no marcan solamente la bancarrota del internacionalismo europeo sino también el resurgimiento y el auge universal de ideas borradas y de principios declinantes que readquieren su primitivo vigor al conjuro de la espantosa sacudida. En el "sálvese quien pueda" de las nacionalidades se agiganta de nuevo el prestigio de las cosas viejas y nuestros líricos ensueños juveniles se desvanecen para dar lugar a una floración de energías concentradas en un solo anhelo vehemente: defender, asegurar, engrandecer a la Patria; poner a cubierto de todas las asechanzas y a costa de todos los sacrificios el porvenir del grupo étnico, social y político de que formamos parte.

Conviene fijar algunas rudas comprobaciones porque, aunque tengan ellas algo de la bosquedad de la batalla, reflejan direcciones que tarde o temprano, tendremos que aceptar. La guerra ha venido a poner en evidencia la enorme remoción, la honda metamorfosis de valores políticos morales e intelectuales que estaba preparándose *subsole* en la sombra y en la inamovilidad aparente de la paz. Es un nuevo ciclo el que se abre en medio de una especie de reconsideración de ideas sancionadas. Muchas de las que parecían esenciales pasan a segundo plano o desaparecen. Otras, antes secundarias o desconocidas, ocupan lugar principal en un inesperado cataclismo de los fundamentos éticos del mundo.

Acaso lo que venimos diciendo pueda desafinar en medio de convicciones que sobreviven a las realidades que las hicieron nacer. Hay soles muertos que están alumbrando todavía y principios destruidos cuyos efectos dirigen aún nuestras cerebraciones. Pero como no es posible aplicar a los fenómenos de hoy, engranajes ideológicos de ayer, los que ajustaban una teoría aprendida y una solución mecánica a todos los fenómenos humanos, tendrán que resignarse a ver desechas sus perspectivas. Un maremoto ha destruido la mayor parte de las certidumbres o deducciones que la Humanidad había acumulado en largos siglos de meditación sobre la vida, nadie puede negar que surgen horizontes nuevos, se elevan contra verdades inesperadas y nacen hipótesis ajenas a nuestro modo de ver corriente.

Al hablar de la guerra, conviene abandonar a la masa unilateral y fácilmente

impresionable la terquedad en las convicciones, las bruscas parcialidades y los entusiasmos episódicos, para considerar serenamente el alma de los acontecimientos en su suprema esencia y virtud, desligándolos de las objetividades engañosas. El vértigo de la lucha arrebató generalmente a los espectadores en la órbita de uno u otro de los contrincantes, y así ha surgido lo que podríamos llamar la beligerancia mental, que confirma las situaciones coloniales en que se hallan todavía, en lo que se refiere a las ideas, a pesar de todas las autonomías aparentes, ciertos hombres y ciertos grupos. Como en el conflicto intervienen las más grandes fuentes intelectuales del mundo, los individuos entusiastas y los países menores, atraídos por misteriosas fuerzas, sólo atienden a embanderarse instintivamente con éstos o con aquellos, sin percibir la posibilidad de tener criterio propio, ya sea desde el punto de vista directo de las conveniencias inmediatas, ya desde el punto de vista superior de la filosofía final del choque.

Los Estados Unidos han sido acaso la única nación neutral que se ha descubierto suficiente vigor y savia para transmutar las impresiones, haciéndose una conciencia especial, que no consultará ni sus simpatías (vano lirismo cuando está en juego el porvenir) ni el derecho (abstracción desvalorizada, como veremos más tarde), sino los intereses, base suprema de la rotación del mundo. Los demás pueblos se van dejando arrebatados, sacrificando sus conveniencias, que, por pequeñas que sean, son esenciales para ellos, en aras (repetimos la palabra) de un colonialismo ideológico, que plantea, para el porvenir nebuloso con que nos amenaza la difícil liquidación de la guerra, el problema de hacer que a las entidades geográficas diferentes que se salven de la tempestad, corresponda, en lo posible, no sólo una independencia económica segura, sino una suprema autonomía de orientación y pensamiento, que las capacite para pensar por sí.

Las naciones-caudillos, que anulan voluntades y atraviesan las épocas arrastrando en su surco un tropel de pueblos, llenan desde luego una misión propulsora y vital que nadie discute; pero el ideal y la conveniencia de cada núcleo tiene que adquirir lo más pronto posible una conciencia propia y una rotación especial, que le permita evitar las absorciones económicas y mentales, y adquirir ese sentido práctico, un tanto egoísta y ensimismado, que da a los pueblos su verdadera conciencia, su libertad de andares y su eficacia real en la secreta e ininterrumpida batalla de influencias, que es el clásico entrelíneas de la Historia.

En la monstruosa revisión de valores, que nos permitirá clasificar los hechos de acuerdo con factores y sistemas ignorados hasta hoy, tenemos que empezar por admitir no sólo una bancarrota del socialismo sino desde un punto de vista más alto, una bancarrota general de teorías. Substituidas las bibliotecas por los campos de batalla, comprendemos que se aprende más en los hechos que en los libros y no podemos reprimir un movimiento de asombro al considerar el tiempo que ha perdido la humanidad barajando silogismos, edificando sistemas, disociando principios y persiguiendo equidades que un soplo barre y se lleva, dejándonos, en medio del cataclismo, la certidumbre definitiva

de que el mundo no obedece a sentimientos, sino a necesidades, de que la moral internacional es una cosa y otra, las exigencias que gobiernan la marcha de los pueblos.

En la subversión de todo orden que la guerra provoca sorprende más que todo la subversión de perspectivas mentales, pero hay que acostumbrarse, sin embargo, a lo desconocido. Para tener noción de lo que será la época nueva, basta nombrar los precursores. Ha sido preparada por dos cerebros y dos brazos, en los Estados Unidos y en Alemania. Los cerebros fueron Nietzsche y William James, los brazos, Bismarck y Roosevelt. Poco importa que sean vencedores o vencidos los países que representan. Lo que está en juego es la doctrina.

Ya nos dijo el filósofo que en la era de los pueblos fuertes "no habrá más criterio de moral que la utilidad social". Claro está que esta afirmación sintetiza no sólo una tendencia de la política futura, sino también una aspiración inextinguible de la política de todos los tiempos. Pero nunca se habrá manifestado más ásperamente que en nuestro siglo, nunca habrá adquirido caracteres más hoscos.

Las concepciones de los tratadistas se han movido siempre en una órbita empírica, que no ha coincidido jamás con la orientación real de la política de las grandes naciones, sin embargo, rara vez se ha advertido tan grave antinomia entre las doctrinas y las actitudes, entre las esperanzas y las realidades. En momentos en que la propaganda pacifista multiplicaba las instituciones especiales de concordia y arbitraje, cuando poetas, dramaturgos y sociólogos habían dado por cerrado el ciclo de las guerras (los habitantes de Pompeya creyeron siempre que cada erupción del volcán era la última) cuando el socialismo proclamaba la fraternidad indestructible de los hombres y amenazaba a los gobiernos, en caso de conflicto, con la revolución social, cuando la aviación abría un nuevo plano común a la actividad y al orgullo de los humanos, cuando las exposiciones, los congresos, los tratados, las comunicaciones el movimiento entero del siglo parecían hacer inadmisibile toda hipótesis marcial, se articula de pronto una palanca misteriosa, funciona un engranaje invisible y se desencadena la conflagración más formidable de todos los tiempos.

La versión según la cual el cataclismo puede ser imputable al capricho de un monarca no es verosímil, por cuanto sabemos que ninguna voluntad, por alta que sea, logra determinar tan vastos movimientos, si éstos no están preparados por la larga y profunda elaboración, por la propicia concurrencia de circunstancias que precipitan los acontecimientos históricos. Si observamos bien el carácter de las relaciones entre las naciones europeas desde hace veinte años, comprobamos que bajo la superficie plácida, magnificada por el lirismo de los soñadores, circulaban las corrientes discordantes de apetitos y ambiciones de cada pueblo. Respirar es ensancharse, y los países pletóricos de vida, henchidos de esperanzas, que desde el punto de vista político, comercial y mental, se ahogaban en sus fronteras acechaban en silencio la hora de burlar a sus rivales, de superarlos económicamente, de doblarlos por la

diplomacia, de aventajarlos en todas las formas. Intereses vitales los empujaban a no desear, sino a "necesitar" la ruina de los competidores para seguir existiendo. Y ha sido en nombre de estas exigencias superiores que en un momento dado se ha roto el equilibrio y han salido bruscamente a la superficie antagonismos e incompatibilidades que tienen que resolverse definitivamente.

Los grandes pueblos de Europa no hacen así, en realidad, más que seguir devorando vida, como todo lo que lucha por subsistir. La paz de los últimos años se mantuvo a expensas de los países débiles del Asia, del Africa y de América. Los ímpetus de expansión fueron desviados o canalizados sobre núcleos indefensos, abriendo así una época de conquistas coloniales o de protectorados inconfesados, durante la cual las grandes naciones hicieron, en cierto modo, bloque contra las naciones pequeñas. Pero esta reserva tenía que agotarse y esta complicidad tenía que ser efímera, porque los mercados abiertos por la presión diplomática o militar daban pie a nuevas rivalidades ásperas, a nuevos choques económicos, a nuevas avidedeces tenidas en jaque por otras, en el *struggle for life* de la lucha moderna.

Así se inició la gigantesca justa entre Inglaterra y Alemania. Alrededor de estas dos naciones se han agrupado las demás, obedeciendo éstas al interés económico, evolucionando aquéllas dentro de su foco de atracción, tratando de vengar algunos sus agravios viejos, dando rienda todas a sus esperanzas. Desgarradas las envolturas artificiales, en la era de los pueblos fuertes se ha abierto paso al materialismo político, económico y social que impondrá fisonomía y carácter a la nueva historia.

Las teorías de Aristipo, nocivas para los individuos, resultan a veces benéficas para las colectividades y lo serán cada vez más, porque los ensueños ceden el paso a las exigencias. La tendencia idealista y teoricista, que paralelamente a la tendencia práctica o materialista marcha a lo largo de los siglos y que culmina en Confucio, los filósofos estoicos, el cristianismo, los enciclopedistas y los teóricos políticos y sociales de los siglos XVIII y XIX, no consiguió nunca detener la marcha ruda de la vida, ni la detendrá ahora. El puritanismo social ha sido una aspiración vencida siempre por las realidades. Si alguna vez ha llegado a sobreponerse, sus efectos resultaron contraproducentes por las prolongaciones a que dieron lugar. Napoleón dice que César era el tirano necesario en el momento en que vivía. No había más que un simulacro de Senado, todos los principios declinaban, la libertad civil era un ensueño, pero después de las proscripciones en un país lleno de veteranos levantiscos, amenazado por reacciones mundiales, César era la garantía del orden y de la supremacía de Roma sobre el universo. El "prejuicio de la educación" llevó a Bruto a sacrificarlo. Pero la muerte de César no benefició a los romanos sino a la tesis mental, puramente abstracta, sostenida por Bruto y hay que preguntarse si éste, al sacrificar al conquistador, no hirió de muerte también al Imperio romano.

Quizá se esconde cierta grandeza superior en la bajeza aparente de razonamiento que imponen las circunstancias. Existen en la vida de los pueblos

imposiciones superiores a los sistemas y a las equidades más o menos transitorias e imaginadas por los hombres. Los conductores de mañana, que no podrán ser endebles marineros de agua dulce, sino audaces pilotos, capaces de aventurarse en rutas nuevas para evitar las tempestades, tendrán que forzar pasos, vencer corrientes y descubrir fondeaderos, sin obedecer a más escrúpulos, mapa o brújula, que su apasionado instinto de salvar el bajel que les ha sido confiado.

Nunca se habrá abatido sobre las naciones un momento de prueba como el que vamos a atravesar. Las discrepancias interiores deben desaparecer en todos los países, las reivindicaciones deben acallarse, los ergotistas deben enmudecer, porque en medio del oleaje sólo sobrenadarán los grupos más previsores, los más diestros, los más unidos, los que mejor sepan resistir a la borrasca. El derecho y la justicia se esfuman en medio de la lucha que lleva a las especies a sacrificarlo todo al deseo de perdurar. Y nadie debe esperar nada ni de los otros, ni de la casualidad, ni de los principios, porque entramos en una zona en que, ya se trate de individuos o de naciones, la suerte sólo dura mientras dura la energía para vencer la adversidad.

Respondiendo a posibles objeciones, diré que sería vano acusar a algunos de modificar sus ideas, cuando es la vida la que cambia rumbos.

La mejor prueba de que el internacionalismo y el socialismo son hoy concepciones "inactuales" es el hecho de que, en momentos de actividad total de las naciones, hayan tenido que mantenerse en Europa en esferas abstractas y especiales, sin intervenir en los acontecimientos que se desarrollan, ni pesar sobre ellos más que como disolvente al servicio de otras fuerzas. En realidad, no riman con nada de lo que existe. Y no se trata, como se pudiera suponer, de un fenómeno transitorio, hijo del momento de subversión, sino de un ocaso determinado por la substitución de engranajes y de principios propulsores de la vida. Ya hemos dicho que ha empezado la era en que las fuerzas reales predominan sobre las fuerzas espirituales. (La curiosidad de saber si esto es bueno o malo, nos llevaría a una apreciación, y sólo queremos hacer comprobaciones). El instinto de conservación que hallamos en los hombres lo encontramos también en los pueblos; y éstos, amenazados por peligros múltiples, piensan como Mirabeau, que *la société peut, pour sa conservation, tout ce qu'elle veut*; que antes están las necesidades colectivas, y después las construcciones de los filósofos, y que si éstas se hallan en pugna con aquéllas, habrá que sacrificarlas irremisiblemente.

Considerando el carácter de los acontecimientos actuales y sus visibles prolongaciones, salta a los ojos que la metamorfosis ideológica determinada por la guerra europea se acentuará después de firmada esa paz, todavía lejana, con que soñamos, porque triunfe quien triunfe sean los aliados o los teutones, siempre se alzarán en medio del mundo devastado un grupo de potencias que dictará la ley no sólo al bando vencido, que quedará a merced suya, sino también a los neutrales, que lógicamente tendrán que inclinarse ante la fuerza. Las discordancias y acaso las guerras suplementarias a que dará lugar dentro del mismo núcleo vencedor, la distribución de la influencia material o moral

que este ejercerá sobre el mundo, contribuirá a fomentar el poder bélico, sin el cual, por otra parte, se desvanecerían los beneficios alcanzados. En esta atmósfera de soberbia y de dominación se rehabilitarán muchas ideas olvidadas. El autoritarismo triunfante tenderá a extenderse de las cosas exteriores a las cosas interiores, del orden colectivo al orden individual, y la humanidad volverá, tras rápida e inútil perturbación anárquica, a retroceder por algunas décadas hacia el punto de partida, hasta que otro cambio brusco de los vientos le haga dar un nuevo salto victorioso hacia el indescifrable porvenir.

Por el momento hay que prepararse para una reacción general, y no será la época que se inicia la más propia para disquisiciones. Por otra parte, la acción mundial del grupo vencedor acentuará el carácter de los tiempos. La historia nos dice que son siempre los mismos mecanismos, idénticas sutilezas y parecidos resortes los que emplean los humanos para establecer supremacías o preeminencias, que el destino barre después. Desde los argonautas que parten a la conquista del vellocino de oro, hasta los colonialistas últimos que iban a "civilizar" a los africanos o a los asiáticos, pasando por Napoleón, que se erigió en generalizador de las doctrinas de la Revolución de Francia, siempre empiezan por dar los hombres a la guerra un motivo aparente de indiscutible altura, para arrebatarse a las masas y obtener la simpatía de los espectadores o neutrales. En el fondo, todos sabemos que obedecen a una necesidad colectiva cada vez más temible, porque cada vez ensancha más el radio de los que pueden resultar favorecidos si llega a ser satisfecha. El imperialismo de Alejandro fue el de un hombre; el de César, el de una ciudad; el de Napoleón, el de un país, y el que en estos momentos inunda de sangre al mundo, podría ser el de una raza. Inglaterra o Alemania, triunfante, ejercerán una acción excluyente, que fijará el ritmo de la respiración universal, y todos tendremos que sentir, más o menos lejana o visible, la presencia de una mano de hierro.

Así como el siglo XVI fue el de los debates religiosos, y el siglo XVIII el de los debates políticos, el siglo en que estamos resultará el de los debates internacionales. Toda otra preocupación será desoída y sacrificada, porque las nuevas influencias dominantes y el desplazamiento producido por las modificaciones del mapa después de terminada la guerra mantendrán en constante inquietud y movimiento a las naciones. Las repetidas refundiciones, anexiones y segregaciones, que reducirán o aumentarán el número de entidades autónomas existentes, darán a las rivalidades indestructibles mayor amplitud y tenacidad. Con ello coincidirá una pavorosa expansión económica; y como es cosa sabida que para dominar virtualmente a un país basta con apoderarse de determinados resortes financieros, empezará la silenciosa y desesperada defensa de los débiles, empeñados en evitar la captación de sus riquezas para que no desaparezca la autonomía real, dejando sólo en pie menguadas nacionalidades de cartón. En medio de los conflictos provocados por esa actividad sustancial, encaminada a evitar vasallajes y a mantener la integridad de los grupos, surgirá una concepción nueva de la política, y demás está decir que de las ya mentadas ideologías de la juventud sólo quedará la tendencia a la democratización total de la vida, no en nombre de ideales remotos, sino en

nombre de intereses inmediatos, más que para rendir culto a la justicia, para llenar una de las condiciones de la grandeza general.

Aunque se halla al margen de los conflictos actuales, la Argentina no puede dejar de presentir desde ahora la zona difícil en que tendrá que evolucionar, dado su vigor naciente y su falta de desarrollo industrial. Reaccionando contra ciertas costumbres peligrosas, empezará a examinar prolijamente los hechos para crearse un punto de vista especial, de acuerdo con intereses tan inconfundibles que no pueden encontrar verdadera concordancia más allá de la América española. El severo mantenimiento de la más estricta neutralidad le dará reposo para estudiar una actitud dentro de todas las hipótesis, sin sentimentalismos anacrónicos, sin entusiasmos disonantes, de acuerdo con sus necesidades vitales y con la tendencia experimental del siglo. Paralelamente a la previsión diplomática, se acentuará, naturalmente, la previsión económica que, empujada, con decisión y método, podría hacer de un país por donde la riqueza pasa, un país donde la riqueza quede. En todos los órdenes, tendrá que ser de nuestra conveniencia bien entendida de donde saquemos las inspiraciones necesarias para salvaguardar el porvenir, con el criterio independiente que es la marca inconfundible de toda verdadera autonomía.

La misma evolución que desde ha poco advertimos en el campo de la actividad económica, donde hemos visto que los pequeños negocios, se marchitan y mueren absorbidos por los grandes, puede hacerse sentir dentro de la política internacional, donde férreas naciones, poseedoras de todos los resortes intelectuales, bélicos, financieros e industriales, dueñas de las fábricas, los capitales, las vías de comunicación y hasta las fuentes culturales del mundo, se hallarán capacitadas para hacer imposible el desarrollo y la existencia de las nacionalidades en formación.

Nuestra vieja concepción de las autonomías nacionales figura entre las ideas muertas de que conviene desembarazarse también en esta renovación de perspectivas. Una bandera, una demarcación geográfica y un gobierno nativo no bastan en modo alguno para caracterizar a una colectividad independiente, si a estas condiciones no se unen el predominio racial, la capacidad financiera, la originalidad mental y la iniciativa diplomática. En defender la integridad de algunos de estos resortes y en propender a la creación de los otros estribará el método de los estadistas sobre los cuales pese la reponsabilidad de gobernar naciones débiles durante el régimen que empieza. No es indispensable anexar un país para usufructuar su savia. Los núcleos poderosos sólo necesitan a veces tocar botones invisibles, abrir y cerrar llaves secretas, para determinar a distancia sucesos fundamentales que anemian o coartan la prosperidad de los pequeños núcleos. La infiltración mental, económica o diplomática puede deslizarse suavemente sin ser advertida por aquellos a quienes debe perjudicar, porque los factores de desnacionalización no son ya, como antes, el misionero y el soldado sino las exportaciones, los empréstitos, las vías de comunicación, las tarifas aduaneras, las genuflexiones diplomáticas, las lecturas, las noticias y hasta los espectáculos: todo lo que una alta comprensión de los destinos

de un conjunto no sepa dosificar, diluir, controlar, desviar o captar a la manera del Japón, que supo burlar elegantemente las redes que le tendían aprendiendo el secreto de todas las civilizaciones y armándose, a la par de ellas con los mismos sistemas, sin enajenar un ápice de su porvenir.

En medio de sus horrores, la guerra europea nos habrá prestado así el servicio fundamental de alejarnos de las ideologías para darnos un alerta y hacernos emprender la obra de construcción que impone. Sirva esto de compensación a los que, apegados a un concepto más literario que sociológico, lamentan el naufragio de las naves aventureras.

La humanidad ha ido a menudo a la justicia y al bien por el *chemin des écoliers*, por la ruta más larga; y acaso volverán a hallar, corriendo el tiempo, ambiente favorable los idealismos que tanto seducen. Hoy por hoy, conviene tener la concepción clara de las realidades presentes, futuras, y pasadas, para ser prácticos y atenernos a lo posible. Por otra parte, hay que abrir el espíritu a todas las formas de la elevación moral, y ninguna grandeza podrá ser mayor que la de una juventud que, sintiendo las palpitaciones de su tiempo se declare preparada para afrontar las situaciones difíciles y para encararse con los obstáculos, como los atletas que doblan la arremetida de las fieras en la pista del circo romano. Los que respiran en una época de excepción como la nuestra, lejos de epilogar sobre los acontecimientos, deben vivirlos; lejos de juzgar la historia, deben hacerla. Porque aunque repugne a una educación demasiado espiritualista, aun las fuerzas mejores no logran ir más allá de lo que la realidad permite. Si las cosas espirituales son el perfume de la vida, las cosas terrenales son el viento. Las primeras pueden impregnar a las segundas, pero tienen que dejarse conducir por ellas.

[Publicado en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 16/5/16 con el título "El ocaso socialista y la guerra europea". Reproducido luego en el libro *La Patria Grande* con el título que conserva en esta transcripción, 1922].

AMERICA LATINA Y LA REVOLUCION RUSA³

(1927)

EN NOMBRE de la delegación de la América Latina, representada aquí por delegados de la Argentina, México, Chile, Brasil, Colombia, Venezuela, Cuba, Ecuador y Uruguay, traigo un saludo y una adhesión entusiasta a este Congreso.

Nuestras repúblicas del Sur, es decir, las tres cuartas partes de un Continente, ochenta millones de habitantes, en conjunto, han sufrido tantos azotes del imperialismo y tantos desmanes de las oligarquías, que hoy vuelven los ojos hacia este centro de renovación y de luz.

Los diez años de experiencia soviética han tenido entre nosotros una influencia decisiva, aun sobre aquellos que no militan en el partido comunista, porque nos ha ayudado a descifrar nuestros propios fenómenos en dos órdenes diferentes.

Primero, en el orden internacional, revelándonos como puede vivir un pueblo sin presiones extrañas, sin empréstitos, sin entregar sus riquezas a las compañías extranjeras que después especulan con el hambre y con la desgracia de una colectividad. Las repúblicas de la América Latina, hipotecadas hoy por las deudas públicas, y por la entrega de todas sus riquezas a los organismos imperialistas, sólo pueden esperar hoy una salvación inspirándose en el ejemplo y en los métodos que nos ofrece Rusia, que ha sabido levantarse sin pedir dinero al extranjero y sin enajenar o comprometer ninguno de sus resortes esenciales.

También nos ha dado un ejemplo Rusia en el orden interior, mostrándonos que las colectividades sólo pueden desarrollarse plenamente después de desembarazarse de los parásitos que interrumpen su vitalidad. Nuestros pueblos de la América Latina están explotados doblemente: por los políticos del terruño y por los especuladores extranjeros. Y la experiencia de Rusia nos enseña que hay que llevar las dos acciones a la vez: la que ha de liberarnos del imperialismo invasor devolviéndonos el libre goce de nuestros territorios y la que ha de liberarnos de los políticos incapaces, ambiciosos o venales que compro-

meten nuestras autonomías. Sólo un movimiento profundo de las masas de nuestra América puede restablecer la salud de la América Latina.

Por eso traemos aquí nuestra esperanza, dispuestos a agruparnos alrededor de Rusia si alguien intentara algo contra ella y dispuestos también a generalizar en nuestras tierras los resultados adquiridos durante esta experiencia que es la más extraordinaria y la más fecunda que ha conocido la humanidad.

[Discurso en Moscú, durante el Congreso de Amigos de la URSS. 10/11/1927. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

LA HORA DE LAS IZQUIERDAS

(1931)

LAS RESPONSABILIDADES

PARA QUE pudiera tener algún sentido el intento de "levantar al país" habría que empezar por hacer más gobierno, emprendiendo de una vez la obra de reconstrucción nacional.

Por encima de las responsabilidades pequeñas, hay responsabilidades generales que alcanzan a los hombres y a los partidos que han gobernado desde principios de este siglo. La crisis no es obra de una presidencia, ni de dos, ni de tres. Viene de más lejos y de más hondo, como fruto de un sistema empírico, cuyos resultados tenían que estallar, pese a la ubérrima vitalidad argentina.

Después de la independencia nuestra organización económica siguió siendo colonial, colonial de este o de aquel país, pero siempre orientada hacia el mar. Nadie previó las consecuencias de los abandonos. Nadie trazó un plan de explotación conjunta. Tomando las apariencias por realidades, se consideró como nuestra, la riqueza que los extraños movilizaban dentro del territorio argentino. Por el camino de las concesiones hemos ido llegando así a un punto en que cuanto enuncia prosperidad se halla regulado o servido por organismos que absorben desde fuera el beneficio principal. Cada movimiento de nuestra vida suele ser un diezmo pagado a otras colectividades. Nuestros mismos productos básicos se hallan presionados por industrias de transformación o por acaparadores. Si a esto añadimos el desgaste de los seguros, los bancos, los transportes, ¿cabe preguntarse qué nos deja la riqueza que se va? Cuando subimos a un tranvía, entramos a un cine, cablegrafiamos, oímos un disco, descolgamos el teléfono o nos embarcamos para Europa, pagamos al extranjero contribuciones más elevadas que las que nos impone nuestro propio Estado. El ausentismo absorbe las mejores rentas. Los empréstitos, que nunca se emplearon en valorizar el territorio, nos doblan bajo influencias asfixiantes. Ningún hombre de negocios daría a una empresa privada la organización que

se ha impuesto a nuestra patria. Y una Patria es, después de todo, en las circunstancias actuales, una razón social que prospera o declina, no sólo según la capacidad de los gerentes sino según los fundamentos de la empresa misma, frente a los cuales puede resultar inoperante hasta la inteligencia si existe, de esos gerentes.

No definiendo al régimen derrocado.⁴ Pero todo esto no es obra de un hombre ni de un partido, es obra de una oligarquía, es obra de una clase dirigente que no siempre supo dirigir. Y es contra ese desorden que tendremos que reaccionar si queremos salvarnos.

Los grupos que se han mantenido en las alturas no hicieron más que ajustarse al estado de cosas o servirse de él. Nadie discute la necesidad del capital extranjero, ni su virtud creadora. A él tendrán que atenerse aún, durante algún tiempo, cuantos intenten gobernar. El error ha sido convertir el expediente en sistema y aceptar como definitiva una etapa transitoria en la ascensión del país. El error ha sido falsear en su aplicación la intención inicial de los préstamos. El error ha sido confundir a la nación con un grupo prepotente, dadivoso para los de afuera y hosco para los de adentro.

La nación no puede estar enferma de un sentimentalismo democrático que apenas empieza a despuntar. Está enferma de favoritismo, de latifundismo, de inmovilidad. Sufre las consecuencias de las direcciones falsas. Porque es la prosperidad del conjunto, el auge de la entidad completa, lo que debemos perseguir. Para que una patria prospere, hay que organizarla en beneficio de todos sus hijos, democratizándola, no ya electoralmente sino económicamente, porque no existe interés más sagrado que el de la mayoría, ni más clase preeminente que la capacidad.

EL PROBLEMA

El problema actual no es el de mantener jerarquías en desuso, sino el de asentar a la colectividad sobre sólidas bases de estructura democrática y de finalidad nacional, para dar nacimiento a una entidad solidaria y responsable en todos sus componentes y para corregir, dentro de la ideología del siglo, todos los errores que retardaron la evolución.

Se impone, ante todo, un inventario, un arqueo, de riquezas nacionales. De las que fueron enajenadas, para saber en qué condiciones lo fueron, medir las posibilidades de rescate y hacer que pesen lo menos posible sobre el equilibrio del país. De las que aún pertenecen a la colectividad, para explotarlas racionalmente, según métodos modernos que les permitan dar su rendimiento máximo. Y con las riquezas habrá que inventariar las rentas, las oportunidades ofrecidas, el haber nacional en su presente y en sus desarrollos, enfrentándolo con nuestras deudas y compromisos, para establecer, al fin, un plan de acción

a largo plazo que nos permita acercarnos gradualmente a la emancipación integral.

Pobre colectividad sería la nuestra si todo su anhelo se limitase a seguir pidiendo sangre y oro a los extraños, en vez de sacar de la propia entraña, de su gente y de sus recursos, los desarrollos del porvenir. Hay que acabar con la política primaria de los que creen dirigir el tren que los lleva, para empezar a hacer la política de las realidades, con procedimientos adecuados a la situación, por enérgicos que ellos puedan parecer al principio.

Es el Estado el que tiene que coordinar la producción, la riqueza y el trabajo, esgrimiendo a la nación en su eficacia global para equilibrar y defender la vida colectiva en la etapa de loca competencia que es como el sobresalto agónico de la concepción que se va. Sólo un gobierno que pueda hablar realmente en nombre del pueblo tendrá fuerza para intentar esta obra. Sólo él estará interesado en realizarla también. Sólo él sentirá la energía suficiente para remover intereses poderosos, porque su esperanza misma se hallará ligada a la elevación del conjunto dado que no hay reforma social sin un plan nacional que la soporte.

LA ARGENTINA NUEVA

Desconocen la gravedad de la hora los que se inclinan a plantear el problema entre radicales y conservadores, es decir, en el terreno prescripto de la vieja política criolla. A fuerza de condenar al grupo que cayó, se diría que están empeñados en transformarlo en símbolo de todas las libertades. No es posible obligar, sin embargo, a la Argentina a pronunciarse en favor del partido conservador por miedo al partido radical o en favor del partido radical por odio al partido conservador. Ni el ayer, ni el hoy inmediatos pueden convertirse en realidad de mañana. Están demasiado cerca los recuerdos. Si todos tienen presente que el levantamiento del 6 de setiembre se hizo contra un presidente radical, nadie ha olvidado que el partido conservador cayó hace quince años a causa de la corrupción el fraude y el favoritismo. Si las resistencias crispadas hacen difícil una nueva presidencia del sector irigoyenista, un gobierno conservador sólo es posible en forma de dictadura. No hemos de optar entre dos soluciones de guerra civil.

El general Uriburu no puede olvidar que en política nunca se hace lo que se quiere, ya está bien cuando se hace lo que se puede hacer. Pese a sus inclinaciones, sólo estará hoy al diapasón del momento un gobierno de izquierdas. Los más grandes sectores de opinión, los más coherentes, no se plegaron nunca al régimen del Sr. Yrigoyen ni se sumaron tampoco al bando que actualmente domina. Acrecidos por los acontecimientos, esos sectores representan masas electorales cuantiosas a las cuales acompaña, de cerca o de lejos, la parte más preparada y viviente de la nación.

Mi alejamiento del partido socialista desde hace largos años favorece la

justa apreciación del significado que tiene la corriente avanzada dentro de la vida argentina. Ni milito en el grupo, ni he aceptado de él jamás cargo o delegación. Hasta he llegado a disentir alguna vez. Pero la episódica discrepancia no atenuó nunca mi admiración por la obra del Dr. Justo, a quien debemos el soplo renovador más importante que ha pasado sobre nuestro país después de la independencia. Tampoco me impide reconocer que entre los grupos avanzados se hallan hoy los hombres más probos y las mejores capacidades desde el punto de vista técnico. No me refiero, sin embargo, a la posibilidad actual de un gobierno de partido. Hablo, indeterminadamente, de todas las facciones de izquierda, involucrando a sus simpatizantes y afines, hablo de la tendencia avanzada en general, sin límite y sin exclusión. Sólo el fraccionamiento del izquierdismo, sin designación de grupo, hizo posible la situación en que nos hallamos, porque en elecciones libres, en la capital, por lo menos, la Argentina reúne las tres cuartas partes de la masa electoral.

No se han de comprender los momentos después que han pasado. Hay que comprenderlos cuando están en gestación, para preceder y regular su florecimiento. Nuestra patria ha sobrepasado las fórmulas en que aún se halla encerrada. Estamos en presencia de una armazón que se cae a pedazos a fuerza de no corresponder al desarrollo actual. Lejos de retardar la inevitable evolución, hay que cumplirla con el menor desgaste de fuerzas.

Esta falta de conexión entre la vida nueva y la política vieja de los que se creen gobernantes porque han predominado momentáneamente sobre sus competidores, es lo que ha sido interpretado por algunos como signo de confusión democrática. En realidad, lo que hay, es una espera nerviosa de lo que debe venir. Las masas innumerables que en la capital siempre se animaron con el pensamiento moderno y las provincias laboriosas, cuyas aspiraciones de vitalidad local fueron sofocadas a menudo por un federalismo ilusorio, presienten el ritmo acelerado que les permitirá afrontar los problemas con un criterio superior.

Claro está que es difícil llevar bruscamente al gobierno el pensamiento final de los partidos. Pero cabe marcar resueltamente una tendencia, cabe poner desde hoy a la nación al día, sacándola del estancamiento institucional en que la sumieron los gobiernos sin programa. La Argentina, que debía estar a la cabeza, es, desde este punto de vista, uno de los países más atrasados del continente, puesto que el divorcio, el voto de la mujer, la separación de la Iglesia y el Estado, las reformas anodinas que han sido aplicadas desde hace varias décadas por otros pueblos y que figuran en la nueva constitución española, pasan aún entre nosotros por experiencias imprudentes. La situación subalterna se refleja en la política internacional dentro de la cual no se sabe aún cual es nuestro pensamiento. Una cancillería que se respeta no debe, desde luego, decir en este orden de ideas adónde va, pero debe saberlo. Y entre nosotros no se ha pensado siquiera en el derrotero diplomático que conviene adoptar. Es hora de que surja un gobierno para el cual no exista idea que le asuste, ni problema que le sobrepase, ni doctrina que se crea autorizado a perseguir.

REFORMAS

Es un error pensar que para realizar algunas reformas sean necesarios muchos años. La evolución es lenta cuando siguen en el gobierno los interesados en mantener un estado de cosas, pero se acelera considerablemente cuando acceden al poder hombres inclinados a transformar lo que existe. En poco tiempo se puede cambiar la fisonomía de un país. No es indispensable siquiera modificar la constitución. Pero si se modifica la nuestra, ha de ser en el sentido de hacerla más amplia quitándole disposiciones anacrónicas como la que estipula que el Presidente debe pertenecer a un culto religioso determinado.

Limitar las atribuciones del Poder Ejecutivo, ampliar las del parlamento, nacionalizar las riquezas del subsuelo o los saltos de agua, asegurar la autonomía de la Universidad y del Poder Judicial, son disposiciones que no pueden levantar resistencias. El programa mínimo socialista puede ser sobrepasado en breve tiempo con ayuda de métodos que flexibilicen la clásica lentitud de los resortes oficiales, de los cuales hay que extirpar cuanto sea parasitario.

Un gobierno que, aunque no emane directamente de un partido, adopte una ideología avanzada y se halle apoyado desde la Cámara, desde los ministerios o desde la plaza pública por los militantes de extrema izquierda, haría anclar, al fin, entre nosotros, la idea de colectividad, ya que hasta ahora sólo ha predominado la idea de casta o la de individuo. La Argentina no es sólo Buenos Aires o el grupo que impera en Buenos Aires, sino los territorios enormes que se extienden hasta las fronteras. Tienen que desarrollarse paralelamente todos, para que la nación se levante. Lejos de perseguir y despojar al nativo por el hecho de ser indio, urge incorporarlo con derechos iguales a la colectividad. En todo caso, los problemas han de examinarse con criterio nacional, entendiéndose que todas las regiones como todos los habitantes tienen valor equivalente y responsabilidad proporcionada a su capacidad. Es lo que obliga a hacer sentir desde el principio con más energía la acción fiscal sobre los que más poseen, mediante una tabla simplificada y lógica. La propiedad debe evolucionar como todo evoluciona en el mundo. Al fraccionar la tierra, se aumentará la riqueza común, porque la ganadería y la agricultura sólo prosperarán realmente cuando se hallen en manos de los que las sirven y no de los que desde lejos las usufructúan. Así se iniciará una transformación inspirada en verdades nuevas, afirmando por encima de los derechos individuales, el derecho de la colectividad.

HACIA EL PORVENIR

El símbolo del gobierno no puede ser un sillón, sino una locomotora. No se nombra a los mandatarios para descansar sino para poner en marcha la vida del Estado. Un presidente no ha de ser hoy al fin más que un trabajador con

muchas responsabilidades, porque en una colectividad bien organizada nadie tiene derecho a permanecer ocioso y en cualquier zona que se mueva un ciudadano siempre será un obrero en el taller de la nación.

Los parsimoniosos "estadistas" que confunden el equilibrio con la inmovilidad han hecho su época. Pese a quien pese, nuestra vida tiene que tomar un sentido moderno, acabando con la superstición de los hombres surgidos eternamente de un núcleo estático, que desconoce los nuevos vientos del mundo y sólo llevan a las alturas, el fasto y la vanidad.

Si, contra la evidente voluntad de las mayorías, se pretende imponer el 8 de noviembre una fórmula conservadora,⁵ aunque venga escudada en simulacros de legalidad, aunque sea resultado de una de esas confusas coaliciones que despistan al principio a la opinión pública, se abrirá en la Argentina una era de agitaciones y revueltas. Frente a la inminencia de una consulta sin garantías constitucionales, sin libertad de prensa o de palabra, que nos obligaría a sancionar una elección ya hecha o a optar entre dos personalidades misteriosamente unidas, de acuerdo con el visto bueno de un grupo que para mantenerse en el poder no tiene más autoridad que la que él mismo se atribuye, hay que levantar nombres nuevos que sean la negación de las viejas rémoras, candidatos que encarnen la protesta contra la oligarquía, contra el latifundismo y contra la tendencia opresora, nombres de extrema izquierda que sinteticen la voz de la calle y la opinión general.

La reacción de las masas debe traducirse en una candidatura de combate que traiga propósitos y métodos nuevos, rompiendo, una vez por todas, con la superstición de los personajes consulares. A ellos debemos, precisamente, el estado actual. Son los políticos solemnes y vacíos, sin preparación y sin programa, los que han comprometido la suerte del país. Expertos en argucias de comité, pero ajenos a toda noción sociológica y a toda vida universal, confundieron a menudo la dirección del Estado con el auge politiquero.

No tenemos otros gobernantes, se oye decir. Si no los tenemos, será porque no se les ha permitido manifestarse, porque no fueron nunca auspiciados por las fuerzas que acaparan la dirección. Levantémoslos nosotros. La Argentina debe empezar a vivir como un gran país. Hemos llegado, en la navegación histórica al lugar en que se dividen las aguas. Hay realidades que tienen que traducirse en la política. Mayorías incontenibles están reclamando una equidad social que se ha de resolver con leyes y no con cargas de policía. Nadie se opone a que exista un partido conservador y a que luche por sus intereses, siempre que lo haga en las justas electorales, a cara descubierta y sin envolverse en los pliegues de la bandera nacional, sobre la cual no tienen ninguna exclusividad, porque pertenece a todos los argentinos. Pero que se deje también la más amplia libertad de acción a la tendencia nueva, en todos sus matices, hasta los más extremos. La masa electoral irá por el camino de las izquierdas hasta donde las derechas la quieran empujar.

No faltará, desde luego, quien diga que así ponemos en peligro la estabilidad de la nación. Muchos la confunden con el estado de cosas que les favorece. Pero quien se separó de un partido ante la simple sospecha de renunciamentos

que no se confirmaron después, quien por no perjudicar a su tierra no ha querido defenderse de las injusticias que le hirieron, no hablaría nunca de soluciones susceptibles de disminuir el conglomerado nacional. Al agitar ideas, lo defendemos, por el contrario, en sus desarrollos; porque la mejor manera de servir a la patria consiste en empujarla hacia el porvenir.

La crisis argentina ha llegado al punto más peligroso y exige una solución clara y rápida. Lejos de insistir sobre lo que ayer se hizo mal, urge pensar en lo que conviene hacer bien ahora. Hay que juzgar las cosas desde el punto de vista de los intereses supremos. Los acontecimientos no dependen de los hombres y es vano pretender cerrarles el paso con habilidades o sofismas. Ha sonado la hora de la izquierda y hay que romper fundamentalmente con muchas cosas. Toda solución vacilante que se enlace directa o indirectamente con lo que debemos dar por muerto, resultará contraria a lo que se persigue. Vivimos el momento más grave de nuestra historia. El país está cansado de marcar el paso. La Dictadura que hoy cumple un año de vida no tardará en caer, de una manera u otra. Pero nuestro problema no es un problema de hombres, es un problema de ideas. O retrogradamos hacia el pasado o nos lanzamos resueltamente hacia el porvenir. Del camino que se elija resultará el bien o el mal que nos espera.

[Fechado en Niza, el 6 de septiembre de 1931.
Publicado por la revista *Monde*, en París].

LA ORIENTACION DE AMERICA

(1932)

TODO SUBRAYA el divorcio creciente de doctrinas, que impone al mundo un dilema: buscar apoyo en el pasado o dar un pufietazo sobre el biombo de papel que nos separa del porvenir. No diremos que ha fracasado la teoría democrática tal y como se concibió en el siglo XIX. Pero es innegable que los actuales problemas internos y externos, en cualquier forma que se quieran resolver, exigen métodos ejecutivos inconciliables con la legalidad, sinónimo a menudo de inmovilidad. Las fórmulas no pueden sobrevivir a situaciones que agonizan. En medio de derrumbamientos estruendosos y de nuevas exigencias impostergables; rotos los equilibrios, trabajadas las sociedades por la urgencia de la renovación, agrietadas las naciones por ansias de preeminencia, resurgimiento o preservación racial, van tomando auge las minorías conductoras que, basándose en la necesidad de defender los derechos del mayor número o de consolidar al Estado en medio de la anarquía internacional, creen interpretar las intenciones de los grandes núcleos.

Dos corrientes rebasan así el ambiente general de Europa, para derramarse sobre los pueblos, sintetizadas en su expresión extrema por Roma y por Moscú. No afirmo que todos los que respetan el pasado se dejen llevar hasta el fascismo. Tampoco aseguro que cuantos confían en el porvenir acepten el régimen soviético. Pero los caminos divergentes se imponen. Aun a aquellos que no entienden recorrerlos hasta el fin.

La aceptación de una u otra tendencia se hace generalmente en forma negativa, repudiando la concepción contraria en nombre de la libertad. Pero como en los dos bandos se esgrime el mismo argumento, hay que suponer que lo que se censura no es la arbitrariedad, sino el uso que de ella se hace; no es la imposición, sino el sentido en que se esgrime; no es la injusticia de los métodos, sino el color de las finalidades; dispuestos como se hallan éstos y aquéllos a emplear en favor de sus preferencias las artes que abominan cuando se hallan al servicio de las preferencias de los demás.

Inconfesadamente se han identificado así las almas con una mansa acepta-

ción de la ilegalidad que apoya la tesis preferida. Con la misma lógica, dentro de la política internacional, fueron las cosas ahora buenas o malas, según nos convenía o no, según las hacíamos nosotros o las hacían nuestros adversarios. Hasta el punto de que defender la tierra natal resultó obra de patriotas (Francia, Bélgica, etc.) o de bandidos (China, Nicaragua, etc.) según la situación de los intereses o del bando en que cada cual estaba enrolado.

De nada vale epilogar o aducir consideraciones de ética. Como antes se decía, los medios se justifican por el fin. Las esperanzas se doblan bajo los hechos. Prometida a otra guerra mundial y a dos revoluciones antagónicas, la humanidad siente que se acerca la hora de elegir. Hay que tomar por el camino de la derecha o por el camino de la izquierda, sin perder desde luego de vista la preservación superior del núcleo. De la equidad hablaremos después. Se encargará el porvenir de disociar los acontecimientos de los sucesos internos, o de confundirlos. Todo depende del orden en que éstos se produzcan. Pero es en vista de algo fundamental y trascendente, por lo que, por encima de los episodios, empiezan a alistarse los hombres en zonas ideológicas y geográficas cada vez más definidas e irreductibles.

Por eso sorprende que un historiador como D. Carlos Pereyra censure —en la “carta abierta” que me dirige— el sentido continental con que México protesta contra las represiones de la Habana o de Buenos Aires. Acaso para compensar, echa después de menos en mí lo que halló de más en México. Así elige entre centenares de artículos en que condeno en bloque a las oligarquías latinoamericanas, el único dedicado exclusivamente a la Dictadura argentina, y me pregunta: ¿Por qué no se refiere usted también a Ortiz Rubio? Sería fácil replicar que quien condena a México por opinar sobre las cosas de Buenos Aires no ha de requerirme para intervenir en las de México. Tampoco he de establecer que ningún venezolano, ningún cubano, ningún guatemalteco, ha pretendido disculpar el golpe de mano del general Uriburu invocando la situación de su país. Falta a la lógica también el Sr. Pereyra cuando me increpa porque entre dos docenas de diarios en que se publican mis artículos hay uno de México, donde él no puede colaborar, siendo así que él escribe en otros de Buenos Aires, de los cuales estuvo siempre excluido mi nombre. Todo ello encubre una insinuación lanzada entre líneas que quiero recoger abiertamente para tranquilizar al Sr. Pereyra, que no siempre estuvo al margen de los gobiernos. Ha de saber que no existe ni ha existido jamás un lazo o compromiso que me impida hablar con absoluta libertad sobre ningún país de América. Siempre que ha sido necesario levantar la voz, la he levantado. Treinta años de desinterés me defienden, y ante los que nos juzguen mañana, no habrá ganado prestigio mi contradictor, obligándome a hacer la declaración inútil.

Quiero recordarle, sin embargo, que en mi reciente artículo *La fin des oligarchies latinoaméricaines*, publicado en *Monde* y reproducido en numerosos diarios de América, dije textualmente: “El empuje hacia la izquierda se deja sentir desde la Argentina hasta México, donde el movimiento agrario y antimperialista inquieta a los gobiernos, que se esfuerzan por sostenerse apoyados por la influencia de los Estados Unidos y por los privilegiados del

terruño". La afirmación es clara. Si ella no basta, a juicio del Sr. Pereyra, para marcar una posición, será porque no concibe la discrepancia más que en forma de denuedo. Pero no ha de imponerme sus procedimientos de polémica. Ya se trate de la Argentina o de cualquier país, siempre he discutido las doctrinas dejando de lado a los individuos, porque una cosa es defender ideales y otra saciar rencores lugareños.

La desafinación deriva, sobre todo, de las orientaciones divergentes de que hablamos al comenzar. Hemos llegado al punto en que se dividen las aguas. El Sr. Pereyra que presencié con "silenciosa emoción el destronamiento de Alfonso XIII" angustiado por "la simpatía que despierta todo infortunio"—se indigna porque su país aspira a sacudir la dominación teocrática y se inscribe, sin confesarlo, entre las derechas. Yo, que simpatizo, en cambio, con la reforma agraria, el laicismo y la República, me embarco, sin circunloquios, con las izquierdas. Lo más que le puedo conceder es que ambos estemos igualmente inclinados a tolerar la arbitrariedad que favorece nuestro credo.

Porque si yo le siguiera hasta el terreno en que él se coloca, podría explicar también sus simpatías con ayuda de los mismos móviles que tan desatinadamente me atribuye.

Es hora, sin embargo, de que en nuestra América se discutan los principios sin afrentar al contradictor, sin envilecer al medio. Los que así no lo comprenden no están a la altura de la hora en que vivimos. No es la concreción momentánea, no es el individualismo efímero lo que debe preocuparnos, sino el sentido ideológico, la orientación durable. En la lucha de los ángeles de la oposición contra los demonios del gobierno hemos visto desde hace un siglo que los ángeles que llegan al Poder se convierten en demonios, y que los demonios reintegrados a la oposición no tardan en recuperar las alas. La brega infecunda de personas y de ambiciones ha inmovilizado a un continente, cuyos fervores sólo sirvieron para sembrar muerte y ruina, sin que asome, en la mayor parte de los casos, la razón del sacrificio. Los tiempos nuevos nos llevan a una lucha superior, áspera acaso, pero saludable, porque delimitará los campos y creará las corrientes que deben animar a nuestras nacionalidades.

Prologando un libro de Marcelino Valencia, el Sr. Max Daireaux (que en panorama político se orienta peor aún que en el panorama literario) protesta contra la juventud de América, que busca maestros de rebeldía, en vez de seguir las normas que marca el Sr. Maurras desde *L'Action Française*. ¡Que San Luis nos revele de dónde hemos de sacar los fundamentos de la restauración monárquica! Baste sobre este punto la respuesta, atinadísima, de José Vasconcelos. Pero si la fórmula resulta en el Nuevo Mundo una *galéjade*, se enlaza, como tendencia, con la actitud conservadora de determinados núcleos y con el cesarismo defendido por Vallenilla Lanz y Leopoldo Lugones en Venezuela y la Argentina. No hay duda de que ciertos sectores de América se inclinan a reclamar gobiernos despóticos y a propiciar un fascismo sui generis, encaminando a preservar la preeminencia del clero, del militarismo y de las oligarquías. Tal será el punto de arranque de la corriente derechista entre nosotros.

Frente a ella se abre el instinto vital de un continente que quiere volcar en moldes amplios su fuerza nueva. La igualdad de los hombres, el Estado laico, el fraccionamiento de la tierra, la resistencia al imperialismo (aliado hoy a las fuerzas gobernantes), la explotación nacional de las reservas nativas, parecen ser los ideales más inmediatos y accesibles del credo juvenil que se difunde. A ello hay que añadir un ansia de reconstrucción económica y social que anuncia, en sus diversas gamas, el más franco declive hacia la izquierda.

Son en realidad dos mundos que se afrontan, dos mentalidades, dos teorías destinadas a acabar con las actitudes nebulosas y con el vano clamor de las intrigas politiqueras. Ya no es posible tergiversar. El confusionismo de los rectores resulta anacrónico. Frente a los acontecimientos que se avecinan, hay que alistarse en esta corriente o en aquélla para definir de una vez la orientación de nuestras Repúblicas.

[Publicado en *El Sol*, Madrid, 25 de mayo de 1932 en respuesta a apreciaciones del escritor y político mexicano Carlos Pereyra].

NACIONALISMO Y RENOVACION

(1932)

No CABE en las circunstancias actuales la tendencia que proclama el internacionalismo integral. Es visible, en cambio, que si el nacionalismo es revolucionario, la revolución puede ser nacionalista, sin comprometer, ni disminuir la solidaridad mundial.

En el prólogo que puse a cierto libro de combate, tuve oportunidad de decir cómo podemos encarar el problema los latinoamericanos... o los hispanoamericanos. Como hijo de nuestra América indohispana en su origen, matizada después por aluviones internacionales, animada por la cultura y por la tradición de Roma, entiendo que, paralelamente al problema de la injusticia internacional, debemos enfocar el problema de la injusticia interior.

Existe entre ambos un lazo estrecho. Como el imperialismo encuentra auxiliares en el egoísmo de nuestras oligarquías, las naciones del Sur tendrán que luchar a la vez, contra la plutocracia norteamericana o inglesa y contra los políticos latinoamericanos que sirven los intereses de esa plutocracia. Pero la campaña ha de hacerse teniendo en cuenta la estructura de los pueblos jóvenes. De las doctrinas tomaremos al principio lo que se adapte a la situación, de acuerdo con un criterio basado en el bien común y en el instinto de perdurar. El preceptismo no ha de distraernos de la obra. Por lo demás, no hay verdades absolutas. Sólo hay verdades parciales y temporales, que resultan de la evolución progresiva de cada pueblo dentro del ambiente que le rodea.

Urge defender las autonomías declinantes de las regiones donde la influencia extranjera acentúa su penetración, en tanto que los gobernantes discuten pequeñas intrigas, y los filósofos exponen teorías abstractas, ajenos, unos y otros a la inminencia de la catástrofe. Tenemos la obligación de mantener el patrimonio geográfico, étnico, cultural, que nos deparó la historia. Y como en el curso de esa tarea habrá que acosar a los aventureros de la política, a los especuladores que medran con la ruina del país y a los grupos privilegiados que por avidez o por snobismo favorecen los planes del invasor, todo indica que llegaremos a la ciudad futura por el camino del nacionalismo popular.

Así se simplifican y se enlazan los propósitos que inspiraron la rebeldía. No podemos salvar la nacionalidad sin remover el ambiente; no podemos modificar el ambiente sin afianzar la nacionalidad. Vasos comunicantes de una aspiración superior.

Porque las máximas se transforman al hallarse en contacto con la existencia, en su expresión ejecutiva y global, bajo la imposición de factores ajenos a su esencia y a sus mismos defensores. Por puro que sea un ideal, sufre la influencia de corrientes locales y universales.

El problema reside ahora en el enlace de dos direcciones igualmente poderosas, cuyo antagonismo virtual ha de convertirse en colaboración más o menos visible: el nacionalismo y el anticapitalismo. Porque así como el nacionalismo, que significa preservación de la colectividad, no puede realizarse plenamente sin aceptar las tendencias populares, el gobierno popular, en su amplio desarrollo, no logra sostenerse por ahora sin ayuda del nacionalismo. La situación en que ha quedado el mundo, después de los recientes choques materiales y morales, trae al terreno de las realizaciones un viejo debate ideológico que parece imponer la presencia espiritual de Jean Jaurès, sancionando que la nación es todavía el molde en el que se vuelcan las doctrinas. Pero claro está que en el cuadro de la nación hemos de ser siempre los renovadores que persiguen la metamorfosis total.

[De *El dolor de escribir*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1932].

IMPERIALISMO Y SOCIALISMO

(1935)

“CON VERDADERA emoción vuelvo a levantar la voz en un mitin de nuestro partido. Simple hombre de estudio y de pluma, sin pretensiones oratorias, con todos los recuerdos, con todo el fervor de los primeros años, traigo para los militantes que me escuchan y para los que no están aquí, jóvenes y viejos, para los que fueron mis compañeros en las épocas heroicas y para los que han venido más tarde, mi saludo más efusivo y más cordial.

Vengo luchando desde aquella época en que una parte de nuestra América empezó a ver sus territorios temporalmente ocupados por tropas extrañas en México, Nicaragua, Cuba, Santo Domingo, mientras los gobiernos de las demás repúblicas latinoamericanas se encogían de hombros y dejaban hacer, rindiendo culto al espíritu localista y pequeño, azote de nuestras repúblicas. Que lo quieran o no, hoy todas ellas forman en el Nuevo Mundo un organismo superior que se disminuye con la disminución de cada una de sus partes. Porque siendo la América Latina un cuerpo —casi un cuerpo humano— si se enferman las piernas o el corazón, ¿de qué servirán los brazos que quedan indemnes sino para extenderlos a la puerta de la Sociedad de las Naciones, pidiendo la limosna de la libertad? La mano o la cabeza que quedan sanas sólo pueden salvarse si se salva el organismo entero.

Lejos de debilitarse, el imperialismo ha seguido prosperando en estos años y hoy nos encontramos frente a tres corrientes: la del imperialismo norteamericano, la del imperialismo inglés y la del imperialismo, naciente, pero ya peligroso, del Japón.

Tenemos que combatir más que nunca los excesos del imperialismo porque ha llegado acaso una encrucijada histórica en la que sólo se salvarán los grupos humanos que tengan la firme voluntad de vivir. Nuestro partido socialista puede afrontar el problema del imperialismo sin que le ciegue la pasión o el interés. Porque el imperialismo no es, después de todo, una ley ineludible de la especie: es un fenómeno que fluye de la organización social. La felicidad de unas porciones de humanidad no puede estar condicionada por la desgracia

de otras porciones de humanidad. Para que unos pueblos sean felices no es indispensable que otros pueblos sean desgraciados. Hay seguramente un punto —y aquí oigo y coreo los acentos emocionados de nuestra Internacional— hay seguramente un punto, en que ha de ser posible, conciliar los intereses opuestos, dentro de una reconciliación de las almas, en el momento más alto de la humanidad”.

[Pronunciado el 26 de agosto de 1935 en el local del Centro N° 17 del Partido Socialista, en Buenos Aires, República Argentina. Archivo Gral. de la Nación Argentina].

ALGO NUEVO FERMENTA EN EL SENO DE LA COLECTIVIDAD IBEROAMERICANA

(1950)

A FAVOR DE ESTE estado de espíritu cobraron auge cuantas doctrinas parecieron susceptibles de minar el organismo en formación y a medida que se afirmaba el charlatanismo politiquero, prosperaron las directivas extrañas, con ayuda de resortes de propaganda cuyas llaves se hallaban fueran del país, como la Young Men Christian Association, los Boys Scouts, el Ejército de Salvación, la Masonería, el Rotary Club, el Pen Club, etc. No hubo en cambio una sola sociedad iberoamericana de acción continental.

Mientras la vida giraba alrededor de situaciones ajenas o de ideas abstractas, las necesidades materiales de cada república en sus diversos planos —abastecimiento, exportación, exploración, iniciativa, comunicaciones, bienestar— continuaron siendo acaparadas y explotadas por banqueros o sindicatos habituados a desarrollar análoga política en la India, China, Egipto, los Balcanes o Turquía en otros tiempos. Tan errónea era la visión de los dirigentes que cada vez que contrataban un empréstito, enajenaban una mina o concedían un ferrocarril, creían obtener triunfos históricos y hacían publicar en los diarios locales inconscientes artículos celebrando el crédito de que gozaba el país.

Esta ausencia de coloración nacional favoreció en Iberoamérica la irrupción de cuantas ideas circulaban en Europa. Nueva manifestación de colonialismo mental, puesto que las doctrinas nacidas en pueblos con excedente de población y congestionados industrialmente, no podía siempre coincidir con las necesidades y el estado de nuestras repúblicas.

La oligarquía criolla, que no fue por ello desalojada de sus posiciones esenciales, se ingenió para neutralizar a los que querían destruirla y no tardó en hallar cómoda la convivencia con los perturbadores.

En realidad, sólo pudo ser por aquellos tiempos utilizable entre nosotros, la parte del socialismo que se enlazaba con las preocupaciones vitales de la región y esto, a condición de transmutar la noción teórica de la justicia en acción realista de utilidad social. El mayor error del socialismo era tomar como

punto de partida la felicidad del individuo, cuando la felicidad del individuo sólo puede ser un resultado de la prosperidad y el triunfo de la colectividad.

José Ingenieros, Leopoldo Lugones y yo fuimos en un momento los anunciadores del socialismo en Iberoamérica, pero no tardamos en abandonar la incipiente organización invocando los tres el sentimiento nacional que aquella negaba y la burocracia del grupo siguió corriendo en el caballo exhausto que le abandonamos. No por eso dejamos de seguir defendiendo una orientación plasmadora de nuevas fórmulas que respondieran a lo durable, es decir, a la evolución sin término dentro de la salud y fortaleza del conjunto. Por otra parte, las concesiones al medio y las ambiciones electorales despojaron muy pronto a ese intento ideológico, convertido en partido político, de todo penacho superior. El socialismo fue enemigo en teoría del capitalismo nacional pero no lo fue en ninguna forma del capitalismo extranjero.

Como acabamos de ver, Iberoamérica no escapó en ningún momento de su evolución al contagio de Europa. Desde el comienzo, vivimos de repercusiones.

Fuerza es también admitir que las teorías sociales constituyeron en horas de lucha el haber común de la humanidad. A este título resulta hoy imposible dejar de considerar lo que ha representado el fascismo y el comunismo desde el punto de vista de la acción que esas ideas pueden ejercer en nuestra América.

Para alcanzar pleno conocimiento de los sucesos que les dieron origen y desarrollo en otras ocasiones, debemos empezar por remontarnos mentalmente hasta los años que parecen fabulosos —no por distantes sino por diferentes de los actuales— en que pareció asomara una evolución ininterrumpida hacia instituciones teóricamente perfectibles, en que se vaticinó la redención del hombre por la ciencia y en que se esperó la definitiva reconciliación de los pueblos, es decir, el fin de las guerras. Me refiero al oasis de luz que se abrió entre 1900 y 1910.

Ese romanticismo social fue barrido bruscamente por la catástrofe de 1914 y si quedaron algunos líricos empeñados en perpetuarlo, esos líricos se colocaron, por su propia voluntad, fuera de la realidad del mundo.

Las naciones que tomaron parte en la contienda, así como las que durante la misma época se limitaron a recoger los restos de los naufragios en la playa, retrogradaron vertiginosamente hacia las rudas competencias. No juzgamos. Nos limitamos a registrar la temperatura moral alrededor de 1916. Cada núcleo nacional atendió a su propia salud. Los mismos "pacifistas" formaron parte de los ministerios de defensa nacional o se asociaron a los métodos empleados durante los años de prueba, años de prueba durante los cuales se detuvo la respiración del mundo y se desmoronaron los andamiajes de la construcción ideal.

La opinión se acostumbró a ser llevada sin consulta hacia los fines nacionales. La "ilegalidad útil" quedó justificada por las exigencias de la acción y recuperó su antiguo crédito. El temor de nuevos choques dio lugar a nacionalismos intransigentes. Y nada hubiera sido más vano que esperar que al son del clarín de la paz se volviera a reconstruir lo destruido. Las murallas

de Jericó cayeron, según la tradición al conjuro de las trompetas, pero nadie confió en el milagro de que al conjuro de esas mismas trompetas se levantarían de nuevo. El mundo entraba en una rotación diferente y de esa rotación diferente surgían otras esperanzas, otras imposiciones, otras verdades.

Habían nacido dos corrientes: la comunista que, volviendo al punto de partida del marxismo con una integridad que excluía las capitulaciones y las componendas, ansiaba imponer una organización económica experimental y la fascista que entendía asegurar a la nación su tensión máxima y salvar, con ayuda de concesiones, la esencia del capitalismo, cultivando la exaltación de los intereses nacionales. La primera triunfó en Rusia, la segunda, en Italia y Alemania.

Enumeramos las causas, comunes a ambos movimientos, que determinaron las nuevas demarcaciones en medio de una neblina inicial propicia al confusiónismo:

a) debilidad visible de las instituciones, comprobada en el curso de la guerra frente a las grandes fuerzas financieras que oprimen a la colectividad y ponen en peligro la salud del Estado.

b) descontento de la clase media y de la clase popular, desilusionada de la política y especialmente del político profesional.

c) adormecimiento de los partidos socialistas, cuya acción tendía a usufructuar el mal existente más que a crear un nuevo estado de cosas. (Desde el punto de vista político se puede decir que el socialismo fue el gran vencido en la guerra de 1914).

d) inquietud frente al peligro que corre la autonomía de cada grupo en el desconcierto de una época particularmente difícil,

e) la desocupación, el malestar de las masas y la suprema crisis originada por la dependencia en que se hallan todos, con respecto a minorías parasitarias.

No hay teoría viable sin un estado de espíritu que la favorezca. Del descontento general nacieron las interpretaciones. Los pueblos querían ir a alguna parte. Estaban cansados de marcar el paso frente a los templos que se desmoronaban, frente a doctrinas e instituciones que probaron su incapacidad. Por encima de las fórmulas y de las palabras, la masa aspiraba a algo inmediato, que le diera, por lo menos, la ilusión de embarcarse hacia una inédita realidad.

El nuevo ciclo ideológico que se abría en el mundo rebotó confusamente de este lado de los mares y encontró a nuestra América en una situación sui géneris.

En la política interior se prolongaban los mitos y las supersticiones generadoras de agitaciones inútiles y de ambiciones individuales. Desde el punto de vista económico, perduraba la organización colonial. Rica para los demás, pobre para sí misma, cada república era un negocio mal planteado. En cuanto a las cosas internacionales, la desorientación resultaba más trágica aún. Sólo se preparaban nuestras repúblicas para el suicidio de las guerras intestinas, mientras quedaba el campo abierto a las infiltraciones realmente extranjeras.

En una conferencia organizada en la Sorbona por los estudiantes iberoamericanos de París, concreté en 1934 mi pensamiento sobre lo que para nosotros representaban en esencia los nuevos fenómenos y sobre la repercusión que podrían tener. A diez años de distancia y a raíz de una nueva guerra, repito las mismas palabras sin aspirar a honores de profeta:

1) entramos en una época en que la ideología cede el paso a la acción y en que las ideas sólo tienen el valor que les dan los acontecimientos,

2) el mundo seguirá evolucionando durante muchos siglos todavía bajo el sistema de nacionalidades y todo internacionalismo o pacifismo implica abandono del deber primordial.

3) el mantenimiento de la nación en medio de los vendavales futuros, sólo podrá ser alcanzado reconstruyéndola sobre nuevas bases.

4) la justicia social, sin perder su valor ético ha adquirido valor de utilidad nacional en cuanto contribuye a dar fortaleza al núcleo. En este sentido se impone sobre todo la urgencia de suprimir abusos, injusticias y privilegios.

5) debemos ir francamente hacia el fondo sano de lo que se ha dado en llamar extrema izquierda, pero hay que hacerlo dentro del orden, la disciplina y la autoridad,

6) por encima de tendencias, programas y derechos, por encima de las teorías y los individualismos, está la inquietud de perdurar como entidad distinta y a ella debe ser subordinado todo.

Al condensar superficialmente el panorama ideológico de la postguerra de 1914, pensábamos sobre todo en Iberoamérica y nos preguntábamos cuáles podían ser las necesidades más urgentes.

La respuesta era fácil.

En primer término, sacudir la presión de los imperialismos que absorben la vitalidad continental y establecen tutoría sobre nuestro destino.

En segundo lugar, acabar con el latifundio y con los abusos de las clases privilegiadas, devolviendo la tierra a la mayoría de los ocupantes dentro de una organización más eficaz del Estado.

En tercer lugar, dignificar al autóctono, que ha sido mantenido en la ignorancia, hasta incorporarlo al resto de la nación.

En cuarto lugar, acabar, como en todas partes, con la ambición de las facciones y con el político profesional.

La coincidencia del nuevo ambiente ideológico con nuestras necesidades básicas nos ofreció así, desde el punto de vista regional, verdades sin partido que se alzaban al margen de los grupos y de las etiquetas.

Desgraciadamente no faltaron, dentro de la opinión superficial, las tentativas para apuntalar con ayuda de una apariencia de fascismo el edificio en ruinas de los privilegios oligárquicos.

Una política sensata pudo, en cambio, prepararnos con tiempo para la prueba que soportamos ahora.

La vitalidad de las naciones se confunde con su autonomía. Toda autonomía significa dignidad y poder. Cuando una nación se inclina es porque ha sido superada por otra. Nosotros no podemos aspirar a ser una lamentación

sobre una tumba. Herederos de tradiciones prestigiosas, debemos mantener intactos los aportes ancestrales.

Al hacer en 1935, *avant la lettre*, es decir, antes de la segunda coflagración que debía desencadenarse pocos años más tarde, un diagnóstico del nuevo momento histórico, hacíamos también una incursión de avanzada en las realidades que el conflicto actual ha puesto en evidencia después.

La autopsia en que nos empeñamos ahora, después de terminada la guerra, permite comprobar que Iberoamérica no comprendió la hora.

Consciente o inconscientemente, los partidos cultivaron en todas nuestras repúblicas preferencias antojadizas. Los grupos oligárquicos respondieron frecuentemente a Inglaterra. Los socialistas se alistaron a la zaga de Estados Unidos. ¿Y nosotros? ¿Dónde estaba lo que convenía a nuestra situación?

La guerra puso, sin embargo, en evidencia, la falta de personalidad con que colaborábamos en ideas y propósitos de otros pueblos, desatendiendo la propia suerte y saliendo, por así decirlo, al encuentro de la sujeción.

La visión de la realidad se había desvanecido. Mientras en nuestras provincias, los conscriptos resultaban inaptos para el servicio militar por falta de nutrición y los grupos sedientos asaltaban las locomotoras para robar el agua, ciertos diputados "populares" votaban sumas cuantiosas para el "gobierno rojo" de Azaña, evidenciando un estado de espíritu atento a cuanto ocurre fuera del territorio y ciego para la propia vida. Olvidaban el núcleo del cual surgían y a cuyo servicio debían estar, para escuchar la palabra de orden favorable a otros intereses, como si en vez de formar parte de un conjunto autónomo se hallasen mecidos en el vacío por corrientes abstractas, fuera de la vida.

Era, sin embargo, una hora en que se ponía a prueba la vitalidad de las naciones. Nosotros necesitábamos realizar, construir, completar, dar eficacia a cuanto nos rodeaba. Se abría una posibilidad de acelerar la renovación iberoamericana, realizando o tratando de realizar la segunda independencia.

Sabíamos que terminado el conflicto correrían caballos locos sobre el mundo y que la distancia no nos podía amparar. Hasta podían llegar a servir nuestras naciones de moneda de pago en la trágica liquidación. Desafiando desprestigios, debió levantarse la voz de los intereses continentales. Nuestra misión era preparar la propia victoria. Sin embargo, nada se intentó.

Sabemos que la independencia se hizo sin economistas ni sociólogos y que fue en muchos aspectos irreflexiva, epidérmica y verbal. A las nuevas generaciones les correspondía sacar partido de esos antecedentes aprovechando la oportunidad para velar por la verdadera autonomía política, económica y espiritual, siendo, por encima de todo, hombres de nuestra América y tratando de que nuestra América se levantase cada vez más dueña de sí misma.

Este anhelo ha de imponer en el porvenir una implacable renovación de personal político para sanear el ambiente y prevenir la maniobra de los veteranos siempre dispuestos, en las encrucijadas de la historia, a convertirse en catecúmenos de toda nueva fe. Con la misma falta de escrúpulos con que apo-

yaron el régimen anterior, se hallan dispuestos a servir al nuevo, con tal de continuar en el escenario.

Pero no basta que los hombres sean otros. Es necesario que se sientan animados por una nueva ideología y que esa nueva ideología sea apropiada al momento del mundo y a las características locales.

En realidad, entre nosotros existe desde mucho antes de ahora un fervor que no ha podido manifestarse porque los medios de propaganda, poder y acción se hallaban acaparados precisamente por las influencias interesadas en ahogarlo. Más accesibles a la emoción que a la disciplina, nuestros pueblos se adelantaron por intuición a los hechos. Saben que vamos hacia una motorización de ideales a la vez nacionales y universales y que del ensueño pasaremos al esfuerzo que ya crispa su musculatura pensante y transforma en hechos las intenciones.

Pero hay que operar sobre bases sólidas. Por encima del verbalismo se impone, para empezar, un estricto aforo de lo que contiene la palabra democracia visiblemente desviada de su significación cabal. El uso y el abuso que de ella se ha hecho, obliga a expurgarla de escoria y parásitos, para restablecerla en su severa dignidad.

Todos estamos de acuerdo en que la democracia debe ser defendida. Fue acaso el sentimiento unánime lo que facilitó la desviación. Pero no hay que identificarla con las instituciones creadas en determinados momentos para servirla. Estas son auxiliares o representativas y como tales pueden ser temporales y ocasionales. Sería absurdo considerarlas como inamovibles. Hay que ajustarse a la hora en que se vive y hacer la autopsia implacable de las realidades. El Parlamentarismo convirtió en personajes a muchos hombres desprovistos de valor que sin el título de diputados no hubieran sido nada. Detuvo en muchas ocasiones la evolución, haciendo residir la democracia en apariencias engañosas. Instituyó una especie de mercado de la popularidad que hace residir el éxito en adular a la mayoría. El primitivo postulado superior se corrompió hasta el punto de que cada vez que hoy se oye invocar una necesidad pública uno se pregunta qué interés de partido o de círculo se trata de servir. No hay que confundir, pues, a la democracia con la especulación demagógica. La verdadera democracia consiste en servir al pueblo y no en servirse de él. Reside en los principios, no en los procedimientos. La intención fundamental debe sobreponerse a las fórmulas. Lo esencial no es que el poder parezca de todos, sino que sea en realidad para todos. El primer imperativo es el destino permanente de la colectividad y la felicidad de los individuos. El gobierno es un servidor de la nación en su síntesis suprema de extensión y perdurabilidad. Nos hemos alejado tanto de las fuentes que hay que empezar por deletrear las ideas y definirlas y evitar la confusión entre el continente y el contenido, entre el instrumento y la obra, entre el verso y la poesía, entre el rito y la fe.

La esencia de la democracia radica en el compromiso de que, a igualdad de capacidades, todos los ciudadanos tendrán acceso a todas las situaciones y de que siendo la finalidad perseguida el bien general, se ha de encarar la

vida colectivamente para impedir que la nación pueda ser utilizada para provecho o capricho de un jefe o de un grupo.

Nadie puede soñar restringir tan altas aspiraciones. Debemos, por el contrario, tratar de realizarlas al fin, después de tanta promesa vana. Pero los procedimientos de ejecución, que en buena parte fracasaron hasta ahora, pueden ser en todo momento reformados. Lo que estará en tela de juicio no será el principio, sino el modo de operar. No dejará de existir la democracia porque se dosifique el sufragio universal o se modernice el Parlamento. En su encarnación presente, esas fórmulas han engendrado dos rémoras: la corrupción administrativa y el político profesional, y en el peor de los casos siempre valdría más tener la realidad sin los símbolos, que los símbolos sin la realidad esencial.

Una tendencia superficial nos hizo suponer que la democracia reside en candidatos designados por la burocracia de cada partido, consagrados en elecciones a menudo fraudulentas y preocupados en todo momento por su reelección. En muchos países se ha creado así una suprema bolsa de influencias individuales y el político más escuchado ha solido ser el que sabe decir en hora oportuna: "Tengo tantos vagones cargados de democracia, ¿a cuánto me lo cotizan ustedes?"

Pero entiéndase bien que al hacer la disección de una pseudo democracia corrompida que abrió las puertas al fascismo, estamos muy lejos de defender al fascismo o de justificarlo. Contra el fascismo nos pronunciamos resueltamente desde los orígenes y en este libro hemos de dejar nuevamente constancia de que estamos contra él, no sólo en sus manifestaciones europeas, que fueron barridas por la victoria aliada, sino en las repercusiones tardías o camufladas que pudo aspirar a tener en América. El fascismo sería entre nosotros un fenómeno completamente artificial y exótico que en ninguna forma se puede enlazar con la íntima esencia de las tierras de Colón.

Hay que reconocer, sin embargo, que el fascismo sólo tuvo posibilidad de surgir aunque fuera en forma esporádica debido a la insistencia en mantener, contra toda lógica la armazón desacreditada de la politiquería que se amparó a la sombra de la democracia. Y la mejor manera de defender a la democracia auténtica ha de consistir en sanear el ambiente, adoptando nuevos métodos, ofreciendo programas tangibles, realidades útiles, sinceras reformas francamente revolucionarias que rompan con el preceptismo libresco y entren resueltamente en la vida.

Algunos creen que basta decretar la abolición de los partidos políticos para acabar con la política. Ese procedimiento sólo sirve para entregar el monopolio de la política a un número limitado de ciudadanos. Se agrava el mal al convertirlo en privilegio. La tan mentada "apolítica" no es más que una forma de política más aviesa que la anterior. Por otra parte, no basta cambiar de sistemas, lo que urge es emprender una construcción. Los sistemas nos dieron siempre malos resultados, porque fueron concebidos para naciones ya organizadas. Nosotros todavía no hemos organizado la nación y de nada sirven los preceptos.

Para salir de la agitación infecunda en que desde este punto de vista se debaten las repúblicas iberoamericanas desde hace largos años, hay que iniciar una política realista que traduzca un cambio fundamental de orientaciones.

Claro está que con los cambios políticos ocurre lo mismo que con el cambio de la hora. Cuando nos ponen en la obligación de empujar el minutero de las once a las doce, o viceversa, nos sentimos contrariados. Parece que la modificación de la costumbre repercute en forma de agresión personal. Pero no tardamos en ajustarnos a la nueva ordenación. Esta podrá ser, al principio, resistida por algunos. Al cabo de poco tiempo nadie admitirá que se pueda vivir al margen de ella.

La nueva política se ha de basar sobre unas cuantas verdades que son imperativos de salud:

a) Eliminación de las influencias extranjeras o para hablar más claro, recuperación de la fuerza vital de Iberoamérica, para poder trabajar sobre bases sólidas. Todo plan que no contemple una inmediata acción reivindicadora de la riqueza y de los engranajes esenciales resultará inútil. La situación de dependencia sobre la cual una consigna misteriosa ha pretendido obligarnos, con ayuda de algunas empresas periodísticas, a guardar silencio, so pena de ostracismo y descalificación, tiene que ser al fin exhibida a la luz meridiana, sin atenuante alguno para que de la misma evidencia del vasallaje brote la reacción nacional.

b) Desaparición del demagogo, más peligroso entre nosotros que en Europa, porque no sólo adula al pueblo sino a las influencias nebulosas que le permiten surgir o mantenerse. La concepción de las necesidades locales que pueden tener los que arrastran por las calles el aplauso como un manto real, sufre dos deformaciones: la que exige la clientela electoral a la cual halagan y la que imponen los intereses, entre los cuales deben moverse, sin contrariarlos en ninguna ocasión.

c) Se ha de tener en cuenta también que la reconstrucción de Iberoamérica no se hará manteniendo las clases sociales dominantes. La burguesía y la plutocracia pudieron convivir cómodamente hasta ahora con el socialismo domesticado. Pero tendrán que aceptar dentro del orden que viene, los sacrificios que requiere el bien común. Todo interés de grupo se extingue frente a la necesidad colectiva. Las oligarquías del nacimiento, del dinero o de la política, esperan siempre un milagro. Sobrepassados por la evolución del Continente buscan en cada sacudida una fórmula para salvar sus privilegios. Hay que quitarles toda esperanza. La vida ha tomado otro rumbo.

d) Mediante una igualdad tallada en realidades, la masa de los ciudadanos cesará de estar al servicio de grupos reducidos y los territorios se deslizarán de la presión de los grandes centros abriendo paso a la Nación en su amplitud y en su coherencia integral. El centralismo ha asfixiado hasta ahora a las repúblicas iberoamericanas. Hay que renunciar al instinto suicida que empuja a Managua contra León, a Quito contra Guayaquil, a Santiago contra Valparaíso. Cada región debe tener su función. Cada función, su organismo. La industria junto a las minas, el combustible y las fuerzas hidráulicas. En las

praderas, el nudo agrícola. Los puertos, para el intercambio. Para el gobierno, las ciudades serenas. Cuanto más numerosos son los focos de irradiación, más fácil será vivificar el territorio entero. La hipertrofia disminuye toda capacidad de acción. Deben desarrollarse las poblaciones con características especiales, según sean las actividades comerciales, fabriles, ganaderas, administrativas, universitarias para que cada zona exprima sus posibilidades de vida, facilitando la evolución completa de organismo.

e) La legislación, como la medicina, sólo se hizo presente hasta ahora a raíz del daño consumado, en vez de adelantarse a las causas que lo determinan. Conviene poner fin al estado rudimentario que nos hace acudir con empíricos emplastos para remendar los males que crea la mala organización. La higiene no consiste solamente en desinfectar la vivienda y en instalar salas de baño. Hay una higiene social y espiritual que alcanza a las costumbres, a las remuneraciones, a las leyes, a la estructura del estado, del cual debe ser barrido el abuso, la explotación, la miseria, la podredumbre moral. En todas las situaciones un tratamiento preventivo ha de hacer posible la dignidad del hombre, punto de partida de su apego al terruño y de su inquietud por la dignidad nacional. Y esto, al margen de toda chafalonía electorera.

f) Todo individuo consciente ha de aceptar la disciplina y la autoridad como atmósfera necesaria para la propia preservación y para el triunfo del grupo al cual pertenece. Hasta ahora sólo se ha predicado la disciplina dentro de los partidos políticos. Hay una disciplina más alta, que es la disciplina dentro de la Nación. Que la patria siga siendo una fuente de ventajas para el individuo, que el individuo empiece a colocar la colectividad por encima de sus conveniencias. Dentro de los conglomerados actuales, el diputado, el elector, el sindicato, el gremio, el comité, la ciudad, la región, todos tiran para sí, tratando de sacar la mejor ventaja sin cuidarse de la suerte del conjunto. Hay que restablecer la austeridad ciudadana y el sentido de la responsabilidad colectiva, castigando con severidad los egoísmos, dilapidaciones, coimas, fraudes, peculados, mediante un nuevo concepto de lo que debe ser una nación. El mayor de los crímenes es el que lesiona la vitalidad, el crédito, la salud, el prestigio del conjunto social.

g) Rusia nos ha dado un gran ejemplo en el plano de la política internacional y en el plano de la política interior. Todas las reservas que los retardatarios formularon para desacreditar al comunismo en los comienzos fueron desautorizadas y destruidas en el curso de esta guerra. Ninguna nación en la historia aseguró la defensa de su territorio con tanta decisión y eficacia como la URSS. Ninguna hizo gala de una organización tan perfecta. La nueva ideología afianzó como ninguna la idea de patria y mantuvo el orden para triunfar en la guerra, más grande de los siglos. Para estructurar el futuro de Iberoamérica debemos, pues, buscar inspiraciones en la formidable construcción soviética que ha anunciado una nueva era para toda la humanidad. Estas concepciones no se oponen al sentimiento católico de nuestra América. El ateísmo no es sólo una negación de Dios: constituye desde el punto de vista individual y social una debilidad para el Estado. El hombre necesita una religión.

Las naciones no pueden vivir sin una mística. Nada puede desarrollarse plenamente sin ayuda del ideal.

Hasta ahora los asuntos de política interior se trataron y resolvieron sobre plataformas oportunistas. De hoy en más debemos construir sobre bases profundas y durables. La evolución de las patrias que aspiran a durar es una carrera de antorchas en el curso de la cual las generaciones se van pasando la llama encendida en vista de una finalidad que ninguna concreta en sí y que sólo se cumple con la solidaridad en el curso de los tiempos.

Hemos vivido drogados. Cuanto veneno circulaba por el mundo nos fue ofrecido complacientemente. Así se repitieron entre nosotros en menos de un siglo, todas las etapas de la desorientación humana, así se construyeron ideológicamente puentes inútiles, esperando que los ríos vendrían después, así florecieron estatuas de políticos circunstanciales que no podrán sobrevivir al examen futuro. Pero un instinto secreto anuncia que algo nuevo fermenta en el seno de la colectividad iberoamericana. Una voz misteriosa mantuvo el anhelo y la guerra contribuyó a revelar la situación.

Pero los nacionalismos regionales que asoman no resultarán en realidad, viables hasta que alcancen el carácter iberoamericano que debe asumir el movimiento definitivo. El origen de la subordinación actual, hay que buscarlo en el error que nos llevó a encarar seccionalmente los problemas. En el orden internacional como en el orden interior, como en el orden de la valorización general de nuestras repúblicas, hay que estudiar planes que se ajusten a la amplia realidad iberoamericana y esos planes han de ser concebidos teniendo en cuenta la vastedad de los territorios que se extienden desde la frontera norte de México hasta el Cabo de Hornos. Sería vano creer que cabe iniciar la nueva época con sólo cambiar, dentro del mismo espíritu localista, la orientación de la máquina fotográfica. Quiero decir con esto que si seguimos divididos, que cada república mantenga su demarcación actual, sus costumbres y su gobierno autónomo, pero que en las líneas básicas y vitales, exista una esperanza, un orgullo y un derrotero común.

[Fragmento de *La Reconstrucción de Hispanoamérica*, terminado de escribir en Niza, en noviembre de 1950. Publicado en Buenos Aires, en 1961 por Editorial Coyoacán].

¹En su Manifiesto, Ugarte reitera una vez más que la cuestión nacional es insoslayable para toda política socialista en una nación inconstituida, en un país sujeto al predominio imperialista. Las condiciones específicas de la América Latina balcanizada —de la cual la provincia Argentina es un fragmento— impiden importar mecánicamente los programas socialistas vigentes en los países europeos cuya cuestión nacional ya está resuelta.

Ese socialismo para una semicolonia debe apoyar —sostiene Ugarte— todo programa nacional democrático y si existe un vacío político, asumirlo incluso como propio, para lograr la liberación del coloniaje y la unificación de las provincias en la Nación. Es decir, acompañar o acaudillar —según se trate— el proceso de la Revolución Nacional, que al par que logre los objetivos nacional-democráticos (independencia nacional, soberanía popular, justicia social, desarrollo de las fuerzas productivas) abra el camino hacia el socialismo. El planteo inverso, es decir, arriar las banderas nacionales en países acosados por el imperialismo —ya sea preconizando una política proletaria pura, la defensa de la civilización o la más furibunda revolución social— conduce objetivamente a la tácita alianza con la clase dominante, es decir, a la traición a la clase trabajadora. La fraseología aparentemente izquierdista —internacionalismo, política de clase, etc.— encubre en estos casos una gravísima desviación derechista que coloca a este “socialismo” a los pies del imperialismo y la oligarquía.

El Manifiesto muestra, además, otras facetas de la originalidad del pensamiento de Ugarte y de su afán por hallar soluciones de avanzada, cuya posibilidad de aplicación a una sociedad, con condiciones muy peculiares, sean realmente ciertas y no se diluyan en mera fraseología. El rechazo del antimilitarismo abstracto es correcto pues, en países como el nuestro, donde los militares son “clase media con uniforme”, no siempre juegan el papel de “brazo armado de la burguesía” como lo sostiene Marx para Europa. La circunstancia de que haya militares que en vez de dirigir batallas dirijan sociedades anónimas, no permite, sin embargo, otorgar a todas las fuerzas armadas un carácter anti-popular. La historia latinoamericana demuestra que hay soldados nacionales que han acudido a sus pueblos en la lucha contra el imperialismo. Si el ejército más de una vez se ha quebrado verticalmente en dos sectores —el nacional y el antinacional— también se quebrará horizontalmente cuando un partido revolucionario intente la toma del poder. Por esto es suicida, bajo todo punto de vista, el planteo antimilitarista. Del mismo modo, nuestra historia prueba que hay sacerdotes reaccionarios y sacerdotes populares. Y asimismo prueba que no siempre la religión es un elemento de atraso histórico. Ugarte reitera aquí su posición de *El porvenir de la América Española* en el sentido de que la religión católica puede obrar como un importante factor de cohesión nacional ante la infiltración ideológica del imperialismo. Respecto a la propiedad, la posición de Ugarte, propia de un nacional-democrático, corresponde a una etapa en que la Argentina aún no ha entrado en pleno desarrollo industrial, pero más especialmente proviene de la visión que él trae de su gira latinoamericana: los inmensos latifundios y la necesidad de distribuir parcelas al indio y al campesino sediento de tierra.

En varias cuestiones fundamentales, Ugarte asume en este Manifiesto una posición nacional-democrática y no socialista. Además yerra profundamente al adherir a las impugnaciones al marxismo por parte de los revisionistas. Pero no puede ser de otro modo.

Al centrar su ideología en la cuestión nacional, Ugarte halla un inmenso vacío en el arsenal socialista clásico. El se niega a aplicar mecánicamente las fórmulas socialistas europeas e intenta elaborar un socialismo aplicable a su América Latina subyugada y balcanizada, a ese caso particular "que pertenece a las naciones proletarias". Coloca entonces como columna vertebral de su concepción a la cuestión nacional, pero el marxismo de principios de siglo no le ofrece fórmulas aptas para el mundo colonial. Ugarte no cuenta con una clara posición de Marx y Engels al respecto, pues el imperialismo es un fenómeno demasiado nuevo para que los creadores del marxismo lo analizaran. Lenin aún no ha publicado *El imperialismo, etapa superior...* y la teoría de la revolución permanente de Troski sólo es conocida en cerrados círculos marxistas. Ugarte sólo puede elaborar un borrador donde intenta conciliar la defensa de los países subyugados con la defensa de las clases oprimidas. En sus proposiciones hay errores y contradicciones, por momentos bordea el nacionalismo democrático, rechaza el materialismo histórico y la colectivización de la propiedad, pero la orientación general es inobjetable cuando proclamándose socialista, coloca como objetivo inmediato la Revolución Nacional.

Mientras los socialistas de Justo se ubican como aliados populistas de la oligarquía y del imperialismo, Ugarte aparece insólitamente en la izquierda del movimiento nacional y entonces tiene razón cuando sostiene: "Al pensar como pienso estoy seguro que soy más socialista que los que pretenden acaparar el título". Porque a través de vacilaciones, marchas y contramarchas, Ugarte señala el verdadero camino al intentar enraizar el socialismo en la América Latina, negándose a importar mecánicamente los programas y tácticas del socialismo de otros países —como lo hará tozudamente en toda América Latina la casi totalidad de la izquierda ya sea en relación a Suecia, Rusia o China— e intentando crear nuestro propio camino al socialismo en función de nuestras propias especificidades.

²Ugarte yerra, en este artículo, profundamente en algunas cuestiones, especialmente en su convicción de que ha dirimido el socialismo. Apenas un año después, los bolcheviques demostrarán en Rusia la falacia de este argumento. Porque si es cierto que la guerra proclama ante el mundo la degradación en que está sumida la social democracia de Europa occidental, la revolución rusa prueba, a su vez, la necesidad histórica del socialismo en los países semicoloniales, "los eslabones más débiles de la cadena".

Considerado en abstracto, este artículo posee un contenido reaccionario. Sin embargo, analizado en el lugar y la época histórica en que fue escrito, la conclusión es distinta. Ugarte sostiene que por sobre todo está la Nación y lo afirma en un país sometido por el imperialismo. Afirma que se debe aplicar una política nacional y en este sentido se define neutralista, considerando a la guerra como mera lucha interimperialista y lo hace en un país donde resuena un permanente griterío cipayo que propone atarse al carro bélico del imperialismo británico, justamente, la Nación opresora. En el mismo artículo analiza luego, con suma agudeza, la acción expansiva de los grandes países, su absorción y reparto del mundo colonial y asimismo explica la manera sutil y disimulada como un país "se anexa la savia de otro", colocándose en todas estas cuestiones a la vanguardia respecto no sólo a sus ex compañeros socialistas sino a los demás intelectuales de su época. Así también cuando —después de rechazar el materialismo histórico— termina afirmando que las cosas espirituales son el perfume de la vida, y las terrenales son el viento, siendo este último el que predomina en definitiva. Estas paradojas son comunes en el pensamiento de Ugarte, como así también la sensación que se produce a menudo leyendo sus textos, de que va a caer en una posición reaccionaria o que está sosteniendo una bobería cuando después, al profundizar en el sentido completo de su afirmación en el texto entero, se comprueba una vez más su sutileza para captar determinados fenómenos que escapan a la generalidad de los hombres de su tiempo.

³A partir de esta visita a la URSS. Ugarte vuelve a plantearse la posibilidad del socialismo.

⁴Se refiere al gobierno de Hipólito Yrigoyen derrocado el 6 de setiembre de 1930.

⁵Se refiere a las elecciones del 8 de noviembre de 1931. Allí la fórmula oficialista; gral. Agustín P. Justo —Julio A. Roca (h) derrotó a la fórmula Lisandro de La Torre— Nicolás Repetto (alianza de los partidos Demócrata progresista y socialista). El triunfo del oficialismo —la Concordancia— fue logrado a través de un fraude escandaloso.

V

CULTURA Y ARTE NACIONAL EN AMERICA LATINA

"Nuestra producción intelectual se halla enferma. Enferma de la deformación que consiste en escribir con dedicatorias mentales, evitando lo que disgusta a este sector, acentuando lo que se cotiza en aquél, escogiendo avaramente lo que puede perjudicar al autor, girando sin tregua alrededor del odioso "me conviene"... La pluma hace zigzag en el campo de los intereses dominantes para obtener el producto anodino que alcanza el beneplácito y facilita la carrera. De aquí la fugacidad de tantas páginas. El escritor, cuando realmente es escritor, rompe con la cabeza el techo de las mentiras convencionales, aunque en el porvenir sólo muestre un rostro ensangrentado a las estrellas".

(Declaraciones a *Ercilla*, de Chile, 1940).

EL POETA Y SU PUEBLO

(1903)

NO SE PUEDE DECIR que los poetas son precisamente populares en este principio de siglo. Lo fueron en Grecia, en Roma y en la India, en tiempos en que vibraron al unísono del alma nacional y tradujeron las palpitations de su época. Pero después cayeron en la inmovilidad y no vieron que los siglos se iban alejando paulatinamente de ellos y dejándolos solos en medio del pasado. Con pretextos que escondían mal su pereza y sus prejuicios, siguieron hablándonos de todo lo que no nos interesaba (mitología, ascetismo, heráldica) . . . Haciendo excepción de Hugo, que está fuera de toda clasificación y de una medida docena de dioses mayores que le acompañan, le siguen o le preceden, se puede decir que el parnaso universal es un amontonamiento de mediocres que no han traducido nada, que no han sugerido nada, y que se han pasado la existencia hinchando metáforas artificiales y combinando mosaicos con las rimas. Sus pobres vida estériles se han agotado sin dejar nada que merezca un recuerdo. Las estrofas glaciales combinadas pacientemente en el sonambulismo de sus vidas monótonas, agonizan lamentablemente, llenas de polvo, en las estanterías de las bibliotecas, de donde nadie piensa en retirarlas. "Justo castigo a su perversidad", como dice el fabulista. Porque si en vez de reeditar actitudes de museo y de obstinarse en exhumaciones pueriles, se hubieran librado ingenuamente a los caprichos del corazón, la humanidad les pertenecería. Todas las generaciones, todos los pueblos han esperado con ansiedad un poeta que traduzca la mentalidad de su tiempo y haga vivir en la frase lo que borbullea en las fibras de la colectividad. Pero pocas veces han tenido la dicha de encontrarlo. Y su espíritu ha llorado sin expresión, ha muerto sin dejar retrato . . . Porque hay pensamientos colectivos que se extinguen en el misterio, como flores que el tiempo mata, sin que nadie las haya visto.

[Del libro *Visiones de España*, E. Sempere y Cía. Editores, 1903, páginas 130/131. Introducción escrita por Ugarte a un comentario sobre el poeta español Vicente Medina y su poesía social].

SER POETA

(1906)

SER POETA es percibir y traducir en ensueño la esencia y la savia de la Naturaleza y del yo interior. Solemne, impresionante o evocadora, rugido de mar, galope de caballos o temblor de estrellas, la poesía ha de ser siempre sinceridad, generosidad, pureza, diafanidad de alma, vibración enfermiza, si queréis, pero capaz de horadar, por la delicadeza, la grandiosidad o el ímpetu, todas las superficialidades y abrirse camino hacia lo ignoto sin salir de lo humano. Porque así como el que se limite a ver lo que se ve, hará, fatalmente, obra pequeña, quien se confine en el ideal y desdeñe las realidades, tangibles o intangibles, que palpitan en el universo y en el hombre se condenará a mirajes y a juglarismos estériles. Ya sea el profeta, que interroga a la Eternidad; ya el generoso, que llora el desconuelo de los hombres; ya el fauno, que danza bajo la esplendidez del Sol, ya el vengador, que fulmina, ya el Pierrot, hecho con rayos de luna, que murmura en la sombra sus madrigales al recuerdo, el Poeta debe ante todo ser franco, ser altruista y sentir las palpitaciones del medio en que se desarrolla. No decimos que tenga forzosamente que dar voz a los sentimientos momentáneos y locales, o que deba convertirse en un instrumento dócil, librado al capricho de la colectividad. En muchos casos, puede oponerse a las corrientes ciudadanas o delantarse a ellas. Pero siempre en el límite de lo que alcanzan sus percepciones agudísimas, dentro de lo normal. Porque el poeta es, a pesar de todo, humano y sólo recurriendo a la disimulación o cediendo a un desequilibrio lamentable, consigue hacerse una vida de museo, interesarse por cosas extrañas, apasionarse por detalles exóticos y ponerse al margen de la especie.

El sistema de asombrar a los pobres de espíritu con rarezas, rebuscamientos y aberraciones, pudo resultar, en un momento dado, el ardid más ingenioso para llegar a la celebridad inmediata y el expediente más eficaz para disimular la carencia de vida propia. Pero esos poetas menores, que se refugiaron en las miniaturas y pasaron sus vidas, ora a la manera de los relojeros de Ginebra, que agonizan inclinados sobre resortes microscópicos, ora al modo de los or-

febres japoneses, que torturan la imaginación para grabar extravagancias de bolsillo, no hicieron más que marcar ruidosamente la presencia de un intermedio de desorientación y de fatiga. Si descubrieron algunas vetas secundarias, desconocieron totalmente el verdadero origen de las intuiciones y pasaron por el mundo como ciegos, sin sospechar los cabrilleos del Sol. Que es en la Naturaleza y en la humanidad, donde están las raíces del infinito y que sólo al aire libre y a luz plena pueden florecen las grandes rosas de la belleza inmortal.

Y la mejor prueba de que sólo significaron una excentricidad, nacida del descorazonamiento y del hastío, fue la indiferencia que inspiraron a la casi totalidad del público. Bien sé que una de las distintivas de la escuela residió en el desdén afectado ante la opinión; pero de esa tendencia orgullosa no hay huellas en los orígenes y quizá fue un grito de despecho de los que se refugiaron en la propia admiración, después de haber solicitado en vano la de los demás.

La poesía, como el mar y como los crepúsculos, puede llegar hasta el corazón de todos los hombres. Claro está que los que, por capricho o por insuficiencia, la reducen a una especie de numismática o microbiología, no deben aspirar a tan altos destinos. Pero los que saben ser grandes, sin dejar de ser sutiles, los verdaderos condensadores de ensueño, las altas cumbres de la Humanidad, han alcanzado siempre un prestigio indiscutible y han grabado su nombre en la memoria de las razas. Homero, Dante, Goethe, Shakespeare, Byron, Schiller y Hugo fueron y son admirados por inmensas muchedumbres, porque dieron forma a las imprecisiones que papitaban en los cerebros, porque bajaron hasta el fondo de las almas para traducirlas a la luz, porque supieron hablar de la Naturaleza como de sí mismos y porque, en fin, según la frase típica de Anatole France a propósito de Zola, se honraron siendo "un momento de la conciencia humana". La universalidad, la amplitud y el altruismo que derramaron por la pluma les hizo llegar hasta lo más recóndito de la sensibilidad de sus contemporáneos y desbordar por encima de su generación hasta llegar a la inmortalidad, como aquellas inundaciones torrenciales de las épocas prehistóricas que ahogaban las montañas y amenazaban el orbe.

Las vastas tierras, desiguales y sembradas, en cuyas crestas oleosas se recorta de largo en largo, sobre el cielo azul, un campesino, todo gesto, que traspasa al Planeta su vigor y su soplo de vida, nos abren horizontes inconmensurables sobre la realidad y la profundidad de las cosas; y los villorrios engruñidos en los valles, a la sombra de campanarios mezquinos, las aldeas solas y abandonadas, muertas con el repique del crepúsculo, que salpican en la región la intermitencia de sus palpitaciones, nos hacen ver en síntesis el borbollar de la vida al recordar, por contraste, como velado por la bruma, el entrevero monstruoso de las ciudades donde hemos sufrido. Porque la Naturaleza no se detiene a la entrada de las capitales y en éstas se alargan tantos desiertos, se alzan tantas montañas y se abren tantos precipicios como en la tierra virgen. . . . Cuanto existe es, pues, para el poeta motivo de emoción: el llano y el arrabal, la verbena y el océano. Y a veces, los detalles más

pequeños proyectan en el alma una sombra tan grande como la de los más altos volcanes. . . Hay, por ejemplo, en las sonatas monótonas de los organillos no sé que cosa lastimera y malvada, que entra como un filo de fatalidad en el alma de los hombres y les arrastra de nuevo mar adentro, camino de las profundidades de su pasado doloroso, para hacerlas oír otra vez, en notas incompletas y sollozadas, ante panoramas de bruma, la eterna lamentación irremediable: la vida es así. . . De suerte que si todo en la metrópoli y en el campo, se adelanta al transeúnte para ofrecerle ensueño, el poeta, que es la impresionable síntesis de todas las sensibilidades, no puede menos que reflejar en sus versos lo que podríamos llamar la respiración invisible de las cosas inanimadas.

Y en ese cuadro eterno, portentoso e inagotable, tendrán que agitar fatalmente los remolinos multicolores de la fuerza secular e invencible que se llama Pueblo.

El hombre es el singular y la minúscula del Pueblo, porque el Pueblo es un hombre de cien millones de cabezas. Sin embargo, ambos se parecen en que tienen un corazón. El del primero, puede ser comparado a una brisa, el del segundo, a un huracán. El de aquél es limitado, hasta cuando late para la generosidad del yo que se llama "amor"; el de éste, es infinito, hasta cuando predica el Progreso, que es el egoísmo de la especie. El uno, puede ahogarse en los preludios de Heine; el otro, cabe apenas en las epopeyas de Víctor Hugo. Pero ambos evolucionan como planetas paralelos que no se pierden de vista jamás. Son la Tierra y el Sol. . . Por eso es que en el cerebro de los grandes han sido siempre fundidos y amalgamados bajo la forma de una sola fuerza independizada que disfruta de la Naturaleza y coopera a su desarrollo. Que si el hombre es la síntesis de la Humanidad, la Humanidad es la triunfante amplificación del hombre.

El Pueblo, pues, con sus incertidumbres, sus ingenuidades y su hervidero secular y la Naturaleza, con sus tesoros vivientes y grandiosos, constituyen el fondo de toda obra durable.

[Fragmento del prólogo al libro de Salvador Rueda *Trompetas de órgano*. París, 8 de octubre de 1906].

LAS NUEVAS TENDENCIAS

(1908)

EL TALENTO, LEJOS de ser un fenómeno individual, es un fenómeno social. En un hombre se condensa un momento de las colectividades. Por uno de los poros humanos surge la savia del conjunto. Con la ayuda de un cerebro, se exterioriza un gesto colectivo. El pensador y el artista no son más que un producto de la ebullición común, como la flor es un brote de la vitalidad de la tierra. Si pierde contacto con el jugo que lo nutre, se marchita. Su fuerza sólo es verdaderamente eficaz puesta al servicio del elemento que lo engendró. Por eso es por lo que los hombres superiores tienen que defenderse ante todo del orgullo, que les induce a suponer que dan a la colectividad más de lo que de ella reciben. El genio entre los genios sólo conseguiría condensar o idealizar el empuje de un grupo o de una época. Si el pueblo y el siglo deben agradecer el esfuerzo de la unidad que les da voz, ésta tiene que estar reconocida también al conjunto que la sostiene y le permite ser brazo, cerebro y corazón de una raza.

Se ha dicho que a las bases que la historia confirma desde los orígenes suelen escapar los que aspiran a ejercer orgullosamente, al margen de las corrientes generales, una especie de apostolado de la belleza pura. Pero si observamos el fondo de las cosas, vemos que estos mismos artífices traducen y expresan sensaciones comunes en una de sus formas menos difundidas quizás, pero en una de sus formas naturales. La ilusión es una necesidad del espíritu. El ensueño es el oxígeno de las almas. Y si nadie puede condenar a los que, de acuerdo con su temperamento, realizan una obra de contemplación, también salta a la vista que nuestras sociedades no están pidiendo miniaturistas, sino grandes voces humanas que anuncian al mundo la buena nueva de su advenimiento y su victoria. Esto es por lo menos lo que repite en todos los tonos una juventud ávida de orientación y de guía.

El error proviene de la epidemia de "cerebralismo" que reinó hasta hace poco. En regiones selváticas y excesivas, donde parece que los seres debieran darse cintarazos con el corazón, llegó a difundirse una atmósfera mefítica de

atildamiento y minuciosidades. La producción se resintió de ello. Todo se volvía discutir fórmulas y sistemas, todo olía a lectura y a semiplagio, todo tenía el color gris de un ejercicio de retórica. Y no es que abundaran los artistas inferiores. A través de la espuma superficial se advertían los temperamentos pletóricos. La luz se escapaba por entre las trabazones artificiales. La savia coloreaba la piel e hinchaba las venas. Pero el mundo gemía bajo la superstición de la moda. ¿Quién osaba ser sincero? El alma se deformaba bajo el corsé. El amaneramiento nacido del afán de perfección, el deseo de sorprender al público letrado, la falta de confianza en las propias fuerzas y la cortedad que en todo tiempo empuja a escribir "lo que se escribe" y a esconder todo amago de independencia, esterilizaron el empuje de los que adoptaban un estilo o una actitud como se elige un traje o una corbata. En vez de interrogarse y ceder a las inclinaciones íntimas, observaban en torno y se plegaban a las corrientes generales sin más programa que confundirse con los que parecían triunfar momentáneamente.

De más está decir que este reproche no encierra el menor asomo de hostilidad sectaria. Los que han querido hacer de mí un adversario de determinadas formas o escuelas se han enredado en un error. Basta un poco de flexibilidad de espíritu para admirar el arte en todas sus manifestaciones. Muchos de los que defienden ideales contrarios a los míos han podido darse cuenta de ello por los elogios que en más de una ocasión les he tributado. Pero al ensayar un bosquejo de aquellas horas grises y ensimismadas, no es posible dejar de señalar la inconsciencia verbosa de los que se creyeron exquisitos porque exageraron los defectos y olvidaron las cualidades de los predecesores que les servían de apoyo. En esa torpe sumisión había un renunciamiento de la personalidad, condición primera del arte. Porque la distintiva del talento es ante todo, la manera de ver original. No es posible hallar en la historia dos corazones iguales. Y si parecen asomar alguna vez, es porque uno de ellos es un reflejo del otro.

De ese mareo mal desvanecido aún han quedado varias supersticiones: entre ellas la que exige que la literatura y la vida sean cosas diferentes. Observemos en torno. ¿Por qué razón el hombre vivaz meditabundo o apático que nos maravilla con su buen humor, su pesimismo o su impasibilidad, resulta así que escribe un personaje completamente distinto? ¿Por qué se despoja al tomar la pluma de todo lo suyo para envolverse en un manto artificial y hacerse una fisonomía ficticia? ¿Por qué olvidan tantos que el arte sólo es una prolongación de la existencia y que el artista, lejos de resultar una abstracción intermitente, es un atleta de carne y hueso que no hace más que traducirse y entregarse en sus obras? Lo que neutraliza el esfuerzo de muchos es esa falta de sinceridad. Porque toda acción es efímera y flotante si no tiene raíces en la época, en el país o en el alma del que escribe.

De aquí que más de un autor excelente carezca hoy de editor y de público. Como no riman con las inquietudes generales, como no traducen nada que vibre en el corazón de los demás, no hallan quien compre ni quien haga circular sus libros. Y ello contribuye a prolongar las costumbres humillantes de los

primeros tiempos. ¡Cuántos son los que, a pesar de una celebridad relativa, siguen pagando la impresión de volúmenes que sólo leen los colegas mientras el público, que se ríe de la retórica y pide almas palpitantes, va a buscar su alimento intelectual al extranjero!

¿No nos hemos preguntado nunca por qué razón las obras de los escritores franceses, italianos o ingleses concuerdan con nuestro espíritu mucho más que la mayoría de los engendros que se multiplican en torno nuestro? Tengamos el valor de encararnos con la verdad. Esos libros reflejan paisajes, sociedades y costumbres extrañas, pero si carecen para nosotros del aliciente local, tienen por lo menos el mérito de reflejar la manera de ver de una época, de poner en evidencia el alma de un autor y de ser accesibles, naturales y humanos.

De más está decir que no confundimos lo claro con lo vulgar. Homero, Cervantes, Shakespeare y Hugo fueron altísimos creadores de belleza y están al alcance de todos. El aristocratismo borroso de que se jactan algunos retardatarios, no fue en todo momento más que un expediente de la impotencia. Los grandes espíritus tienen que ser siempre diáfanos y populares. Sobre todo en nuestras repúblicas sudamericanas que envueltas en el vértigo de su prosperidad y de su triunfo, mordidas por la savia nueva, esclavas de la improvisación vertiginosa, que es la esencia misma de su vivir, ignoran los atavismos y los cansancios de las civilizaciones viejas y exigen el cuadro general, la visión vasta que debe traducir el ímpetu y la vitalidad del conjunto.

Los que obstinados en trabajos minuciosos suplen con vanidad la perseverancia que les falta, se equivocan al proclamar que entre nosotros no hay ambiente para las cosas del espíritu. Nada es más injusto que arrojar sobre la masa la responsabilidad de las flaquezas personales. ¿Cómo no ha de haber ambiente en comarcas en ebullición, donde todo está por hacer y donde se entrechocan los esfuerzos y las ambiciones más disímolas, en un mundo maleable y espeso de esperanzas y de ímpetus? Lo que falta entre nosotros son brazos para las tareas intelectuales. Porque pocas veces se ha ofrecido en el mundo un momento más grandioso, una oportunidad más franca y más feliz para inmortalizar el esfuerzo y cosechar todas las glorias.

[Publicado en *El Nuevo Tiempo*, de Bogotá, 28 de diciembre de 1908. Archivo General de la Nación Argentina].

LAS RAZONES DEL "ARTE SOCIAL"

(1908)

LA LITERATURA no reside exclusivamente en la forma, como la pintura no reside en el *métier*, ni la música en la destreza sutil que pueda tener el compositor para utilizar sus estudios de armonía. Cincelar frases, describir sensaciones y bosquejar conflictos con el único fin de "hacer belleza" es como acumular en un cuadro una confusión de brazos perfectos, de caras expresivas y de trozos impecables que no corresponden a ninguna figura o grupo. Toda obra tiene un principio, un fin y un propósito. Claro está que no nos referimos a la hojarasca de los "ensayos, esbozos y apuntes" que son como el "ya ven ustedes lo que yo podría hacer si quisiera" de los que están convencidos de no saber hacer nada. Hablamos de las obras de aquellos que tienen algo que decir y lo dicen completamente. Nadie escribe por el placer de alinear palabras y colocar imágenes. A menos de caer en la incoherencia, el autor no puede menos que llevar siempre un hilo central, un propósito definido, una finalidad prevista. De suerte que los mismos que se declaran fanáticos del arte por el arte, empiezan por desmentir, fatalmente y desde los comienzos, la rigidez de su doctrina.

Bien sé que el hecho de combinar fríamente los episodios de un argumento novelesco no implica dar una tendencia al capítulo ni imponer un rumbo filosófico a una obra. Pero esta primera concesión hecha a la razón, ¿no es acaso un mentís que se dan a sí mismos los que proclaman que nada quieren saber con ella?

Además, es imposible escribir sin que lo que escribimos llegue a influenciar, directa o indirectamente, el espíritu del lector. Todos los escritores que predicán la excelsitud del arte retórico y aristocrático, sin mezcla de inquietud contemporánea, han hecho, sin desearlo quizá, obras que son, en cierto modo, una propaganda, en favor de determinada modalidad de vida. ¿Qué resulta *Aphrodite*, de Pierre Louys, sino una incitación a los placeres y un ataque, involuntario pero vigoroso, contra todas las restricciones religiosas, sociales o filosóficas que se levantan contra la lujuria, la prudencia y el espíritu de

conservación de las sociedades? ¿Qué son en su esencia los versos melancólicos de Verlaine sino himnos a la confusión interior, a la pereza volitiva, a la incertidumbre enferma y a las cobardías del hombre ante la naturaleza y ante sí mismo? ¿Qué dejan en el espíritu del lector las novelas ultramodernas de Jean Lorrain, sino un fermento de curiosidad venenosa, una inquietud perversa y un deseo agudo de codearse con todas las desviaciones de la ansiedad sexual? Y si el arte es arte puro cuando difunde estas ideas disolventes y guía a las multitudes por el camino de las negaciones, ¿por qué ha de trocarse bruscamente en arte didáctico y deleznable así que más viril, abre nuevos horizontes de esperanza ante los espíritus y empuja a los hombres hacia la justicia?

Tan sectario y partidario resulta, en último caso, lo uno como lo otro, y no habiendo razón para que la novela que ataca el matrimonio civil sea considerada como arte superior y la que lo justifica como arte ínfimo, no hay razón tampoco para poner escarapela a la belleza y decretar que sólo la sirven los que se desinteresan del progreso y se obstinan en mantener el actual estado de cosas.

Sería monstruoso establecer que el arte debe callar y someterse a los intereses que dominan en cada momento histórico, cuando todo nos prueba que desde los orígenes sólo se ha alimentado de rebeldías y anticipaciones. Su espíritu descontento, lastimado por la mediocridad, se ha refugiado siempre en las imaginaciones para el porvenir. De suerte que querer convertirlo, con pretexto de prescindencia en lacayo atado al triunfo transitorio de determinada clase social, es poner un águila al servicio de una tortuga y desmentir la tradición gloriosa de la literatura de todos los tiempos.

—No sois poetas, sois propagandistas— nos dicen los partidarios del arte por el arte, pretendiendo hacer alusión a la independencia de razonamiento con que hablamos de una humanidad reconciliada al calor de la justicia.

—Y vosotros, ¿qué sois? —podríamos preguntarles a nuestra vez— sino propagandistas también y mantenedores celosos del error vetusto que perdura. Vuestra indiferencia hecha de temor a lo desconocido, de pusilanimidad ante las ideas y de resignada costumbre no es, en definitiva, más que una complicidad que unifica vuestro espíritu con el de los grupos que dominan. La mejor prueba es que, así que apunta una oportunidad, prorrumpís en himnos, homenajes y epitalamios a los poderosos marcando de este modo vuestra adhesión a lo que ellos representan. Vais a la zaga de lo que os jactáis de mirar con desprecio. Y las declamaciones puramente teóricas que formuláis en momentos de malhumor contra la vulgaridad del mundo en que vivís no son más que confirmaciones de vuestro estrecho parentesco con él; porque, si en realidad, os molesta esa mentada vulgaridad, ¿qué es lo que os impide luchar por modificarla? ¿O sois acaso como esas doncellas temerosas que lloran porque se han advertido una pulga, sin atreverse a quitársela de encima?...

Pero interrumpamos estos diálogos familiares y aproximativos que podrían dejar suponer una animosidad que no tengo.

De acuerdo con mis convicciones, condeno el artificialismo y la pose de los "exquisitos". A mi juicio, lo primero que el escritor debe a los que le leen es la sinceridad. Tratar de seducir al público con actitudes y con frases que contradicen el pensamiento es tan poco honrado como vender una droga por otra o pagar una deuda con un billete falso.

Sin embargo, reconozco que algunos de los que hoy defienden la doctrina del arte por el arte lo hacen cediendo a espejismos de su idiosincrasia. La falta de combatividad, cierta tendencia femenina a no advertir más que los detalles de las cosas, una enojosa localización de lecturas y la ausencia de bases sólidas, de concepciones generales y de sistema en la educación, les han impuesto cierta incertidumbre, cierta resignación ante lo establecido y cierta falta de confianza en el poder renovador del hombre. Hacen arte como los pájaros gorjean a través de los hilos de oro de la jaula; y no se sabe (no lo saben ellos mismos) si cantan porque son felices o si cantan porque sufren, como no saben tampoco la manera de salir de su encierro, ni la explicación de las cosas que les rodean.

Esa insuficiencia que les coloca en una situación secundaria y transforma en instrumentos a los que debieran ser instrumentistas, ha dado nacimiento, en ciertos círculos, al prejuicio oprobioso de que los poetas y los escritores son hombres incompletos, fragmentariamente bien dotados, mancos y cojos de la inteligencia, niños grandes que hacen maravillas con la pluma, pero que, en conjunto y personalmente, resultan inferiores a los demás hombres. Claro está que si se recuerda el esfuerzo intelectual de la especie desde los orígenes y si se recorre con el pensamiento la cadena de cimas que va desde Homero hasta Zola, pasando por Dante, Tasso, Milton, Cervantes, Shakespeare, Goethe y Víctor Hugo, la opinión pueril de que acabamos de hablar se derrumba por su propio peso. Pero el horizonte de la literatura está obstruido casi siempre para los ojos de la mayoría por un enjambre de reputaciones locales y momentáneas que viven lo que dura una paradoja y que usurpan durante su paso fugaz, el pedestal que merecen los grandes precursores y a veces algunos contemporáneos. De ahí la tendencia de las colectividades a juzgar la divina misión del escritor por los defectos de los ejemplares subalternos que tienen en torno suyo, transformando lo que es insuficiencia incidental de los individuos en requisito indispensable para formar parte del conjunto. Contra ese modo de ver trata de reaccionar hoy en América una juventud atrevida que sólo busca inspiraciones en su sinceridad orientada a los cuatro puntos cardinales.

Todo verdadero escritor es una montaña. Desde su cumbre, coronada con sol y abofeteada por los vientos, se ve, se oye y se domina todo. Su obra refleja el borbotar de una generación, de una época y de una humanidad, con todas sus pasiones, sus iras y sus ternuras, enroscadas alrededor de un ideal vasto capaz de fascinar y retener a los hombres. Los que se refugian en detalles, en destrezas de estilo y en rarezas enfermizas son como los que, no

pudiendo entrar al teatro, se contentan con sentarse a la puerta del mismo. Pero el Escritor (con mayúscula) ha sido siempre una sensibilidad colocada en el vértice de los conflictos de su tiempo y su obra una enciclopedia de las ideas del siglo en que fue concebida. Por eso es que, sin cobardía y sin jactancias, debemos tener los jóvenes la temeridad y la altivez de ensayar nuestras fuerzas antes de declararnos vencidos. Si la obra resulta superior a los músculos de que disponemos para realizarla, cumple a nuestra lealtad confesarlo, sin tratar de disimular la impotencia con paradojas. Si triunfamos del imposible, nuestro grito de alegría marcará una nueva victoria del hombre. Pero en ningún caso debemos ceder a la tentación pueril de desdenar lo que no alcanzamos o de marcar con nuestra debilidad un límite a la fuerza de los otros.

Uno de los pocos escritores sudamericanos que creen aún en la reliquia del arte por el arte me escribía, en serio, hace algunos meses:

“Antes que todo, soy un artista orgulloso de la sensibilidad que me concede un derecho divino sobre una multitud de seres provistos de nervios bastos. Para mí el arte y la democracia se excluyen. El arte es una bella inutilidad y al combatir se deforma. El arte es un lujo de la naturaleza, como las rosas y los crepúsculos. Sólo los aristócratas pueden comprender la belleza de las unas y de los otros. Los pensadores fríos son los que deben defender teorías, pertenecer a agrupaciones, formar ligas, afiliarse a partidos y promover revoluciones. Los artistas, si queremos ir a esas luchas, no debemos ir como artistas. El artista tiene que ser libre. La vida, tal y como es, es excelente. No urge mejorarla. Hay que tomarla como un espectáculo interesante. Todo —bueno y malo, bello y feo— es motivo de nuestra hambrienta curiosidad. Seamos epicúreos”.

Nuestra generación, que ha acabado en América con el reinado de la improvisación y ha comenzado ante la plena vida una obra vasta, expuesta en volúmenes uniformes y disciplinados, no puede menos que sonreír ante estas anticuadas interpretaciones de lo que en la Francia de 1880 sirvió de excusa a la pereza orgullosa y al egoísmo subalterno de un grupo desprovisto de orientación y de voluntad.

Encarar la vida en forma de espectáculo interesante es tan imposible para el hombre como observar el planeta desde lejos, a la manera como observamos a la luna. La tierra y la vida nos poseen. Formamos parte de su conjunto. Y si a veces logramos sobreponernos a ellas con la imaginación, por nuestros nervios y por nuestros sentidos les pertenecemos siempre. Para que la vida fuese un espectáculo tendríamos que ignorar el amor, la justicia, la ambición, la ternura, el miedo, el interés, la esperanza, el hambre y cuanto constituye la personalidad viviente. . . Pero el artista, lejos de ser una momia o una estatua, es precisamente el producto de suprema sensibilidad nerviosa. Y esa sensibilidad sólo palpita accionada por lo que la circunda. De suerte que cuanto más nos hundimos en la vida y más luchamos, sufrimos y acumulamos sorpresas y sensaciones, tanto más bien dispuestos estamos para hacer obra de arte; y cuanto más nos alejamos de ella, tanto más nos empantamamos en ese convencionalismo estéril que ha sembrado de fracasos el campo de la litera-

tura. Si queremos convencernos de que la vida no es un espectáculo, basta recordar la obra de Musset, Petrarca, Byron, Bécquer, Rudyard Kipling, Wells, Tolstoi, Gorki, Suderman, Galdós, Blasco Ibáñez, France, Mirbeau y hasta Verlaine, que escribió páginas tan íntimas como la canción inolvidable que preludia:

*les sanglots longs
des violons
de l'automne...*

Porque lo más curioso es que los pocos simbolistas o decadentes que han tenido talento (Verlaine, Moréas, Regnier, etc.) han desmentido casi siempre con sus obras las doctrinas de la escuela que parecían dirigir.

Por eso sorprenden las exageraciones de los retardatarios que en España y en América fingen desdeñar la vida y la humanidad para refugiarse dentro de cofres de ensueño escondidos en el corazón de las orquídeas. Hacen gala de un desequilibrio tan persistente, que parecen estar esperando que alguien se encare con ellos y les diga:

—¡Basta, señores, de Verlaine, de Moréas y de Mallarmé! ¡Demasiado nos han atormentado ustedes los oídos con esos nombres!— Admiramos al primero, aplaudimos la brusca evolución del segundo y estimamos cuanto asoma de comprensible en el último. Pero estamos lejos de enamorarnos de un Olimpo donde no hay más que dioses menores. No pretendáis vendernos vuestras reminiscencias anticuadas por invención novísima. Bien sabemos todos que sólo podéis ensayar un remedo de lo que otros intentaron inútilmente en Francia hace veinte años. Basta de princesas imposibles, de instintos perversos, de lujurias estridentes y de originalidades de manicomio. Basta de fingimiento, basta de artificialismo, basta de teatro. Queremos aire, queremos luz, queremos naturaleza. Preferimos el vino generoso de nuestra radiosa Andalucía al ajeno adulterado con que os envenenan desde París. Somos sanos, somos vigorosos, somos jóvenes, y pretendemos vivir y crear normalmente, bajo la gloria del sol, entre el clamor de las asambleas oleosas, donde hace espuma la audacia y el ímpetu de la multitud, junto al hervidero de las verbenas alegres, en la soledad reconfortante de los trigales amarillos que son el oro imperecedero, bajo la atmósfera propicia de los salones, en la Cámara, en el Museo, en el café, en el arroyo, en todas partes menos en vuestros sótanos de pesadilla, porque somos verdaderos hombres y no muñecos, porque tenemos pasiones y no lecturas, y porque creemos en fin que la originalidad no es el resultado químico de una invención calculada, sino el producto espontáneo de una sinceridad inteligente. Id al diablo con vuestro cubilete y vuestras pócinas. Los alquimistas son hoy un anacronismo y todos los chiquillos malcriados emboscados detrás de la locura de Nietzsche no conseguirán desviar la corriente que lleva a la humanidad hacia la justicia. Las malas pasiones no han engendrado ninguna obra imperecedera. Por otra parte, no hay aristocracia del talento. Lo que hay es aristocracia de Academia y todos sabemos que de estas doctas asociaciones están casi siempre excluidos los que

más valen. Vuestro pretendidos inventos no nos sorprenden porque nos los sabemos de memoria. Dejadnos meditar en paz y volved a la naturaleza, que si no la hacéis así, acabaremos por creer que sois unos majaderos. . .

Quien hablara así tendría evidentemente toda la razón de su parte y a pesar de la viveza de las expresiones, se quedaría corto. . . Pero evitemos los rigores que si la razón desarma las resistencias la agresividad las encona.

De manera —interrumpirá un lector impaciente—, que la famosa teoría del arte social de que nos vienen hablando ustedes con tanta abundancia no es, en resumen, sino un ataque contra el difunto decadentismo.

—Los movimientos que se hacen “contra algo” —contestaremos— no son más que efímeras rachas negativas. Nuestra juventud, hambrienta de acción, desdeña las tareas ingratas del sepulturero. Si en medio de la actividad creadora completamos la obra de los años y derribamos algunas ruinas, será porque ellas se oponen parcialmente a lo que queremos construir. Pero, desde el punto de vista literario, como desde el punto de vista político, nuestro propósito no será nunca acumular escombros sino levantar los más altos minaretes. No nos guía una hostilidad contra ninguna tendencia o grupo. Lo que hacemos es barrer los errores pasados para que brille mejor la verdad.

El arte social no es una doctrina nueva, por varias razones: 1) porque no hay nada nuevo bajo el sol, 2) porque la belleza ha sido alcanzada por las generaciones que nos han precedido y modestos herederos y continuadores como somos de esa gloria en el proceso de la evolución triunfante, no podemos caer en el erostratismo infantil de reducir el mundo a las proporciones de un guijarro para lograr cubrirlo con nuestra sombra, 3) porque, en punto a literatura, después de treinta siglos de esfuerzos, sólo caben las selecciones y las rectificaciones y 4) porque no hemos tratado de buscar lo que no se ha hecho todavía, sino de descubrir lo que se debe hacer.

Más que una flamante modalidad literaria es, pues, el arte social una reacción contra las desviaciones de los últimos tiempos, una vuelta hacia la normalidad y una tentativa para dignificar de nuevo la misión del escritor, que no debe ser un *clown* o un equilibrista encargado de cosquillear la curiosidad o de sacudir los nervios enfermos de los poderosos, sino un maestro encargado de desplegar bandera, abrir rumbo, erigirse en guía y llevar a las multitudes hacia la altísima belleza que se confunde en los límites con la verdad. Porque ya hemos tenido oportunidad de decir que la verdad es belleza en acción y que las excelencias de la forma sólo alcanzan la pátina de eternidad cuando han sido puestas al servicio de una superioridad moral indiscutible. De suerte que los propósitos que nos guían se pueden condensar suscintamente en pocas frases:

A. Alejar de la literatura a los enfermos y a los desequilibrados que la desprestigian y devolver al templo su dignidad primera.

- B. Restablecer el prestigio del escritor, dándole algo de la austeridad y del encanto profético que fue su aureola en la antigüedad.
- C. Acabar con las especializaciones de los miniaturistas y suscitar en el poeta la visión vasta que permite abarcar los conjuntos, haciendo del que escribe el unificador y el sintetizador supremo de las más diversas universalidades.
- D. Fortificar los lazos que nos unen a nuestra generación y a la época en que vivimos, tratar de ser algo así como la voz de nuestro tiempo.
- E. Cultivar la generosidad, la bondad, el espíritu de sacrificio y los instintos buenos, que serán en las épocas niveladoras que se anuncian la única superioridad posible.

Porque el escritor ha de ser como un ejemplar de lujo de la especie. En él deben acumularse las mejores excelencias, los arranques más puros, las delicadezas más sutiles, las más altas aspiraciones los propósitos más universales, las indulgencias más altas. Es la síntesis del grado supremo de perfección que ha podido entrever el hombre en cada momento histórico. Es el héroe de su siglo, el personaje al propio tiempo familiar y fabuloso que representa las aspiraciones remotas de la raza y que, al abrigo de los odios y las miserias de los ejemplares incompletos que pululan en torno suyo, realiza su obra y cumple su misión con un poco de esa sencillez inconsciente de los iluminados. Ni deja de ser un hombre como los demás, ni se atribuye el menor mérito. Tiene conciencia de su valer y es superior precisamente porque no trata de establecer ninguna superioridad. Sabe que, así como el reino de Jesucristo no era de esta tierra, sus consagraciones y sus recompensas no las debe alcanzar en vida. Y si es un gran sacrificio voluntario, es también un gigantesco obrero feliz que saborea el goce de su fuerza, el vértigo de su desinterés y el orgullo inconmensurable de su modestia.

A este conjunto de ideas, a esta orientación, a este estado de alma, le han dado algunos el nombre de "arte social", como pudieron darle otro nombre cualquiera. Pero el movimiento no es obra de una personalidad ni de un grupo de hombres. Como todas las cosas fuertes y durables, ha nacido anónimamente al conjuro de una necesidad colectiva. No es una receta para alcanzar inmortalidad momentánea. No es una "actitud". No es una práctica ocultista. Los que tengan necesidad de misterio y de maniobras de fakir, así como los que, incapaces de sinceridad interior, sólo buscan nuevas posturas artificiales, no deben venir con nosotros. No somos los pregoneros de una moda más o menos fugaz, sino los defensores de la verdad sin adjetivos.

[Del libro *Burbujas de la vida*, Editado en 1908 por Librería Paul Ollendorff, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas, París].

LA MANIA DE IMITAR

(1929)

FRENTE A LOS PROBLEMAS que se plantearon desde los orígenes de su vida libre, la América Latina atendió más a menudo a buscar ejemplos que soluciones propias.

Nunca se preguntó:

—¿Qué es necesario hacer?

Fruto de una tradición dogmática, su actividad resultó ante todo memorista y la interrogación se concretó, más bien, en estas palabras:

—¿Qué es lo que hicieron otros?

El sistema adormeció a los pueblos del sur en una atmósfera sobrecargada de imitaciones. En el orden político, sociológico, artístico, municipal, el ideal supremo fue trasplantar lo que existía en las naciones, en las ciudades o en las almas que admirábamos desde lejos.

Así surgió una civilización, fastuosa a veces y sorprendente por su vigor, pero desprovista de personalidad. Los conocimientos no fueron trasmutados, no se les dio forma autónoma. El progreso cuajó en los moldes del convencionalismo. Se adoptó lo bueno y lo malo, sin discernir. Y el adelanto residió más en las exterioridades que en los resortes interiores.

No podía ser de otro modo puesto que ese progreso no nacía del medio, ni estaba estrechamente ligado con él.

Desde las Constituciones y las formas políticas, hasta el uniforme de los soldados, pasando por la edificación, las modas y la ideología, cada paso marcó un trasunto fiel de lo que se había visto o leído, posponiendo casi siempre la concordancia y la necesidad de adquirir fisonomía, sacrificando en todo momento las impulsiones del propio ser en aras de lo artificioso y de lo ajeno. Las naciones nacientes se calificaron a sí mismas de nuevas Grecias o nuevas Prusias, las ciudades en embrión aspiraron a ser la "Atenas" o el "París" de América, los intelectuales el "Musset", el "Zola" o el "Castelar" de tal o cual república. En vez de crear con el esfuerzo diario valores nuevos y una civilización diferenciada, ensayamos vivir del reflejo y de las rentas de otras civilizaciones. En vez de tener caballo propio, montamos a la grupa de los demás.

Una pereza engrdeída o resignada, se comunicó así a los más diversos órdenes como si no fuera ya posible inventar o renovar, como si todo debiese ser transplantado del escenario grande al chico, como si la única aspiración finese en multiplicar "dobles" de lo que nació de otras evoluciones sociales, bajo otros climas, con otros componentes, en otros siglos.

Esta manía de imitar ha sido el origen de la situación disminuida en que se hallan nuestras repúblicas, de las dificultades porque hemos tenido que atravesar después de la guerra y de las graves amenazas que se ciernen sobre nosotros.

Si subrayamos la saturación de inspiraciones extranjeras es, sobre todo, porque en las órbitas del Estado ella impidió toda concepción o doctrina propia, no sólo en lo que se refiere a los asuntos interiores sino también, y en particular, en lo que atañe a la acción internacional.

No se sospechó siquiera que pudieran existir entre nosotros conflictos diferentes de los que veíamos en los pueblos cuya vida imitábamos. Así se desarrollaron las colectividades sin afrontar el primordial problema étnico, que imponía el estudio de la convivencia con el aborigen, o según las zonas, la dosificación de las inmigraciones. Así continuamos, en el orden comercial, el monótono juego de exportar materias primas e importar productos manufacturados, sancionando el colonialismo virtual, aceptando la etapa ganadera y agrícola como estado definitivo. Así crecimos confiadamente sin averiguar lo que representaba el imperialismo anglosajón, imperialismo del cual sólo llegaron a tener noticia nuestros dirigentes después de la guerra, cuando se hizo patente en Europa y cuando de los mismos Estados Unidos nos llegaron las voces que denunciaban la sujeción.

Todo ello se complicó con un envanecimiento prematuro que interpretó toda reserva como síntoma antipatriótico. Examinar las cuestiones, investigar el porvenir, equivalió a poner en duda la predestinación de nuestras repúblicas y la supersabiduría de los augures que guiaban sus pasos. ¿Cómo admitir que alguien pudiera saber más que nuestros "hombres de gobierno", que habían adquirido su ciencia en el comité, combinando fraudes electorales o en la montonera, ordenando fusilamientos? ¿Cómo podían dejarnos subir a nosotros, los ilusos, al pontón anclado en el pasado sobre el cual ellos tenían la ilusión de navegar?

La evolución que se anuncia en toda la América Latina viene a redimirnos de estos errores. Hombres nuevos con ideas nuevas han de resolver los problemas propios basándose en sistemas adecuados a las necesidades y a la situación de cada zona. Al margen de los empirismos y de las jactancias, habrá que encararse al fin con la obra y decir: ¡vamos a hacer una Patria!

[Artículo escrito en Niza y enviado para su publicación a *El Argentino* de la Plata, República Argentina (31/8/1929) y a *El Universal* de México (20/9/29). Archivo General de la Nación Argentina].

EL IDIOMA INVASOR

(1929)

MÁS DE UNA VEZ se ha criticado en nuestra América la debilidad complaciente con que toleramos la difusión agresiva de otro idioma. Se observa su auge en las escuelas, en el mundo de los negocios, hasta en los letreros callejeros que empiezan a falsear el aspecto de las ciudades imponiéndoles un empaque anglosajón.

Fomentada por la avidez de lucro de ciertos comerciantes que creen atraer a los turistas adinerados y sostenida por el snobismo de algunos de nuestros propios compatriotas que imaginan adquirir así patente de superior distinción, esta tendencia, mal contraloreada por los dirigentes responsables, acusa una situación neocolonial, comprometiendo, con la preeminencia de nuestro idioma, el prestigio mismo de las jóvenes nacionalidades.

La incuria, la inexperiencia, la novelería, las viejas rémoras de las repúblicas del Sur, son explotadas arteramente por el imperialismo infatigable. Se complace éste en imponer su marca en todas las facetas de nuestra vida, subrayando un estado de sujeción inconfesado o una dolorosa dependencia que a veces tratamos de disimular a nuestros ojos.

El cinematógrafo agravó este estado de cosas. Las películas ridiculizan impunemente nuestra historia o nuestras costumbres. Al hispanoamericano le corresponde siempre el papel antipático o envilecedor, mientras se acumulan todas las virtudes sobre el héroe del norte. Con ayuda de la admiración que levantan en el público los personajes episódicos, se ancla en el criterio de la juventud el sofisma de una inferioridad irremediable que justifica la tutoría de otra raza mejor dotada cuyos fastuosos progresos, cuyas proezas magníficas, penetran en forma de imagen hasta el corazón.

Con el film sonoro y hablado cobra ahora esta prédica una virulencia inusitada. Ya no es la simple visión gráfica, que las leyendas en español atenúan o equilibraban a veces; es la carne y el espíritu, la vida integral de otro estado que se derrama sobre nosotros. Y esto no constituye un hecho excepcional o limitado. Desde la frontera norte de México hasta el Cabo de Hor-

nos, se multiplica impregnando la opinión de un continente al cual se impone el deslumbramiento de la metrópoli prestigiosa y la obligación de aprender un idioma extranjero.

Ha llegado la hora de llamar la atención de una manera concluyente sobre la desnacionalización que nos amenaza. No es posible que colaboremos en la tarea de difundir la corriente dominadora, abriéndoles nuestros teatros y nuestras almas de par en par. Hay algo que escapaba todavía al avance creciente de empresas y productos, de préstamos y sugerencias políticas. Era el espíritu de nuestras poblaciones apegadas a su filiación, a sus costumbres, a su idioma. Por encima de la presión general que gravita sobre la producción acaparada y sobre el progreso estampillado, la nacionalidad, abriendo las alas, se refugiaba en las alturas. Es esa esencia superior lo que pelagra, esa personalidad moral que hasta hoy escapó a la captación sistemática, último resto incólume de la vitalidad comprometida. Entregarlo equivaldría a resignarse a la sujeción.

No faltará quien tache mis palabras de apasionadas arguyendo que nada perderán nuestros pueblos con aprender a hablar inglés. ¡Como si sólo se tratase de la materialidad del léxico! En este caso, el idioma es vehículo de infiltración. Por otra parte y en un terreno más amplio, la aceptación de una lengua extranjera sólo marca excepcionalmente un movimiento defensivo. En la casi totalidad de los casos sanciona una capitulación. Sólo es movimiento defensivo cuando un conjunto la adquiere como arma para combatir. Es derrota, cuando la acata, sin volición previa, como resultado de una hegemonía. Las repúblicas hispanoamericanas comprometerían su vocabulario irremediablemente. Se harían más accesibles a la invasión moral que ha de doblar las últimas resistencias. Adquirirían mayor facilidad para plegarse a las tareas secundarias a que las destina el invasor. Acortarian el plazo de la genuflexión definitiva. Porque el nuevo idioma, al sobreponerse al de los nativos, confirmaría la substitución de influencias directoras, abriendo paso al aluvión que ha de arrollar al pueblo sometido bajo el prestigio del pueblo conquistador.

Por eso cabe llamar la atención sobre esta nueva forma de propaganda que, aprovechando el descuido de las autoridades, despliega, hasta en las horas de solaz, el movimiento envolvente del idioma invasor.

[Escrito en Niza, en diciembre de 1929. Publicado en *El Universal* de México, el 20 de enero de 1930. Archivo Gral. de la Nación. República Argentina].

EL ARTE NACIONAL

(1930)

LOS EUROPEOS que observan nuestras cosas con el espíritu sagaz y con la lógica implacable de un mundo sólidamente asentado sobre bases seculares, se sorprenden al no encontrar, con la excepción parcial de México, una literatura autóctona en las repúblicas del Sur.

Hay que reconocer que, en realidad, los errores de nuestra política se han reflejado en el arte. No en vano es éste, con nuestra anuencia o sin ella, un reflejo del medio en que se produce. Transportando al plano del entendimiento el sistema neocolonial de importaciones comerciales, nació el afán ciego de trasladar, sin ton ni son, los gustos y las preferencias que hacían ley en otras sociedades. Así fue posible la literatura de imitación que tanto ha sorprendido a los extraños. Casi se puede decir que nuestro Nuevo Mundo, privado de expresión artística, está esperando aún que sus intelectuales ocupados en cultivar predios ajenos, se decidan a roturar la propia heredad. El internacionalismo intelectual —empleo la palabra no en su sentido de amplitud comprensiva sino en el de renunciamiento y entrega de las propias características— no fue, pues, más que una manifestación del embobecimiento que en todos los órdenes nos ha inmovilizado, primero ante Europa y después, ante los Estados Unidos. No hemos tenido vida propia. Hemos vivido “por cable”, atentos igualmente a las cotizaciones y a las modas, como si, alimentados por un cordón umbilical de direcciones supremas, la esencia de nuestro ser no hubiera salido todavía a luz. A tal punto que más de una vez nos preguntamos en horas de perplejidad: ¿Cuándo se trasmutará en arte la vida latinoamericana?

LA CHISTERA

En este orden de ideas, recuerdo un hecho, ínfimo, pero simbólico, que pone de manifiesto la dócil sujeción.

Cuando hace 20 ó 25 años un elegante apabulló en el hipódromo el sombrero de copa del presidente Loubet y cuando algunos años más tarde hubo en París un revuelo político alrededor de un principio imperial, algunos aristócratas franceses dieron en llevar, ostensiblemente, en la cadena del reloj, una medalla de oro representando una chistera destrozada o un bicornio napoleónico. Era una manifestación partidaria, alusiva a hechos locales que sólo podían tener interés para los franceses.

Sin embargo —hasta es difícil decir estas cosas— yo no me he explicado nunca por qué extraña aberración aparecieron poco después ciertos petimetres sudamericanos luciendo sobre el chaleco la misma medalla simbólica, que nada tenía que ver con nuestra situación o nuestra vida. Lo que se concibe fácilmente es el estupor matizado de agradecimiento irónico con que el francés espiritual debió recibir tan inesperada prueba de solidaridad.

Que los que cayeron en la desafinación no me reprochen el recuerdo inoportuno. El propósito no es subrayar la ingenuidad de unos cuantos, sino poner de relieve con la caricatura, las tendencias erróneas de un conjunto. En distinción, como en economía, en política como en arte, tenemos que libertarnos de la ciega tendencia a copiar lo que es resultado de otros procesos sociales.

LA LITERATURA CRIOLLA

Cuando se hablaba de estas cosas, Rubén Darío, tan grande en su poesía, perdía pie en el mar.

La literatura criolla —decía— será una literatura inferior, para gauchos y cocineras. Hay que hacer arte exquisito. Si no nos comprende el público, peor para él. . .

Pero el gran lírico se equivocaba. El también, a pesar de su talento, se resentía de la enfermedad general. La lectura diaria de los cables nos ha ido identificando gradualmente con el ambiente europeo hasta desplazarnos por un fenómeno de ilusión de nuestro propio ser. De la increíble ficción han nacido europeos a distancia. Los viajes frecuentes confirman la anomalía. Y así nos encontramos a veces con productos híbridos, que son europeos cuando están en América y que son americanos cuando están en Europa, sin que en ninguno de los dos casos logren llegar hasta el fondo de su verdadera personalidad.

—“En América no puedo pintar, porque no hay asuntos, ni paisajes”— me decía muy serio, cierta vez, un pintor argentino.

Claro está que no encontraba en las márgenes del Plata paisajes como los que él había admirado en las telas de los maestros a quienes se obstinaba en imitar. Estos habían pintado escenas de Europa con ojos europeos, en realidad, escenas de su alma. Para pintar la vida de América nuestro compatriota hubiera tenido que empezar por aprender a verla y por aprender a sentirla.

PEDRO FIGARI

Ahí está el maravilloso Pedro Figari dando expresión triunfal a un mundo que tantos habían desdeñado.

Aprender a ver. Aprender a sentir. En estas palabras reside el secreto de este arte latinoamericano que empieza a surgir ahora por todos los poros del continente. En el despertar de la conciencia americana se tiende a estudiar sus problemas y a comprender el sentido de su evolución social, se inicia también la observación sincera de lo que nos circunda y aparece, como si se rasgase un velo, la percepción de la belleza autóctona. Si antes no la vieron nuestros ojos, fue porque todo parecía estar organizado para impedirlo.

En las épocas en que yo cursaba mis estudios secundarios —así vuelven a veces sin que sepamos por qué las imágenes lejanas— teníamos un extraño profesor de literatura. No he de ejercer represalias póstumas nombrando a un muerto a quien los diarios tributaron los honores que entre nosotros equivalen a decir: Al fin nos dejó en paz. Porque tratándose de algunos, no son los que se van los que conquistan la tranquilidad, sino los que se quedan.

MI VOCACION

El profesor aquel, que se creía revolucionario porque había leído la historia de los girondinos, nos autorizaba de largo en largo a elegir el tema de nuestra composición. Era —nos decía— una audacia de su temperamento liberal. Ilusoria audacia, desde luego, porque ceñidos como estábamos por la prédica preceptista cada alumno adulaba consciente o inconscientemente al “dómine”, aderezando pastiches con lo que había oído o leído días antes. La clase parecía una fábrica de muñecos. Ni una chispa de arte. Ni un resplandor. No había risas juveniles siquiera. Las primeras resonaron bajo las frías bóvedas a costa mía. Y voy a referir en qué circunstancias, ya que ellas debían decidir mi vocación de escritor.

Aquella vez, como de costumbre, los alumnos eligieron para sus composiciones los temas de siempre: la llegada de Colón a Santo Domingo, la descansada vida de Fray Luis de León y los tres o cuatro tópicos vetustos de la fría lectura oficial.

El carácter rebelde me hizo, en cambio, saltar por encima de la necrópolis.

UNA NOTA

Por esos tiempos los bonaerenses veraneábamos en los que son hoy barrios céntricos de la gran ciudad. Yo me hallaba obsesionado por lo que acababa de ver durante las vacaciones. La pluma titubeante reflejó las peripecias de un viaje en tranvía desde la plaza de la Victoria hasta la Iglesia de San José de Flores evocando en prosa invertebrada, la silueta del mayoral compadrón,

los gritos de la morena sirvienta cargada de canastos, las angustias del viajero retardado que corría haciendo señas locas y el ruidoso e inevitable descarriamiento que nos obligaba a bajar del coche minúsculo para ponerlo otra vez sobre los rieles, en medio de animados comentarios.

Cuando llegó mi turno, el profesor, que ya había examinado y clasificado los trabajos, me preguntó sonriendo:

—¿Quiere usted que se lea el suyo también?

Sin darme cuenta del sentido de la interrogación, contesté que sí.

Ojalá no lo hubiera hecho. Desde las primeras líneas se desencadenó la hilaridad. Al principio lo atribuí a las situacionesseudocómicas del relato. Pero pronto me convencí de que el asunto resultaba inusitadamente vulgar en medio de los convencionalismos clásicos. Mi composición era pésima, de más está decirlo, pero no eran mejores las demás recibidas, sin embargo, con distraída condescendencia.

Recuerdo que a guisa de consuelo me dijo el piadoso educador:

—No le impresione el fracaso. Quizá tiene usted mejores disposiciones para las ciencias exactas.

CONFIANZA

Pero la fidelidad a mis certidumbres y digamos la palabra, la confianza en mí mismo —que me ha llevado después a defender contra viento y marea la tesis antimperialista— existía acaso ya en germen, en el desamparado escolar. Puesto que mis escritos levantan resistencia —me dije— es probable que no sean malos. Y sin vacilación me dediqué a las letras, dentro de las cuales he tratado de servir hasta hoy, de la mejor manera que pude, la tendencia nacional, repitiendo en todas las ocasiones: “Hay que hacer arte nuestro”.

El ridículo ensayo juvenil y el ignaro profesor de aquellas épocas son culpables pues de que yo haya publicado dos docenas de volúmenes y que escriba, en forma de conversación familiar y tal como lo siento, esta peregrina crónica. Y conste que al emplear la palabra “peregrina” sólo le doy el sentido efímero de los pájaros que pasan.

[Artículo escrito en Niza y publicado en el diario *Crítica* de Buenos Aires el 18 de noviembre de 1930].

EL "AUTOCTONISMO" LITERARIO

(1932)

LOS ERRORES de la política latinoamericana, tenían que reflejarse en la literatura. No en vano es el arte, con nuestra anuencia o sin ella, un reflejo del medio en que se produce. Transportando a la actividad intelectual las características de la vida pública, nacieron también, dentro de las letras, las oligarquías absorbentes y los compadrazgos, las arbitrariedades, las injusticias; y en el orden de las inspiraciones, el ciego afán de trasladar, sin ton ni son, a nuestro medio, cuanto nacía en otras sociedades.

Trasunto obligado, esto último, de la sujeción neocolonial y *pendant* inevitable del sistema de importaciones comerciales, al cual nos condena, una organización empírica.

Así nació la literatura de imitación, que tanto ha sorprendido a los europeos, por su falta de personalidad.

En un artículo titulado "Cómo conocí a Maurice Barrès", cuenta Alejandro Suz que Barrès le dijo cierto día:

—No creo en Sudamérica. Falta mucho para que de ese Continente surja algo de verdadero valor. Allá la pelea es todavía con la naturaleza y con los hombres. No hay tiempo para pensar. . . Sudamérica no dará otra cosa por mucho tiempo. Hay excepciones, naturalmente. Allá no se valoriza el talento, no puede valorizarse, no hay ambiente, no hay público. Y las gentes de América no respetan más que el dinero. Es natural, es una forma moderna de la fuerza y los pueblos primitivos, aunque gocen de todas las ventajas de la civilización, adoran la fuerza. ¿Poetas hispanoamericanos? Rubén Darío, un francés que escribía en español. Heredia, un criollo que escribía en francés. Ahora claro, ustedes tienen necesidad de inventar grandes hombres, lo mismo en la guerra y en la política que en el pensamiento. Pero, no resisten una comparación seria. Dentro de algunos siglos, naturalmente. Pero ahora. . .

Después de lo cual termina Barrès:

—Me dan ustedes la sensación de que sienten vergüenza de haber na-

cido allá. En los versos de sus poetas, en los libros, todo es Europa. ¿No pasa nada allá? ¿No tienen nada interesante que contarnos?...

Juicio excesivo, con hacha de abordaje, que acaso acentuó la pluma del cronista irónico. No traduce, desde luego, una realidad. Nadie tiene derecho a interpelarnos en ese tono. Pero resulta imposible desconocer que, en la mayor parte de los casos, nuestro Nuevo Mundo no ha sabido digerir las lecturas. Privado de expresión artística, está esperando aún que sus intelectuales, ocupados en cultivar predios ajenos, se decidan a roturar la propia heredad.

Sin admitir la exageración de Barrès, se comprende que los europeos que nos observan, con la inteligencia capaz y con la implacable lógica de un mundo sólidamente asentado sobre bases seculares, se sorprendan al no encontrar una literatura autóctona en las repúblicas del Sur.

—Sois —nos dicen— el resultado de la fusión de varias razas, habéis heredado las características del español y las tendencias al ensueño del indígena, habéis atravesado sacudidas sociales que dieron nacimiento a fenómenos inéditos, habitáis comarcas salvajes y maravillosas... ¿Por qué no reflejar en la literatura los asuntos, los estados de alma, los paisajes, la atmósfera en la cual os desarrolláis? ¿Que vuestras repúblicas no existen sino desde hace cien años? ¿Que habéis estado acaparados por la discordia y por las precauciones financieras? ¿Que los Estados Unidos no tienen tampoco una literatura completamente caracterizada? ¡Pálidas excusas! El hecho real es que desde el punto de vista artístico, habéis permanecido insensibles ante vuestra propia vida...

Claro está, que los que siguen de cerca nuestra evolución intelectual, conocen las tentativas serias que se han hecho. Sería absurdo no tener en cuenta lo que mañana será invocado como punto de partida. Abundan esfuerzos individuales que nadie puede olvidar. Pero hay que reconocer, también que, en conjunto, ha faltado el empuje coordinado que significa un movimiento.

Para comprender la situación, hay que evocar los antecedentes.

De la literatura de imitación, que prolongó después de la independencia la influencia colonial de España, nuestras comarcas pasaron a la literatura de emancipación que, con ayuda de Francia, extendió al reino de los espíritus las ventajas de la subversión política. Pero el "modernismo" o la "escuela decadente" eran imitaciones también.

Este movimiento flexibilizó el estilo y lo despojó de hojarasca académicas, permitiendo en nuestra América la floración de algunos espíritus excepcionales. No marcó, sin embargo, más que una etapa de la evolución. Porque el propósito no podía ser reconstruir en lengua española, lo que ya había sido

realizado definitivamente en francés. Ni menos aún, crear extemporáneamente, en nuestros pueblos balbucientes, la literatura complicada de una civilización cabal.

Sólo hemos podido presentar así, hasta ahora, una brillante élite asimilada por el pensamiento a Europa y alimentada por sus viajes, en el culto de literaturas diversas, fuerza apenas suficiente para dar lugar a revuelos transitorios, puesto que el mismo talento de los iniciadores no podía ser apreciado, debidamente, ni en la América Latina, cuyas preocupaciones estaba lejos de traducir, ni en Europa, a la cual no traía nada nuevo.

El fenómeno correspondió a la hora en que las repúblicas de ultramar, en su crisis de crecimiento, se interesaban más por la vida de los demás, cuyos elementos asimilaban, que por su propia vida, mal definida aún. No había llegado el instante en que el observador se observa a sí mismo. Y esta literatura de *deracinées* (era por aquellos tiempos la palabra de moda) no podía aspirar en forma alguna a ser expresión nacional, ni a asumir la representación del conjunto.

Lo que América esperaba y lo que se esperaba de ella, era un arte que resultase de su propio carácter, violento, primitivo, indócil, lleno de juventud y de confianza en el porvenir.

Después de haber sido espectador, el hispanoamericano debía volverse actor en las obras que brotaron de su espíritu, debía reflejarse en las creaciones del medio, debía improvisarse un arte personal, abandonando todos los colonialismos, hasta aquellos que parecían más tentadores. Esta aspiración, no interpretada, explica la popularidad brusca del teatro criollo.

La crítica mundial no podrá tomar en consideración al arte latinoamericano, como fuerza nueva, si éste no trae un matiz propio y una originalidad. Por hospitalarios que sean los grandes centros, sólo vibrarán en presencia de un movimiento que traduzca características particulares, desde el punto de vista de la acción, de la atmósfera o del estilo.

Además, todos oímos una voz que nos grita:

Abundan los elementos de originalidad. Una revolución en la América Central, la vida de los trabajadores del petróleo en México, las costumbres de una gran urbe como Buenos Aires, el esfuerzo de los pioneros en las selvas del Brasil, el drama rústico de los ganaderos en la Patagonia, pueden dar lugar, en el dominio de la poesía, del teatro, de la novela, de la pintura, del arte, en fin, a realizaciones de interés general. Y lo que ha quedado inédito, no es solamente la intriga y el paisaje, sino el alma. Es la aspereza o la dulzura de las costumbres, la fuerza del odio o del amor, lo inexplorado que hay en el fondo de los seres, en medios mudables y atormentados en que la vida toma un ritmo original. . . ¿Por qué no hemos descifrado el enigma de estas comarcas en que la naturaleza y el hombre ignoran la disciplina y el método de la vida europea? . . .

Sólo se puede explicar la anomalía, teniendo en cuenta las condiciones en que se halla el artista en nuestra América, donde no ocupa un lugar definido, donde sólo llega a mantenerse en la superficie, orientando sus energías hacia

el periódico; donde la política y el lucro, absorben las capacidades; donde la acción nociva o bienhechora, devora el pensamiento. En medio de la loca carrera hacia el poder o la fortuna, no queda a menudo al intelectual más que el recurso de ponerse al servicio de las fuerzas dominantes, suprema abdicación, que le hace perder a la vez, la independencia y la confianza en sí mismo. Alcanzará todos los honores de la cacharrería oficial, pero en su esencia, en su virtud, habrá muerto.

Por otra parte, para abordar temas inéditos y para traducir un conjunto que todavía no ha sido explotado, hay que crearlo todo, desde las concreciones, hasta los útiles. Labor formidable ésta de levantar los primeros andamios. Empresa peligrosa también porque conduce a mezclar por la primera vez, substancias químicas y a dosificar la deformación que sufre la vida al reflejarse en el arte.

A todo ello hay que añadir el alejamiento de los más representativos. Casi todos hemos vivido, por razones políticas o por falta de adaptación al medio, lejos de nuestro país y de nuestro Continente. El eje literario de la América Latina ha sido siempre París. El nos ha familiarizado con las corrientes del siglo. La permanencia en centro de tan alta civilización y el trato con espíritus selectos ha hecho que se sobrepasen a veces los escritores del Nuevo Mundo español. Pero la obra, privada, a pesar de todo, de raíces, no ha correspondido siempre al esfuerzo. Si el renombre de los autores constituye una victoria individual, esas exaltaciones sólo han hecho entrar en la literatura ínfimas partículas del medio autóctono.

Así se ha retardado el empuje que pudo crear la personalidad. La cantera existe. También viven los hombres capaces de utilizarla. Pero surge, además de cuanto hemos apuntado, un problema en cierto modo político. El verismo literario que debe traducir la realidad étnica y social de nuestras repúblicas, no puede hacerlo de manera fragmentaria en cada una de ellas. Sólo será resultado de un movimiento global. Y el actual desmigajamiento detiene el empuje.

Es cierto que el pensamiento se adelanta a los hechos. Pero si los acontecimientos son a menudo consecuencia de las ideas, las ideas suelen también abrir el vuelo al contacto de los acontecimientos. En todo caso, no se ha impuesto hasta ahora el fervoroso ideal unánime que ha de precipitar el advenimiento de una literatura única.

La originalidad en el arte sólo puede resultar de una vida solidificada y completa.

Después de haber asimilado los aportes de la civilización universal, el conjunto toma posesión de su savia, se transforma en núcleo creador y multiplica en todos los órdenes, las iniciativas, las rectificaciones, la observación del propio organismo. Del cuerpo cohesionado y en marcha surgen, lo mismo en la órbita material que en la órbita espiritual, las audacias que modifican

el fondo y la apariencia de las ideas y de las cosas. Todo ello irradia sobre el mundo y se funde en el haber general, pero todo ello es emanación de una vitalidad autóctona, sin cuya vibración nada podría florecer.

Si no pudo ocurrir esto desde los comienzos en las sociedades en formación de la América Latina fue porque no habiendo éstas alcanzado la madurez que crea la personalidad, los balbuceos de la emoción artística buscaron lógicamente en la imitación más o menos directa, el vigor que no podían esperar del medio. Si vimos reflejarse en las tierras nuevas el refinamiento y la fatiga que representó el decadentismo, fue porque no había conexión entre el estado social tosco y la aspiración artística refinada. El fenómeno sólo tradujo el deseo de evasión de una élite. Tan clara ha sido en este orden de ideas la confirmación de los hechos que ahora, en este comienzo de despertar, algunos de los que por entonces se proclamaban "exquisitos" y se burlaban de nuestra prédica, hasta blasonan de creadores dentro del incipiente arte nacional.

La imitación, que dejó más de una página encomiable, representó, sin embargo, el comienzo de una elevación. Perdido en el universo, el hispanoamericano se entregó a la memoria, antes de buscar en su propio seno razones para caracterizarse. El proceso de nuestra cultura fue así en los primeros pasos el proceso indeterminado y superior del ambiente general de Europa. El cosmopolitismo ideológico se enlazaba por otra parte muy bien con el cosmopolitismo racial de ciertas regiones. Pero tenía que cuajar al fin en un producto diferente. Al criollo, hijo de la incorporación de América al conjunto civilizado, debía corresponder una concepción estética, una expresión verbal, una especialización de emociones.

Al dosificar, después, el calco de la técnica y de las inquietudes de otros pueblos, el arte latinoamericano, empieza a cobrar el color de las ciudades y de las almas, dentro de las cuales surge. Siguiendo esta corriente, no es difícil colegir que el "autoctonismo" literario, acabará por ser mañana, no el precepto de una retórica, sino la imposición durable de la sinceridad de los autores y el resultado final de las exigencias de un público. Cabe, desde luego, un "distingo". Aunque nuestras repúblicas deben tender fatalmente a la unión y formar un solo bloque por el pasado, por el presente y por los destinos, sería vano desconocer que entre ellas hay diferencias de alimentación y de velocidad, fenómeno este último derivado del primero.

Por alimentación entiendo el acopio de elementos distintos que sumándose al hispano y al indígena, influyen en la formación de cada una de las demarcaciones actuales. No puede ser idéntico el ambiente en centros de atracción internacional como Buenos Aires y Montevideo o en ciudades como Guatemala o Quito. Las contribuciones extrañas, los afluentes, han modificado el organismo de las primeras, respetando la pura idiosincrasia de las segundas. Y estas modalidades se han de traslucir en la exteriorizaciones artísticas, más imbuidas de inspiración española o más descastadas.

También hay que tener en cuenta el aporte, en ciertas zonas valiosísimo, de las precivilizaciones indígenas, cuyo prestigio impregna, como en México,

el arte naciente. Y acaso estriba en esto la mayor originalidad de la literatura mexicana.

No es posible, pues, entender de manera absoluta la paralela orientación de nuestro arte. Lo único que cabe afirmar es que, uno por el empuje y por la expresión, presentará, sin romper esa unidad, matices diversos según las frondosidades, los vientos, las mareas que gobiernan la metamorfosis local.

Sin que esto importe decir que unas repúblicas sean superiores a otras. Todas alcanzarán su epifanía. En esta carrera, como en otras, ir delante no es garantía absoluta de llegar primero. Lo que importa no es señalar ventajas vanidosas, sino abarcar el conjunto de un movimiento dentro del cual hasta los localismos más cerrados acabarán por cobrar virtud comunicativa y hacerse continentales.

El eco de inspiraciones múltiples se prolonga en lo que empieza a nacer del propio medio, sin que esto importe disminuir la obra que está preparando el porvenir. Hay supervivencias, predilecciones, amagos, errores y aciertos que no siempre concuerdan o coinciden en las diversas regiones. No es imposible, sin embargo, reducir los entrelazamientos divergentes a varias líneas esenciales.

Subrayamos, primero, algunas direcciones equivocadas que el buen sentido se encargará de corregir. Intentar la novela de nuestras ciudades con los procedimientos de Zola, revelar la selva americana con las fórmulas de Kipling, llevar al teatro nacional las concreciones de Bracco, al idealismo nativo las exuberancias de D'Annunzio, a la sicología primitiva, las sutilezas de Bourget, equivale a desconocer una vez más, la realidad, confundiéndola con las analogías. Sería lo mismo que pintar la bahía de Río de Janeiro con los colores de Ziem.

Luz, emoción, sueños, conflictos, naturaleza, muchedumbres, todo es vario y diverso, según la emanación de la tierra; y es en la observación de esta última, en el arraigo que da la sinceridad al trasladarse a la obra sin rebotar en un recuerdo, donde habrá que buscar los caminos definitivos.

El escepticismo prematuro y un tanto artificial que es una de las características de la literatura que predominó hasta hace poco, proviene del divorcio entre la ilustración y la vida, nace de la plataforma libresca en que se movieron los intelectuales, desligados del medio y de su misma personalidad. Así se comprende la poca o ninguna circulación de algunos escritores que alcanzaron renombre en ciertos círculos. Así se explica el auge de otros que pueden ser discutidos desde el punto de vista estrictamente estético, pero que traen amagos de lo que el público espera. Así se justifica acaso también entre nosotros la ausencia o la escasez, de personalidades de eficacia mundial.

Estos defectos del pasado están compensados por cualidades nuevas.

Una gran flexibilidad mental, fruto de las lecturas, presta a los espíritus cierta amplitud que sorprende. A ello hay que añadir el orgullo que multiplica las energías, una curiosidad siempre aguda y en los núcleos juveniles que son los que verdaderamente anuncian realidades, la más sincera devoción por las cosas de la tierra.

No es esto, a pesar de todo, lo que mejor caracteriza al movimiento nuevo. En la complicada alquimia de una mentalidad que trasmuta los valores para alcanzar expresión propia, predominan dos tendencias particularmente significativas. La que, desdeñando la fácil notación de los modismos locales y de las originalidades bullangueras, pugna por llegar hasta el fondo del alma americana. Y la que afirmándose en la sociología, trata de animar, de renovar, de levantar la vida local, colaborando, inspirando, dirigiendo el despertar de nuestras repúblicas.

Así ha nacido la literatura de combate, la más representativa de nuestro estado y la que reúne en estos momentos a la casi totalidad de los talentos jóvenes. El diletante tiende a convertirse en constructor, el artista en profeta. Nuestra América es un astillero donde las nuevas generaciones están construyendo el navío de la sociedad definitiva. Y el escritor resulta fatalmente el inspirador de la obra. Todo ello al margen del artificialismo estéril, en un terreno experimental.

La divisa "todo, menos ser sincero" que tantos estragos hizo ayer —y que hoy mismo malogra la labor de algunos— dio lugar a una aberración absurda.

La responsabilidad de algunos yerros, recae, en parte, sobre la prensa. Tenemos diarios que pueden competir con los mejores, desde el punto de vista material. Estos órganos de información gastan sumas fabulosas para tenernos al corriente de cuanto ocurre en Londres, París o Viena y nos refieren con detalles prolijos la vida y las preocupaciones de las naciones de Europa. Como se ocupan, en cambio, muy poco de América y de sus problemas típicos, la lectura diaria nos ha ido identificando gradualmente con el ambiente extranjero, hasta desplazarnos, por un fenómeno de ilusión, de nuestro propio ser. De esta increíble ficción han nacido europeos a distancia, europeos "por cable", insisto, porque es lo que los define mejor.

Los viajes frecuentes confirman la anomalía. Y así nos encontramos con un producto híbrido que es europeo cuando está en América y que es americano cuando está en Europa, sin que en ninguno de los dos casos logre llegar hasta el fondo de su verdadera personalidad; de aquí que los poetas realmente personales, como el colombiano Luis C. López y los argentinos Evaristo Carriego y José Maturana hayan sido sacrificados.

Aprender a ver. Aprender a sentir. En estas palabras está acaso el programa futuro. Aprender a ver con ojos propios, aprender a sentir directamente no a través de otras sensibilidades.

En cuestiones de arte, el único consejo sensato es el que se condensa en estos términos: persigamos la sinceridad. Toda notación falsa nos aleja, por docta y habilísima que resulte la expresión. La "literatura" —con comillas— produce el efecto de esos muebles pintados en los telones sobre los cuales fingen a veces apoyarse los excéntricos para hacer reír. Rodin decía y con

él hemos aprendido a repetirlo nosotros, que es feo todo lo que se crispa sin causa, todo lo que no tiene utilidad elocuente, todo lo que no responde a una emoción interior.

La Pampa y el Gaucho bastarían para justificar una literatura. Y cuando digo la Pampa y el Gaucho, digo el llanero de Venezuela y la sabana, el guajiro de Cuba y la manigua, el pelao de México y la montonera... Afir-mar que no tenemos paisajes y ritmos de vida susceptibles de sugerir arte autóctono, es abrir de par en par las puertas a la burla universal.

En realidad, el mundo aguarda la revelación de América.

Sería vano decir que el progreso, que tiende a unificar las manifestacio-nes de la vida universal en un solo tipo, fruto de la evolución de las cos-tumbres, sea enemigo de lo que podríamos llamar, en términos conven-cionales, "lo pintoresco". Lo pintoresco existe también en las ciudades mo-dernas y en los campos cultivados. Cuando decimos, hablando del avance de un país, que es lamentable ver desaparecer el color local, expresamos, aca-so, una idea exacta en términos inexactos, puesto que el color local, lejos de desaparecer, no ha hecho más que probar, evolucionando, su vitalidad.

Es, sin embargo, evidente que, en la gradual generalización de las pers-pectivas, cobra mayor encanto lo que queda de las civilizaciones arcaicas, o de las semicivilizaciones perezosas, que atraen por la evolución de su pres-tigio, o sorprenden por la originalidad del esbozo. El perfume de la novedad y de lo inédito entra por mucho en la sugestión que nos retiene, sin des-conocer la acción simpática que puede ejercer sobre los exploradores de almas y de paisajes el espectáculo de la naturaleza hirsuta o la tendencia a la rectitud, siempre más acusada en los grupos retardados o en las colec-tividades que despiertan.

Pero la originalidad no bastaría, si no se desprendiera de esas mani-festaciones balbucientes una atmósfera de arte o de ensueño que nos hace contemplar las decoraciones y las escenas añadiéndoles un poco de fermento primitivo, que ha quedado en el fondo de todos, sin empleo, a consecuen-cia de la época y del medio en que nos desarrollamos.

Es, en este sentido, que el pasado de América puede despertar el in-terés y provocar la emoción de los lectores de cualquier parte del mundo.

El *cow-boy* de los Estados Unidos, que no tiene ímpetu tan evocador como el gaucho, ni silueta tan artística, ha dado margen a un océano de literatura. El gaucho, el pelao, el llanero, como cantera de arte, no han sido, en realidad, explotados aún. Y sin embargo, marcan el momento más ori-ginal entre las figuras legendarias que aparecen en el curso de tres siglos, durante los cuales el Nuevo Mundo ha visto desfilar, como en un cinema-

tógrafo, la barbarie, la conquista, la vida colonial, la independencia, la anarquía, la civilización, bajo los principios directores más divergentes y las más complicadas superposiciones de razas.

Si consideramos la serie de fenómenos rápidos reemplazados inmediatamente por otros, vemos que en América se ha repetido, en grande o en pequeño, según los casos, la historia de la humanidad. A lo largo del camino recorrido febrilmente desde los orígenes hasta nuestros días, hay una hora en que, en pleno siglo XIX, resurge la edad media en un señor feudal que alcanza líricas victorias hasta que la realidad lo aplasta. En medio del progreso igualitario que borra las distintivas para exaltar una fórmula universal, ese personaje y esa hora están esperando el sociólogo que los estudie, el novelista que los refleje, el poeta que los cante.

Es lo que exasperaba a José Enrique Rodó. Cuando le vi en Montevideo, por última vez, antes de su viaje a Europa, conversamos largamente sobre cosas de América.

—¿Dónde está la expresión de nuestras nacionalidades? —me decía—
—¿Seremos flores sin arraigo? No veo en torno más que reminiscencias...

En la literatura vacilante y escasa del siglo pasado encontramos a pesar de todo —además del clásico y maravilloso *Martín Fierro* varios libros que hablan del gaucho, si no con arte, por lo menos, con entusiasmo. Eduardo Gutiérrez, por ejemplo, al esbozar su *Juan Moreira* no sospechó que dejaba un documento durable. El desdén con que se habla entre nosotros de ese folletón de aventuras, ha hecho que algunos hasta eviten mencionarlo en las antologías. No es, sin embargo, una producción que pertenezca al género mazortral. Sobre ella se escribirá todavía cuando muchas obras fastuosas se hayan hundido en el olvido. Por encima de la concepción primaria y del estilo indigente, está la emoción con que el autor ha dado a su personaje silueta definitiva.

En la Pampa salvaje y solitaria, bañada en la sangre de los crepúsculos, hundida en el terror de las noches, asoman las violencias, los apetitos, las generosidades, los miedos, simbolizados en personajes de epopeya, cuyos gestos amplios no están limitados por preocupaciones o por leyes. Para obligarnos a recordar el libro bastaría la adaptación teatral, que fue el punto de partida del teatro criollo.

La tentativa triunfó por varias razones.

Primero, por el carácter de las escenas representadas. Las poblaciones, en las cuales vibraba todavía el recuerdo de los bandidos generosos y el gusto instintivo de los percances románticos, se dejaron arrastrar por el huracán de ciega valentía, que es, según el espejo en que se refleje, la primera cualidad o el defecto máximo del clásico ambiente gauchesco.

Segundo, por razones de orden político. El espíritu reacio de la raza, opuesto siempre, aunque en forma oblicua, a veces, a cuanto represente autoridad, siguió con deleite las proezas del héroe que ponía en fuga a los esbirros y se erigía en mentor de su conducta.

Pero la razón principal del entusiasmo fue la alegría con que el público encontró al fin una evocación, más o menos completa, de las costumbres y de los instintos del terruño.

Durante cien años, el teatro sólo nos había mostrado el reflejo del alma, de las pasiones, de la vida extraña. Compañías españolas, francesas o italianas acaparaban la escena y difundían las obras más famosas. Pero ese arte, no respondía a las preocupaciones nuestras, que el tiempo y la prosperidad empezaban a definir.

Basta recordar, en dos palabras, la intriga, para comprender que, a pesar de los desarrollos que ha podido alcanzar después el teatro nativo, el melodrama sacado de la novela de Gutiérrez sigue siendo una concreción durable.

Juan Moreira, gaucho valiente y leal, va a pedir justicia al juez de paz, porque un colono italiano, a quien prestó dinero, niega la deuda. El juez no vio nunca con buenos ojos al gaucho. Hay entre ellos una vieja rivalidad amorosa. Moreira se ha casado con Vicenta, a quien el juez cortejó inútilmente. Aprovechando la ocasión para vengarse condena a Moreira sin escucharlo. Y como éste levanta la voz en defensa de su derecho, le hace arrestar por la policía. Pero el gaucho logra evadirse y huye hacia el llano. En lucha leal mata al sargento que le persigue. Después desaparece y le creen muerto. Hasta que, no pudiendo olvidar a Vicenta, vuelve secretamente, al cabo de algunos meses al rancho familiar... Abandonada y pobre, Vicenta ha cedido a las sollicitaciones del juez. Moreira provoca al rival y lo mata frente a frente. Pero el gaucho ya no es más que un bandido, que acabará por sucumbir en un último encuentro con la policía.

En el fondo de la obra asoma el problema —en realidad, toda nuestra historia— de la situación del campesino sudamericano, víctima de los abusos de los grandes terratenientes y de las autoridades.

En su esencia brutal y en su hosca filosofía, ese fue el drama de la Pampa: el hombre de la sinceridad aplastado por las fuerzas politiqueras. El gaucho no es el indio, no es el mestizo, no es el descendiente de español y es todo eso junto, es el conquistador del desierto, el domador de la tierra que pisó por primera vez. En él se halla latente, la melancolía con que el campesino asiste a la invasión, bienhechora unas veces y otras fatal, del elemento europeo.

Simplista, indolente y orgulloso, se siente desalojado de su patria por el intruso, que acepta funciones o disciplinas consideradas por él como envilecedoras, por el "gringo", que se resiste a compartir la concepción romántica del amor propio y del valor. Los hombres prudentes, trabajadores y sufridos sólo representan una amenaza. El primitivo se niega a competir con ellos.

—¿Para qué luchar —se dice— si lo acaparan todo...?

Encontramos expresado el sentimiento, con extraordinaria fuerza, en un drama de Florencio Sánchez.

El gaucho Cantalicio ha vendido su campo a un colono que, después de algunas maniobras para no pagar, ofrece un cheque. Y aquí se manifiesta,

primero la ignorancia, después el rencor y por fin el amor propio del vencido.

—Todos te respetan —dice, dirigiéndose al colono— y todos te protegen, todos... Hasta el cura que te da la razón. Y yo no soy más que un pillo, porque ya no tengo dinero, ni rancho, ni familia... ¿Querías estar me lo poco que me queda?... Yo no quiero papeles...

Y como el cura, para componer las cosas, ofrece hacerse cargo del cheque, el gaucho se indigna:

—No, señor; es a mí a quien debe pagar... a mí... Y salgan todos de aquí... Déjenme... Váyanse con el "gringo"... Lo necesita más que yo... Déjenme... Ya estoy acostumbrado... No tengo necesidad de nada... No tengo amigos, ni casa, ni patria... Soy un apestado... Váyanse... Quiero morir... No soy más que un pobre criollo...

El grito de dolor es tan auténtico que hace correr hielo por la espalda.

Para el escritor, en general, los asuntos son inagotables, no sólo en el presente, sino en el pasado, que se transforma en folklore.

Es tan rápida la evolución de nuestros países y la capacidad de traducción artística tan lenta, que muchas modalidades se diluyen antes de que las recoja una pluma. Así va quedando un mundo muerto a medio siglo de distancia. Así se olvidan las épocas fabulosas en que los balcones de Guanajuato eran de plata maciza, metal barato y fácil de obtener, dado que las minas se hallaban a las puertas de la ciudad. Los hombres de nuestra generación no vieron nunca a aquellas viejas señoronas de abolengo que entraban a arrodillarse a las iglesias precedidas por esclavos portadores de tapices suntuosos y sólo oyeron el relato de los carnavales de 1850, cuando las "familias patricias" salían a pie a las calles, donde sólo había esa élite y los servidores.

En la metamorfosis ha desaparecido la diligencia y los viajes parsimoniosos que evocan el pasado romántico. Huyó también la época de las andanzas en mula. Aunque, hasta 1910 ese sistema imperaba en el recorrido entre Amapala, puerto de la América Central sobre el Pacífico y Tegucigalpa, capital de Honduras. Para evitar el calor tórrido, quien esto escribe hizo la "jornada" aprovechando las noches de luna. A lo largo del sendero empinado, se enroscaba en la colina el deslumbramiento de las estrellas, que parecían gotear sobre la soledad silenciosa, tajada de largo en largo por la voz rítmica de los indios que alentaban a las bestias, encorvadas bajo el peso del equipaje.

La lamentación se acentúa cuando, saltando a Colombia, pensamos en las vueltas y revueltas del río Magdalena y en la navegación de seis días entre riberas fértiles habitadas por cocodrilos y cuando evocamos las montañas de Bolivia, donde, a millares de metros de altura, abren los lagos su espejo impecable, que a veces rompe de un puñetazo la tempestad.

Hoy utilizamos el automóvil, el ferrocarril, el avión. Las costumbres, como los seres, se ajustan a un reloj cuyas manecillas van ligero. Así se esfuma la tradición de los artífices que fabricaban y vendían objetos de plata. En Buenos Aires, la calle del Buen Orden y en México, la de Plateros, se hallaban dedicadas casi exclusivamente a ese trañín. El campesino rico compraba allí el apero de su caballo, las pesadas bandejas, los cubiertos, los candelabros, las alhajas para los casamientos o los bautizos. Al margen de las fabricaciones en serie y de las mezclas inseguras, todo era de metal macizo, trabajado por artesanos indígenas, cuya labor se podía observar a través de las vidrieras mal iluminadas de los negocios.

En medio de la realidad que se impone, siempre evocaremos el encanto de las noches de estío en la plaza central del pueblo, cuando alrededor del quiosco de la música cortejábamos a las muchachas vestidas de blanco; y las viejas "semanas santas" de otros tiempos, sin tranvías, sin coches, inmovilizadas en un recogimiento estático, interrumpido apenas por el monótono rumor de las beatas, vestidas de negro, que rozaban, para buscar la sombra, el muro de adobe de las casas chatas.

Transportes, viviendas, trajes, ideas, todo obedece a una voluntad de evolución. Pero, en medio de las perspectivas que marcan un avance —aunque acaso éticamente no son mejores— nos quedamos a veces en silencio, obsesionados por el pasado remoto que gradualmente se desliza.

Por eso asombra que nos siga dejando la producción latinoamericana un sabor de cosa ya leída. ¿Por qué desdeñan los autores nuestro pasado? ¿Por qué falta siempre la marca personal y la visión directa que da frescura a las obras? ¿Por qué se obstinan algunos en la verbosidad, que suele pasar entre nosotros por esplendor? ¿Por qué no nos encaramos todos con el drama nativo para arrancar victoriosamente a las tierras, con las manos, diríamos, la obra de arte del mañana?

Me refiero a toda nuestra América. Si he subrayado lo que atañe a mi país es porque lo tenía bajo los ojos. Pero, como he hablado de la Argentina, hablaría del Uruguay, de Chile, de Cuba y de la zona tórrida, que parece arder en su propio fuego, bajo el ritmo de fatiga de una imposible ilusión.

¡Cuántas injusticias, cuántas candideces se han dicho sobre la América tropical! ¡Cuán pocos han comprendido lo que atesora de reservas vitales, de energías sin empleo, de sentimentalismos selváticos! Sólo los que la hemos recorrido desde Guatemala hasta Guayaquil, podemos apreciar los fabulosos vellocinos materiales, morales e intelectuales que ofrece a los Jasones constructores de la nueva neolatinidad. No hay que juzgarla por la fisonomía que le dieron algunos de sus gobernantes, ni por las menguadas oligarquías que se perpetúan en el poder. La América tropical de Darío —y de Sandino— es acaso la región donde aún perduran los lirismos supremos a que dio margen la conjunción del orgullo hispano y de la sensibilidad indígena, en los tiempos remotos en que las superioridades eran morales y no se medía la civilización por la altura de las casas. En las refundiciones

a que dará lugar mañana el acercamiento de nuestras repúblicas, cada región traerá sus excelencias. Unas su laboriosidad, otras su equilibrio; éstas su fiereza, aquéllas su iniciativa. Así se creará la entidad nueva, con la síntesis de sus componentes. Pero a ese cuerpo le faltaría el penacho ideal si no estuviera animado a ratos por el soplo soñador del viejo trópico, creador de lo superfluo, que en ciertas horas de la vida suele ser lo primordial.

Lo que dije sobre la Argentina en el prólogo que puse a un libro de Eduardo de Ory, se puede aplicar a todas nuestras repúblicas.

No cabe duda de que la preocupación utilitaria y la inquietud de medrar rápidamente se han sobrepuesto a menudo a los más altos valores, en una sociedad donde la improvisación de la riqueza individual y los éxitos inmediatos se cotizan en detrimento de las excelencias durables. Es este un fenómeno frecuente en pueblos que surgen, ganosos de esplendor visible, mordidos por el ansia de usufructuar realizaciones del día y predispuestos a confundir el lujo con la comodidad, el comercio con la producción, la vanidad con el orgullo.

Pero observando bien, no resulta juicioso hacer derivar exclusivamente del auge —en algunas zonas discutible— de las actividades prácticas, el desmedro o la subordinación del reino intelectual. Lejos de ser éste incompatible con las especulaciones materiales, ha resultado a menudo en la historia una consecuencia de ellas. Lo que ha puesto, en realidad, sordina al espiritualismo entre nosotros, no ha sido esa tendencia —que fuera absurdo imaginar antinomia entre la acción y la cultura, o admitir que sólo puede florecer la intelectualidad en los núcleos estancados o dormidos— sino la etapa intermedia por la cual van atravesando nuestras naciones que, devoradas por el capitalismo nacional y extranjero, sujetas a una ebullición contradictoria, se preguntan a sí mismas cuál será su esencia final.

Diluida la tradición de España en medio de los aportes indígenas o cosmopolitas que han completado o han solidificado los fundamentos, hubo una hora de confusión durante la cual nadie supo sobre qué antecedentes había que construir. Las influencias disímboles levantaban en las almas una neblina, momentánea, superficial, pero suficientemente densa para esconder los hechos irrevocables sobre los cuales tiene que girar la actividad común. Así se llegó hasta emitir la idea inverosímil de crear un idioma argentino. (Eso corre parejas con el absurdo de "Groussac maestro". Siempre la exigüidad de visión).

Pero las imposiciones, no diré de la composición étnica, puesto que esa se halla considerablemente alterada por los elementos nuevos, pero sí de la cultura heredada, de la tradición espiritual, del sistema planetario en que nos movemos ideológicamente, han ido resurgiendo poco a poco, en medio de la vida que se estabiliza y se aclara.

Si abarcamos la amplitud del horizonte, teniendo en cuenta el factor sociológico, que sería vano separar de la historia literaria, sobre todo cuando ésta apunta, en las primicias de la nacionalidad, lo que empieza a sorprender es la plétora generosa de la nueva literatura.

En lo que se refiere a la idiosincrasia nacional, he prodigado más censuras que aplausos, de acuerdo con una visión constructora del patriotismo y sería difícil prestarme a menguados propósitos de lisonja. La mejor manera de servir al país en que hemos nacido no consiste en celebrar sus errores, o en fomentar deficiencias pareciendo ignorarlas, sino en tratar de depurar y superiorizar el conjunto, aunque al hacerlo sacrifiquemos nuestros intereses y nuestra tranquilidad. No es, pues, en nombre de una acomodaticia diplomacia, sino rindiendo culto a una convicción, que disiento con los que insisten en acusar a nuestras tierras de incapacidad. Quien quiera tener una visión exacta del medio, ha de observar hoy el hervor augural de las generaciones recientes, el rumor de colmena de las revistas jóvenes.

Al juzgar las realidades conviene tener en cuenta, primero, la etapa de transición por la cual pasan nuestras repúblicas, donde aún dominan las minorías, donde la fachada no responde a las excelencias nacientes; y segundo, la composición, la extensión, la profundidad del núcleo en que se producen los fenómenos.

En el primer orden de ideas, hay que juzgar los hechos investigando lo que traen en sí en vista de los desarrollos posibles y cuando consideramos la producción actual ha de interesarnos sobre todo, la facultad de improvisación, la velocidad adquirida, cuanto deja adivinar en los brotes la floración ubérrima.

En el segundo, conviene poner de relieve el reclutamiento esencialmente popular de los que escriben, fuente de una sana tendencia al profesionalismo y circunstancia propicia que rompe con la tradición falsamente letrada, de los círculos privilegiados que transforman el movimiento pensante de un país en pasatiempo de amateur, en juguete circunstancial o en socorrido anexo de las profesiones liberales o la política.

La vitalidad y la extensión auguran así para el porvenir lo que no podemos reconocer al presente.

No hay que ver, sin embargo, en este optimismo, esencialmente condicional puesto que está basado en cosechas próximas un alegato perentorio que entraría en contradicción con las realidades y con la misma idea que vengo exponiendo. La literatura latinoamericana es, por ahora, una literatura de iniciación. Abre puertas sobre perspectivas que no alcanzamos a dominar aún. Sonríe a lo que vendrá. Presenta un cofre lleno de vaticinios y de horóscopos.

Manteniéndonos en el terreno de las ideas generales, todo confirma que cabe en dos movimientos: el esfuerzo de asimilación frente a las creaciones universales y la tentativa para exteriorizar emociones propias, dentro de la atmósfera nativa.

El primer empuje, difundió, como ya dije, una amplia cultura y una compenetración estrecha con la producción de los grandes pueblos, pero dio nacimiento sobre todo a reminiscencias que no incorporan nada valioso a la emoción humana o a la belleza universal.

La segunda corriente, menos letrada y más basta pero llena de espontaneidad en su inspiración autóctona, empieza a dar forma insegura y estilo a veces precario a los paisajes y vibraciones locales, afrontando deliberadamente la dificultad de la explotación en zonas donde hay que improvisarlo todo. Sin la jactancia docta de la primera y en una órbita aparentemente inferior, asume, por ahora, la tarea de desbrozar el campo, dando vida a las primeras concreciones del futuro arte nacional y esbozando tipos, ensueños, modalidades del terruño.

En el caso especial de la poesía, que por su esencia parece escapar a veces a la atmósfera local, no cabe duda de que estas consideraciones se aplican menos imperiosamente; pero también regulan la marcha hacia el porvenir. Nadie sostendrá que la lírica, por íntima y personal que sea, pueda florecer desligada de la tierra madre. Ni las plantas del aire lo consiguieren. Si cada comarca posee su flora, de acuerdo con factores propios, tan sutiles a veces que escapan a la perspicacia del naturalista, cada grupo distinto ha de imponer a la expresión de los sentimientos humanos un matiz que lo sitúa. Cuando ese matiz no existe, es porque ha predominado la retórica. Pero así que se sobrepone la sinceridad y resurge el propio impulso, asoman modalidades que dan perfume inconfundible hasta a los temas más abstractos.

Hay que tener en cuenta, además, la influencias del paisaje. En nuestra América correntosa, inédita por la juventud, sin precedentes por la extensión, inverosímil por las variedades fecundas, son diferentes las auroras, las montañas, los árboles y hasta las estrellas. Al sintetizar la tierra nueva, no es necesario recurrir a la tapera y al ombú, que son las concreciones vulgarizadas. No es indispensable internarse en las vastas extensiones o en las selvas primitivas. Para encontrar carácter, emoción, alma inexpressada; basta un crepúsculo, un puente, un arroyo. Basta sobre todo un hombre que se mire en la fuente limpia de su verdad.

No he de citar libros y autores. Son tan engañosas a menudo las certidumbres más honradas, están los juicios sujetos a tantas revisiones póstumas, se halla la historia tan llena de desmentidos categóricos impuestos por las preferencias de una generación a los apasionamientos de otra, que todo resulta al fin de cuentas, inseguro, relativo y provisional, en medio de un mundo flotante y en cierto modo fantasmagórico, que cada uno crea y cultiva dentro de su loca imaginación.

De antemano sabemos que son contados los que pasan a la posteridad con el resplandor que les concedieron sus admiradores o con la sombra que sobre ellos acumularon los adversarios. La muerte toma siempre una revancha sobre la vida. Y el porvenir se divierte en derribar los pedestales o en decir a los muertos: —Levántate y anda. . .

La ebullición literaria del mundo está hecha de inesperados hundimientos y de resurrecciones sorprendentes. Estos, que parecían dominarlo todo, yacen en el olvido; aquellos que vivieron postergados, nos ciegan con sus resplandores. Y es que hay un límite insobornable, inaccesible a nosotros,

donde empieza el verdadero equilibrio y la equidad final. Al llegar a él, nuestras cosas humanas, sin dejar de ser humanas, se depuran. Ya no interviene el factor contemporáneo inmediato, hecho de parcialidades amistosas, de apasionados favoritismos o de dadivosos padrinazgos, cuando no de complicidades o de intereses. Tras las locas algaradas y el auge efímero, empieza el inventario glacial hecho por generaciones independientes hasta las cuales no puede llegar el engaño, la simpatía o el temor. Con la distancia se han aclarado los horizontes. Se leen los libros sobre las tumbas. Y todo tiene la limpieza de un lago donde, extinguidas las luces artificiales, se reflejan, impávidas, las estrellas.

Sólo el porvenir posee el secreto de los que han de perdurar. Todo depende acaso de la dosis de sinceridad auténtica que vibró en las almas.

[Fragmento de *El dolor de escribir* (confidencias y recuerdos), Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1932].

LOS ESCRITORES IBEROAMERICANOS DEL 900

(1942)

COMPONÍAMOS UNA orquesta exótica, dentro de la cual cada uno tocaba un instrumento, importante, secundario o accesorio. Unos cultivaban este género. Otros, aquél. Tan diversas eran las aptitudes como los derroteros. Pero obedecíamos a un ritmo, a una inspiración general. Representábamos un movimiento. Pensábamos en generación.

De este esfuerzo quedará ante todo el empuje hacia una amplia concepción iberoamericana —y en esto reclamo, sin modestia, la parte sustancial que me corresponde— hacia una reestructuración de la ideología continental, con vistas a actualizar la esperanza del movimiento de 1810.

Al instalarnos entre Madrid (punto de partida) y París (ambiente espiritual) descubrimos dos verdades. Primera, que nuestra producción se enlazaba dentro de una sola literatura. Segunda, que individualmente, pertenecíamos a una nacionalidad única, considerando a Iberoamérica, desde Europa, en forma panorámica.

Amado Nervo era mexicano, Rubén Darío nicaragüense, Chocano había nacido en el Perú, Vargas Vila en Colombia, Gómez Carrillo en Guatemala, nosotros en la Argentina, pero una filiación, un parecido, un propósito nos identificaba. Más que el idioma, influía la situación. Y más que la situación, la voluntad de dar forma en el reino del espíritu a lo que corrientemente designábamos con el nombre de Patria Grande.

Pudo intervenir también algo de lo que, como ya he insinuado en otro capítulo, indujo a Miguel de Unamuno a buscar oxígeno en América, cuando España no le escuchaba. Quizá contribuyó a hacernos continentales la resistencia que hallábamos en la república en que habíamos nacido. Acaso buscamos una revancha, sin desamor ni despecho en el seno del organismo más vasto que magnificaba la nacionalidad y la restablecía en su verdadera esencia.

Sea lo que fuere del adelanto, progreso o bienestar material y físico, soñábamos hacer surgir una cultura y esta cultura sólo podía emanar del con-

junto de las regiones afines, sólo podía comprenderse y realizarse desde el otro lado del océano. Urgía interpretar por encima de las divergencias lugareñas, en una síntesis aplicable a todos, la nueva emoción. La distancia borraba las líneas secundarias destacando lo esencial. Además, en París, en Madrid, era imposible hablar de una literatura hondureña o costarricense. Había que entregar un compendio geográfico y mental. La imposición de las circunstancias confirmaba el derrotero.

Todo ello sin rozar la política. Porque la evolución, ajena a los antecedentes, contingencias o finalidades de los conflictos pasados, presentes o futuros se desarrolló, por su propia virtud, en el plano del sentimiento. Por encima de todo rumbo militante, cultivamos una aspiración lírica, precisamente por lírica representativa de realidades profundas y durables.

La interpretación humana y directa que yo marqué después en el plano de las relaciones interamericanas, incitando a la resistencia global de nuestras repúblicas contra el imperialismo, fue una aplicación diremos material de esa emoción destinada a hacerse presente en los más diversos órdenes. Despertar la conciencia del continente ibérico, cuya unidad superior perdieron de vista los malos pastores, equivalía a seguir en todos los planos la consigna de los fundadores de la nacionalidad.

La segunda distintiva que hizo triunfar el grupo, fue la que representaba una humanización del arte, al cual nos aplicamos a imponer un contenido social; no con el fin de afiliarlo a una doctrina determinada, ni de hacerlo didáctico o catequizador, sino en el sentido de reivindicar su alta función, intuitiva, orientadora y profética.

Queríamos salir de la tradición clásica, del museo de reproducciones, para captar las voces del siglo y codearnos con una humanidad de carne y hueso, al margen de la arcaica mitología pensante y sentimental, cada vez más ajena a la realidad de las almas.

Si este anhelo se desvió, en parte, de su primitiva intención y llegó a tener episódicas aplicaciones políticas, fue a causa de las circunstancias.

Alrededor de 1900 el mundo parecía una andamiada anunciadora de construcciones o demoliciones cuyo plan confuso, esotérico a veces no podía menos que impresionar a la juventud. Los intelectuales de Europa tendían la mano a los obreros, y traducían sus inquietudes, apoyaban sus reivindicaciones. No estaban ausentes, desde luego, los falsos apóstoles. Tampoco faltaron los líricos. Anatole France presidía solemnemente las conferencias demoleedoras de Jean Jaurès. Los novelistas en auge —Tolstoi, Gorki, Zola, Mirbeau— lanzaban sus explosivos literarios a los cuatro vientos del orbe. Se multiplicaban las sociedades pacifistas y las ligas por los derechos del hombre. Un fervor rebelde, más negativo que afirmativo, arremolinaba las ideas hasta el punto de que nuestro amigo Laurent Tailhade— de quien habló Rubén en sus crónicas— llegó a calificar de *beau geste* la bomba mortífera del anarquista irresponsable. Voces categóricas proclamaban que estábamos a punto de alcanzar en el orden interior la absoluta igualdad social y en el orden exterior la reconciliación definitiva de los pueblos. Con

ayuda de la ciencia, la humanidad se emancipaba —decían— de los viejos errores. Una sociología romántica sobreponía empíricos vaticinios de égloga a la realidad de los siglos.

El *mea culpa* que hoy debemos entonar algunos, no se refiere sin embargo, a la intervención del intelectual en las luchas ideológicas, intervención que seguimos considerando cada vez más indispensable, sino a la elección de un derrotero que los acontecimientos se encargaron de revelar erróneo. La sinceridad de los soñadores sólo sirvió para fomentar agitaciones disolventes, utilizadas después por burócratas de comité, para usufructuar la confusión en que naufragaron las naciones. Aforamos mal el ideal, porque partimos de la base de los derechos del individuo y no de las necesidades colectivas. A pesar de todo, la tendencia a servir de proa en los debates de la época, se impone hoy más que ayer, en medio de los remolinos de sangre. Nuestro grupo puede estar orgulloso de haber auspiciado en América el empuje que llevó al escritor a intervenir en la vida pública.

En tercer lugar, emprendimos una campaña superior de nacionalismo iberoamericano en el sentido de incorporar a la literatura, no el criollismo engañoso de los diálogos arrabaleros o la rudeza invertebrada del lenguaje rural, sino la íntima esencia de nuestra América, que lo mismo asoma —con matices de tono y estilización— en los dramas de Florencio Sánchez, o en las estrofas de José S. Chocano que en el *Canto a Roosevelt* de Rubén Darío o en *El hombre mediocre* de José Ingenieros. Rechazando el criollismo fotográfico, que sólo recoge fáciles aspectos exteriores y marca el balbuceo de una conciencia artística y de un arte nacional, se inició el esfuerzo para trasmutar los valores y sintetizar lo impalpable, que es lo que mejor define la nacionalidad espiritual.

La literatura rusa, tan original, nunca fincó el matiz propio en modismos locales o en costumbrismos de opereta, sino en la atmósfera de los panoramas, en el alma de los personajes, en el ritmo de las emociones, en el perfume intenso que la denuncia, sin que sean indispensables los detalles lugareños. Haciendo abstracción del argumento y de la zona geográfica en que el argumento se sitúa, el verdadero nacionalismo literario se hace presente, sobre todo, en la forma de comprender y de interpretar lo extraño, como ocurre con la *Carmen* de Merimée que, a pesar de la intriga ultra española, denuncia la nacionalidad del autor y resulta esencialmente francesa por el desarrollo y la interpretación de las pasiones.

El propósito perseguido fue, pues, dar unidad y jerarquía al naciente arte nacional de Iberoamérica, apartándolo de la interpretación vulgar, para hacerlo entrar por derecho propio en el concierto de las otras literaturas, como expresión de un nuevo grupo humano, fundamentalmente diferente por la tierra que habita, por la raza y por las emociones. El porvenir dirá si el anhelo ha de realizarse mañana.

En cuarto y último lugar, iniciamos un movimiento de renovación dentro del idioma, movimiento concordante con el de la generación española del 98 y en algunos aspectos singularmente eficaz. Las vacuas solemnidades y

las frondosas circunlocuciones, llenas de arrendajos, se trocaron, pese al inevitable americanismo hereje, en prosa palpitante, rápida, flexible, apta para expresar matices modernos.

Facilitaba nuestra acción el conocimiento de la más reciente literatura francesa, pero esa ayuda involucraba una nueva dificultad, porque el neologismo debía entrar sin galicismos, barbarismos o anfibologías, manteniendo la esencia, el ritmo y los movimientos naturales del idioma, cuyo linaje y sabor, lejos de ser diminuidos, se afianzaban y enriquecían con el injerto y la poda.

Nos consagramos a la extirpación de la palabra inútil y afrontamos la dificultad de escribir corto, de condensar cuatro páginas en una, sin dejar advertir la gimnasia, conservando la apariencia del *cálamo corriente*. Del idioma entrado en carnes, hicimos un idioma todo en músculos, dispuesto a servir de briosa cabalgadura a la idea sutil y a la incisiva sobriedad.

Todo ello con defectos estridentes, no cabe duda, con arbitrariedades en la construcción gramatical (innecesarias a veces) con lo bueno y lo malo que tiene la voluntariosa vegetación de América.

Sean cuales sean los errores, bastarían las cuatro indicaciones que marcan rumbos dentro de la colectividad, indicaciones a las cuales cabe añadir algunos aciertos personales que ni los más reacios discuten, para dar al grupo —por recelosa y cicatera que sea la apreciación— un significado durable en Iberoamérica. No se ha producido después entre nosotros otro movimiento de conjunto. Sólo surgieron nombres aislados, con acción, casi siempre, en una sola república, sin fuerza en los pulmones para alcanzar la respiración continental.

Todas las literaturas tuvieron floraciones y momentos, lustros o décadas de fertilidad espiritual, en que se diría que las individualidades obedecen a una simultaneidad irresponsable, en que resultan, pese a la diferenciación, parte integrante de un cardumen. Aunque puedan discutirse los valores, respetando todas las salvedades a que da siempre lugar la apreciación de una obra, hay que reconocer que el fenómeno no se ha vuelto a producir dentro de nuestra literatura incipiente. Bastaría esa circunstancia para situar a los escritores iberoamericanos del 900.

Se cometió pues, un error al desdeñar a los que integraban ese grupo. Aún admitiendo cuantos reproches se les quieran hacer, si alguna vez fueron malos (lo diremos en prosa-verso, ya que de la pluma sale así) siempre tuvieron:

*con la espina que amaga y se denuncia,
la maldad inocente del rosal.*

Claro está que existen escritores superfluos, que lanzan libros inútiles. No cabe duda de que hay amplio desecho de impericia y mistificación. Pero en medio de incapacidades o simulaciones que nada añaden al acervo de un pueblo, surgen obras, autores, momentos, que definen una nacionalidad

y una época. Aún a riesgo de equivocarse, conviene preservar lo que después se convierte en haber común.

No hay que medir a los nuestros, con severidad absoluta, dentro de lo universal, comparándolos con las celebridades de la historia, ni hay que apreciar la calidad de sus libros por el número de ejemplares que se vendieron. Si alguien lo insinúa, tendremos que recordar que tampoco pueden equipararse los políticos del terruño a los estadistas europeos. Sin embargo, hasta cuando fueron nefastos, pudieron estos pseudo-estadistas desarrollar su personalidad. Vivimos en un mundo en formación, donde las cosas valen por lo que preparan, más que por lo que realizan. Se ha de juzgar en el plano de lo relativo a los *pionners* de una producción que, si no alcanza desde el primer momento la plenitud, anuncia las cosechas próximas.

Más apta, desde los orígenes para derribar que para construir, nuestra América siguió devorando, sin embargo, como Saturno a sus hijos. San Martín escribía a O'Higgins en 1823: "Por lo que veo, ni su honradez, ni sus servicios prestados lo pondrán a cubierto de atentados. El mismo gobierno no podrá defenderlo de insultos y más vale la muerte que tal padecer. Dígame usted a dónde va, yo le ofrezco verlo dentro de ocho o diez meses y nos olvidaremos de que existen los hombres". Mientras otros adquirían crédito y aseguraban su comodidad, los próceres quedaban en la playa desierta excluidos hasta del resplandor que dora la partida. Del presente dedujeron probablemente el porvenir y adivinaron que frente a Washington, sagrado y erigido en superhombre, ellos seguirían hasta en la tumba, a merced de la asonada y la insubordinación.

Nada más falso que decir: la vida es como nosotros la hacemos. La vida es lo que el medio quiere. Difícilmente, modificamos la trayectoria. Las figuras de que he venido hablando, surgieron con intención bien definida. Con voluntad firme. Ninguna pudo realizar, sin embargo, su esperanza, dirigir los acontecimientos, coronar su ideal. De nada sirvió el ímpetu. El mérito. La obstinación. Les cerró el paso una sombra. Dios, dirán algunos. Siempre responsabilizamos a Dios de los errores de los hombres. En realidad, la atmósfera rarificada les deparó una vida hecha de muchas muertes, muertes parciales del propio ser, renunciamientos, abandonos dolorosos de la riqueza espiritual con que emprendieron el viaje. Así fueron dejando en el camino, como soldados derrotados por la fatiga, sus armas, sus pertrechos, para seguir avanzando hacia la meta, cada vez más distante, hasta que murieron sin otra satisfacción que la de no dejar apagar la antorcha que les entregaron al partir.

Los cuerpos se han confundido con la tierra, sin que asome una reacción de equidad, no ya para los que todavía respiran —que hartos se sabe que los vivos merecen siempre garrote vil— sino para los que no pueden molestar a nadie. Cumplido el rito de dar sepultura, se abre de nuevo el desdén sin límite. En Europa cobran valor las reliquias, las cartas, los ma-

nuscritos de los que alcanzaron notoriedad. Entre nosotros ni se reeditan las obras. El abismo absorbe cuanto ha sido y pudo ser.

Con un pie en la tragedia y otro en el chascarillo macabro, Florencio Sánchez me dijo cierta vez, hablando de un autor aquejado de inflación verbal y supremamente vanidoso: —Pobre inocente. ¡Qué desengaño va a tener después de muerto!

Navegaba aquella tarde entre la ironía y la amargura y refiriéndose a su salud o mejor dicho a su enfermedad, completó el pensamiento:

—Morir no es nada. Absolutamente nada. El peligro está en el discurso reticente del colega, en el suelto de despedida del diario oráculo, en el silencio capcioso, en la miseria que queda detrás de nosotros y se sienta sobre la tumba para escupir en torno de ella. . .

Escribo este libro con la seguridad que da la proximidad de la muerte, pensando, por encima de todo, en mi tierra Argentina, cuyo recuerdo hecho imagen llevo en el corazón y en la soñada Iberoamérica de las inquietudes perennes. Entramos en una época en que hay que decir la verdad. De hoy en más, cada pueblo vivirá en la medida de su capacidad para afrontar las realidades. Hemos de desarrollar sobre todo la autocrítica para corregir a tiempo las direcciones equivocadas. El patriotismo auténtico se sitúa en zonas de alta responsabilidad. Se impone, por encima de nuestras sombras, un esfuerzo de reconstrucción. No es posible colaborar con el silencio en la disminución continental, escondiendo que se ha sacrificado precisamente a cuantos trajeron visiones amplias y lograron crédito fuera de las fronteras, a los únicos de los cuales se envanecerá Iberoamérica mañana.

[Fragmento de *Escritores Iberoamericanos del 900*, Editorial Orbe, 1942].

VI

MEMORIAS

“Si me exigieran una definición total diría que he sido un hombre bueno y que, pese a la expresión gastada, si tuviera que nacer de nuevo volvería a empezar. Creo, sin literatura, en la belleza, en el amor, en el altruismo, en todos los cohetes locos que van hacia el azul. Los veo caer y confío, a pesar de todo, en la indefinida ascensión absurda de los que están a punto de partir...

Este idealismo contumaz, por reacción un poco irónica frente a la prosa diaria de la vida tal cual nos la ofrece el cuadro exiguo de las realidades sórdidas, sirve por lo menos para hacer vibrar, en medio del ritmo monótono, como nota discordante de música bárbara, la rebelión interior. Aunque la rebelión sólo se traduzca en vana espuma, como la eterna rebelión del mar”.

(Manuscritos inéditos).

COMO LOS VIO MANUEL UGARTE

RUBEN DARIO

A RUBÉN LO conocí como maestro, como amigo, como adversario, en todas las facetas y en todos los estados de espíritu y siempre fue bueno, generoso, cristalino, como su poesía de los mejores momentos.

El eje de su carácter era la timidez. Una timidez hecha —como la timidez de todos los hombres inteligentes— de un miedo atroz al ridículo, de la excesiva importancia otorgada a lo que podían decir o pensar los demás, del desdoblamiento de su ser en múltiples personalidades que le llevaba a presentir el pensamiento no expresado de los interlocutores, de una red complicadísima de bifurcaciones mentales que daba por resultado un alejamiento total de la realidad.

Los miedos pueriles nacían de su situación de soñador extraviado, en un mundo donde la argucia imperaba y donde quedaban sacrificados cuantos cargaban sobre sus hombros el fardo insensato de la sinceridad. No cabe duda de que Rubén, por descentrado o por enfermizo, cultivaba una vibración exasperada. En él, las emociones levantaban resonancias olímpicas. Pero esa es la debilidad y esa es la fuerza de todo escritor verdadero. Sin un amplificador de los movimientos del alma, no hay arte. El arte es siempre exaltación. Reducido a líneas frías, sólo resulta reminiscencia oleográfica.

Darío se sentía, además, oprimido, como todos los del grupo, por la escasa estimación que le concedían los residentes de nuestras repúblicas en Europa. En aquella nueva edad de oro que fue el principio de este siglo, París vivía en plena orgía de fiestas, homenajes, conmemoraciones y aniversarios iberoamericanos. Dios sabe hasta qué punto se desbordó el Amazonas vanidoso de la raza. No hubo primario en viaje de exploración que no se pusiera en evidencia con vistas al cable laudatorio destinado a inmortalizarlo en el terruño. Ligados éstos a los políticos en auge, representantes aquéllos del grupo adinerado y exhibicionista, todos hacían la pirueta que rebotaba en ditirambos de la prensa local. Los únicos cuya labor en Europa

fue silenciada, los únicos a quienes no se dio oportunidad para intervenir, fuimos nosotros. Ni nos invitaban siquiera las Legaciones a las ceremonias prodigadas en épocas en que trigo, salitre, guano y café, entregaban su Pactolo a la dilapidación universal.

La timidez de Darío no excluía la firmeza. Nadie le hizo hacer nunca lo que no quería hacer. Cuando se hallaba en juego su responsabilidad o su orgullo, era hombre de carácter. Sólo asomaba la debilidad en el plano menor de la vida corriente, en el manejo de las cosas triviales, para las cuales no había nacido. Asumía la responsabilidad de pronunciarse contra las Academias o escribía un canto a Roosevelt pero le asustaba ir a cobrar un cheque o asistir a una comida. Fue tan soñador, que para andar por el mundo necesitó dos muletas: un escudero, Julio Sedano y un ama de llaves: doña Francisca Sánchez. Julio Sedano poseía una cultura general que le permitía intervenir en las conversaciones, estaba siempre dispuesto a ir a ver a éste o a aquél, y era hombre providencial, hecho a todos los menesteres, insustituible sobre todo para obtener vituallas al fiado y para gestionar entrevistas con el general Zelaya. Sedano se prestaba para todo, con la misma docilidad obsequiosa, ya se tratase de transportar muebles o de inventar nuevos ardides para extraer al editor Garnier, millonario y avaro, la suma por entonces fabulosa de 25 luises por libros que no se habían escrito aún. Junto a la silueta del paje servicial y sincero, aparecía la figura de doña Francisca Sánchez, persona excelente, pero al margen de todo ensueño y fantasía. La compañera del poeta conservaba en medio de las presentaciones una actitud nerviosa de animalillo predispuesto a la fuga. Cuando empezaba a conocer a las personas se mostraba en cambio inclinada a las confidencias caudalosas. Y Rubén que tenía, como pocos, la noción del ritmo, sufría lo indecible con las desafinaciones de la musa montaraz que le deparó la suerte o la desgracia, como solía decir en sus momentos de cólera. “—Creo que te llaman, Francisca—” insinuaba mirando hacia el fondo de la casa. Pero Francisca, inmovible, seguía en su asiento, un poco por incomprensión y un poco por miedo de salvar la distancia que le separaba de la puerta bajo la mirada de aquellos señores, adustos unos, irónicos otros, familiares los más, que venían a su casa sin que ella supiera nunca con qué objeto. Porque la buena compañera, sumisa, dócil, capaz de soportar las privaciones, el mal humor y la infidelidad, pasó por la vida de Darío, sin saber quién era Darío. La suerte es así y así nacen las melancolías. ¡Hay tantas Julietas sensibles, soñadoras y supremamente ideales que envejecen esperando al que debió venir! ¡Hay tantos artistas que por cortedad no se acercaron a ellas! Darío soñó siempre con castillos medievales. . . Pero era tímido, y el origen de sus desdichas, hay que buscarlo en su azoramiento en medio de un mundo, donde el dinero, la felicidad, el amor y hasta la gloria pertenecían a los expeditivos, a los audaces, a los profesionales del bluff.

MIGUEL DE UNAMUNO

Naturalmente, al llegar a Castilla La Vieja, salté de un tren a otro para visitar a Miguel de Unamuno que acababa de prologar mi primer libro. Me parece estarle viendo aún, vestido de negro, con el chaquetón bien cerrado de pastor protestante. Aunque por aquellos tiempos era joven, lucía los anteojos y el empaque didáctico que, pese a las brillantes paradojas y a las estruendosas contradicciones, debía clasificar universitariamente una carrera.

Le trataban en la fonda que me recomendó, con religioso respeto. Don Miguel por aquí, don Miguel por allá. Debo confesar, sin embargo, que pese a tan alta protección, me ofrecieron el cuarto más incómodo y la comida más indigesta que he encontrado en las innumerables andanzas por Europa.

Al detenerme en Salamanca, el propósito era, en primer término, conocer a Don Miguel, observarle en su ambiente. Resolver acaso algunos de los problemas planteados por su personalidad multiforme. Pero también deseaba admirar las reliquias de la ciudad. . . No he de especificar quien tuvo la culpa. Pero lo cierto es que sólo logré cumplir la primera parte del programa. Durante el día entero no hicimos más que conversar hasta que a la mañana siguiente me refugié en el tren. En vez de pasar por calles delimitadas por viviendas tuve la sensación de recorrer párrafos bordeados de palabras entre los cuales solían levantarse como torres las ideas.

Cien veces anduvimos por las mismas callejuelas y dimos vuelta otras cien a la plaza central de la enjuta capital provinciana tan dormida a las doce del día, como a las seis de la tarde, como a las diez de la noche.

Ganado por la verbosidad, Unamuno se detenía para acentuar las sílabas (costumbre de pueblo chico, donde acortando el paso se alarga el paseo) y al retribuir ostentosamente el saludo de los escasos transeúntes, parecía decirme con los ojos: —¿Ve usted qué popular soy?

Hombre bueno, llevaba dentro de sí la rara dualidad de una cultura suprema y de un corazón aldeano. En la época a que me refiero —1902— sólo había salido de Salamanca para ir algunos días a Madrid. Su renombre amanecía. Pero ya apuntaba en él, con la conciencia de su destino, la trágica contradicción que le atormentó hasta el fin, entre la anárquica temeridad de algunos atisbos y la parsimoniosa herencia del temperamento teologal.

Cuando inserté en la segunda edición de los *Paisajes parisienses*, a guisa de epílogo, un artículo que publicó en *La Prensa* de Buenos Aires el escritor francés Francisco de Nion, Unamuno se levantó en espuma de colores contra el contradictor inesperado, circunstancia que aprovechó Rubén Darío al hablar sobre mi segundo libro *Crónicas del boulevard* para lanzar saetas injustas y sonrientes —Unamuno es villorrio y Francisco de Nion es ciudad— decía en síntesis.

A lo cual replicó, injustamente, a su vez, el vasco orgulloso:

“Lo que diga Darío no me interesa, porque él copia y yo escribo. . .”

Todo ello no le impidió ser, después, gran amigo de Rubén y también gran

amigo mío, con más razón, desde luego, puesto que sólo tuve parte indirecta en el debate.

Amplio y minucioso, profundo y pueril, investigador audaz y constructor a ratos de pajaritas de papel, Unamuno fue un milagro de intuición y desafinaciones. Recuerdo que en una carta en que consagró largos párrafos para establecer que mi apellido significaba "isla" en vascuense (U-garte, lugar rodeado de agua) condensó, al final en cuatro líneas una magistral interpretación del destino hispano.

Churrigueresco en ciertas ocasiones por la abundancia ornamental, partía de pronto como un cohete hacia las alturas y desaparecía a los ojos de los lectores. Se entretenía en desarticular las palabras, como un niño travieso destroza el juguete para descubrir cómo funciona o para saber de dónde procede. La preocupación del griego le amargó la vida. En ciertos momentos, apuntaba el *magister dixit*, doctoral y dogmático. Pero pasado el mareo de la cátedra, reaparecía el escritor, el pensador, confirmando lo que solía decir sobre él Amado Nervo: —Tiene algo de esos artesanos de la Edad Media que fabricaban miniaturas inútiles y estudiaban al mismo tiempo la rotación de los astros...

AMADO NERVO

Años después, encontré inesperadamente a Amado Nervo en París, en un restaurante del Bulevar Saint Michel. Con un abrazo y un "¿Qué hubo?" a la manera de América, reanudamos el trato familiar.

De lo que fue su vida en la gran ciudad, tenemos idea por una de las cartas que publica Alberto Ghirardo en su *Epistolario con Rubén Darío*. Nervo cuenta que está traduciendo a marchas forzadas, un libro de no se qué autor para una casa editora, traducción que no firmará, desde luego y con la cual espera hacer frente a lo indispensable. "Trescientos francos" eso es París, dice pintorescamente.

No tenía, como otros, la defensa de la alegría ruidosa. Siempre le conocí melancólico. Pese a la exquisita cultura, conservaba desde su educación religiosa un aspecto abacial que disonaba en nuestro medio. Tan soñador, tan lírico, que creía encontrar hipocampos en el lago del Bois de Boulogne. Frecuentaba los bailes de Bullier, sin dejar de evocar la mitología, el cosmos y la música sagrada.

En muchos puntos diferíamos, sobre todo cuando me hablaba en estos o parecidos términos:

—Algunos se preguntan por qué razón ha sido siempre triste la literatura. Claro está que no es una imposición ineludible. Pero el hombre piensa sobre todo cuando sufre. Además, cada cual lleva su secreto. Los que condenan un libro por triste, es porque no han vivido. Hasta me atrevería a decir que cuantos quieran realizar algo durable, tendrán que resignarse a no ser dichosos. En la felicidad no hay más que mediocridad...

Por otra parte, la obra de Nervo, sin entrar en la categoría libresca, tenía a ratos, una tendencia a la erudición. Cada vez que él citaba una obra, yo le replicaba con un paisaje, con un sentimiento, con una emoción y naturalmente discutíamos con impetuosidad. Pero no dejamos nunca de ser buenos compañeros. Si él invocaba la autoridad de Macaulay con cuya obra se había entusiasmado por ellas épocas, sin que supiésemos por qué, yo contratataba elogiando las maravillas de una puesta de sol.

Al anclar en sus mitos fantasmagóricos, Nervo espiritualizó hasta lo imposible el amor eterno y así surgieron versos de espuma para novias irreales que sólo vio en sus exaltaciones de visionario. De ello deriva, sin duda, la pureza y la calidad de sus confidencias sentimentales. Por la vida de Nervo pasaron mujeres —claro está y de algunas se conserva el nombre— pero siempre fueron extrañas a su verdad interior. Y así fue corriendo la juventud decepcionada de uno de los poetas más sutiles que ha producido nuestra América, poeta más aristocrático que su compatriota Luis Urbina cuyas composiciones alcanzaron también mucha boga.

Los que en el curso de la vida sacrificaron el ensueño en aras de concepciones más fructuosas, hablarán de Amado Nervo como de un iluso lamentable. Pero cuantos mantienen el claro fervor de las esperanzas superiores, han de seguir considerándolo como uno de los mejores líricos de nuestra raza.

Recuerdo que una vez, al pasar por el Bulevar Montparnasse, le encontré solo, pensativo, sentado frente a una taza vacía, en la terraza desierta de un café. A la pregunta espontánea, ¿qué estás haciendo ahí?, contestó melancólico, librando sin saberlo, el secreto de su poesía:

—Estoy pintando las cosas de otro color...

Pero donde adquiere y revela su verdadera personalidad es durante la permanencia en París, en las horas difíciles en que hacía traducciones mal pagadas para la casa Garnier. Se alojaba con cambios frecuentes, en pequeños hoteles del *quartier latin*. Le visité a menudo en uno de la *rue Saint Jacques*, cerca del Museo Cluny. Hombre de gustos modestos, reducía sus necesidades a lo elemental. Su único lujo consistía en comprar libros. Las viejas ediciones suntuosas, con grabados, ricamente encuadernadas, despertaban en él vagos instintos de ladrón.

—Si yo pudiera adquirir este libro— suspiró cierta vez, deteniendo al grupo tumultuoso que subía hasta La Sorbone para designar en el escaparate de una librería el impresionante ejemplar de *Pantagruel* que parecía un monumento. Uno de los acompañantes mexicanos también se encogió de hombros:

—A Rabelais puede usted leerlo en ediciones populares a cuatro francos...

—Pero no es lo mismo, contestó Nervo, tan ofendido como ante una injuria.

Todos fuimos idealistas por aquel tiempo y al idealismo permanecimos fieles hasta el fin. Pero Nervo no matizó la tendencia con paréntesis de buen humor. Melancolizaba sin tregua, mientras nosotros —sin exceptuar a Darío que tenía alma infantil— nos divertíamos en perturbar, a ratos, la monó-

tona ordenación de las simetrías con la impertinencia sonriente de una paradoja inesperada. . .

Nervo se pareció mucho al melancólico colombiano Isaías Gamboa. No conoció la alegría y por eso no tuvo juventud.

RUFINO BLANCO FOMBONA

—Nada me parece tan odioso como el hombre solemne— me declaró hace cerca de medio siglo, cuando nos conocimos por casualidad en una pensión española de Nueva York, viajeros anónimos los dos, pero con diabólico orgullo.

Lejos estábamos, Rufino y yo de adivinar el porvenir. El soñaba ser presidente de Venezuela y resultó efímero gobernador de Guipúzcoa durante la revolución española. Yo proyectaba redimir a América de los imperialismos. . . Pero eran tan leales, siendo aventuradas y diferentes, las ilusiones, que nos sentíamos hermanos y desde el primer momento nos tratamos de tú.

Esta amistad con Blanco Fombona, que duró hasta su muerte, sin eclipse ni sombra, ha sorprendido a algunos, porque el venezolano pasaba por ser de trato difícil y hasta peligroso, dadas sus impetuosidades. Debo declarar que conmigo nunca las tuvo. Discutíamos ruidosamente a veces, pero siempre dentro de la más sana cordialidad.

Sin llegar a los extremos de Fombona, yo también he sido calificado de violento, aunque bien sabe Dios que las cóleras sólo fueron llamaradas del alma herida por bajezas de los réprobos. Nunca hablé al amigo de las salpicaduras de sangre, ni hizo él jamás alusión al drama de su vida. Pero era voz corriente en Madrid y en París que Fombona llevaba a cuestras tres cadáveres. El primero “bien muerto” como decimos en América, cuando nos parece suficiente el motivo. (Se hallaba Rufino conversando con su novia una noche en el zaguán de una casa de Caracas, pasó un rival, le injurió vilmente y el provocador murió). Las otras dos víctimas, contrabandistas y matones contumaces, cayeron en el territorio del Alto Amazonas, bajo las balas del Gobernador joven que no se dejaba intimidar. Todo ello dio lugar a la leyenda que le acompañó hasta el fin. De las reacciones bruscas de justicia expeditiva, dedujeron muchos una regla inmutable: Blanco Fombona estaba siempre dispuesto a matar. Así se creó en torno a él un círculo de prudente distanciamiento y de reticencia precavida.

Además, Fombona cultivaba una soberbia retadora que le inducía a hablar con desdén olímpico de las peñas literarias de Caracas y de los escritores de segunda o cuarta fila que parecían superarlo dentro del terruño, sin ser nada fuera de él. Editaba sus libros en España y en Francia, colaboraba en grandes revistas mundiales, tenía irradiación continental y se reía a carcajadas de los talentos lugareños que pontificaban alrededor de la plaza central de su capital pueblera. Esta certidumbre de las mayores dimensiones de su espíritu

se tradujo en aislamiento. Y el aislamiento dio lugar, como en el caso de Vargas Vila, al ensimismamiento inevitable. Pero Fombona sólo era jactancioso y desafiante frente a los que, sin ejecutorias, se plantaban frente a él. En el trato corriente siempre le vi sencillo, juguetón y agradable, porque casi nunca hablaba de sí mismo.

La vida muelle, el buen vestir, el restaurante de lujo y las mujeres bonitas le impedían ser papelero como tantos otros que, hallándose en la capital de la felicidad, literateaban sin tregua durante las veinticuatro horas del día. Inclinado a las doctrinas de Epicuro, entre una cita galante y la página que debía escribir, optaba ciegamente en favor de la primera.

Le seducía sobre todo la aventura, como me ha seducido siempre a mí, hasta en los desengaños. En uno de sus libros cuenta cómo siguió cierta vez en París a una mujer elegante. Y confiesa su decepción burlona cuando comprobó que, por traviesa casualidad, la dama codiciada entraba a una pastelería para reunirse conmigo. Esta dispersión constante en los jardines tentadores le alejaba de la preocupación exclusiva del literato, tan pesada y tan incómoda para el interlocutor. Se podía hablar con él de todas las cosas agradables y de todas las cosas profundas, a condición de que las profundas tomaran forma agradable y las agradables sentido de eternidad.

En el curso de los viajes nos encontrábamos con Fombona en lugares diversos. Como él y yo carecíamos de vocación epistolar sólo nos escribíamos cuando teníamos algo que decir. Todo ello, ausencias y silencios, sin perdersenos de vista. Al cabo de unos meses o de unos años, la casualidad nos reunía de nuevo a su capricho.

Poco antes de la guerra de 1936 lo vi llegar bruscamente a Niza donde yo era cónsul de la república de Bolivia. ¿Motivos del viaje? Había reñido Fombona con sus vecinos en Meudon o no se qué localidad cerca de París. Con la impetuosidad que conocemos subió a un tren, embarcando en vagones todos sus trastos, resuelto a instalarse inmediatamente en la Costa Azul. Desde el balcón de mi casa le vi en la acera de enfrente, vacilando antes de arriesgarse entre automóviles y tranvías. Cuando se decidió, en el apresuramiento por llegar, dejó caer en mitad de la calzada el paquete de libros que llevaba bajo el brazo. Mientras los recogía, se detuvieron los vehículos y estallaron las protestas habituales. Yo estaba ya en la puerta extendiéndole la mano, pero antes de saludarme, se volvió furioso hacia los aurigas: “—¡Salvajes!”— Después de lo cual, olvidando el episodio porque sus cóleras eran llamaradas, me explicó, abrazándome, como había decidido en pocas horas el éxodo arrastrando cuanto era suyo, hasta las gallinas, que acondicionó en cajones con alambres. Urgía encontrar, inmediatamente, una casa, sacarlas de la estación donde se estaban muriendo y donde los perros, en otra jaula, aullaban desesperadamente. Si digo que en aquella edad fabulosa Rufino era Cónsul del Paraguay en Francia, completaré un cuadro a todas luces desconcertante para quien juzgue las cosas con el criterio actual.

La última carta que me escribió este desequilibrado magnífico vino de Montevideo, donde actuó, al final de su vida, como ministro de Venezuela. Después

no supe más de él. Hasta que leí la noticia de su muerte. Por una travesura del destino cayó en Buenos Aires, ciudad donde nadie le quería porque, con razón o sin ella, atendiendo a su sinceridad, puso en tela de juicio muchas cosas que parecían inatacables. Los diarios le envolvieron naturalmente en una mortaja de silencio. Pero las represalias ocasionales no disminuyen la irradiación durable de una obra. Blanco Fombona quedará entre los más grandes escritores de la generación del 900. Con responso o sin él.

JOSE INGENIEROS

Hay tres puntos en que el salvaje y el ultracivilizado se reconcilian y coinciden: la admiración por la naturaleza, el amor a los animales y el ímpetu hacia la alegría. El semicivilizado cultiva, en cambio, el egoísmo triste y apenas siente admiración o amor por sí mismo. Para hacer la clasificación de tendencias o la disociación de caracteres, basta llevar a los hombres a una torre o a una montaña. El salvaje y el ultracivilizado contemplarán el horizonte, seguirán con los ojos el vuelo de los pájaros, se regocijarán bajo el sol. El semicivilizado, por su parte, preguntará dónde queda la calle central y buscará el techo de la casa en que vive.

Así asoma espontáneamente el límite entre los espejos cóncavos (símbolo de Sancho Panza) y los espejos convexos (que representan a Don Quijote); entre los espíritus que sólo atienden a lo que les concierne y los que captan o perciben un más allá. El semicivilizado acumula los defectos de la civilización y de la barbarie, en la hibridez de su mediocridad. Ha perdido la salud selvática de la ignorancia primitiva, sin adquirir las superaciones de la verdadera cultura. Ignora el panteísmo de la naturaleza, la solidaridad con los seres inferiores y el arrebató de la espontaneidad.

José Ingenieros fue un gran civilizado o un salvaje perfecto. Tanto elogio hay en lo primero como en lo segundo. Al margen de toda gravedad calculada, sabía reír.

No fueron desde luego todas farsas, pero ellas ponen en evidencia la reacción de la alegría, un tanto nerviosa, que determinaba la opaca uniformidad del medio, trayendo a la memoria la repetida cita del escritor francés que se apresuraba a reír de todo, para no tener que llorar. Ingenieros, como más tarde, en menores proporciones, Aníbal Ponce, que murió expatriado en México y —en realidad como todos los escritores de nuestra generación— levantó ásperas resistencias. Más que la inteligencia, era la manera de enfocar la vida lo que alejaba a los usufructuarios del momento. Para defender las aguas estancadas, se decretó el boicot. Pero la desatención, las postergaciones, la resistencia sorda en vez de domar los caracteres, arrancó chispas de ironía más cortante. En represalia, el burgués, dió menos importancia a la obra valiosa que a las acrobacias circunstanciales. La palabra "loco" revoloteó en los oídos. Y la palabra "loco" fue aceptada. No había en ello dis-

minución. Al contrario, la mayor parte de lo bueno que se ha hecho en el mundo es obra de algún "loco". Los equilibrados se limitaron con frecuencia a servirse, tardíamente y sin especificar el origen, a sacar provecho a menudo de lo que, sacrificándose la mayor parte de las veces, soñaron, pensaron e hicieron los locos.

El resorte secreto que mantenía el buen humor era la salud. De ella nacían, en medio de la obra, paradojas desconcertantes como la que solía lanzar desde la cátedra: —Los días de trabajo son utilizados por muchos para descansar, pero los días de fiesta siempre resultan excelentes días de trabajo...

O aquella otra que dejó perplejo al interlocutor empeñado en hacerle sentir su origen italiano y en recordarle indirectamente la "g" que había extirpado de su apellido: —No hay que agringarse, compañero...

Burla de doble filo, que ahogaba y desvirtuaba en el axioma xenófobo la propia situación paradójica. Porque, recordando el dicho célebre, si Ingenieros tuvo talento para burlarse de los demás, fue porque aprendió a burlarse de sí mismo.

Lo que tenía de estirado el ambiente, imponía estas bruscas fantasías que hacían pasar, no hay que subrayarlo, escalofríos de indignación entre la acompasada recua memorista. Todo se hacía, por lo demás sin vicio y sin maldad, con un ímpetu sano, que pudo resultar irreverente pero que nunca tradujo bajeza, venganza o perversidad. Una horda de hombres audaces se ahogaba entre las cuatro paredes de la cárcel monótona y rompía vidrios para respirar. Más fue el estruendo que el daño. Si algún perjuicio causaron, estuvo compensado por la saludable racha de oxígeno que llevaron hasta la vida. No hizo más que confesar su mentalidad perezosa el compatriota que se horrorizó al oírle exclamar en París, frente a la maravillosa fachada de la iglesia de Notre Dame: —¡A esto le está haciendo falta una mano de pintura!

Huelga añadir que los últimos días de Ingenieros fueron inseguros. No le perdonaron nunca las bravas verdades que dijo en *El hombre mediocre*. En vano dio un salto a México. Inútilmente volvió a Europa. No encontró grieta que le permitiese abrirse paso para cumplir su destino. No hubo cuartel para su independencia. Había practicado lo que más duramente se castiga: la sinceridad. Teniendo voz continental, no disfrutó de la más vaga influencia en un villorrio argentino. Hasta que con la misma alegría epidérmica con que veló en la brega sus decepciones, escondió al irse su dolor, jugando con la muerte, como había jugado con la vida.

HENRI BARBUSSE

Flaco, largo, sarmentoso, como raíz que sale del fondo de la fermentación humana, Henri Barbusse clavaba en el visitante sus ojos de Cristo, ingenuos y decepcionados a la vez, y extendía la mano huesuda y blanda, ajeno en cierto

modo al momento, dentro de su incorregible cortedad. Porque fue la timidez —virtud o defecto— la modalidad más visible de su persona, como fue la audacia sin límite la característica de su pensamiento.

Hice amistad con él desde los comienzos, pero intimamos realmente al llegar a Moscú, en noviembre de 1927, cuando los Soviets invitaron a algunos escritores y artistas de diversos países, con motivo del décimo aniversario de la revolución. En la casa de los intelectuales donde nos alojaron estaban también el poeta y diputado francés Vaillant Couturier, el pintor mexicano Diego Rivera, el escritor norteamericano Scott Nearing y una veintena de hombres inquietos o curiosos que desafiaban los 38 grados bajo cero para observar de cerca el nuevo fenómeno que preocupaba al mundo.

Recuerdo que al día siguiente de nuestra llegada, visitamos a Chitcherine, por entonces Ministro de Relaciones Exteriores. Desligándonos de los grupos que tenían programas categóricos en los Museos y en las fábricas, subimos a uno de los trágicos cochecitos descubiertos que todavía sobrevivían al pasado régimen y tiritando de frío bajo la nieve oblicua que azotaba los rostros, nos hicimos conducir al Ministerio instalado en el antiguo palacio de un magnate del zarismo. Redondo y abierto y jovial, Chitcherine nos recibió con llaneza y el protocolo desapareció totalmente cuando en el curso de la conversación se me ocurrió decir: —Después de consolidarse, ustedes restablecerán, probablemente, la libertad de prensa. . .

Los ojos de Chitcherine se encendieron. —¡La libertad de prensa!, exclamó, llevándose las manos a la cabeza, como si oyese un desatino— ¿Ha existido alguna vez la libertad de la prensa? ¿Ha encontrado usted en alguna parte la libertad de la prensa? ¿Existe en su país. . . ?

Y dejó caer cordialmente la mano sobre mi hombro, forzando las carcajadas, para borrar la brusquedad.

Con la lejanía melancólica que no le abandonaba nunca, y comprendiendo lo que había en el fondo de la hilaridad crispada, Barbusse se limitó a sonreír. Pero cuando salimos se detuvo bruscamente en mitad de la escalera de mármol y declaró: —Yo haré que exista en Francia la libertad de prensa. . .

Así nació, en nebulosa, la revista *Monde*, que apareció poco después en París. Invitado a figurar en el Consejo de Dirección, al lado de Máximo Gorki, Upton Sinclair y Miguel de Unamuno, acompañé a Barbusse durante varios años y tuve oportunidad de apreciar la superioridad moral y el idealismo del escritor que la tuberculosis —siempre la tuberculosis— se llevó en vísperas de esta nueva guerra, condenada por él con acentos inolvidables.

Si Barbusse se hubiera limitado a ser novelista, si no hubiera bajado a la plaza pública para arengar a sus contemporáneos, todos le acatarían hoy. Pero al intervenir en la lucha con afirmaciones decisivas, renunció —y lo hizo conociendo el precio de lo que echaba al mar— a la consagración de ciertos sectores intelectuales. Así fue su nombre excluido de muchos diarios y vejado tantas veces.

Sencillo en sus costumbres, sólo permanecía en París cuando se veía obligado. Pasaba la mayor parte del tiempo en su villa de Miramar, a tres

cuartos de hora de Niza. Yo iba a almorzar con frecuencia a su casa o él venía a la mía. A pesar del trato frecuente, nunca advertí en él un movimiento egoísta, una vanidad pequeña. Tampoco le vi ejercer represalias. Poeta en su plenitud.

Cierta vez le trajeron un libelo que circulaba contra él.

—*Les pauvres gens*— se contentó con decir.

Y siguió hablando contra la guerra.

PLEJANOV Y LENIN

En París, una de las tradiciones más pintorescas era la de los revolucionarios rusos. Tercos, hoscos, impávidos ante las privaciones, se cotizaban a veces entre media docena para alquilar un cuarto. Hombres y mujeres habitaban *pêle-mêle* rindiendo culto a lo que los periodistas parisienses llamaban “el enigma del alma eslava”. Asistían a todas las conferencias, se matriculaban en las Facultades, discutían a gritos sus reivindicaciones, asombraban a los transeúntes con sus caras escuálidas, sus trajes románticos y sus melenas subversivas y desaparecían al fin, misteriosamente, como habían venido, en medio de una existencia tan insegura como fantasmagórica. Yo vivía por entonces en la calle del Sommerard, cerca del Museo Cluny, a dos pasos del Bulevar Saint Germain y de la Sorbona y comía a veces, en un pequeño restaurante de la Plaza del Odeón, frecuentado por un público de estudiantes y escritores. Allí me presentaron una tarde a un grupo de emigrados coléricos y vindicativos que hablaban, a la vez, de principios generosos y de bombas de dinamita, refiriendo anécdotas increíbles de sacrificio, de demencia y de dolor.

Roubanowitch, que por entonces dirigía *La tribune Russe* y a quien yo había conocido en los congresos socialistas internacionales, era un hombre gordo, sanguíneo, apopléjico, cuya febril actividad no se interrumpía nunca. En contraposición con su figura expansiva, desorbitada, meridional, aparecía a veces en la penumbra, la sombra fría y monosilábica de Plejanov, el jefe de los socialistas demócratas, que se halla actualmente en un calabozo de Moscú y estuvo a punto de ser ejecutado hace poco.

Calvo, con la barba recortada en punta, y las manos muy limpias, tenía Plejanov cierto aspecto de profesor normal. Sus enemigos decían que desde que nació presentó su candidatura a la presidencia posible de la República eslava. Pero las ideas extremas no le impedían tomar a veces el té en un hotel elegante de la calle de Rívoli, en compañía de damas adineradas. Amigo personal de Vandervelde y de Kautsky, era considerado a la vez como el teórico y el hombre de gobierno del socialismo en su país. En los congresos de Amsterdam y de Stuttgart pronunció discursos muy aplaudidos y su abrazo con Katayama, en plena guerra ruso-japonesa le dio un minuto de notoriedad mundial.

—Es el candidato de Gorki —murmuraba, burlándose, Angélica Balanof, cuyo carácter demoledor no se desmentía nunca— pero para acabar con el *knout* no basta tener un programa y coleccionar nombres en vista de un hipotético misterio.

Y acaso tenía razón, las grandes demoliciones suponen derrumbamientos que van más allá de la voluntad del destructor. Plejanov tenía algo de Kerensky. Fue envuelto y vencido por la misma revolución que fomentó durante tantos años. Sin la intervención de los comunistas belgas y alemanes que hicieron ver a Lenin el efecto deplorable de la sentencia, no estaría con vida a estas horas.

Lenin era por aquel tiempo —principios de siglo— una figura secundaria, que no tenía voz ni voto en el Consejo de capitanes. Sólo le encontré una vez en una cremería de la calle de la Montagne Sainte Geneviève, siempre en el radio de la inmigración rusa, pero distante y perdido, escuchado apenas por dos o tres estudiantes. Atravesaba, según decían, por momentos difíciles y eran célebres, por su frugalidad, sus almuerzos compuestos de arroz con chocolate y una taza de leche. No se le vio jamás frente a una copa de alcohol. Llevaba siempre un paquete de libros bajo el brazo, sacaba listas misteriosas de sus bolsillos llenos de papeles y sus autores preferidos no eran los de la Internacional Colectivista, sino los de las tendencias encabezadas en Francia por Jean Grave y por Sebastián Faure, en el famoso *Journal du Peuple*.

Nunca será nada —escribía—, refiriéndose al adusto mujik de ojos mongólicos el ingenuo Plejanov que cada vez que tomaba la pluma parecía estar firmando decretos.

Lo mismo opinaba el impetuoso Roubanowich. De suerte que cuando Lenin, convencido de que no había para él ambiente entre sus compatriotas del Barrio Latino, se decidió volver a Ginebra, nadie fue a la estación a saludar al que había de convertirse en abanderado rojo.

JEAN JAURES

... Jaurès subía en ese mismo instante al tren que acababa de ponerse en marcha. Un saludo y nos instalamos en el vagón.

¿Quién no ha visto un retrato de Jaurès?

Sólido, más bien bajo, de cara rosada y barba gris, tiene en los ojos vivísimos no sé qué reflejo bondadoso que se coordina con el desenfadado del traje y con la gesticulación familiar. El jacquet, el sombrero y la corbata ignoran la moda, pero de todo el hombre se desprende cierta delicadeza particular, que es como un reflejo de su espíritu. En las conversaciones privadas habla dulcemente, casi con timidez y su voz poderosa que entusiasma a la multitud en las asambleas, cobra una especie de pudor velado, como si temiera afirmar superioridades. Pero así que toma contacto con el pueblo, así que siente hervir en torno un mar de cabezas, así que sube los escalones de una tri-

buna, ya sea en la cátedra, en el parlamento o en una sala oleosa de arrabal, aquel ser tan blando y tan deferente se transforma y se agiganta. Sus gestos cobran una amplitud que impone. Su palabra que llega a la vez al sentimiento y a la razón, provoca grandes corrientes de entusiasmo y arrebatada a los grupos y los deslumbra. Su silueta sólida y pesada se inmaterializa y se hace elegante. Se diría que dentro de aquel ser afable y modesto hay otro épica-mente grandioso que sólo surge al conjuro de los grandes conflictos.

Los temperamentos sólidos que saben lo que pueden y lo que significan, se abandonan buenamente a su tendencia natural, porque, en vez de tener la vanidad de parecer, tienen la confianza de lo que son. De ahí que nada resultase más simpático que la simplicidad bonachona con que Jaurès se acurrucó en un ángulo del coche, desenvolvió una manta vieja, puso el sombrero sobre el enrejado, sonrió en su barba conventual y se dispuso a comenzar la charla.

—De la conferencia de Algeciras —1906— no puede salir la guerra —me declaró el leader de la fracción colectivista— porque en realidad ninguna nación tiene interés en precipitarla. Los reaccionarios de Alemania, como los de Francia, no ocultan, es verdad, su deseo de recurrir a los argumentos últimos, pero los reaccionarios no son más que una minoría, tanto de este, como de aquel lado de la frontera. El pueblo, la masa, es hostil a todo choque, porque sabe que las grandes convulsiones sólo favorecen en general a los proveedores de los ejércitos a los grandes industriales y a los políticos imperialistas...

Jaurès se envolvió mejor en su manta vieja. . . El tren acababa de detenerse en una estación. A través de los vidrios empañados vi una confusión de sombras que hervían bajo la luz blanca de los focos eléctricos. . .

—Pero, insistí— la política de Delcasse era entonces la traducción directa de los deseos de esos grupos.

—Lo era, pero no completamente. Delcasse perseguía un gran sueño ambicioso: aislar a Alemania e imponerle condiciones. Estuvo a punto de desencadenar una sorpresa, pero felizmente hubo tiempo de evitar las consecuencias de su orgullo. Porque la política exterior de Francia debe traducir los anhelos colectivos y ser pacífica y conciliadora dentro de la dignidad. Lejos de comprometer las fuerzas del país en una aventura, conviene servirse de ellas para realizar en el seno mismo de la agrupación la justicia necesaria. . .

El tren corría en la noche perseguido por una luna redonda que vertía su claridad sobre los campos. De largo en largo, atravesábamos sin detenernos una minúscula estación cuyo haz de luces parecía rayar los vidrios y nos hundíamos otra vez en las tinieblas de donde surgía a veces, desteñido y pequeño, el campanario de los villorrios apacibles, dormidos a ambos lados del viaducto. En la soledad vasta de la llanura que dejaba entrever su fertilidad alimentada por tantas generaciones de campesinos obstinados, me pareció ver surgir en un galope de pesadilla las visiones espantosas de la guerra. . . Aquellas comarcas felices que se abrirían con el alba a la labor fecunda, podían ser sorprendidas de pronto por la avalancha de un ejército que barrería la vida,

como una tempestad implacable desencadenada por la ambición y la locura de los hombres...

—Pero la paz me parece inmovible —confirmó el optimismo reconfortante de Jaurès, como si respondiera a mis pensamientos más íntimos— las elecciones de abril robustecerán en la Cámara el prestigio de la mayoría... Estamos en pleno período electoral... Yo creo que los partidos avanzados ganarán terreno...

Cuando llegamos a Bruselas, antes de las once, el andén de la estación estaba solitario. Y muy pocos pudieron sospechar que el hombre modesto que se inclinaba bajo el peso de su maleta oscura, era el famoso tribuno de celebridad universal.

VENUSTIANO CARRANZA

Carranza realizaba el tipo del clásico general sudamericano de las buenas épocas. Franco, sereno, paternal, poseído por un instinto fanático de patriotismo y una bravura ingénita, ejercía influencia segura sobre cuantos le rodeaban. Me recibió sin pompas protocolares y durante la audiencia, que duró más de hora y media, habló de resistencias conjuntas, de ideales amplios, como jamás lo hizo ante mí otro presidente.

—En vista de los acontecimientos universales y dada la situación especial de México —le pregunté— ¿sería nociva para la política del país una exteriorización completa de la verdad?

—Exponga usted cuanto crea necesario —repuso después de ligera reflexión— y tenga la certidumbre de que nunca diré contra el imperialismo más de lo que yo pienso.

Hablando después de las gestiones que se hicieron para impedir mi llegada, refirió su diálogo con el ministro de los Estados Unidos. El diplomático había hecho valer las relaciones que empezaban a restablecerse entre las dos naciones después de retiradas las tropas de ocupación y se quejó del desaire que importaban los agasajos a un hombre sindicado como hostil a la política de su patria.

—Es una invitación de la Universidad —contestó Carranza— y en México, como en los Estados Unidos, las universidades son autónomas. No puedo tomar ninguna medida para que el escritor que debe visitarnos no desembarque en nuestras costas, pero si los Estados Unidos tienen interés en que no venga, en sus manos está no dejarle pasar por Panamá.

Y el viejo patriota sonreía, acariciando su larga barba blanca.

—También hice notar al ministro —agregó— que en caso de haber podido yo prohibir la entrada al país de un hombre por haberse pronunciado contra la política de la nación vecina, hubiera tenido que solicitar la reciprocidad porque en los Estados Unidos son muchos los que hablan contra México y su gobierno.

Poco después, el general Carranza, sitiado nacional y personalmente, enviaba al extremo sur sus emisarios para intentar por lo menos una comunicación con las otras repúblicas. No quiero hablar de las dificultades que tuvieron que vencer el Dr. Cabrera y el Gral. Montes, molestados y registrados durante la travesía, antes de llegar a Buenos Aires, ni entiendo hacer referencia tampoco al brusco llamado del ministro de México en Buenos Aires, señor Fabela, a quien le fueron robadas las valijas diplomáticas al llegar a Cuba. Nada se nos ha dicho en América sobre el objeto de esa embajada, ni sobre las proyectadas comunicaciones inalámbricas entre México y Buenos Aires, ni sobre la posible creación de una línea directa de vapores entre Progreso y Bahía Blanca, cuya vida se hallaba asegurada con el transporte del sisal de norte a sur y del trigo de sur a norte. Acaso hubo un momento en que pudo realizarse la ilusión de un intercambio directo de productos que hoy circulan con escalas e intermediarios extranjeros y ese precedente será utilizado en el porvenir.

LUISA MICHEL

Flaca, envejecida, momificada casi, pero con un incendio de pasión en los ojos, la gran visionaria recorría aún, a pesar de sus setenta años, las ciudades y las aldeas, predicando su hosco evangelio de rebeliones.

Sin compartir completamente las ideas de Luisa Michel y sin aprobar su violenta propaganda, fuerza es reconocer el desinterés prodigioso, casi místico, con que esta extraña mujer dio en vida su actividad, su pensamiento y su salud a la causa que creyó justa. Las persecuciones, los contrastes, la misma ingratitud de aquellos a quienes trataba de favorecer, no consiguieron domar ese carácter, minar esa fe, vencer esa voluntad.

En el fondo de mis recuerdos sobre París, la veo todavía, hace dos años en la *Salle des mille colonnes*, en pleno arrabal obrero, desafiando la barbarie de las hordas antisemitas que trataban de cubrir su voz, desmoralizadas por la locura y el antidreyfusismo. Un fanático trepó a la tribuna y pugnó por imponerse. Pero la calma de Luisa Michel fue tan desdeñosa, tan desconcertante, que salvó la situación y venció las pasiones de la asamblea irritada. Era una mujer nacida para el motín y para la plaza pública. Sus gestos tenían no sé qué extraña solemnidad que contenía el grito hostil en las gargantas. Aquella noche logró gobernar y dirigir los odios de tal suerte, que al cabo de media hora la multitud aplaudía lo que silbaba momentos antes.

A la salida, un anarquista español que no puedo nombrar, me presentó a Luisa Michel. En su apretón de manos sorprendí una reserva fría. A pesar de mis ideas avanzadas, yo no era, naturalmente, para ella más que un simple "burgués". Pero, después de conversar un instante, se desvanecieron las prevenciones y fraternizamos.

Luisa Michel me pareció un temperamento noble y altruista, aunque unilateral. Sus convicciones libertarias la llevaban a menudo a ser injusta con

los enemigos. No tenía esa flexibilidad de carácter, ese espíritu crítico despierto que nos permite penetrar la mentalidad del adversario y desentrañar la lógica de sus aptitudes. Sin embargo, con todos sus defectos, era una personalidad rara.

Un amigo le dijo cierta vez:

—Ha llegado la hora de descansar.

—¿De descansar? —repuso inquieta la propagandista. —Todavía no he muerto.

La previsión se ha realizado ahora. La incansable se extingue en plena gira de conferencias.

LOS DELEGADOS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Cuando la ciudad de los canales, de los callejones tristes y de las niñas rubias, se vio inundada por la gran ola cosmopolita que venía de todos los puntos del universo, con trajes raros, nuevas costumbres y gestos vibrantes, cuando en los cafés, en las plazas y en las aceras aparecían los grupos resueltos y las delegaciones de los países vecinos o distantes acudían a la cita revolucionaria, cuando la vida sobria y parsimoniosa de la ciudad de Flandes se vio interrumpida y alterada por esa inyección de seres extraños que, hoscos, pensativos y sonrientes, traían como un relámpago de infinito, como un presentimiento de porvenires, como un escalofrío de locura o de presencia, las gentes recatadas y medrosas hicieron una mueca de desagrado, pronunciaron un *goeden nacht* más enérgico y se agazaparon con delicia, como tortuga bajo el caparazón, en sus ideas meticulosas y aseadas.

Amsterdam es una ciudad de buenas almas metódicas. La barba hirsuta de Cipriani, el sombrero de Ker Hardié, la melena de Guesde y las corbatas desaparejas e indóciles de Jaurès, tenían que levantar en Damrak o en Kalvers-trat un gran rumor de comentarios. La despreocupación es aquí un defecto grave. Nadie se viste bien, pero nadie se viste mal tampoco. Ocurre lo que con los pensamientos. Los que más se consumen, son aquellos que pasan inadvertidos.

Desde la mesa de la Argentina, donde estoy con mi compañero de delegación, el diputado italiano Rondani, veo pasar a muchos hombres a quienes conocía de reputación, sin haberme acercado a ellos nunca: Pablo Iglesias con su frente obstinada y su ojos de monje antiguo; Pressensé, con sus patillas grises, su palabra vertiginosa y su gesto monótono; Kautski, flaco, amarillo y miope, pero mentalmente invencible; Katayama, fisonomía típica de asiático; Ferri, meridional en los gestos y en el traje; Vandervelde, sereno e interiormente irónico; Hydman, indiferente y jovial; Plejanov, adusto, como si llevase sobre los hombros toda la tiranía de las Rusias; Gerault Richard, satisfecho, con su barba rubia peinada; Adler, incrédulo, ático y al propio tiempo convincente; Clara Zetkin, entusiasta; Smith, correcto; Briand, nervioso y

Jaurès, manso, deferente, y tímido como un *bonhomme campagnard*, extraviado en una academia. Todos tienen la fisonomía de su carácter. Todos traen el alma a flor de ojos. Si Guesde parece una rapsoda profeta, Ker Hardié un minero y Vaillant un profesor de matemáticas, es porque la fisonomía transparenta las preferencias interiores. Cada cual lleva en la frente como prendido con un alfiler, el nombre de la modalidad que lo caracteriza.

Troelstra que preside, está radioso. El congreso ha tenido un éxito que no esperaban sus organizadores. Holanda ha salido bien de la prueba. Dentro de pocas horas, los congresistas se separarán, llevando un recuerdo grato de la hospitalidad recibida.

Y sobre el rumor de las conversaciones, flota ahora una voz grave. Una delegada polonesa, de pie, entona el himno de los trabajadores. En la gran sala tumultuosa, serpentea entonces un escalofrío ideal y todos callamos...

JUAN D. PERON

El Presidente esperaba en la puerta, sonriendo, con la mano extendida.

Con Perón descubrí al primer ejemplar de lo que en francés llamaríamos un Presidente *bon enfant* expresión que no cabe traducir por buen muchacho dado que el matiz cambia con el idioma y presta tinte chabacano a la llaneza abierta y cordial. No dijo ni me dejó decir ninguna de las frases rituales. Manifestó que me conocía en términos que colmaron la inevitable vanidad del escritor, pero no se detuvo en el adorno y nos ubicó en seguida en dos ángulos del sofá, mientras él se sentaba en un sillón con agilidad juguetona, como si se encontrase entre viejos compañeros.

La entrevista empezó sin prólogo, sin rompehielos, como si fuese la reanudación de un diálogo.

Mientras saboreábamos el café, elogí el nuevo estado de cosas en cuanto tendía a realizar los dos ideales de mi vida; restablecimiento de la dignidad nacional y reformas obreras tangibles, añadiendo que, dentro de ese campo de acción, me declaraba soldado a sus órdenes.

—Con soldados así se ganan todas las batallas —contestó el presidente complacido.

Tan sin resistencia era la atmósfera que me llevó a salir del papel que protocolariamente me correspondía, invadiendo jurisdicciones, refiriéndome al ostracismo en que he vivido durante largos años y hasta insinuando derroteros, cosa que podía parecer destemplada en una visita inicial.

—Usted me perdonará, Presidente —dije, deteniéndome al advertirlo— pero su cordialidad incita a decir todo lo que uno piensa y como no he sido nunca adulator...

—Siga, siga —contestó Perón, que en vez de una irreverencia, vio un homenaje en la libertad de expresión.

Fuimos así rozando los problemas y los peligros que tendrá que afrontar el nuevo gobierno. Charla sin precauciones, sin reservas espectaculares. El diputado Ernesto Palacio dijo lo suyo. Yo expresé mis puntos de vista. Y el Presidente, asintiendo unas veces, discrepando otras, oyó con la misma deferencia campechana lo que decía el diputado por la capital, autorizado por la investidura, y lo que opinaba el escritor viajero, sin la más vaga delegación.

El Presidente nos habló de su campaña para lograr el abaratamiento de la vida, campaña que está resuelto a llevar hasta el fin, haciendo intervenir al ejército si es necesario y entregando las fábricas a los obreros. Se refirió a la electrificación del país, a la necesidad de dar agua a las provincias pobres y a la situación especial de la Argentina exportadora de productos vitales que bien manejados pueden pesar en la política internacional.

Después saltamos al tópico de la futura Gran Argentina industrializada para el éxito de la cual parece indispensable ante todo la implantación de una industria pesada y yo evoqué el viaje que hice a Rusia en 1927 invitado por el Soviet.

—A mi juicio, —dije— la revolución rusa se afianzó en el mundo y se defendió de todas las intrusiones con ayuda de la industria pesada... En cuanto a la doctrina comunista, se va ajustando gradualmente a las realidades y no constituye peligro para ningún país. Por el contrario, tiene aspectos felices y utilizables en cualquier parte del mundo.

Se habló de los gobiernos anteriores que improvisaban sin plan, al influjo de menudos intereses particulares, enemigos del bien colectivo. También se hizo referencia a nuestra representación diplomática en el extranjero y el Presidente no tomó grandes precauciones para declarar que la consideraba en buena parte ineficaz. Se manifestó dispuesto a modificar ese estado de cosas, pese a la protesta fácil de prever. Sin que decayese la vivacidad del diálogo seguimos tratando muchos temas y sólo cuando el secretario del Presidente pasó frente a la puerta con el abrigo puesto nos dimos cuenta de la hora. Pero el Presidente era el que debía marcar el fin de la entrevista y no se dio por enterado. Siguió conversando aún con animación y abundancia, hasta que, al ver pasar por segunda vez al secretario, miró bruscamente el reloj. Eran las ocho y treinta y cinco y debía asistir a una comida. Nos acompañó cordialmente hasta la puerta del despacho y al estrecharme la mano dijo: —No me olvidaré de usted...

Después de lo cual cruzamos el salón y el pasillo hasta la puerta grande, al pie de la cual esperaba el automóvil oficial. Rozando casi las ruedas, nos escurrimos hasta la Plaza de Mayo y mientras hacíamos señas inútiles a los taxis, inexorablemente ocupados, Ernesto Palacio me preguntó:

—¿Cuál es su opinión?

—Tenemos un gran presidente —le dije—. Es sagaz, enérgico y está dotado de una astucia peligrosa para los adversarios y hasta para los visitantes...

Yo elogí el temple del nuevo gobernante, adecuado para librar rudas batallas y afrontar tempestades. Acaso causará algunos desengaños. Gobernar es siempre más difícil que proyectar. En la prueba de la realización hay siem-

pre ilusiones sacrificadas. De todas las sacudidas de la historia, sin excluir la Revolución Francesa y la Rusa, ha quedado sólo, al fin de cuentas, lo que experimentalmente podía sobrevivir. Este es un aspecto. Pero Perón sabe también que los problemas y las corrientes puestas en marcha por el movimiento que ha encabezado no se resuelven con el acceso de un hombre al poder. No será fácil que repita, como hicieron otros en casos análogos, el clásico error de olvidarse de la calle para oír a los grupos palaciegos o aceptar la lisonja de los adversarios. Todo hace suponer que tratará de ser consecuente con su programa inicial llevando la revolución hasta sus posibilidades máximas, porque no ignora que lo más peligroso en política es que "los buenos" que suplantán a los "malos" se vuelvan malos a su vez, dando margen para que los vencidos se rehabiliten y retornen, con alas de ángel, a prometer el paraíso...

[Recuerdos tomados de *Escritores iberoamericanos del 900*, *El destino de un continente*, *El arte y la democracia*, *Burbujas de la vida*, *La vida inverosímil*, y diario *Política* del 3/7/46].

CONTRA LA CORRIENTE

LOS QUE HEMOS vivido las épocas en que, con etiqueta de "modernismo", se rendía culto a todas las indiferencias disolventes y en que, en nombre del "arte por el arte" —la velocidad por la velocidad, automóviles frenéticos que no tienen rumbo— se cultivaba una literatura de cenáculo, medimos hoy la magnitud de la metamorfosis. No fue vano el esfuerzo contra las directivas que en determinado momento hicieron ley. Pasamos por ilusos, mediocres y plebeyos, porque hacíamos literatura con palabras usuales y no decíamos: dilecto, núbil, broncíneo, melificante, letal, redivivo, áureo y efluvio. . .

De ese paso sobreviven individualidades anacrónicas, con talento a veces, pero olvidadas en sus islotes, como náufragos de una concepción que se hundió. Los nuevos sienten las necesidades del siglo en que viven y de la tierra en que nacieron. Son a la vez, creadores de belleza y campeones de justicia, porque, después de todo, la justicia no es más que belleza en acción.

Son las juventudes bien enraizadas las que crearán la patria libre del futuro mediante un doble esfuerzo, para lograr que la equidad reine dentro de la nacionalidad y que la nacionalidad, respetada en su esencia, se armonice en el mundo con las otras nacionalidades.

Ambos propósitos inspiraron, desde los comienzos, mi vida literaria. Fui revolucionario para combatir la errónea organización social y fui antiyanqui, para oponerme al imperialismo que nos devora.

Las delicadezas del estilo, el ensueño de la frase, el ritmo tenue y acatizador de las palabras, son el presente que hacen los poetas —ya escriban en verso o en prosa— a sus contemporáneos. Pero esa espuma no es suficiente para apagar toda la sed de realizaciones que bulle en el fondo de las almas, ni para satisfacer el deseo de elevación. Hay que entregar a los contemporáneos un pensamiento actual, una acción tangible, que concrete la vibración del momento. Hay que pensar en voz alta. Por lo demás, lo supremo es la propia aprobación. A ella aspiré exclusivamente al adoptar las direcciones de que he hablado.

Me adherí al marxismo en tiempos en que la situación de fortuna de mis padres era más que holgada. Traía, por lo tanto, mucho que perder en la aventura. No fui el ansioso que reclama lo que no tiene, sino el altruista dispuesto a renunciar al privilegio en nombre de la equidad. Subrayando esta actitud, decliné las candidaturas que me ofrecieron. Y así resultó que en vez de crear-me una situación con el izquierdismo, entregué al izquierdismo cuanto tenía y nada gané con él, como no sea la hostilidad del grupo dominante. No ha de verse en esto una rectificación del credo, ni una censura contra los grupos avanzados. Aunque el partido Socialista adoptó más tarde una actitud hostil contra mi campaña antimperialista y aunque me hallo separado de él sólo conservo de aquellas épocas el recuerdo de nuestra solidaridad. Los hombres —siempre lo dije— son accidentes en la lucha. Lo vuelvo a afirmar, en detrimento mío. Lo importante es que las ideas avancen, que el ideal triunfe. Lo demás es anécdota. Y a la anécdota volvemos.

—Se evoluciona... me decían algunos.

Yo no he evolucionado nunca por interés. He preferido ser un cristo. Porque amargo resultado de las concepciones del medio, así se moteja entre nosotros con ingenuo desdén y con gusto discutible, a cuantos sucumben por ser fieles a un ensueño o a un ideal.

Siempre he aborrecido al político artero que parece decir:

—Tengo en la estación tantos vagones cargados de democracia, ¿a cuánto me los cotizan ustedes?

Nadie podrá acusarme de haber sacado ventaja de las prédicas, o de la popularidad, que en ciertos momentos tuve.

Cuando hace poco, en horas difíciles, fui a solicitar un humilde empleo en la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra, se puso una vez más de manifiesto la antinomia entre los que sacrifican su vida a aspiraciones superiores y los que invocan aspiraciones superiores para encumbrarse.

—Es imposible —me contestó el señor Albert Thomas—. Si le doy a usted algo, puedo tener reclamaciones del gobierno argentino o del gobierno norteamericano...

Y era de ver el azoramiento del ex propagandista de la revolución social, en medio de la suntuosidad del escritorio, donde paseaba su obesidad, como si todas las apostasías se le hubieran hecho vientre. ¡Tenía ya tan pocas oportunidades de recordar a la masa de donde salió! Yo iba a pedir trabajo, y aunque el trabajo enaltece, siempre hay, para el espíritu altivo, cierta aversión a solicitar. Pero confieso que, a pesar de todo, me sentí por encima del interlocutor. Por el camino de las mismas ideas, yo había bajado de la burguesía al pueblo y él había subido del pueblo a la burguesía. Le había dado a él mucho más de lo que él me negaba.

La segunda idea —defendida con igual encarnizamiento en la prensa, en el libro, en la tribuna— no me fue propicia tampoco.

Hace más de un cuarto de siglo que sostengo la necesidad de un concierto entre las repúblicas latinoamericanas para contrarrestar el avance del imperialismo anglosajón. Alrededor de la tesis he escrito libros, he dado cente-

nares de conferencias y he realizado viajes de circunvalación continental, pagados de mi peculio.

Treinta años —digo treinta años, por costumbre, porque ya van siendo más— durante los cuales fui sucesivamente —según la absurda interpretación de los interesados en embrollar las cosas— el mensajero estipendiado de España, de Inglaterra, de Alemania. Ahora, según parece, lo soy de Rusia. En la campaña he perdido hasta mi situación de escritor, puesto que quien se inició con todos los éxitos se halla oprimido por la palabra de orden: hay que inmovilizar al propagandista.

La coordinación de las repúblicas de nuestra América, en vista de movimientos globales, es, sin embargo, un fenómeno tan inevitable como la caída de un guijarro que la mano abandona, o la marcha de un río hacia la atracción del mar. Ninguna coalición de interés, ningún egoísmo, ninguna fuerza del mundo, podrá impedirlo. Sólo cabe debatir dos cosas. Primero: las condiciones (desfavorables, peligrosas o desesperadas) en que se realizará esa confluencia, según el plazo más o menos largo que tarde la verdad en llegar hasta el gobierno. Segundo: la extensión (disminuida, limitada o exigua) a que se extenderán los beneficios, ya que la avalancha imperialista va sumergiendo gradualmente nuevos territorios cuyo rescate parece cada vez más difícil. Como consecuencia del desmigajamiento y de las concepciones mantenidas contra toda evidencia por las oligarquías dominantes, día a día se acentúan los éxitos del invasor y es visible que a medida que el tiempo pasa, puede ser más penoso el esfuerzo y más reducido el radio en que lograremos afirmarnos. Hay que acelerar la relación del porvenir ampliando el campo de nuestras preocupaciones y haciendo que las naciones del sur cumplan la misión a que se hallan destinadas por la geografía o la prosperidad.

Tal es la teoría que desde 1900 traté de trasmutar en direcciones concretas, susceptibles de ser aplicadas al instante en que vivimos. La fórmula "La América Latina para los latinoamericanos" fue lanzada en México, en una de las conferencias primeras. La nación es un ideal, alrededor del cual se suceden generaciones que son a la vez fruto y simiente, y dado que el porvenir sólo germina en forma de resultado supremo y en la finalidad más alta, debemos considerar el sacrificio como un deber, reservándonos el premio exclusivo en la conciencia.

Pero algunos no lo han entendido así. Para ellos soy "el hombre que no ha comprendido". No he comprendido que en nuestros países para "llegar" hay que recabar previamente la bendición de Washington. Interminables hileras de ministros, presidentes, artistas, hombres de negocios, marcan el camino que se ha de seguir para alcanzar la vida cómoda, la riqueza y el triunfo. Esta situación, estruendosa a fuerza de ser pública, no ha podido, parece, ser percibida por mi entendimiento. Ni por asomo se les ocurre pensar que, conociendo la situación y sabiendo a lo que me expongo, persista en empujar la idea que obstruye los caminos. Hasta me gritan algunos caritativamente "No es por ahí", como si en la carrera hacia la felicidad, tuvieran el remordimiento

de dejar a la zaga al que se extravía. Y como sigo impertérrito, concluyen: "¡No aprenderá nunca!"

Ojalá acabase aquí la triste comicidad. Ciertos políticos no se contentan con entregar las riquezas al invasor y con proporcionarle a bajo precio la mano de obra. Consideran también un deber limpiar el campo de toda disidencia y ahogar las voces susceptibles de interrumpir la operación. Así resulté el murmurador molesto que no deja oír la sinfonía de Beethoven, que los "virtuosos" hombres de Estado ejecutan genialmente en el teclado de América, para amenizar los altruismos bancarios de los prestamistas.

Como las sanciones suelen levantar reflujos de inquietud o de adhesión, evitaron las represiones y cuanto pudo colocarme en ostensible situación de víctima. Pero, al conjuro de sigilosa palabra de orden, se detuvieron en torno los resortes de la existencia y se enrareció el aire. Cuanto antes fue propicio, se tornó adusto. ¿Quién se atreve a comprometerse? En nuestros países abunda el valor físico, pero escasea el valor moral. Los libros no circularon, los periódicos declinaron la colaboración, los amigos se desvanecieron, la fortuna se hundió. Y como esto no era bastante para descorazonar a los últimos fieles, empezó la calumnia a llenar su función de tábano. Así se multiplicaron las confabulaciones miserables y me hicieron pasar sucesivamente por cocainómano, pederasta, espía alemán, cuanto podía rebajarme a los ojos del pueblo y de la juventud. Todo ello sabiamente corroborado por silencios estratégicos. Porque si los poderosos y la opinión dominante, me negaban apoyo o atención no era —qué había de ser— por no comprometerse a los ojos del imperialismo o por no disgustar a las oligarquías que con él se enlazan, sino porque resultaba imposible seguir dando personalidad a un hombre tan discutido. ¿Cómo dejar una partícula del honor nacional en manos de quien podía comprometerla?

Más que el daño, me entristece la reprobación que caerá mañana sobre el núcleo, puesto que la verdad ha de salir a luz algún día. Alguien tendrá cuando me muera la entereza de decir: a ese hombre lo arrastraron al barro sin motivo. No será posible argüir credulidad donde sólo hubo sometimiento, pero esa voz rescatará los silencios cómplices. En todo caso, la egolatría que algunos me han de reprochar en ciertos pasajes, no es más que una reacción del espíritu que no se dejaba abatir. El hombre limpio no se defiende, levanta la cabeza, soporta la adversidad y aguarda la justicia. Si esta no llega en vida, más lastimados que él mismo quedarán sus denigradores, sobre los cuales caerá la censura de los que mañana nos juzgarán.

Para hacer naufragar una ideología, no basta infamar a un hombre y cubrir una voz. Aunque hubiera sucumbido, lo que intenté hacer en América tiene una fuerza propulsora que me sobrevivirá. Lo único que se logró fue subrayar una tendencia de los que recurren a esos expedientes —y fuerza es decirlo— de la opinión que los tolera. Quiera el destino que no se juzgue a todos mañana por los procedimientos que algunos emplearon en esta oportunidad.

Entre nosotros la lucha resultó siempre difícil para cuantos buscaron el bien común y la endémica sintazón empieza a ser advertida por los de afue-

ra, con el consiguiente desprestigio para el grupo. De la prueba de la difamación se sale muerto o triunfante. Y hay que creer que respiro aún, puesto que día a día acrece la irradiación que me acerca a millares de hombres a quienes no he visto nunca.

La tesis de conglomeración racial, de resistencia a las influencias extrañas y de valorización de nuestro propio acervo, formulada antes de la guerra de 1914 en horas en que hallándose Europa intacta se podía hacer una política de compensaciones, levantó así, desde el principio, hondas resistencias, no sólo en el seno del imperialismo norteamericano, interesado como es lógico en ahogar cuanto se opone a su avance, sino entre aquellos mismos a quienes debía favorecer.

Lo primero estaba previsto, aunque no en la forma implacable que cobró la represalia. Lo segundo, no. Al empezar la campaña, creí que el grito desinteresado repercutiría ampliamente en los corazones. Hasta soñé la recompensa de estima a que pueden aspirar los que sirvieron a la colectividad. Después he aprendido lo que cuesta defender ideales.

El imperialismo yanqui trataba de desembarazarse del disidente incómodo, pero los nuestros, ¿qué defendían al ahogar la voz alertadora?

Llegó la ceguera hasta motejarme de renegado, siendo así que mientras al amparo de los yerros que nos anemian, otros se abrían paso hacia situaciones brillantes y bien remuneradas, soy uno de los pocos que —paradoja viviente— han servido siempre a la patria sin recibir nada de ella. Pobre, mientras éstos se improvisaron fortunas con sólo cerrar los ojos ante el mal imperante; postergado, mientras aquéllos se encumbraron colaborando en la disminución colectiva; mi vida ha resultado, al fin de cuentas, una perpetua campaña contra mí mismo. Como en el drama de Ibsen, fui “el enemigo del pueblo” porque denuncié que estaban envenenadas las aguas de la política lugareña.

Aún enfocando las cosas desde un punto de vista exclusivamente local, debió, sin embargo, comprenderse el propósito. Esas directivas no eran más que una prolongación de la naciente historia del país. Si los argentinos de 1810 juzgaban comprometida la independencia del Río de la Plata mientras no se obtuviera la independencia del Alto Perú, ¿cómo no ha de enlazarse hoy como ayer —en épocas en que las comunicaciones son más rápidas y los medios de dominación más eficaces— nuestro destino con el destino de las demás repúblicas?

Lejos de desinteresarme de la mía, la defendí en sus proyecciones espirituales dando a la palabra un sentido dentro de la civilización. Porque el ímpetu solidario que favorece a todos los pueblos de nuestra raza, levanta en particular a los del sur, destinados a sugerir direcciones a la conciencia continental. Nadie hubiera debido desconocer el imperativo de esa lógica. Pero la opinión fue burlada por los interesados en prolongar la confusión y en medio del apresuramiento por obtener puestos, conquistar jerarquías y preservar intereses, la campaña idealista sólo alcanzó a ser mesa de enganche para los soñadores, es decir, para las víctimas de nuestra América, donde el afán de riquezas materiales amenaza aniquilar toda grandeza moral.

De haber predominado el egoísmo, se hubiera limitado el escritor a hacer, dentro de los cánones usuales, la política que consiste en subir, seguro de encontrar dentro de ella mayores satisfacciones y provechos más tangibles que en la lucha, toda en futuro, de remar contra la corriente. También pudo aspirar a los rótulos vistosos que se otorgan a menudo al que menos suspicacias internacionales levantó. Tomando el camino que le convenía, todas las puertas se abrían a la ambición. Y claro está que resultaba más cómodo disfrutar con holgura del presente, que ponerse a trabajar para el porvenir, contrariando los planes de la nación más poderosa de la tierra...

Para que no falte nada, han venido después los exploradores tardíos, que olvidan la anticipación con que hablé de los problemas de América, los desmemoriados aviesos que ignoran las fuentes en que alimentan su inspiración y tratan de despojarme hasta de lo que causó mi ruina. Descubren lo que dije hace un cuarto de siglo y hasta me traen la revelación... Porque, como alrededor del antimperialismo parece abrirse ahora una beca durable, ya se empieza a hacer también en las alturas política criolla. He podido, pues, subrayar la comprobación triste de que todo suele acabar entre nosotros en confusa rebatía, a favor de la cual pugnan por seguir encaramándose los audaces, al grito secular de "mando yo".

A la edad en que todos han logrado una vida y se han hecho, grande o pequeño, el hueco que asegura la subsistencia, el rebelde, el disidente, el díscolo, por no haber sido "hábil" —en la subalterna acepción del término— sólo ha alcanzado la calumnia, la pobreza, la expatriación. Tarde en la vida se da cuenta de que todos realizaron grandes cosas, de que es el único que no hizo absolutamente nada. Hay que sobrellevar el castigo sin una concesión. La pluma que estuvo al servicio de dos ideales en la juventud, sigue al servicio de esos ideales en el crepúsculo. Puesto que los míos me sacrifican, quiere decir que los he servido. Esa es la tradición. Y refiriéndome a alguno, puedo pensar:

—No cabe duda de que diferimos, ustedes han vivido de la colectividad; yo, para ella.

O lo que oyó un candidato, interesado en "contar con mi concurso":

—Y después que usted sea presidente, ¿qué vamos a hacer? Porque lo que el país espera son ventajas positivas...

Esto trae a la memoria también la frase de otro político a quien la casualidad había llevado a una de esas situaciones en que nuestros hombres creen disponer de cuanto les rodea. Como repartía mercedes reales, me detuvo a la entrada de un teatro para decirme:

—Voy a tener necesidad de usted...

Aún creo ver el asombro con que recibió la respuesta:

—Lo siento, "Doctor", pero en estos momentos precisamente tengo mucha necesidad de mí mismo...

—Política... murmurará alguno.

Política, no. Arte social, es decir, intervención del ensueño en la vida.

Las ideas que defiendo serán avanzadas, podrá no estar de acuerdo conmigo el que me lee, pero se ha de reconocer, por lo menos, el desinterés de una campaña que sólo ha procurado sinsabores.

De haberse limitado el que escribe a hacer arabescos con el estilo, a contar historias imaginarias, o simplemente a escribir versos, como es siempre en los comienzos la vocación más pura, se encontraría ubicado en un buen sillón y los éxitos rebotarían en cablegramas copiosos, ya que los diarios sólo saben a veces de los escritores lo que los escritores mismos le cablegrafían. La situación es tal, en cambio, que si forzando las posibilidades humanas lograrse yo mañana arrebatara un astro al cielo, la prensa oficiosa de mi país —no pudiendo silenciar el caso— diría en las noticias policiales: “Continúan dando que hacer los ladrones, ayer ha sido detenido el sujeto M. U. por haber sustraído una estrella”.

He herido intereses y los intereses persiguen su represalia hasta el fin. Pero los he herido para defender ideales y los ideales acaban siempre por triunfar.

Hay que tener demasiada confianza en la ingenuidad humana, para suponer que el ardid detiene por tiempo indeterminado una acción. La masa, que no es tan candorosa como suponen algunos, no tarda en darse cuenta del engaño y en levantarse contra los que explotan su credulidad. Sería locura imaginar que en la amplitud de la existencia se puede hacer trampa como en el momento y en el lugar en que se vive. Hay un límite en que cesa la influencia del caudillo, de la autoridad, de la mentira. Las reputaciones basadas sobre una acción personal y no sobre una virtud pensante, son virtualmente efímeras aunque parezcan cerrar el horizonte. Por querer ir muy pronto, no llegan a ninguna parte. En cambio, arraigan las que surgen luchando contra la corriente. Siempre hay una hora en que la víctima se sobrepone. En la vida o en la muerte. Poco importa. Pero no falta una justicia y una sanción.

Y no se busque a través de las palabras el cabrilleo de soberbia. Tengo la diáfana noción de lo poco que significa un hombre. Pero la “gripe española” de nuestros pueblos es el arribismo en todas sus fases: internacional, social, político, literario. Un grupo, un jefe, una oligarquía, se convierten en batuta de los otros y declaran la guerra al viento y a los pájaros, a cuanto no canta bajo la férula dictatorial. Lo único que nos puede redimir es la disidencia. Si hay en lo que acabo de decir orgullo, no es el del mísero mortal, es el de un movimiento, es el de la limpia juventud que purifica el ambiente y levanta el nivel del teatro en que gesticulamos.

[De *El dolor de escribir*, 1932. Madrid. Compañía Iberoamericana de Publicaciones. Escrito en Niza].

LA INJUSTICIA INUTIL

HE REPETIDO la exclamación más de una vez a lo largo de las horas tristes que me valió el empeño en favor de la verdad.

En este libro, que, entre digresiones y recuerdos, es, a ratos, una confesión, no se han de disimular los años de zozobra económica. Quiero subrayar, por el contrario, este punto, para que nuestras repúblicas no sigan ahogando a los que mañana defiendan su porvenir. Que la mala lección no corrompa a la juventud. No es posible manchar las almas nuevas con la certidumbre de que la situación es definitiva y de que sólo podrá prosperar entre nosotros quien acate lo existente.

Urge romper con el imperativo de que para elevarse hay que ofrendar el silencio, cuando no la complacencia, al invasor. No podemos dejar que se convierta en axioma la evidencia de que cuantos velan por nuestros derechos tienen que ser sacrificados. Que sirva por lo menos el daño para que se opere la reacción.

Desde Eduardo Prado, el autor de *La ilusión yanqui* que en 1903 vio obstaculizada la venta de sus libros en el Brasil y murió calumniado, sin poder realizar sus proyectos, hasta José De Diego caudillo de la independencia de Puerto Rico —poeta admirable en su vida y en su obra—; y hasta Augusto César Sandino a quien se ha llegado a acusar de recibir dinero de Norte América —cuando nadie acusa, sabiendo pertinentemente que se hallan prisioneros del imperialismo, media docena o una docena entera de presidentes— el proceso de los hundimientos es siempre el mismo.

Alrededor del insensato que con palabras de altivez o con propósitos de renovación se atreve a interrumpir el ir y volver monótono de las ambiciones politiqueras y de las genuflexiones ante Washington, se cierra en seguida el infranqueable círculo de fuego. No hay quien escape a la sanción. Oliveira Lima tuvo que salir del Brasil renunciando a su carrera diplomática. Isidro Fabela, el autor de *Los Estados Unidos contra la libertad*, no volverá a ser ministro. El mismo Drago, a pesar de su prudencia, murió al margen de la

diplomacia argentina, dentro de la cual triunfaron nulidades. Ni una vez ha fallado la represalia. En su carrera, en su fortuna o en su honor los réprobos sintieron el castigo. Es suficiente que un hombre examine la situación para que se le boicotee. Basta que un presidente atenúe su sonrisa ante el Embajador de Norte América para que una revolución lo aplaste como a Zelaya en Nicaragua, como a Carranza en México, como a Yrigoyen en la Argentina.

Claro está que son otros los pretextos, los móviles aparentes, la anécdota local. En países de acometividad espontánea, donde triunfa sin esfuerzo la maledicencia, nada resulta más fácil que desviar la atención entregando al público un mito o un fantasma. Si un Presidente cae asesinado en la plaza pública, se habla de la venganza de un marido celoso. Nadie advierte la coincidencia de que ese presidente Araujo fue el único que algunos meses antes trató de levantar los espíritus en la América General para oponerse al desembarco extranjero. Si un hombre de negocios quiebra, si un propietario se niega a entregar las minas codiciadas, se le zapan las bases, se le estrangulan en las encrucijadas del crédito y ajenos al propósito inicial los espectadores sólo oirán mentar las especulaciones ilegales y la gestión escandalosa de la víctima. De cobrar vuelo las prédicas del publicista hostil se le indisponen con los mandones del terruño, se le aísla y claro está, que no será la propaganda la que habrá causado la catástrofe, sino la mala conducta, la incorregible "bohemia" del ajusticiado. Cuantos en nuestros países se opusieron a la sujeción, fueron gente de poca fama, de los cuales se desembarazó la nacionalidad. Cuantos abrieron, en cambio, a la influencia absorbente una condescendencia, prosperaron, triunfaron, florecieron. Se diría que las repúblicas del sur ofrecen en holocausto a los dioses de afuera la felicidad y el honor de sus mejores hijos. Los propios latinoamericanos han hecho, así, fatal el desmoronamiento. Tanto, que hoy no se sabe si debemos condenar con más saña la alevosía de los invasores o la impericia de los que favorecieron sus planes. En todo caso, es de esa indiferencia, o de esos crímenes, de donde ha nacido a la vez la ruina de nuestras repúblicas y el poderío asfixiante de los Estados Unidos.

Escribir estas cosas es como atrojarse al océano; porque pensar libremente resulta innovación peligrosa y como tal se castiga. ¿Pero hemos de hacernos cómplices del mal que nos hiere, encubriéndolo con el mutismo y asegurando su impunidad?

Mientras duró mi independencia pecuniaria, sobrellevé con relativa facilidad los golpes. Tenía una base, un escudo, un arma. Pude recorrer el Continente de norte a sur, sin pedir nada a ningún gobierno. Pude procurarme local para mis conferencias gratuitas cuando las autoridades se negaron a concederme un local. Todas las hostilidades no conseguían detener la marcha de quien se trasladaba a su capricho de una ciudad a otra, pagaba en moneda sonante y contante su alojamiento y prevenía la fácil acusación de medrar a la sombra de las doctrinas, abriendo a todos, sin retribución, las puertas de los salones donde hablaba. Cortaban la luz eléctrica, me ponían al margen de la política, de la literatura, de la vida, me suprimían hasta las comunicaciones —más de un cablegrama se desvaneció en el mar—. El disidente seguía empujando, a

pesar de todo su sueño loco, porque era dueño de su movilidad y único juez de sus palabras.

No quiero significar con esto que la lucha fuese cómoda. Se obstaculizó la circulación de mis libros antiyanquis, al punto de que rara vez llegaron hasta el escaparate de las librerías. Me boicotearon los diarios bien pensantes. Los gobiernos reforzaron en torno el aislamiento profiláctico. Y la alevosía de algunos, combinada con la ingenuidad de otros, me condenó al ostracismo. El mayor dolor habrá sido la injusta hostilidad de aquellos a quienes quise servir.

Así va el escritor, todo en nervios y todo en sangre, tratando de sobreponerse a su destino, hasta que la muerte lo elimina.

Pero el verdadero drama empezó cuando mi padre perdió su fortuna. Aún no sabemos como fue. En mis Memorias descubro algunos puntos que se enlazan con lo que vengo diciendo. Baste decir por ahora que quien emprendió en 1903 una campaña difícil, basado en su independencia pecuniaria se encontró de pronto, en 1918, ante la necesidad de pedir a la pluma lo indispensable para vivir.

De acuerdo con la traviesa ley de las contradicciones, mientras me acusaban de llevar vida muelle en la Cote d'Azur y de derrochar los millones del Soviet, yo entregaba a los acreedores mi casita humilde y me preguntaba, lápiz en mano, cómo equilibraría el presupuesto elemental. No hallaba colaboración, ni empleos siquiera. La campaña latinoamericana me perseguía como una maldición.

Sólo hubiera podido evadirme poniéndome al servicio de las direcciones que combatí. Ni en hipótesis se podía aceptar la solución. El problema era enlazar la fidelidad a las convicciones, la continuidad del credo, con la retribución que necesitaba obtener. Lo difícil era ganar dinero sin disminuirme; vivir sin abdicar.

Al margen de los métodos pediguñeos, con plena dignidad, y hasta disimulando la pobreza, he vivido así durante largos años, si esto es vivir. Tan cerrado es el *non possumus* que alguien me llegó a insinuar:

—¿De qué se queja? La culpa la tiene usted. Pero en su mano está remediar la situación. Quien sabe manejar la pluma, puede, sin desdecirse, rectificar errores... Hágalo...

Como todavía no he rectificado esos errores, aquí estoy arrinconado, inmovilizado.

Lo que más lamento es la interrupción forzosa de la campaña. Hubiera querido ir a Nicaragua, a México, al Perú, a Chile, en momentos en que podía ser útil, decir una palabra sincera. Pero, ¿cómo hacerlo sin recursos, sin amigos casi?

Estos enmudecen, aquéllos esconden la prudencia, fingiendo credulidades que de antemano saben inverosímiles. Sólo las nuevas generaciones tienen una palabra cordial. Pero las nuevas generaciones —con ser la triunfal reserva— nada pueden hacer por el momento desalojadas como se hallan por vientos bruscos hasta del recinto de sus universidades. Nuestras repúblicas pertenecen

aún a los banqueros prestamistas, a los políticos sin programa, a las minorías que anteponen sus privilegios a la salvación común.

Así han creído triunfar. Designando al castigado, parecen volverse algunos hacia la colectividad, como quien amenaza con el ejemplo.

Pero, ¿de qué sirve tanta saña?

Contenidas un instante, las ideas empiezan a salir por todos los poros de América y hablan por boca de otros espíritus que las hacen suyas. El hombre es un ínfimo detalle. Dura más una piedra del sendero. Lo que nada logra detener es el advenimiento de una verdad cuando ha llegado la hora. Los sentimientos colectivos no los crea un individuo. Podrán encenderse en una conciencia antes que en las otras; pero, aunque el brote inicial se extinga, estalla el campo en colores. Siempre se impondrá el vigor de una América regenerada. No hay imperialismo, no hay conjunción de tímideces que extirpe el instinto de conservación de cien millones de hombres. Los pueblos viven mientras tienen la voluntad de vivir.

En cuanto al pájaro de mal agüero al cual se quiso aplastar, si no pereció en la demanda, se sentirá más fuerte después del baño de injusticia. Basta aprender a levantarse temprano, para endurecerse ante las inclemencias. No hay zozobra, traición o angustia que resista al equilibrio material y moral de quien a las ocho de la mañana ha hecho sus ejercicios físicos, se ha bañado y está bebiendo su taza de café antes de salir a andar bajo el sol. La reacción de salud anula todos los tóxicos y el alma se eleva por encima de la adversidad.

A más o menos distancia del momento en que vivimos, lo que debe imponerse se impondrá. Los que me amargaron la vida, tendrán que resignarse a una desilusión, porque la expresión final del continente nuevo está en las generaciones últimas y la juventud, hoy contenida, hará la ley muy pronto hasta el confín.

[De *El dolor de escribir*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1932].

ENSUEÑO Y REALIDAD

A MEDIDA que avanzamos en la vida, nos damos cuenta de que las ideas, las instituciones, los sentimientos han sido falseados. Allí donde buscamos a Dios, encontramos la congregación, el dogma, la iglesia pedigüeña. Allí donde veneramos la patria, aparece el privilegio, el interés de casta, la politiquería. Allí donde perseguimos el amor, salta el prejuicio social, el cálculo, el matrimonio. Todo torcido siempre por el ardid, todo manchado por el interés, todo puesto en prosa, en mistificación y en cifras. Sobre todo, en cifras. Porque es el dinero, siempre el dinero, lo que envilece, corrompe y rebaja cuanto nos rodea.

Podrá haber ingenuidad en el descubrimiento; pero confieso que nada me ha descorazonado más que la comprobación de que en la sociedad actual los egoísmos monetarios prevalecen sobre los valores eternos.

Esta disminución general de los ideales, despeñados desde el plano supremo hacia una interpretación subalterna y mezquina, cuando no engañosa y criminal, levanta en las almas limpias, primero un sentimiento de estupor, después, según los casos, un ímpetu de indignación o un soplo de tristeza.

El escritor nace del desengaño. Y más que del desengaño, de la reacción colérica de su credulidad burlada. Trae en sí la intuición de algo más alto que lo que va descubriendo en torno. Intenta reaccionar contra la hueste adversa. Y es su sacrificio y su dolor lo que rebota en chispa efímera o durable sobre las páginas.

En realidad, quiso el destino que viniéramos al mundo, abriendo un paréntesis entre dos muertes, a intercalar en la sombra una cláusula incidental. Si tenemos anhelos, sufrimos con las vicisitudes. Si el espíritu es generoso, con el sufrimiento ajeno. Si la voluntad predomina, con los obstáculos. La lucha de los siglos en el parpadear de una luciérnaga. Y después, cuando morimos, es como cuando echan al agua un cadáver desde el trasatlántico. Sobre los despojos se precipita la fauna del mar, para arrancar girones a la presa inde-

fensa. Así vamos bajando hacia la sombra. Hasta cuando ya no queda cadáver, hay un remolino de avideces que acompaña la tabla vacía. . .

Soñé hacer grandes cosas, con la esperanza de favorecer a los míos. Como un arquitecto acaricia en la mente la visión de un monumento, traía yo en el alma la certidumbre de una acción. Pero me voy sin haber podido realizar lo que soñé en favor de mi patria directa, que es la Argentina y de mi patria superior, que es la América Hispana. Nuestros países no han tenido más que paladines maltrechos, golpeados en vida, tolerados a veces después de la muerte, cuando no pueden molestar. Fuerzas interesadas en que no se produzca el despertar de los pueblos, les cierran los caminos. En ningún momento se me dejó dar la medida de lo que hubiera podido hacer. Una sombra terca arrasó las esperanzas.

Algunos toman la vida con la incredulidad irónica del fotógrafo que ha retratado a muchas generaciones de recién casados. No creen ni en las uñas de sus propios dedos. Deformación causada por la mentira. Yo he creído, en cambio, en todos los lirismos. En todos los imposibles. En la vida real.

Cuando le contaba que desde los comienzos tuve un ideal político: el socialismo; un ideal nacional: la campaña antimperialista y un ideal personal, la integridad de la conciencia —entendiendo esto último en el sentido de rechazo de cuanto se puede obtener sacrificando convicciones— se echaba a reír a carcajadas una traviesa amiga:

—¿Cómo quiere usted avanzar con tanto peso?— me gritaba.

La predisposición deliberadamente empírica, que colocó los valores morales por encima de los valores materiales, me fue alejando de la vida hasta ridiculizarme. Las gentes creían ver al paleta que llega del villorrio ignorante de los usos de la ciudad. “No sabía” que para mantener rango debía hacer esperar a las visitas, y salía a recibirlas así que llegaban. “No sabía” que para encumbrarme debía buscar mujer de fortuna y me casé con la que mejor se acercó a la sencillez de mi espíritu. “No sabía” que se ha de opinar siempre al diapasón de la conveniencia que perseguimos y en todas partes proclamé mis verdades. Claro está que “no sabía” todas estas cosas a fuerza de saberlas hasta la saciedad. Rechazaba el ardid, la mentira, la disimulación, porque me repugnaban y los aventaba lejos, para ser yo mismo. Pero nadie admitía estas razones. . . Así fui el transeúnte aterido que pasa bajo la lluvia, sin impermeable, sin paraguas, sin querer subir a un coche. No he de quejarme, pues, de las pulmonías.

Por otra parte, el idealista es siempre la bandeja de aserrín sobre la cual todos escupen. Tuve horas de desaliento, meses largos durante los cuales me faltó energía para escribir. Desilusionado del presente, me refugiaba en un porvenir imaginario. Hasta que un día arrojé el tintero por la ventana. ¿Para qué seguir escribiendo?

La voluntad se sobrepuso después. El error fue anclar en una concepción absoluta. El error, o el acierto. Porque no se ha de medir todo por lo que triunfa y hay quizá una suprema satisfacción en la derrota de los que aspiraron al imposible. Será la recompensa única. Porque la gloria. . .

Aún en el caso de ser dignos de ella, ya sabemos cómo se hacen entre nosotros las glorias. Se elige al más puro, al más íntegro de los hombres, al que mejor pudo honrar a su tierra, al más apto acaso para realizar el bien común y se desencadenan sobre él los vientos hostiles. Se le disminuye, se le inmoviliza, se le calumnia, se le niega capacidad, patriotismo, honor. Se lo aísla como un leproso... Hasta que el hombre muere de vergüenza, de hambre o de angustia. Después... después... a veces... se le reconoce talento y se entrega la memoria a la veneración de la colectividad. Pero hasta cuando el harapo humano se funde en bronce, nada impedirá que el transeúnte se encoja de hombros:

—No era más que un poeta...

Tal es, por lo menos en la sociedad que triunfa, la situación brutal.

La entrada al puerto de una ciudad que se desea conocer y que se adivina en bloque desde el barco, es una sensación particularmente intensa. Recuerdo que una vez, en las Antillas, mientras la proa partía el mar inmóvil, que el sol manchaba de sangre en el confín, una bandada de pájaros vino a tejer, con su vuelo, una corona imposible sobre los mástiles. Era el augurio feliz o el vaticinio adverso al llegar al trópico, donde la savia fluye en racimos palpitanes y olorosos, abriendo en frutas y entusiasmos la ofrenda de la vida. No sé si las costas son las muecas de la tierra, inmovilizadas por los años en un gesto brusco. Pero al acercarme me pareció que la ciudad multicolor y alegre se levantaba como el barco por encima de las olas para admirar el arco iris más hermoso que se puede concebir. A las puertas de América reventaban las maravillas de la atmósfera en el espasmo del crepúsculo que moría. Porque ya empezaban a lo lejos a parpadear como luciérnagas las luces que marcaban con sus dobles collares las líneas largas de las avenidas. Hacia ellas se adelantaba el transatlántico, acompañado por una luna roja, que parecía anunciar el incendio de las constelaciones.

El recuerdo perdura en la memoria como símbolo de la alucinación que nos sobrecoge al acercarnos a lo que hemos deseado mucho. Entramos a la literatura, creyendo poder alcanzar todos los delirios de la imaginación...

Los primeros libros marcaron el desconcierto inevitable. Así escribí *Paisajes parisienses*, *Una Tarde de Otoño*, *La novela de las horas y los días*, etc.; cuentos, siluetas, esbozos de novela que fueron reeditados parcialmente en diversas formas (*Las espontáneas*, *Mujeres de París*, *Los estudiantes de París*, *Luciana Lardot*, *Lecturas para el tranvía*) y que a pesar de la buena fortuna que tuvieron sólo traducen dentro del medio extraño, la perplejidad del neófito y el deslumbramiento de la gran ciudad.

A esa época pertenecen también los comentarios sobre actualidades, las impresiones de turista, crónicas y viajes que como *Visiones de España*, *Crónicas del Bulevar*, *Burbujas de la vida*, *La vida inverosímil*, etc., reflejan el deseo de escoger, dentro del aluvión de los artículos que la necesidad me

obligó a escribir algunas páginas susceptibles de escapar a la fugacidad del género.

Conviene colocar dentro de la misma zona, las poesías, en su mayor parte publicadas en revistas que ya no existen. Quedan dispersas en folletos entre los primeros años y en diversas selecciones entre las cuales citaré *Vendimias Juveniles* y *Poesías Completas*.

Hay que hacer un capítulo aparte para la crítica literaria con ayuda de la cual quise reforzar la orientación autóctona que fue mi credo. A este género pertenecen *El arte y la democracia*, *La joven Literatura Hispanoamericana*, *Las nuevas tendencias literarias* y entrando a la Sociología, *Enfermedades Sociales*.

La tendencia que podríamos llamar aborigen, cuajó en una serie de cuentos y novelas cortas que se han publicado en innumerables "colecciones semanales", "bibliotecas populares" y en las formas más diversas quedando reunidos, en definitiva, los mejores con el título de *Cuentos de la pampa*, en los tomos 309, 310 y 311 de la Colección Universal Calpe de Madrid. A este género pertenece también *El camino de los Dioses*.

Los libros que más difusión alcanzaron son, desde luego, los de sociología y política latinoamericana. Especialmente, *El porvenir de la América española* del cual se hicieron varias ediciones; *Mi Campaña Hispanoamericana*, *La Patria Grande* y *El destino de un Continente*, del cual existe una excelente traducción en los Estados Unidos. Espero tener tiempo para completar la serie de estas observaciones y anticipaciones sobre el presente y el porvenir de nuestras repúblicas, con una síntesis final.

Consagré, en suma, el mejor esfuerzo a la acción en favor de los míos. La misma idea tomó forma de conferencia, de artículo, de libro. No se halla todo en los tomos que acabo de editar. Faltan innumerables manifiestos, declaraciones y cartas públicas que nunca se reunieron en volumen y que concurren a esclarecer el tema que tantos sinsabores me causó. —No quiere decir esto que me arrepienta de haber dicho lo que pensaba sobre la situación de nuestras repúblicas. La verdad molesta y hasta irrita al principio, como un olor sano de farmacia, pero siempre purifica el ambiente, aunque el operador se quemé las manos—.

Sobre el conjunto de la obra, hay una selección publicada bajo el título de *Las mejores páginas*.

Hago la rápida síntesis para declarar paladinamente que no estoy satisfecho de mi labor. El ideal del escritor no se ha cumplido. No he realizado lo que soñé. Quedan muy lejos las iluminaciones entrevistas al abordar la literatura. Los que vengan mañana, comprenderán la concepción y medirán la zona que quise abarcar. Pero ambicioné algo más que un esbozo. La irritación en que he vivido durante largas décadas, unas veces con motivo de la injusta hostilidad que me cercaba, otras a causa de las crecientes urgencias económicas, no me ha permitido hacer más.

Los libros que no he escrito, los ha anulado el ambiente, los ha destruido antes de nacer el rigor del clima. Cuando vuelvo a encontrarme

conmigo mismo, en un remanso de la lucha, se van los ojos por los senderos que ansiaba recorrer. Mi ensueño hubiera sido "situar" —latitud y longitud— a la América Hispana dentro del pensamiento universal. Por encima de las pequeñas literaturas enjutas, urbanas diremos, que sólo llenan una función engañosa y fugaz dentro del reducido círculo, concebí direcciones, sugerencias y realizaciones en un plano general y durable. En el sentido nacionalista y dentro de la tendencia social, arte y política a la vez, hay que crear síntesis, programa, itinerario, renunciando al localismo miope para acceder a la concreción final. Intensamente ha vibrado en mí, como una campana, esa necesidad de expresión de un Continente en lo que se refiere a ideales colectivos, a derroteros, a fórmulas pensantes, a vida superior, en fin, puesto que en la cima suprema se enlaza todo en un soplo que es la personalidad nacional.

La América nuestra, que hay que coordinar, que hay que recrear, que hay que traducir, está ansiando salir del balbuceo en que la mantienen en todos los órdenes los grupos que perduran a la sombra de su dispersión. Para la defensa de los territorios, para la felicidad de las muchedumbres, para la elevación de las almas, hay que levantar tribunas que estén por encima de la influencia del cacique, de los intereses de la empresa periodística, de los egoísmos oligárquicos. Hay que acceder hasta las verdades panorámicas. Hay que volcar los componentes iniciales, sin exclusión y sin dolo, en el vaso de una sinceridad para que se produzca la fermentación creadora. Los libros podrán ser novelas, estudios sociológicos, versos, quizá. No sé. Todos los medios de expresión son buenos, si el punto de arranque es un ideal. Ignoro el número y la forma. Pero alguien tendrá que fijar sobre el papel el advenimiento de una colectividad nueva en el mundo. La tarea requiere quietud, serenidad, concentración, cuanto no me ha sido dado tener. . . Que los que vengan mañana alcancen la fecunda paz propicia y realicen la obra.

Al entrar de un solo golpe en la vejez y en la miseria, al sentir la impresión de realidades frías que van hasta la médula de los huesos —es tan curioso el destino, una vida no vale nada. . . — vuelvo, involuntariamente, los ojos hacia lo que hubiera podido hacer tomando otro rumbo y me digo:

—Si la milésima parte de la energía, del pensamiento, del espíritu de prosecución que puse al servicio de ideales generosos, la hubiera empleado en encumbrarme personalmente o en explotar un negocio cualquiera, tendría ahora riqueza, valimiento, prestigio, cuanto se puede soñar. . . De haberme acercado a la mesa para tomar parte en el festín, todos serían triunfos. Se diría que al defender algo ajeno a los intereses personales, he perdido hasta mi derecho a vivir. ¿De qué sirvió el cariño a la tierra, de qué la integridad? . . .

Así se explica el tono entre protector y chocarrero con que uno de los ex presidentes en vacaciones que suelen venir a derrochar el dinero a Europa, me decía cierta vez: —Ya lo ve, amigo; el juego le salió mal...

Porque para el entendimiento de algunos, siempre seré el improvisador aturdido que se equivocó. Carezco de "experiencia práctica".

Esto me recuerda que cuando mi padre se quejó cierta vez de mis doctrinas populacheras, le dijo el general Roca: —Déjelo, ya cambiará con el tiempo...

Ni el tiempo me ha cambiado ni nació el idealismo de una equivocación.

Es lo que traté de explicar al ex presidente. Pero como la malicia es en nuestras repúblicas, el talento más difundido, no se dejó convencer:

—Y si usted volviera a vivir su vida, ¿haría de nuevo lo que ha hecho? —lanzó, creyendo arrinconarme.

—Naturalmente —le dije— no cabe duda de que volvería a empezar...

La curiosidad trajo a menudo hasta mi retiro a muchos de los que han representado o representan la vida oficial de la América Española.

Así llegó un día el Sr. Morales Berté, Ministro de Colombia en Holanda. Sorprendido al ver que el escritor le abría la puerta personalmente, se presentó con nerviosa claridad:

—Vengo a verlo por el siguiente motivo. Yo tenía sobre el escritorio un libro de usted *El destino de un continente* y el secretario de la Legación Argentina me dijo al entrar al despacho que no debía leer semejantes necesidades. La apreciación ha despertado mi interés y aquí estoy...

Era un hombre culto y departimos largamente.

No sé, en cambio, cuál fue el punto de arranque de cierto encopetado profesor. Ni sé tampoco cuál fue el objeto de su visita, porque desde que entró, sólo habló de sí mismo.

—Pertenezco —me declaró— a una de las familias más aristocráticas del país, mis abuelos...

—Eso no tiene importancia— interrumpí, deseando abreviar.

El visitante me miró al principio con extrañeza, pero creyendo que yo reservaba el respeto para "méritos" más tangibles, hizo un viraje y continuó:

—Nuestra fortuna es cuantiosa; poseemos campos que van desde...

—Tampoco tiene importancia... insistí.

Tragó saliva el hombre y sin perder el aplomo se embarcó en la superioridad que, inevitablemente, a su juicio, tenía que deslumbrarme:

—Nuestra influencia cerca del gobierno es decisiva, conseguimos del Presidente cuanto queremos...

—Tampoco tiene importancia...

Mi interlocutor se levantó de la silla. El asombro se tradujo en pregunta irritada:

—¿Qué es lo que tiene entonces importancia para usted?— articuló ásperamente.

Después de hacerle esperar unos instantes, sin alterar la placidez de la palabra y de la actitud, repuse:

—La sinceridad.

Se despidió tan aturdidq que dejó olvidados los guantes.

Los turistas que llegan a la ciudad, visitan al escritor como van a ver una fachada curiosa o un barrio típico.

Más de uno, para poder decir:

—¡Qué desengaño!

Aunque también suele ocurrir que el que sufre el desengaño es el escritor.

Cierta vez se presentó un señor opulento. No diré de qué república era nativo.

Así como en España, cuando se cuenta una historia a un catalán hay que atribuir la burla a un gallego y viceversa, entre nosotros, todo sale bien mientras es posible pensar que la víctima nació en el país vecino.

Usted necesita tener a su disposición un periódico —espetó desde la entrada— diré más, Ud. necesita un diario. Y alrededor del diario, cuantos organismos de propaganda puedan facilitar la acción. Fundaremos un Banco si es preciso. Tiene que rodearle al fin, gente capaz de serle útil. ¿Me autoriza usted a traerle mañana algunos amigos de sólida situación económica para formar el comité?

Miré al recién llegado en los ojos. No tenía aspecto de demente. Era un hombre de cabello blanco, bien vestido, sereno, con el aire seguro de los que gozan de buena renta. Me explicó que acababa de leer un artículo mío, pasaba el invierno en Niza y se apresuró a venir.

Al día siguiente temprano, empezó a llegar a mi casa, gente nueva. Primero uno después otro, se alinearon los coches frente a la vivienda humilde.

Cuando los desconocidos se instalaron como pudieron, conté una docena exactamente. El visitante del día anterior, tomó la palabra: que esto, que lo otro, aquí está Fulano, aquí está Mengano, hay que pensar en la patria y en América, y por aquí y por allá... Hasta que acabó presentando el fenómeno: —Que explique ahora el escritor la obra que se propone realizar.

Confieso que no me dejaron hablar mucho. En cuanto me referí a la necesidad de reformas sociales y a la urgencia de poner vallas al imperialismo, sentí el alejamiento del auditorio. Un impulsivo recordó que tenía una cita urgente y se escurrió. Esto motivó el revuelo que un hombre gordo, de anteojos, aprovechó para preguntar:

—¿No cree usted que sería mejor hacer una publicación de actualidades y de vida social, con retratos de los presidentes de nuestros países? Ya es tiempo que nos conozcan en Europa...

Como no estuve de acuerdo se acabó la reunión.

Hasta el que habló de crear un Banco, perdió la facundia y se despidió prometiendo venir más tarde. Naturalmente, no lo he vuelto a ver. Y esta

es la hora en que no se ha fundado la revista que debía interpretar el pensamiento de América.

Nuestros hombres ricos derrochan el dinero en caballos, en cortesanas, en donativos a los países de Europa que los ridiculizan. Más de uno muere solo, en tierra extranjera, dejando sus millones a parientes con los cuales no pudo entenderse nunca. No hay uno solo que piense en la obra superior.

Más frecuente, es desde luego, la inquina.

En medio de la tertulia que solía formarse en mi estudio, varios amigos condenaban una tarde las absurdas calumnias lanzadas contra el hombre apacible que salía rara vez de su casa y llevaba una vida ejemplar.

—Llegan hasta tacharle a usted de vicioso. . .

A lo cual repuse mansamente:

—Ojalá fuese verdad, porque me aburriría menos. . .

Procediendo así, por manchas sucesivas, se ha ido dibujando el panorama interior de un hombre. Es quizá lo que, inconscientemente, me propuse desde la primera página. No temo que el carácter confidencial que ha tomado el libro me indisponga con el lector. La mejor manera de contar lo que es la lucha, consiste en mostrar las heridas. De las incidencias personales y por encima de ellas, sale la línea exacta que, al margen de los trances efímeros, sintetiza el dolor de escribir.

Nada más engañoso que los aspectos exteriores de un carácter. Acaso donde alguno advierte jactancia, no hay más que el lamento del ideal que fracasó, el desamparo de los que no fueron comprendidos. Por una alteración superficial de las apariencias, el altruismo se crispa a veces en reproche. Pero no se modifica por ello, la esencia de los sentimientos. Hasta la misma sorpresa ante el mal, está anunciando la llaneza primitiva de las inspiraciones.

Acaso no ha sido todo ello más que inferioridad.

En los trenes de España la primera es para la gente decente, la segunda para los pobres y la tercera para los miserables. En los de Francia, la primera es para los extranjeros, la segunda para la burguesía y la tercera para la democracia. En los de Alemania, la primera es para los tontos, la segunda para los millonarios, la tercera para los comerciantes y la cuarta —porque hay cuarta— para la gente modesta. En el tren espiritual de nuestras repúblicas, la primera suele ser para los agentes del trust, la segunda para los caudillos, la tercera para los ambiciosos, la cuarta para los que no intervienen en nada y la quinta —porque hay quinta— para los que viajan con el pueblo y con la verdad.

La hostilidad que rodea al escritor se halla, además, alimentada por los que creen adquirir jerarquía disminuyendo a otros, por los que imaginan que defender lo justo equivale a comprometerse y por los proletarios del mal, que ni siquiera trabajan por su cuenta, eternos servidores del interés ajeno que corean en los siglos los rencores anónimos.

Esta conjunción de fuerzas negativas, favoreció el ataque en todos los tiempos y en todas las zonas. ¡Con qué fruición se acoge la versión maligna, el suceso providencial que desembaraza a algunos de lo que pudo molestarles! ¡Con qué facilidad encuentra cómplices afanosos, el agresor desconocido!

Séame perdonada la paradoja escéptica en que, sin buscarlo, venimos a encallar. El intelectual —como el roble y como el cacto— trae en sí sus futuros desarrollos, confirmación de la primitiva esencia. Si los buenos mejoran al envejecer, los malos se vuelven peores. Y a menudo son estos últimos los que acaban por predominar.

¡Cuántos vinieron de América a Europa a expensas del gobierno o patrocinados por él! El embajador los recomendaba y los imponía, forzando a veces las consideraciones diplomáticas. Esto cuando el escritor impuesto no era el propio Embajador. Conmigo ocurrió lo contrario. Siempre tuve esa influencia en contra. Así se despertó la desconfianza, cuando no la hostilidad de los extranjeros. Si surgía un elogio, no faltaba una lamentación: “¡Cuánto se equivocan ustedes!” Aún no me explico como concedió Francia la Legión de Honor, al único argentino, en favor del cual no intervino el gobierno de su país ni como acabó la verdad por reventar. Sin que yo supiese como, frente a la resistencia, se abrió, a pesar de todo, la simpatía y nació el contraste, a la vez consolador y penoso, porque dejaba en mala postura a los míos. Hasta pude comprobar que la prédica antimperialista, desdeñada en el sur, era considerada con respeto en Norte América.

El escritor yanqui W. Morton Fullerton, cuya palabra hace autoridad, escribió en *Le Figaro* de París: “En nuestra época hay pocos espectáculos tan hermosos como su lucha sin tregua para galvanizar el espíritu y el corazón de los pueblos latinos de Centro y Sur América, amenazados por el fatídico avance del Norte. Manuel Ugarte no escribía para ojos norteamericanos sino para los hombres que se hallaban al sur del Río Grande. Sin embargo, lo que escribía retuvo la atención de muchos de nosotros que habíamos saludado lo que había de audacia y de oportunidad, en las campañas de Teodoro Roosevelt. Estoy seguro de que el mismo Roosevelt hubiera reconocido en Ugarte, un campeón digno de su brazo. Pensando en Ugarte, escribí en este sentido hace algunas semanas. Ha oído las palabras que le concernían. Y el resultado es de una belleza de la cual yo no soy responsable y que hubiera sido grata al gentilhomme de Ligier-Richier de Barce-Duc”.

La carta a que hace referencia es la siguiente:

“Acabo de leer la formidable página de usted “Dante y la Doctrina de Monroe”. Aunque sufra mi fiereza de latinoamericano, debo reconocer que ese artículo, doloroso en su luminosa franqueza, es expresión fiel de la verdad actual. Cada pueblo hace en la historia lo que puede. El límite a su poder no está más que en el poder de los demás. Nos dice usted eso con una crueldad llena de grandeza y tiene usted razón en recordar las realidades a los que no han comprendido. En mi propaganda terca que usted evoca con tan cordial benevolencia, siempre he dicho que es más juicioso para un pueblo esperar la salvación de su propia iniciativa que de una abstracción de derecho inter-

nacional o de un ímpetu humanitario de sus enemigos. No hay que quejarse de la injusticia, hay que ponerse en situación de que la injusticia no sea posible. Y esto lo hubiera podido hacer quizá mi América Latina si no estuviera en manos de oligarquías, tiranos y políticos demasiado apegados a sus ambiciones. Gracias por la atención que usted me dedica. Yo defendiendo la existencia y los intereses de mi grupo nacional y si usted me estima, de lo cual estoy orgulloso, es porque me sabe capaz de seguir defendiendo esos intereses hasta el fin”.

Sin una concesión se mantuvo la actitud frente a la influencia avasalladora que impone vibración al Continente. Como en la figura evocada por M. Fullerton, quedó, a pesar de todo, el esqueleto con la mano levantada. Me han quitado cuanto tenía o pude tener, pero no se ha doblado el ideal.

Si el escritor no ha de reflejar la vida sin juzgarla, no puede el ciudadano servir a la colectividad sin tratar de mejorar su suerte. Lejos del cómodo patriotismo que consiste en aplaudirlo y en usufructuarlo todo, hay que perseguir la obra de superación continental y humana, aún a riesgo de merecer el anatema.

Acaso fue un gran mal este sentimiento innato de la equidad, que hace estallar ante cada atropello una rebelión. Lejos de la justicia aparatosa que algunos sacan a relucir cuando coincide con el clamor general y ayuda a ganar galones, contrarié la corriente incontrarrestable, sabiendo de antemano que si el antiyanquismo coriáceo puede forzar la simpatía de algunos, resulta siempre un suicidio en nuestras repúblicas donde prospera la ceguera voluntaria, la trágica despreocupación en que se desangra una colectividad.

Todo lo doy por bien empleado. Hacemos con la vida lo que con un racimo de uvas: vamos eligiendo los mejores granos, sin importarnos que los peores queden para el fin. Como la espuma es la vanidad de la ola en la satisfacción de su abandono, la imprevisión es el lujo del optimismo, que se juzga invulnerable dentro del ensueño. Si los pájaros vuelan, más que con las alas, con la voluntad que los anima, los humanos confían a veces, más que en el mundo en que viven, en el mundo en que quisieran vivir. Todas las estrellas no pueden entrar, naturalmente, por la ventana. Cabalgando en rocinantes ilusorios perdemos de vista la realidad. La realidad se venga. Pero hemos realizado el destino, en su plenitud.

Quizá el dolor es necesario, quizá es útil. Malditos por haber seguido una huella clara, no tienen los idealistas derecho a ser felices. En nuestra América, especialmente —donde el intelectual vale menos que un jugador de polo— ninguno pudo aspirar siquiera a morir viejo. Larga es la lista de los que no habiendo tenido más descanso que cambiar de inquietud, cayeron sin cumplir su itinerario, al borde del camino.

Acaso por esto me adelanto a reunir algunas reflexiones sobre el viaje. El escritor tuvo siempre entre nosotros algo del paria. Sólo podrá dignificarse completamente dentro de una metamorfosis global. Nunca se halló tan comprimido como en la sociedad que se hunde. Parece que la misma catástrofe inminente agrava la atmósfera mefítica en que no puede arder una llama, en

que todo está subordinado a los sectarismos de grupo, en que no hay más imán que el interés.

Por encima del caso personal, me ha preocupado, al componer este libro, el destino de la colectividad. De no haber sido así, no hubiera levantado la voz. Pero no se ha de sancionar la paradoja de un Continente donde sólo los muertos son escuchados —y eso cuando se les escucha, porque todavía quedan pendientes algunas rehabilitaciones— y donde se arrasan las fuerzas que pudieron florecer en beneficio de todos. A plazo más o menos largo ha de languidecer el grupo donde priman las limitaciones individuales disfrazadas de exaltación ejemplar, ardid que aumenta la virulencia del tóxico. Siempre será el conjunto el que sufra las consecuencias en sus indispensables renovaciones y en su eficacia final. No ha de poderse decir tampoco que una influencia extranjera se sirve del instinto destructor para anular a sus enemigos dentro de la actividad ciudadana. Ni ha de consagrarse una disminución colectiva, admitiendo el procedimiento de sacrificar a un hombre para ocultar la sujeción que obliga a hacerle callar sus verdades. Se olvida lo que nos concierne, pero no lo que afecta a la vitalidad del núcleo.

Tomando las palabras en su sentido humano, se justifica así el título. A través de la anécdota, asoma un panorama. Están en juego ideas y principios generales. En los efímeros apuntes asoma un estado social. No he de estampar sin embargo, la palabra "fin", bajo una impresión pesimista. Quiero más que nunca a los míos. Tengo fe en ellos. Creo en el advenimiento de un porvenir que incendia los horizontes. En grande o en pequeño, estamos contribuyendo todos a renovar lo que nos circunda. Y hasta los que avanzan goteando sangre o barro, olvidan la fatiga cuando se gritan a sí mismos:

—Viene una nueva humanidad. . .

[De *El dolor de escribir*, escrito en Niza en 1932, publicado en 1933 por la Cía. Ibero-americana de Publicaciones, en Madrid].





CRONOLOGIA

Vida y obra de Manuel Ugarte

- 1875 Manuel Baldomero Ugarte nace en el verano de 1875 (27/II) en San José de Flores, por entonces las afueras de Buenos Aires. Hijo de Floro Ugarte y Sabina Rivero, ambos argentinos. La familia goza de una situación económica muy sólida y don Floro, si bien no posee estancias en explotación, se halla estrechamente ligado a las familias más ricas del país y por ende, a los círculos políticos dominantes. Como gestor de negocios y administrador de propiedades es hombre de confianza de los personajes más adinerados de la Argentina.
- 1880 Su infancia transcurre entre mimos y cuidados de casa rica. Viven la mayor parte del año en el centro de Buenos Aires y pasan los veranos en la quinta de Flores. Su condición de hijo único hasta entonces, estrecha en demasía los vínculos con su madre.
- 1881 Ingresa en el Colegio Nacional de Buenos Aires para iniciar su instrucción primaria.
- 1884 Nace un único hermano, Floro Melitón.
- 1888 Inicia estudios de bachillerato.
- 1889 Concorre con sus padres a la Exposición Universal de París. Adquiere cada vez mayor interés por la historia y la literatura. Aprende francés. En París recibe instrucción, durante varios meses, en materia literaria, del poeta cubano-francés Augusto de Armas, uno de los "raros" de Rubén Darío.
- 1890 Regresa con sus padres a la Argentina, donde continúa sus estudios de bachillerato que abandona definitivamente a los pocos meses.
- 1893 Publica un cuadernillo de poemas titulado *Palabras*, financiado por su padre. Poco después, publica *Poemas grotescos*, con el seudónimo de bachiller Carystus.
La literatura lo ha atrapado ya para siempre.

- 1894 Publica otros dos cuadernillos de poemas: *Versos y Serenata*. Las vinculaciones de su padre le permiten tratar personalmente a varios escritores importantes de la generación anterior que lo alientan en sus inquietudes: Lucio V. Mansilla, Carlos Guido y Spano, Pedro B. Palacios (Almafuerte). Gaspar Nuñez de Arce le envía una carta de felicitación por sus *VERSOS*. Oswaldo Magnasco y Carlos Pellegrini también fomentan las inquietudes literarias del joven.
- 1895 Alterna hasta la madrugada habitualmente con un grupo de amigos entre los que se destacan Belisario Roldán, que será luego famoso orador y Alberto Ghiraldo, famoso años más tarde por sus poesías rebeldes y anarquistas. Enlaza también amistad con Alfredo L. Palacios y José Ingenieros, con quienes compartiría años después, inquietudes socialistas y latinoamericanistas.
Con la ayuda pecuniaria de su padre y la colaboración de Ghiraldo, funda *La Revista Literaria* de la cual es director (8/X).
La Revista Literaria, que toma por modelo a la *Revista Nacional* aparecida recientemente en Montevideo bajo la dirección de José E. Rodó, se convierte en vocero de la joven generación de poetas latinoamericanos (Santos Chocano y Blanco Fombona, entre otros).
- 1896 *La Revista Literaria* recibe el elogio de Rodó quien lo incita a proseguir la empresa bajo la divisa "Por la unidad intelectual y moral hispanoamericana". Ricardo Palma, desde Perú y Almafuerte, en la Argentina, respaldan también su intento.
Ugarte intenta en *La Revista Literaria* compatibilizar su devoción por la literatura francesa y su admiración por la Revolución de 1789 con las influencias hispánicas y latinoamericanas que han nutrido su infancia y su adolescencia, a través de sus padres y los intelectuales de la generación anterior. Un esfuerzo del mismo tipo, renovador y al mismo tiempo buscador de raíces, se denota en la crítica de *La Revista Literaria* al excesivo exotismo de Darío, al tiempo que se elogia su renovación en lo formal.
Políticamente, no se halla definido (ideológicamente adhiere a los principios liberales), pero le atrae poderosamente la figura incorruptible y lírica de Leandro N. Alem, el caudillo de la Unión Cívica cuyo suicidio le impresiona profundamente.
En diciembre, *La Revista Literaria* cesa de aparecer. A las dificultades económicas se suma el rechazo a la peculiar actitud asumida frente al modernismo aplaudiéndole su renovación estilística, criticándole sus temas ex-

traños al “hoy y aquí”. Los jóvenes admiradores de Darío no gustan de la revista y tampoco por supuesto los viejos atados al castellano momificado anterior a *Prosas Profanas*.

- 1897 Abandona la Argentina con rumbo a París. Dirá entonces “mi juventud no se sentía atraída por un nuevo medio. Simplemente se evadía del medio en que se ahogaba”. En setiembre, llega a París. Toma contacto con intelectuales franceses y latinoamericanos afincados allí. Alterna la bohemia con los estudios. Prosigue cursos de italiano e inglés, perfecciona el francés, estudia sociología y filosofía. IncurSIONa en la poesía y hace sus primeras armas en el periodismo.
- 1898 En París, Ugarte participa de la conmoción producida por el asunto “Dreyfus” y con ese motivo toma su primer contacto con los socialistas franceses resultando deslumbrado por la personalidad de Jean Jaurès. Sus primeras simpatías socialistas despuntan ya en algunos artículos que escribe para *El Tiempo* de Buenos Aires. Otro suceso que lo impacta vivamente es la voladura del “Maine” en el puerto de la Habana, punto de partida de la intervención norteamericana en la guerra cubano-española. Después de participar en la repulsa hacia la intromisión yanqui junto a sus compañeros latinoamericanos, Ugarte decide viajar a los Estados Unidos para formarse una idea de esa nación avasallante.
- 1899 En junio parte rumbo hacia los Estados Unidos de Norte América. En los diarios, en las bibliotecas, en las conversaciones con estudiantes y escritores y muy especialmente en los discursos de la campaña electoral que se desarrolla en esos meses, redondea conclusiones y afirma: “Allí nació mi convicción acerca del imperialismo...” En Boston estrecha amistad con el venezolano Rufino Blanco Fombona influenciándose reciprocamente sus inquietudes latinoamericanistas. Pasa luego a México interesándose en su historia y en la comprensión de su presente, descubriendo bien pronto el claro antagonismo hacia su vecino del Norte por parte del pueblo mexicano. Sobre el fin de año, regresa a Europa, haciendo una breve escala en Cuba. Vuelve con sus convicciones latinoamericanistas consolidadas.

- 1900 De nuevo en París, Ugarte combina la bohemia con escritores latinoamericanos—Rubén Darío, Amado Nervo, Francisco Contreras, Enrique Gómez Carrillo y otros— con estudios sociológicos e históricos. Al mismo tiempo, profundiza lecturas y experiencias y adopta definiciones. “Frente a la guerra social que nos consume... yo me voy con las víctimas...” y se hace socialista. Frente a la lucha entre los veinte pequeños países latinoamericanos y la pujante nación norteamericana, asume la defensa de su Patria Grande. Concorre a la Casa del Pueblo de París, frecuenta a artistas y literatos izquierdistas, colabora en *El Tiempo* y ya en algunos periódicos franceses y pone fin a su primera novela: *Los paisajes parisienses*.
- 1901 Publica *Paisajes parisienses* con prólogo de Miguel de Unamuno. Octubre: *El País* de Buenos Aires publica el primer artículo antimperialista de Manuel Ugarte. Se titula “El peligro yanqui”. Poco después publica también en *El País*: “La defensa latina”. En ambos artículos se refiere al disímil desarrollo entre la América Latina y la América anglosajona: disgregación y atraso en el sur. Unificación y desarrollo en el norte. Y plantea la necesidad de la unidad latinoamericana como único muro al avasallamiento que avanza desde el norte.
- 1902 Agrupa colaboraciones periodísticas y las publica como *Crónicas del bulevar*, con prólogo de Rubén Darío. Aparece la 2da. edición de *Paisajes parisienses*. Continúan apareciendo sus artículos latinoamericanistas y antimperialistas en *El País* de Buenos Aires. En ellos se observa su esfuerzo por conciliar el internacionalismo socialista con el nacionalismo latinoamericano. Viaja a España, visita a Unamuno, pronuncia una conferencia en Barcelona, polemiza con Maeztu acerca de la literatura latinoamericana. Toma contacto con escritores y dirigentes del partido socialista español. Desde Madrid, escribe en defensa de Venezuela con motivo de la agresión anglo-alemana. De allí pasa a Argelia para regresar luego a París.
- 1903 Participa en el Congreso por la Libertad de Pensamiento, donde pronuncia un discurso acerca de laicismo y clericalismo. Multiplica sus colaboraciones en órganos de prensa europeos: *L'Humanité Nouvelle* de París, *La Epoca* y *Helios* de Madrid, al tiempo que continúa publicando en *El País* y *El Tiempo* de Buenos Aires. Publica dos nuevos libros: *La novela de la horas y los días* y *Cuentos de la pampa*, este último en la orientación de “cultura nacional” que ya comienza a preconizar.

En julio, se embarca con destino a la Argentina.

Setiembre: Ugarte adhiere públicamente al Partido Socialista de la Argentina a través de una conferencia pronunciada en el "Operai Italiani" de Buenos Aires, titulada "Las ideas del siglo".

Se aboca a la militancia partidaria, sufre un arresto, es electo candidato por un centro socialista de la Provincia de Buenos Aires, suma esfuerzos a la candidatura a diputado de Alfredo Palacios en Buenos Aires con el cual integra de hecho, el germen de un ala nacional. Participa en la elaboración del Código de Trabajo que proyecta el ministro Joaquín V. González. Se producen sus primeras desinteligencias con la dirección del Partido Socialista cuya jefatura ejerce Juan Bautista Justo.

- 1904 Es designado por el Partido Socialista como delegado al Congreso de la II Internacional Socialista a realizarse en Amsterdam.
Regresa a Europa. Reanuda en París sus relaciones y sus colaboraciones periodísticas. Publica dos libros: *Visiones de España* y *Mujeres de París*.
Agosto. Viaja a Amsterdam. En el debate acerca de quien debe establecer la táctica política, si la dirección de la Internacional o la dirección de cada partido nacional de acuerdo a las características peculiares de su lucha, Ugarte apoya a Jaurès quien defiende esta última tesis.
- 1905 Publica *El arte y la democracia*, *Los estudiantes de París* y *Una tarde de otoño*, este último libro de tono lírico e intimista.
Renuncia a la candidatura a diputado que le ofrecen desde Buenos Aires sus compañeros socialistas. Sugiere que se designe un obrero en su lugar.
- 1906 Publica *Antología de la joven literatura hispanoamericana*, *Enfermedades sociales* (crítica sociológica acerca del prejuicio racial, la burocracia, el individualismo, la superstición, el "literatismo", etc.) y un libro de poemas titulado *Vendimias juveniles*.
Prologa el libro de Salvador Rueda *Trompetas de órgano*. En dicho prólogo plantea la necesidad de un arte social, intimamente ligado a los problemas del pueblo y critica acerbamente "el arte por el arte". Con motivo de esta publicación polemiza con su amigo Rubén Darío desde *El Heraldo* de Madrid. Poco después polemiza con José Enrique Rodó acerca de la "joven literatura hispanoamericana".

- 1907 El diario *La Nación* de Buenos Aires le rechaza su artículo "Las razones del arte social" por no compartir la concepción de Ugarte acerca de la cuestión cultural.
Designado nuevamente delegado por el Partido Socialista de la Argentina viaja a Stuttgart donde participa del Congreso de la II Internacional Socialista. En dicho Congreso, preside la comisión de "Emigración e inmigración" de la cual resulta miembro informante ante el Congreso.
Continúa publicando en diversas revistas y diarios de París y Madrid.
- 1908 Publica *Las nuevas tendencias literarias* donde redondea su concepción acerca de una cultura latinoamericana, con perfiles nacionales propios. Publica *Burbujas de la vida*, recopilación de artículos redactados en los últimos años y que han visto luz en órganos periodísticos de Europa y Buenos Aires. Envía a *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista de la Argentina, un artículo titulado "Socialismo y Patria" donde reitera su tesis de enlazar ambas banderas. Después de algunas vacilaciones, el artículo aparece el 2 de julio de 1908.
Prologa *Páginas sudamericanas* del uruguayo H. Barbajelatta.
- 1909 *La Vanguardia* de Buenos Aires, critica acremente su libro *Las nuevas tendencias*. Alfredo Palacios le envía una carta en prueba de solidaridad: "Está usted muy alto, Ugarte, para inclinarse a recoger las críticas de *La Vanguardia*".
Publica en *La Revue* un artículo titulado "Los Estados Unidos y la América del Sur" donde vuelve a denunciar al expansionismo yanqui y reitera su nacionalismo iberoamericano.
- 1910 Publica *Cuentos Argentinos*, retomando la línea de *Cuentos de la Pampa*. En *La Revue Mondiale* de París, en *Paris Journal*, *La Epoca*, *El Herald* y otros órganos parisinos y madrileños adelantó los resultados de sus estudios acerca de orígenes, caracteres y porvenir de la América Española.
El 25 de mayo pronuncia una conferencia en el ayuntamiento de Barcelona titulada "Causas y consecuencias de la revolución americana". Allí sostiene que la insurrección producida en las colonias un siglo atrás no llevaba propósitos separatistas, sino que la misma revolución democrática que se operaba en España contra el oscurantismo monárquico, se realizaba en las colonias, no contra España sino contra la minoría que dominaba en España y en las colonias, es decir, contra el absolutismo. El separatismo, según esta

tesis, surgió después, inevitablemente, al ser derrotada la revolución democrática por la reacción en España.

A fines de año, publica *El porvenir de la América Española*. Allí analiza los orígenes de la América Española, refiriéndose en particular a indios, españoles, mestizos, negros, mulatos y criollos como componentes del hombre latinoamericano. Luego estudia el diverso desarrollo de la América anglosajona y la América de raíz ibérica: cohesión y crecimiento en el norte, balcanización y atraso en el sur. Y concluye sosteniendo la necesidad de la unificación latinoamericana, fundándola en la comunidad de territorio, lengua, cultura, costumbres, origen histórico y en el común enemigo que acecha sus débiles soberanías balcanizadas.

1911

El Porvenir de la América Española alcanza gran repercusión en Europa y Latinoamérica, produciéndose una avalancha de comentarios de los principales órganos de prensa. En general las críticas son favorables salvo, curiosamente, la de *La Vanguardia* de Buenos Aires que califica al libro de Ugarte de "proclama alarmista". El enfrentamiento, pues, con sus compañeros socialistas de Buenos Aires —que en nombre del "internacionalismo proletario" niegan toda cuestión nacional en Latinoamérica— se ahonda profundamente.

Octubre. Ugarte pronuncia una conferencia en "La Sorbona" acerca de "Las ideas francesas y la emancipación americana". Toda la prensa desde *Le Temps* y *Le Figaro* hasta órganos exclusivamente políticos como *L'Action*, *L'Aurore* y *La Petite République* publican largas reseñas y comentarios. Esa conferencia en tan importante tribuna es el trampolín con que Ugarte se lanza después a su gira por los veinte países latinoamericanos. Recorre Cuba y Santo Domingo pronunciando conferencias en facultades y ateneos. Echa las bases de centros latinoamericanos. Su condena de las agresiones yanquis provoca enervadas reuniones populares.

1912

Enero. Llega a México siendo recibido por entusiastas grupos con música y banderas. Entrevista al presidente Madero. Se colocan obstáculos a sus conferencias. El diario *Gil Blas* afirma, en un artículo que titula "Dos gobiernos contra un solo hombre": "Los Estados Unidos tienen miedo de la palabra vibrante del poeta argentino. El gobierno de México ayuda al embajador norteamericano para que Ugarte no hable".

El 3 de febrero habla en el Teatro Mexicano repleto, con resonante éxito. Pocos días después insiste en otra conferencia: "La América Latina tiene que ser una".

En febrero parte hacia Guatemala, donde el dictador Estrada Cabrera prohíbe sus conferencias en razón de la inminente llegada del representante norteamericano Mr. Knox. Decide entonces viajar a El Salvador, pero desde allí le envían un cable comunicándole que no viaje pues todavía se encuentra allí Mr. Knox. La presencia del agente norteamericano parece querer inmovilizar a Ugarte, quien finalmente viaja a Honduras. Habla poco después en Tegucigalpa en un acto organizado por la juventud.

Marzo. Llega ahora a El Salvador siendo envuelto por la muchedumbre que lo espera en la estación. El presidente Araujo veta la conferencia y después de largos cabildos, ésta logra realizarse en la Federación Obrera el 3 de abril. Allí sostiene nuevamente Ugarte la necesidad de compatibilizar socialismo y nacionalismo latinoamericano: "Yo creo, en los momentos porque atravesamos, que el Socialismo tiene que ser Nacional".

En Nicaragua, la policía no lo deja desembarcar y debe contentarse con enviar un vibrante saludo al pueblo nicaragüense por entonces víctima de una agresión. A fines de abril llega a Costa Rica donde pronuncia varias conferencias no obstante verse afectado por la fiebre palúdica.

De Costa Rica viaja a Estados Unidos y el 9 de julio habla en la Universidad de Columbia. *The New York Herald* publica una larga crónica titulada: "Una voz latinoamericana clama contra la injusticia". *The Sun* afirma: "Basta de oprimir a Latinoamérica, dijo Ugarte".

En agosto, desembarca en Colón, Panamá. Habla en varios ateneos, entrevista al presidente Porras y continúa viaje a Venezuela. Su llegada provoca fervorosas manifestaciones populares. El 13 de octubre habla en la Asociación de Estudiantes de Caracas: "Somos indios, somos españoles, somos latinos, somos negros, pero somos lo que somos y no queremos ser otra cosa". Rinde homenaje a Bolívar y convoca a los jóvenes a organizarse bajo las viejas banderas del Libertador.

A fines de noviembre llega a Colombia. A su llegada arenga a la muchedumbre: "Vuelvo a ver a Colombia erguida de nuevo sobre sus montañas como hace un siglo, agitando su brazo mutilado como un supremo estandarte y llamando a la América toda a realizar la segunda independencia, la que debe libertarnos de la tutela extraña".

Habla el 2 de diciembre en Bogotá ante diez mil personas: "Ya se acercan los tiempos heroicos de la verdadera independencia".

1913

Llega a Ecuador y pronuncia una conferencia ante más de 3.000 personas en el Teatro Edén (19/I) (Guayaquil). Habla luego en Quito, también con gran éxito de público.

En febrero llega a Perú. En el teatro Municipal alza su voz: "¡La América

Latina no necesita tutores! ¡La América Latina se pertenece! ¡Viva la América Latina!”

Con motivo de la asunción de mando por el presidente Woodrow Wilson en Estados Unidos, Ugarte le envía una carta abierta en la cual denuncia las agresiones sufridas por América Latina y lo conmina a ser leal a sus discursos preelectorales y cesar en toda clase de avasallamientos.

Desde Lima renuncia a una candidatura a senador para la cual lo han promovido sus amigos dentro del Partido Socialista.

En Abril, diserta en La Paz. Los términos de la conferencia son airados y provocan la reacción del embajador norteamericano a quien Ugarte reta entonces a duelo. La intervención del embajador argentino en Bolivia evita el lance.

En Abril llega a Chile y poco después habla en Santiago. El diario *La razón* publica en primera página y con grandes titulares: “Sensacional conferencia de Manuel Ugarte: Actitud de la América Latina ante el peligro yanqui”. En mayo llega a Buenos Aires después de 8 años de ausencia. Disidencias con la dirección del Partido Socialista de la Argentina en la primera reunión a la que concurre: otra vez el problema nacional. El imperialismo carece de importancia o no existe, según los dirigentes socialistas y hay que limitarse a lograr conquistas para los obreros. Ugarte halla gran frialdad en los círculos literarios y periodísticos. El presidente de la República, Roque Sáenz Peña, conocido suyo en Europa, le niega una audiencia. No encuentra tampoco lugar donde proseguir sus conferencias latinoamericanas. El intendente rechaza su pedido del teatro Colón de Buenos Aires. A ello se suma su disidencia con la dirección del Partido Socialista. El apoyo de los estudiantes universitarios de Buenos Aires le permite hablar en el Anfiteatro, en julio, donde relata su experiencia por América Latina y reitera su convicción de que las nuevas ideas deben arraigar en las condiciones específicas de nuestra Patria Grande despedazada.

El 20 de julio *La Vanguardia* comenta elogiosamente los efectos que producirá la próxima apertura del canal de Panamá. Ugarte envía inmediatamente una carta repudiando ese artículo por considerarlo un agravio a Colombia a quien pocos años antes se le ha segregado su provincia panameña precisamente para construir dicho canal. Se inicia entonces una polémica cuyo meollo es el problema nacional, el “eterno antipatriotismo —dice Ugarte— de esa agrupación política”. Después de cruzar varias cartas con *La Vanguardia*, Ugarte prosigue su gira latinoamericana camino del Uruguay, mientras se desencadena una violenta campaña contra él en el seno del partido. Agosto. Pronuncia una conferencia en Montevideo. Estrecha relaciones sentimentales con la poetisa uruguaya Delmira Agostini. Sin embargo, participa en esos mismos días, como testigo del casamiento de dicha poetisa.

Setiembre. Diserta en el Palacio Monroe de Río de Janeiro auspiciado por la Federación Universitaria. Viaja inmediatamente a Asunción del Paraguay y habla a principios de octubre con gran apoyo popular. Regresa a Buenos Aires.

De nuevo en Buenos Aires, se reanuda el enfrentamiento con la dirección partidaria. A poco de llegar, Ugarte reta a duelo a su viejo amigo Alfredo Palacios y esto facilita a la dirección del partido, la expulsión de Ugarte. Si bien el lance no llega a concretarse, lo acusan de violar los Estatutos y resulta separado del partido el 10 de noviembre. Por esos días Ugarte está entregado a la agitación antimperialista con motivo de la llegada a Buenos Aires de Teodoro Roosevelt, el propiciador de la "política del garrote" a quien, significativamente, *La Vanguardia* califica "gobernante de una gran democracia moderna". 21 de noviembre. Ugarte lanza un manifiesto explicando sus disidencias con la dirección del Partido Socialista. Se define como un socialista reformista y con argumentos a veces equivocados que a primera vista parecieran colocarlo en posiciones ultramoderadas, deja sentada su disidencia central, los socialistas no deben oponerse, sino por el contrario apoyar y aun inclusive reivindicar como propias, las banderas nacional-democráticas en nuestros países latinoamericanos donde las oligarquías y el imperialismo impiden la industrialización, la soberanía, la cultura nacional. La cuestión nacional es insoslayable, para Ugarte, en la América Latina balcanizada —de la cual la Argentina es una provincia— y toda política socialista que no la tome en cuenta será invariablemente perjudicial para los obreros.

1914

Separado del partido, permanece inactivo unos meses.

Funda el Comité Pro México, con motivo de la agresión norteamericana. Junio. El Comité Pro México se transforma en Asociación Latinoamericana bajo la presidencia de Ugarte.

La Asociación realiza varios actos en el centro de Buenos Aires levantando las banderas unificadoras y antimperialistas.

Ugarte colabora con la fundación de *La Revista Americana* que se publica en Buenos Aires.

Habla en otro acto en Buenos Aires: "Debe unirse de manera estrecha la causa del proletariado con la causa de la defensa latinoamericana y por eso tengo la convicción de que la juventud socialista me acompaña en la cruzada contra el imperialismo". Perdura pues su socialismo, aun separado del partido. Lo golpean fuertemente la muerte de Jean Jaurés y de Delmira Agostini.

Asimismo, la claudicación de la socialdemocracia europea al declararse la guerra mundial, desalienta su simpatía por el socialismo.

La Asociación Latinoamericana, en nota firmada por Ugarte, se dirige al Congreso Argentino y solicita que la explotación petrolera no salga de manos estatales.

Es designado presidente del Ateneo Iberoamericano.

Funda un Comité Popular, en cierto sentido germen de un partido, que intenta nuclear gente alrededor de un programa nacional-democrático: nacionalizaciones, lucha contra los monopolios, fomento de industrias nacionales, abaratamiento de productos esenciales, leyes sociales, lucha contra el latifundio, intensificación de vínculos latinoamericanos.

1915 Junio. Ante la amenaza de EE.UU. de intervenir en México, Ugarte organiza varios actos en Buenos Aires en los cuales es orador central, bajo la consigna de la unión latinoamericana.

Noviembre. Funda el diario *La Patria*, del cual es director. Desde allí sostiene un programa nacional-democrático, una de cuyas principales banderas es el neutralismo ante la Guerra Mundial. Cultura nacional, industrialización, antimperialismo, reforma agraria y unidad latinoamericana son los temas abordados repetidamente por *La Patria*. Lleva a cabo asimismo una importante campaña contra la prepotencia inglesa con motivo del hundimiento de un buque argentino por la escuadra británica. Defiende a los obreros lanzados a una huelga importante en un frigorífico extranjero. Asimismo desde *La Patria* Ugarte condena la acción perniciosa de los ferrocarriles británicos, factor de atraso en la economía argentina.

1916 No obstante la importancia de los temas tratados, el diario *La Patria* apenas alcanza a vivir tres meses. En febrero, Ugarte debe cerrarlo. La polarización provocada por la Guerra Mundial entre aliadófilos y partidarios del Kaiser, no deja espacio al pequeño periódico neutralista.

Poco antes de morir, Dario le ha dedicado una de sus "Cabezas" publicada ahora en la revista *Mundial*.

Carlos Pereyra le envía *El Mito de Monroe* con una dedicatoria donde hace referencia a una parte del libro donde califica a Ugarte como el "héroe de una odisea continental sin ejemplo" y "Expresión de la corriente popular, pura, noble, generosa, que nace del instinto y se derrama donde quiera que la juventud y el pueblo dejan oír su voz vibrante".

Ugarte interviene en otros actos en favor de la Revolución Mexicana. A mediados de año publica "El ocaso socialista y la guerra europea", artículo donde se desplaza desde su socialismo reformista nacional a un nacionalismo democrático.

Electo presidente Hipólito Yrigoyen, presenta un memorial con un conjunto de medidas políticas, económicas y sociales, de contenido nacional-democrático, sugiriendo su adopción.

José León Suárez publica *Carácter de la Revolución Americana* donde coincide con la tesis sustentada por Ugarte acerca del carácter democrático y no separatista, de la revolución en América Latina, como integrando la revolución democrática española. Ugarte le envía una carta manifestándole su coincidencia.

Estrecha vínculo con los estudiantes reformistas de Buenos Aires.

1917 Enero. Habla como orador central en el acto de confraternidad estudiantil argentino-mexicana realizado en Buenos Aires.

Febrero. Viaja a México invitado por el gobierno revolucionario de Carranza. Se entrevista con el Presidente Carranza.

En mayo pronuncia varias conferencias en México, en defensa del proceso revolucionario y condenando a los Estados Unidos.

En junio recibe el homenaje de los estudiantes de la Escuela Nacional de México.

Regresa a la Argentina, pasando por Perú y Chile, donde transmite el saludo de los estudiantes mexicanos, intercambia manifiestos y estrecha vínculos en importantísimo antecedente de la próxima Reforma Universitaria. Asimismo, en Lima y Santiago responde a los diarios sobre problemas de actualidad, manteniendo inflexible la posición neutralista frente a la guerra. En agosto se encuentra de nuevo en Buenos Aires.

1918 Abril. Se constituye la Federación Universitaria Argentina. En el acto de fundación hablan los delegados estudiantiles y un solo orador de fondo: Manuel Ugarte.

La enorme presión aliadófila imperante en Buenos Aires, aísla a Ugarte. Se le cierran las puertas de los diarios, de las tertulias políticas, de las reuniones literarias. Su férreo neutralismo provoca en derredor suya el boicot y la calumnia, a tal punto de convertirlo en un exiliado dentro de su propio país. A tal punto llega el círculo de presión que lo envuelve que dice: "En otros países se fusila... pero es más noble".

Muere su padre, Floro Ugarte. Pocos años antes, ha perdido su fortuna.

1919 Enero. Marginado, solitario, casi sin amigos, en doloroso aislamiento en medio del delirante frenesí aliadófilo provocado por el triunfo, Ugarte deci-

de abandonar su país y viajar a España.

Febrero. Se instala en Madrid. Allí conoce a la que será su mujer, Theresa Desmard. Reanuda vínculos con viejos amigos, entre otros, Blanco Fombona. Pronuncia varias conferencias en Madrid. Se incorpora como miembro de la Real Academia Hispanoamericana en Ciencias y Artes de Cádiz.

Publica *La verdad sobre Méjico*, folleto donde reafirma la defensa de la revolución mexicana, ante los ataques de la prensa norteamericana.

- 1920 Publica la 2ª edición de *El porvenir de la América Española*. El gobierno de El Salvador promueve la unidad centroamericana y Ugarte apoya esa política, poniéndose al servicio de ese proyecto.
- 1921 Ante el recrudecimiento de la fiebre palúdica, busca un clima más adecuado trasladándose a Niza, con su compañera.
Publica en periódicos y revistas de Francia, España y Mexico. Y en *La Razón* de Buenos Aires un artículo mensual sobre asuntos no políticos.
Calpe le publica la 2ª edición de *Cuentos de la pampa*.
Publica *Poesías Completas*, que comprenden su libro anterior *Las vendimias juveniles* y uno nuevo *Los jardines ilusorios*.
Publica *Las espontáneas*, relatos breves de varias mujeres.
El periodismo y los derechos de autor de sus libros son ahora sus únicas fuentes de recursos.
- 1922 Publica *Mi Campaña Hispanoamericana*, donde reproduce los discursos pronunciados a lo largo de su gira por América Latina entre 1911 y 1913.
Publica *La Patria Grande*, selección de artículos referidos especialmente a la cuestión nacional, recopilados de revistas y especialmente del diario *La Patria*.
- 1923 La editorial Mundo Latino le publica *El destino de un continente*, donde relata cómo llegó a la comprensión del fenómeno imperialista y las vicisitudes sufridas a lo largo de su campaña, como así también sus disidencias con los socialistas de Buenos Aires.
Haya de la Torre, que considera a Ugarte el más importante precursor del APRA (en *Treinta años de aprismo*), comenta favorablemente *El destino de un continente*.

- 1924 Le comunican desde Buenos Aires la muerte de su madre, Sabina Rivero. Publica *El crimen de las máscaras*, una sátira dolorosa de la sociedad actual, donde vuelca todo el dolor y la amargura que lo apresan.
- 1925 Refuta las apreciaciones reaccionarias de Leopoldo Lugones pronunciadas en Lima en el aniversario de Ayacucho.
Junio. Interviene junto a Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Miguel Angel Asturias, Carlos Quijano, Víctor Raúl Haya de la Torre, José Vasconcelos y José Ingenieros en un gran acto latinoamericano realizado en París en apoyo de la revolución mexicana.
Viaja a París para disertar en el Colegio Libre de Ciencias Sociales.
- 1926 Publica una novela titulada *El camino de los dioses*.
Recibe su parte de la sucesión de su madre y adquiere una modesta casa en Niza. Mantiene profusa correspondencia con diversos partidos y líderes latinoamericanos: José Carlos Mariátegui, Haya de la Torre, Vicente Sáenz, Blanco Fombona, y otros.
- 1927 El partido Nacionalista de Puerto Rico lo designa junto a César Falcón y José Vasconcelos para representarlo en el Congreso Internacional de la Liga contra la crueldad y la opresión en las colonias.
Mariátegui le solicita colaboración para su revista *Amauta*.
A pedido de Haya de la Torre escribe un "Manifiesto a la juventud latinoamericana".
La Unión Latinoamericana de Buenos Aires lo designa presidente honorario.
Publica *La vida inverosímil*, una recopilación de artículos y crónicas sobre temas diversos.
A través de la influencia de su amigo boliviano Tristán Marsoff, lo designan cónsul boliviano en Niza.
Intenta concursar para el Premio Nacional de Literatura en la Argentina, pero rechazan su propuesta.
El gobierno soviético lo invita a visitar la URSS integrando una reducida lista de personalidades mundiales, encabezada por Henri Barbusse, y el pintor mexicano Diego Rivera. Viaja a la URSS con su compañera.
Noviembre. Habla en el Congreso de Amigos de Rusia que sesiona en Moscú, en nombre de la delegación latinoamericana.
Regresa a Niza a fines de año.

- 1928 Aparece la revista *Monde*, en París, bajo la dirección del escritor Henri Barbusse. Manuel Ugarte integra el comité de redacción junto a Alberto Einstein, Máximo Gorki, Upton Sinclair, Miguel de Unamuno, L. Bazalgette, Mathias Morhart y León Werth. La Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos, con sede en París, lo designa miembro honorario. Adhiere a la Primera Internacional del Magisterio Americano. Recibe en Niza la visita de la poetisa chilena Gabriela Mistral quien le hace un extenso reportaje para *El Mercurio*, de Chile. Benjamín Carrión publica *Los creadores de la nueva América*, donde analiza la obra de Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Alcides Arguedas y Francisco García Calderón. Ugarte publica en Europa varios artículos en favor del guerrillero nicaragüense Augusto César Sandino, quien le envía poco después una carta de agradecimiento por el apoyo brindado. Publica en *Monde*, el "Problema de las dos Américas", artículo donde analiza los disímiles desarrollos e intereses de la América anglosajona y la de raíz ibérica. Redacta un Manifiesto en favor de Sandino, en representación de 15.000 latinoamericanos nucleados en diversas entidades estudiantiles, reproducido por *Renovación* de Buenos Aires y *Amauta*, del Perú. Con motivo del Pacto Kellog, hace declaraciones junto a Romain Rolland, Alberto Einstein, Norman Thomas, y Henri Barbusse.
- 1929 Da su opinión acerca de la paz — "que no será posible mientras haya pueblos sojuzgados por el colonialismo" — para El Libro de Oro de la Paz preparado por la Liga Mundial por la Paz. En él colaboran Maeterlinck, B. Shaw, Vandervelde, Poincaré, Curie, Herriot, Clemenceau, Barbusse, Conan Doyle y otros. La Unión Latinoamericana de Buenos Aires lo designa representante ante el congreso de la Liga contra el Imperialismo, a reunirse en Berlín. Barbusse proyecta editar *Monde* en español y le propone a Ugarte la dirección. Publica en *Monde* el artículo "El reparto de la tierra en América Latina". Publica "La sombra de Sandino", artículo en favor del caudillo de Nicaragua. Publica en *Monde* el artículo "La revolución mexicana". Octubre. José Vasconcelos, Gabriela Mistral, Ramón Gómez de la Serna, Blanco Fombona, Henri Barbusse, César Arroyo y otros intelectuales le brindan un homenaje por haber cumplido más de 25 años de lucha antimperialista.

En *El Universal* de México, publica varios artículos acerca de la penetración cultural realizada en colonias y semicolonias por los países poderosos. Aparece *Las mejores páginas de Manuel Ugarte*.

- 1930 Continúa publicando artículos periodísticos acerca de América Latina. Con motivo de la caída del dictador peruano Leguía, publica *La Salvación de nuestra América*. Y en *Monde*, un lúcido análisis acerca del golpe militar del 6 de setiembre producido en la Argentina. La crisis económica mundial comienza a crear dificultades financieras a Ugarte, especialmente a medida que van mermando las colaboraciones periodísticas, su pago se retrasa o se hace más escaso.
- 1931 Adhiere a la proclamación de la República Española, en abril. Escribe en *Repertorio Americano*, acerca del Canal Interoceánico que Estados Unidos intenta imponer a Nicaragua. Publica en *Monde* acerca de la situación argentina "Vísperas electorales". Con motivo de cumplirse un año del golpe que derrocó a Yrigoyen en la Argentina publica un artículo titulado "La hora de la izquierda", donde se observa el replanteo socialista que ya caracteriza sus artículos a partir de 1927. Las dificultades económicas lo obligan a hipotecar su casa.
- 1932 Publica en *Monde*: "El fin de las oligarquías latinoamericanas". Redacta un Manifiesto de apoyo a la Reforma Universitaria. Polemiza con el mexicano Carlos Pereyra a quien dice que mientras él, Pereyra "se inscribe, sin confesarlo, entre las derechas, yo me embarco sin circunloquios, con las izquierdas". Varios periódicos de La Habana, Puerto Rico, Valparaíso, Santo Domingo, Bogotá y otras importantes capitales suspenden sus colaboraciones en razón de la crisis. Gabriela Mistral y otros amigos se desesperan por conseguir alguna fuente de ingreso para Ugarte. Ramón Pérez de Ayala, Alcides Arguedas, Manuel Machado, Gabriela Mistral, José Vasconcelos, Francisco García Calderón, Rufino Blanco Fombona, Hugo Barbagelatta, Francis de Miomandre, Froilán Turcios y otros importantes intelectuales se dirigen al gobierno argentino solicitando para Manuel Ugarte el gran Premio Nacional de Literatura en razón de su vasta producción y de su "influencia espiritual que se extiende a la América Es-

pañola entera". Pero el resultado es negativo.

Octubre. Publica *El dolor de escribir*, libro amargo donde relata sus vicisitudes y su aislamiento por no declinar su bandera, pero donde también ensaya una explicación cada más más profunda de la cultura latinoamericana que propone desarrollar.

Publica en *Monde*, "La crisis de nuestra América".

Intenta conseguir un empleo de traductor en la Conferencia Internacional del Trabajo, pero se lo niegan.

1933

Sandino le escribe reiterándole su agradecimiento e informándole de la paz firmada recientemente.

Vende su casa para poder pagar las deudas que lo agobian. Se traslada a París donde alquila un estrecho departamentito junto con Theresa

Se ofrece para colaborar con la junta presidida por Grau San Martín que acaba de tomar el poder en Cuba.

Redacta un manifiesto denunciando la hipocresía del nuevo Congreso Panamericano a realizarse en Montevideo.

1934

Julio. Le escribe a José Vasconcelos: "Mi vida fue desapacible en estos últimos tiempos. He pasado hasta miseria y hambre. No me avergüenza confesarlo...

Ser independiente —usted lo sabe— equivale a renunciar a todo".

Pronuncia una conferencia en la Sorbona sobre Fascismo y Comunismo, auspiciado por la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos. Entre "Roma y Moscú, elijo Moscú", dice Ugarte.

Agosto. Le escribe a Manuel Gálvez: "Tengo que hacer proezas para no sucumbir... Mi trayectoria ha sido recta y limpia hacia un ideal. Y aquí me tiene sacrificado, hasta sin colaboraciones para los diarios de Buenos Aires... ¡Qué lindo debe estar Buenos Aires! ¡Tengo tantas ganas de volver!

1935

Alentado por Manuel Gálvez, desde la Argentina, Ugarte decide regresar. Para adquirir el pasaje, toma la decisión desgarradora de vender su biblioteca.

Mayo. Desembarca en Buenos Aires, después de 16 años de "exilio voluntario".

Salvo el diario nacional-democrático *Señales*, cuyos inspiradores son Raúl Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche, ningún órgano de prensa saluda su lle-

gada.

Julio. Los principales dirigentes del Partido Socialista de la Argentina firman una carta abierta invitando a Ugarte a reincorporarse al Partido.

Pocos días después, Ugarte acepta la invitación y reingresa al Partido Socialista para asumir "como hombre de izquierda y como argentino, mi responsabilidad".

Agosto. Pronuncia una conferencia en un centro socialista sobre "El imperialismo".

No obstante los denodados esfuerzos de Gálvez, Ugarte no obtiene ningún reconocimiento, ni columna periodística donde escribir, ni cátedra que dictar, apenas participa en un programa radial y como jurado en un concurso, cargo al que renuncia casi inmediatamente debido a un enfrentamiento con un miembro conservador del jurado.

1936 Ante la derrota sufrida por el Partido Socialista en las elecciones del 1° de marzo de 1936, Ugarte hace declaraciones al diario *Crítica* de Buenos Aires aludiendo a la falta de renovación de los elencos dirigentes del partido, al predominio del elemento extranjero en desmedro del criollo, al carácter libresco, electoralista y conformista del Partido.

Esas declaraciones provocan agrias críticas internas que culminan en setiembre con la expulsión de Ugarte.

Octubre. Dirige la revista *Vida de hoy*. Desde allí adopta durante un tiempo una actitud de simpatía hacia la Política de Buena Vecindad lanzada por F. D. Roosevelt.

1937 Aislado, desvinculado de los medios políticos y literarios, Ugarte sobrevive malamente junto a su compañera. Sin mayor entusiasmo prosigue dirigiendo *Vida de hoy*. Sólo Manuel Gálvez, la poetisa Alfonsina Storni y unos pocos más sirven de bálsamo a sus dolores.

1938 Los suicidios de Leopoldo Lugones y muy especialmente de Alfonsina Storni abundan más su amargura y su soledad.

Las dificultades económicas lo siguen acosando.

A fines de año, vuelve sobre su tesis antimperialista y declara su total escepticismo respecto a la Conferencia Panamericana a realizarse en Lima.

1939 Un nuevo suicidio —el del político demoprogresista Lisandro de la Torre—

impacta vivamente a Ugarte en enero de 1939. Poco después decide abandonar Argentina.

Se instala con su esposa en Viña del Mar, Chile.

Colabora en *La Nación* de Santiago, *La Unión* de Valparaíso y otros periódicos del país hermano.

Apenas desencadenada la 2ª. Guerra Mundial, Ugarte reitera su posición neutralista: "En esta guerra no estoy con Francia, ni con Alemania. Estoy con la América Latina... No soy vagón atado a una locomotora ni tengo mentalidad de tropa colonial..."

Editorial Ercilla le publica la 2ª. edición de *La Patria Grande*.

1940 Replegado en Chile, Ugarte vive de sus colaboraciones periodísticas, entregado a sus recuerdos. Sin embargo, cuando algún periodista le otorga la posibilidad de opinar, reitera su inquebrantable y tan singular posición: "Nuestra misión no es optar entre la victoria de estos o aquellos países en guerra. Nuestra misión es preparar nuestra propia victoria". "No hay que opinar colonialmente sino nacionalmente. Iberoamérica para los iberoamericanos".

La editorial Zig Zag le publica la 3ª. edición de *Cuentos de la pampa*.

1941 Sobrevive en Chile, al borde la miseria.

Redacta sus recuerdos de los escritores del 900 que conoció en París y Madrid. Algún artículo periodístico y especialmente una serie de notas en favor de la restitución de Belice a Guatemala, le permiten cubrir las más urgentes necesidades.

1942 Editorial Orbe le publica *Escritores iberoamericanos del 900*.

Comienza a trabajar en los borradores de *La reconstrucción de Hispanoamérica*, su libro póstumo.

1943 A través de los diarios y de la correspondencia con Gálvez, observa atentamente los sucesos producidos en la Argentina a partir del golpe militar que muy pronto hará surgir en primera fila a la figura de Juan Perón.

1944 En Viña del Mar, en doloroso aislamiento, Ugarte se entera de la muerte de su viejo amigo Rufino Blanco Fombona.

- Desde Chile intenta vanamente que alguna editorial reedite uno de sus libros. Le adelanta a Gálvez el proyecto de regresar.
- 1945 Descifrando, con el mayor cuidado, la información periodística, Ugarte intenta comprender los profundos cambios que se operan en la Argentina. Después del 17 de octubre, ya decide volver.
- 1946 Mayo. Ugarte llega a Buenos Aires y proclama su adhesión al movimiento nacional acaudillado por el Gral. Perón.
31 de Mayo. Entrevista a Perón en la Casa de Gobierno. Se pone al servicio de la Revolución Nacional en marcha.
Setiembre. El gobierno lo designa embajador en México.
- 1947 Se desempeña como embajador en México. Lo designan miembro de la Academia Nacional de Historia y Geografía.
Retoma el tema de *Escritores iberoamericanos del 900* preparando *El naufragio de los argonautas*, dedicados a los escritores de la misma época omitidos en el libro anterior.
- 1948 Junio. Regresa a la Argentina con motivo de desintelencias en el servicio diplomático.
Agosto. Lo desplazan de la embajada de México a la de Nicaragua.
Se traslada a Managua a ejercer sus funciones.
- 1949 Lo trasladan como embajador a Cuba.
Publica *El naufragio de los argonautas*.
- 1950 Enero: renuncia a la función diplomática, después de haber intentado conversar en Buenos Aires con el nuevo Canciller.
Agosto: viaja a Madrid, donde lo invitan viejos amigos, previo paso por México. De nuevo con dificultades económicas, intenta conseguir alguna fuente de recursos.

- 1951 Va dando fin a *La reconstrucción de Hispanoamérica*.
Noviembre: viaja a la Argentina con el único objeto de votar por Perón, candidato a la reelección.
En Madrid contrata otra edición de *Escritores iberoamericanos del 900*. Luego marcha a Niza.
2 de diciembre: aparece muerto en la casa que alquila en Niza a causa de emanaciones de gas. La policía califica el hecho de "accidente" pero en los medios literarios y políticos se presume que se ha suicidado. Sus restos son trasladados a la Argentina en 1954.
En 1961 La editorial Coyoacán de Buenos aires, publica su libro póstumo *La reconstrucción de Hispanoamérica*.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS

- PALABRAS: Edic. del autor. Buenos Aires, 1893.
POEMAS GROTESCOS: Edic. del autor. Buenos Aires, 1893.
VERSOS: Edic. del autor. Buenos Aires, 1894.
SERENATA: Edic. del autor. Buenos Aires, 1897.
SONATINA: Edic. del autor. Buenos Aires, 1898.
PAISAJES PARISIENSES: París, Edit. Garnier, 1901.
CRÓNICAS DEL BOULEVARD: París, Edit. Garnier, 1902.
CUENTOS DE LA PAMPA: Madrid, Biblioteca Universal, Calpe, 1903.
LA NOVELA DE LAS HORAS Y LOS DÍAS: París, Edit. Garnier, 1903.
LAS IDEAS DEL SIGLO: Buenos Aires, Edit. Partido Socialista de la Argentina, 1904.
VISIONES DE ESPAÑA: Valencia, Sempere, 1904.
MUJERES DE PARÍS: París, Garnier, 1904.
EL ARTE Y LA DEMOCRACIA: Valencia, Sempere, 1905.
LOS ESTUDIANTES DE PARÍS: Barcelona, López Editor, 1905.
UNA TARDE DE OTOÑO: París, Edit. Garnier, 1905.
LA JOVEN LITERATURA HISPANOAMERICANA: París, Armand Colin, Editor, 1906.
ENFERMEDADES SOCIALES: Barcelona, Sopena Editor, 1906.
VENDIMIAS JUVENILES: París, Edit. Garnier, 1906.
BURBUJAS DE LA VIDA: París, Sociedad Ediciones Literarias y Artísticas, Ollendorff, 1908.
LAS NUEVAS TENDENCIAS LITERARIAS: Valencia, Sempere, 1908.
CUENTOS ARGENTINOS: París, Edit. Garnier, 1910.
EL PORVENIR DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA: Valencia, Prometeo Editor, 1910.
MANUEL UGARTE Y EL PARTIDO SOCIALISTA: *Documentos recopilados por un argentino.*
Edic. del autor, 1914.

- LA VERDAD SOBRE MÉJICO: Bilbao, 1919. Editado por "Un grupo de españoles".
- POESÍAS COMPLETAS: Barcelona, Manuel Maucci, 1921.
- LAS ESPONTÁNEAS: Barcelona, Sopena Editor, 1921.
- MI CAMPAÑA HISPANOAMERICANA: Barcelona, Edit. Cervantes, 1922.
- LA PATRIA GRANDE: Madrid, Editorial Intrenacional, 1922.
- EL DESTINO DE UN CONTINENTE: Madrid, Edit. Mundo Latino, 1923.
- EL CRIMEN DE LA MÁSCARA: Valencia, Edit. Sempere, 1924.
- EL CAMINO DE LOS DIOS: Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1926.
- LA VIDA INVEROSÍMIL: Barcelona, Edit. Manuel Mauci, 1927.
- LAS MEJORES PÁGINAS DE MANUEL UGARTE: Barcelona, Edit. Araluce, 1929.
- EL DOLOR DE ESCRIBIR: Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1933.
- ESCRITORES IBEROAMERICANOS DE 1900: Santiago de Chile, Edit. Orbe, 1943.
- EL NAUFRAGIO DE LOS ARGONAUTAS: Santiago de Chile, Edit. Zig Zag, 1951.
- LA RECONSTRUCCIÓN DE HISPANOAMÉRICA: Buenos Aires, Edit. Coyoacán, 1961.

ESTUDIOS SOBRE MANUEL UGARTE

- "Manuel Ugarte", en Revista *Nosotros*, N° 69, Buenos Aires, enero 1915.
- "Como trabaja Manuel Ugarte", en *Letras y Artes*, México, 1917.
- "Los Estados Unidos son acusados de imperialismo", en *The New York Times Look Review*, New York, 8 de noviembre de 1925.
- "Ugarte en la conciencia de América: los intelectuales se dirigen al Gobierno Argentino", en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, octubre 1932.
- ARREDONDO, MARCOS: "Un escritor argentino que vive en Europa de sus libros y artículos" en *El Diario*, Buenos Aires, 25 de diciembre de 1924.
- ARROYO, CÉSAR: *Manuel Ugarte*. París, 1931.
- BARBAGELATTA, HUGO: "Sudamericanos en París: Manuel Ugarte" en *La Semana*, Montevideo, 1° de octubre de 1910.
- MANUEL UGARTE: París, mayo de 1935 (reproducido en *El Telégrafo*), Buenos Aires, 21 de enero de 1936.
- CARRIÓN, BENJAMÍN: *Los creadores de nuestra América: Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Alcides Arguedas y Francisco García Calderón* (Prólogo de Gabriela Mistral) Madrid, Sociedad General Española de Librerías [1928].
- CASTELBLANCO, AGUSTÍN: "Cuatro libros y una campaña" en Revista *Rodó*, Santiago de Chile, julio de 1925.
- COOKE, JOHN W.: "El coraje solitario" en *De Frente*, Buenos Aires, 3 de noviembre de 1954.
- CÚNEO DARDO: *El romanticismo político en la Argentina: Lugones, Payró, Ingenieros, M. Fernández, Manuel Ugarte y A. Gerchunoff*. Buenos Aires, Ediciones Transición, 1955.

- DEAMBROSSIS MARTINS, CARLOS: "Las bodas de plata de un luchador" en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 26 de octubre de 1929.
- GALASSO, NORBERTO: *Manuel Ugarte*. Buenos Aires, Editorial Universitaria, 2 t. 1974.
- GALLARDO NIETO, GALVARINO: "Manuel Ugarte" en *Crítica*, Buenos Aires 11 de diciembre de 1930.
- GÓMEZ, MATHILDE: "El apóstol de la latinidad" en *Revista de Revistas*, México, julio de 1930.
- HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL: *Treinta años de Aprismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- HECKER, SAUL: "Manuel Ugarte y el socialismo oligárquico" en *Frente Obrero*, Año I N° 1, Buenos Aires, 1954.
- MISTRAL, GABRIELA: "Manuel Ugarte" en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 5 de febrero de 1928.
- PERALTA SERRA, GINÉS: "Hoy se cumple el 28 aniversario de la iniciación antimperialista del gran escritor don Manuel Ugarte" en *El Día*, Córdoba, 26 de octubre de 1932.
- QUINONES ALVEAR, GUILLERMO: "Manuel Ugarte ha cumplido las bodas de oro como escritor" en *La Unión*, Valparaíso, 26 de julio de 1942.
- RAMOS, JORGE ABELARDO: Estudio preliminar a *El Porvenir de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Indoamérica, 1953.
- RED, GILBERTO: "Manuel Ugarte, extraordinario embajador" en *Revista de Revistas*, México, 3 de noviembre de 1946.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO: "Siluetas latinoamericanas: Manuel Ugarte", en *Nuevo Zig zag*, Santiago de Chile, 29 de marzo de 1952.
¿Tuvimos maestros en nuestra América? Buenos Aires, Editorial Raigal, 1956.
- SUX, ALEJANDRO: "Manuel Ugarte" en *Gustos y Gestos*, Buenos Aires, 1° de febrero de 1911.
- VALENCIA, MARCELINO: "Manuel Ugarte" en *Revista Cultura*, Bogotá, 31 de diciembre de 1928.

INDICE

I. LA PATRIA GRANDE

La defensa latina (1901)	3
La América de origen español es un hombre y cada república una parte de él (1910)	10
La América Latina (1910)	14
La Patria única (1910)	18
Bolívar y la juventud (1912)	22
La Patria Grande del porvenir (1912)	25
Acta de fundación de la Asociación Latinoamericana (1914)	28
Contra la intervención en México, a la juventud y al pueblo (1914)	29
El ejemplo de México (1914)	30
La paz en América (1919)	32
La revolución hispanoamericana (1922)	34
Nada más peligroso que una revolución a medias (1930)	39
La salvación de nuestra América (1930)	41
El nuevo Congreso Panamericano y la juventud (1933)	43
América Latina por encima de todo (1939)	44

Estado social de Iberoamérica (1940)	47
El nativo no hizo la patria (1950)	58
<i>Notas</i>	61

II. ESTADOS UNIDOS Y LA AMERICA LATINA

El peligro yanqui (1901)	65
Los pueblos del sur ante el imperialismo Norteamericano (1912)	71
Carta abierta al presidente de los Estados Unidos (1913)	79
La Doctrina de Monroe (1919)	85
Política Colonial (1922)	88
El lobo y los corderos (1923)	90
México, Nicaragua y Panamá (1927)	109
Manifiesto a la juventud latinoamericana (1927)	111
Sólo Sandino representa a Nicaragua (1928)	115
Canales interoceánicos: Panamá, Nicaragua (1931)	117
Nueva época (1940)	119
Los fundamentos vitales (1950)	121
<i>Notas</i>	131

III. NACIONALISMO Y DEMOCRACIA

Programa (1915)	135
Industrias nacionales (1915)	137
Política exterior soberana (1915)	140
La bandera y el himno (1916)	142
Petróleo (1916)	144
Los ferrocarriles en contra de nuestro progreso industrial (1916)	146
Sobre la neutralidad (1917)	149
El pueblo y la violencia (1922)	151
La democracia en América (1925)	153

La cuestión agraria en la América Latina (1929)	157
El fin de las oligarquías latinoamericanas (1931)	159
No soy aliadófilo, ni germanófilo: soy iberoamericano (1940/45)	162
<i>Notas</i>	173

IV. SOCIALISMO Y NACION LATINOAMERICANA

Las ideas del siglo (1903)	177
Lucha de clases y humanitarismo (1904)	193
La representación obrera (1906)	195
Socialismo y patria (1908)	197
Cuestión social y cuestión nacional (1912)	199
Polémica con <i>La Vanguardia</i> (1913)	203
Manifiesto (1913)	206
La guerra, el socialismo y las naciones débiles (1916)	214
América Latina y la Revolución Rusa (1927)	225
La hora de las izquierdas (1931)	227
La orientación de América (1932)	234
Nacionalismo y renovación (1932)	238
Imperialismo y socialismo (1935)	240
Algo nuevo fermenta en el seno de la colectividad iberoamericana (1950)	242
<i>Notas</i>	252

V. CULTURA Y ARTE NACIONAL EN AMERICA LATINA

El poeta y su pueblo (1903)	257
Ser poeta (1906)	258
Las nuevas tendencias (1908)	261
Las razones del "Arte Social" (1908)	264
La manía de imitar (1929)	271

El idioma invasor (1929)	273
El arte nacional (1930)	275
El "Autoctonismo" literario (1932)	279
Los escritores iberoamericanos del 900 (1942)	295

VI. MEMORIAS

Cómo los vio Manuel Ugarte	303
Contra la corriente	322
La injusticia inútil	329
Ensueño y realidad	333

CRONOLOGÍA	347
------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	371
--------------	-----

Editorial: Biblioteca Ayacucho

Año de publicación: 1987

Lugar de publicación: Caracas, Venezuela

ISBN 10: 9802760455

ISBN 13: 978-9802760459